EL PRÍNCIPE HEREDERO II



¿Hasta dónde serías capaz de llegar por venganza?

C.A.TODOROVA

# LA MAESTRA de las SOMBRAS



Círculo Rojo

*EL PRÍNCIPE HEREDERO II*

# LA MAESTRA DE LAS SOMBRAS

CRISTINA ALMAGRO TODOROVA

Círculo Rojo
EDITORIAL

Primera edición: marzo 2023

ISBN: 978-84-1175-407-1

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Cristina Almagro Todorova
© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo
© Dibujo y diseño de cubierta: Cristina Almagro Todorova

Editorial Círculo Rojo
www.editorialcirculorojo.com
info@editorialcirculorojo.com

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.
Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

*A veces, de las sombras,*
*emergen seres de luz.*

# Prólogo

«El chico sigue en Gea».

Unas finas líneas aparecieron en la frente de Derej. Se giró para salir al balcón que daba al exterior del palacio, apoyando las manos en el mármol y observando la oscura ciudad de Luminaria, con sus tejados a doble vertiente recién reparados.

«No me ignores. El oráculo supremo continúa teniendo visiones de que acabará con nosotros».

El sol se mostraba ya en el horizonte, empezando a bañar con su luz naranja las vastas tierras del imperio. Gaelar seguía expandiéndose sin descanso. Pronto, todo el continente sería suyo.

—No hemos vuelto a saber nada de él en este tiempo —habló el emperador. Junto a él no había nadie.

«No te confíes. Será nuestra perdición».

—Y sabes que actuaré en cuanto lo localice. Sin embargo, ni siquiera los Shak'ti han logrado rastrearlo. Poco podemos hacer.

La voz calló. Derej relajó los hombros. Llegaba a ser agobiante cuando hablaba sin parar.

«Tu reserva está bajando. Has de segar una nueva cosecha».
Ahí estaba de nuevo, en su mente. No, no lo dejaba tranquilo.

«¿Preferirías que te dejara tranquilo y perder todo el poder que te he otorgado?».

También podía leer sus pensamientos. No tenía privacidad alguna. Aun así, le gustaba más hablar en voz alta para conversar con ella siempre que le era posible, cuando estaba a solas.

—No. Pero es precisamente por ese poder que poseemos que no comprendo cómo un simple chico humano puede acabar con nosotros.

«Estoy segura de que estará buscando respuestas a sus preguntas… Y, si logra hallarlas…, ese conocimiento será lo que suponga nuestro fin».

Derej entornó los ojos.

# Capítulo 1: Un encuentro inesperado

Jay estaba con los codos apoyados en la baranda del barco, mirando el movimiento de las olas que dejaban atrás. La embarcación se mecía con suavidad de un lado a otro en una danza un tanto hipnótica, relajante. Las banderas en los mástiles ondeaban al ritmo del viento marino, empapado del olor a sal, que soplaba contra las velas de tela blanca, empujándolos hacia su destino…

—¿En qué piensas?

Habían pasado ya más de dos años desde la primera vez que había estado en Gea. En todo ese tiempo, había aprendido a detectar los pasos de Caedra, por muy sigilosa que fuera la zeafírea. Lo consideraba todo un logro.

Giró la cabeza y la vio acercándose a él. Caedra no había cambiado mucho en esos años; solo tenía ahora el pelo tan largo que debía recogerlo en una coleta con frecuencia.

Ella sonrió y Jay la imitó.

—En que no debe de quedar mucho para llegar —contestó Jay, clavando sus ojos en la lanza que portaba la zeafírea. Se había puesto también su bolso.

—Tan observador como siempre —dijo ella entre risas—. Sí, si vas al otro extremo del barco, divisarás tierra en la distancia. Pero no era eso en lo que estabas pensando. Te preocupa algo.

—Qué malo es conocerse —respondió Jay, irónico. Caedra se apoyó en la baranda junto a él, esperando a que continuara. Jay suspiró profundamente—. No es nada en concreto… Solo que ninguno de nosotros conoce este continente.

Habían partido un mes atrás de las costas volcánicas de Ganthia, la isla en la que se habían refugiado durante los dos últimos años mientras Jay perfeccionaba su uso del fuego con los torrogal, la raza maestra de aquel elemento. Ahora que Hadriel había considerado que Jay estaba preparado, habían abandonado Aruristed, el continente en el que se encontraba Gaelar, para dirigirse al continente al otro lado del océano, llamado Zarested, en busca de respuestas.

Jay había acabado harto de la rutina del barco. Era una modesta embarcación velera de madera de teca en la que no había mucho que hacer. Por las mañanas practicaba algunos movimientos con su fuego, por las tardes entrenaba usando la espada contra Caedra o Tarvo y, en los ratos que tenía libres, charlaba con sus compañeros.

Eran los únicos viajeros junto al capitán, un viejo aquitón nada hablador. A Jay le sorprendía que fuera capaz de operar el barco sin tripulación, por pequeño que fuera.

—No creo que sea tan diferente a lo que ya conocemos —dijo Caedra para tranquilizarlo-. Además, ¿no tienes ganas ya de pisar tierra firme?

—La verdad es que sí —admitió él. Se irguió y estiró los brazos—. Estará bien cambiar de aires al fin.

Un par de horas más tarde se encontraban en una playa desierta. El barco ya se perdía en la distancia, dejándolos solos. El aquitón ni se había molestado en despedirse tras recibir la parte

final de su pago.

—Y ahora, ¿qué? —quiso saber Jay, con los brazos en jarras.

—Ahora, avanzamos hasta encontrar información —respondió Hadriel con sencillez—. He hecho un escaneo mental de la zona y no parece que haya ninguna población cerca, por lo que habrá que adentrarse más en el continente.

—Estaría bien tener un mapa —comentó Caedra con un suspiro. Extendió sus alas—. Voy a echar un vistazo.

La zeafírea alzó el vuelo. Jay entrecerró los ojos para evitar que entrara arena en ellos por la corriente de aire que se levantó. La arena allí era fina y blanca, nada que ver con la áspera y negra de Ganthia.

Tarvo se acercó a una de las palmeras de delgados y largos troncos, marrones y rasposos, que cubrían la playa. La observó con detenimiento.

—Nunca he visto esta clase de fruta. —Señaló la fruta roja espinosa que colgaba junto a las anchas hojas verdes, nada fácil de alcanzar, pues pendía en el aire sobre ellos a veinte metros de altura. El penacho de la palmera no ofrecía mucha sombra, pero no hacía demasiado calor. El ambiente era húmedo y fresco; el viento arrastraba gotas saladas del mar.

Hadriel fue junto a él.

—Imagino que desconoceremos muchas cosas en este continente. No sabemos si es comestible o no, por lo que será mejor que no la probemos.

—Sería genial haber recorrido todo este camino para morir por envenenamiento de fruta —dijo Jay, sarcástico.

***

Avanzaron con lentitud ese primer día, atentos a cualquier peligro que pudiera acecharlos entre los árboles, pero no encontraron nada. Subían por una montaña y, según los informó Caedra, había otras iguales bordeando toda la playa. El terreno era de vegetación espesa, repleto de helechos, riachuelos y cuestas embarradas. Estas últimas estaban ocultas con frecuencia bajo las frondosas plantas, por lo que había que estar atentos a la hora de pisar.

El segundo día fue igual de lento. El camino seguía siendo ascendente y se hacía pesado. Se escuchaba constantemente el arrullo de los distintos riachuelos que fluían en finos canales por la húmeda tierra, un sonido que, junto al cántico de pájaros de vistosos colores, contribuía a aplacar los nervios.

La noche del tercer día se sentaron en torno a una pequeña hoguera en un claro entre varios eucaliptos, que poblaban las montañas con su impresionante altura y troncos de corteza multicolor. Clavaron en el suelo palos con carne de los conejos que habían cazado para que se fuera asando.

—¿Creéis que el emperador sabrá que estamos aquí? —inquirió Jay, manteniendo las manos sobre el calor de las llamas. Dispersas ascuas rojas ascendían con suavidad junto al humo.

—Lo dudo. Nos perdió la pista hace dos años cuando fuimos a la Tierra y desde entonces no ha

vuelto a encontrarnos —respondió Hadriel mientras organizaba su mochila—. Tardará en saber que hemos abandonado su continente.

Tarvo levantó la vista del boceto que estaba terminando y frunció el ceño.

—Yo creo que no se ha esmerado mucho en buscarnos.

—Ten en cuenta que no hemos dado señales de vida en dos años —señaló Caedra, que estaba afilando su lanza con una piedra. El sonido metálico, a veces un tanto chirriante, arañaba el ambiente—. No ha tenido muchas razones para preocuparse en exceso por nosotros.

—Mejor, así podremos atacarlo por sorpresa una vez tengamos toda la información que necesitamos —dijo Jay, extendiendo un brazo y agarrando uno de los palos con carne.

—Te vas a quemar —le advirtió Caedra.

—El fuego es mi aliado, Cai —replicó Jay con confianza. Procedió a morder el trozo y lo soltó de inmediato, arrugando el rostro y soplando—. Vale, puede que todavía esté quemando un poco…

Caedra puso los ojos en blanco. Jay tenía ahora veintiún años y había madurado bastante, debía admitirlo. Ya no era el chico despreocupado e infantil que había conocido, pero… seguía teniendo sus momentos.

—La paciencia nunca será tu fuerte, Jay —comentó Tarvo con una carcajada.

—En eso estoy de acuerdo —habló Hadriel, esbozando media sonrisa.

Jay gruñó.

Después de cenar, todos se acomodaron para pasar la noche. Caedra se subió a las ramas de un eucalipto, contenta ahora que podía dormir de nuevo en un lugar alto.

Jay estaba tumbado junto a Hadriel, de espaldas a él. Permanecía con los ojos abiertos, pensativo y algo nervioso, como las dos noches anteriores. Echaba de menos el tranquilizante sonido del crepitar de las llamas. Lo único que quedaba de la hoguera era un fino hilo de humo blanco que se desvanecía.

Una vez más, en territorio desconocido. Seguía siendo Gea, pero era un lugar en el que ninguno de sus compañeros había estado. Ahora que por fin se había acostumbrado a Aruristed y lo conocía, tenía que ir a un continente nuevo. En cierto modo, se sentía como en su primer día en aquel mundo, tras cruzar el portal que había en el bosque de Gallia.

No solía acordarse ya de sus amigos de la Tierra. No había podido contactar con ellos en la corta visita a su casa un par de años atrás. Solo se habían quedado el tiempo necesario para que Caedra se recuperara lo suficiente como para poder moverse, habían trazado un nuevo plan de acción y habían regresado a Gea.

Su antigua vida quedaba ya muy lejos. La angustia había oprimido el corazón de Jay tiempo atrás. Ahora, sin embargo, había asumido su misión y estaba decidido a llevarla a cabo.

***

Valikia se agachó y frunció el ceño, examinando las hojas lanceoladas de los helechos. Se irguió de nuevo, esta vez sosteniendo una pluma que había estado oculta entre los frondes.

—No es reciente —le comunicó a su compañero, un imponente piaferequus—. ¿Le habremos perdido el rastro?

El animal relinchó, arañando la húmeda tierra del suelo con el casco de una de sus patas delanteras. El cielo se había nublado y se levantó algo de viento.

—¿Qué ocurre? —quiso saber ella al ver esta reacción. Se agachó de nuevo y estudió la tierra con más detenimiento. Ocultas por los múltiples tallos y las hojas caídas de los eucaliptos, huellas de afiladas garras en el suelo… Abrió los ojos como platos y apretó los dedos en el astil de su lanza—. Será mejor que nos vayamos de aquí.

Estaban en territorio hostil.

***

Era medianoche y la luna apenas se veía. Todo estaba tranquilo y lo único que se escuchaba era el canto de los grillos. Sopló una fría brisa, típica de aquellas noches de primavera.

Caedra levantó los párpados cuando el viento rozó su piel. Irguió la espalda, escrutando sus alrededores. Agudizó el oído, alerta.

Los grillos callaron. Se puso en pie sobre las ramas y extendió las alas, pero no veía nada fuera de lo normal.

Resonó un trueno en la distancia. Espesas nubes negras cubrían ahora el cielo y se acercaba la lluvia, tal y como indicaba el olor a humedad. Sin embargo, no era eso lo que había causado aquel brusco cambio en el ambiente.

Bajó la vista y buscó a Tarvo con la mirada. El ex Shak’ti estaría ya despierto si había algo que se estuviera acercando a ellos. Comprobó que así era al localizarlo y verlo con los ojos bien abiertos.

Agarró su lanza. Se sentía observada…

Descendió de un salto y se extendió una gran onda de viento por todo el claro, repeliendo al par de criaturas que se habían abalanzado sobre Jay y Hadriel. Esto hizo que ellos también se despertaran y se levantaran con rapidez, mirando a un lado y a otro.

El corazón de Jay latía a mil por hora, tratando de divisar la causa de su brusca vuelta a la realidad. ¿Cuál era el peligro?

—¡Volpires! —los reconoció enseguida Tarvo, yendo junto a ellos. Los cuatro se situaron espalda contra espalda, rodeados por más de veinte animales de afilados colmillos—. ¿También los hay en este continente?

Caedra entornó los ojos y los analizó, aprovechando que por el momento mantenían la distancia, gruñendo. Era difícil confirmarlo en la oscuridad de la noche, pero parecían todavía más grandes y de su pelaje salía una especie de bruma negra, ascendiendo hasta perderse en el aire como el humo de una hoguera. ¿Qué era eso?

—Hora de abrirse paso, ¿no? —dijo Jay, envolviendo sus puños en fuego. A diferencia del fuego que había empleado años atrás, este era ahora de color azul. Arrojó su fantasmagórico brillo por todo el claro.

—No nos va a quedar más remedio —asintió Hadriel—. Pero tened cuidado de no separaros; esa es la táctica de los volpires para derribar a sus presas.

Jay apretó los dientes, recordando su primer y último enfrentamiento con un grupo de volpires en el bosque de Magulia. En esa ocasión habían sido salvados por los denu, pero dudaba que esa suerte se fuera a repetir. Sin embargo, él era ahora más fuerte. Saldrían de esta.

Los volpires erizaron su pelaje.

—¡Púas! —advirtió Caedra, moviendo su lanza y desviando con una corriente de viento las afiladas agujas venenosas que fueron disparadas contra ellos. Arrancó varias hojas de los eucaliptos.

El caos se desató en el claro. Los volpires atacaban uno tras otro sin detenerse. Tarvo los golpeaba con rocas y erigía muros de tierra para protegerse, Caedra volaba por encima usando su viento para lanzarlos por los aires, Hadriel movía ramas y piedras con la mente para emplearlos como proyectiles, y Jay los mantenía lejos con su fuego, quemando a más de uno. La cacofonía de aullidos de las tenebrosas criaturas se extendió por el lugar.

Caedra levantó el brazo y mandó su lanza contra un volpir que estaba rodeando a Jay para atacarlo por el costado. Sin embargo, el volpir dio un paso hacia atrás y desapareció. La lanza se clavó en el suelo.

—Pero ¿qué…? —murmuró Caedra para sí, confusa. Descendió para recuperar su lanza y contempló, perpleja, cómo el volpir reaparecía unos metros más lejos, saltando de las sombras de los eucaliptos.

Batió las alas y se propulsó con el viento. Movió la lanza en diagonal y el aire afilado que salió despedido cortó al volpir, alejándolo de Jay esta vez.

Acababa de herir al volpir. Por tanto, era real. ¿Qué era lo que había visto antes?

—¡Atenta! —exclamó Tarvo a su lado, erigiendo un muro de tierra que impidió que fuera acribillada por una oleada de púas venenosas.

Caedra sacudió la cabeza. Miró a su compañero.

—¡Se mueven entre las sombras!

Tarvo frunció el ceño.

—¿Qué…?

Como para confirmarlo, tres volpires más saltaron de la oscuridad de los helechos, abalanzándose sobre ellos. Caedra batió las alas y los mandó por los aires con el viento.

—Pero eso no lo pueden hacer los volpires —replicó al fin Tarvo, estupefacto.

—¿Queréis dejar de hablar y ayudar un poco? —protestó Jay, con la frente arrugada por el esfuerzo. Cierto olor a quemado flotaba en el ambiente, de los proyectiles ígneos que había logrado asestar a las criaturas—. ¡No dejan de aparecer más y más!

—Aparentemente los volpires de este continente sí pueden —le dijo Caedra a Tarvo. Alzó el vuelo de nuevo para atacar desde las alturas.

Tarvo fue junto a Jay y a Hadriel.

—¡Los volpires se mueven entre las sombras, por eso esquivan con tanta facilidad todos nuestros ataques! —los informó con rapidez.

Hadriel lo miró por encima del hombro, extrañado, durante un par de segundos antes de volver la vista al frente, extendiendo los brazos y agarrando con su mente a un volpir en pleno salto. Lo retuvo hasta que Jay lo golpeó con una esfera de llamas, estrellándolo contra un tronco.

Un rayo iluminó el claro brevemente. Empezaron a caer gotas de agua.

—¿Por qué tienen esa habilidad? —dijo Hadriel, preocupado. Comprobó que lo que decía Tarvo era cierto al fijarse en cómo los volpires no simplemente se desplazaban a otro lado para esquivar las estacas de madera que enviaba contra ellos. Retrocedían hasta hundirse en las sombras y aparecían en un sitio completamente diferente.

Jay maldijo entre dientes cuando la lluvia cobró fuerza. Su fuego sería la mitad de efectivo. La ropa comenzaba a pegarse de forma desagradable a su piel.

—Me temo que no podremos contra todos. Hay que abrirse camino y huir —decidió Hadriel. El plan inicial había sido atosigar a los volpires hasta acabar con ellos, pero, si la mayoría de sus ataques no los alcanzaban, se cansarían mucho antes que sus enemigos, que los superaban en número.

—Pues vamos allá —asintió Jay. Alzó la vista al cielo—. ¡Cai, ayúdame!

La zeafírea descendió y se situó detrás de él, entendiendo sin necesidad de más palabras lo que quería que hiciera. Caedra batió las alas con fuerza y Jay movió los brazos en círculo, apresurándose en materializar las llamas azules antes de que fueran sofocadas por la creciente lluvia. Un huracán de fuego se dirigió hacia los volpires. Los que pudieron se echaron a un lado, otros se hundieron en las sombras y los que fueron alcanzados estallaron en llamas, aullando en agonía. Se retorcieron y rodaron por los helechos.

—¡Por aquí! —gritó Jay, echando a correr por el pasillo que se había abierto. Sus compañeros no dudaron en seguirlo, al igual que los volpires.

La lluvia continuó aumentando en intensidad hasta convertirse en una auténtica tormenta. La visibilidad, entre el agua y la oscuridad, era prácticamente nula. Los ojos de los volpires, sin embargo, estaban adaptados a la perfección para la caza nocturna.

Jay captó por el rabillo del ojo a un volpir que saltaba sobre él. Se echó a su izquierda en el último momento y, puesto que su fuego ya no serviría de mucho en aquella tormenta, utilizó su espada para cortarle el costado.

Más volpires se acercaron. Caedra los repelió con viento desde arriba para dar tiempo a Jay a que alcanzara a los demás, pero el chico se vio forzado a detenerse cuando, de repente, un par de volpires aparecieron de las sombras delante de él.

Hadriel y Tarvo también se pararon. Hadriel tensó los hombros al darse cuenta de que Jay ahora estaba algo apartado de ellos.

Jay soltó una exclamación cuando los volpires trataron de arañarlo con sus garras. Retrocedió y tropezó con algo que no distinguió en la oscuridad… y rodó cuesta abajo.

—¡Jay! —lo llamó Caedra, alarmada. Descendió, dispuesta a ir tras él, pero una púa se clavó en su brazo. Antes de poder arrancarla siquiera, se tambaleó en su vuelo y cayó en picado, incapaz

de mover las alas.

Gritó al estrellarse contra el suelo y arrastrarse por el barro. Notaba las piernas y los brazos pesados en exceso y tenía un extraño cosquilleo en los dedos. El veneno actuaba con rapidez y pronto estaría paralizada por completo durante varios minutos.

Hadriel y Tarvo fueron junto a ella. Los volpires los rodearon y Hadriel veía la situación cada vez más complicada. Unos cuantos volpires habían ido tras Jay y ellos no podían ayudarlo. Pero se obligó a apartar en un rincón de su mente la preocupación por su hijo, para que no lo bloqueara. Tenía que actuar.

***

Jay corría cuesta abajo, escuchando a los volpires gruñir detrás de él. Tropezó unas cuantas veces más con raíces o helechos, pero fue capaz de estabilizarse a tiempo y no detenerse. Los pulmones le ardían de la carrera.

Tenía el corazón en la garganta, el hielo del terror asentándose en sus venas, derretido a su vez por la adrenalina que lo instaba a huir. Ignoraba las protestas de sus músculos. Las gotas de agua se clavaban sin piedad en su piel, y Jay tan solo esperaba no ser acribillado de igual manera por las púas de la jauría empeñada en darle caza.

Llegó a un precipicio. Iluminada por un rayo, la distancia hasta el otro lado era mucha y no iba a pararse a comprobar la profundidad. Giró hacia su derecha sin detenerse, bordeándolo.

Sintió un dolor punzante en la espalda y en la pierna. Jadeó, con dificultades para seguir corriendo.

«Me han dado», pensó, con el pecho oprimido del pavor.

Todo empezó a darle vueltas…

Gritó al caer por el precipicio. Trató de agarrarse a un saliente, pero se soltó de inmediato cuando los colmillos de un volpir rozaron sus dedos. Arañó la pared rocosa y sus manos sangraron al cortarse con las piedras afiladas, demasiado húmedas por la tormenta como para sostenerlo.

Impactó con fuerza contra la tierra del fondo y se le cortó momentáneamente la respiración. Se quedó con los ojos abiertos como platos, a pesar del agua que entraba en ellos. Al conseguir tomar una bocanada de aire, sus pulmones lo atacaron con diversos pinchazos.

Intentó levantarse y no fue capaz; no sentía ni los brazos ni las piernas. Un fogonazo de pánico lo recorrió.

«Es temporal —se dijo—. Solo es el veneno paralizante de los volpires».

Pero se encontraba lejos de estar tranquilo. Las agujas de la lluvia incidían sin cesar en su piel. Su ropa estaba tan cargada de agua que le habría pesado al intentar incorporarse.

Se retorció al divisar entre sus párpados de plomo cómo los volpires brotaban de las sombras e iban hacia él. Lo hacían con lentitud, conscientes de que su presa ya no podía hacer nada contra ellos.

Un rayo descendió y golpeó a uno de los volpires, calcinándolo al instante con un desagradable

chasquido. Sus compañeros flexionaron los músculos y erizaron el pelaje, gruñendo. Algunos gimieron y retrocedieron con la cola entre las patas, asustados.

Jay percibió a duras penas a una figura alada aterrizar delante de él. Le costaba enfocar…

—¿Cai…? —Apenas pudo hablar para llamarla.

La recién llegada elevó su lanza. Otro rayo cayó del cielo y una gran descarga eléctrica se acumuló en la punta de la cuchilla. La envió contra los volpires y estos chillaron, electrocutados.

No, no era Caedra. Ella no manejaba la electricidad. Pero la chica tenía unos largos cuernos en la cabeza y grandes alas, si bien parecían de un tono más oscuro, más siniestro…

Se volvió hacia él. Pero Jay vio su imagen desdoblada. Le pesaba la cabeza; el ruido de la lluvia estaba distorsionado. La chica se agachó, cubriéndolo al fin de las molestas agujas de agua.

—¿Quién…? —Su pregunta murió en el aire. No le quedaban fuerzas.

Atisbó unos ojos naranjas, salvajes. Todo se volvió negro.

# Capítulo 2: Valikia

Cuando volvió a despertar, se encontró sobre un frío suelo de piedra, cuyas rocas se clavaban de forma dolorosa en su maltratada espalda. Jay se llevó una mano a la cara y se sentó, ahogando un quejido. Su mente estaba nublada; le estaba costando procesar que se había despertado. Se frotó los ojos en un intento de despejarse.

Estaba en una pequeña cueva. Si se levantara, su cabeza rozaría con el techo. Por la gran cantidad de luz que se filtraba del exterior, era de día. Ya no llovía, aunque el olor a humedad persistía en el ambiente.

¿Cómo había llegado hasta allí?

—Vaya, por fin despiertas.

La voz a su izquierda le hizo dar un respingo. Jay giró la cabeza de golpe y al instante se llevó la mano al cuello, a la vez que se le escapaba una maldición por el pinchazo de dolor. Su cuerpo no se había recuperado todavía del ataque de la noche anterior.

Se topó con un par de intensos ojos naranjas, de un color tan vivo como las llamas de una hoguera. Contuvo a duras penas una exclamación y se arrastró por el suelo para retroceder.

La desconocida soltó una carcajada y se apartó.

—Tienes suerte de que llevara algo de antídoto encima. Una púa de un volpir te paraliza solo durante unos minutos, pero tres púas… Eso ya es algo más serio —comentó ella, cruzándose de brazos e inclinando la cabeza para mirarlo—. Aunque eres bastante mono, así que me alegro de haberte salvado.

Jay frunció el ceño. Recordó el ataque de los volpires, la tormenta y su caída por el precipicio. ¿Dónde estaban los demás?

Observó a la chica. Tal y como le había parecido apreciar la noche anterior, tenía un par de largos cuernos en la cabeza, si bien eran muy ondulados, mientras que los de Caedra eran más rectos. Sus alas eran de plumas de un tono gris oscuro, a diferencia de las marrones de Caedra. Y su pelo no era blanco, como el de todos los zeafíreos que había conocido hasta el momento, sino que era negro, no muy largo, como la obsidiana. Su piel era prácticamente opuesta a la marrón de Caedra, casi blanca, aunque era igual de delgada.

Era, por tanto, similar en el hecho de que era una zeafírea… Pero muy diferente en aspecto. Además, hablaba con un acento extraño.

—¿Quién eres? —le preguntó mientras se levantaba, sacudiéndose la tierra de los pantalones. Le sacaba una cabeza ahora que estaban los dos de pie, sin contar la altura añadida por los cuernos, así que era más baja que Caedra. También le daba la sensación de que esta zeafírea era más joven.

Ella debía de haberlo curado. Sus cortes estaban limpios, y las palmas de sus manos, envueltas en vendas. Se mordió el carrillo al recordar, con gran desagrado, su caída por el precipicio, cuando había intentado aferrarse desesperadamente a las rocas.

—Mi nombre es Valikia —respondió la chica, alzando la barbilla con orgullo. No le gustaba que ahora él estuviera por encima. A pesar de que, como la mayoría de zeafireos, era alta, aquel chico humano lo era todavía más, como si fuera un hombre de su misma raza—. ¿Y tú?

—Yo soy Jay —dijo él. Se pasó la mano por su revuelto cabello castaño. Lo tenía ahora bastante crecido y se había llenado de nudos con la tormenta de la noche anterior. Tenía, además, rastros de barro petrificado. «No debo de tener muy buen aspecto», se lamentó.

—Curioso nombre, aunque no pareces de por aquí. Desde luego, no esperaba encontrarme con un humano en pleno territorio de volpires de las sombras —dijo Valikia, observándolo con curiosidad.

—No sabía que era su territorio… —masculló él. Miró a un lado y a otro, preocupado—. ¿No has visto a nadie más?

Ella se llevó el dedo índice a los labios, rosas y carnosos, y ladeó la cabeza.

—Estabas tú solo.

—No, viajo con otras tres personas, y uno de ellos es un telépata. Lo extraño es que no me hayan localizado ya… —murmuró Jay. Su padre sabría dónde estaba con facilidad haciendo un escaneo mental.

Valikia soltó una carcajada. Jay le devolvió su atención, irritado.

—¿Qué es tan gracioso?

Por toda respuesta, ella alzó su brazo derecho. Jay se fijó en que llevaba un brazalete de plata con una gema negra incrustada en el centro de la banda.

—Es un trozo de umbrano —explicó Valikia—. No está en contacto con mi piel, por lo que no inhibe mis poderes, pero sí impide que me localicen otros usando poderes mentales. Su efecto se extiende unos cuantos metros a mi alrededor. No te podrán localizar mientras estés junto a mí.

Eso suponía un problema, pero lo aliviaba en parte. Le había preocupado que sus compañeros no hubieran ido junto a él porque les hubiera pasado algo. Aunque tampoco sabía con certeza si habían logrado huir de los volpires. La angustia arrojó su sombra sobre él.

—Entonces, tengo que alejarme —decidió Jay, echando a andar.

Valikia lo frenó poniendo una mano en su hombro. Jay giró la cabeza para mirarla, confuso.

—¿Te vas tan pronto? —protestó ella, haciendo un mohín—. Sigues sin decirme qué hacías por esta zona y tengo curiosidad.

—Tengo que reunirme con mis amigos —replicó Jay.

—Bueno, en ese caso puedes quedarte tú en esta cueva e irme yo. De todos modos, debo continuar con mi viaje, así que…

Al escucharla, Jay se dio cuenta de que tenía delante de él a alguien originario de aquel continente. Alguien que había crecido en ese lugar y que, por tanto, lo conocía. Ya había tenido suficiente con tres días de ir a ciegas que habían desembocado en estar a punto de convertirse en la presa de una jauría de volpires.

—¿Hacia dónde te diriges? —inquirió él, interrumpiéndola.

Valikia lo miró con una sonrisa pícara. Puso el dedo índice en la mejilla del chico.

—Vaya, vaya, así que ahora eres tú el que tiene curiosidad, ¿eh?

Jay se apartó, sonrojado. Su gesto tan confiado, sumado a aquel tono aterciopelado, lo habían descolocado.

—Mis amigos y yo acabamos de llegar a este continente —explicó—. Por lo que no lo conocemos muy bien.

—¿Eres de Aruristed? —dijo ella, arqueando las cejas—. Ahora entiendo cómo se había perdido un humano tan neciamente en tierras de volpires de sombras.

—No es mi culpa —replicó él, a la defensiva. Se cruzó de brazos—. Ni siquiera tenemos un mapa de este lugar y no conocemos nada.

Valikia rio.

—Sí, supongo que eso debe de ser un problema. ¿Y qué os trae por Zarested? Los de tu continente no suelen venir al mío. ¿Os da miedo o algo? —añadió con sorna.

—Desde luego, por lo que acabo de ver, parece más hostil que Aruristed —masculló Jay. Guardó las manos en los bolsillos de su chaqueta, tratando de desterrar de su mente la desagradable sensación de tener sus extremidades dormidas por completo.

—Lo desconozco, porque nunca he estado en tus tierras, ni tengo intención de ir. —Valikia se encogió de hombros—. Los de mi continente tampoco visitan el tuyo con más frecuencia de la necesaria para comerciar. ¿Y qué buscáis aquí? —preguntó una vez más.

—Venimos en busca de… respuestas —respondió Jay, apartando la mirada. No sabía muy bien cómo explicar su situación. Ni si debía hacerlo.

—Qué enigmático —dijo ella con ironía—. ¿Te importaría darme algún detalle más o sería muy complicado?

Jay clavó sus ojos en la zeafírea de nuevo, comprobando que lo observaba con diversión.

—Es una larga historia…

—Yo no voy a responder a tu pregunta hasta que tú no contestes a la mía, por lo que tú decides.

Jay bufó, exasperado.

—¿Sabes algo del Imperio gaelaro?

—Sí, algo he oído. Tengo entendido que está a punto de expandirse por todo Aruristed. Solo queda Anthius como reino independiente.

—Estamos buscando información sobre los poderes del emperador con las sombras. Parece ser que hace mil años alguien de este continente viajó al nuestro y fue el que hizo que Gaelar se sumiera en sombras. Hace doscientos años alguien, también de este continente, apartó esas sombras y se hizo con el poder. Por lo que la respuesta tiene que estar aquí, en Zarested —resumió Jay.

—Sombras… Sí, encontrarás bastante de eso en Zarested —asintió Valikia—. Hay bastantes animales peligrosos con poder sobre ellas, como los volpires.

—Los volpires no eran así en Aruristed.

—No esperarás que ambos continentes sean iguales… En cualquier caso, puede que nuestro objetivo sea parecido.

Esto llamó la atención de Jay.

—¿Qué quieres decir?

—Muchos pueblos están siendo arrasados por la marea oscura. Mi objetivo es encontrar a Luvann para que me otorgue el poder sobre la luz y combatir, así, las sombras —contestó ella.

—Espera, espera. —Jay alzó las palmas de las manos—. ¿Marea oscura? ¿Qué es eso? ¿Y cómo vas a encontrar a Luvann? ¿No se supone que es un dios?

«Un dios que no existe», añadió en su mente. Su padre ya lo había regañado cuando lo había dicho en presencia de otros, pues la mayoría de habitantes de Gea creía en sus dioses. La propia Caedra se mostraba ofendida cuando trataba de discutir con ella al respecto…

—¿Un dios? —Valikia soltó una carcajada, confundiendo a Jay—. Sí, en eso insisten mis compañeros, pero yo he visto a Luvann con mis propios ojos y tengo pruebas de que no es más que una criatura igual de tangible que las otras de este mundo.

Jay recordó su enfrentamiento con el oráculo supremo dos años atrás. Él también había mencionado algo al respecto; había declarado que Luvann no era lo que se pensaban, un dios.

—Respondiendo a tu pregunta anterior —prosiguió ella—. La marea oscura es como llamamos a las sombras que devoran los pueblos por los que pasan. El mío fue destruido así y es por eso que quiero encontrar la forma de detenerlo.

—¿Y… tu solución es buscar a un dios? —murmuró Jay, perdido.

—No es un dios —repitió la zeafírea, y varias arrugas aparecieron en su frente. Metió la mano en su bolso y sacó una pluma del color de la noche, con extremos de un verde brillante. La puso delante de los ojos de Jay—. ¿Ves esto? Es una pluma de Luvann.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque lo he visto. Fue hace años, pero estoy segura de que era él. Cuando las sombras descendieron sobre mi pueblo, un fénix salió de las profundidades de una caverna y con su luz repelió todas las sombras a su paso. Luvann es la única criatura de luz que hay en Gea —explicó ella, guardando la pluma de nuevo.

—¿Y por qué dices que tenemos un objetivo en común?

—Tú buscas el origen de esas sombras y cómo derrotarlas. Yo te digo que la forma de detenerlas es la luz de Luvann, que es lo que yo busco. Si me ayudáis a encontrar a Luvann, todos tendremos lo que queremos. Y en el proceso seguro que averiguáis el origen de las sombras en vuestro continente.

Jay no se iba a quejar. Realmente les vendría bien tener a alguien que conociera el terreno en su grupo. Sin embargo, no estaba convencido. La traición de Su-Nev lo había golpeado con fuerza y, todavía años después, recelaba de alguien a quien acababa de conocer, por mucho que aquella zeafírea le hubiera salvado la vida.

—¿No has viajado sola hasta ahora? —inquirió, frunciendo el ceño.

Ella sonrió. Le tomó de la barbilla y acercó el rostro al suyo. Jay contuvo la respiración, de repente sintiendo bastante calor. Su espalda se tensó.

—Así es, pero… una se cansa de viajar sola, ¿sabes, Jay?

La zeafírea se apartó entre risas. Jay volvió a respirar con normalidad una vez hubo espacio entre ellos. ¿Qué problema tenía esa chica con las distancias? ¿A qué estaba jugando?

—Además, me has caído bien —continuó Valikia—. Para ser un humano, pareces bastante interesante.

Jay no supo muy bien cómo tomarse ese comentario. Decidió ignorarlo.

—Deberíamos hablarlo con mis compañeros —dijo, bajando la vista hacia el brazalete de la zeafírea—. Los cuales, por cierto, no podrán localizarme mientras tengas esa gema.

Valikia resopló.

—Vale, vale…

Con un paso exageradamente dramático, fue hacia el exterior y depositó su brazalete en la entrada de la cueva antes de regresar junto a él.

—¿Contento? Ahora ya sí que deberían poder localizarte.

—Gracias —asintió Jay. Más relajado, añadió—: Y gracias por salvarme la vida anoche.

—No hay de qué. Habría sido una pena dejar que alguien como tú se convirtiera en comida para volpires, ¿no crees? —dijo ella con otra sonrisa pícara. Lo miró fijamente con sus ojos naranjas.

Jay notó las mejillas ardiendo de nuevo. Giró la cabeza para intentar disimularlo, agradeciendo que sus crecidos mechones de pelo castaño ocultaran, en parte, su rostro. De haberse hallado en la Tierra, la actitud de aquella chica le habría parecido divertida; quizás hasta le habría seguido el juego. En Gea, un mundo tan serio y sombrío, era algo que no se había esperado.

Escuchó movimiento en el exterior y vio a una criatura parecida a un piaferis aterrizar sobre la roca. Sin embargo, en vez de tener tantos rasgos de león, diría que los tenía de caballo. Portaba una rama con frutos rojos en su pico.

—Ah, Frisie, qué oportuno —habló Valikia al reparar en el animal alado, dando una palmada —. Veo que nos traes al fin el desayuno. —Miró a Jay—. Jay, este es Frisie, mi piaferequus. Lo mandé antes a buscar algo de comida.

El estómago de Jay escogió ese momento para emitir un gruñido de protesta. El chico se llevó las manos a la tripa.

—Sí que tengo bastante hambre…

Esperaba que Hadriel, Caedra y Tarvo no tardaran mucho en encontrarlo. Estaba preocupado y necesitaba saber que estaban todos bien. Además, tenía ganas de presentarles a Valikia. Seguro que se alegraban ante la posibilidad de tener una guía en aquel continente.

***

Jay se había sentado cerca de la entrada de la cueva, a la espera de que aparecieran sus

compañeros. Valikia estaba de pie detrás de él, masticando con lentitud el fruto rojo que tenía en la mano.

—¿Y por qué queréis saber más sobre los poderes del emperador? —inquirió la zeafírea, aburrida después de varios minutos de silencio.

Jay hizo una mueca. ¿Podía contárselo? Supuestamente los espías del emperador no llegaban a aquel continente… Era algo a lo que había estado dando vueltas.

—Planeamos acabar con él —respondió al final.

Valikia terminó su comida y arqueó las cejas. Tragó con lentitud.

—¿Lo dices en serio?

—Tenemos buenas razones para ello, créeme.

—Espero que en algún momento me las cuentes. No soporto quedarme con la curiosidad.
Jay dejó escapar una pequeña carcajada.

—Te entiendo. A mí también me gusta saberlo todo. En cuanto nos reunamos con mis amigos, seguro que te podemos contar más cosas.

Frisie, el piaferequus, relinchó. Valikia se giró hacia él.

—Lo siento, pequeño, no queda más fruta —le dijo con tono triste, acariciando su suave pico.

Jay se irguió al divisar algo en el cielo que se estaba acercando con rapidez. Entornó los ojos y sonrió, poniéndose en pie.

—Ya vienen a por mí —le comunicó a Valikia.

Ella siguió la dirección de su mirada y se quedó con la boca abierta.

—¿Una zeafírea? Pensaba que tus compañeros serían humanos.

—Lo son, salvo ella.

Jay no dijo nada más y salió de la cueva. Caedra descendió y echó a correr hacia él en cuanto aterrizó, plegando las alas. Jay esperó a que frenara, pero ella no lo hizo. En vez de eso, prácticamente chocó contra él y lo abrazó con fuerza. Jay tuvo que retroceder un par de pasos para no caer de espaldas al suelo por el impulso.

—¡Cai! ¿Se puede saber qué te pasa? —quiso saber él, sorprendido. Algo confuso, la rodeó con sus brazos, notando los ligeros temblores del cuerpo de su amiga.

—¡Pensábamos que te había pasado algo! —exclamó Caedra. Su sollozo descolocó todavía más a Jay. La zeafírea al fin se forzó a apartarse para mirarlo a la cara. Tenía el pelo alborotado por completo—. Hadriel intentó localizarte durante toda la noche y no aparecías…

Jay empezó a entender la situación. Si su padre no había podido localizarlo cuando él tenía que estar por la zona, habrían imaginado lo peor.
Se sintió fatal por hacerles pasar por eso, aunque no hubiera sido su culpa.

—Lo siento —dijo, llevándose una mano al cuello. Analizó el aspecto de Caedra más detenidamente. Le dio un toque en la sien izquierda—. Tienes los ojos rojos.

Caedra se mordió el labio.

—¿Por qué crees tú que es? Temí que… —Sacudió la cabeza. Respiró hondo y se aclaró la garganta. Le avergonzaba perder la calma de esa manera—. En fin, lo que realmente importa es que estás bien.

Lo abrazó de nuevo. Jay sonrió. A él también le aliviaba saber que no les había pasado nada. La angustia había ejercido una desagradable presión en su pecho hasta entonces.

—Una reunión enternecedora —comentó Valikia con sorna al salir también al exterior, cruzada de brazos—. ¿Habéis terminado ya?

Caedra se apartó de inmediato al escucharla, mirando detrás de Jay. Un fogonazo de sorpresa cruzó su rostro.

—¿Quién eres? —inquirió con cierta cautela al ver su aspecto.

Jay se giró para encarar también a Valikia, confuso. ¿Por qué se estaban observando las dos zeafíreas de esa manera tan hostil? Parecían dos leones a punto de enzarzarse en una disputa por su territorio.

—Cai, te presento a Valikia. Ella me salvó anoche —dijo él—. Y Valikia, esta es Caedra, una de mis amigas.

—Vaya, vaya. Una zeafírea de Aruristed. —Valikia habló con cierto desdén. Caedra frunció el ceño—. Nunca… había visto a uno de los vuestros en persona.

Jay se fijó en que la nariz de Valikia se arrugó al decir esto último, como si no estuviera convencida. ¿Estaría mintiendo?

—Lo mismo digo —respondió Caedra, si bien ella mantuvo su voz relajada. Esbozó una pequeña sonrisa—. Gracias por salvar a Jay anoche.

—Alguien tenía que hacerlo si sus compañeros no fueron capaces —dijo Valikia. La observaba de manera algo extraña. Caedra habría dicho que con melancolía, pero el tono de la otra zeafírea distaba de la tristeza, y más bien era un poco agresivo. Y desconcertante.

Caedra entornó los ojos.

—¿Qué insinúas?

Valikia alzó la barbilla, sonriendo con arrogancia.

—Exactamente lo que he dicho. —Ladeó la cabeza para mirarla de reojo—. ¿O acaso los zeafíreos de Aruristed tienen problemas de comprensión?

Caedra respiró hondo. Optó por no contestar.

Jay frunció el ceño.

—Valikia, ¿podrías… no hablar así a Caedra? —pidió, algo molesto. No quería expresarse con demasiada agresividad, pues, al fin y al cabo, Valikia le había salvado la vida y podía serles de gran ayuda. Sin embargo, tampoco permitiría que tuviera esa actitud con sus amigos.

Valikia enarcó una ceja. Dejó caer los brazos a los lados.

—Está bien, lo siento. Pero tu compañera estará de acuerdo en que los zeafíreos no tenemos

muy buena opinión de los que son del otro continente.

—Supongo que el resto de mi raza os verá de esa forma, pero yo prefiero no juzgar lo que no conozco —replicó Caedra con un tono más seco ahora. Se forzó a sonreír de nuevo, esta vez las comisuras de sus labios apretadas en tensión—. En cualquier caso, es interesante ver a una zeafírea de Zarested al fin.

Valikia no se molestó en fingir una sonrisa.

—Sí que lo es.

Jay abrió la boca para tratar de cambiar de tema, sin haberse esperado que hubiera ese choque entre las zeafíreas, pero entonces divisó otras dos figuras familiares en la distancia. Hadriel y Tarvo se acercaban a ellos a paso rápido.

—Ahí vienen los demás —anunció con alegría, feliz por dejar atrás esa incómoda situación, y echó a andar hacia ellos.

Abrazó a su padre en cuanto le tuvo a su lado. Hadriel sonrió, poniendo una mano en la cabeza del chico.

—Menudo susto nos diste anoche, Jay. ¿Por qué no podíamos localizarte? —fue lo primero que dijo Hadriel una vez se separaron, mirándolo de arriba abajo para asegurarse de que estaba bien. Salvo algunos rasguños, parecía intacto.

—Eso se debe al brazalete de umbrano que llevo siempre —contestó Valikia, ganándose la atención de los recién llegados. Se agachó para recuperar dicho brazalete y ponérselo de nuevo, tras lo cual se giró hacia ellos—. He tenido que quitármelo para deshacer el bloqueo de un escaneo mental.

—Es cierto que los he visto alguna vez —comentó Tarvo por lo bajo.

Hadriel asintió con la cabeza.

—Tiene sentido.

—Papá, Tarvo, os presento a Valikia —habló Jay, señalando con un pulgar a la zeafírea de plumas oscuras—. Me salvó anoche de los volpires. —Miró a Valikia, que los observaba con curiosidad—. Valikia, él es mi padre, Hadriel, y él es mi amigo Tarvo.

Tarvo levantó ligeramente la mano como saludo. Valikia se fijó en que no solo llevaba una espada colgada del cinto como Jay, sino que también tenía varios cuchillos enganchados a diversos cinturones.

—Encantado de conocerte, Valikia —dijo Hadriel, sonriendo—. Te estoy profundamente agradecido por salvar a Jay anoche. Los volpires eran demasiados y nos fue imposible acudir en su ayuda de inmediato.

—No fue nada —respondió Valikia también con una sonrisa y un tono, ahora, relajado. Caedra arqueó una ceja. A ella no se había dirigido de esa forma—. Al fin y al cabo, no podía dejar que le pasara nada a alguien tan apuesto como Jay —añadió por lo bajo, apoyando un codo en el hombro de Jay y mirándolo de soslayo.

Jay se sonrojó, acalorado e incómodo, una vez más, por su confiada proximidad. Hadriel rio, de muy buen humor tras reunirse con su hijo de nuevo, aceptando el comentario con naturalidad.

Caedra entornó los ojos al ver esto. Tarvo se limitó a quedarse a un lado y observar sin decir nada por el momento.

Jay se aclaró la garganta. Esperó a que la zeafírea se apartara para anunciar:

—Valikia quiere acompañarnos en nuestro viaje.

Caedra mantuvo una expresión neutra, pero la noticia le agradó tanto como cuando Jay insistía en convencerla de que los dioses no existían. Tarvo se fijó en que apretó los puños y se preguntó a qué se debería.

Hadriel, en cambio, sonrió.

—Será un placer tenerte entre nosotros, Valikia. Imagino que estás familiarizada con la zona —dijo como invitación a que les contara algo más sobre sus objetivos.

Ella asintió con la cabeza.

—Así es. He recorrido prácticamente todos los rincones de Zarested en busca de Luvann.

—¿El dios Luvann? —inquirió Caedra, confusa.
Valikia no se molestó en mirarla para responder con desdén:

—No es un dios. Luvann es una criatura más de Gea y estoy siguiendo su rastro para obtener su poder sobre la luz.

Caedra apretó los dientes, conteniéndose para no discutir. Hadriel entornó los ojos y se llevó una mano a la barbilla, pensativo.

—Recuerdas lo que dijo el oráculo supremo, ¿verdad? —habló Jay, dirigiéndose a su padre.

—Sí… Dijo que Luvann no es realmente lo que nosotros creemos —murmuró Hadriel. Miró a Valikia—. ¿Por qué crees eso?

Valikia sonrió con la ilusión de una niña pequeña al captar su interés. ¡Por fin encontraba a alguien abierto a sus ideas!

Extrajo la pluma de su bolso y se la tendió. Hadriel la tomó en sus manos, examinándola con detenimiento. El cañón estaba partido, probablemente la causa de la caída de la criatura a la que había pertenecido. Era oscura como la noche en su nacimiento, pero se volvía de un luminoso verde en los extremos de las barbas.

—Creo que Luvann es un fénix. Cuando las sombras destruyeron mi pueblo hace años, lo vi emerger de las profundidades y abrirse paso con su luz. Si obtenemos esa luz, tendremos poder contra las sombras —explicó ella.

—¿Cómo va a ser eso posible? —replicó Caedra, incómoda. Ella había creído en los dioses toda su vida—. Insinúas… ¿que todos los dioses son simples criaturas que habitan en Gea como nosotros?

—Así es. Solo tengo pruebas de Luvann, pero imagino que será lo mismo con los demás «dioses». Estuve investigando y hallé murales pintados por nuestros ancestros en los que Luvann aparece representado como un ave fénix —completó Valikia.

—Me gustaría ver esos murales para comprobarlo —dijo Hadriel, devolviéndole la pluma—. Si

fuera cierto, efectivamente podríamos hallarnos ante la solución para derrotar a las sombras.

—Supuse que querríais verlos —asintió ella—. Se encuentran en las ruinas de Agishia, un poco lejos, pero nada inalcanzable.

—¿Y qué hay de Luvann? —inquirió Jay. A él no le entusiasmaba mucho viajar para ver unas pinturas, pero comprendía por qué serían de interés para su padre. Antes de lanzarse en busca de esa criatura, tenían que cerciorarse de que lo que Valikia afirmaba era cierto, por mucho que él se inclinara a creerla sin necesidad de ver los murales.

Valikia suspiró con tristeza.

—Es muy elusivo. Le perdí la pista hace un mes. Con un poco de suerte, encontraré su rastro de nuevo en el viaje hacia las ruinas, pero, si no, cuento con vuestra ayuda para localizarlo después.

—En ese caso, nuestra primera parada en Zarested serán las ruinas de Agishia —decidió Hadriel. Jay se preguntó cómo había memorizado tan rápido el nombre. Luego recordó que se trataba de su padre, con su privilegiada mente de telépata—. ¿A cuánta distancia están de aquí?

Valikia sacó un mapa de su bolso. Estaba arrugado y rasgado en algunas partes, dada su antigüedad, pero la tinta negra se veía con suficiente claridad sobre el pergamino amarillo.

—Estamos aquí. —Señaló un punto en la costa este. Deslizó el dedo hasta un lago que había cerca del centro—. Y las ruinas de Agishia están aquí, en el lago Agishia. Si tenemos que ir a pie…, calculo que tardaremos un mes.

—¿Y no podemos usar tu piaferequus? —inquirió Jay.

—¿Tienes un piaferequus? —preguntó Caedra, fascinada. Siempre había querido ver uno.

Valikia giró la cabeza hacia la cueva.

—Frisie, ven aquí —lo llamó, y una criatura alada emergió de la oscuridad. Era algo más grande que un piaferis, y sus patas traseras eran las de un caballo en vez de las de un león.

—Es precioso —comentó Caedra, sonriendo. Tarvo también se acercó a examinarlo, curioso. Ya sabía quién sería el protagonista de su próximo dibujo.

—Naturalmente. Sin embargo, respondiendo a tu pregunta, Jay, Frisie lleva con mi familia desde antes de nacer yo. Es ya bastante mayor y no puede cargar con mucho peso —explicó Valikia—. De hecho, ni siquiera es mío, es de mi hermano, y tengo que devolvérselo ya. De camino a las ruinas pasaremos por la ciudad en la que vivimos ahora.

Caedra crispó las plumas. Estaba segura de que sería una experiencia igual de «agradable» conocer a la familia de Valikia.

—Mi ciudad, Eliean, está aquí. —Valikia señaló otro punto en el mapa, en unas montañas—. A medio camino. Estaremos en un par de semanas y podremos aprovechar para descansar antes de continuar hacia las ruinas.

—Me parece bien —asintió Hadriel, satisfecho con el plan. No había percibido ninguna intención hostil por parte de Valikia y había salvado a Jay, por lo que, de momento, no tenía razones para dudar de ella. Aunque no bajaría la guarida—. En ese caso, pongámonos en marcha de inmediato.

Jay sonrió, contento con la adición de Valikia al grupo. Tenía ganas de conocerla más, a diferencia de Caedra, que ahora observaba a la nueva zeafírea con recelo.

Valikia ladeó la cabeza. Le dirigió una mirada altiva.

# Capítulo 3: Desagrado

Caedra caminaba detrás de todo el grupo, taladrando con la mirada a Jay y a Valikia, que charlaban animadamente de espaldas a ella. Hadriel también participaba de vez en cuando en la conversación, que trataba sobre las aventuras que había vivido cada uno.

—Creo que es la primera vez en mucho tiempo que te veo de tan mal humor —comentó Tarvo, ralentizando el paso hasta quedar a la altura de Caedra.

A ella se le escapó una risilla nerviosa. Se pasó una mano por su larga coleta blanca.

—¿Se me nota?

—Lo suficiente como para que me dé cuenta —asintió Tarvo, divertido—. ¿No te ha caído bien Valikia?

—Es… muy diferente a mí —murmuró Caedra, inclinando la cabeza—. Hablé un poco con ella antes de que llegarais y no me he quedado con una buena impresión. Supongo que en algún momento haré otro intento…

—Parece simpática —dijo Tarvo. Vio cómo Caedra fruncía el ceño—. Pero, si te sirve de algo, me choca lo extrovertida que es. Está hablando con Jay como si lo conociera de toda la vida.

Caedra soltó una carcajada. Relajó los hombros.

—Eso no me sorprende viniendo de ti, Tarvo, que eres la persona más callada y reservada que conozco —replicó—. Y sabes que no lo digo como algo malo, pero lo que costó que empezaras a hablar con más naturalidad con nosotros...

Tarvo también rio.

—Lo sé, no lo puedo negar.

Hadriel le había preguntado a Valikia sobre los volpires, encontrando fascinante el hecho de que en ese continente pudieran desplazarse por las sombras. Según iban conociéndolo, se daban cuenta de que las sombras estaban muy presentes en muchos aspectos de la vida en Zarested.

Unas horas más tarde, se detuvieron para hacer un descanso y comer.

—Jay me comentó antes que queréis destronar al emperador de Gaelar —habló Valikia, sentada en una roca por encima de los demás. Frisie estaba tumbado cerca—. ¿De dónde ha surgido la idea?

Los helechos seguían dominando el paisaje que los rodeaba, al igual que los eucaliptos. En esa zona, sus ramas iban presentando ya pequeñas flores blancas que enriquecían el aire con su dulce aroma.

Hadriel dibujó una mueca en su rostro.

—Es una larga historia.

—Ya se lo dije yo —murmuró Jay. Estaba mordisqueando otro de aquellos frutos rojos. Poseían un ligero toque ácido que hacía que no resultaran empalagosos.

—Tenemos tiempo —replicó Valikia.

Jay suspiró profundamente. Apartó de su frente varios mechones sueltos. Se había lavado el pelo en un riachuelo antes de emprender la marcha esa mañana, por lo que ya no cargaba con el desagradable barro. Miró a su padre, que no hizo nada para indicarle que se callara, por lo que empezó a relatar:

—Yo soy hijo del emperador. O se suponía que lo era, aunque al final resultó que Hadriel era mi verdadero padre. —Lo cual había sido una gran alegría para ambos—. En cualquier caso, crecí como un príncipe junto a mi hermano Kendrij. Pero el emperador mató a Kendrij e intentó hacer lo mismo conmigo porque su oráculo tuvo una visión de que en un futuro uno de los dos lo mataría.

Valikia arqueó las cejas.

—Vaya, vaya, así que encima eres un príncipe —dijo, sonriendo. Cruzó las piernas y apoyó los codos en las rodillas, para luego reposar las mejillas en las palmas de sus manos—. No haces más que volverte cada vez más interesante, Jay.

Caedra entornó los ojos. Era un comentario tras otro. Masticó su bocadillo con lentitud, una extraña sensación asentándose en su estómago, ahora un tanto revuelto.

Jay rio.

—No es para tanto. Así que después de eso ocurrieron varias cosas… El emperador se enteró de que sigo vivo y trató de matarme una vez más, pero logramos huir. Y ahora estamos intentando averiguar cómo derrotarlo —resumió.

Sonaba como si estuviera describiendo la trama de una película que hubiera visto, sentado cómodamente en el salón de su antigua casa en la Tierra. Sin embargo, se trataba de su propia vida. Cómo había cambiado todo…

—Aquí no llega mucha información de Aruristed, pero lo que he oído de ese emperador no es muy bueno —dijo Valikia—. Miles de sus súbditos han desaparecido en misteriosas circunstancias tras ser convocados a su palacio a lo largo de los años, las cosechas son pobres, la comida escasea y no hace más que obligar a los chicos a alistarse en el ejército para seguir conquistando el continente. Tiene una obsesión por adquirir más terreno y riquezas solo para él.

—Sí, por eso queremos detenerlo —asintió Hadriel, con la mandíbula un tanto tensa. También había razones que se aventuraban más en el terreno personal, aunque no las compartiría con Valikia aún—. Sin embargo, no contamos todavía con la suficiente información.

—Esperemos que resolver esa parte sea cuestión de tiempo —murmuró Caedra. Sus plumas estaban crispadas.

—Me alegro de haber decidido acompañaros. Va a ser interesante —dijo Valikia, sonriendo y dando una palmada.

Jay resopló, un tanto ofendido.

—«Interesante» es una buena forma de describirlo…

—Al menos, estos dos últimos años han sido más relajados, ¿no? —comentó Tarvo, ganándose una mirada de Valikia. La zeafírea ahora se daba cuenta de que el joven hombre apenas hablaba, camuflándose con el entorno gracias a su ropa de tonos tierra.

—Y doy gracias por ello, pero me da a mí que después de la experiencia de ayer esas «vacaciones» se han terminado… —respondió Jay, hundiendo los hombros. Tarvo rio y le dio unas palmaditas en la espalda—. Con lo a gusto que se estaba en esa isla.

—¿Dónde estabais? —quiso saber Valikia.

—En Ganthia, una isla de torrogal —contestó Hadriel.

—¿Y qué hacíais allí?

—Entrenar mi fuego —dijo Jay. Chasqueó los dedos y se manifestó una pequeña llama azul.

Valikia arqueó las cejas, sorprendida. Bajó de la roca y fue junto a Jay, observándolo más de cerca. Las llamas fantasmales iluminaron su pálido rostro.

—¿Fuego azul? ¡Eso es algo muy raro en afines al fuego!

—Solo lo obtienen los que han perfeccionado su uso —asintió Hadriel, sin ocultar del todo el orgullo en su voz—. Jay tuvo que entrenar bastante duro estos dos últimos años para conseguirlo.

—Y ni siquiera pude aprovecharlo contra los volpires por la lluvia —masculló Jay. Hizo desaparecer la llama, pero había disfrutado con la reacción de Valikia. Aunque no admitiría en voz alta que había querido presumir un poco delante de ella, quizás para contrarrestar la imagen que le había dado cuando lo había rescatado, tirado en el suelo, inmóvil e indefenso—. A todo esto, Valikia, ¿cuánto tiempo llevabas buscando a Luvann?

—Casi tres años ya. Pero no he conseguido volver a verlo de cerca —respondió ella con fastidio.

—¿Y cómo es que viajabas sola? —inquirió Jay, curioso. Si él había sido capaz de sobrevivir a la hostilidad de Gea, había sido gracias a que había estado acompañado desde el principio.

—Porque mis compañeros no me creen cuando les digo que Luvann no es un dios —gruñó Valikia, cruzándose de brazos—. Ojalá llegue el día en el que pueda ver sus caras cuando les demuestre que se equivocaban.

Caedra se mantuvo callada. Ella tampoco terminaba de creerse lo que decía Valikia, pero no tenía ganas de iniciar una discusión.

***

Jay y Valikia continuaron hablando el resto del día. Habían conectado con rapidez y reían a menudo al intercambiar historias. Al caer la noche y detenerse en un claro para montar el campamento, Caedra se alejó. Fue a sentarse al borde del precipicio junto al que estaban, abrazando sus rodillas.

El bosque de eucaliptos y helechos continuaba extendiéndose al fondo, ahora una masa de verde oscuro pobremente iluminado por la luna. El viento mecía con suavidad las hojas de los árboles detrás de ella, y un búho la sobrevoló, saliendo en busca de su próxima presa.

No entendía por qué estaba tan irritada con la presencia de Valikia. La conversación que había tenido con ella no había sido la mejor, pero no era suficiente para que se sintiera de esa manera. No había tenido problema con Su-Nev, independientemente de cómo hubieran terminado las cosas con la denu, y a Su-Nev le había encantado llevarle la contraria en todo.

Ver a Valikia charlando tan animadamente con Jay la entristecía. Jay había tardado en abrirse a ella, pero había aceptado a Valikia desde el principio. Lo notaba entusiasmado con su presencia y solo llevaba en su grupo un día.

Le tendría que dar igual. ¿Sería por el hecho de que Valikia era una zeafírea, como ella? Era muy atractiva y, además, era hábil si había sido capaz de salvar a Jay de los volpires. ¿Acaso sentía miedo de que la reemplazara de alguna forma? ¿O era algo diferente?

«Estás siendo una tonta», se dijo, descontenta. Alzó la vista al cielo, observando la preciosa luna llena en medio de un mar de estrellas.

Ya habían pasado diez años y no podía dejar de pensar en Kendrij. Lo seguía echando de menos y, de nuevo, deseó más que nada que estuviera a su lado. Lo que habría dado por volver a sentir sus cálidos brazos rodeándola…

Se tumbó sobre los helechos, menos crecidos en el borde del precipicio. La tierra estaba ligeramente húmeda, pero no le molestó. Estuvo así durante varios minutos, recordando viejos momentos con el chico al que había amado, hasta que escuchó pasos.

—Espero que no tengas intención de dormir ahí —dijo una voz familiar en broma.

Se sentó y giró la cabeza, viendo a Hadriel. Caedra suspiró tristemente. Su largo cabello blanco, todavía atado en una coleta, estaba ahora algo mojado.

—Siento que hayas tenido que venir a buscarme. Iba a volver enseguida.

—He venido porque así lo he querido —replicó Hadriel con calma, acomodándose a su lado—. Te he notado algo rara hoy.

Caedra se llevó una mano a la cara. Primero Tarvo, y ahora Hadriel. No ocultaba sus emociones tan bien como se pensaba, al menos no cuando se sentía tan irritada por razones que no alcanzaba a comprender. Aquella extraña sensación permanecía en su estómago, como piedras que se negaban a desaparecer.

—Lo siento. No sé qué me pasa.

—¿Es por Valikia? —preguntó Hadriel, aunque ya sabía la respuesta. Miró a Caedra de reojo. Ella inclinó la cabeza y permaneció en silencio—. ¿Qué es lo que te preocupa?

Caedra se mordió el labio inferior. Clavó la vista en sus manos.

—No sé cómo explicarlo.

Sentía vergüenza. Sobre todo, porque no encontraba una explicación racional para lo que le sucedía.

—Inténtalo —la animó Hadriel con suavidad.

—Es… Es una zeafírea, como yo, pero es diferente, se cree mejor… —Caedra hundió los hombros, envolviéndose con sus alas. Sabía que su explicación sonaba infantil, como una niña desplazada por otra más popular—. Y Jay me ha ignorado todo el día porque solo ha querido hablar con ella.

¿Acaso era tan grave que Jay no estuviera tan pendiente de ella un día? Pero esas piedras permanecían en su estómago…

Hadriel puso una mano en su espalda. Caedra se tensó por un instante, antes de relajarse de nuevo.

—Entiendo que te haya chocado un poco la forma de ser de Valikia. Pero ya sabes cómo es Jay: le puede la curiosidad y le llama la atención todo lo nuevo. Y, al fin y al cabo, Valikia le ha salvado la vida.

—Ya…

—Dale tiempo. Seguro que mañana él también te pregunta por qué has estado hoy así. Y puedes probar a hablar de nuevo con Valikia.

—No creo que ella esté muy dispuesta… Hablé un poco con ella antes de que llegarais vosotros esta mañana y tuvimos una conversación que no me gustó en absoluto por cómo me trató —murmuró Caedra, abrazando sus rodillas y clavando los dedos en ellas—. Considera a los zeafíreos de Aruristed inferiores, aunque desconozco el motivo. Tampoco sé si tengo ganas de averiguarlo.

Hadriel rio con suavidad.

—Ten paciencia, Caedra. Por lo poco que he visto, sois muy diferentes.

—Eso ya lo he notado yo también —masculló ella. Respiró hondo y giró la cabeza hacia él—. Aunque no lo parezca, quiero llevarme bien con Valikia.

—Lo sé —asintió Hadriel, sonriendo. De la misma forma que sabía que Caedra se avergonzaba por su actitud al creer que era indigna de una guerrera. Pero, por muy experta que fuera en el combate, seguía siendo joven e inexperta con sus emociones—. Te cuesta confiar en los demás, pero evitas el conflicto siempre que puedes.

Caedra sonrió también. Su estómago no estaba ya tan revuelto.

—Mañana intentaré hablar de nuevo con ella. A ver si está más receptiva. En el fondo es una suerte habernos encontrado, nada más llegar, con alguien que conoce este continente.

—Sí, desde luego. Nos ha ahorrado muchos quebraderos de cabeza.

—Solo podría ser un poco menos… acaparadora.

Hadriel soltó una carcajada.

—Estoy seguro de que es buena chica. Dale una oportunidad.

Se había fijado en las miradas que Valikia le dirigía a Caedra cuando esta tenía su atención en otra parte. Cargadas de una extraña tristeza y nostalgia.

—Lo haré —aceptó Caedra, resignada.

Hadriel tenía razón. Solo conocía a Valikia de un día y no debía sacar conclusiones. Seguro que cuando a la mañana siguiente hablara con Valikia, la conversación iría mejor.

# Capítulo 4: Visiones del pasado

Era una mañana soleada, con el cielo despejado por completo. Pequeños lémures de pelaje blanco y marrón correteaban por las ramas y los pájaros, de vistoso plumaje rojo y azul, cantaban. Resultaba difícil creer que había caído una tormenta dos noches atrás.

Caedra estaba atándose el pelo en una coleta. Muchas veces había pensado cortárselo, pues ya le llegaba prácticamente hasta la cintura, pero por el momento conseguía que no le molestara al recogerlo. Se empeñaba en mantenerlo largo por la tradición de los zeafíreos de su continente, que su hermano le había inculcado desde pequeña.

Sintió un pinchazo en su corazón al pensar en Loure. Su larga melena había estado enmarañada por sus años sufriendo como esclavo…

Notó un par de ojos observándola. Giró la cabeza. Valikia, que ya se había preparado para seguir con el viaje, estaba apoyada en el tronco de un árbol con los brazos cruzados, mirando en su dirección. Hadriel estaba intentando despertar a Jay, un proceso complicado, y Tarvo había ido a dar una vuelta.

—Entonces, ¿todos los zeafíreos de Aruristed tenéis el pelo blanco? —inquirió Valikia desde donde estaba.

—Así es. Por lo que veo, no es el caso en Zarested —contestó Caedra con cautela. No se esperaba que iniciara una conversación con ella, y no podía evitar sospechar, como si Valikia fuera una araña, tejiendo su red y esperando a que quedara atrapada en ella.

—Nuestro pelo es de color negro —dijo Valikia, apartándose del tronco multicolor del eucalipto. Sonrió—. Mucho más práctico para camuflarnos. El pelo blanco llama demasiado la atención.

—Nunca me ha supuesto un problema —replicó Caedra. Bajó los brazos al terminar de hacer la coleta. Se agachó para limpiar una mancha de barro en el cuero de sus botas. En otro momento no le habría dado importancia, pero de esa forma evitaba mirar a Valikia.

Tarvo apareció en el claro en ese momento. Fue junto a Hadriel.

—¿No consigues levantarlo? —le preguntó. Puso las manos en las caderas e inclinó la cabeza. Jay rodó por el suelo para darles la espalda, gruñendo.

—Algunas cosas nunca cambian —respondió Hadriel, resignado. Cuando había tenido que despertarlo para llevarlo al instituto había sido exactamente la misma pelea. Echaba de menos esos tiempos, más sencillos—. Jay, solo quedas tú por levantarte.

Jay masculló una maldición entre dientes y abrió los ojos. Se sentó y bostezó.

—Os gusta torturarme.

Hadriel rio. Extendió el brazo y le revolvió el pelo. Eso fue suficiente para que Jay se incorporara de un salto.

—Papá, te he dicho mil veces que no hagas eso —protestó, sacudiendo la cabeza. Miró a un lado y a otro—. ¿No me habéis dejado nada para desayunar?

—Hemos tenido esa tentación, para ver si aprendías de una vez —aseguró Hadriel. Le dio los frutos rojos que quedaban.

Caedra soltó una carcajada al ver la rapidez con la que Jay los devoraba, como si alguien fuera a aparecer para robárselos.

—¿Cuánto hace que lo conoces? —quiso saber Valikia, acercándose a ella para que no las escucharan al hablar.

«Tienes que darle una oportunidad», se recordó Caedra.

—Lo conocí cuando éramos pequeños —contestó, sin querer tampoco dar muchos detalles.

—Y no hay nada entre vosotros, ¿no?

Caedra, que había estado estirando las alas, se quedó rígida. Crispó las plumas.

—No. Solo somos… muy buenos amigos —murmuró, sorprendida por la pregunta.

—Me alegro. Solo quería asegurarme —dijo Valikia, animada, tras lo cual se fue.

Caedra la observó mientras se alejaba, perpleja.

—¿Qué te ha preguntado para que te hayas quedado con esa cara?

La zeafírea dio un respingo. Se había sumido en sus pensamientos y no se había dado cuenta de que Jay había aparecido junto a ella, ya listo para continuar con el viaje, estirando las mangas de su chaqueta. Valikia estaba equipando a su piaferequus con el arnés del que colgaban varias bolsas de tela.

El chico la miraba fijamente, esperando una respuesta. Caedra se aclaró la garganta.

—Nada, nada. Solo ha comentado que… —Desvió la vista. Tenía que pensar algo con rapidez —. Que debería cortarme el pelo. — Caedra gruñó para sí. Ya se le podría haber ocurrido algo mejor.

Jay enarcó una ceja. Podía detectar con facilidad que Caedra estaba mintiendo. Siempre que lo hacía evitaba posar sus ojos en él.

Aun así, decidió que no la presionaría si ella no quería contárselo.

—Yo creo que así te queda bien —dijo, sonriendo y tomando un mechón de la coleta entre sus dedos. Era más suave de lo que parecía, si bien presentaba, a pesar de todo, una textura áspera. Caedra no tenía tiempo para cuidarlo en sus viajes—. Nunca te he visto con el pelo corto. Sería extraño.

Caedra también sonrió, ignorando el latido acelerado de su corazón.

—Gracias. No lo cortaré, entonces.

Había sido una incómoda conversación después de prácticamente un día entero sin hablar con Jay. La zeafírea maldijo para sus adentros.

—¿Estamos todos listos? —preguntó Hadriel, llamando la atención de ambos. Cuando todos asintieron, prosiguió—: En ese caso, en marcha.

Jay fue corriendo a darle los buenos días a Valikia. Caedra apartó la mirada e hizo una mueca, volviendo a experimentar el estómago revuelto.

«¿Desde cuándo soy tan posesiva?», se reprendió, disgustada.

***

Descendían ya por la montaña. Jay estaba impaciente por dejar atrás aquel terreno de helechos y eucaliptos entre los cuales se escondían volpires de sombras. Bajaba con rapidez por la cuesta con Valikia junto a él. Los demás iban unos cuantos metros por detrás.

—¿Es cierto que en Aruristed tenéis pájaros que espían para el emperador? —le preguntó Valikia a Jay.

Jay gruñó. Le vino a la mente su plumaje metalizado.

—Y tanto. Se llaman zizevin y son de lo más molesto que te puedes encontrar. Si no consigues esconderte de ellos, o cargártelos a tiempo, el emperador sabrá dónde estás —explicó—. Creo que una de las cosas que más me gustan de Zarested es no tener que estar pendiente de si habrá un zizevin oculto entre los árboles.

—Me pregunto de dónde habrán salido —murmuró Valikia—. La verdad es que me gustaría ver uno algún día para llevárselo a mis padres y que lo estudiaran.

—Bueno… Se podría decir que los zizevin son bonitos, de color rosa y verde. ¿A qué se dedican tus padres? —aprovechó para preguntar Jay.

—Crían bibires. Son las aves mensajeras de Zarested. ¿Las hay también en Aruristed?

Jay apartó la mirada, pensativo. No podía estar seguro, pues no había aprendido absolutamente todo sobre Gea en esos años, pero no le sonaban.

—Creo que no.

—Una pena. Mi familia se ha dedicado desde siempre a los bibires. Son los pájaros más veloces que existen.

—¿Y tú también te dedicarás a eso?

Valikia arrugó la nariz.

—¡Claro que no! Sería muy aburrido.

Jay rio. Una suave brisa le revolvió el pelo.

—¿Y a qué te piensas dedicar?

—Por ahora estoy centrada en encontrar a Luvann. Luego… ya veremos —respondió ella, encogiéndose de hombros—. No he pensado nada en concreto.

—Yo tampoco tengo un claro plan de futuro —dijo Jay—. Pero no tiene mucho sentido pensarlo, en mi caso. Todo dependerá de que consigamos derrocar al emperador o no.

Lejos quedaban ya sus planes de graduarse en la universidad... E igual de lejana le parecía la idea de convertirse él algún día en emperador, pues, a ojos de los habitantes de Gaelar, él seguía siendo un príncipe.

No había sido educado para ello. Dudaba que fuera a desempeñar bien su deber.

—Es ciertamente un objetivo ambicioso, pero entiendo que no os quede otra opción. —Valikia

sonrió—. Es admirable que, a pesar de todo por lo que has tenido que pasar, te mantengas en pie, Jay.

Él arqueó una ceja.

—¿Por qué lo dices?

—Muchos se rinden ante una vida dura. No los culpo, pero yo creo que siempre hay que seguir luchando y salir adelante —explicó ella—. Y tú por ahora pareces estar llevándolo bien.

Jay soltó una carcajada.

—Si me hubieras visto hace unos años… —Suspiró con tristeza. Su llegada a Gea había sido tan agobiante, sumada al fracaso del rescate de la emperatriz… Sintió una desagradable opresión en el pecho al recordar a su fallecida madre, con la que apenas había podido tener una mínima conversación antes de que los atacara el oráculo supremo. Se esforzó en controlar la angustia—. Pero es cierto que a veces echo de menos una vida más normal.

—¿Qué es normal en este mundo? —dijo Valikia de broma.

Jay rio, pero se quedó pensativo ante la elección de palabras de la zeafírea. ¿Sabría de la existencia de la Tierra?

—¿Crees que hay otros mundos además de Gea? —le preguntó para salir de dudas.

Ella ladeó la cabeza, confusa.

—¿Por qué iba a haberlos?

Era cierto, entonces, que solo un número muy reducido de personas conocía los portales.

El terreno se iba volviendo cada vez más regular y llano. Seguía habiendo eucaliptos, pero ya no estaban en pendiente, y los helechos crecían más dispersos.

Hadriel analizaba el mapa que le había dado Valikia mientras caminaban. Se fijó en que había varios puntos tachados. Cuando hicieron el descanso para comer, se acercó a preguntarle.

—Voy marcando las zonas por las que no se puede pasar —le informó ella—. Estos son los lugares en los que la marea oscura se ha extendido.

—Algo parecido a lo que sucedía en Gaelar hace doscientos años —comentó Caedra—. Las sombras impedían el acceso a esas tierras.

—Efectivamente, cualquiera que intente adentrarse en las sombras de la marea sufrirá serias consecuencias —asintió Valikia. Frunció el ceño—. Recuerdo cuando la marea oscura se tragó mi pueblo siendo yo pequeña. Era horrible ver lo que les ocurría a los que no lograron huir.

Jay hizo la pregunta que estaban pensando todos:

—¿Qué les ocurrió?

—Cuando las sombras te atrapan, te sumes en un sueño profundo que pronto se llena de pesadillas —explicó Valikia—. Dicen que lo que te ocurre en esas pesadillas se refleja en tu cuerpo en la vida real, aunque esto yo no lo pude apreciar. Lo que sí pude ver fue cómo las sombras los envolvían e iban devorando sus cuerpos sin que ellos despertaran.

Jay tuvo un escalofrío.

—No parece muy agradable —murmuró. Era digno de una película de terror, como muchos de los peligros de Gea.

—¿Cuántos años tenías, Valikia? —preguntó Hadriel. Guardó el mapa en su mochila de cuero.

—Diez años, así que ya hace bastante de eso. Pero es algo que no olvidaré nunca. Las sombras son… extrañas. Susurran cosas… —dijo ella, tensando los hombros.

—¿Cuántos años tienes ahora? —inquirió Caedra.

—Tengo diecinueve. Me habría gustado ir antes en busca de Luvann, pero mis padres no me lo permitían. Por lo que hace tres años me fui por mi cuenta a escondidas —relató Valikia. Dibujó una mueca en su rostro—. No estaban muy contentos cuando fui a visitarlos, pero ya lo habían aceptado.

—Yo tampoco estaría muy contento si Jay se escapara en mitad de la noche —bromeó Hadriel, observando a su hijo con intención.

Jay puso los ojos en blanco.

—Papá…

—¿No es lo que hiciste una vez para salir de fiesta?

Valikia miró a uno y a otro, confusa.

—¿Te escapabas del palacio para ir a fiestas?

Jay habría querido contarle todo a Valikia. Pero si no tenía ni idea de la existencia de la Tierra, ¿cómo iba a creerle?

—Algo así… —acabó por murmurar. La sensación de peligro que había experimentado de pequeño cuando se escapaba de su casa en la Tierra palidecía en comparación con todo lo que estaba sufriendo en Gea.

Caedra rio.

—¿No podías esperar a que tu padre te diera permiso para salir, Jay?

—¿Qué te esperabas? Es un impaciente —dijo Tarvo, esbozando media sonrisa.

Jay gruñó.

—Tened cuidado, que como me ponga yo a contar cosas vuestras…

—¿Como qué? —Valikia lo instó a continuar, interesada.

—Pues hubo una vez en Ganthia que Caedra se tomó una bebida de los torrogal que llevaba más alcohol del que nos pensábamos y…

Caedra enseguida adivinó la historia y se puso roja. Se desplazó como un relámpago.

—Suficiente —lo interrumpió, poniendo la mano en la boca del chico.

Hadriel y Tarvo, sin embargo, ya estaban riendo, sabiendo cómo terminaba. Valikia hizo un mohín.

—¡Yo también quiero saberlo! —protestó, cruzándose de brazos. Frisie, el piaferequus, graznó.

Jay logró librarse de la mordaza de Caedra, pues ella tenía menos fuerza que él. Caedra soltó lo primero que se le ocurrió, desesperada:

—Como se lo digas le cuento lo que pasó en los baños termales el año pasado.

Esto fue suficiente para que Jay palideciera. Las risas de Tarvo y Hadriel aumentaron.

—No es justo, ahora también voy a querer saber qué pasó en los baños termales… —refunfuñó Valikia.

***

Al caer la noche, Hadriel y Tarvo se fueron a buscar ramas para la hoguera y Caedra fue a llenar las cantimploras a un riachuelo que había cerca. Esto dejó solos a Jay y a Valikia con todo su equipaje. Frisie estaba volando por la zona para ejercitarse.

Valikia había sacado la pluma negra y verde de su bolso y la estaba observando fijamente. Se habían sentado en el suelo a esperar a que los demás regresaran. Aquí la tierra estaba más seca.

—Caedra no cree que yo tenga razón, ¿verdad? —murmuró Valikia. Sus labios estaban apretados en una fina línea.

Jay giró la cabeza hacia ella. Tenía los codos apoyados en las rodillas.

—¿A qué te refieres?

—A Luvann.

Jay hizo una mueca. Se llevó una mano al cuello.

—Bueno, ella siempre ha creído firmemente en los dioses. Suele ser muy abierta para todo lo demás, pero en todos estos años no he logrado hacerla cambiar de idea en lo que a eso se refiere…

—Ninguno de mis compañeros me cree tampoco —masculló Valikia—. Son obstinados. Pero yo he investigado, y sé lo que vi de pequeña.

—Estoy seguro de que en cuanto le mostremos alguna evidencia a Caedra la convenceremos, no te preocupes —declaró Jay. Por muy cabezota que fuera, no era irracional y sabía aceptar la evidencia.

—Caedra no es mi problema. Es solo otra persona más que se niega a escucharme. Muchos padres prohibían a sus hijos juntarse conmigo cuando era pequeña para que no les «contagiara» mis ideas —relató ella con amargura—. Mis propios padres estaban convencidos de que mentía.

Jay la miró de reojo. Parecía que había tenido una infancia complicada, por lo que tendría que llevar la conversación con cuidado.

—¿Y tu hermano?

—Él también vio a Luvann; estaba conmigo. Él es el único que me apoya —respondió ella, abrazando sus rodillas—. La verdad es que tengo ganas de volver a verlo.

Jay puso una mano en su hombro.

—Yo te creo, Valikia. Y mi padre también, lo único es que necesita asegurarse. Tarvo… Bueno, es difícil saber lo que piensa.

Valikia esbozó media sonrisa.

—Sí, ya he visto que es bastante callado. Pero gracias por creerme, Jay. La gente está demasiado ciega con el asunto de los dioses.

Sopló una fría brisa que les puso la piel de gallina.

—Ni que lo digas. —Jay resopló—. En el Imperio gaelaro están tan cegados que consideran al emperador la encarnación del dios Luvann… ¿Cómo podría ser alguien así un dios?

Valikia fue a decir algo, pero Jay la vio abrir los ojos como platos. Siguió la dirección de su mirada, confuso, y divisó una especie de niebla negra deslizándose entre la base de los eucaliptos.

—¿Qué es eso?

Valikia lo agarró del brazo y tiró de él para que se levantara. Jay lo hizo, pero frunció el ceño.
—¿Qué pasa?

—¡Sombras! —exclamó ella, señalando la oscura bruma. Su voz tembló. Extendió las alas—. ¡No entiendo cómo han llegado hasta aquí!

—Pero no parece gran cosa, ¿no?

—Todavía no es suficiente para envolvernos por completo, pero pronto se volverán más densas. Si nos alcanzan ahora podrán adormecernos hasta que llegue el resto de la marea —explicó Valikia con rapidez. Tiró de Jay—. ¡Tenemos que irnos!

—No, espera —la frenó él, deshaciéndose de su agarre—. No podemos dejar atrás a los demás.

Valikia apretó los dientes.

—Jay, no sabemos dónde están. Si no nos damos prisa…

Jay le dio la espalda y se acercó a la niebla. Esta de inmediato extendió un hilo para tratar de enrollarse en su pie. Retrocedió y miró a un lado y a otro, sin saber qué hacer. Por si no tenía suficiente, su padre y Tarvo se habían ido en una dirección diferente a Caedra.

Se vio forzado a seguir retrocediendo cuando las brumas empezaron a inundar el claro.

—¡Nos vamos! —declaró Valikia.

Jay no tuvo más remedio que obedecerla. Cogieron las cosas entre los dos y echaron a correr por el bosque.

Se toparon con otro cúmulo de niebla y frenaron. Intentaron ir por otro lado, con el mismo resultado.

—¡Se suponía que la marea oscura no había llegado hasta aquí! —exclamó Valikia, con las plumas de sus alas erizadas. Al menos, así era la última vez que lo había comprobado.
Jay recorrió el lugar con la mirada, buscando alguna vía de escape. Todo estaba cubierto de sombras.

Valikia se llevó los dedos a los labios y silbó. Pasaron unos segundos y Frisie descendió del cielo. La zeafírea sonrió con alivio al ver al piaferequus.

—¡Sube, Jay! —le dijo con urgencia, empujándolo hacia el animal.

Frisie relinchó, nervioso por la presencia de aquella bruma negra. Jay mantenía el ceño fruncido, escuchando el latido acelerado de su corazón. Tenía que encontrar a los demás…

Valikia adivinó con facilidad qué estaba pensando.

—Los buscaremos desde el cielo. No vamos a dejarlos atrás.

Jay, al fin, asintió y subió al lomo de Frisie. El piaferequus batió las alas y alzó el vuelo, Valikia siguiéndolo. Las sombras se arremolinaron donde habían estado instantes atrás, marchitando las plantas que asfixiaban a su paso. Las hojas de los helechos, ahora marrones y arrugadas, caían con desagradables crujidos al suelo.

—Espero que hayan sabido reconocer las sombras —dijo Jay una vez estuvieron a la altura suficiente. Era difícil ver lo que había en el bosque en la oscuridad de la noche—. Caedra puede volar y mi padre puede huir con Tarvo levitando, pero ¿y si no se han dado cuenta a tiempo?

Valikia se acercó a él. El viento revolvía su pelo negro con fiereza.

—Eso lo vamos a comprobar enseguida —respondió, tras lo cual descendió un poco.

Jay confió en que la visión de la zeafírea fuera suficiente para divisar a su padre y a sus amigos, porque él apenas distinguía nada. Solo era capaz de apreciar cómo gran parte del bosque se estaba llenando de niebla negra. Las hojas de los eucaliptos se desprendían y su corteza se agrietaba y encogía. Se escuchaban los chillidos de varios animales en agonía. Era espeluznante y tuvo un escalofrío al imaginarse a las sombras devorando a una persona...

***

Caedra observaba su reflejo en el riachuelo, con su imagen distorsionándose por la corriente del agua. Ya había llenado las cantimploras, pero se había sentado para pensar un poco a solas antes de volver.

Entendía que Jay no podía conversar siempre solo con ella. Por tanto, seguía sin comprender su desánimo cada vez que veía a Jay y a Valikia charlando. No le había ocurrido nunca antes.

«Estás siendo infantil», se regañó. Vio a su reflejo fruncir el ceño.

Se abrazó con sus alas cuando sopló una gélida brisa que le provocó un escalofrío. Era cierto que refrescaba en las noches de primavera, pero ¿hasta ese punto?

«Cai…».

Alzó la vista, perpleja, al escuchar una voz familiar llamándola. Escrutó los alrededores, pero no divisó a nadie.

«Cai».

—¿Jay? —lo llamó y se levantó. ¿Dónde estaba? Tenía que ser él, solo él la llamaba de esa forma.

«Cai».

Caedra se giró. Ahogó una exclamación al ver a un chico alto, de pelo castaño claro, ondulado,

y cálidos ojos del mismo color. Vestía un elaborado y elegante traje escarlata, y la contemplaba con una sonrisa. Una extraña bruma negra se arremolinaba a sus pies.

Era tan parecido a Jay… Pero no era Jay.

—Por todos los dioses… Ken… ¿Kendrij? —balbuceó ella. Sintió que su corazón se aceleraba y le temblaron las manos.

Kendrij también la había llamado de esa manera. Pero Kendrij había muerto. Llevaba años muerto. ¿Cómo era eso posible?

«Estoy aquí, Cai. Ven».

Extendió sus brazos, invitándola a ir hacia él. La voz sonaba en su mente… Era la de Kendrij, tal y como la recordaba. Suave, tan atrayente como las vivas llamas de una hoguera en medio de un paisaje glacial.

Caedra dio un paso hacia delante.

—¿Cómo…? —No sabía muy bien qué decir, o cómo expresarse.

Había soñado tantas veces con algo así… Pero ¿qué estaba pasando? ¿Acaso los dioses habían hecho caso a sus súplicas? Todos esos años lo que más había deseado era tener a Kendrij a su lado de nuevo. ¿Se cumpliría su deseo al fin?

«Ven, Cai».

Él seguía llamándola. Caedra parpadeó repetidamente. Los ojos le ardían y tenía un nudo en la garganta.

—¿Dónde has estado todo este tiempo? —sollozó. Se le escaparon un par de amargas lágrimas que rodaron por sus mejillas. ¿Acaso había estado vivo y se lo había ocultado? ¿Por qué?

«Esperándote. Siempre esperándote a ti y solo a ti, Cai. Ven conmigo…».

Caedra no lo dudó más. Fue hacia él.

***

Valikia y Jay seguían sobrevolando el bosque en busca de sus compañeros. Jay tenía el ceño fruncido y los hombros en tensión.

—¿Ves algo? —le preguntó a Valikia, esperanzado. Se ponía más nervioso a cada minuto que pasaba y no encontraban nada.

—No, todavía no he… —La zeafírea calló y se detuvo, entrecerrando los ojos. Frisie se paró a su lado, batiendo las alas—. ¡Creo que ahí están Hadriel y Tarvo!

—¿Dónde? —quiso saber de inmediato Jay, irguiéndose. Valikia señaló un punto en la distancia y Jay distinguió a dos figuras flotando en el aire fuera del bosque, hacia un monte—. ¿Son ellos?

Él no tenía la visión de un zeafíreo, por lo que necesitaba la confirmación de su compañera.

—Sí, tranquilo —afirmó ella con un asentimiento de cabeza—. Solo queda encontrar a tu amiga…

Jay dudó. Su instinto le decía que se quedara buscando a Caedra hasta encontrarla, pero lo más práctico sería ir hasta su padre y que él la localizara con un escaneo mental. Sin embargo, si en el tiempo que tardaban en ir hasta él las sombras alcanzaban a Caedra…

Se le ocurrió la solución. Miró a Valikia.

—Ve con ellos y dile a mi padre que localice a Caedra. Yo me quedaré buscándola con Frisie mientras tanto.

Valikia arrugó la frente.

—¿Estás seguro?

—Estaré a salvo aquí arriba, tranquila.

La zeafírea no parecía muy convencida, pero terminó por asentir con la cabeza y batir las alas con fuerza, alejándose con rapidez.

Jay llevó al piaferequus hacia su izquierda. Le hizo descender más para ver mejor, aunque con la oscuridad era complicado.

Pasó un tiempo en el que siguió sin encontrar nada. Tenía la esperanza de que Caedra se hubiera ido volando y los estuviera esperando en algún punto, pero hasta que no se asegurara, no dejaría de buscarla. Sus manos se aferraban con fuerza a las plumas en el grueso cuello de Frisie, no por un miedo a las alturas, sino por la tensión que se había apoderado de él.

Localizó el riachuelo. Caedra había ido a llenar las cantimploras, por lo que, si todavía estaba en el bosque, sería cuestión de ir por encima del agua hasta divisarla.

Guio a Frisie por el curso del río. Al fin atisbó la figura familiar de la zeafírea en la distancia, gracias a su llamativo pelo blanco. Sin embargo, su alivio inicial fue pronto reemplazado por consternación. Las sombras la estaban rodeando y ella no se iba. Tenía las alas extendidas, pero no alzaba el vuelo. Caminaba lentamente hacia los árboles, como hipnotizada por algo.

—¡Cai! —la llamó al estar cerca de ella. No reaccionó—. ¡Caedra!

No lo escuchaba. Jay apretó los dientes e hizo que Frisie bajara un poco más. El piaferequus chilló cuando un remolino de bruma negra rozó su cola.

—¡Cai!

No había forma. ¿Qué había visto la zeafírea que la tenía de esa manera? Su mirada estaba fija en un punto concreto.

Se le pusieron los pelos de punta al ver cómo seguía acercándose a las sombras. Una se envolvió en su tobillo. Ella no se enteró, hipnotizada por lo que fuera que había captado su atención.

Jay trató de hacer que Frisie descendiera más, pero el animal se negó, asustado, y graznó. El chico frunció el ceño y tomó una decisión.

Saltó al suelo. Aunque sus rodillas protestaron por la altura, lo ignoró. Fue junto a Caedra y la agarró del brazo, tirando de ella y forzándola a girarse hacia él.

—¡Cai! ¿Qué te pasa?

Ella parpadeó varias veces, como si no lo reconociera. Al fin, su mirada se iluminó. Jay se fijó

en que tenía las mejillas brillantes, llenas de lágrimas.

—¡Jay! —exclamó Caedra. Sonaba alegre, lo que desconcertó todavía más al chico—. ¡Es Kendrij!

¿Kendrij? ¿Su hermano? ¿Qué estaba diciendo?

Caedra señaló un punto entre los árboles. Jay miró en esa dirección y arqueó una ceja. Ahí no había nadie. ¿Estaría teniendo alucinaciones? Sería fácil pensar, en medio de esa oscuridad, que cualquier sombra era la figura de alguien…

Un hilo de niebla negra ascendió por su pierna.

—¡Está aquí! —insistió Caedra—. ¡Mira!

Y, de repente, Jay lo vio. Se quedó congelado, olvidándose momentáneamente de respirar. Fue como estar ante una especie de reflejo suyo demacrado, pálido y vestido de traje.

—Pero ¿qué…? —balbuceó, confuso.

Kendrij… Su hermano… Realmente lo tenían delante. ¿Cómo era posible?

Se fijó en las sombras que se arremolinaban en los pies de aquel fantasma de ojos vacíos que extendía la mano hacia ellos. Lo entendió todo.

—No es real —murmuró. Caedra no lo escuchó—. No es real —repitió más alto.

Ella frunció el ceño.

—Jay, no digas tonterías…

—¡No es real, Caedra! —exclamó Jay tirando de ella. La zeafírea se resistió. La bruma era cada vez más espesa y los rodeaba, cerrando el espacio.

—¡Jay! ¿Es que no lo ves? —protestó Caedra, sollozando—. ¡Es Kendrij!

—¡No es Kendrij! ¡Son las sombras! —replicó él con más agresividad de la que le habría gustado, pero se estaban quedando sin tiempo. Tenía que conseguir que reaccionara.

—Voy a ir con él —declaró la zeafírea, dando un paso hacia delante.

Jay apretó los dedos en la muñeca de Caedra para retenerla. Ella gruñó, pero Jay era más fuerte. La aprisionó en sus brazos y la forzó a retroceder. La zeafírea chilló y se retorció.

—¡Suéltame! ¡Déjame ir!

Jay tuvo que tener cuidado de que no le clavara sus cuernos moviendo la cabeza.

—¡Caedra, no es real!

—¡Kendrij! —Caedra lo llamó con desesperación. Jay sabía que estaba haciendo lo correcto, pero no pudo evitar sentirse culpable al escuchar su voz rota. No iba a permitir que fuera hacia las sombras—. ¡Por favor, Jay!

—Lo siento, Cai —murmuró Jay, apretándola contra él. La zeafírea temblaba—. Tenemos que irnos de aquí.

—¡No! No me voy a ir sin Kendrij.

Jay tensó la mandíbula.

—¡Ese no es Kendrij! —insistió—. ¡Míralo, Cai! ¡Son las sombras!

Caedra dejó de retorcerse, pero Jay no la soltó, por si acaso. Su respiración estaba muy alterada; era difícil predecir lo que haría en ese estado.

—Déjame ir —le suplicó ella a Jay, mirándolo con ojos rojos.

La niebla negra se cerraba a su alrededor, empezando a envolverlos.

—Cai, ¡tienes que volar ya! ¡Las sombras nos van a atrapar! —gritó él, alarmado. La apartó para agarrarla de los hombros y zarandearla—. ¡Por favor! ¡Mira lo que está pasando a nuestro alrededor!

Caedra tardó varios segundos en responder. Cuando pudo retirar su atención de Kendrij, parpadeó, como si saliera de un sueño. Sacudió la cabeza y, al fin, se fijó en la bruma negra que los rodeaba, ansiosa por asfixiarlos, susurrando.

—Qué… ¿Qué es esto?

—¡Las sombras!

Caedra volvió a observar a Kendrij. Seguía con los brazos extendidos hacia ella, sonriendo, pero sus ojos ya no eran cálidos como le habían parecido antes. Eran oscuros y fríos.

—Pero Kendrij...

Jay retrocedió, arrastrando a Caedra con él, cuando las sombras se elevaron, dirigiéndose hacia ellos.

—¡Vuela, Cai, vuela!

Un hilo de niebla negra rozó la piel del brazo de Jay. Él siseó del dolor, notando una especie de quemadura.

La zeafírea reaccionó. Se separó de Jay y extendió las alas. Alzó el vuelo y cerró sus brazos en torno al pecho del chico, tirando de él hacia arriba. Las sombras los siguieron. Caedra apretó los dientes y se impulsó con una corriente de aire. Jay pesaba más que ella.

Lo dejó en el lomo de Frisie, que relinchó, ansioso por alejarse de aquel lugar.

—¡Vámonos! —gritó Jay tras asegurarse de que la zeafírea permanecía junto a él. El piaferequus no dudó en obedecer.

Caedra fue tras ellos.

«Cai…».

El susurro le puso los pelos de punta. Echó un último vistazo al riachuelo, donde ya no había nadie, muy confusa por lo que acababa de experimentar.

# Capítulo 5: Lanza

*El sol brillaba con fuerza aquel día de primavera, iluminando las flores rojas y violetas de aquel jardín del palacio. Los árboles, con sus copas podadas en perfectos círculos, ofrecían sombras bajo las que refugiarse. Caedra se había apoyado en el tronco de uno de ellos, esperando. Acarició los tallos frescos de la hierba, disfrutando del dulce aroma en el ambiente.*

*—Caedra.*

*Escuchó una voz femenina llamándola y giró la cabeza. Se trataba de la emperatriz, sola. Lo normal era que estuviera junto a sus damas de compañía.*

*—Emperatriz —murmuró ella cuando estuvo a su lado.*

*—¿Qué haces en los jardines tú sola? —inquirió Emeline con una sonrisa. Siempre se alegraba al ver a la zeafírea.*

*—Estoy esperando a Kendrij. Me dijo que nos reuniríamos aquí hoy a mediodía —contestó Caedra con suavidad.*

*El palacio, inmenso, tenía varios jardines. Ese, en concreto, era el más pequeño de todos y no solía ser visitado por nadie. Por tanto, Kendrij y Caedra se encontraban ahí con frecuencia.*

*—Qué extraño. Tenía entendido que siempre te esperaba él a ti —comentó Emeline.*
*Caedra asintió con la cabeza.*

*—Así es. Pero hoy me ha pedido que venga yo antes. No sé por qué.*

*Emeline sonrió de nuevo.*

*—Sus razones tendrá. Dejaré que lo esperes, pues.*

*La emperatriz se despidió y Caedra se quedó sola de nuevo. Se cruzó de brazos, preguntándose dónde estaría Kendrij.*

*—¡Dradra!*

*Otra voz, esta vez infantil, la llamó. Solo había una persona que usaba ese apodo que tan poco le gustaba. Caedra alzó la vista y divisó a un niño de pelo castaño y ojos oscuros corriendo hacia ella.*

*—Hola, Althalos —lo saludó ella, sonriendo. El pequeño príncipe la abrazó, con sus brazos cerrándose en torno a su abdomen por la diferencia de altura. Caedra puso una mano en su cabeza y le revolvió el pelo.*

*—¡No hagas eso! —protestó él, apartándose. Infló los mofletes y se peinó el cabello con los dedos.*

*—Llevas la camisa fuera del pantalón —señaló Caedra, ignorando sus quejas. Althalos gruñó.*

*—Porque es más cómodo así.*

*Caedra rio.*

*—¿Sabes dónde está tu hermano?*

*Althalos frunció el ceño y miró por encima del hombro.*

*—Venía conmigo. Se habrá quedado atrás.*

*Un chico joven vestido con un elaborado traje escarlata salió en ese momento al jardín. Tendría unos quince años y andaba con la espalda perfectamente recta, como le habían enseñado para mantener un paso elegante. A Caedra se le iluminó la mirada al verlo.*

*—Me he quedado atrás porque has salido corriendo en cuanto te he dicho que iba a ver a Caedra, Althalos —comentó el recién llegado con diversión—. Eres un pequeño impaciente.*

*—¡No es verdad! —refunfuñó el niño. Se escondió detrás de Caedra y se agarró a su brazo. Inclinó la cabeza hacia arriba—. Dradra, mi hermano es muy malo conmigo.*

*Caedra soltó una carcajada.*

*—No seas dramático, Althalos. —Miró a Kendrij—. ¿Qué llevas ahí?*

*Su intención había sido preguntarle por qué había tardado tanto, pero algo distinto había llamado su atención. Kendrij portaba en la mano un objeto envuelto en una tela blanca.*

*—Es una sorpresa —replicó él. Sonrió al ver la curiosidad de Caedra—. Disculpa la tardanza, Cai, he tenido que atender unos asuntos. Y luego alguien —Desvió la vista hacia Althalos. El niño lo ignoró, jugando con las plumas de las alas de Caedra— insistió en venir conmigo.*

*—No te preocupes —dijo ella.*

*—Althalos, ¿podrías dejarnos un momento a solas? —le pidió Kendrij.*

*El niño hizo un mohín, claramente descontento.*

*—¡Pero yo quiero volar con Dradra!*

*—Vuelve en un rato y volaremos un poco, ¿de acuerdo? —le prometió Caedra con una sonrisa.*

*Althalos masculló algo entre dientes. Fue al otro extremo del jardín y se sentó, cruzado de brazos, actuando como si estuviera castigado.*
*Kendrij suspiró profundamente.*

*—No tiene remedio.*

*Caedra sonrió.*

*—Ya irá creciendo. Entonces, ¿has tenido una mañana muy ocupada?*

*—No te imaginas hasta qué punto. Lo único que me ha mantenido animado es saber que iba a verte.*

*La zeafírea notó calor en las mejillas. Inclinó la cabeza, dejando que los mechones blancos ocultaran parte de su rostro.*

*—Sabes que, si por mí fuera, estaría aquí todos los días.*

*—Espero que en un futuro eso sea posible —murmuró él. Se aclaró la garganta. Extendió los brazos y le mostró a Caedra el objeto que llevaba oculto—. Cai, esto es para ti.*

*Ella lo tomó en sus manos, observándolo con curiosidad.*

*—¿Qué es? —inquirió, aunque lo intuía por lo fino que era.*

*Kendrij rio. Su risa era agradable, como el sonido de unas pequeñas y bonitas campanas. Caedra sintió mariposas en el estómago.*

*—Destápalo y lo verás.*

*La zeafírea no lo dudó más. Retiró la tela blanca y la dejó caer al suelo. Una lanza de astil rojo y cuchilla plateada quedó al descubierto. Era elegante y afilada, perfecta para su propósito.*

*El rostro de Caedra se iluminó de inmediato con una amplia sonrisa.*

*—¡Ken, es preciosa! —exclamó, mostrando lo contenta que estaba.*

*—Me alegro de que te guste —dijo Kendrij con cierto alivio—. Sabes que no me entusiasma que tengas que combatir, pero…*

*El chico calló cuando la zeafírea lo abrazó, teniendo cuidado con la cuchilla de la lanza.*

*—¡Muchas gracias! La cuidaré mucho, te lo prometo —declaró ella, envolviéndolo con sus alas. Kendrij se sonrojó.*

*—No lo dudo. Mientras te cuides a ti también…*

*Caedra soltó una carcajada. Se separó y contempló otra vez su nueva arma, encantada.*

*—Tengo ganas de probarla.*

*—Espero que no conmigo —bromeó Kendrij. Sonreía también.*

*—¡Ken! —protestó ella al escucharlo. Bajó la lanza y volvió a mirarlo—. Es el mejor regalo que me han hecho.*

*Kendrij mantuvo su sonrisa y dio un paso hacia ella. Caedra se quedó rígida cuando sus rostros acabaron tan cerca, conteniendo la respiración.*

*—Llevo mucho tiempo queriendo hacer esto —murmuró él. Siguió acercándose hasta que sus labios prácticamente se rozaron—. ¿Me lo permites?*

*—El… ¿El qué? —balbuceó ella, pero no se apartó. Su corazón latía a mil por hora. Notaba el cálido aliento del chico en la piel.*

*—Esto.*

*Kendrij la besó. Caedra, nerviosa, tardó un par de segundos en reaccionar. Al fin, respondió a su beso y rodeó su cuello con los brazos, usando las alas para pegarlo contra ella.*

*Althalos observó la escena con cara de asco, disgustado. Fue hacia ellos, dispuesto a recuperar toda su atención.*

***

Caedra tenía la vista clavada en la lanza, bajo las manos reposando en su regazo. La miraba con el ceño fruncido, pensativa.

La noche estaba avanzada. Se habían refugiado en una cueva en el monte, en una zona desprovista de vegetación, tras juntarse todos de nuevo. Hadriel había intentado hablar con Jay y

Caedra sobre lo ocurrido, pero ambos habían preferido evitar el tema, exhaustos.

Sus compañeros dormían, pero Caedra, aunque lo había intentado, no había sido capaz. Agobiada, se había levantado, había cogido su lanza y se había sentado en el exterior de la cueva, apoyada contra la pared de roca marrón.

Los recuerdos invadían su mente, atosigándola e impidiéndole relajarse. Sabía que nunca podría dejar descansar el asunto de Kendrij hasta que lo hubiera vengado, pero había estado convencida de que, al menos en parte, lo había superado. Esa visión la había destrozado de nuevo.

Había parecido tan real… Por un momento, había sido verdaderamente feliz. Y luego el maravilloso sueño se había hecho añicos, como un espejo estrellándose contra la dura piedra que formaba el suelo a sus pies.

Apretó el astil de la lanza entre sus manos. El color rojo estaba algo apagado después de tantos años y la cuchilla tenía alguna que otra muesca. Caedra cuidaba su arma todo lo que podía, limpiándola y afilándola con frecuencia. Era lo único que le quedaba de Kendrij.

Escuchó pasos. Giró la cabeza a su izquierda y vio a Jay salir de la cueva. El chico se mostró aliviado al localizarla, conteniendo un suspiro.

—Pensaba que te habías ido —murmuró, yendo hacia ella.

—Solo necesitaba un poco de aire —respondió Caedra.

Jay se sentó a su lado. Pasaron unos segundos de silencio en los que él intentó encontrar las palabras adecuadas, pues sabía que a Caedra le vendría bien hablar después de lo sucedido. Al final, dijo:

—¿Ese era el aspecto de Kendrij?

Caedra frunció el ceño. Tensó los dedos en su lanza.

—Sí. Era tal y como lo recordaba.

—Se parecía mucho a mí —comentó Jay, con un escalofrío al evocar las sombras, asfixiantes, susurrantes, rodeándolos.

—Ya te lo dije hace tiempo —musitó ella. Esbozó una sonrisa triste.

—¿Quieres… hablar sobre lo que ha pasado? —ofreció Jay con cautela, ladeando la cabeza para mirarla.

Caedra bajó la vista.

—No lo sé, Jay. Ha sido muy confuso. Era muy real. Estaba convencida de que Kendrij estaba delante de mí y… —Caedra calló cuando le tembló la voz. Parpadeó varias veces y respiró hondo—. No entiendo cómo es posible.

—Fue por las sombras —dijo Jay. Dibujó una mueca en su rostro—. Yo también lo vi… Es terrible ese poder que tienen.

—Ojalá todo pudiera ser como antes —murmuró Caedra, alzando la vista al cielo estrellado. Le ardían los ojos—. Me encantaría regresar en el tiempo. A cuando estábamos tú, Kendrij y yo en el palacio.

Jay no supo cómo responder a eso. Pasó un brazo por los hombros de la zeafírea, queriendo mostrarle su apoyo de alguna forma. Ella se recostó en él y cerró los ojos.

«Cai».

Unas finas líneas aparecieron entre las cejas de Caedra. Continuaba escuchando la voz de Kendrij en su mente. Cálida, pero a la vez fría. Suave, pero amenazadora.

«Estoy aquí. ¿Vas a seguir ignorándome?».

Su corazón se aceleró. Abrió los ojos de nuevo, pero no había ni rastro de Kendrij.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Jay al notar que la zeafírea se había tensado.

Ella se relajó al oír su voz. Al menos, por mucho que se pareciera a su hermano, sus voces eran distintas.

—No es nada. Solo… sigo recordándolo.

Jay sintió una desagradable presión en el pecho al distinguir la amargura brillando en sus ojos. Estaba sufriendo.

—¿Te ayudaría contarme algo sobre él?

Caedra miró su lanza.

—Esta lanza fue un regalo de Kendrij. Tú también estabas cuando me la dio. —Caedra esbozó una pequeña sonrisa—. Incordiando, como de costumbre.

—Oye, más respeto —se quejó Jay, fingiendo estar dolido. Sonrió también—. Ahora ya entiendo por qué no te separas de ella.

La zeafírea rio con suavidad.

—No, no me separaría de mi lanza incluso si no tuviera ese significado para mí. Necesito ir siempre armada para sentirme segura —aclaró—. Pero sí que la cuido todo lo que puedo. No puedo perderla.

—Es muy bonita. Al menos, sé que mi hermano tenía buen gusto —bromeó Jay.

—Estoy de acuerdo —dijo Caedra, ensanchando su sonrisa. Apoyó la cabeza en el hombro de Jay y bostezó. Tenía sueño; la intensidad de las emociones que había vivido la había dejado agotada—. Ojalá Kendrij pudiera ver lo que has crecido. Estaría orgulloso de ti.

Jay frunció el ceño. Orgulloso… ¿Se sentiría Hadriel orgulloso de él? Se había esforzado por volverse más fuerte durante esos años para plantarle cara al emperador. ¿Cómo habría sido todo si su hermano hubiera estado a su lado? Si su madre hubiera conseguido salvarlos a ambos… ¿Habría llegado a ser la clase de persona que era ahora? ¿O habría sido diferente si hubiera recaído toda la responsabilidad sobre Kendrij?

Jay seguía teniendo dudas sobre sus acciones. Sobre si había madurado lo suficiente. Sobre si sería capaz de llevar a cabo un plan para acabar con el emperador cuando llegara el momento. Sobre si sería tan fuerte como hacía falta.

Recordó cuando, un par de días después de regresar a la Tierra, Hadriel le contó lo que Emeline había revelado en sus últimos instantes de vida. Que, después de todo, Jay sí que era hijo de

Hadriel. Al igual que Kendrij.

¿Cómo habría afectado esto a su padre? Imaginó que habría sentido la misma alegría que él por estar biológicamente emparentados. Sin embargo, ¿qué pasaba con Kendrij? ¿Le habría dolido a Hadriel no conocer esa información hasta después de que uno de sus hijos hubiera muerto?

Y Caedra… ¿Cómo lo veía en comparación con Kendrij? ¿Le recordaba a su hermano todavía cada vez que lo miraba?

Bajó la vista. Todo lo que veía desde su perspectiva eran los cuernos de Caedra y su pelo blanco. Se inclinó ligeramente hacia delante con cuidado de no moverla, comprobando que había cerrado los ojos y respiraba con suavidad. Se había quedado dormida.

Jay se apoyó de nuevo en la roca. Caedra había estado rara esos días, pero no había encontrado el momento adecuado para preguntarle al respecto. Le había preocupado que estuviera molesta por algo que había hecho. Pero ahora estaba relajada, recostada en él. Quizás hubieran sido imaginaciones suyas.

Sabía que no estaría cómodo en esa postura para dormir. Varias piedras se le clavaban en la espalda. Sin embargo, no quería despertar a Caedra. Le habría costado dormirse después de aquella experiencia.

Cerró los ojos, acariciando el brazo de la zeafírea. Su periodo de entrenamiento en Ganthia le había hecho confiarse un poco. Se había vuelto más fuerte y había estado convencido de que podría con cualquier cosa que Gea lanzara contra él. Al llegar a aquel continente, se había dado cuenta de lo equivocado que estaba. Había muchas cosas sobre ese mundo que desconocía todavía.

Y ya veía que, en Zarested, las sombras siempre estaban al acecho.

***

Hadriel frunció el ceño al despertar y comprobar que ni Caedra ni Jay estaban en la cueva. No le sorprendía tanto que la zeafírea se hubiera levantado antes que nadie y hubiera ido a dar una vuelta, pero Jay siempre era el último en prepararse.

Tarvo y Valikia seguían durmiendo. Frisie estaba tumbado junto a su dueña, hecho un ovillo.

Hadriel salió al exterior y fue recibido por el frescor de la mañana. Solo había una fina línea naranja en el horizonte. Estaba amaneciendo.

Palideció al observar el bosque que se extendía bajo ellos. Más bien, lo que quedaba de él. Los eucaliptos habían quedado desprovistos de sus hojas, con ramas astilladas y secas, troncos retorcidos y arrugados. La tierra marrón estaba a la vista, despojada de su manto de verdes helechos.

Las sombras habían matado toda la vida que habían encontrado a su paso. No se escuchaba ni un mísero pájaro entonando su melodía mañanera.

Tuvo un escalofrío. Prefirió dar la espalda a la desoladora imagen.

Divisó a Jay y a Caedra junto a la entrada de la cueva. Jay estaba sentado, apoyado en la pared de piedra, y Caedra estaba recostada en él. El chico, aunque dormía, tenía el ceño fruncido. Hadriel imaginó que no debía estar muy cómodo en esa posición, por lo que se preguntó cómo

habían acabado los dos así.

Se agachó y sacudió el hombro de Jay con suavidad. Él levantó levemente los párpados y lo miró con su típica cara de sueño.

—Buenos días, Jay —lo saludó Hadriel—. ¿Qué hacéis aquí fuera?

—Hola, papá —murmuró él, apenas vocalizando. No tenía sensación de haber descansado nada esa noche—. Estuvimos hablando sobre Kendrij.

Hadriel se sentó frente a Jay, viendo que su hijo no podía moverse sin molestar a Caedra. Mantenía el brazo rodeando los hombros de la zeafírea.

—¿Sobre Kendrij? ¿Y eso?

Jay dibujó una mueca en su rostro. Recordó que ni él ni Caedra le habían contado a Hadriel lo ocurrido.

—Anoche cuando encontré a Caedra estaba rodeada de sombras. Las sombras le hicieron ver a Kendrij y ella se pensó que era real. Al bajar a por ella también lo vi y… —Jay suspiró pesadamente—. Fue terrible, papá. ¿Cómo pueden engañar de esa forma las sombras? Parecía auténtico.

Hadriel torció el gesto y se llevó una mano a la barbilla. Ahora entendía por qué la zeafírea había estado tan callada y cabizbaja cuando ella y Jay se habían reunido con ellos.

—Afortunadamente, nunca he tenido un encuentro con las sombras —respondió Hadriel—. Pero no me sorprende que posean esa habilidad para confundir con ilusiones. Yo mismo podría hacer eso con la mente de alguien si me concentro lo suficiente.

Jay arqueó las cejas. Era cierto.

—En todos estos años, solo te he visto hacerlo una vez.

Había sido cuando volvieron de la Tierra, al aparecer en el bosque de Gallia. Hadriel se había encargado de engañar con ilusiones a los soldados del emperador que los habían estado esperando junto al portal.

—Porque requiere mucha concentración —recalcó Hadriel—. Valikia mencionó que las sombras susurraban. Es una táctica para atraer a un individuo hacia ellas. Por eso son tan peligrosas. Y, si nos muestran aquello que más deseamos…, pueden nublarnos la mente.

Jay iba a preguntarle sobre lo que había estado pensando la noche anterior, pero Caedra se movió. La zeafírea abrió los ojos y se separó de él, reprimiendo un bostezo. La conversación la había despertado.

—Buenos días —murmuró ella—. ¿Nos vamos ya?

—En un rato —respondió Hadriel—. Es temprano, y Tarvo y Valikia siguen durmiendo.

—Qué envidia —masculló Jay. Al fin pudo estirar la espalda. Notaba los músculos entumecidos—. Yo también quiero seguir durmiendo…

—Siento que hayas dormido mal por mi culpa —dijo Caedra, avergonzada. El cansancio se reflejaba en la cara del chico. Ella, en cambio, había dormido bastante bien, lo que la sorprendía. Había esperado que su sueño estuviera plagado de pesadillas. La presencia de Jay las había

mantenido a raya.

Jay se arrepintió de haberse quejado. Tampoco quería que Caedra se sintiera incómoda. A él no le había importado quedarse en esa posición para no despertarla. Sabía que necesitaría descansar después de aquella terrible experiencia.

—No pasa nada —le aseguró con rapidez. Sonrió—. Esta noche ya dormiré mejor.

Caedra frunció el ceño. No respondió y se levantó a la vez que extendía las alas. Necesitaba despejarse.

—Voy a dar una vuelta. No tardaré —los informó antes de alzar el vuelo.

Hadriel y Jay la observaron alejarse, con el pelo revuelto por la corriente de aire que se levantó. Jay suspiró.

—A veces me gustaría no ser tan estúpido hablando —murmuró, hundiendo los hombros.

Hadriel, en cambio, esbozó una sonrisa triste.

—No creo que se haya enfadado contigo, Jay. Imagino que todavía estará afectada por lo de anoche y necesitará un momento para pensar a solas. Es normal.

—Ya… —Al menos, ahora tenía la oportunidad de seguir la conversación con su padre—. Papá… Quería preguntarte algo.

—Dime.

Jay bajó la vista a su regazo. Estiró los dedos de las manos mientras decidía cuál sería la mejor forma de plantear la cuestión. Hadriel esperó pacientemente a que hablara.

—¿Qué sientes respecto a Kendrij? —dijo Jay al fin, mirándolo a los ojos.

Hadriel enarcó una ceja, sorprendido por la pregunta, aunque adivinó a qué se refería exactamente Jay.

—Pasé varios años de mi vida como el guardia personal de Kendrij. Nos llevábamos de maravilla y confiaba en mí para todo. Le tenía mucho aprecio, no solo por ser hijo de Emeline, sino porque era un chico extraordinario. —Hadriel suspiró con pesar—. Su muerte me afectó bastante. Deseé haber podido hacer algo más por él, haber podido evitarlo de alguna forma… Por eso no dudé en aceptar cuando tu madre me pidió que huyera contigo a la Tierra.

Jay dudó un par de segundos antes de formular su siguiente pregunta:

—Y… ¿Qué hay de cuando te enteraste de que era tu hijo, como yo?

—Fue… confuso, al principio —reconoció Hadriel—. Sentí una mezcla de sorpresa, frustración, alegría… A ti, Jay, te crie y ya de antemano te consideraba mi hijo.

—Yo habría seguido considerándote mi padre, igualmente —murmuró Jay. Jamás le habría dado la espalda después del cariño y devoción que siempre había mostrado por él.

Hadriel sonrió brevemente, reconfortado, antes de continuar:

—Con Kendrij, en cambio, las cosas habían sido diferentes. Estuve cerca de él mientras crecía, pero nunca me involucré de forma directa. Al saber que era mi hijo, tuve la sensación de una oportunidad perdida. También arrepentimiento por permitir que el emperador lo sometiera a esos

duros castigos. Al fin y al cabo, por entonces pensaba que no tenía derecho a intervenir en aquellos asuntos.

Había dispuesto de mucho tiempo para meditar al respecto cuando habían sido forzados a huir a la Tierra, mientras asumía, a su vez, que ya nunca más volvería a ver a Emeline, la mujer a la que siempre había amado. Había sufrido años atrás al perder a Kendrij y, al final, con esa herida reabierta, había acabado llorándolos a los dos.

—Era lo que imaginaba —dijo Jay. Alzó la vista al cielo, cada vez más claro. El silencio de la naturaleza muerta era espeluznante—. Habría estado bien vivir como una familia normal. —Volvió a mirar a su padre—. ¿No te enfadaste con la emperatriz por ocultártelo?

Pensar en Emeline le sentó a Hadriel como una patada al estómago, aunque logró mantener un semblante neutro.

—Reconozco que hubo un breve instante cuando regresamos a la Tierra en el que sentí furia. Me sentía traicionado por la mujer a la que amaba. Pero… —Hadriel frunció el ceño— entiendo que lo hizo por una buena razón.

—¿Cuál?

—Para protegeros a vosotros y a mí. Si el emperador se enteraba, os habría ejecutado a ti y a Kendrij de inmediato, al igual que a mí… y a ella. Y si Emeline me lo hubiera contado antes, durante aquellos años en el palacio…, nada me habría detenido. Me habría enfrentado al emperador cuando castigaba a Kendrij con latigazos. Las cosas no habrían terminado bien.

—Ya… —murmuró Jay—. Tiene sentido.

Siempre había admirado a su padre. A pesar de todo lo que había sufrido, no había dejado que la amargura lo venciera, que lo hundiera en la miseria o acabara pagando su ira con los demás. Se mantenía fuerte, pendiente de él y apoyándolo.

Caedra regresó poco después. Despertaron a Tarvo y a Valikia y desayunaron juntos por primera vez en el viaje, aprovechando que Jay, de forma excepcional, se había levantado antes.

Jay seguía pensando en Kendrij. Por fin había sido capaz de ver a su hermano, si bien no había sido en las mejores circunstancias. Eso solo había hecho que volvieran fervientemente sus ganas de recordar su vida en el palacio. Sin embargo, no había nada que pudiera hacer al respecto.

Miró a Caedra. La zeafírea observaba su lanza, con su largo pelo blanco sin recoger aún, ocultando la mitad derecha de su rostro de piel oscura. No había tocado la comida todavía.

Habría sido bonito tener una vida normal. Crecer jugando con Kendrij y Caedra, con Hadriel y Emeline cuidando de ellos. Habría sido posible de no ser por el emperador y el oráculo supremo.

Jay apretó los dientes. Encontraría la forma de derrotar al emperador, costara lo que costara. Mientras continuara gobernando, solo seguiría destrozando la vida de más gente.

***

*Regresar a su casa después de tanto tiempo se le hizo raro a Jay. Llevaba meses abandonada y el polvo se había acumulado. El ambiente era asfixiante por aquel olor a cerrado, oscura por completo hasta que subieron las persianas y apartaron las cortinas. Pequeñas partículas blancas flotaron en el aire, iluminadas por los rayos de luz.*

*Todo seguía en su sitio, como lo habían dejado. Su habitación permanecía en el mismo estado que el día que se había marchado, desordenada por completo. Tras limpiarla un poco, acomodaron a Caedra en la cama para que descansara. Tendrían que pasar varios días en casa para dar tiempo a que la zeafírea, que se mantenía un tanto ausente, se recuperara de su herida.*

*Jay sentía un cúmulo de emociones en su interior. Estaban de nuevo en la Tierra, lo que él había deseado durante tanto tiempo. Y ahora que al fin había vuelto…, no estaba ilusionado en lo más mínimo.*

*Habían fracasado. La emperatriz estaba muerta, y Jay sabía que su padre estaba destrozado. Hadriel lo había ocultado delante de él, pero Jay lo conocía. Se había centrado en limpiar la casa para distraerse, hablando poco de lo sucedido. Apenas habían conversado después de que su padre le hubiera revelado las últimas palabras de Emeline.*

*Ni siquiera había podido alegrarse al enterarse de que Hadriel era realmente su padre. La atmósfera era tan triste que ahogaba cualquier otra emoción. Trataba de salir de aquella laguna de angustia, pero los sentimientos de culpa y desgracia tiraban de él como férreas cadenas enrolladas en sus tobillos, impidiéndole nadar hacia la superficie.*

*Tarvo estaba fascinado con todo lo que veía, pero apenas lo expresaba. Jay había tenido muchas ganas de explorar la Tierra con él y con Caedra, deseando ver sus caras de sorpresa con cada cosa que les enseñara. Ahora, en cambio, no tenía el más mínimo entusiasmo.*

*Habían huido. No habían podido siquiera derrotar al oráculo supremo. Jay se sentía débil e inútil.*

*¿De qué había servido todo su viaje a Gea? Habían acabado de nuevo en la Tierra, derrotados.*

*—Jay.*

*Estaba sentado en el sofá, encorvado, cuando escuchó a su padre llamarlo. Se levantó y fue hacia las escaleras, por donde bajaba Hadriel.*

*—Vamos a dar un paseo —le comunicó él.*

*Jay giró sobre los talones, dispuesto a ir a por Tarvo. Sabía que, aunque no lo dijera, el ex Shak'ti quería explorar la ciudad.*

*—Solos —aclaró Hadriel, adivinando sus intenciones.*

*Jay arqueó una ceja, pero asintió con la cabeza. Le vendría bien estar un poco con su padre. Si no había ido a refugiarse en sus brazos desde que habían llegado era porque entendía que Hadriel estaría desolado por lo ocurrido. Y no sabía cómo ayudarlo, cuando ni siquiera era capaz de animarse a sí mismo.*

*Salieron al exterior, recibidos por la multitud de gente que iba de un lado a otro por la acera, de camino al trabajo aquella mañana nublada. Jay había olvidado lo agobiante que podía ser la vida en una ciudad de la Tierra.*

*Caminaron en silencio, ignorando el claxon de un coche que pasó cerca. Jay metió las manos en los bolsillos de su sudadera. También se sentía raro al usar de nuevo su antigua ropa ahora que se había acostumbrado a la que tenía que llevar en Gea. El olor de la colonia que solía usar*

*todavía empapaba la tela.*

*—Siento haber estado ausente estos días —dijo Hadriel, al fin, cuando llegaron a un parque. Se adentraron entre los verdes árboles, castaños, donde no habría nadie que pudiera escucharlos y estarían alejados del ruido de los coches.*

*Jay lo miró, sorprendido.*

*—Papá, no te preocupes por eso…*

*—Sé que necesitas hablar sobre todo lo que ha ocurrido.*

*Jay bajó la vista. Sus pies se hundían parcialmente entre las hojas serradas que habían caído de los castaños.*

*—¿Vamos a volver a Gea? —inquirió en voz baja.*

*—Estaremos aquí unos días para que Caedra se recupere —respondió Hadriel—. Mientras tanto, pensaremos en el plan a seguir una vez volvamos a Gea.*

*—¿Qué sentido tiene volver?*

*Hadriel se detuvo, suspirando profundamente. Jay se paró a su lado, girándose para estar de frente a él.*

*—¿Por qué lo dices, Jay?*

*—Porque no pudimos vencer al oráculo supremo… Porque estarán esperando nuestro regreso para atacarnos de nuevo… —enumeró el chico. Dibujó una mueca en su rostro—. Y porque, si al final resulta que no soy hijo del emperador… ¿Cómo voy a derrotarlo? No tengo sus poderes.*

*—Es cierto que cuando nos embarcamos en esta aventura pensábamos que eras el único que podría vencer al emperador —contestó Hadriel, con su característica calma—. Pero eso era porque creíamos que sus poderes se heredaban. Ahora hemos averiguado que esos poderes se obtienen. No se nace con ellos. Por tanto, tú también puedes conseguirlos una vez averigüemos cómo lo hicieron los emperadores anteriores.*

*Jay frunció el ceño.*

*—Pero no es solo eso, papá. ¿De qué os sirvo yo ahora? —musitó, hundiendo los hombros—. No tengo casi experiencia y no soy lo suficientemente fuerte. Antes me necesitabais porque supuestamente era el único que podría vencer al emperador con su mismo poder. Ahora, tú mismo lo has dicho: es un poder que se consigue, por lo que lo podría conseguir cualquiera que averigüe cómo hacerlo.*

*Hadriel esbozó una sonrisa triste. Observó a su hijo durante unos largos segundos, dejando que una suave brisa les revolviera el pelo, arrancando alguna que otra hoja de las ramas. Puso una mano en su hombro.*

*Había cambiado tanto… Estaba ya muy lejos del pequeño príncipe que había rescatado y llevado consigo a la Tierra. Se había vuelto más fuerte, había visto con sus propios ojos la dura realidad de Gea.*

*Y, sin embargo, al contemplarlo todavía veía a un chico que necesitaba su guía y ayuda. Estaba asustado, temiendo ser rechazado por no ser lo suficientemente bueno.*

*—Jay, nunca dudes de lo mucho que vales. Tu presencia en el grupo es tan importante como la de cualquiera de nosotros —replicó con suavidad—. Y, a ojos de la gente de Gaelar, seguirías siendo un príncipe del imperio. La experiencia, ya la obtendrás. Eres observador y hábil.*

*—Si tú lo dices…*

*—Tienes mucho potencial —le aseguró Hadriel, apretando los dedos en su hombro para infundirle ánimos—. Pero que continúes esta empresa o no dependerá exclusivamente de lo que tú quieras hacer.*

*Jay levantó la vista. Esbozó una pequeña sonrisa, dejando que las palabras de su padre aliviaran, en parte, la presión en su pecho. Todo había cambiado desde el principio de aquel viaje.*

*—Gracias, papá. Yo… Hace unos meses te habría dicho que ya no quiero saber nada de Gea —admitió—. Pero ahora… —Apretó los puños—. Ahora he conocido a Caedra. Sé cuál es mi pasado. He experimentado el sufrimiento de los esclavos. El oráculo supremo… —Calló, prefiriendo no mencionar la muerte de Emeline delante de Hadriel—. El emperador siempre me querrá muerto y quiero que pague por todo lo que nos ha hecho.*

*Hadriel escuchó a su hijo con orgullo. Jay estaba tomando la decisión por su cuenta, sin verse arrastrado por los demás. Él quería que Jay se quedara con ellos, pero no iba a volver a obligarlo a ir a Gea.*

*—¿Seguirás con nosotros, entonces?*

*—Hasta el final —declaró Jay con firmeza. Abrazó a su padre, refugiándose en él, y Hadriel sonrió.*

*Habían pasado muchas cosas y todavía les quedaba bastante trabajo por delante. Lo importante, sin embargo, era que, a pesar de todo, continuaban juntos. Y Jay, al fin, sentía que pertenecía al grupo. Que esa causa era ahora también suya.*

# Capítulo 6: Una historia

Caedra abrió los ojos y se sentó de golpe, jadeando. Miró a un lado y a otro, alerta. Tardó un par de segundos en reconocer los alrededores. Estaba en la rama del árbol en la que se había acomodado para pasar la noche. Sus compañeros dormían en el suelo de hierba y tierra del bosque, ya privado de helechos. La hoguera estaba apagada, reducida a un montoncito de madera quemada.

«Cai».

Se llevó una mano a la frente, apartando los mechones de su flequillo, empapados en sudor frío. Solo había sido una pesadilla. Pero seguía escuchando la voz de Kendrij, llamándola.

«No eres real. Déjame en paz», pensó, como si eso fuera a servir de algo.

Se envolvió en sus alas y apoyó la espalda en el tronco del árbol.

«Cai… ¿Por qué no iba a ser real?».

Caedra frunció el ceño. Cerró los ojos. Todavía quedaba bastante hasta el amanecer y tenía que intentar descansar, por mucho miedo que tuviera de que se repitiera la pesadilla. Escuchó un lémur nocturno saltar de una rama a otra por encima de ella.

«Kendrij está muerto. Por tanto, no eres real», contestó a la voz en su mente.

Quedaban solo unos días para llegar a Eliean, la ciudad de Valikia. Caedra no estaba en lo más mínimo impaciente por conocer a su familia. Suponía que la tratarían con el mismo desagrado que Valikia por ser una zeafírea de otro continente.

Extendió las alas y bajó del árbol con suavidad. Sin embargo, su sigilo no fue suficiente. Tarvo, siempre alerta, se despertó.

La zeafírea caminó por el bosque, donde los eucaliptos ya se mezclaban con grandes robles, hasta llegar al río. Se sentó en la rocosa orilla. La pálida luz de la luna aportaba la suficiente visibilidad. Solo se escuchaba el cantar de los grillos, con el graznido de algún búho en la distancia, además del arrullo del agua, siempre tan relajante para ella.

—¿No podías dormir?

Caedra miró por encima del hombro. Tarvo salió de los árboles, yendo a su lado. Sus pisadas, sigilosas como el capaz asesino que era, no hicieron ruido alguno sobre las hojas caídas de los robles.

La zeafírea suspiró profundamente.

—He tenido una pesadilla y no lograba conciliar el sueño de nuevo.

Tarvo se sentó junto a ella. Llevaba el pelo castaño suelto, algo difícil de ver, pues solía tenerlo atado en una coleta baja.

—¿Una pesadilla sobre el príncipe Kendrij? —adivinó con facilidad.

Una mano invisible estrujó y retorció el corazón de Caedra.

—Sí… Desde aquel contacto con las sombras siento que he vuelto a un estado similar a los primeros años tras su muerte, donde todo me recordaba a él, no lograba sacarlo de mi mente, su imagen invadía todos mis sueños… —murmuró ella, abrazando sus rodillas—. Hay veces que creo que lo he superado, pero… Supongo que nunca podré dejar descansar este asunto hasta que me haya vengado del emperador.

Tarvo frunció el ceño.

—Somos muchos los que queremos vengarnos de él —dijo. Apoyó las palmas de las manos en la hierba y alzó la vista al cielo estrellado. Caedra continuó con los ojos clavados en su triste reflejo en el agua—. Yo he logrado aceptar la muerte de mi hermano, pero reconozco que no desearía tener un encuentro con las sombras en el que viera su imagen. Abriría de nuevo todas las heridas que se cerraron hace tiempo.

—Algo así me ocurre a mí —asintió Caedra—. Aun así… Hay veces que me siento muy egoísta, Tarvo.

—¿Por qué?

—Porque si pudiera elegir, borraría a Kendrij de mi mente —murmuró ella, en un tono tan bajo que Tarvo tuvo que esforzarse para oírla—. Y eso no sería justo para él, ni para nosotros, ni para todo lo que vivimos juntos… Pero ya han pasado diez años. Diez años, y aquí estoy de nuevo, sin poder desterrar esta tristeza de mi corazón. Sin que me permita centrarme en otras cosas. En otros sentimientos…

Tarvo no dijo nada. Él no se había considerado nunca alguien que supiera dar buenos consejos, o buscar soluciones para los problemas personales de otros. Sin embargo, quería ayudarla, y sí que sabía escuchar.

—Me siento condenada a no amar de la misma forma a nadie más nunca —completó Caedra con voz ahogada. Respiró hondo y se frotó los ojos con el dorso de la mano. No quería perder el control—. Y a la vez… Últimamente me estoy fijando en cosas de las que no me había dado cuenta antes.

—¿Como qué?

Caedra calló. No se sentía cómoda exponiendo esa parte de sus pensamientos. Todo lo relacionado con Jay continuaba siendo muy confuso para ella. Había logrado años atrás apreciarlo mucho más allá del hecho de ser el hermano pequeño de Kendrij. Sin embargo, era inevitable que el parecido físico siguiera recordándole a él. Se había convertido en una persona muy importante en su vida y Caedra estaba dispuesta a protegerlo por encima de todo. Le gustaba estar y conversar con él, mucho, pero…

¿Cómo saber qué parte de esos sentimientos era auténtica y cuál estaba influida por Kendrij?

—Es… difícil de explicar —musitó ella. Su reflejo la miró con ojos tristes.

Hubo varios minutos de silencio. Era un silencio tranquilo en el que ambos se centraron en los sonidos del bosque, sumidos en sus pensamientos.

Finalmente, Caedra giró la cabeza hacia Tarvo. Sonrió, si bien la alegría no llegó a su mirada.

—Gracias por escucharme, Tarvo.

Él también esbozó una pequeña sonrisa.

—Intentemos dormir —propuso mientras se levantaba. Caedra asintió y lo imitó, estirando levemente las alas.

***

El desayuno a la mañana siguiente fue más tranquilo de lo habitual. Hadriel estaba revisando las provisiones y contando las monedas. Valikia y Frisie habían ido a dar una vuelta para volar un poco y Hadriel esperó a que volvieran para comunicar al grupo lo siguiente:

—Apenas nos queda dinero.

Caedra torció el gesto.

—Entonces habrá que conseguir más.

—No, ¿en serio? —dijo Valikia con sarcasmo. Caedra la ignoró. Se le crispaban las plumas al escucharla.

—¿Y cómo vamos a hacerlo? —preguntó Jay, cruzado de brazos. Con lo fácil que había sido mientras tenían todas las monedas de oro que les dejó la emperatriz…

—Imagino que lo más sencillo será acercarnos a la siguiente ciudad y echar un vistazo al tablón de anuncios —propuso Tarvo, ajustando la espada al cinto—. Puede que se ofrezca una buena recompensa por un criminal que no suponga mucho esfuerzo para nosotros rastrear y capturar.

—Es una buena idea —aceptó Hadriel. Se llevó una mano a la barbilla, pensativo—. Aunque si se nos ocurriera algo que no requiriera ningún enfrentamiento…

Valikia extrajo el mapa de su bolso y lo observó detenidamente.

—Es primavera, por lo que no vamos a tener mucha suerte —dijo—. Si hubiera sido invierno, habríamos podido buscar unas plantas medicinales que crecen por la zona en esa época. Pagan muy bien por ellas porque son difíciles de encontrar y alcanzar.

—A todo esto, ¿cómo es el invierno aquí? —inquirió Jay, curioso. En Aruristed, por lo que había visto, apenas había zonas con nieve.

—Es bastante duro y frío —respondió Valikia—. No hay prácticamente ningún lugar que quede despejado de nieve, salvo el desierto de los torrogal. No hay mucho movimiento en invierno en Zarested.

—En ese caso, será mejor que terminemos todo lo que hemos venido a hacer antes de que llegue el invierno —dijo Caedra, frunciendo el ceño.

—Cierto, no recordaba que los zeafíreos de Aruristed no soportáis el frío —comentó Valikia, con cierto retintín. Guardó el mapa y reposó una mano en la cintura—. Aquí no nos ha quedado otra que adaptarnos.

Caedra arqueó una ceja. ¿Dejaría de aprovechar Valikia cada oportunidad para expresar su nefasta opinión sobre los zeafíreos de Aruristed?

—Con un poco de suerte, habremos recopilado toda la información que necesitamos para cuando llegue el invierno —dijo Jay. Cruzó los brazos detrás de la cabeza y miró a su padre—. Entonces, ¿seguiremos el plan de Tarvo?

Hadriel asintió.

—No se me ocurre mejor opción. Echaremos un vistazo al tablón de anuncios y decidiremos si hay algún criminal a nuestro alcance.

La mirada de Valikia se iluminó al recordar algo.

—La ciudad que nos pilla más cerca es Mnemeste. Hará un par de años apareció un grupo de bandidos que complicó de manera significativa la vida de los comerciantes: eran expertos en robar mercancía de valor y muy hábiles en la huida, sin dejar ningún rastro que los pudiera identificar —explicó—. No creo que hayan conseguido atraparlos.

—En ese caso, solo queda comprobar la recompensa que ofrecen —declaró Hadriel. Recogió todo de nuevo en su mochila y se irguió—. Vayamos a Mnemeste a ver cuál es la situación.

Anduvieron por el bosque con paso rápido. Era un lugar agradable, pues los robles no estaban demasiado juntos, permitiendo que el sol iluminara cada rincón. La hierba era verde y fresca y los arbustos, de hojas redondeadas, carecían de espinas.

Salieron a un camino de tierra. El terreno había sido trabajado hasta ser regular, despejado de piedras. Varias personas iban en una y otra dirección, la mayoría cargando con grandes mochilas. Algunos iban en caballo y también había unos pocos carruajes de madera.

—No parecen muy preocupados por los bandidos —comentó Jay, extrañado.
Valikia rio con suavidad.

—Eso es porque los bandidos solo atacan de noche o en días de muy mal tiempo y con el camino solitario —explicó.

—Desde luego, no tendría sentido que atacaran a plena luz del día si quieren mantener sus identidades ocultas —dijo Hadriel.

—Entonces todo se solucionaría si la gente solo usara los caminos cuando hace sol.

—Jay, no siempre se puede predecir el tiempo que va a hacer y muchos hacen viajes de varios días —replicó Caedra, divertida—. Es fácil que a veces la llegada sea por la noche.

—Ya, bueno… —Jay se encogió de hombros.

—Cuando trabajaba como guardaespaldas, hace años, era de lo más común tener que desplazarnos de noche —prosiguió Caedra—. Precisamente nos contrataban para repeler a esta clase de bandidos.

—¿Trabajabas como guardaespaldas? —inquirió Valikia. No estaba mostrando los colmillos; su interés era genuino.

—Era la mejor forma de aprovechar mis habilidades para el combate y conseguir dinero —asintió Caedra, relajando la tensión en sus hombros al ver que Valikia no iba buscando conflicto —. No tenía otra cosa que hacer… Hasta que me llamó la emperatriz.

—¿La emperatriz del Imperio gaelaro?

—Así es.

Hadriel desvió la mirada hacia un lado del camino. Prefería evitar pensar en Emeline después

de lo que había sucedido.

—Tarvo también tiene su historia —habló Jay, dándole un toque en el hombro a su compañero, que lo miró con sorpresa.

Tarvo se vio forzado a responder ante la mirada interrogante de Valikia:

—Trabajaba al servicio del emperador en el grupo de los Shak'ti. Asesinos de élite cuya existencia es desconocida por el resto del imperio.

Valikia arqueó las cejas, impresionada.

—Vaya, entonces también serás bastante fuerte. —Giró la cabeza de nuevo hacia Caedra—. ¿Y por qué te llamó la emperatriz? —Miró a Tarvo—. ¿Y tú por qué abandonaste el grupo de los Shak'ti?

Hadriel rio, divertido por la curiosidad de Valikia. Era comprensible. Hasta Caedra sonrió al poder tener una conversación con la otra zeafírea sin que esta le hablara con desagrado.

—Supongo que ya es hora de que te contemos toda nuestra historia —dijo Hadriel.

—No estaría de más —respondió Valikia, asintiendo con energía—. Lo único que sé es que el emperador intentó asesinar a los príncipes y ahora tenéis el objetivo de matarlo.

Se apartaron del camino y se adentraron de nuevo en el bosque de robles. Se acomodaron en unas rocas de superficie lisa donde pudieron sentarse. Valikia le dio a Frisie un trozo de carne seca para que se entretuviera.

Jay se llevó una mano al cuello. Miró a Valikia con una sonrisa nerviosa.

—¿Estás dispuesta a escuchar todo sin cuestionar nada?

Valikia enarcó una ceja, extrañada por la pregunta.

—¿A quién habéis matado?

—No, no es nada de eso —le aseguró Jay. Bajó la vista, incómodo—. Es solo que puede que nuestra historia involucre la existencia de… otro mundo.

—¿Qué? —soltó Valikia, ladeando la cabeza—. ¿Estás de broma?

Comprobó las expresiones de sus otros tres compañeros. No se estaban riendo.

—Desgraciadamente, no —contestó Jay—. Yo no he crecido en Gea, realmente.

—Cuando el emperador asesinó al príncipe Kendrij, la emperatriz nos envió a Jay y a mí a ese otro mundo, la Tierra, para que Jay creciera a salvo —explicó Hadriel con lentitud para que Valikia fuera asimilándolo—. En el proceso tuve que borrar la memoria de Jay…, por lo que no recuerda nada de su infancia en Gea.

—Lo cual es una pena —murmuró Caedra.

Valikia los miraba con los ojos abiertos como platos. Sacudió la cabeza.

—¿Cómo va a existir otro mundo sin que nadie aquí lo sepa? —replicó, escéptica.

Jay suspiró profundamente. Suponía que eso era lo que pasaría.

—Cai, ¿tienes el mechero y la foto?

Caedra frunció el ceño. No le entusiasmaba compartir con Valikia ese recuerdo que ella tanto apreciaba. Lo consideraba casi una invasión de su privacidad, algo que les pertenecía solo a Jay y a ella. Sin embargo, entendía que Jay lo necesitara para convencer a su compañera.

«Deja de ser tan posesiva», se regañó.

Le pasó primero el mechero y luego, más lentamente, la foto.

—Mira, esto son cosas de la Tierra —le explicó Jay a Valikia. Encendió el mechero—. En Gea nunca verás algo así. Esto es un mechero y crea fuego. Pruébalo tú misma.

Valikia aceptó el pequeño objeto con recelo. Entornó los ojos. Trató de imitar lo que había hecho Jay y no hubo resultado.

—Así, no. Tienes que bajar el dedo de esta forma —corrigió Jay, cogiendo la mano de la zeafírea y poniéndola en el mechero de la forma correcta—. Prueba ahora.

Valikia lo hizo y ahogó una exclamación cuando, efectivamente, una llama naranja se materializó, pequeña, pero real.

—Yo me quedé igual cuando lo vi —comentó Tarvo, divertido. Había tenido que usarlo en su incursión a la sala de archivos del palacio.

—Y esto es una foto —continuó Jay, pasándole a Valikia el pequeño papel cuadrado—. En la Tierra hay objetos que capturan una imagen tal y como se ve en la realidad. No la imitan, como sucede en un dibujo.

Valikia observó la fotografía. En ella se veía a Jay y a Caedra, el chico pasando un brazo por los hombros de la zeafírea y ambos sonriendo, si bien el rostro de ella mostraba cierta sorpresa. Parecían más jóvenes que ahora, pero los reconocía con claridad. Caedra llevaba un extraño gorro con orejas de gato y Jay vestía ropa que no había visto jamás en Gea. Bajó la foto y miró a Jay y a Caedra. Volvió a subir la foto. Repitió el proceso otras dos veces, perpleja.

Era idéntico a la realidad. ¿Cómo era posible?

Caedra estaba cruzada de brazos. Había tensado la mandíbula, y su expresión era de molestia. Quería recuperar su foto cuanto antes y no se relajó hasta que, al fin, Jay se la devolvió y la pudo guardar en su bolso junto al mechero.

—¿Y cómo se va a ese otro mundo? —cuestionó Valikia, ahora más convencida, aunque todavía le costaba creerlo. ¿Se sentirían así aquellos a los que había tratado de hacer ver que Luvann no era un dios?

—Hace siglos existían varios portales —respondió Hadriel—. Sin embargo, en la actualidad solo se conoce la existencia de uno: el portal de Mhunn. Se encuentra en un rincón del Imperio gaelaro y para activarlo es necesaria una gema astral.

Estuvieron durante la siguiente media hora resumiendo su historia para Valikia, quien, una vez superada su sorpresa inicial, escuchó con atención.

—Vaya —murmuró ella al fin, perpleja—. Bueno, pues… Espero que algún día me llevéis a ver ese otro mundo.

—Estaría bien —respondió Jay. Miró a su padre—. ¿A que es más tranquilo que este?

Hadriel rio con suavidad. En su mirada brilló la nostalgia.

—Bastante más. Pero, como todo, tiene sus aspectos buenos y malos.

—Yo me quedé con ganas de explorarlo a fondo —comentó Tarvo—. Pero lo recuerdo diferente por completo. La ciudad en la que estuvimos era de edificios grises tan altos que no se veía el final y había avances tecnológicos que jamás se me habrían ocurrido.

—Sin embargo, allí las personas no tienen ninguna clase de poderes —dijo Caedra—. Es por eso que han desarrollado otro tipo de armas.

—¿Y por qué no saben todos de la existencia de ese mundo? —cuestionó Valikia. Se cruzó de brazos.

—La existencia del portal se mantiene oculta en Gea —respondió Hadriel—. Solo el emperador y su círculo más cercano lo conoce. Y, por lo que vi, en la Tierra no hay nadie que sepa algo sobre Gea, aunque sí que hay ciertas cosas de nuestro mundo que han acabado en sus mitologías. Supongo que por los viajes de gente de Gea a la Tierra hace siglos.

Se levantaron y regresaron al camino ahora que ya habían relatado su historia. Según avanzaba la mañana se iban incorporando más personas, pero se podía andar con libertad.

—Es agradable utilizar estos caminos —habló Tarvo mientras ajustaba su cinto.

—¿No lo hacíais en Aruristed? —inquirió Valikia.

—Imposible —negó Caedra—. Teníamos que evitar que el emperador nos localizara.

—El emperador tiene ojos por todo Aruristed —añadió Hadriel. Frunció el ceño—. Hay que desplazarse con mucho cuidado. Afortunadamente, los Shak’ti nos perdieron la pista dos años atrás.

—A todo esto, ¿cómo está dividido Zarested? —preguntó Jay, curioso, mirando a Valikia.

—Hay un total de cinco reinos —les informó Valikia. Se llevó una mano a la barbilla, dibujando un mapa en su mente—. La familia real de cada uno de ellos se especializa en exclusiva en un elemento.

—Algo similar al Imperio gaelaro, pues —dijo Hadriel—. La familia real se especializa en el fuego.

—Nosotros ahora nos encontramos en el reino de Tashmir, donde se especializan en el elemento de la tierra —explicó Valikia—. Pero, por lo general, solo los humanos responden al rey. En este reino hay algunas aldeas de denu que se niegan a reconocer al rey como una autoridad, lo cual ha causado ya varios conflictos.

Jay frunció el ceño, recordando el bosque de Magulia en el reino de Omilia. Los denu se habían negado a apoyar al rey en la guerra. ¿Qué habría sido de ellos? El Imperio gaelaro había conquistado Omilia, al fin, después de varios años, y el emperador no habría sido tan tolerante con ellos. Pensó en Su-Nev… Se le revolvió el estómago.

—¿Y qué hay de los zeafíreos? —inquirió Caedra.

—Los que viven en asentamientos en las montañas no obedecen a los reyes humanos. Sin embargo, los que viven en mi ciudad, Eliean, sí que forman parte del reino —respondió Valikia

—. Eliean es la única ciudad de Zarested en la que conviven humanos y zeafíreos en relativa armonía.

—En Zarested y en toda Gea —matizó Caedra, que había arqueado las cejas, impresionada—. Jamás había escuchado de humanos y zeafíreos conviviendo en una misma ciudad en Aruristed.

—Es cómodo —dijo Valikia. Hizo una mueca—. Lo único es que, como resultado, hay muchos mestizos.

—¿Mestizos? ¿A qué te refieres? —preguntó Jay, curioso.

—Descendientes de parejas de humanos y zeafíreos —explicó Valikia—. Es algo a lo que nos hemos habituado en Eliean, pero son muy mal vistos en el resto del continente.

—Sí, en Aruristed tampoco verás muchos mestizos por esa misma razón —asintió Hadriel—. Es algo que nunca comprenderé.

—Sí, esa idea de «pureza» de las razas es bastante anticuada —masculló Valikia.

—¿Y cómo son los mestizos? —quiso saber Jay. Estaba intentando imaginarse a uno, pero las opciones eran infinitas.

—Algunos nacen solo con cuernos, otros solo con alas… Se ha dado el caso de que nazcan tanto con cuernos como con alas, pero con colores de pelo y ojos propios de los humanos… —enumeró Valikia—. Por tanto, no os sorprendáis mucho cuando lleguemos a Eliean. Veréis de todo.

—La verdad es que tengo curiosidad —admitió Caedra. No estaba nada entusiasmada por llegar a Eliean y tener que conocer a la familia de Valikia, pero ahora la ciudad poseía algo que le llamaba la atención.

—Una vez conocí a un mestizo de torrogal y denu —relató Hadriel—. Era un caso curioso: tenía el aspecto de un denu en su mayoría, pero dominaba el fuego en vez de la tierra.

Valikia soltó una carcajada.

—Qué irónico. Pero sí, también he visto a algún mestizo de zeafíreo y humano con el control de la tierra… Algo muy poco útil combatiendo en el aire.

Jay arqueó una ceja.

—No lo había pensado. Sí que es mala suerte.

Valikia se encogió de hombros.

—Yo lo preferiría a no tener control sobre ningún elemento. No entiendo cómo los humanos que no tienen poderes no se mueren de aburrimiento.

—Están ya acostumbrados de nacimiento —dijo Tarvo—. Pero sí que hay muchos que tienen envidia y no se cortan en mostrarlo.

—Yo crecí pensando que no tenía ningún tipo de poder y no pasaba nada —contestó Jay, encogiéndose de hombros—. Aunque también es cierto que no era mucho problema porque en la Tierra nadie tenía poderes…

—Voy a tardar en acostumbrarme a que existe otro mundo… —murmuró Valikia.

Cuando, más tarde, hicieron una pausa para comer, Hadriel contó una vez más las monedas que les quedaban.

—¿Crees que llegaremos a Mnemeste antes del anochecer? —le preguntó a Valikia.

Ella dibujó una mueca en su rostro.

—Si nos damos prisa…

—En ese caso, será mejor que lo consigamos —dijo Hadriel—. Si los bandidos están por la zona, no será recomendable dormir en el bosque.

—Eso es cierto —dijo Tarvo—. Tendríamos que montar turnos de guardia para asegurarnos de que no nos atacan.

—Podemos intentar llegar a Mnemeste antes de que caiga la noche y dormir en una posada —sugirió Caedra.

Hadriel asintió con la cabeza.

—Esa era mi intención. Nos queda suficiente dinero para dos habitaciones.

—¿Dos? —repitió Jay, confuso.

—No esperarás que durmamos en una habitación los cinco, ¿no?

Caedra y Valikia adivinaron con facilidad cuál iba a ser la división y se miraron entre sí, sin disimular el desagrado en sus rostros.

Su reacción no pasó desapercibida por sus compañeros, aunque optaron por no comentar nada para no provocar una discusión. Jay arqueó una ceja. No entendía por qué se llevaban mal.

—Muy bien, pues pongámonos en marcha —soltó Jay con rapidez para cambiar de tema. Se levantó y puso las manos en las caderas, esperando a que los demás lo imitaran—. Cuanto antes lleguemos, mejor. Ya estaba echando de menos dormir en una cama en condiciones…

Caedra se incorporó y sonrió. Ajustó la lanza en su espalda.

—Si por ti fuera, dormiríamos siempre en una posada.

—No estaría mal. ¿Es que soy el único que aprecia un colchón blando sobre el que descansar?

Valikia rio por lo bajo mientras preparaba a Frisie.

—Eres el único que le da tanta importancia —puntualizó Caedra.

—¿No han inventado en la Tierra camas portátiles? —preguntó Tarvo, solo medio en broma.

—No, pero, mira, podría haberme traído un saco de dormir… —murmuró Jay. Miró a su padre con los ojos entornados—. ¿Por qué no me dejaste, papá?

—Habría llamado la atención —le recordó Hadriel.

—No habría sido para tanto…

# Capítulo 7: Mnemeste

Era difícil analizar Mnemeste bajo la luz de la luna. Sus calles perfectamente trabajadas, de suelo de piedra azul oscuro y pobremente iluminadas por antorchas, estaban desiertas. Al tratarse de un foco del comercio en la región, era una ciudad enorme. Las casas en las afueras estaban dispuestas de forma caótica, con muchos de sus tejados de roble con agujeros y la basura amontonada en rincones. Según se iban adentrando, sin embargo, las viviendas se disponían en líneas rectas, adornadas con bonitos balcones y con tejas sustituyendo la madera. Eso no quitaba que todavía hubiera cierto olor a podrido en algunas zonas.

Tuvieron que caminar bastante hasta llegar al centro, donde, al fin, divisaron una posada. El edificio era más grande de lo que estaban acostumbrados a ver, con tres extensas plantas.

En su interior, había un señor mayor sentado a la derecha del mostrador. Estaba leyendo un libro, con una pequeña vela encendida en la mesa. En la pared, tras él, había una gran cantidad de llaves de madera de cedro colgadas.

—Buenas noches —dijo Hadriel al entrar, obteniendo su atención.

El señor alzó la vista y arqueó las cejas. Sonrió al verlos.

—Una llegada ciertamente tardía —comentó—. Pero justo a tiempo. Estaba a punto de cerrar y retirarme a dormir ya.

A pesar de que habían ido todo lo deprisa que habían podido, la noche los había sorprendido todavía fuera de los muros de la ciudad. Afortunadamente, parecía que no tendrían que dormir en la calle. Valikia no quería dejar a Frisie en los establos, donde cualquiera podría intentar robarlo, pues los piaferequus eran extremadamente raros y preciados. Por tanto, Frisie, capaz de cuidarse por su cuenta, había volado a la montaña más cercana y regresaría a la ciudad a la mañana siguiente.

—Queríamos dos habitaciones —pidió Hadriel—. Si puede ser, que estén juntas. Solo para una noche.

—Sí, no habrá problema —asintió el señor. Se giró y estiró el brazo para coger dos llaves. Se las tendió a Hadriel—. Serán cuatro monedas de plata o diez de bronce.

Hadriel extrajo de su mochila el dinero que les quedaba y lo usó para pagar. Se despidieron tras recibir las indicaciones para llegar a las habitaciones y subieron por las escaleras de madera, que crujieron con cada paso, hasta la segunda planta.

Se detuvieron casi al final del pasillo, estrecho y oscuro.

—Creo que sería mejor que yo durmiera con Jay —declaró Valikia, cruzándose de brazos.

Caedra entornó los ojos. Jay arqueó una ceja, tampoco muy convencido.

—No creo que eso sea lo más apropiado —replicó Caedra—. Y solo es una noche.

A ella tampoco le entusiasmaba compartir habitación con Valikia, pero no veía por qué era un problema tan grande para la otra zeafírea.

Entraron cada uno en su correspondiente habitación tras darse las buenas noches. La de Tarvo,

Jay y Hadriel tenía una litera a cada lado, una mesita para cada una con una vela, una ventana encima de ella y un pequeño armario en una esquina. Todo era de madera de roble.

Jay fue a encender las velas, aportando algo más de luz al espacio. El cálido brillo naranja alumbró la estancia.

—Me pido dormir aquí arriba —anunció él, trepando por la litera de la izquierda. Se sentó en el colchón y soltó un suspiro de felicidad—. ¿Seguro que no podemos dormir en una posada todas las noches?

Hadriel rio con suavidad y a Tarvo se le escapó una pequeña sonrisa.

—Nos quedaríamos sin dinero muy rápido —respondió su padre—. De hecho, ahora mismo ya apenas nos quedan un par de monedas de cobre. Tenemos que conseguir más dinero cuanto antes.

Tarvo dejó su mochila de cuero en la base de la litera que había elegido Jay.

—Esperemos que mi plan funcione y haya un anuncio con una buena recompensa para esos bandidos de los que habló Valikia —murmuró él. Se quitó el cinto y se sentó también.

Jay lo imitó, pero con bastante menos cuidado: tiró su mochila y su cinto desde la cama de arriba, sin molestarse en bajar. Los golpes resonaron en el suelo de madera.

—Jay… —dijo su padre en tono de advertencia.

—Perdón —se disculpó Jay. No se le veía en lo más mínimo arrepentido.

—De pequeño eras igual —comentó Tarvo—. No me extraña que no te duraran nada los juguetes.

—Menos mal que Kendrij siempre estaba pendiente de reemplazarlos —dijo Hadriel, divertido. Él también dejó sus cosas en el suelo y se acomodó en la cama de abajo, en la litera de enfrente, tras extraer un libro de su mochila.

—Yo cuido mis cosas —replicó Jay, ofendido. Se cruzó de brazos.

Hadriel arqueó una ceja. La afirmación de su hijo era tan cierta como decir que se llevaban de maravilla con el emperador.

—Tarvo, ¿cuántas espadas nuevas hemos tenido que conseguir para Jay en los dos años que llevas con nosotros?

Tarvo se llevó una mano a la barbilla.

—Unas… ¿diez?

—Eso pensaba yo —asintió Hadriel.

Jay gruñó.

—Estáis exagerando. Además, Tarvo, tú mismo me dijiste que las espadas tienen que ser reemplazadas con frecuencia o pierden efectividad en combate —se defendió.

—Me temo que cuando dije «con frecuencia» me refería a una vez cada dos años, no diez veces por año —respondió Tarvo con ironía—. Es cierto que la espada es un arma que es difícil que dure para toda la vida si se le da mucho uso, pero lo tuyo, mi querido príncipe, es… excesivo.

—No es para tanto —masculló Jay, ofendido. Se tumbó boca arriba, dando la conversación por concluida.

Hadriel y Tarvo rieron. Tarvo sacó de su mochila su cuaderno de dibujo y se centró en terminar su último boceto. Acomodó la almohada como respaldo y cruzó las piernas.

—No te enfades, Jay —dijo Hadriel—. Solo tienes que admitir que cuidar las cosas no es tu fuerte.

—Me niego a responder —refunfuñó el chico. Se asomó por encima de la barandilla de la litera para mirar a su padre. Sus ojos brillaban como los de un cachorro abandonado—. ¿Tenemos comida?

—Te diría que ya hemos cenado por el camino, pero tu estómago no dejará nunca de sorprenderme… —murmuró Hadriel, levantándose de la cama.

***

La habitación de Caedra y Valikia era idéntica, salvo que era de espacio algo más reducido y tenía dos camas individuales en vez de literas.

—¿Cuál prefieres? —le preguntó Caedra a su compañera tras cerrar la puerta.

—Esta —decidió Valikia, dirigiéndose a la cama de la derecha.

—De acuerdo.

Caedra se agachó para encender con su mechero las velas de las mesitas de noche. Tomó la lanza del cinto en su espalda y la apoyó en una esquina. Vio que su compañera hacía lo mismo. Valikia guardó su bolso en el armario y Caedra dejó el suyo en la mesita.

Valikia se tumbó en su cama de cara a la pared.

—Buenas noches —fue todo lo que dijo.

Caedra enarcó una ceja, pero no se quejó. Echó la manta de áspera lana a un lado, se sentó con más calma y se quitó las botas. Cogió su bolso, apoyó la espalda en la pared, con las alas como respaldo, y extrajo la foto que tenía guardada.

Le gustaba mirarla de vez en cuando, pero en ese momento su objetivo era cerciorarse de que no se había deteriorado cuando Jay se la había dado a Valikia. Parecía estar igual que antes, con algunas arrugas inevitables al llevarla consigo en todos sus viajes.

Observó el rostro alegre de Jay. Tenía la misma sonrisa que Kendrij, cálida y radiante.

Recordó cuando, años atrás, la emperatriz se había reunido con ella en secreto en el bosque de Gallia. Le había revelado que el menor de los dos príncipes, Althalos, en realidad seguía vivo, oculto en la Tierra. Y le había pedido a Caedra que fuera a por él.

Había sentido una emoción tremenda en ese momento; le habían temblado las manos de los nervios, de la esperanza. Sin embargo, no había terminado de creérselo hasta que lo había visto en persona, tan energético como le recordaba. Lo doloroso fue confundirlo con Kendrij.

Desde entonces, las cosas habían cambiado mucho. Eran compañeros que confiaban plenamente el uno en el otro. Se habían hecho muy buenos amigos. Estaban acostumbrados a viajar o permanecer juntos, y sería extraño si llegaba un momento en el que tuvieran que

separarse para cumplir objetivos diferentes.

Caedra siempre había estado convencida de que daría todo para proteger a Jay, incluso su propia vida, por ser el hermano pequeño de Kendrij. Había fallado con Kendrij, pero no fallaría una segunda vez.

Sin embargo, ahora volvía a dudar sobre cuáles eran, exactamente, sus sentimientos. Su cariño por Jay iba más allá.

«Cai».

Tensó las manos y una nueva arruga apareció en la foto. ¿Por qué ahora no dejaba de escuchar la voz de Kendrij llamándola?

«¿Vas a reemplazarme? Hace tiempo me juraste que nuestro amor sería para siempre».

Caedra apretó los dientes. ¿Por qué sonaba exactamente como Kendrij? ¿Y por qué había empezado a ocurrir solo tras el incidente con las sombras, y no antes? Estaba convencida de que Kendrij nunca le diría eso. No le echaría en cara si, al estar él muerto, se enamoraba de otra persona. Pero la voz era la suya…

«Nadie ha dicho que me haya enamorado de nuevo», se defendió ella.
«Pero lo estabas pensando», replicó la voz.

«No estoy segura de nada en estos momentos», declaró Caedra en su mente. Se sintió estúpida. ¿Estaba conversando consigo misma?

¿Se estaba volviendo loca?

—Como sigas apretando los dedos, vas a rasgar el papel.

Caedra alzó la vista de golpe, sorprendida. No se había dado cuenta de que Valikia estaba sentada con las piernas cruzadas, mirándola fijamente con aquellos ojos naranjas, tan vivos como las llamas de una hoguera.

Relajó las manos. Guardó la foto en su bolso y lo dejó de nuevo en la mesilla. No supo muy bien qué decir.

—¿No ibas a dormir? —fue lo único que se le ocurrió.

Valikia reposó el codo en la rodilla y apoyó la mejilla en la palma de la mano. Contestó con tono seco:

—Es difícil mientras no apagues la luz de las velas.

Caedra frunció el ceño. Empezó a incorporarse.

—Ahora mismo las apago…

—No, no —la interrumpió Valikia, alzando su otra mano en un gesto para frenarla—. Ya que estamos, podemos charlar un poco.

Caedra se sentó de nuevo.

—¿Sobre qué quieres hablar? —inquirió, confusa. Conversar con Valikia era como tirar los dados: imposible adivinar el resultado.

Valikia se encogió de hombros.

—¿De qué va el asunto entre el hermano mayor de Jay y tú?

—¿Kendrij? Está… muerto —murmuró Caedra. No estaba segura de si Valikia era consciente de ese detalle.

—Lo sé, pero cuando me contasteis toda vuestra historia me pareció entender que hubo algo entre vosotros, ¿no?

Caedra se quedó rígida durante unos instantes, como si hubiera recibido una descarga eléctrica. Inclinó la cabeza y clavó la vista en su regazo. Sus uñas se hundieron en la tela de los pantalones.

—Sí, pero… eso ya no importa. Murió hace diez años.

—¿Y no has estado con ningún chico desde entonces? —preguntó Valikia, curiosa. Caedra no sabía si la observaba como un felino a su presa, como un gato a un posible juguete, o simplemente con el deseo de conocerla mejor.

«No es asunto tuyo», pensó Caedra. Realmente le costaba compartir información personal con gente con la que no tenía mucha confianza. Aun así, todavía tenía esperanzas de llevarse bien con Valikia, por lo que hizo el esfuerzo:

—No, no he sido capaz.

—Ah, vaya —exclamó su compañera—. Si te sirve de algo, yo solo he tenido dos parejas y la cosa no terminó bien con ninguno de los dos.

A Caedra no le interesaban esos asuntos; siempre había estado demasiado centrada en su venganza. Se sintió un poco mal, pues, por una vez, Valikia estaba intentando hablar con ella.

—¿Y eso? —preguntó para continuar con la conversación.

Valikia gruñó.

—El primero me dejó porque se cansó de que todos me rechazaran por insistir en que los dioses no son más que criaturas cualquiera.

Caedra se calló que ella seguía pensando que los dioses existían. Sabía lo que había dicho el oráculo supremo cuando se enfrentaron a él… Valikia afirmaba que ella había visto a Luvann con sus propios ojos y era una especie de fénix. Aun así, Caedra necesitaría comprobarlo por sí misma para terminar de creerlo.

—Vaya —musitó ella.

—Y con el segundo tuve que cortar yo cuando partí en este viaje en busca de Luvann. No quiso acompañarme —completó Valikia, bufando. Los cortos mechones negros de su flequillo flotaron por un instante—. Desde entonces, he estado bastante aburrida.

—¿Y qué le dirás cuando lleguemos a Eliean? —inquirió Caedra. Al fin y al cabo, lo lógico sería que el chico en cuestión continuara en la ciudad.

—No pienso ni ir a buscarlo —declaró Valikia con firmeza—. Lo único que me entusiasma de volver a Eliean es ver a mi hermano, y él no es que sea muy expresivo…

—¿Y qué hay de tus padres?

—No están nada contentos con mi decisión de marcharme hace unos años y consideran que mi viaje es inútil —contestó ella. Desvió la vista hacia la ventana, oscura, y entornó los ojos—. Siempre que los he visitado no han hecho más que incordiarme con que debería abandonar y regresar a casa. No saben hablar de otra cosa.

—Esperemos que esta vez sea diferente —dijo Caedra con una sonrisa incómoda. ¿Por qué de repente Valikia había iniciado esa conversación con ella?

—Lo dudo —masculló su compañera. La miró de nuevo—. En cualquier caso, espero que te comportes con mi familia.

Caedra arqueó una ceja. La indignación burbujeó en su interior.

—¿Perdona?

¡Si había sido Valikia la que había insistido en hacer comentarios despectivos sobre los zeafíreos de Aruristed!

Valikia abrió la boca para decir algo, pero lo pensó mejor y la cerró.

—Voy a dormir —anunció, su voz un tanto apagada, y se levantó. Sopló para extinguir las velas y regresó a la cama, tumbándose otra vez de espaldas a su compañera—. Buenas noches, Caedra.

Caedra suspiró con exasperación. No terminaba de entenderla.

—Buenas noches, Valikia…

***

El desayuno a la mañana siguiente fue relajado. Se habían sentado en una mesa de la posada y Jay estaba centrado en comer todo lo que podía, engullendo las gachas y el yogur con demasiado apetito.

Ninguno lo diría, pero había sido una gran sorpresa ver que Valikia y Caedra no habían discutido. Aunque las dos zeafíreas no se dirigían la mirada ni hablaban entre ellas ahora, al menos no se mostraban hostiles.

—Nos dirigiremos a la plaza central e imagino que por la zona habrá anuncios de criminales buscados —estaba diciendo Tarvo. Miró a Hadriel—. ¿Averiguaste algo?

Hadriel se había despertado antes que nadie y había dejado a Tarvo y a Jay preparándose para irse. Había bajado a hablar con el dueño de la posada para preguntarle sobre los bandidos.

—Sí, los bandidos de los que habló Valikia siguen robando por la zona —confirmó Hadriel—. Por lo que solo queda ver qué clase de recompensa ofrecen.

—Teniendo en cuenta que ya llevan años siendo un verdadero incordio para los comerciantes y nadie ha conseguido siquiera identificarlos, supongo que bastante alta —habló Valikia. Dio un trago al vaso de agua que tenía en las manos antes de continuar—: Cada año que continúan sueltos supone pérdidas significativas para los vendedores.

—Sin embargo, todavía está por ver si seremos capaces de atraparlos sin asumir riesgos excesivos —comentó Caedra.

Valikia resopló.

—¿Cómo van a poder contra un grupo como el nuestro? Yo manejo la electricidad a la perfección, Hadriel es uno de los mejores telépatas del Imperio gaelaro, Tarvo es un ex asesino de élite, Jay ha logrado el fuego azul, y tú… —Valikia calló. Se resistía a decir algo positivo de su compañera zeafírea; era como si, de repente, unas cuerdas hubieran rodeado su garganta, comprimiéndola—. Bueno, has trabajado como guardaespaldas, ¿no? Y tu viento servirá de algo…

Caedra todavía no se acostumbraba al hecho de que los zeafíreos de Zarested controlaran la electricidad. Siempre se había imaginado que, en cuanto a poderes se refería, serían idénticos.

Arqueó una ceja ante la descripción de Valikia del grupo. Al menos, había hecho el esfuerzo de incluirla.

—No debemos confiarnos —replicó.

—En eso estoy de acuerdo con Caedra —asintió Hadriel. Entrelazó los dedos de las manos y frunció el ceño—. Analizaremos sus habilidades y, si es necesario, nos retiraremos de inmediato.

—Eso sería un desperdicio —protestó Valikia.

—Papá, Valikia tiene razón —dijo Jay, terminando al fin de comer. Apartó su plato—. Si la recompensa es buena, no nos iremos sin atraparlos. Después de todo a lo que nos hemos enfrentado, ¿por qué iban a suponer un problema un puñado de bandidos?

—Procederemos con cautela —declaró Hadriel, dejando claro que no aceptaría réplicas. Caedra asintió con la cabeza—. Si llevan tantos años sueltos sin que nadie les haya dado caza todavía, alguna razón habrá. Por tanto, la precaución será primordial.

Tarvo no dijo nada. Él pensaba que podrían con los bandidos, él mismo se había deshecho de un gran número de criminales en su época de Shak’ti… Sin embargo, también estaba de acuerdo con la postura de Hadriel y Caedra. Siempre había que ir con cuidado.

Valikia resopló, pero no discutió más.

Salieron a la calle, donde se reunieron con Frisie. Valikia abrazó a su piaferequus, más tranquila ahora que estaba de nuevo con ellos. La fresca brisa de la mañana sirvió para terminar de despejarlos.

Se dirigieron a la gran plaza cuadrada que había en el centro, que estaba a rebosar de gente realizando diversas actividades. Jay estuvo a punto de tropezar más de una vez con algún niño que pasó correteando entre ellos. Desde luego, el ambiente era mucho más animado que en las ciudades del Imperio gaelaro. Hasta el color utilizado en la mayoría de construcciones en aquel lugar, donde el naranja se mezclaba con el azul oscuro que predominaba en Mnemeste, contribuía a esa imagen más alegre.

Había un muro de piedra a un lado de donde brotaban varios chorros de agua; la gente se concentraba a su alrededor para llenar diversos jarrones y cantimploras. Tallada en la roca se encontraba una mujer de largo cabello ondulado, con los brazos extendidos, como si les estuviera invitando a acercarse a las fuentes. Era una representación humana de la diosa Anatala, reina de los mares y favorita de los aquitones. También era la patrona del comercio.

Leyeron los diversos carteles que había pegados en las columnas en espiral de los soportales. Vieron de todo: próximas celebraciones, concursos, competiciones, una taberna nueva… Se notaba que era un reino en paz, sin estar involucrado en una guerra.

Todo lo que Jay recordaba de la lúgubre Luminaria era calles que apestaban a estiércol y orina, con losas agrietadas, puestos de mercadillo de madera carcomida, mendigos en cada esquina y niños en los huesos. Los ojos de su gente estaban hundidos, caminaban encorvados, temiendo la muerte que los acechaba en el imperio.

La atmósfera alegre de Mnemeste, a pesar de su problema con los bandidos, era un gran contraste.

Llegaron a un muro que estaba cubierto por completo con papeles amontonados unos sobre otros.

—Esto es lo que queremos —confirmó Tarvo tras revisar unos cuantos. Todos contenían información sobre criminales buscados por la región, aportando breves descripciones físicas, poderes y recompensas por su captura.

—Aquí están —anunció Valikia, señalando un cartel en concreto que era más grande que los que había a su alrededor. Lo arrancó, pues había varios más idénticos, y se lo mostró a sus compañeros.

Solo se los nombraba como «los bandidos de Mnemeste». No había ningún tipo de descripción física. Se mencionaba que eran cuatro o cinco miembros. La recompensa era una generosa cantidad de monedas de oro.

—Vaya, con esa recompensa tendríamos dinero para una buena temporada —dijo Caedra, alzando las cejas al ver el número—. Sí que quieren librarse de ellos.

—Sí, pero la falta de información va a ser una gran desventaja —dijo Hadriel. Se llevó una mano a la barbilla, pensativo—. No deberíamos ir a ciegas… Quizá podríamos aprovechar el día para preguntar por la ciudad.

—Más de uno habrá tenido un encontronazo con los bandidos —asintió Tarvo—. Lo lógico sería que alguien supiera algo, por poco que sea.

—Será una pérdida de tiempo —replicó Valikia, bajando el cartel y poniendo los brazos en jarras—. Si hubiera algo de información sobre ellos, estaría apuntada.

—Pero puede que escuchando diferentes historias y versiones de sus ataques saquemos una conclusión, ¿no? —dijo Jay.

—Así es —afirmó su padre. Alzó la vista al cielo, despejado de nubes, para comprobar la posición del sol—. Todavía es pronto. No ejecutaremos el plan que urdamos hasta por la noche, cuando los bandidos atacan. Dedicaremos la mañana a recopilar toda la información que podamos.

—Y por la tarde veremos qué plan se nos ocurre con todo lo que sepamos —asintió Caedra—. Me parece bien.

Valikia se cruzó de brazos.

—Tampoco es que haya nada mejor que hacer hasta por la noche… —murmuró, accediendo.

Sonrió y giró la cabeza hacia Jay—. Como lo mejor será que nos dividamos para cubrir más terreno, yo iré con Jay.

Caedra arqueó una ceja.

«Sí que ha sido rápida», pensó, esforzándose por no mostrar la irritación en su rostro. Acto seguido, se golpeó mentalmente. ¿Desde cuándo era eso una especie de competición? No podía actuar de manera posesiva con Jay. Y Valikia era ahora parte de su grupo. Daba igual cómo se dividieran.

—Perfecto —dijo Jay, sonriendo también. Miró a los demás—. ¿Alguien que quiera venirse con nosotros?

Caedra se mordió el labio inferior. No tenía sentido ir con Jay si iba a estar Valikia. El ambiente sería desagradable.

—Yo iré con Hadriel —comunicó Caedra. Se acercó a Tarvo—. ¿Por qué no vas con ellos?

Sabía que Tarvo prefería estar con Jay, siempre pendiente de él, por lo que sería lo mejor.
—De acuerdo —contestó Tarvo.

Valikia no protestó. Al menos, no tendría a Caedra al lado y Tarvo le caía bien. Aprovecharía para conocerlo un poco más.

***

Jay, Valikia y Tarvo se encargarían de recorrer la mitad derecha de Mnemeste, dejando la izquierda para Caedra y Hadriel.

Jay miraba todos los puestos de comida por los que pasaban con anhelo y una mano en la tripa. Había algunos pasteles que tenían una pinta deliciosa. Se acordó, no sin cierta amargura, de la vez que había paseado por una ciudad con Su-Nev, degustando los distintos manjares preparados como parte de la celebración de una boda…

Esa noche, Su-Nev se había abierto a él, había estado dispuesta a integrarse entre los humanos, aceptando sus costumbres. Poco después, los había traicionado.

Tensó la mandíbula. Era mejor no pensar en ello.

—Echo de menos tener dinero para comprar todo lo que quisiéramos… —murmuró.

Valikia rio.

—¿Dejas de tener hambre en algún momento?

—Me temo que ese es su estado permanente —respondió Tarvo con seriedad.

De haber sido un gato, Jay habría erizado todo su pelo.

—No es cierto. Solo me gusta probar comida de distintas regiones —protestó, irguiéndose—. En fin, ¿por dónde empezamos?

—Cualquier sitio —fue lo que contestó Valikia.
—Una gran respuesta —dijo Jay, sarcástico. Puso los brazos en jarras—. ¿No podríais ser más específicos?

—Debemos empezar por los establecimientos que operan con mercancía que viene de fuera —respondió Tarvo. Se detuvo y miró a un lado y a otro—. Sastrerías, joyerías… Por aquí.

Tarvo había divisado una calle de sastrerías y fue en esa dirección. Viéndolo caminar con tanta decisión, sus compañeros no dudaron en seguirlo. Valikia se aseguró de que Frisie también iba con ellos. Los cascos del animal sonaban rítmicamente en el suelo de piedra, atrayendo la atención de los transeúntes.

Entraron en la primera sastrería que vieron, tras indicar a Frisie que esperara fuera. El espacio en el interior era considerable, lleno de rollos enormes de telas de todo tipo de texturas y colores. Había maniquíes de madera, tanto vestidos con prendas exquisitamente elaboradas, como sin vestir, dispuestos por el lugar. Había una gran mesa a un lado con diversos utensilios, como agujas y tijeras.

Un hombre con el bigote más largo y estilizado que Jay había visto se acercó a ellos, una sonrisa plasmada en su rostro.

—¡Bienvenidos! —los saludó con entusiasmo—. ¿En qué puedo ayudaros?

Jay se sintió un poco mal por no venir con intenciones de comprar nada. Valikia, en cambio, no dudó en dar un paso al frente.

—Tenemos intención de atrapar a los bandidos de Mnemeste —anunció. La sonrisa del hombre desapareció al ver que no se trataba de clientes para su negocio—. Sin embargo, la información sobre ellos escasea. ¿Has sufrido algún robo por su parte?

El hombre torció el gesto.

—Esos bandidos van constantemente tras mis telas de importación más caras —gruñó—. Pero no es a mí a quien atracan, sino a los que transportan las telas. Esos bandidos son una auténtica molestia. No solo me han ocasionado muchas pérdidas… Cada vez es más complicado encontrar personas dispuestas a entregar telas en Mnemeste.

—¿Han llegado a matar a alguien esos bandidos? —preguntó Tarvo.

—Me temo que sí, de ahí lo complicado de conseguir que alguien me traiga las telas. El precio del transporte por el peligro no hace más que elevarse… —masculló el hombre. Los miró de arriba abajo. Arqueó una ceja—. ¿Realmente creéis que seréis capaces de atraparlos?

Valikia se cruzó de brazos e irguió la barbilla con orgullo. Extendió ligeramente las alas.

—No nos subestimes. Tenemos más compañeros y no somos nada fáciles de derrotar —aseguró con confianza—. En un enfrentamiento directo, estoy segura de que estarían perdidos.

—Sin embargo, desconocemos cuál es exactamente su forma de actuar—añadió Tarvo, manteniéndose sereno—. Por tanto, estamos intentando recopilar información sobre ellos.

El hombre se llevó una mano a su corta perilla.

—Comprendo —murmuró, aunque todavía los contemplaba escéptico—. Todos los muchachos que lo han contado después de ser atacados por ellos ha sido porque no se han resistido. Coincidían en que antes de que aparecieran se sintieron repentinamente adormecidos… Me temo que no sé mucho más.

Jay frunció el ceño. ¿Qué podía causar eso?

—Está bien. Gracias —dijo Valikia, dando media vuelta y marchándose. Tarvo se despidió con una pequeña reverencia, prefiriendo ser educado, y Jay lo imitó.

—Tarvo, ¿qué piensas? —le preguntó Jay a su compañero una vez se encontraron de nuevo en el exterior.

—Podrían tener un telépata en su grupo —contestó tras pensarlo un par de segundos—. Si es lo suficientemente hábil, podría causar esa somnolencia a distancia.

—Para empezar, ¿estamos seguros de que son humanos? —dijo Valikia, con los brazos en jarras.

—Cierto. Podrían ser también de otras especies —asintió Tarvo. Dibujó una mueca en su rostro —. No estoy seguro de si un denu podría causar ese efecto…

Jay apretó los labios al recordar a Su-Nev.

—Por lo que he visto, son muy hábiles con las plantas —comentó—. Quizás haya alguna que provoque somnolencia…

—Es posible —murmuró Tarvo. Echó a andar—. Veamos si podemos averiguar más.

No tuvieron suerte. El resto de sastres solo repitieron lo que ya les había contado el primero.

***

Caedra estiró las alas al salir de la herrería, agradeciendo estar en un espacio más abierto. El pasillo en el que habían estado hablando con el encargado era muy estrecho, y el calor un tanto sofocante. Se abanicó con una mano.

—Al adormecer a sus víctimas impiden que estas puedan fijarse en detalles —estaba diciendo Hadriel. Se detuvieron a un lado de la calle—. Sin embargo, si estas se resisten, los matan para que no puedan revelar información a nadie.

Caedra frunció el ceño, pensativa.

—Hay algunos cuyos cuerpos directamente han desaparecido. Imagino que serán los que hayan opuesto más resistencia y, al tener que defenderse, habrían dejado huellas de los poderes que tienen en el cuerpo de la víctima —dedujo ella.

Hadriel asintió con la cabeza.

—Sean quienes sean, tienen la experiencia de varios años y están muy bien organizados. No estoy seguro de que debamos seguir adelante con este plan —murmuró, muy serio.

—Yo tampoco… Pero ¿qué otra opción tenemos para conseguir dinero que no nos suponga un serio retraso en nuestros planes de viaje? —replicó Caedra con suavidad. Suspiró pesadamente —. Y, de todos modos, me temo que Valikia y Jay se van a empeñar… Por lo que veo, ambos son cabezotas y temerarios. Tarvo respaldará a Jay si es necesario.

No admitiría en voz alta que ella también era testaruda. Quería pensar, al menos, que sabía ser precavida.

Hadriel se apoyó en la pared y se pellizcó el puente de la nariz, cerrando los ojos y pensando.

Caedra esperó pacientemente.

Él la miró de nuevo.

—Por ahora, continuaremos con este plan —declaró—. Pero tomaremos algunas medidas que nos aportarán algo más de seguridad.

Era cierto que necesitaban dinero para aprovisionarse; todavía permanecerían un largo tiempo en aquel continente. Por mucho que no le convenciera, por ahora era la única opción.

# Capítulo 8: Análisis del terreno

Se reunieron a la hora de comer en la plaza central. Estaban sentados en unas escaleras, con Frisie tumbado a la sombra en los soportales. El piaferequus había causado un gran revuelo cuando se había acercado a las fuentes a beber; todos los niños querían acariciarlo. Ahora ya los habían dejado solos.

—Os dije que sería inútil —refunfuñó Valikia—. Si se supiera más sobre esos bandidos, estaría puesto en los carteles.

—Aun así, teníamos que asegurarnos —replicó Caedra. Valikia la miró, irritada—. Al menos, ya sabemos que debemos tener cuidado con esa somnolencia que son capaces de causar.

—Si lo hacen a través de un telépata, no será ningún problema —dijo Hadriel—. Yo bloquearé sus ondas y no nos alcanzarán.

—El problema será si se trata de otra cosa —dijo Tarvo, con algunas arrugas en su frente.

—Iremos viendo cómo protegernos más tarde —decidió Jay tras darle un mordisco a su bocadillo—. Por el momento, tenemos que pensar cómo hacer que aparezcan.

—Cierto —asintió su padre. Miró a Valikia—. Equiparemos a Frisie con todas nuestras bolsas y alguien irá montado encima. Si van a actuar esta noche, será suficiente para atraerlos. Un piaferequus de por sí ya es un preciado botín.

Valikia hizo un mohín ante la idea de usar a Frisie como cebo.

—Está bien —accedió, pero su tono indicaba que no estaba contenta—. ¿Y los demás, qué?

—Esperarán ocultos entre los árboles a que ataquen los bandidos para pasar a la acción —contestó Hadriel.

—Si tienen un telépata, podrían detectarnos —señaló Tarvo.

Jay sonrió y miró a Valikia.

—Ella tiene el brazalete de umbrano. Eso ocultará nuestra presencia.

Valikia alzó la mano derecha para mostrar su brazalete, orgullosa.

—Perfecto —dijo Hadriel, satisfecho—. En ese caso, solo queda decidir quién irá con Frisie.

—Ni Valikia ni yo —dijo Caedra—. Un zeafíreo podría resultarles más intimidante y hacer que se decanten por otra víctima que consideren más débil.

—Vale, tiene sentido —aceptó Valikia.

—Vosotros sois las mejores opciones —dijo Hadriel, mirando a Jay y a Tarvo. Jay dejó de morder su bocadillo al ver que se dirigía a él.

—Jay es el mejor candidato. Tarvo es más musculoso —añadió Caedra tras analizar a uno y a otro.

Efectivamente, Tarvo, al ser afín a la tierra, tenía una complexión más robusta. Jay bufó, bajando su bocadillo.

—Yo también tengo músculo —aseguró, ofendido. Poco le faltó para levantarse y estirar los brazos.

Caedra sonrió, adivinando que diría eso.

—Pero Tarvo tiene más —zanjó ella, divertida.

—No me gusta eso de parecer el blanco más fácil —gruñó Jay.

Tarvo rio por lo bajo.

—No te preocupes, mi querido príncipe, en cuanto te ataquen se darán cuenta de lo equivocados que han estado —le aseguró él para animarlo, poniendo una mano en su hombro.

—Ahora solo queda ver cómo nos defendemos ante lo que causa la somnolencia —dijo Hadriel. Se llevó una mano a la barbilla y frunció el ceño—. Si no se trata de un telépata, solo se me ocurre que sea un denu.

—Igual que a nosotros —asintió Jay—. ¿Quizás haya alguna planta que lo provoque? Los denu lo sabrían.

—Sí, quizá… —afirmó Hadriel, pensativo. Se levantó y comprobó que todos habían terminado ya de comer—. Vamos a conseguir unas cuantas cosas que necesitaremos si queremos capturarlos. Caedra, Valikia, os voy a pedir un favor.

Las dos zeafíreas se miraron la una a la otra, recelosas, antes de prestar atención a Hadriel. Se incorporaron también.

—Id a echar un vistazo a los alrededores del camino por el que vinimos ayer. Buscad huecos donde podamos escondernos y posibles rutas de escape por si fuera necesario —prosiguió Hadriel.

—De acuerdo —aceptó Caedra sin dudarlo. No le agradaba tener que ir con Valikia, pero cumpliría con lo que le había pedido Hadriel.

Valikia, en cambio, arrugó la nariz.

—¿Por qué no puede ir solo una de las dos? —cuestionó, cruzándose de brazos.

Jay se llevó una mano a la cara. ¿Por qué ignoraba su padre lo mal que se llevaban las dos zeafíreas?

—No tenemos mucho tiempo y analizaréis el terreno más rápido —explicó Hadriel. Giró la cabeza hacia Tarvo y Jay—. Nosotros nos encargaremos de recolectar algunas provisiones e informarnos de dónde hay un puesto de la guardia real donde podamos entregar a los criminales si tenemos éxito en su captura.

—Vale —respondió Jay, encogiéndose de hombros. Parecía una tarea fácil.

Valikia resopló, descolocando los mechones de su flequillo.

—Si no queda otra… —Encaró a Caedra con los brazos en jarras—. Sígueme.

Caedra arqueó una ceja. Sin ganas de discutir, decidió que, si su compañera se sentía mejor yendo primero, la dejaría.

Extendieron las alas y alzaron el vuelo, perdiéndose con rapidez en la distancia. Frisie graznó,

descontento por no poder ir con su dueña.

—Papá, en serio, ¿no crees que ya han tenido suficiente con pasar una noche juntas? —dijo Jay en cuanto estuvieron a solas—. No sé por qué, pero me da la sensación de que no terminan de llevarse bien. Se evitan todo lo que pueden.

Hadriel rio con suavidad.

—No soy ciego, hijo. Sin embargo, tengo la esperanza de que, si trabajan juntas, poco a poco vayan entendiéndose.

Jay frunció el ceño. Era como dejar dos leones a solas y esperar que no se pelearan por el territorio.

—Ya… Pero ¿por qué no se han llevado bien desde el principio?

—Son zeafíreas de dos continentes distintos —contestó Tarvo. Ajustó las correas de su mochila y le tendió el bolso a Jay, que se lo había dejado en el suelo al levantarse—. Me ha parecido ver que los zeafíreos no tienen buena opinión de los del otro continente.

—Sí, pero Caedra no ha mostrado hostilidad en ese aspecto —replicó Jay—. Solo fue Valikia al principio. Y Caedra tampoco parece encontrar agradable la presencia de Valikia. Debe de haber otra razón para ese desagrado mutuo.

Hadriel esbozó una pequeña sonrisa. Puso una mano en su hombro.

—Muy observador, Jay. Sin embargo, no creo que debamos entrometernos —dijo él con suavidad—. Aunque tengo mis sospechas de las razones, tendrán que ser ellas las que resuelvan su conflicto. Cualquier intervención nuestra sería forzarlo y no produciría buenos resultados.

—En ese caso, espero que lo resuelvan pronto… —masculló Jay.

***

Caedra volaba detrás de Valikia. Observaba cómo su compañera batía las alas oscuras, con sus cortos mechones de pelo negro ondeando al viento. Era tan diferente al aspecto de los zeafíreos al que había estado acostumbrada toda su vida…

¿Por qué tenía que mostrar de esa forma Valikia su descontento por ir con ella? Caedra se había esforzado en tener paciencia, pero empezaba a cansarse. Y también sabía ser desagradable si quería.

Suspiró para sus adentros. No, no podía rebajarse a ese nivel. Valikia era más joven, tenía diecinueve años, pero ella ya había cumplido los veinticinco. Debía mostrar algo de madurez. Sin embargo, tenía sus límites.

Valikia descendió y aterrizó entre los robles, con un crujido al posarse sobre el suelo cubierto de hojas caídas. Caedra la imitó. Miró a un lado y a otro.

—Las copas no son lo suficientemente espesas para ocultarse con facilidad entre las ramas —comentó.

—La oscuridad de la noche nos ayudará en eso —replicó Valikia, no muy preocupada. Sacudió la mano—. En cualquier caso, no estaría de más que taparas tu pelo blanco… Y que te lo cortaras, ya de paso. Sería más práctico, ¿sabes?

Caedra tensó la mandíbula. Respiró hondo.

—Ya lo llevo atado en una coleta para que no me moleste. Con eso es suficiente —declaró con el tono más relajado que pudo.

El pelo era un aspecto importante en la cultura de los zeafíreos de Aruristed. Lo típico era llevarlo largo. Solo se lo cortaban si querían marcar un cambio importante en sus vidas. Caedra recordaba siempre a Loure, su hermano, con una melena que le llegaba hasta la cintura. Y Loure se había esmerado mucho en cuidar también el pelo de Caedra. Ella estaba decidida a seguir la tradición.

Puso los brazos en jarras y alzó la vista de nuevo.

—Va a ser difícil movernos entre las ramas sin que nos vean. Es cierto que la oscuridad nos ocultará bastante bien, pero no vamos a estar inmóviles todo el tiempo. Tendremos que avanzar siguiendo a Jay y a Frisie porque no podemos predecir en qué punto del camino atacarán.

Valikia se mordió el labio, pensativa.

—A lo mejor sí podemos —dijo al cabo de unos segundos—. Lo lógico sería que usaran zonas en las que haya desniveles y donde el camino se estreche para acorralar a su víctima con más facilidad.

—Eso es cierto —asintió Caedra. Extendió las alas—. Veamos cuántos puntos del camino cumplen esas condiciones.

—De acuerdo, pero yo voy primero —le recordó Valikia, apresurándose a alzar el vuelo.

Caedra puso los ojos en blanco antes de seguirla. ¿Qué más daría quién iba por delante?

***

—¿Creéis que Valikia y Caedra ya estarán discutiendo? —inquirió Jay mientras caminaban por la ciudad. Iba con los brazos cruzados detrás de la cabeza, mirando al cielo despejado.

—No seas dramático —dijo Hadriel—. No se llevan tan mal. Estoy convencido de que podrán trabajar juntas.

—Seguro… —ironizó Jay. Aunque esperaba que su padre tuviera razón. Realmente deseaba que las dos zeafíreas se llevaran bien con el tiempo.

Caminaban por una calle relativamente desierta. Se detuvieron al escuchar a una mujer gritando:

—¡Por los sagrados ojos de Luvann! ¡¿Qué te dije la última vez que pasó esto?!

Divisaron a la mujer en la puerta de una tienda de cerámica. Acababa de abofetear a un chico de unos catorce años que estaba en los huesos. El pobre se frotaba la mejilla dolorida con la mano, observando a la mujer con ojos vidriosos.

—¡Ya lo sé, pero es que se hizo de noche y…! —sollozó el chico—. ¡No podía quedarme a dormir en el bosque! ¡Me habrían atacado igualmente!

—¡Por eso acordamos que nunca te retrasarías para estar en la ciudad siempre antes del anochecer! —replicó la mujer con fiereza. Clavó el dedo índice en el pecho del chico—. ¿Sabes

la de problemas que nos va a causar esto? ¡Necesitaba esas gemas para adornar la vajilla que ha encargado el marqués! ¡Estaban bendecidas por los dioses!

El chico bajó la vista, dejando que sus lágrimas cayeran a las losas de piedra del suelo.

—¡Y luego encima desapareces hasta ahora! —prosiguió la mujer, implacable. Puso los brazos en jarras—. ¡Llevo todo el día preguntándome qué te habría pasado!

Jay y Tarvo se miraron entre sí, perplejos ante el espectáculo que estaban presenciando. Hadriel, sin inmutarse, se acercó a ellos. Los otros dos se apresuraron a seguirlo.

—Disculpad, pero no hemos podido evitar escuchar vuestra conversación —habló Hadriel en cuanto se detuvo junto a la mujer y el chico.

La mujer se giró hacia él de golpe, gruñendo, con la falda revoloteando alrededor de los tobillos.

—¿Y tú quién eres? —ladró.

—Alguien interesado en capturar a los bandidos. He deducido que os han robado la mercancía —contestó Hadriel con serenidad.

Si alguno de los dos desconocidos se percató o se sorprendió por la presencia del piaferequus detrás de ellos, no lo mostró.

—Deduces bien —refunfuñó ella. Dirigió una mirada iracunda al chico—. Ya es la segunda vez que este inepto desobedece mis órdenes de no llegar de noche y también la segunda vez que pierde las gemas que había encargado.

—Lo siento… —balbuceó él, encorvado. Jugueteaba nerviosamente con los dedos de las manos. Le temblaban las rodillas.

—Me gustaría hacerle algunas preguntas —le comunicó Hadriel a la mujer.

Ella arrugó la frente.

—Haz lo que te plazca, pero no creo que este inútil sea capaz de darte la información que necesitas —espetó. Seguía de muy mal humor. Se dirigió al chico—: Estaré dentro, esperándote cuando termines.

La mujer entró en el establecimiento, dejándolos a solas con el niño. Este seguía con la mirada clavada en las losas azules del suelo.

A Jay le dio pena. La mujer había sido bastante dura.

Hadriel puso una mano en el hombro del chico y se agachó para estar a su altura. Este alzó la vista, sorprendido.

—Tranquilo, solo quiero hacerte unas preguntas —le dijo, en tono bajo—. ¿Cómo te llamas?

El chico lo miró con recelo. Tardó unos segundos en responder.

—Me… Me llamo Driako.

Hadriel sonrió.

—Muy bien, Driako. Necesito que me respondas a unas preguntas. ¿Podrás hacerlo?

El chico asintió lentamente con la cabeza.

—Queremos atrapar a esos bandidos para que no sigan robando —prosiguió Hadriel—. ¿Recuerdas algo de cuando te atacaron?

—Fue… muy raro —murmuró Driako. Frunció el ceño y se llevó una mano al pecho, apretando en su puño la tela de la camisa de algodón, sucia y desgarrada—. Iba alerta porque sabía que podían aparecer en cualquier momento. Estaba asustado y ni en lo más mínimo relajado. Y, de repente…, me empezaron a pesar los párpados. Me costaba mantenerme despierto.

—Eso encaja con lo que nos han contado hasta ahora —comentó Jay.

Driako lo miró brevemente al escucharlo antes de centrarse de nuevo en Hadriel.

—Después de eso, todo ocurrió muy rápido —continuó el chico—. Algo me agarró y se enrolló en mis pies y manos. Me tiró del carro y me retuvo contra el suelo… Vi cómo varias personas enmascaradas vaciaban el carro y se fueron. —Suspiró tristemente—. Cuando desperté horas más tarde, no quedaba nada en el carro… Ya no había nada reteniéndome y estaba solo.

—¿Pudiste ver cuántos eran? —inquirió Hadriel.

—Creo que… ¿cuatro? —respondió Driako, ladeando la cabeza. No sonaba muy seguro.

—¿Podrías mostrarme tus muñecas? —le pidió Hadriel con suavidad.

El chico se extrañó, pero levantó los brazos. Hadriel entornó los ojos y examinó las marcas rojas en la piel. Parecían de cuerdas.

—De acuerdo —dijo Hadriel, y Driako bajó los brazos—. Una última pregunta. Cuando te notaste somnoliento… ¿te dolió la cabeza antes?

Driako frunció el ceño, tratando de recordar.

—No. Creo.

—¿Y notaste molestias en la nariz?

—Ahora que lo dices… —Driako calló. Se llevó una mano a la boca, mordisqueando levemente las uñas. Hadriel esperó pacientemente mientras el chico hacía un esfuerzo por buscar en su memoria—. Puede que me escociera un poco, pero lo asocié al frescor de la noche.

Se despidieron de Driako y el chico se adentró en el edificio en busca de la mujer. Se alejaron un poco antes de parar en un callejón para comentar la conversación.

—Pobrecito —fue lo primero que dijo Jay. Había metido las manos en los bolsillos de su chaqueta—. Sí que era antipática esa mujer.

—Estaría estresada por la pérdida de su mercancía —dijo Tarvo. Miró a Hadriel—. ¿Has podido sacar alguna conclusión?

Hadriel asintió con la cabeza.

—No se trata de un telépata. Es un denu —declaró con convicción—. Las marcas en sus muñecas eran de raíces por su irregularidad. Y el cosquilleo en la nariz pudo ser provocado por unas esporas que actúan como somnífero. Un denu sabría manejarlas.

—Tiene sentido —murmuró Tarvo—. ¿Cómo podríamos resistir esas esporas?

—Bastaría con no aspirarlas —contestó Hadriel—. Sin embargo, si Jay fuera con un pañuelo, sospecharían.

—Eso da igual —replicó Jay, sacudiendo la mano en gesto despreocupado—. Estaréis vosotros observando, ¿no? Da igual que me afecten las esporas, estoy seguro de que seréis capaces de derrotar a un simple grupo de ladrones.

—Jay, no son un simple grupo de ladrones —le recordó su padre con el ceño fruncido—. Son criminales que han llegado a asesinar a sus víctimas para evitar que den pistas sobre su identidad, y ya llevan años activos. Preferiría que no quedaras indefenso ante ellos.

—Vale, vale… —masculló Jay—. Pero me temo que no va a quedar más remedio.

—Eso ya se verá. Por ahora, centrémonos en conseguir las cosas que necesitaremos para apresarlos —decidió Hadriel. Miró primero a Jay y luego a Tarvo—. ¿Visteis algún herbolario por el lado de la ciudad que recorristeis esta mañana?

—Eh… No me acuerdo —contestó Jay.

Tarvo, en cambio, asintió con la cabeza.

—Creo que sé dónde había uno.

***

Valikia observaba la caída que había desde una elevación en el terreno a un lado en el camino. Esbozó una sonrisa confiada.

—Mira, este sería un buen punto si quisieran atacar por sorpresa.

—Sí, se ve bastante bien todo el camino —dijo Caedra, de pie detrás de ella—. Creo que ya nos hemos alejado bastante.

—Genial, entonces podemos regresar —decidió Valikia, volviéndose para mirarla—. Hemos visto suficientes puntos que servirían. —Sonrió con entusiasmo—. ¿Echamos una carrera?

Caedra arqueó una ceja ante la repentina propuesta.

—¿Una carrera? —repitió, extrañada.

—Claro. Volando. Para que veas que soy más rápida que tú —declaró Valikia, alzando la barbilla con arrogancia.

Caedra se cruzó de brazos.

—¿Quién ha dicho que eres más rápida que yo?

—Yo. Es obvio que los zeafíreos de Zarested somos más veloces que los de Aruristed.

Caedra le dio la espalda, echando a andar y extendiendo las alas. No iba a caer en su red.

—¡No me ignores! —protestó Valikia. Voló para interceptarla, aterrizando delante de ella y forzándola a frenar—. Será divertido.

—Para ti —masculló Caedra—. Valikia, no tengo ganas de echar una carrera.

Era consciente de que Valikia solo quería divertirse un poco y no había nada de malo en echar una carrera. Sin embargo, por mucho que confiara en sus habilidades, prefería ahorrarse las

burlas de Valikia en caso de que saliera victoriosa.

—Eres una amargada —gruñó su compañera, descontenta—. ¿Tienes miedo de perder?

Caedra se giró de golpe hacia ella. Valikia retrocedió inconscientemente un paso, intimidada por su mirada rapaz. El viento sopló con más fuerza, arrancando unas cuantas hojas de los robles.

—No vas a provocarme —declaró Caedra con seriedad—. Y voy a dejar de ser tan tolerante con tus comentarios. Los zeafíreos de Aruristed no somos inferiores a los de Zarested, ¿queda claro?

Valikia bufó.

—Eso tendrás que demostrármelo.

—No tengo nada que demostrarte. Puedes pensar lo que quieras, pero muestra un poco de respeto.

Valikia apretó los puños.

—El respeto se gana.

—¿Y qué has hecho tú para ganarte mi respeto, entonces? —replicó Caedra—. No haces más que actuar de una manera muy infantil para tu edad.

Su compañera se quedó boquiabierta. Su rostro se arrugó en una mueca de furia.

—¿Y quién eres tú para juzgarme? ¿Acaso te crees que eres perfecta? Que eres como… —Calló de golpe. Inspiró aire y lo espiró con brusquedad.

Caedra se mantuvo de piedra.

—Yo no he dicho eso.

—No quiero tu respeto, zeafírea de Aruristed —siseó Valikia—. Pero ni se te ocurra actuar como si fueras superior a mí.

Caedra enarcó una ceja.

—Es lo que llevas haciendo tú conmigo desde el principio. ¿Realmente me tienes tan poco aprecio solo por ser una zeafírea de Aruristed? —cuestionó ella, escéptica.

Valikia se quedó en silencio unos instantes, con el ceño fruncido, como si no supiera muy bien qué responder.

Era algo a lo que Caedra le había dado muchas vueltas. Ese claro desagrado de Valikia hacia ella, cuando se comportaba de una forma tan distinta con el resto de sus compañeros…

Tenía que haber algo más.

Valikia endureció su expresión.

—Eso... y que obviamente estás interesada en Jay.

Fue el turno de Caedra de quedarse con la boca abierta. Eso sí que era ridículo. Pero le dio la sensación de que ni la propia Valikia sonaba muy convencida de sus palabras.

—¿De dónde has sacado esa idea? —Caedra sacudió la cabeza y alzó la palma de la mano—. Aunque, espera, no respondas. Más bien, ¿por qué estás tú tan interesada en Jay? Lo conoces

desde hace solo un par de semanas.

—¿Y a ti qué más te da? —replicó Valikia, crispando las plumas—. Responde a mi pregunta.

Caedra le dio la espalda.

—No.

Valikia se clavó las uñas en las palmas de las manos. Le dieron ganas de tirar de la coleta a la otra zeafírea.

—¡Deja de hacer eso! —protestó. Si algo no soportaba, era una actitud condescendiente, el mismo trato que había recibido desde pequeña al declarar que Luvann no era un dios—. No he terminado de hablar.

—Pero yo, sí —sentenció Caedra—. Ya hemos perdido suficiente tiempo, tenemos que volver con los demás.

Valikia veía las alas de plumas marrones de su compañera, más oscuras en el nacimiento y aclarándose en los extremos. Su larga melena de pelo blanco, sus cuernos marrones, más rectos que los de los zeafíreos en Zarested…

Una sonrisa cálida. Unos ojos dorados que irradiaban la misma luz que el sol. Un grito desesperado. Nieve por todas partes. Rojo…

Apretó los dientes. Sacudió la cabeza, volviendo a la realidad. No iba a sumirse en sus recuerdos.

—Deja de actuar como si fueras superior a mí, manteniendo tu estúpida calma mientras me ignoras —gruñó Valikia. Se le había acelerado la respiración y envolvió sus manos en electricidad sin darse cuenta—. ¡No me des la espalda!

Agarró una de sus alas en un arrebato de ira y tiró de ella. Caedra ahogó una exclamación cuando la descarga eléctrica recorrió su cuerpo. Fue muy leve, por lo que no llegó a ser doloroso, pero sí muy desagradable.

Caedra extendió sus alas de golpe, empujando a Valikia. Giró sobre los talones, con el enfado reflejado en su frío rostro esta vez.

—No vuelvas a hacer eso —siseó, intimidando a Valikia con su mirada rapaz de brillo salvaje —. ¿Cuál es tu problema? ¿Tengo que recordarte que estamos en el mismo bando?

Valikia también estiró las alas, no queriendo dejarse amedrentar. Apartó la vista y se mordió el carrillo, sintiendo el acelerado latido de su corazón retumbando en el pecho. No había sido su intención atacarla; la electricidad se le había escapado.

Y, aun así, la disculpa se atascó en su garganta. Sus ojos ardieron.

—Estaremos en el mismo bando, pero nunca me llevaré bien contigo —dijo, con voz queda. «No puedo llevarme bien contigo. No puedo. No debo». Aceptar la mano que le había tendido Caedra en ocasiones anteriores solo llevaría a otra desgracia.

—Eso es porque tú no quieres —replicó Caedra—. Y si no te caigo bien, guárdatelo. Como vuelvas a atacarme, te aseguro que no dudaré en devolvértelo.

¿Estaría siendo demasiado dura? Veía ahora a Valikia afectada por lo sucedido, bloqueada,

pero no sabía por qué.

«Deberías atacarla y ponerla en su lugar», susurró una voz en su mente.

Caedra sacudió la cabeza. No era buen momento para escuchar la voz de Kendrij. Kendrij, quien nunca le diría eso. Era la persona más pacífica que había conocido.

Centrada en ignorar la voz en su mente, no preguntó a Valikia qué le sucedía. Batió las alas y alzó el vuelo, dando por concluida la conversación. Valikia apretó los dientes, sintiendo un extraño vacío en su pecho. Sin más remedio, la siguió.

***

Cuando regresaron a la plaza central, Jay, Hadriel y Tarvo las estaban esperando. Frisie graznó con alegría al divisar a su dueña.

—Vaya, ya era hora… —empezó a decir Jay cuando aterrizaron, pero calló al ver sus caras de mal humor—. ¿Ha pasado algo?

—Sí, que Caedra es una cobarde con complejo de superioridad —espetó Valikia, bufando. Siempre era más fácil esconderse tras una máscara de ira.

—Y tú una insolente hipócrita —replicó Caedra, cruzándose de brazos. Se estaba dejando arrastrar por ella, pero en ese momento no era capaz de contenerse. La voz en su mente la había descolocado.

Jay arqueó las cejas, estupefacto. Miró a Hadriel, que también se había quedado sorprendido, con la boca abierta.

—Papá, creo que tu plan para hacer que se lleven mejor no ha salido muy bien… —le susurró Jay.

Hadriel no comentó nada, aunque tenía que admitir que quizás sí que había sido demasiado optimista. Prefirió cambiar de tema:

—¿Habéis podido analizar el terreno?

Caedra respiró hondo, intentando calmarse. Asintió con la cabeza.

—Hemos visto varios puntos desde los cuales los bandidos podrían atacar y hemos pensado algunas posibles rutas de escape —contestó con sequedad.

Jay no estaba acostumbrado a verla de mal humor. Caedra había estado así con él en contadas ocasiones, aunque la que mejor recordaría siempre sería el día que se conocieron.

—Me alegro. Buen trabajo —dijo Hadriel con suavidad, sonriendo para aliviar la tensión en el ambiente. Se acercó a Caedra y puso una mano en su espalda, notando que la tenía rígida.

Ella se relajó ante el cálido contacto. Respiró hondo una vez más, forzándose a controlar sus emociones. La calma era lo más importante para un afín al viento; debía aplacar a la bestia en su interior.

—¿Qué tal vosotros? —les preguntó, un tanto más tranquila.

—Tenemos todo lo que necesitamos —contestó Tarvo, que se había mantenido apartado a un lado. Alzó una bolsa de tela en la que había varias cosas.

—Pues vamos a preparar todo y a quitarnos este asunto de encima —gruñó Valikia, que estaba que echaba chispas. ¿Cómo había podido perder el control de esa manera con Caedra? Se avergonzaba de sí misma.

Echaron a andar hacia las afueras de la ciudad. Valikia agarró a Jay del brazo para que se quedara con ella detrás del grupo.

—No soporto a tu amiga —masculló Valikia, inclinándose hacia él.

Jay frunció el ceño.

—Eso ya lo veo, pero ¿qué ha hecho? —quiso saber, confuso.

—Ignorarme y tratarme como si fuera una niña pequeña y ella una sabelotodo —refunfuñó Valikia—. ¿Cómo la aguantas tú?

«El problema lo tienes tú, Valikia», se dijo ella, aunque ahogó de inmediato la voz de la razón en su interior.

—Nunca se ha comportado así conmigo… —murmuró Jay, incómodo. Sintió que tenía que defender a Caedra, pero no quería molestar más a Valikia—. Habrá sido un malentendido.

Valikia bufó.

—No esperes que vuelva a quedarme a solas con ella.

—Val, en serio, dale una oportunidad —le pidió Jay. Miró a Caedra, que ahora estaba charlando con Hadriel. ¿Por qué tenía la zeafírea el pelo tan encrespado? Parecía cargado de electricidad estática.

Valikia no respondió. Siguió agarrada a su brazo y clavó las uñas en la tela de su chaqueta. Jay suspiró profundamente. Puso una mano sobre la de su compañera, que se tensó.

—Val, yo no estaría aquí de no ser por Caedra —dijo Jay, manteniendo su tono bajo—. Ella me ha protegido y me ha ayudado desde el principio. Es muy importante para mí, así que… intenta llevarte bien con ella. Por favor.

Valikia lo miró de reojo.

—Los zeafíreos de distintos continentes nunca nos llevaremos bien —declaró con amargura.

—Como quieras —murmuró Jay, hundiendo los hombros.

Realmente no quería tener que posicionarse en el conflicto.

# Capítulo 9: Los bandidos

Jay iba alerta, mirando a un lado y a otro, pero sin mover la cabeza. Soplaba una fría brisa de vez en cuando que le revolvía el cabello y removía las copas de los robles. Por lo demás, el silencio reinaba en el camino. Lo único que lo rompía era el sonido de los cascos de las patas delanteras de Frisie.

Había muy poca luz y sus ojos ya se habían acostumbrado a la oscuridad. Ni siquiera podía contar con la luna, pues esa noche el cielo estaba nublado. La tensión se respiraba en el ambiente.

Sabía que sus compañeros lo observaban ocultos entre los árboles. Aun así, no podían estar muy cerca, para evitar espantar a los bandidos. Por tanto, aunque era bastante tarde y a esas horas ya solía estar durmiendo, su nerviosismo le mantenía despejado.

No habían ideado nada para evitar el efecto de las esporas somníferas. Un pañuelo que le tapara la mitad inferior del rostro sería sospechoso y no habían tenido a ningún denu para preguntar si había alguna otra forma de anular sus efectos.

Pasaban por un estrechamiento en el camino cuando empezó a notar un leve escozor en la nariz. Con los hombros rígidos, contuvo la respiración a la vez que su corazón se aceleraba. ¿Se trataría de los bandidos?

Sus sospechas se confirmaron pronto: unas raíces brotaron del suelo y se enrollaron en sus manos. Ahogó una exclamación cuando tiraron de él y cayó al suelo, donde más raíces aprisionaron sus piernas. No aguantaba más y no le quedó más remedio que tomar una bocanada de aire, confiando en que las esporas ya hubieran desaparecido.

Frisie graznó, pero pronto se desplomó completamente dormido. Jay reprimió el instinto de retorcerse para librarse de las raíces y se quedó quieto, esperando. En apariencia, era una presa que había caído en la trampa de su cazador.

Una figura aterrizó delante con suavidad. Iba descalza y vestida con prendas de hojas. Su piel era verde.

Una denu. Tal y como habían sospechado.

Junto a ella se posó otra persona, alada y con un par de cuernos en la cabeza. ¿Una zeafírea?

Escuchó el ruido de pasos tras él. Jay frunció el ceño. No podía girarse para ver de quiénes se trataban.

—Parece que tus esporas no lo han dormido por completo —comentó una áspera voz masculina.

La denu se agachó frente a Jay, observándolo. Jay no se molestó en seguir fingiendo que estaba aletargado, pues sus compañeros aparecerían en cualquier momento ahora que los bandidos se habían reunido en torno a él.

Aprovechó los segundos que tuvo para examinar a la denu. Era una mujer de mediana edad y de largo pelo verde atado en dos trenzas. Sin embargo, al ver sus orejas, se fijó en que no eran

alargadas y puntiagudas, como las de todos los denu que había visto.

—Extraño —murmuró la denu, contestando al comentario del otro bandido. Abrió los ojos como platos y se apartó de él, como repelida por una descarga—. Es una trampa.

Apenas hubo terminado de decir esas palabras, el viento sopló con fuerza. Jay sonrió, confiado, cuando unas corrientes afiladas y concentradas cortaron con precisión las raíces, liberándolo. Se puso en pie de un salto.

Una red de gruesa cuerda cayó sobre la bandida zeafírea, con pesadas piedras en los extremos impidiendo que pudiera escapar con facilidad. Jay vio a la denu alzar los brazos para invocar más raíces, pero le dio una patada envuelta en fuego en su abdomen que la lanzó al suelo. Otra red cayó sobre ella.

Jay se giró hacia el resto de los bandidos. Había un robusto hombre de piel azul al que Tarvo estaba intentando aprisionar entre muros de piedra. Otro hombre de apariencia más normal hizo brotar chorros de lava del suelo que repelieron a Valikia y a Caedra cuando intentaban acercarse.

Arqueó las cejas, impresionado. Solo había visto a los torrogal ser capaces de controlar el magma.

—¡Hice un escaneo mental y no había nadie más! —exclamó la bandida zeafírea, perpleja. Jay se sorprendió cuando la red levitó por encima de ella y se puso en pie, su brazo extendido.

¿Acaso podía mover cosas con la mente? Pero ningún zeafíreo tenía esa habilidad…

Se fijó en que la zeafírea no tenía el pelo blanco, como Caedra, ni negro, como Valikia. Aunque sus alas de plumas oscuras indicaban que era de Zarested, su larga melena rubia no encajaba en su raza.

—Son mestizos.

Jay dio un respingo. Hadriel había llegado hasta él para asegurarse de que estaba bien.

La zeafírea liberó a su compañera denu y ambas los encararon.

—Sois los primeros que nos tienden una trampa en años —comentó la denu. Más que preocupada, se la veía airada—. Una pena que no vaya a serviros de nada.

Varias raíces emergieron de la tierra a su alrededor. Jay disparó torrentes de fuego azul de sus puños y calcinó todas las que intentaron aprisionarlos. Hadriel frenó las rocas que la zeafírea lanzó contra ellos y se las devolvió.

—¡Ejecución y desaparición! —les gritó la denu a sus compañeros. Arrancó las hojas de los árboles y las mandó en su dirección a gran velocidad, esperando cortarlos con ellas como si de cuchillas se trataran. Hadriel también las apartó.

Jay tuvo un escalofrío al escuchar esto. Las órdenes eran claras. Los otros bandidos asintieron con la cabeza y esto le permitió comprobar que la que los lideraba era la denu.

Desenvainó su espada y detuvo la cuchilla de la lanza de la zeafírea, que descendió sobre él queriendo atravesarlo con su arma. Intercambiaron un par de golpes antes de que la zeafírea se viera repelida por el fuego del chico.

La denu extendió los brazos y las ramas de los árboles descendieron con velocidad sobre ellos.

Hadriel y Jay tuvieron que saltar en direcciones diferentes para esquivarlas.

La zeafírea fue una vez más a por Jay. Él envió varios proyectiles de fuego con la esperanza de incendiar sus alas, pero ella maniobró con habilidad en el aire. Descendió sobre él en picado, envuelta en electricidad.

Jay trató de correr. Sin embargo, palideció al encontrarse con que sus piernas no obedecían. La zeafírea había logrado usar sus habilidades como telépata para inmovilizar su cuerpo un par de segundos. El suficiente para embestirlo y electrocutarlo.

Gritó al salir disparado contra el tronco de un árbol. Cayó al suelo y gimió, dolorido, notando un molesto cosquilleo y ardor por dentro. Intentó levantarse y se encontró con que la electricidad había entumecido sus músculos.

Vio a la zeafírea descender de nuevo sobre él para atravesarlo con su lanza. Apretó los dientes y se esforzó en interponer su espada, pero iba demasiado despacio…

—¡Jay!

Caedra aterrizó delante de él y frenó la lanza de su enemiga con la suya. El choque metálico de las cuchillas resonó de forma desagradable.

Jay al fin se incorporó, liberando un suspiro de alivio. La bandida zeafírea había salido volando y Caedra fue tras ella.

Divisó a Valikia teniendo dificultades contra el hombre que manejaba el magma a su antojo. A duras penas logró hacer un giro en el aire para evitar que sus plumas quedaran calcinadas por los chorros de lava.

Jay aprovechó que el hombre estaba distraído para correr hacia él. Para cuando su enemigo se dio cuenta de su presencia, se había acercado lo suficiente como para cortar su costado con la espada envuelta en llamas antes de que se apartara del todo.

El hombre aulló, llevándose una mano al lugar afectado. Valikia apuntó su lanza contra él y de ella salió despedido un potente rayo que lo golpeó de lleno.

Tarvo levantó un ancho muro de piedra entre él y su oponente de piel azul. Esto le dio tiempo para girarse y aprisionar al hombre del magma al hundir sus piernas y brazos en la tierra.

Jay buscó a Hadriel con la mirada. Lo localizó junto con Caedra enfrentándose a las otras dos bandidas.

—¡Papá! —lo llamó a la vez que iba hacia ellos.

Hadriel lo entendió sin necesidad de más palabras al ver al hombre atrapado en la tierra. Intercambió posiciones con Jay.

—¿Listo para nuestro ataque favorito? —le dijo Caedra a Jay cuando llegó junto a ella.
—¡Cuando quieras! —contestó Jay con entusiasmo.

Varios tallos espinosos brotaron del suelo, dirigiéndose a ellos con velocidad. Caedra batió las alas con fuerza y creó un viento huracanado que Jay usó para ampliar la potencia de su fuego. Las plantas se desintegraron al instante y la denu y su compañera zeafírea no lograron apartarse a tiempo, chillando al ser alcanzadas por las terroríficas llamas.

Caedra descendió y estiró el brazo para recuperar una de las redes del suelo. La dejó caer sobre la denu. Repitió el proceso con la otra bandida y volvió junto a Jay. Ambos esperaron a ver si se levantaban. Estaban inmóviles.

Caedra frunció el ceño. Entornó los ojos.

Mientras tanto, Hadriel había dejado inconsciente al bandido del magma al acceder a su mente. Entre él, Tarvo y Valikia habían logrado atrapar también al bandido de la piel azul, que controlaba el agua, y Hadriel había hecho lo mismo con él.

—¡Pues sí que ha sido fácil! —comentó Valikia, aterrizando al lado de Jay—. ¿Veis cómo no había por qué preocuparse tanto?

—Espera… —murmuró Caedra. Había algo que no cuadraba. La denu y la zeafírea habían sido alcanzadas por una poderosa corriente de viento ígneo, sí, pero de ahí a ser derrotadas sin más y no intentar siquiera liberarse de las redes…

Hadriel se irguió tras terminar de asegurarse de que ambos bandidos estarían inconscientes un buen rato y se giró hacia los demás. Abrió los ojos como platos.

—¡Apartaos de ahí! —les advirtió con urgencia.

Caedra reaccionó con rapidez. Cuando gruesas raíces emergieron sin previo aviso de la tierra, listas para atraparlos, deslizó su lanza en el aire y las cortó todas con el viento. Sin embargo, no estuvieron preparados para que los atacaran desde atrás. Una poderosa descarga eléctrica los golpeó a los tres y cayeron al suelo, retorciéndose. Jay gruñó al notar cómo las raíces esta vez sí que conseguían enrollarse en sus tobillos y muñecas, inmovilizándolo del todo.

Jadeó, su vista se llenaba de puntos negros y un desagradable cosquilleo recorría sus músculos entumecidos. Logró girar la cabeza y palideció al comprobar que ni la denu ni la zeafírea estaban bajo las redes. ¿Cuándo se habían liberado?

Ambas cayeron a un lado y a otro de los tres. La denu reía.

—Ni un movimiento más —le advirtió la denu a Hadriel, que ya había extendido el brazo hacia ellos—. Y tú no te muevas —añadió, clavando sus ojos oscuros en Tarvo, que se detuvo y apretó los dientes.

—Hacía mucho tiempo que no tenías que emplear tus ilusiones, Niren —comentó la bandida zeafírea, mirando a su compañera con diversión.

—Luego tendré un buen dolor de cabeza —masculló Niren, la denu. Reposó una mano en la cintura y esbozó una sonrisa socarrona, observando a sus tres presos con desdén—. No os sintáis muy mal, salvo un telépata avanzado nadie ha sido capaz de detectar nunca mis ilusiones.

Así que ese era el poder humano que tenía la denu mestiza: podía crear ilusiones con su mente. Había logrado atrapar a Caedra, Jay y Valikia en una de ellas hasta que había sido demasiado tarde para ellos.

Hadriel tenía que admitir que estaba sorprendido, pero debía mantener la calma, por mucho que dos asesinas tuvieran retenido a su hijo, y que una desagradable presión en su pecho, causada por la preocupación, le dificultara la tarea de respirar.

—Tenemos a vuestros compañeros —dijo él con tono grave.

—Lo sé —replicó Niren, irguiendo la barbilla. Empuñaba una afilada cuchilla en la otra mano —. Es la única razón por la que estos tres siguen vivos. Por lo que te propongo un intercambio.

Hadriel frunció el ceño. Ambas bandidas eran telépatas, si bien de distinta clase, lo que impedía que pudiera leerles la mente. Se sentía negociando balanceándose en un fino hilo. Si caía, Jay, Caedra y Valikia morirían.

—¿Cómo sé que cumplirás tu parte del trato?

—¿Acaso tienes otra opción? —rio Niren. Se agachó y acercó el filo de la cuchilla al cuello de Jay, que se retorció—. Puedo matarlo ahora mismo.

Hadriel tensó todos los músculos. Respiró hondo, tratando de calmar el acelerado latido de su corazón. Si se precipitaba actuando, el riesgo de fracaso era alto. Era en momentos como ese cuando se arrepentía de haber llevado a su hijo a Gea. Pero permanecer en la Tierra nunca había sido una opción.

Jay parpadeó repetidamente para enfocar la vista. Había sido golpeado por dos descargas eléctricas en poco tiempo y su cuerpo protestaba, pero tenía que mantenerse consciente.

—Nosotros tampoco dudaremos en acabar con tus socios —siseó Tarvo al ver la situación, imitando a la bandida y reposando la hoja de su espada en el cuello del hombre de piel azul.

Jay sonrió para sus adentros, a pesar de la situación. Tarvo, tan directo y eficaz como siempre.

Niren arqueó una ceja.

—¿Qué te hace pensar que me importa si viven o no?

—Si no te importara, habrías matado ya a nuestros compañeros —replicó Tarvo con seriedad —. Así que te recomiendo que te estés quieta.

Niren tensó la mandíbula. Al cabo de unos segundos, apartó la cuchilla del cuello de Jay y se irguió de nuevo.

Jay miró a Caedra por el rabillo del ojo. Trataba de liberar sus alas de las raíces en vano. Jay desvió su atención hacia Valikia y comprobó que ella tampoco podía hacer mucho, pues la bandida zeafírea había puesto un pie sobre su espalda y estaba aplicando presión. Imaginó que tendría dificultades para respirar.

Ignoró la conversación a su alrededor y se concentró. Logró estirar levemente los dedos de las manos e hizo subir la temperatura en la zona de sus muñecas. Las plantas comenzaron a arder. No iba a esperar a ser rescatado.

—Muy bien, pero nosotros tenemos presos a tres de los vuestros, mientras que vosotros solo tenéis a dos de mis compañeros —señaló Niren. Sonrió enseñando sus colmillos—. Por tanto, podéis elegir a dos para intercambiar. El tercero se quedará con nosotros.

—O todos, o nada —contestó Hadriel con fingida calma. Se fijó en lo que estaba haciendo Jay, pero no varió la expresión de su rostro para no alertar a sus enemigas. Su corazón continuaba latiendo a un ritmo alocado. Había sabido que no era buena idea ir contra esos bandidos…

—Eso no funciona así…

Niren gritó cuando Jay le propinó un puñetazo envuelto en fuego en toda la mandíbula. La fuerza del golpe fue suficiente para hacer que volara hacia atrás y se desplomara inconsciente. Jay se giró hacia la bandida zeafírea, que se había quedado con la boca abierta.

—Cambio de planes —dijo él, con una sonrisa torva y la adrenalina fluyendo por las venas. Le asestó una patada en el abdomen y su enemiga se dobló hacia delante. Procedió a darle un certero codazo en la espalda. Pisó sus alas para impedirle el movimiento, pero tuvo que apartarse cuando ella las envolvió en electricidad.

Sin embargo, antes de que la bandida pudiera incorporarse, Tarvo la atrapó con grilletes de piedra. Hadriel se acercó y, mientras Jay se encargaba de cortar las raíces que todavía retenían a Valikia y a Caedra, miró fijamente a la bandida zeafírea a los ojos, tiró de los hilos de su mente y la sumió en la inconsciencia.

—Bueno, puede que se haya complicado un poco al final —refunfuñó Valikia al levantarse. Estiró sus alas, dolorida. Tenía las plumas crispadas—. Pero ahora sí que están todos, ¿no?

—Así es —confirmó Hadriel, que al fin logró calmar el ritmo de su corazón, aunque seguía inquieto. La imagen de Jay con un cuchillo al cuello estaba grabada a fuego en su memoria; esperaba que nunca más se repitiera. Tarvo regresó junto a los otros dos bandidos para comprobar que no se movían de su sitio—. Debo admitir que no me esperaba que una denu tuviera ningún tipo de poder mental, pero es lógico. Al fin y al cabo, es una mestiza, tal y como demuestra el aspecto de sus orejas.

—Sí, lo de la ilusión no ha molado mucho… —masculló Jay, frotándose las muñecas. Estaban rojas por la marca de las raíces. Ignoró la mirada consternada de su padre. Lo avergonzaba haberse visto engañado por la ilusión, aunque lo consolaba no haber sido el único.

—Imagino que es gracias a esas ilusiones que conseguían derrotar a sus víctimas más competentes —comentó Caedra con el ceño fruncido. Desvió su atención hacia Hadriel—. De no ser porque tú eres un telépata, ninguno nos habríamos dado cuenta de que era una ilusión.

—Las ilusiones son espeluznantes —declaró Valikia, recogiendo su lanza y reprimiendo un escalofrío. No le había gustado sentirse tan indefensa—. Espero que no tengamos que enfrentarnos nunca más a alguien así.

—Los telépatas especializados en ilusiones escasean —la tranquilizó Hadriel—. Es una habilidad compleja.

Valikia relajó un poco su gesto al escuchar esto y fue hacia Frisie. El piaferequus se estaba despertando y graznó con alegría al ver a su dueña. Ella le dio unas palmadas en el cuello, contenta de ver que estaba bien.

—Pero tú puedes hacerlo —dijo Jay mientras movían a los bandidos hacia Frisie. Lo había visto al regresar, dos años atrás, a Gea.

—Hay diferentes clases de telépatas. Los ilusionistas escasean porque lo único para lo que pueden utilizar sus poderes es para crear ilusiones —explicó Hadriel—. A cambio, la mayoría de los demás telépatas son incapaces de crear ilusiones con la mente. Yo sí soy capaz, pero requiere un gran esfuerzo y he tenido que entrenar durante años.

Tras liberar a Frisie del equipaje, pusieron a los bandidos sobre su lomo como si fueran alforjas.

—Démonos prisa, antes de que despierten —dijo Hadriel, echando a andar—. Cuanto antes los dejemos en manos de la guardia real, mejor.

—Sí, no tengo ganas de volver a enfrentarme a una ilusión de esas… —gruñó Jay, llevándose una mano al cuello.

«Tengo que estar más atento», se regañó. De no ser porque las bandidas se habían confiado y no le habían prestado atención mientras quemaba poco a poco las raíces que lo retenían, toda aquella situación podía haber terminado muy mal. Se había sentido indefenso, a su merced mientras amenazaban con rajarle la garganta con la cuchilla.

Gea no perdonaba. Nunca debía bajar la guardia.

***

Jay bostezó, sentado en unas escaleras. Era tarde y, ahora que el momento de acción había pasado, todo el cansancio le había venido de golpe. Tenía sueño. Solo quería dejarse caer en una mullida cama…

—¿Creéis que tardará mucho más? —preguntó Valikia, aburrida. Estaba junto a Jay.

Caedra se encontraba de pie frente a ellos, cruzada de brazos. Ella también habría querido sentarse, pero se negaba a estar al lado de Valikia, por muy infantil que fuera. Seguía resentida con ella tras el incidente de la descarga eléctrica. Tarvo se había apoyado en una de las columnas en espiral de los soportales.

Estaban esperando a Hadriel, que había entrado con Frisie a una de las bases de la guardia real de Mnemeste para entregar a los bandidos.

—Imagino que todavía quedará un rato —contestó Caedra—. Primero tienen que asegurarse de que son realmente los bandidos que buscan, por lo que tendrán que esperar a que uno de los dos bandidos que no son telépatas despierte, para que un telépata de la guardia le lea la mente.

La ciudad, mientras tanto, dormía, en silencio. En medio de la oscuridad, lo único que tenían para alumbrarlos eran las antorchas pobremente distribuidas por las calles.

—Hadriel también tendrá que advertirlos sobre las habilidades ilusionistas de la denu —añadió Tarvo—. Si no tienen cuidado, se escapará antes de que se den cuenta.

—Preferiría que eso no ocurriera, gracias —murmuró Jay con ironía. Apoyó la mejilla en la palma de la mano—. Tengo hambre.

—¿En serio? —replicó Caedra, arqueando las cejas para fingir estar sorprendida—. Qué raro en ti, Jay.

Jay la miró con cara de pocos amigos, pues apenas había cenado, para estar despejado en su papel como cebo. Caedra rio y a Tarvo se le escapó una pequeña sonrisa.

—A ver si convencemos a Hadriel para que nos deje celebrar la captura de los bandidos mañana con un buen desayuno —dijo Caedra, sabiendo que esto animaría a Jay.

Efectivamente, los ojos del chico se iluminaron.

—Qué ganas de que sea por la mañana para desayunar —comentó entonces Jay con tono de

anhelo.

—Pero si no serás capaz de levantarte —señaló Tarvo, divertido.

Jay se cruzó de brazos, ofendido.

—Claro que seré capaz —aseguró.

—Jay, todos sabemos que no —dijo Valikia, riendo.

—No me traiciones tú también, Val… —se quejó él, llevándose una mano al pecho.

Tarvo se cansó de esperar de pie y, sin tener los mismos reparos que Caedra por estar cerca de Valikia, se sentó al otro lado de Jay.

Hablaron durante media hora más hasta que se quedaron sin temas para conversar. Caedra se fue a buscar a Hadriel, pues ya estaba tardando mucho, y los demás se quedaron esperando en las escaleras.

Un rato más tarde, al fin, regresaron Hadriel y Caedra con Frisie.

Tarvo sacudió a Jay con suavidad, pues el chico había apoyado la cabeza en su hombro y se había quedado dormido.

—¿Qué pasa? —gruñó Jay, que quería seguir durmiendo.

—Ya están aquí —lo informó Tarvo.

Jay abrió los ojos. Se irguió al ver a Hadriel y a Caedra acercándose.

—¿Por qué has tardado tanto, papá? —le preguntó. Se levantó y estiró los brazos.

Tarvo y Valikia también se incorporaron, esta última disimulando un bostezo.

—Tenían que traer a un telépata de otro puesto de guardia —contestó Hadriel, con las manos en las caderas. Suspiró profundamente—. Lo que me ha costado explicarles cómo reconocer si la denu intentaba atraparlos en una ilusión...

—No estoy convencida de que se hayan enterado bien… —comentó Caedra por lo bajo.

—Pero ¿tenéis el dinero? —quiso saber Valikia.

—Sí, la recompensa es nuestra —confirmó Hadriel con una sonrisa.

—Pues vámonos a dormir, por fa… —murmuró Jay, somnoliento.

—Sí, tenemos bastante sueño —lo apoyó Valikia. Fue junto a Frisie para acariciar el cuello del animal.

—No habrá ninguna posada abierta a estas horas, pero el camino vuelve a ser seguro —dijo Hadriel—. Acamparemos en el bosque y por la mañana volveremos a la ciudad.

El estómago de Jay rugió.

—Y desayunaremos mucho, ¿no?

Su padre rio con suavidad. Pasó un brazo por los hombros de su hijo.

—¿Piensas alguna vez con algo que no sea el estómago?

***

Niren abrió los ojos. Trató de mover los brazos y se encontró con que sus muñecas estaban atrapadas en grilletes de metal, al igual que sus tobillos. Miró a un lado y a otro y apretó los dientes al reconocer el lugar.

Estaba en una celda.

La mandíbula le dolía bastante y tenía cierta sensación de ardor. Lo último que recordaba era a aquel chico humano saltando a por ella.

«Malditos sean», pensó, gruñendo. La habían capturado y la habían entregado, algo que nadie había logrado en todos esos años.

Si no hubiera sido por ese telépata… Aunque se habían topado con algunos grupos más competentes en la lucha, todos habían sucumbido, sin excepción, a sus ilusiones.

No había ni rastro de sus compañeros. Supuso que los habrían distribuido en lugares diferentes para que no pudieran hablar entre sí.

El espacio era pequeño y pobremente iluminado por la luz de una antorcha. Barrotes de metal se interponían entre ella y la salida.

Había un soldado apoyado en la entrada del pasillo. Niren sabía que todavía era de noche y que probablemente estuviera medio dormido.

—Guardia —lo llamó, alzando la voz.

Él la miró.

—No intentes nada, bruja —replicó el soldado, corrigiendo su postura—. Ya nos han avisado de tus pequeños trucos.

Niren frunció el ceño. Sabían de sus ilusiones… Eso complicaba las cosas.

—¿Dónde están mis compañeros? —quiso saber. Se arrastró hasta quedar junto a los barrotes.

—En celdas diferentes. No queremos que os comuniquéis para organizar un plan de escape —contestó el guardia con sequedad.

Se confirmaban sus sospechas.

—¿Y qué vais a hacer con nosotros?

—Se os llevará ante el rey para que se os juzgue. Con todos los crímenes que habéis cometido, está claro que os ejecutarán —respondió el soldado—. Lo que no entiendo es por qué no se os ejecuta ya si el resultado del juicio es obvio —añadió entre dientes.

—Una pena que tengáis que esperar para vernos muertos —replicó Niren con una sonrisa burlona.

El guardia dibujó una mueca en su rostro. Ni siquiera debería estar hablando con ella.

—Calla —le ordenó y le dio la espalda.

Niren rio por lo bajo. Por mucho que hubiera intentado disimularlo, lo había visto un poco intimidado. Su banda había sido un verdadero incordio para Mnemeste durante años y había

aterrorizado a todos sus viajeros. Por no hablar de los asesinatos que habían llevado a cabo.

Era cuestión de tiempo. Observaría, analizaría y pensaría. Y en cuanto la transportaran hacia la capital del reino…, escaparía.

Escaparía, y localizaría al grupo que había logrado ponerlos entre rejas.

Nada iba a detener su venganza.

# Capítulo 10: Eliean

Jay se despertó con una sensación extraña. Había tenido un sueño en el que aparecían sus amigos de la Tierra. Sabía que había hablado con Connor, pero no recordaba el contenido de la conversación.

Al sentarse, se dio cuenta de que el cielo estaba todavía oscuro. La línea del horizonte se estaba coloreando ya de naranja, por lo que no le serviría de mucho intentar dormir de nuevo.

—Sí que has madrugado hoy, Jay.

Giró la cabeza al escuchar la voz de su padre y lo divisó bajando por la cuesta que tendrían que subir ese día.

Si se daban prisa, en unas horas llegarían al fin a Eliean, la ciudad de Valikia. Se encontraba en un punto alto de aquella inmensa montaña. La vegetación era espesa; allá donde posaba sus ojos veía verde y más verde. Esto dificultaría el ascenso. A Jay le fastidiaba especialmente, pues se había acostumbrado a los caminos trabajados y despejados por los que se habían movido los últimos días.

Los robles quedaron atrás. Ahora estaban rodeados, sobre todo, por pinos. Habían tenido que limpiar la tierra sobre la que habían dormido de las punzantes agujas que se desprendían de las coníferas. Pinceladas de naranja adornaban el paisaje, fruto de los arbustos de gazanias en flor. Alguna que otra mariposa de llamativas alas celestes se paseaba entre ellas para recolectar el néctar.

Hadriel dejó unas cuantas ramas con grandes frutas azules y se sentó a su lado. Le tendió un par de dichas frutas y Jay las observó con curiosidad.

Eran más grandes que la palma de su mano, blandas y de textura algo rugosa. No se parecían a nada que hubiera en la Tierra, al menos en aspecto.

—¿Están ricas? —quiso saber Jay, receloso. Arrancó el par de hojas que tenían.

—Pruébalas y lo averiguarás —le animó Hadriel con una sonrisa—. Tienes cara de sueño.

Jay dejó las frutas en su regazo y se frotó los ojos con el dorso de la mano. Bostezó y contestó:

—Ya, no sé por qué me he despertado tan pronto. He soñado con la Tierra.

—¿Un sueño bueno o malo?

—Bueno…, supongo. No recuerdo mucho, pero la sensación que he tenido al despertarme ha sido de nostalgia, no de angustia —intentó describir Jay. Cogió una de las frutas y la acercó a su boca. Frunció el ceño—. Como no me guste…

Le dio un mordisco. Masticó con lentitud, apreciando el sabor dulce, pero suave. Le recordó a una ciruela madura por la gran cantidad de agua que tenía.

—No está mal —declaró al fin—. ¿Qué es?

—Son acuoles. También los hay en Aruristed —le informó Hadriel—. Son muy comunes en bosques de coníferas con tantos ríos como este.

Jay echó un vistazo a sus compañeros. Tarvo dormía con la espalda apoyada en el tronco de un árbol y la cabeza inclinada hacia abajo. Valikia estaba recostada en Frisie. Caedra, como de costumbre, se había tumbado entre las gruesas ramas.

Siguió observando a Valikia de reojo. Se le escapó una sonrisa al verla acurrucarse contra Frisie.

—Tengo curiosidad por ver cómo será Eliean —comentó Hadriel, alzando la vista al cielo. Los pálidos rayos del amanecer iluminaban sus mechones de pelo negro—. Me sorprende que humanos y zeafíreos sean capaces de vivir en armonía.

—Pero tenía entendido que los humanos y los zeafíreos mantenían relaciones neutrales —dijo Jay. Terminó su primera fruta y fue a por la segunda.

—Sí, pero neutral no es lo mismo que buena —señaló Hadriel—. Se toleran. No encontrarás ninguna otra ciudad en la que vivan juntos. Ni siquiera cerca.

Jay se encogió de hombros.

—Imagino que aquí ya estarán acostumbrados. Lo verdaderamente interesante sería ver una ciudad en la que vivieran todas las razas juntas.

Hadriel rio.

—Desde luego. Sin embargo, eso sí que es imposible. Las diferencias son demasiadas, por mucho que a mí también me gustaría verlo algún día.

Jay dio un respingo cuando Caedra aterrizó a su lado. No la había oído despertarse y moverse.

—Buenos días —los saludó ella, plegando las alas.

Jay se fijó en que no lo hizo con una sonrisa, como era habitual. Tenía unas ojeras bastante marcadas. ¿Habría tenido una mala noche?

Iba a comentar algo al respecto, pero Caedra siguió hablando:

—Hadriel, ¿sabes si hay algún riachuelo por aquí cerca?

Hadriel asintió con la cabeza y señaló a su derecha con el pulgar.

—Acabo de regresar de dar una vuelta. Si vas todo recto entre esos árboles, lo verás enseguida.

—Gracias —dijo ella y alzó el vuelo. Desapareció con rapidez, levantando una ráfaga de aire tras de sí.

Jay arqueó una ceja, ahora con el pelo revuelto por el viento. Se llevó una mano a la cabeza para arreglarlo inconscientemente.

—¿No la has notado un poco rara? —murmuró, con la vista clavada en la dirección por la que se había ido.

—Sí, me da la sensación de que lleva varias noches sin dormir bien —respondió Hadriel, frunciendo el ceño. Era algo que le tenía preocupado—. Desconozco la razón. ¿Por qué no vas a hablar con ella?

Jay, que acababa de terminar su segunda fruta, lo miró con la sorpresa reflejada en su rostro.

—¿Ahora? ¿Y si quiere estar sola? —replicó, incómodo.

Hadriel sabía que Caedra agradecería hablar un poco con Jay, pero no iba a obligar a su hijo a hacerlo. Por lo que no dijo nada, esperando a que Jay tomara una decisión por su cuenta. Sonrió cuando lo vio levantarse e ir por donde se había marchado Caedra.

Con lo observador que era su hijo en otros aspectos…

***

Caedra se había sentado en la orilla del río, contemplando su reflejo en el agua cristalina que fluía sobre el fondo de rocas redondas, pulidas a la perfección por la corriente. Había notado los ojos hinchados y ahora podía confirmar que, efectivamente, tenía unas marcadas bolsas y ojeras.

Se lavó la cara con un poco de agua, tan fría que le dolieron los dedos, en un intento de despejarse. El hecho de que ese día llegarían a Eliean no la animaba en lo más mínimo. No compartió alegría alguna con el pájaro que entonó un melodioso cántico en las ramas encima de ella.

«Podrías dejarlos a todos e irte por tu cuenta. ¿Por qué perder el tiempo en un sitio en el que te van a despreciar?».

Caedra torció el gesto. Ahí estaba de nuevo la voz de Kendrij…

¿Por qué no dejaba de escucharlo? ¿Se estaba volviendo loca? Aunque Kendrij no diría esas cosas… ¿Qué sentido tenía todo aquello?

«No serán todos como Valikia», se dijo Caedra. Al fin y al cabo, ella era una zeafírea de Aruristed que no despreciaba a los de Zarested. No podía ser la única.

«Valikia es ahora mismo la principal fuente de tus problemas. Si te deshicieras de ella…».

Caedra palideció y tensó las manos. ¿De dónde venía esa clase de pensamientos?

«Claro que no. Nos terminaremos acostumbrando la una a la otra con el tiempo», replicó. Sentía que ella también tenía parte de culpa por haber mantenido más las distancias y no haber insistido en hablar con Valikia y saber qué le hacía tener esa actitud con ella.

—¿Cai?

Caedra tardó un par de segundos en reaccionar, convencida de que se trataba de la voz en su mente. Miró por encima del hombro y vio a Jay yendo hacia ella. El chico la observaba con cierto recelo y tenía las manos metidas en los bolsillos de su chaqueta.

—No sé si querías estar sola… —empezó él, parándose a un par de metros de distancia.

—No, tranquilo. Me vendría bien un poco de compañía —dijo ella. La verdad era que se había alegrado mucho de verlo, aunque no lo mostrara, tal y como indicaba el ritmo más acelerado de su corazón. Hacía tiempo que no tenían un rato a solas.

Jay se sentó a su lado, donde estaba despejado de agujas de los pinos, y se relajó al verla sonreír. Eso confirmaba que no estaba enfadada con él.

—Tienes mala cara —comentó sin poder evitarlo.

—Gracias, Jay —ironizó ella—. Pero sí, tienes razón. No he dormido muy bien.

—¿Por qué?

Caedra suspiró profundamente.

—Ya llevo así varios días. Sigo con… pesadillas. De Kendrij. No sé por qué han vuelto ahora después de tantos años —explicó, en tono bajo.

—Me pareció normal que las tuvieras después del incidente con las sombras, pero ya se está alargando mucho —dijo Jay, frunciendo el ceño. ¿Con qué se podían combatir las pesadillas?—. ¿No hay nada más?

—¿A qué te refieres?

—No sé, a… Pues… —Jay cruzó las piernas y tardó unos segundos en encontrar las palabras adecuadas—: A si hay algo que te esté carcomiendo por dentro y necesites contárselo a alguien. Quizás eso haría que desaparecieran las pesadillas.

Caedra hizo una mueca.

—No… No hay nada —murmuró. Clavó las uñas en las palmas de sus manos, inquieta. No se atrevía a decirle que escuchaba la voz de Kendrij. No quería que pensara que se estaba volviendo loca.

¿Y si era cierto? ¿Estaba perdiendo la cordura?

Jay se fijó en su gesto. Caedra estaba nerviosa y evitaba mirarlo. Había algo que le estaba ocultando. Sin embargo, no tenía la más mínima idea de qué podía ser. Y, aunque sentía la tentación de presionarla para que se lo contara, sabía por experiencia que no conseguiría nada.

—Entonces, espero que esta noche duermas mejor. No se puede estar siempre con pesadillas, ¿no? —dijo al final Jay, intentando animarla. Se inclinó para ver mejor la expresión en el rostro de la zeafírea.

Caedra esbozó media sonrisa.

—Eso espero yo también… —Giró la cabeza para mirarlo a los ojos—. Gracias por venir a hablar conmigo.

—No tienes que darme las gracias por eso —replicó él. Bajó la vista—. Yo… siento no haberme dado cuenta antes de que llevabas varios días así.

—No importa. Estás centrado en otras cosas.

Jay arqueó una ceja al notar su tono amargo.

—¿Qué quieres decir?

Caedra se mordió el labio inferior. Ese comentario se le había escapado.

—Nada, olvídalo.

—No, dímelo —insistió Jay con firmeza. No se iba a quedar con la duda.

—No quiero discutir… —murmuró ella, clavando la vista en el agua. Era lo último que le apetecía en esos momentos.

—¿Es por Valikia? —la interrumpió él.

Caedra se quedó boquiabierta, sorprendida como un cervatillo que acababa de toparse con un volpir. No supo qué decir. Sí que lo era…, pero no era algo de lo que quisiera hablar con Jay.

—Jay, déjalo, por favor… —acabó por contestar, reacia.

—Así que es por Valikia. ¿Qué te pasa con ella? —quiso saber Jay, cruzándose de brazos.

—No me gusta su actitud. Al menos, su actitud conmigo —explicó Caedra—. No me respeta y por mucho que he intentado llevarme bien con ella, es imposible.

Eso tenía sentido, e incluso podía entenderlo. Sin embargo, Jay no comprendía cómo el desagrado entre ambas llegaba hasta tal punto.

—Bueno, dale tiempo…

—Eso me decís siempre —masculló Caedra. Abrazó sus rodillas y apoyó la barbilla en ellas. Se contuvo para no abrazarse con las alas; no quería que Jay pensara que lo estaba echando.

—Pero hay algo más —adivinó Jay con facilidad. Si no, ¿por qué había evadido Caedra tanto la pregunta? No podía ser tan sencillo.

Jay se fijó en cómo se crisparon las plumas de Caedra, confirmando sus sospechas. Una bandada de pájaros los sobrevoló y se dio cuenta de que el cielo ya era de un color azul claro mezclado con naranja.

—Preferiría no hablar de eso —dijo Caedra, casi en un susurro.

—¿No confías en mí? —protestó Jay, inquieto. ¿Cuándo había sido la última vez que Caedra había querido ocultarle algo?

—Claro que confío en ti —replicó ella, irguiéndose y mirándolo—. Pero es un asunto que no me resultaría cómodo hablar contigo.

Jay habría dejado de presionar mucho antes en otras circunstancias. Sin embargo, al intuir que él estaba involucrado, insistió:

—¿Por qué?

—Jay… —murmuró ella, en tono de advertencia.

Jay suspiró derrotado. Notaba la tensión que se estaba acumulando en el ambiente, como una tormenta a punto de caer. Supo que, si seguía insistiendo, terminarían por discutir, y tampoco quería eso. Alzó las palmas de las manos en gesto de derrota.

—Está bien, está bien —cedió—. Pero me dejas preocupado.

—Lo siento. Puede que más adelante te lo cuente… —dijo Caedra, relajándose—. Pero tengo que pensarlo.

—Como quieras.

Caedra sabía que Jay estaba molesto, por la tensión de los hombros y sus labios apretados, aunque intentara no mostrarlo. Sin embargo, no se sentiría cómoda compartiendo con él todas sus dudas sobre los sentimientos que tenía últimamente, por no hablar de la espeluznante voz que escuchaba.

—Jay… No te enfades —le pidió Caedra con suavidad.

—No estoy enfadado —aseguró él con demasiada rapidez. Se levantó sin mirarla. Sus dedos estaban rígidos—. Será mejor que volvamos, los demás ya se habrán despertado.

Caedra inclinó la cabeza, observando de nuevo su reflejo en el agua. Hundió los hombros y sintió una extraña opresión en el pecho. Para una conversación a solas que tenía con Jay y terminaba de esa forma…

«El chico está pendiente de la otra zeafírea. Tú ya no le interesas tanto. Y pronto será igual con el resto del grupo —dijo la voz en su mente, en tono burlón—. ¿Ves por qué tendrías que deshacerte de ella?».

Caedra reprimió un escalofrío. ¿Por qué susurraba esas cosas?

—Enseguida voy —le dijo Caedra a Jay, sin mirarlo tampoco.

Jay dudó. Esta vez sí se giró para mirarla, ahora de espaldas a él. Su pelo blanco caía en cascada, pues todavía no se lo había atado en una coleta, y sus alas marrones estaban plegadas con rigidez, reflejando su tensión. Esperó así varios segundos, parado.

«¿En qué piensas?», se preguntó, consternado. Cada vez estaba más convencido de que algo atormentaba a Caedra; no estaría así por un simple desencuentro con una compañera. Pero no terminaba de averiguar de qué se trataba.

—Como quieras… —murmuró al final Jay, dando media vuelta y echando a andar. Se sintió mal por haber terminado la conversación de esa forma, con un extraño vacío en el pecho, pero no sabía qué más decir. Si Caedra no quería contarle qué la preocupaba, poco podía hacer él, por mucho que deseara ayudarla.

Caedra escuchó sus pasos alejándose. Se quedó sola de nuevo, con la melodía del arrullo del agua, que en esta ocasión no la calmó en absoluto. Una brisa revolvió su larga melena, apartando varios mechones de su rostro.

Entornó los ojos. Esa voz en su mente no era Kendrij. Ni siquiera reconocía a Jay como su hermano.

«Si vas a insistir en estar en mi mente, ¿por qué no usas otra voz? Sé que no eres Kendrij», pensó Caedra, molesta.

La voz rio. Caedra tuvo un escalofrío; le temblaron las manos. Esa risa sí que no había sonado como recordaba a Kendrij.

«¿Y dónde estaría la diversión?».

Se estaba volviendo loca. Definitivamente loca.

***

Hadriel se sorprendió al ver a Jay volver solo y con el ceño fruncido. Por lo que había tardado, deducía que sí que había hablado con Caedra, pero la conversación no debía de haber terminado muy bien, lo cual le dejaba preocupado. Sin embargo, tendría que averiguarlo en otro momento.

—¿Dónde estabas, Jay? —le preguntó Valikia, que en ese tiempo ya se había levantado y preparado, al igual que Tarvo.

—He ido a dar una vuelta —respondió él, en tono desganado. Arrastraba los pies al andar.

—¿Y Caedra? —quiso saber la zeafírea, mirando a un lado y a otro.

—También. Volverá enseguida.

Valikia arqueó una ceja. ¿Por qué estaba Jay tan desanimado?

—Hoy llegamos a Eliean —le recordó, yendo junto a él y dando una palmada—. ¡Voy a enseñarte un montón de sitios chulos!

Jay la observó y esbozó una pequeña sonrisa ante su entusiasmo, deteniéndose a su lado. La alegría no llegó a sus ojos.

—La verdad es que tengo curiosidad por ver la ciudad.

—¡Os va a encantar! —aseguró Valikia—. Es preciosa.

—En ese caso, Tarvo no va a dar a basto con su afán de dibujar todo lo que le llama la atención —comentó Jay de buena gana, girándose hacia su compañero.

Tarvo soltó una carcajada.

—Si es una ciudad tan diferente como aseguras, Valikia, definitivamente tendré que retratarla en papel —dijo él.

—¡Pues salgamos cuanto antes para que la veáis cuanto antes! —exclamó Valikia, tan contenta que dio un pequeño salto.

Jay, enternecido, rio en contra de su voluntad. Seguía afligido por su conversación con Caedra…

—Eh, que se supone que el impaciente soy yo.

—Ya tienes competencia, Jay —bromeó Hadriel. Ajustó las correas de su mochila y se la echó a la espalda—. Solo falta que regrese Caedra y partiremos.

Si seguía durmiendo mal, intentaría hablar con ella él mismo, ya que Jay no había tenido mucho éxito. También estaba intranquilo ante esa aparente brecha entre su hijo y la zeafírea, pero poco podía hacer al respecto si no sabía qué había pasado exactamente.

Como si la hubiera invocado con sus palabras, Caedra aterrizó junto a ellos.

Jay la observó mientras recogía su bolso del suelo, reparando una vez más en las marcadas ojeras. Extendió una mano hacia ella y la retiró, consciente de que no podrían continuar su conversación con los demás a su alrededor. El vacío en su pecho lo atosigaba; no le gustaba haber estado a punto de discutir con ella…

—¿Nos vamos? —dijo Caedra al erguirse, ajustando el cinto en el que llevaba enganchada su lanza.

—¡En marcha! —asintió Valikia, echando a andar sin más dilación.

Caedra arqueó una ceja. Sí que tenía energía nada más comenzar el día. Todo lo contrario a ella, que sentía como si la voz en su cabeza fuera una sanguijuela empeñada en drenar todas sus fuerzas…

***

Ascendieron por la montaña de coníferas con paso firme, decididos a llegar a Eliean cuanto antes. Las plantas se enredaban constantemente en las patas de Frisie, por lo que el piaferequus, tras haber pisoteado unas cuantas gazanias, volaba en círculos encima de ellos.

Un par de horas más tarde, escucharon a Frisie graznar con fuerza.

—¿Ya se ve Eliean? —le preguntó Valikia. Alzó la vista, poniendo una mano frente a sus ojos para protegerse de la luz del sol.

Frisie emitió otro graznido de afirmación. Valikia sonrió y batió las alas, elevándose por encima de los pinos.

Efectivamente, ya se veía en la distancia una inmensa ciudad en la ladera de la montaña. Descendió de nuevo, la sonrisa todavía plasmada en su rostro.

—Ya casi hemos llegado —comunicó a los demás.

—Por fin —dijo Jay, abanicándose con la mano—. Esta cuesta se está haciendo eterna.

—Dímelo a mí, que podría ir volando y por vosotros tengo que ir andando —replicó Valikia, burlona, poniendo los brazos en jarras—. Pero ya no queda nada.

Un rato después, el camino se despejó lo suficiente como para que pudieran apreciar el aspecto de Eliean al otro lado de un inmenso abismo que los separaba.

Era la ciudad más grande que habían visto hasta el momento, con la excepción de Luminaria, pero era curiosa, porque se integraba a la perfección con la naturaleza a su alrededor. Las construcciones eran de piedra clara y se veían edificios más altos de lo que Jay estaba acostumbrado a encontrar en Gea, con sus fachadas adornadas con espesas hiedras. Las casas continuaban hasta llegar al borde de un profundo precipicio cubierto de más plantas trepadoras. Ese precipicio continuaba y partía la propia ciudad en dos, con puentes de madera blanca colgando sobre un ancho río que comunicaba ambas partes. Más arriba, en la montaña, se divisaba la alta y atronadora cascada que alimentaba el río, el cual también llenaba el fondo del abismo.

—¡Vaya! —exclamó Jay, arqueando las cejas. Nunca había visto nada igual.

Los pinos, altos de por sí, palidecían con las inmensas secuoyas rojas que poblaban aquel lado del precipicio. Sus gruesos troncos eran tan anchos como las propias viviendas. Muchos de ellos habían sido adaptados como hogares por denu que vivían más apartados, alejados de los humanos y los zeafíreos. Antiguamente, antes de decidir colaborar con los humanos y descender a vivir a la tierra entre ellos, los zeafíreos habían usado las copas de las secuoyas como refugio.

—Es espectacular —comentó Hadriel, impresionado, deteniéndose. Los demás lo imitaron.

—Sabía que os gustaría —declaró Valikia, irguiendo la barbilla con orgullo—. ¡Bienvenidos a Eliean!

—Tarvo, intenta esperar a esta noche para ponerte a dibujar —le dijo Jay de broma, dándole una palmada en la espalda a su compañero.

Tarvo sonrió, divertido.

—No todos somos tan impacientes como tú, mi príncipe —replicó en el mismo tono.

Caedra observaba la ciudad con los ojos entornados. Tenía que admitir que era preciosa, con toda la vegetación de un tono verde exuberante que la adornaba. Solo quedaba ver cómo serían sus habitantes.

Tuvieron que dar un rodeo al llegar al final del abismo que los separaba de la ciudad. Caminaron hasta que encontraron un punto en el que se estrechaba y ahí Frisie se encargó de transportar a Jay, Hadriel y Tarvo al otro lado, con Caedra y Valikia volando junto a ellos.

Jay se asomó por el costado de Frisie, observando lo inmenso que era el río. El fuerte viento le revolvía el pelo con fiereza.

Aterrizaron en la mitad izquierda de la ciudad, al borde del precipicio. Se bajaron del piaferequus y observaron sus alrededores. Aunque había algunas calles con losas de piedra que llevaban de una construcción a otra, la mayor parte del suelo seguía siendo la propia tierra del bosque, trabajada hasta quedar lisa por completo y con baldosas delimitando los caminos.

—Seguidme —ordenó Valikia, echando a andar hacia un punto en concreto.

Se desplazaron entre las viviendas, cruzándose en su trayecto con humanos y zeafíreos. Los zeafíreos tenían las mismas alas y pelo oscuros que Valikia, con idénticos cuernos en espiral. Caedra se sintió incómoda al darse cuenta de que todos, sin excepción, la miraban, sorprendidos de ver a una zeafírea de Aruristed en Zarested, con su pelo blanco, alas marrones y cuernos solo ligeramente ondulados.

Jay se fijó en que Caedra había cruzado inconscientemente las alas por delante de ella. Se acercó y le susurró, divertido:

—Tranquila, no creo que vayan a matarte.

Caedra esbozó una pequeña sonrisa, sacudiendo la cabeza. Con el odio que centelleaba en los ojos de algunos, era cuestionable. Plegó las alas.

Ascendieron hasta llegar a una casa que estaba algo más apartada del resto. Era muy grande, de dos pisos y con una amplia terraza en la que había varias jaulas repletas de pájaros. Tenía un pequeño establo de madera de pino acoplado a la derecha.

—Aquí vivo yo —anunció Valikia. Fue a la puerta, alzó el puño y dio un par de golpes—. ¡Mamá, papá, Denkuro! ¡Abrid!

Esperaron unos segundos. Se escuchó el ruido de pasos acelerados y la puerta se abrió. Apareció una mujer de aspecto muy parecido a Valikia, aunque con algunas arrugas en su rostro y pelo negro salpicado de canas. Tenía un guante de cuero en la mano derecha y un delantal con el bolsillo a rebosar.

—Valikia, ¡qué sorpresa! —dijo la mujer, sonriendo y saliendo al exterior. Le dio un abrazo a su hija que ella correspondió con gusto—. No esperaba una visita tuya ahora. Tu padre y tu hermano están fuera.

Valikia se apartó, dejando escapar una risilla nerviosa. Una suave brisa revolvió sus cortos mechones.

—Ya, bueno… Venía a hacer una pausa en mi viaje para dejar a Frisie y descansar un poco… —Se echó a un lado para permitir a su madre ver a sus compañeros—. ¿Podemos quedarnos

unos días hasta que nos vayamos de nuevo?

La mujer suspiró profundamente, pero puso los brazos en jarras y sonrió de nuevo.

—¿Serviría de algo que te dijera que no? —Miró a los demás—. Encantada de conoceros. Me llamo Maia. ¿Qué tal si vamos dentro para hablar más tranquilos y que me contéis todo?

***

—Justo estaba dando de comer a los pájaros —dijo Maia una vez estuvieron dentro. Colgó el delantal en una percha y se quitó el guante.

La casa tenía unas escaleras de madera junto a la entrada que subían al segundo piso, donde había cuatro dormitorios y una pequeña habitación que servía de aseo. En la planta de abajo, el pasillo continuaba después de las escaleras hasta llegar a una amplia sala en la que había una mesa con varias sillas, estanterías y una chimenea sobre cuyo fuego colgaba una cacerola. En el otro lado del pasillo había un almacén con cajas, alimentos y utensilios de cocina.

No habían hablado mucho todavía, solo lo suficiente para que todos se presentaran. Maia se había detenido más tiempo observando a Caedra que a los demás, pero aún no había comentado nada sobre ella.

Estaban sentados alrededor de la mesa, cuya madera roja indicaba que era de secuoya. Frisie se había quedado en el establo, donde solo había otro piaferequus. Cuando Maia también se acomodó en una de las sillas, hizo la inevitable pregunta:

—¿Y de qué conocéis a mi hija?

—Viajamos juntos con objetivos similares —resumió Hadriel—. Nos encontramos con Valikia hará algo más de dos semanas al llegar a Zarested.

—Sí, he deducido por ella —Maia señaló a Caedra con un gesto de la cabeza, en tono despectivo— que no sois de por aquí.

Caedra entornó los ojos. La rabia burbujeó en su interior. ¿Acaso se pensaba que estaba sorda y que no le iba a afectar lo que decía?

—Venimos de Aruristed en busca de respuestas —prosiguió Hadriel, ignorando por el momento la actitud de la mujer hacia Caedra. Tenía que mantenerse tranquilo si quería establecer una buena relación, lo cual les convenía si iban a pasar la noche en su casa. Aun así, tenía sus límites, y sería mejor que no los rebasaran—. Valikia va a mostrarnos los murales que hay en las ruinas de Agishia, por lo que allí es a donde nos dirigimos. Tras eso, la ayudaremos a buscar a Luvann.

A Caedra le molestó que Hadriel no la defendiera ante la actitud de la madre de Valikia, pero permaneció callada. Sus razones tendría.

Maia arqueó una ceja. Se cruzó de brazos.

—¡Por todos los dioses! Veo que mi hija al fin ha encontrado a otros dispuestos a creer sus tonterías.

Jay contuvo la risa. Recordó que Valikia le había advertido que solo su hermano creía en su teoría de que Luvann era un fénix.

—¡No son tonterías, mamá! —replicó Valikia con repentina fiereza, estampando las manos en la mesa—. Sé que vi a Luvann de pequeña.

Maia la ignoró, si bien miró con reprobación el gesto de la zeafírea.

—Me alegro, al menos, de que mi hija ya no viaje sola —continuó, en tono tranquilo a pesar del enfado de Valikia—. Con un poco de suerte, encontraréis algo que os sea de utilidad.

Hadriel sonrió con calidez.

—Esperemos que así sea.

Valikia se quedó boquiabierta al ver que Maia también sonreía. Su madre solía ser más arisca con los desconocidos, pero, por el momento, hablaba con Hadriel sin problema y ni siquiera había insistido en tratar de convencerlos de que Luvann era un dios.

—No me cabe duda de que Valikia sabrá guiaros —comentó Maia—. Con todo lo que ha viajado estos años, conoce Zarested como la palma de su mano.

—Vaya, nunca pensé que llegaría el día en el que dirías algo positivo sobre mí —dijo Valikia con ironía.

Maia rio, tapándose la boca con la mano.

—Valikia, querida, me pintas como una madre que te desprecia. Sabes que no es así, por mucho que no me gustara que te fueras de casa hace años.

Valikia resopló. No lo admitiría en voz alta, pero era un alivio que su madre se mostrara ahora más abierta al hecho de que continuara viajando. El tiempo había hecho su trabajo y la había aplacado.

—¿Podemos quedarnos, entonces, un par de días?

—Por supuesto —asintió Maia. Había echado de menos a su hija; acogería sin problema a sus acompañantes con tal de estar con ella.

—Os ayudaremos en todo lo que podamos mientras tanto para no ser una molestia —dijo Hadriel con una sonrisa de agradecimiento.

Maia sonrió también. Valikia había perdido ya la cuenta de todas las veces que Hadriel la había hecho sonreír. Era surrealista tratándose de su madre.

Jay también se había ido fijando a lo largo de los años en la capacidad de su padre para caerle bien a casi todo el mundo. ¿Era algo que hacía de forma consciente, trabajándolo? ¿O era carisma natural?

—Oh, no os preocupéis por eso —dijo Maia—. Da gusto tener invitados tan considerados.

Jay resopló para sus adentros. El día que su padre no se ganara a alguien… ¿Cómo tenía esa habilidad? Él se había quedado cortado sin saber qué decir nada más entrar. ¿Quizás tendría algo que ver con que Hadriel era un telépata? ¿Podría influir en las emociones del resto a través de la mente?

Tarvo y Caedra se mantenían callados, aunque Jay se lo esperaba de Tarvo, que era más de analizar en silencio. Y comprendía que Caedra no estuviera cómoda.

—¿Y cómo nos organizamos? —inquirió Valikia. Apoyó los codos en la mesa.

—Será un poco difícil —respondió Maia, llevándose una mano a la barbilla, pensativa.

—¿Por? Que yo sepa, tenemos cuatro dormitorios —replicó su hija.

—Sí, pero la habitación de invitados hace años que no se usa y está un poco… desordenada —contestó Maia, esbozando una sonrisa de incomodidad esta vez—. Habrá que limpiarla.

—Bueno, pues la limpiamos —dijo Valikia con sencillez y se encogió de hombros—. Yo puedo dormir en la habitación de Denkuro y dejar libre mi habitación. Y así dos duermen en mi habitación y otros dos en la de invitados.

—Tan rápida para solucionar los problemas como siempre, hija —comentó Maia, divertida—. Está bien, lo haremos así, aunque… —Miró a Caedra y dibujó una mueca en su rostro.

—¿Qué pasa ahora? —se quejó Valikia, que quería subir a dejar sus cosas cuanto antes.

—No… estamos acostumbrados a ver a zeafíreos de Aruristed —empezó Maia. Las comisuras de sus labios se tensaron—. No sé si tu padre estará de acuerdo con…

Caedra arqueó una ceja, preparada para lo que sabía que vendría a continuación. Hadriel puso una mano en su rodilla y Caedra lo miró con sorpresa. Él asintió levemente con la cabeza para indicarle que se encargaría del asunto. Si se pasaban del límite…

En ese momento, escucharon la puerta principal cerrarse. Alguien había entrado en la vivienda.

—¿Ya estás diciendo tonterías, madre? —protestó una nueva voz, masculina y grave.

Un hombre alado apareció en la sala. Se cruzó de brazos y clavó sus afilados ojos rojos primero en Valikia, luego en Caedra y finalmente en Maia.

Maia suspiró profundamente.

—Ya lo discutiremos más tarde —decidió y se levantó—. Vamos a acomodaros en las habitaciones. Valikia, pon a tu hermano al día.

Valikia sonrió, corriendo con la ilusión de una niña pequeña hacia el recién llegado para darle un abrazo. Él esbozó una pequeña sonrisa, pero fue mucho menos efusivo a la hora de rodearla con sus brazos.

Caedra se fijó en que era más alto que ella, quizás de la altura de Jay, aunque con los cuernos ganaba con claridad. Su rostro mostraba facciones endurecidas, muy diferentes a las suaves de Valikia. Tenía el pelo negro bastante largo.

Por un instante, le recordó a su hermano, a Loure. Vio en aquel abrazo lo que ella ya nunca tendría. Sintió un pinchazo en el corazón.

Lo siguió observando mientras subían al piso de arriba, pensativa. Había frenado a la madre de Valikia y evitado que dijera lo que obviamente iba a ser algo en contra de ella. Caedra no sabía si hacerse ilusiones.

¿Habría encontrado por fin a un zeafíreo de Zarested que no despreciaba a los de Aruristed?

# Capítulo 11: Día de descanso

Valikia sonrió ampliamente al dejar las cosas en la habitación de su hermano. Denkuro estaba apoyado en el marco de la puerta con los brazos cruzados.

—¿Por qué me miras así? —protestó ella—. Si ya casi no vives aquí.

—Eso no quiere decir que me guste que toques mis cosas —replicó él, con tono seco.

Valikia resopló.

—Solo van a ser un par de días. Lo superarás.

Denkuro frunció el ceño. Dio media vuelta y se fue de la habitación, sin añadir nada más. Valikia escuchó el ruido de sus pasos bajando las escaleras, cuyos peldaños de madera crujían. Suspiró profundamente, acostumbrada a su forma de ser.

Unos minutos después se asomó Jay. Valikia sonrió al verlo.

—¿Está tu hermano enfadado con nosotros o algo? —pregunto él.

—Denkuro es así, déjalo —respondió ella—. Las veces que lo he visto sonreír son contadas. Si viene a cenar esta noche ya lo conocerás, pero si no, no esperes que vaya a presentarse. Nada personal.

—Intimida un poco… —admitió Jay por lo bajo—. ¿A qué se dedica?

—Es cazador. Vive en las afueras de la ciudad, en las cuevas, por lo que no pasa mucho por casa —explicó Valikia—. Hemos tenido suerte de cruzarnos con él. De vez en cuando viene a ayudar a mis padres.

—¿Y qué edad tiene?

Estaba claro, al menos, que era mayor que ellos.

—Tiene veintisiete años.

Hadriel, que había terminado de organizar la habitación en la que estarían él y Jay, salió al pasillo y vio a su hijo en la puerta de enfrente hablando con Valikia. Decidió no molestarlos y fue a la habitación en la que estaban Tarvo y Caedra para preguntarles cómo iban. Jay y Valikia ni se percataron de esto.

—¿Y no tiene pareja? —inquirió Jay, curioso. Sería divertido enterarse de que Valikia ya era tía de un pequeño zeafíreo.

—¿Mi hermano? —Valikia resopló. Se apartó unos mechones rebeldes que habían caído en su rostro mientras organizaba la habitación—. Espanta a todas las mujeres que se interesan en él con esa actitud tan arisca y solitaria que tiene. Aunque…

Valikia calló. Jay esperó un par de segundos y la instó a continuar:

—¿Aunque…?

—Bueno, no siempre fue así —contestó al final ella. Se encogió de hombros para restarle importancia, pero Jay se fijó en el brillo amargo de sus ojos naranjas—. Yo pensaba que, con el

tiempo, volvería a ser como antes, pero ya he visto que no será el caso.

Parecía que iba a decir algo más. Sin embargo, Valikia frunció el ceño y apartó la mirada. Jay no indagó porque su curiosidad había sido en parte satisfecha, y Valikia tenía los hombros tensos, indicando que no estaba cómoda. Sería mejor dejar el tema estar, por el momento.

***

Tenían el resto del día y el día siguiente entero para descansar antes de partir hacia las ruinas. Valikia quería enseñarle a Jay todo lo que había en Eliean y se puso a preparar las cosas para marcharse de inmediato.

—¿Te ayudo con algo? —le preguntó Jay. Estaban de nuevo en el piso de abajo, en la sala equivalente a una cocina. La zeafírea estaba preparando unos bocadillos, sin intención de regresar a casa para comer. Tanto mejor, pues Jay no iba a estar cómodo con su madre.

—No, tranquilo, ya casi he terminado —dijo ella, centrada en meter todo en una mochila—. ¿Qué van a hacer los demás?

—Sé que Tarvo quería encontrar un punto tranquilo desde el que tuviera una buena perspectiva de toda la ciudad para dibujarla. Mi padre supongo que dará una vuelta e irá a buscar libros con información de este continente para leer… —Jay frunció el ceño—. Y Cai… Creo que salió antes, ¿no?

—Sí, la vi salir, pero no sé a dónde iba —afirmó Valikia. Tampoco le importaba mucho. O eso insistía en decirse a sí misma. Con un poco de suerte, no se cruzarían con ella. Necesitaba mantener su mente despejada.

Maia bajó por las escaleras y se acercó a ellos al escuchar sus voces.

—Valikia, querida, ¿estaréis todo el día fuera? —le preguntó.

—Sí, volveremos ya para la cena —respondió Valikia, girándose hacia su madre. Se fijó en que parecía descontenta—. ¿Pasa algo?

—Es sobre esa zeafírea de Aruristed…

Valikia bufó. Sus labios se tensaron en un rictus de disgusto. No tenía ganas de hablar de ese asunto; quería irse cuanto antes a explorar la ciudad con Jay. Pasó al lado de su madre sin mirarla y se fue por el pasillo. Maia dibujó una mueca de reprobación en su rostro, pero no la siguió.

—Esto… —Jay se rascó la cabeza, incómodo. ¿Y ahora qué decía él?—. Será mejor que vaya con Valikia antes de que me deje atrás… Hasta esta noche. —Se despidió inclinando la cabeza y se marchó también apresuradamente.

Qué situación tan vergonzosa. Sintió los ojos de Maia taladrándole la nuca según se iba.

Le había molestado que Valikia lo abandonara a su suerte, pero habían evitado una discusión sobre Caedra, lo cual agradecía. Todavía no comprendía ese odio que había entre las dos razas de zeafíreos. Aunque había sido una sorpresa que Valikia optara por esquivar la conversación, en vez de darle la razón a su madre.

Se encontró con Valikia de nuevo en el exterior. Cerró la puerta y la miró con reproche.

—¿Qué? —Valikia adoptó cara de inocencia, cruzando las manos detrás de la espalda.

—Nada, solo me has dejado tirado —replicó él, sarcástico. Arqueó una ceja al darse cuenta de un detalle y observó con detenimiento a Valikia para asegurarse—. ¿No te llevas tu lanza?

—¿Para qué? No nos hará falta en Eliean —aseguró ella con confianza.

Esto extrañó a Jay, acostumbrado a que Caedra no se separara de su lanza ni para dormir.

—Si tú lo dices… —murmuró, no muy convencido. Aunque era cierto que parecía un lugar tranquilo. Él sí que llevaba su espada enganchada en el cinto. Ya había aprendido que Gea escondía un peligro donde menos lo esperaba; doblar una simple esquina ya era jugar a una ruleta llena de infortunios.

Valikia se llevó una mano a la barbilla, pensativa.

—Lo que no sé es si llevarnos a Frisie o no… En teoría ya se lo he devuelto a mi hermano, pero no le importará estar sin él un día más…

—No creo que haga falta, ¿no?

—Bueno… Tenemos todo el día, así que es verdad que no tenemos prisa —aceptó Valikia. Agarró a Jay del brazo y echó a andar con una sonrisa—. ¡Vamos a ver Eliean!

Jay, contagiado por su entusiasmo, relajó el gesto. La brisa acarició su rostro; el sol incidió en sus mejillas bronceadas. Era imposible que se olvidara de estar pendiente de todo lo que le rodeaba, pero intentaría aliviar algo de la tensión acumulada en sus músculos tomándose ese par de días como unas pequeñas vacaciones.

***

Caedra se había alejado de Eliean tras dejar las cosas en la habitación que compartiría con Tarvo, aunque no se había atrevido a irse sin su lanza. Cuanto menos tiempo estuviera en presencia de la familia de Valikia, mejor. Evitarían discusiones innecesarias.

«Dos días se pasan rápido…», se dijo, en un intento de infundirse ánimos.

Estaba sentada al borde del precipicio. Se extendía más allá de donde alcanzaba a ver, al igual que el ancho río que había al fondo. Tenía las piernas colgando, no muy preocupada. Sus alas la salvarían de cualquier caída accidental.

Seguía pensando en la conversación que había tenido con Jay esa mañana. No habían llegado a discutir, pero igualmente había terminado de forma desagradable, con una amarga brecha entre ellos. El chico estaría ahora paseando por Eliean con Valikia…

Todo había sido mucho más sencillo antes de que apareciera Valikia, desde luego. Si no fuera por ella, Jay habría estado probablemente en esos momentos a su lado intentando solucionar las cosas e insistiendo en que hablara con él sobre su problema.

Clavó la vista en su regazo.

«Yo opino lo mismo que tú. De ahí mi sugerencia de que te deshagas de ella», comentó la voz en su mente.

Caedra frunció el ceño. ¿Acaso nunca la iba a dejar en paz?

«Eso no va a suceder», espetó la maldita voz.

«Una lástima», pensó Caedra. No terminaba de acostumbrarse a que pudiera leerle la mente y responder cuando le daba la gana.

Además, no era deber de Jay estar pendiente de ella. Tenía derecho a tomarse un descanso, y eso mismo era lo que le ofrecía Valikia.

Escuchó el batir de unas alas y a alguien aterrizar detrás de ella. Caedra agarró su lanza y se giró de cintura para arriba con rapidez.

Denkuro arqueó una ceja ante la expresión feroz de la zeafírea. Ella tardó un par de segundos en reconocerlo, pero cuando lo hizo se relajó.

—Eres el hermano de Valikia, ¿no? —inquirió, bajando la punta de su lanza.

—Así es —contestó él con sencillez. Fue a su lado, pero se quedó de pie.

Caedra volvió su mirada al fondo del precipicio, aunque lo observaba de reojo. Estaba vestido de cuero.

—¿Qué haces aquí? —habló de nuevo al ver que él no decía nada.

—Como supongo que la cena de esta noche será bastante tensa, quería hacerte un par de preguntas —explicó Denkuro, en tono neutro. Su rostro era una perfecta máscara de indiferencia.

—¿Tensa? —repitió Caedra. Frunció el ceño—. Lo dices porque soy una zeafírea de Aruristed, ¿no?

—A mí eso no me importa, pero me temo que mis padres son diferentes. Y mi hermana… —Denkuro calló. A Caedra no le llamó la atención que dejara la frase sobre Valikia sin terminar.

—Ya me he dado cuenta. Lo que me ha sorprendido es que tú no compartas su opinión.

—No entiendo por qué hay que despreciar a un zeafíreo solo porque sea de otro continente —replicó Denkuro. Se sentó, si bien mantuvo las distancias.

—Ya, yo pienso lo mismo… —murmuró Caedra. Giró la cabeza para mirarlo, más animada ahora que había encontrado a un zeafíreo de Zarested que no la rechazaba. Un agradable cosquilleo recorrió sus dedos de la ilusión—. ¿Cómo te llamas?

Sabía que Valikia lo había mencionado en algún momento, pero no lo recordaba.

—Denkuro.

—Yo soy Caedra —se presentó ella con una sonrisa—. ¿Sobre qué querías hablar?

Él se mantuvo serio. Evitaba mirarla a los ojos.

—¿Por qué habéis venido a Zarested?

Conciso y directo.

—¿Sabes algo sobre el Imperio gaelaro? —empezó Caedra.

—Lo suficiente.

—Bien, pues su emperador controla las sombras. Y esas sombras vinieron de este continente hace mil años. Por tanto, queremos averiguar cómo llegaron a Aruristed, cómo puede

controlarlas el emperador y cómo derrotarlas —resumió ella—. Al poco de llegar a Zarested nos encontramos con tu hermana. Ella insiste en que Luvann… —Hizo una mueca—. Insiste en que no es un dios, sino una criatura más de Gea que tiene poder sobre la luz.

—Lo vi con ella cuando éramos pequeños. Un fénix que se abrió paso entre las sombras que estaban devorando nuestro pueblo —asintió Denkuro.

Caedra calló. Era cierto que no sabía de ninguna otra criatura que fuera así y su poder sobre la luz recordaba al del dios Luvann, pero de ahí a que fuera él…

Los murales de sus ancestros lo confirmarían.

—Si realmente es Luvann, Valikia quiere obtener su poder sobre la luz para combatir las sombras —explicó Caedra—. Por tanto, habríamos averiguado cómo derrotarlas. Por eso viajamos con ella. Solo quedaría averiguar de qué manera el emperador obtuvo el poder de las sombras y cómo llegaron estas a Aruristed.

Vio que Denkuro fruncía el ceño. Pasaron los segundos y él no decía nada, pero Caedra esperó. Se fijó en una bandada de pájaros verdes que volaba por encima del río. Uno de ellos rozó al que viajaba a su lado y este giró la cabeza para lanzarle un picotazo, ofendido. Muchos animales eran idénticos a los que se encontraban en Aruristed, pero esas aves eran un ejemplo de la fauna distinta que también habitaba Zarested.

—Sospechaba algo así —habló Denkuro al fin. Sus alas estaban tensas.

—Tú… ¿sabes algo? —lo instó a continuar Caedra, mirándolo de nuevo, curiosa.

Se fijó en lo endurecidas que tenía las facciones de su rostro. Llevaba una barba muy corta y sus ojos eran afilados. Su ropa de cuero era ajustada y oscura, pero sus antebrazos estaban al descubierto y apreció que tenía algunas cicatrices. En general, no se parecía mucho a Valikia.
Lo que más la sorprendió, sin embargo, fue el arco y las flechas que llevaba en su espalda.

—Hay un oráculo al norte —contestó Denkuro—. El oráculo de Finthad. Estuve allí hace un tiempo… Guardan archivos sobre un misterioso hombre de hace mil años que controlaba las sombras.

Caedra arqueó las cejas. Se le aceleró el corazón.

—¡Eso es justo lo que necesitamos! Se lo diré a Hadriel e iremos a ese sitio después de pasar por las ruinas para ver los murales —decidió, irguiendo la espalda, animada.

Denkuro no comentó nada al respecto. Apoyó un codo en la rodilla y miró hacia los árboles que había al otro lado del precipicio.

—¿Qué tenéis en contra del emperador de Gaelar? —quiso saber.

—Es una persona despreciable —respondió con odio Caedra. Respiró hondo, pero no pudo evitar que la llama de la furia se incendiara en su interior. El daño que le había hecho era muy profundo. Apretó el astil de su lanza—. Solo se preocupa de su propio beneficio y sus súbditos están sufriendo por ello. Y… también es una cuestión personal. Nos ha arrebatado demasiadas cosas.

—Ya veo —dijo él. Entornó los ojos y se levantó.

Caedra inclinó la cabeza hacia arriba para mirarlo, sorprendida.

—¿Te vas?

—Tengo asuntos que atender —fue la seca respuesta de Denkuro. Extendió sus oscuras alas y alzó el vuelo, sin despedirse.

Caedra se llevó un brazo al rostro para proteger sus ojos de la fuerte corriente de aire. Lo observó alejarse y, una vez estuvo a solas de nuevo, se encorvó, desanimada.

Le había venido bien la conversación para distraerse un poco, por mucho que Denkuro no hubiera sido muy expresivo. Aunque le había dado la impresión de que Denkuro estaba incómodo junto a ella. ¿Por qué?

Suspiró profundamente y se incorporó también. No serviría de nada continuar sentada lamentándose. Buscaría algún rincón tranquilo y aprovecharía para entrenar.

***

Jay se asomó y vio la tremenda caída que había desde el puente. Los tablones de madera blanca y las cuerdas que lo formaban no parecían muy de fiar, algo desgastadas por el paso del tiempo, pero Valikia estaba junto a él. Jay confiaba en que la zeafírea lo atraparía en caso de accidente.

El viento soplaba con suavidad, revolviendo su pelo. Jay se apartó unos mechones de la cara, molesto. Siempre se olvidaba de que necesitaba un buen corte, y al final se había acostumbrado a llevar el pelo así.

Valikia estaba con los codos apoyados en la cuerda que hacía de barandilla, no muy preocupada por el balanceo del puente. Cerró los ojos brevemente para disfrutar de la brisa en su rostro antes de girar la cabeza, mirando a su acompañante con una plácida sonrisa.

—Antes de aprender a volar con más habilidad, cuando era pequeña, me encantaba venir aquí —dijo. Jay la observó de reojo al escucharla hablar—. Era lo más cercano a estar en el aire durante un largo tiempo.

Como para confirmar sus palabras, un grupo de niños apareció en el otro extremo del puente. Reían, moviendo torpemente las pequeñas alas en sus espaldas. Un zeafíreo adulto iba detrás de ellos, pendiente de todo lo que hacían.

Jay se fijó en que un niño no tenía cuernos en la cabeza y su pelo era rubio. Se trataba de un mestizo, pero sus compañeros lo aceptaban sin problema. Recordó a su padre diciendo que algo así no era posible en ninguna otra parte de ese mundo.

—Al principio, en Eliean tampoco tenían muy buena opinión de los mestizos —comentó Valikia, como si le hubiera leído la mente—. Sin embargo, poco a poco se fueron haciendo a la idea. Era inevitable que sucediera con humanos y zeafíreos conviviendo en la misma ciudad.

—Supongo que no somos tan diferentes —murmuró Jay.

Valikia rio con suavidad.

—Cuidado con dónde dices eso, muchos se ofenderían… Pero sí, supongo que tenemos más similitudes que diferencias, al menos en Eliean.

—¿Desde cuándo existe Eliean?

—Desde hace más de dos siglos. No sé con exactitud —Valikia se encogió de hombros—. Denkuro sabe más sobre eso que yo. Pero me alegro de que mis padres decidieran venir a vivir aquí, después de que nuestro pueblo fuera consumido por la marea oscura.

Jay frunció el ceño. La imagen de aquellas tinieblas negras avanzando por el bosque, marchitando las plantas, vino a su mente y tuvo un escalofrío al evocar la imagen demacrada de su hermano. ¿Llegarían las sombras algún día a destruir Eliean?

¿Y si se extendían por toda Gea?

Valikia cogió su mano y dio un ligero tirón.

—Vamos, todavía hay muchos sitios que quiero enseñarte.

Jay se dejó llevar. Cruzaron a la otra mitad de la ciudad, donde el terreno ya no era llano, sino que descendía en una cuesta cuyo final no se veía. Las casas estaban situadas en filas, con algún que otro escalón trabajado en la tierra cuando la pendiente era demasiado empinada entre una fila y otra.

Pasearon por las calles mientras charlaban. Jay se dio cuenta de que Valikia miraba con los ojos entornados a todos los grupos de niños que pasaban.

—¿No te gustan los niños, Val? —le preguntó, medio en broma. Caminaba con las manos en los bolsillos de su chaqueta, despreocupado.

Valikia resopló.

—No es eso.

—¿Entonces?

—Simplemente… No tengo muy buenos recuerdos de mi infancia —masculló ella. Bajó la vista al suelo y frotó su brazo izquierdo con la mano derecha, incómoda—. Me dan un poco… de envidia. No es justo que los padres de todos mis amigos los obligaran a separarse de mí para que no les «contagiara» mis ideas.

Volvió a mirar al frente, con una mueca en su rostro.

—Es cierto que fueron un poco capullos —dijo Jay tras meditar su respuesta. Puso una mano en el hombro de la zeafírea y sonrió—. Pero anímate, piensa en las caras que se les pondrán a todos cuando les demuestres que Luvann no es un dios.

Aunque Valikia trató de mantener su mal humor, acabó por sonreír también.

—Sí, ese será un gran día.

Continuaron con su recorrido y pasaron por un edificio de piedra enorme con hiedras trepando por sus paredes. Se trataba de la biblioteca, y Jay rio para sí al asomarse por una de las ventanas y ver a su padre. Hadriel estaba tan enfrascado en uno de los libros que estaba leyendo que no se dio cuenta de nada.

—Me pregunto qué estará leyendo —murmuró Valikia, con una mano apoyada en el cristal de la ventana.

—Conociéndolo, estará leyendo libros sobre la historia de este continente uno tras otro —contestó Jay. Cruzó los brazos detrás de la cabeza y dio media vuelta, echando a andar de nuevo

—. No sé dónde almacena tanto conocimiento.

Valikia soltó una melodiosa carcajada. Fue tras él.

—Bueno, es cierto que los telépatas tienen muy buena memoria.

Para cuando sus estómagos protestaron, pidiendo comida, el sol ya estaba en su punto más alto en el cielo y ellos se habían alejado un poco de Eliean. Habían subido por un camino en el bosque de secuoyas y se habían sentado en un claro bien iluminado. Jay se quitó la chaqueta. Hacía bastante calor bajo los rayos del sol de primavera.

—¿Te está gustando Eliean? —le preguntó Valikia tras pasarle uno de los bocadillos que había preparado. Estaban acomodados en unas rocas salpicadas de musgo.

Jay lo aceptó encantado, teniendo que contenerse para no empezar a comer antes de responder:

—Sí, es una ciudad muy agradable. No hay nada así en la Tierra.

—No termino de acostumbrarme a que haya otro mundo ahí fuera —admitió Valikia, sacudiendo la cabeza—. Si pudieras elegir, ¿con cuál te quedarías?

—Pues…

Jay arqueó una ceja al ser incapaz de contestar de inmediato. Años atrás, la respuesta habría sido bien clara: con la Tierra. Ahora, sin embargo, las cosas habían cambiado. Había conocido a Caedra, a Tarvo, a Valikia… Había entrenado hasta dominar el fuego por completo. Había viajado por Gea. Estaba más cómodo que al principio de su aventura, pero aun así…

—Gea me gusta —empezó a responder. Miró su bocadillo y frunció el ceño—. El problema es que tiene demasiados peligros. Supongo que la Tierra es más tranquila en ese aspecto, al menos donde vivía yo…

—No soy capaz de imaginarlo —admitió Valikia. Se inclinó hacia él—. ¿Me llevarás a verlo algún día?

—Si por mí fuera, iríamos ahora mismo —dijo Jay entre risas—. Pero si la oportunidad se presenta, sí que me gustaría enseñártelo.

Recordó cuando Caedra había viajado a la Tierra a buscarlos a él y a su padre. La vez que había ido a hacer unas compras con ella habían tenido que esforzarse para tapar sus cuernos y sus alas. Fue divertido, pero sería tedioso tener que estar pendiente de eso constantemente. Quizás, si se volvía a dar la ocasión de ir a la Tierra, se les ocurriría alguna alternativa mejor para las dos zeafíreas.

Jay no esperó más para comenzar a comer, hambriento. Tras unos cuantos bocados, habló de nuevo:

—También hay comida de la Tierra que no hay en Gea y que echo de menos. La pizza, por ejemplo.

Valikia ladeó la cabeza, confusa.

—¿Pizza? —repitió, con dificultades para pronunciar la extraña palabra—. Me suena que te he oído mencionarla alguna otra vez…

Jay asintió con energía.

—La pizza es el mejor alimento que probarás en la vida, Val. Creo que podría vivir a base de pizza y ser feliz. Es más —Su mirada se iluminó—, lo primero que haremos cuando vayamos a la Tierra será ir todos a cenar a una pizzería. ¡De la próxima sí que no pasa!

La zeafírea esbozó media sonrisa al ver su entusiasmo.

—Me reservaré mi opinión para cuando la pruebe.

—Y hasta entonces, no sabrás lo que te pierdes —concluyó Jay dramáticamente. Dio otro mordisco a su bocadillo. Masticó con rapidez para añadir—: A todo esto, ¿a dónde vamos?

Valikia alzó la vista.

—Quiero enseñarte la cascada. Es impresionante. Solo una de las cascadas de las ruinas de Agishia es más grande que esta.

—Había una cascada en el bosque de Magulia que era muy bonita también —comentó Jay. Frunció los labios. ¿Seguiría Su-Nev viviendo allí? ¿Qué habría sido de ella?

Apretó los dedos en su bocadillo. ¿Qué más daba? No era más que una traidora.

—¿Dónde está eso? —preguntó Valikia, arrugando la frente. No le sonaba de nada.

—En Aruristed, es un bosque donde vive un grupo de denu —explicó él. Recordaba lo mal que lo había pasado al principio de su estancia, cuando su padre había tenido que marcharse a la capital del imperio en busca de información.

La zeafírea se llevó una mano a la barbilla, pensativa.

—¿Qué habrá sido de aquella denu mestiza?

Era el turno de Jay de estar confuso.

—¿Quién?

—La líder de los bandidos —aclaró ella.

—Ah. —Jay asintió con la cabeza. Frunció el ceño—. Espero que la tengan controlada. No me gustaría tener que enfrentarme a ella otra vez…

Valikia se encogió de hombros.

—Con un poco de suerte, a estas alturas ya la habrán ejecutado.

Jay nunca terminaría de acostumbrarse a hablar con tanta naturalidad de ejecuciones. La Tierra y Gea eran dos mundos muy diferentes, también en sus sistemas de justicia.

***

Caedra jadeó por el esfuerzo, irguiéndose y observando el estado en el que había quedado el lugar donde había entrenado toda la tarde. La escasa hierba estaba arruinada por completo, sustituida por remolinos de tierra; varias ramas e incluso algún pino joven habían caído al suelo.

Al menos, se había asegurado de alejarse lo suficiente de Eliean para no molestar a nadie.

Empuñó su lanza y alzó la vista al cielo, que ya se había teñido de naranjas y rojos. Pronto sería de noche.

Se preguntó qué habrían hecho sus compañeros durante el día. Hadriel lo habría pasado leyendo

libros en la biblioteca, Tarvo habría estado dibujando, y Jay y Valikia…

«¿No era todo mejor antes de que llegara esa zeafírea?», dijo la voz en su mente. Seguía sonando como la de Kendrij, pero a Caedra ya le había quedado claro que no era él. Eso solo lo hacía más frustrante.

Suspiró pesadamente.

«Puede ser. ¿A ti qué te importa?», replicó, cansada.

Esperó varios segundos, pero no obtuvo respuesta. Aunque esto la sorprendió, no iba a quejarse.

Estiró las alas. En realidad, no tenía ganas de volver, por lo que las plegó de nuevo. Sabía que la cena con la familia de Valikia no sería agradable… Se le revolvía el estómago solo de pensarlo.

¿Por qué habían tenido que parar a descansar en Eliean? Podrían haber continuado perfectamente con su viaje hacia las ruinas de Agishia sin detenerse.

Escuchó el ruido de los cascos de un animal corriendo no muy lejos. Unos segundos más tarde, una criatura parecida a un ciervo irrumpió en el claro. Caedra se apartó de su camino con rapidez, perpleja, y abrió los ojos como platos cuando una flecha silbó en el aire y se hundió en el cuello del animal. Este cayó al suelo de tierra y ramas, abatido.

—Pero ¿qué…? —murmuró para sí, con las plumas de las alas crispadas. El fuerte latido de su corazón retumbó en su pecho.

—He sido descuidado esta vez.

Caedra se giró de golpe al escuchar la voz. Reconoció al hermano de Valikia emergiendo de entre los árboles. Denkuro clavó sus ojos rojos en ella. Caedra se fijó en que llevaba un arco en la mano.

—¿Qué quieres decir? —inquirió Caedra, alternando su atención entre el animal y el zeafíreo recién llegado.

Denkuro se acercó.

—El más mínimo ruido puede echar todo a perder. Casi se escapa — Señaló el ciervo caído— por un roce de mis alas con las ramas que lo ha alertado.

—¿Por qué querías matarlo? —quiso saber Caedra, cruzándose de brazos.

—Soy cazador —explicó él. Se agachó y recuperó la flecha del cuello del animal. Caedra tuvo un escalofrío al ver la saeta ensangrentada más de cerca y dio un paso hacia atrás inconscientemente. No les tenía especial aprecio desde que había sido alcanzada por una años atrás. Había dejado una molesta cicatriz.

—Tiene sentido, entonces —murmuró ella. Aunque había tenido sus sospechas al fijarse en su arco esa mañana. Alguna razón tenía que haber para que un zeafíreo empleara un arma diferente a una lanza. Se percató de la poca distancia que había realmente entre ella y el ciervo. Torció el gesto y añadió en tono acusador—: Podrías haberme dado a mí.

Él ni se giró a mirarla, extrayendo un cuchillo de su bolso y hundiéndolo en la piel del animal.

—Nunca fallo —fue su seca respuesta.

—Hasta el día en que lo hagas —replicó Caedra, pero no le dio más importancia, resignada. Se agachó junto a él—. Espero que esto no sea nuestra cena.

Lo dijo en tono de broma, pero Denkuro no rio. Caedra calló, esperando a que él hablara de nuevo.

Pasaron los minutos y él no dijo nada, centrado en su trabajo. Iba dejando los trozos de carne sobre una amplia manta de cuero que había extendido en el suelo a su lado. Caedra arrugó la nariz ante el olor de la sangre. Estaba acostumbrada a cazar animales y despellejarlos para comer, pero eso no quería decir que le resultara agradable. Cansada de estar en cuclillas, se levantó de nuevo.

—¿Vives en Eliean? —le preguntó para romper el silencio.

—No, pero vivo cerca —contestó él—. Aunque últimamente no paso mucho tiempo en casa.

—¿Y eso? —inquirió ella, curiosa.

Denkuro, al fin, se detuvo. Unas finas líneas aparecieron entre sus cejas oscuras.

—Estoy buscando a alguien. Siguiéndole la pista, más bien —explicó, con tono grave—. Sin embargo, siempre que parece que estoy a punto de alcanzarlo, desaparece. Hasta que reaparece unas semanas más tarde en un punto completamente diferente de Gea…

—¿Por qué lo buscas?

Él no respondió. Siguió cortando con el cuchillo, ignorándola.

Caedra no se molestó. Intuía que se trataba de algo personal y no tenía por qué compartirlo con ella, aunque podría decirle que no era asunto suyo en vez de quedarse callado.

Denkuro terminó. Cogió los extremos de la manta de cuero y los ató. Se irguió y miró al fin a Caedra.

—Te veré esta noche.

Y esa fue su despedida. Extendió las alas y alzó el vuelo, perdiéndose con rapidez en la lejanía. Caedra echó un breve vistazo a lo que había quedado del ciervo.

Menuda cena los esperaba.

# Capítulo 12: Reticencia

Tarvo trataba de comer con normalidad, ignorando la tensión en el ambiente, pero era complicado. Aunque Hadriel intentaba continuamente desviar la conversación hacia temas que pudieran ser agradables para todos, no tenía mucho éxito.

Estaban todos sentados en torno a la amplia mesa de madera roja, con varias velas, además del fuego de la chimenea, aportando su cálida luz, pues en el exterior ya era de noche. La cena era, según les había explicado Valikia, un plato típico de la región: carne de conejo bañada en salsa de acuoles.

Tarvo se llevó otro bocado a la boca. Masticó con lentitud…

—Siempre he sentido que los zeafíreos de Aruristed son una especie inferior a los de Zarested —dijo el padre de Valikia. Tarvo suspiró pesadamente para sus adentros. Iba a desatarse la tormenta—. No pueden controlar la electricidad y solo saben criar piaferis, que son mucho menos resistentes que nuestros piaferequus.

Caedra mantuvo una sonrisa tensa en su rostro y apretó el tenedor. Sabía que no tenía sentido discutirlo; ya lo había intentado al principio y los padres de Valikia habían seguido hablando sin tener sus comentarios en cuenta.

—No controlan la electricidad, pero controlan el viento —replicó, sorprendentemente, Jay. Caedra no se había esperado que él saliera en defensa de su raza, pero hasta ahora era el que les había estado llevando la contraria a los padres de Valikia. La propia Valikia no ocultaba su descontento ante esto.

—Ambas razas son diferentes en ciertos aspectos, pero muy similares en la mayoría —añadió Denkuro, hablando por primera vez en toda la noche. Estaba sentado junto a Caedra—. No tiene sentido hacer comparaciones.

Maia, la madre, enarcó una ceja. Dejó su vaso en la mesa y dijo:

—De ti no me sorprende, Denkuro, siempre has ido a tu aire. Pero… —Miró a Valikia—, ¿cómo has acabado tú con una zeafírea de Aruristed como amiga?

Valikia resopló.

—No es mi amiga. Solo somos compañeras. No puedo ser amiga con una zeafírea de Aruristed.

Caedra entornó los ojos. Sus palabras rezumaban, en apariencia, desprecio, pero había algo más escondido. Era como si Valikia estuviera tratando de convencerse a sí misma.

Tarvo se contuvo para no llevarse una mano a la cara. Jay, en cambio, no se contuvo e hizo eso mismo, exasperado.

—Protestas porque nuestros padres se niegan a creerte cuando dices que Luvann no es un dios —espetó Denkuro, mirando fijamente a Valikia—. Sin embargo, eres tan cerrada de mente como ellos en otros aspectos.

Valikia se irguió en su asiento, indignada. Abrió y cerró la boca varias veces como un pez fuera del agua, queriendo decir algo, pero no encontró respuesta que le sirviera. Satisfecho, Denkuro,

que ya había terminado de comer, se levantó y se fue, sin despedirse, como de costumbre. No subió las escaleras hacia los dormitorios, sino que salió fuera, indicando que no se quedaría a dormir.

Caedra sonrió de verdad esta vez, sintiendo una extraña satisfacción. Vio que Valikia había clavado la vista en su regazo, donde tenía los puños apretados, y se había sumido en sus pensamientos.

Miró a Hadriel, sentado a su izquierda. Él asintió con la cabeza. Caedra se incorporó también y siguió a Denkuro, sin ganas de continuar soportando esa conversación.

—Eh… —Jay tampoco sabía qué decir. Observó a Caedra hasta que la zeafírea desapareció tras el marco de la puerta. ¿Por qué se iba ella también?

Todo lo que quedó fue el ruido del crepitar de las llamas en el hogar.

—Maia, Frekor, ¿cuánto tiempo lleváis criando vuestros pájaros? —inquirió Hadriel mientras se servía más agua en el vaso, en tono casual.

Tarvo rio para sus adentros. Hadriel sí que tenía algo que decir siempre para salvar la situación.

***

Caedra divisó a Denkuro alejándose por el camino de piedra. Algo incómoda por haber salido sin su lanza, pues había ido con prisa, corrió hacia él.

—Denkuro, ¿te vas ya? —le dijo cuando lo alcanzó. Él no redujo el ritmo de su marcha, aunque tampoco extendió sus alas para irse volando.

—Sí —fue su seca respuesta.

Caedra ocultó su decepción. Le habría gustado hablar más con él.

—Gracias por defenderme —murmuró.

Denkuro se detuvo para mirarla. En sus ojos rojos brillaba la amargura.

—No lo he hecho por ti. Quiero mucho a mi hermana, pero me molesta su actitud a veces —explicó él. Guardó las manos en los bolsillos de sus pantalones y alzó la vista al cielo. La luna estaba en cuarto creciente—. No es la primera vez que rechaza a una zeafírea de Aruristed y me gustaría que cambiara.

—¿Cómo? —Caedra ladeó la cabeza, confusa. Había tenido la impresión de que ella era la primera zeafírea de Aruristed que Valikia había visto.

—Mi pareja —contestó Denkuro. Dibujó una mueca en su rostro.

Caedra arqueó las cejas. Esa información no se la había esperado. Se apartó con rapidez unos mechones de pelo blanco que habían caído entre sus ojos por la carrera de antes, incómoda.

—No sabía que tenías pareja.

—Está muerta.

Tanto la respuesta como la frialdad con la que lo dijo golpearon como una maza a Caedra. Se quedó boquiabierta. Tardó un par de segundos en reaccionar y fruncir el ceño.

—Lo siento. ¿Qué le pasó?

—No es asunto tuyo —espetó Denkuro. Le dio la espalda y extendió sus grandes alas negras.

—Está bien —aceptó Caedra, alisando las arrugas de su camisa. Al menos, no se había quedado en silencio ignorándola como esa tarde. Entendía que era algo personal que no quería compartir con ella—. Buenas noches.

Denkuro la observó por encima del hombro, con una expresión enigmática. Caedra le sostuvo la mirada, sin dejarse intimidar.

—Buenas noches —se despidió él también y alzó el vuelo.

Caedra se llevó una mano a la cara para proteger sus ojos de la corriente de aire, que arrastró tierra del suelo. Lo contempló mientras se alejaba, sintiendo una gran curiosidad por él. Se dio cuenta de que esa vez sí que se había despedido antes de irse.

«¿Ya has encontrado a alguien más para olvidarte de mí?», la acusó la voz en su mente.

Caedra resopló, exasperada.

«No eres Kendrij. Y no, nunca me olvidaré de él».

«Eso aseguras ahora».

«¿Por qué no me dices, al menos, cuál es tu nombre de verdad? —le preguntó, frustrada. Se cruzó de brazos. Agradeció que no hubiera nadie más para verla—. ¿Y qué eres, exactamente?».

«¿Quién dice que tengo que tener un nombre? ¿O que soy algo? —se mofó la voz—. Quizás es que te estás volviendo loca y soy un reflejo de tu mente».

«Estoy convencida de que no es así», replicó ella, si bien esto no era cierto. Tenía sus dudas…

***

El momento del desayuno el día siguiente fue, afortunadamente, más tranquilo, puesto que los padres de Valikia se levantaron antes que ellos y, cuando despertaron, ya se habían ido de la casa.

Hadriel, tras recordarles que ese sería su último día de descanso, pues partirían a la mañana siguiente, también se marchó con rapidez hacia la biblioteca para continuar buscando en los libros información que resultara útil. Caedra decidió acompañarlo, dejando a Jay un tanto frustrado. Había querido preguntarle de qué había hablado con el hermano de Valikia la noche anterior.

—¿Qué vas a hacer tú hoy, Tarvo? —le preguntó Jay a su amigo. Lo divisó organizando las cosas en su mochila de cuero.

Tarvo se irguió y se giró hacia él.

—No tenía nada pensado.

—¿Dibujaste la ciudad ayer?

Tarvo asintió y sonrió. Rescató su cuaderno de la mochila, lo abrió y le tendió una de las hojas a Jay. El chico la cogió y echó un vistazo al boceto de Eliean.

—Nunca dejarás de impresionarme.

—¿A ver? —dijo Valikia, poniéndose de puntillas para asomarse por encima del hombro de Jay. Estaban los tres en el comedor y se escuchaban los graznidos de los pájaros en la terraza—. ¡Es increíble! ¿Crees que lo podrían ver mis padres luego?

—Claro —asintió Tarvo con una suave sonrisa. Volvió a guardar la hoja en su cuaderno—. ¿Qué vais a hacer vosotros?

—Voy a llevar a Jay a la cascada de nuevo —contestó Valikia—. Lo cual me recuerda que será mejor que vaya a preparar los bocadillos para irnos cuanto antes. —Valikia echó a andar hacia el almacén. Tras pensarlo durante un par de segundos, se detuvo brevemente junto a Tarvo y lo miró—. ¿Te apetece venirte con nosotros?

Le habría gustado estar con Jay a solas, pero ya habían tenido el día anterior entero juntos y también quería conocer más a Tarvo. Al fin y al cabo, iban a seguir viajando como un grupo.

Tarvo se llevó una mano a la barbilla, contemplando sus opciones. Jay se dio cuenta de que lo observaba por el rabillo del ojo.

—Vente con nosotros —lo animó Jay. Cruzó los brazos detrás de la cabeza y sonrió—. Será divertido y con el calor que parece que va a hacer hoy podremos bañarnos un poco.

—Está bien, iré con vosotros —afirmó Tarvo, convencido.

***

Era mediodía. Caedra observaba las nubes pasar por la ventana, con la barbilla apoyada en la palma de la mano. La biblioteca, amplia y con un techo bastante alto, estaba prácticamente vacía en esos momentos. Se habían sentado en una mesa junto a la pared, con varios libros que Hadriel había seleccionado dispuestos en distintos montones.

—¿En qué piensas?

Caedra parpadeó y sacudió la cabeza. Miró a Hadriel, sentado a su izquierda. El hombre no había levantado la vista del libro que estaba estudiando.

—En… nada —balbuceó ella, avergonzada. Pasó la hoja del libro que tenía abierto con rapidez —. Estoy… leyendo.

A Hadriel se le escapó una pequeña carcajada.

—Caedra… Llevabas media hora sin pasar página —señaló, divertido. Esta vez sí que giró la cabeza para clavar sus ojos grises en ella—. ¿En qué piensas? —repitió con suavidad.

La zeafírea hundió los hombros y suspiró pesadamente. Eran demasiadas cosas. Aquella misteriosa voz en su mente, su enfrentamiento soterrado con Valikia, las ganas que tenía de marcharse de Eliean cuanto antes para perder de vista a los padres de Valikia...

—¿Dijo Valikia cuando nos conocimos que no había visto nunca antes a un zeafíreo de Aruristed? —inquirió Caedra, recostándose en la silla.

Hadriel frunció el ceño mientras buscaba la información en su mente.

—No recuerdo nada así.

Quizás lo hubiera dicho cuando habían estado a solas ella, Valikia y Jay.

—Denkuro me contó ayer que su pareja fue una zeafírea de Aruristed.

—¿«Fue»? —repitió Hadriel, echándose hacia atrás en el respaldo y arqueando una ceja.

—Está muerta, pero no me quiso contar qué le pasó —explicó ella, incómoda. Cerró el libro y lo apartó—. La verdad es que no sé por qué siento tanta curiosidad por él. Acabo de conocerlo.

—Hay veces que conectamos con ciertas personas al instante —dijo Hadriel. Tras marcar la página por la que se había quedado, imitó a Caedra—. No es tan extraño. Es, además, un zeafíreo como tú: no siente odio injustificado por los zeafíreos del otro continente.

—Ya podría estar guiándonos él por Zarested en vez de Valikia —masculló Caedra.

Hadriel rio con suavidad. Caedra inclinó la cabeza, con las mejillas rojas de la vergüenza. No había querido comentarlo en voz alta. Era una suerte que fuera difícil molestar a Hadriel.

—Solo de pensar en Valikia ya me comporto de manera infantil. De verdad que cada vez veo más difícil que nos llevemos bien.

—No te rindas tan pronto —la animó Hadriel. Puso una mano en su hombro—. Ayer la vi bastante pensativa en la cena cuando te fuiste después de lo que le dijo su hermano.

Él, desde luego, no perdía la esperanza de que aclararan las cosas entre ellas.

—Espero que sirva de algo. Pero no entiendo por qué no nos dijo que yo no era la primera zeafírea de Aruristed que ha conocido —murmuró Caedra. Frunció el ceño—. Denkuro mencionó que Valikia conoció a su pareja. Y que no le cayó bien solo por el hecho de ser de Aruristed, claro.

—Me temo que no tengo respuesta para eso —dijo Hadriel. Era cierto que era extraño, y sospechaba que allí se hallaba la causa de la actitud de Valikia con Caedra—. Tendrás que preguntárselo a Valikia más adelante.

—No creo que eso sea una opción —replicó Caedra. Apoyó el codo en la mesa y reposó la frente en la palma de la mano—. Y pensar que todavía queda la cena de esta noche…

Hadriel la observó, afligido. El gesto de la zeafírea era cansado, reforzado por las marcadas ojeras. Estaba claro que seguía sin dormir bien.

—No pienses en eso, Caedra.

No sabía qué hacer para ayudarla. Tenía que intentar animarla de alguna manera.

—¿Y en qué pienso, entonces?

—En que mañana nos habremos ido —respondió él con sencillez.

Caedra esbozó media sonrisa. Pero Hadriel no se relajó: sus ojos amarillos, normalmente tan feroces, se mantenían apagados.

—Sí, algo es algo. Solo tengo que superar esta noche y listo. Pero será mejor que mantengas mi lanza alejada de mí. Por si los padres de Valikia sueltan alguno de sus comentarios.

Hadriel rio y abrió el libro que estaba leyendo de nuevo para continuar. Al menos, Caedra

intentaba tomárselo con humor.

—Lo tendré en cuenta.

***

Jay y Valikia reposaban tumbados al sol en la hierba, poco abundante por las secuoyas. Tarvo se había sentado con la espalda apoyada en el tronco de un pino no muy lejos de ellos, deslizando el carboncillo por el papel en su regazo. La atmósfera era relajante, con un cielo despejado, un bosque tranquilo con pájaros cantando en las copas de los árboles, el olor a resina flotando en el ambiente y el ruido del agua cayendo al fondo. La cascada era ciertamente inmensa; Tarvo apenas alcanzaba a atisbar dónde empezaba. Aun así, Valikia les había advertido que las cataratas de las ruinas de Agishia eran todavía más impresionantes.

—Hacía años que no tenía un momento así en Eliean —comentó Valikia, disfrutando de los rayos del sol que calentaban su rostro—. La verdad es que me está sentando bien.

—Siempre conviene descansar un poco tras un largo tiempo viajando —asintió Tarvo, sin despegar la mirada del papel.

—Y tenías razón cuando dijiste que Eliean nos iba a gustar —habló Jay. Se incorporó para apoyarse sobre sus codos clavados en la tierra—. Aunque ese puente que tenéis conectando las dos mitades sobre un precipicio inmenso intimida un poco.

—No intimida tanto si tienes alas —rio Valikia. Imitó la postura de Jay para ladear la cabeza y observarlo—. Pero es cierto que no vas a ver a los humanos que viven en Eliean cruzando esos puentes a menudo.

Jay soltó una carcajada.

—Me lo imagino.

—Sin embargo, para ser puentes de madera y cuerdas, se ven bastante resistentes —dijo Tarvo. Dejó el carboncillo a un lado en la hierba para atarse el pelo en una coleta, pues lo había dejado suelto cuando se había bañado esa mañana—. Supongo que los repararéis a menudo.

—Eso seguro —confirmó Valikia con un asentimiento de cabeza—. Si algún humano llegara a caerse, un zeafíreo iría de inmediato a atraparlo, pero si no hubiera ningún zeafíreo cerca en ese momento…, se complicaría un poco la cosa. Por eso, mejor hacer todo lo posible para evitar accidentes.

—¿Alguna vez se ha caído alguien y no… han podido salvarlo? —quiso saber Jay, inclinándose hacia ella.

Valikia se encogió de hombros.

—No lo sé, apenas estoy en Eliean, pero que yo sepa, no. Tenemos cuidado.

Hubo un momento de silencio. Jay se levantó para ir junto a Tarvo y sentarse a su lado, mientras observaba sus dibujos para pasar el tiempo. Tarvo estaba plasmando en el papel el paisaje de la cascada.

Valikia se incorporó levemente y apoyó los codos en las rodillas. Clavó la vista en el agua y entornó los ojos, sumida en sus pensamientos.

Recordó las palabras de Denkuro: «Protestas porque nuestros padres se niegan a creerte cuando dices que Luvann no es un dios. Sin embargo, eres tan cerrada de mente como ellos».

Apretó los labios en una fina línea. Tan cerrada de mente…

Caedra era una zeafírea de Aruristed. La mayoría de zeafíreos de Zarested odiaban a los de Aruristed, y viceversa. No había ninguna razón concreta, no habían estado en guerra ni habían tenido ningún conflicto. Vivían completamente separados por el océano. Eran simples prejuicios hacia lo desconocido; ambos se creían superiores a los otros.

Pero para Valikia no era tan sencillo. Caedra era una zeafírea de Aruristed, sí. Como lo había sido Uma, la pareja de Denkuro. Eran tan parecidas… Pelo blanco, cuernos solo ligeramente ondulados, alas marrones…

Valikia no había esperado volver a encontrarse con un zeafíreo de Aruristed en su vida. Nunca había salido de Zarested y lo único que la habría llevado a cruzar el océano sería que la pista de Luvann fuera por ese camino.

La primera vez que había visto a Caedra, tras salvar a Jay, se había quedado descolocada por completo, aunque había logrado disimularlo. Más o menos. Por un momento, había creído que tenía a Uma de nuevo delante de ella. Una efímera alegría destrozada al darse cuenta de que era una persona diferente, y de que Uma nunca volvería. Además, Caedra tenía la misma edad que habría tenido Uma de seguir viva…

Y, tras eso, había venido el rechazo. El odio porque Caedra le recordaba a Valikia un pasado que ella quería olvidar. Un momento en su vida que le había dejado claro que tenía que entrenar para volverse más fuerte y que algo así no volviera a suceder. Le recordaba su debilidad en ese momento. Su impotencia. La culpa que sentía por la muerte de Uma.

Se había lanzado a ese viaje en busca de Luvann con la intención de volcarse por completo en ello y no pensar en nada más. Y durante tres años, lo había conseguido. Hasta ese fatídico encuentro.

Lo peor era que el parecido de Caedra y Uma no acababa en el físico. Caedra tenía mucha paciencia, como Uma. Al igual que Uma, no tenía prejuicios con los zeafíreos de Zarested. Había conectado tan rápido con Uma… Y Valikia sabía que sería igual con Caedra, y no podía permitirse volver a pasar por lo mismo. No soportaría revivir de ninguna manera lo que sucedió con Uma. Le había costado mucho salir adelante, emerger de aquel mar de oscuridad en el que se había sumergido tras su muerte.

Tenía que mantener a Caedra alejada. Su mejor excusa, fingir que era mero rechazo a su lugar de origen, Aruristed, para que nadie hiciera preguntas. Pero Valikia quería integrarse en ese grupo que había encontrado y que había hecho que su viaje dejara de ser solitario, y era consciente de que no podía seguir así indefinidamente. Jay ya había comentado en algún momento su malestar con la situación; el chico quería que ambas zeafíreas se llevaran bien.

Valikia miró a Jay de reojo. Estaba centrado por completo en el dibujo de Tarvo, sin darse cuenta de que lo estaba observando. Él también había tenido mucha paciencia con ella, ofreciéndole su amistad desde el principio, algo que Valikia apreciaba tras pasar prácticamente toda su vida sin amigos. Los años tras la muerte de Uma habían sido terribles. Jay no lo sabía, pero Valikia había estado mucho tiempo cerrada por completo a otros, oculta tras su fachada

juguetona y orgullosa.

Y ahora Valikia no quería perder a Jay. Su primer amigo después de tanto tiempo, aunque Valikia todavía tenía miedo. Su actitud tan despectiva y descarada no era más que una forma de defenderse; le daba miedo mostrarse como realmente era después de tanto tiempo y, sobre todo, tenía que mantener alejada a Caedra.

Pero… ¿merecía la pena? Podía ser amiga de Caedra. Había entrenado durante años, se había hecho más fuerte y era capaz de defenderse a sí misma. No tenía por qué repetirse lo que sucedió con Uma.

Sin embargo, Valikia ahora no sabía cómo actuar. Tanto rechazo a Caedra, incluso después de que Caedra hubiera intentado empezar de cero con ella en un par de ocasiones… No podía acercarse a ella y simplemente decirle: «Oye, que te he estado tratando así solo por cuestiones de mi pasado y en realidad nunca he tenido nada en contra de ti, así que… ¿amigas?»… ¿O sí?

Además, tampoco se sentiría cómoda compartiendo esa parte de su vida. Supuso que podría dejar de tratarla tan mal y comenzar a mostrarle respeto poco a poco…

—¿Tan fascinante es el agua de la cascada, Val?

Valikia sacudió la cabeza. Se dio cuenta de que su mirada se había desviado de nuevo hacia el lago en algún momento y de que ahora Jay volvía a estar a su lado, observando con diversión que la zeafírea regresaba a la realidad.

—Estaba pensando —se defendió Valikia. Abrazó sus rodillas y estiró ligeramente sus alas.
Jay se sentó junto a ella. Tarvo seguía dibujando, aunque escuchaba su conversación.

—¿No me digas? —soltó Jay con ironía. Valikia le dio un codazo, indignada, y Jay dejó escapar una carcajada—. ¿En qué pensabas?

—En… asuntos del pasado —murmuró ella, clavando la vista en la hierba que crecía del suelo.

—Muy enigmático. ¿No los compartes conmigo?

Valikia suspiró con pesadez.

—Me gustaría, pero… es largo de contar.

Jay no dijo nada durante varios segundos. Esta vez era él el que la observaba de reojo. Estaba encorvada y con los hombros hundidos. En el poco tiempo que había conocido a Valikia, la zeafírea siempre había estado alegre y animada, dispuesta a enfrentarse a cualquier obstáculo. Ahora, en cambio, la veía extrañamente melancólica, y había sido de forma repentina. Era desconcertante. ¿De qué podía tratarse?

Valikia ya le había contado que su infancia había sido un poco solitaria porque el resto de padres apartaban a sus hijos de ella para que no les «contagiara» sus ideas contrarias a la existencia de los dioses. O que sí existían, pero no como dioses, sino como criaturas más de Gea. No había tenido mucho reparo en revelarle esto, por lo que debía de ser algo diferente en esta ocasión.

—Tenemos tiempo —dijo al fin Jay, apoyando las manos en la tierra.

Valikia dibujó una mueca en su rostro.

—Quizás en otro momento —contestó y, girando la cabeza a su derecha, donde Tarvo continuaba dibujando, añadió en un susurro—: A solas.

No tenía nada en contra de Tarvo, pero todavía no había cogido la confianza necesaria con él.
Jay siguió la dirección de su mirada y asintió.

—Está bien —aceptó, para sorpresa de la zeafírea—. Puedes contármelo cuando quieras.

Valikia se quedó rígida durante un par de segundos antes de sonreír y relajarse. Sí, Jay era su primer amigo después de mucho tiempo, había sido un refugio tras años de incansable viaje, y era alguien que merecía la pena. Se esforzaría en arreglar las cosas con Caedra.

***

Esa noche, Caedra, sin ganas de volver a discutir con los padres de Valikia, cenó con rapidez y se retiró a su habitación para dormir. Al fin y al cabo, partirían temprano a la mañana siguiente.

Denkuro tampoco tardó mucho en terminar. Al levantarse y marcharse, sin despedirse o siquiera desearles suerte en su viaje, Valikia fue tras él esta vez.

Su hermano la esperaba fuera, con la espalda apoyada en el inmenso tronco de una secuoya y los brazos cruzados.

—¿Cómo sabías que iba a venir a hablar contigo? —fue lo primero que dijo Valikia, acercándose a él.

—He estado esperando que lo hagas desde que has vuelto a Eliean acompañada —respondió Denkuro con sencillez. Clavó sus ojos rojos en ella—. Imagino que es sobre Caedra.

Valikia inclinó la cabeza. Enrolló un mechón de cabello negro en los dedos, jugueteando con él unos instantes, nerviosa, antes de hablar:

—Kuro… Te equivocaste ayer.

Denkuro arqueó una ceja. No dijo nada, esperando a que su hermana continuara.
Valikia suspiró profundamente. Lo miró a los ojos.

—No soy una «cerrada de mente». Solo… no sé cómo comportarme con Caedra.

—Y al no saber cómo comportarte con ella, optas por rechazarla como si fueras una zeafírea más de Zarested con prejuicios ridículos —observó Denkuro con sequedad.

Ella gruñó y apretó los puños.

—No me hagas perder la poca paciencia que tengo —masculló—. No es tan… sencillo. Me apuesto lo que quieras a que si ella intentara hablar más contigo, tú también te alejarías.

Denkuro no contestó. Siguió analizándola, y Valikia alzó la cabeza al cielo y bufó.

—Kuro, eres la peor persona para hablar sobre este tipo de cosas.

—¿Y por qué hablas entonces conmigo, Valikia? —dijo él, pronunciando su nombre con lentitud. Se apartó del tronco y dio un paso hacia ella.

Valikia le sostuvo la mirada durante un par de segundos, sin dejarse intimidar, con la mandíbula tensa.

—Porque eres el único que puede entenderme. Eres el único que estuvo cuando Uma…

—Uma está muerta —la cortó Denkuro. Su tono era tan frío como la brisa nocturna—. Caedra es alguien completamente diferente.

Valikia chasqueó la lengua y desvió la mirada hacia los pinos de su izquierda, disgustada. Atisbó un par de personas desplazándose por el camino que llevaba a un grupo de viviendas, demasiado lejos para que escucharan su conversación.

—No puedes negarme que se parecen.

—No lo niego. Sin embargo, no entiendo cuál es tu problema con Caedra. A Uma también la rechazaste al principio por ser de Aruristed —recordó él, entornando los ojos—, por eso pensé que no habías aprendido nada y que estabas siendo igual con Caedra.

—Yo… —Valikia sacudió la cabeza—. Claro que no. Solo… no sabía cómo actuar, y… No quiero… No quería que se repitiera lo de Uma, eso es todo.

—Por lo que optaste por comportarte de manera tan infantil con alguien que acabas de conocer y no tiene nada que ver con Uma —comentó Denkuro. Resopló—. Impresionante, pero muy en tu línea.

Valikia lo miró con brusquedad. Sus ojos naranjas centellearon con ira.

—No te pongas así conmigo —gruñó, empezando a perder la paciencia—. Quería hablar contigo porque pensaba que me entenderías; no necesito una charla sobre mi comportamiento. Sé que ha sido estúpido.

Denkuro no dijo nada. Valikia estudió su rostro, en el cual no se reflejó ninguna emoción, salvo, quizás, cierta amargura. Nunca entendería que su hermano fuera capaz de ocultar tan bien sus sentimientos. A veces, era como una estatua de piedra.

Se extendió un tenso silencio entre ellos. Sopló una fría brisa que revolvió el pelo de ambos.

—No tengo deseo alguno de hablar de Uma, Valikia —espetó Denkuro al fin. Le dio la espalda —. No descansaré hasta encontrar al que la asesinó, pero, una vez lo haga, la olvidaré. No esperes que te ayude a resolver tus problemas con Caedra por su parecido.

Valikia dejó escapar una risa ácida.

—¿Me lo dices tú? He visto cómo evitabas mirarla en la cena cuando ella hablaba. A ti también te recuerda a Uma. ¿Te crees que no me fijé en la cara que se te quedó cuando la viste por primera vez ayer? —Valikia puso los brazos en jarras—. Ocultarás tus emociones todo lo que quieras, Kuro, pero algo te conozco.

Denkuro la ignoró. Sus hombros estaban ahora rígidos. Extendió sus alas negras.

—No puedes olvidar a alguien a quien amaste sin más —prosiguió Valikia, con la rabia palpable en su voz—. Nunca podrás olvidar a Uma, Kuro, ¡deja de engañarte!

Su hermano la miró por encima del hombro. Valikia retrocedió un paso inconscientemente al ver el hielo reflejado en sus ojos.

—No alces la voz. Y no hables de algo que no entiendes.

—¿Que no entiendo? —repitió ella, incrédula—. ¡Uma murió por mi culpa! ¡Era mi mejor

amiga!

Valikia jadeó, tratando de normalizar su respiración agitada, sin éxito. Los ojos le ardían. Se veía arrastrada a un vórtice de angustia y desolación, de ira y resentimiento.

—Ya es suficiente, Valikia —sentenció Denkuro con frialdad.

Sin embargo, cuando flexionó los músculos para alzar el vuelo, Valikia se agarró a su brazo.

—No, no, ¡lo siento! No te vayas, por favor —suplicó ella con un sollozo. Sus piernas temblaron; le costaba respirar. Sentía una extraña opresión en el pecho y no había forma de aliviarla.

Denkuro se quedó quieto. Se giró de nuevo hacia su hermana y la observó durante unos segundos. Suavizó al fin su mirada, poniendo una mano en su mejilla, por la que ahora caían las lágrimas.

—Valikia, tranquilízate —le dijo, con voz más calmada. Ella se mordió el labio y alzó la vista —. Lo de Uma no fue tu culpa, tienes que dejar de torturarte de esa manera.

—Pero fue por mi culpa que ella…

—Uma tomó una decisión —la interrumpió él. Acarició su mejilla con el pulgar—. Por su propia voluntad. Y sí, tienes razón. Caedra se parece mucho a ella —admitió en tono bajo—. Puedo entenderlo. Pero no es Uma. Y no va a volver a suceder lo mismo.

—¿Cómo lo sabes? —balbuceó Valikia. Siguió agarrada a su brazo, tomando pequeñas y rápidas bocanadas de aire.

No podía sacar el rostro sonriente de Uma de su mente. Con su pelo blanco, sus alas marrones, ojos dorados…

—Valikia, respira con calma —le dijo Denkuro, cerrando la otra mano en el hombro de su hermana—. No volverán a darse las mismas circunstancias.

—¿Estás seguro?

—Lo estoy. Así que haz las paces con Caedra y deja de comportarte como una niña con ella.

Valikia asintió con la cabeza. Poco a poco, la presión en su mente desapareció y se fue calmando. Se llevó las manos a la cara para frotarse los ojos y limpiar las lágrimas.

—Está… Está bien —murmuró. Respiró hondo—. Pero no sé cómo hacerlo. No quiero tener que explicar… todo lo que sucedió.

—No tienes por qué hacerlo. Simplemente empieza a tratarla de otra manera —replicó Denkuro. Se apartó de ella y alzó la vista al cielo nocturno. Algunas nubes tapaban la luna, sus formas iluminadas por la pálida luz—. En cierto modo, me tranquiliza que ahora viajes acompañada. Te vendrá bien no tener ningún conflicto en el grupo.

—Sí, yo también lo creo —asintió Valikia. Lo miró y sonrió—. Gracias, Kuro.

Él no dijo nada. Valikia no se mostró ofendida en esta ocasión. Lo abrazó con rapidez antes de separarse de nuevo.

—Te voy a echar de menos. Espero que no vuelva a pasar tanto tiempo sin vernos.

Denkuro esbozó una pequeña sonrisa casi imperceptible, pero Valikia la vio enseguida.

—No te preocupes por eso. Buen viaje, Valikia.

Valikia esta vez no detuvo a su hermano cuando alzó el vuelo. Lo observó alejarse, todavía con un tremendo conflicto en su interior, pero ya más tranquila.

# Capítulo 13: Una visita indeseada

*Valikia frunció el ceño. Miró con cara de pocos amigos a la mujer sentada frente a ella.*

*—Valikia, no seas así —gruñó Denkuro, de pie detrás de la desconocida.*

*—Pero, Kuro, es que… —Valikia calló, sin saber muy bien qué decir.*

*La mujer tenía el pelo liso, del color de la nieve, muy diferente al tono negro al que estaba acostumbrada. Su piel, bronceada por el sol, hacía brillar el dorado de sus ojos. Sus cuernos eran oscuros y solo ligeramente curvos, nada que ver con los pálidos cuernos en espiral que veía todos los días. Y sus alas, en vez de ser de plumas azabache, eran marrones.*

*Valikia, por entonces, tenía catorce años. Y toda su vida no había hecho más que escuchar a sus padres que los zeafíreos del otro continente eran inferiores: no podían controlar la electricidad, criaban piaferis en vez de los más resistentes piaferequus, su pelo blanco les impedía camuflarse con la misma facilidad…*

*El rostro de la desconocida se iluminó con una cálida sonrisa.*

*—Creo que no nos hemos presentado debidamente todavía —dijo. Su voz era muy suave, como el arrullo de un río. Valikia se irguió en su silla, intentando parecer más alta, sin éxito—. Mi nombre es Uma.*

*—Yo soy… Valikia —contestó ella con cierta lentitud, recelosa.*

*Su hermano le había prometido presentarle a su pareja ese día. La había conocido hacía un año y no se la había presentado hasta entonces, ¡su aspecto había sido todo un misterio! Pero tanto Valikia como sus padres habían asumido que se trataría de una zeafírea de Zarested; Denkuro nunca había comentado nada de que fuera diferente…*

*Y ahora Valikia entendía por qué no lo había hecho. Sus padres se iban a llevar una tremenda sorpresa cuando llegaran a casa…*

*—Tienes unas alas muy bonitas —comentó Uma al ver que el silencio se extendía, manteniendo su sonrisa.*

*Valikia desvió la vista hacia sus alas, extendiendo una de ellas a su lado. Ignoró el ardor en sus mejillas; no sabía muy bien cómo responder a un cumplido. Al menos, le agradaba que se apreciara el cuidado que ponía en tener sus plumas impolutas.*

*—Gracias… Eh… —Valikia clavó sus ojos naranjas de nuevo en Uma. Notaba la mirada asesina de Denkuro taladrándola, una advertencia silenciosa de que no se atreviera a decir nada que pudiera ofender a su pareja—. Tus alas también están… bien. Aunque no sean tan oscuras como las mías.*

*Denkuro gruñó, pero Uma rio con suavidad. Ya venía preparada para las opiniones de la familia de su novio. Era un pequeño comienzo.*

***

Valikia suspiró con pesadez. Ahora no dejaba de pensar en Uma. Habían pasado ya cinco años

desde su muerte, pero el recuerdo permanecía vivo en su mente.

Habían salido temprano de Eliean esa mañana, tal y como estaba previsto. Tras despedirse de sus padres bajo la pálida luz del amanecer y cargar las mochilas con comida, se habían marchado. No habían vuelto a ver a Denkuro, si bien Caedra había ocultado su decepción.

Pararon a comer cuando el sol había llegado a su punto más alto en el cielo despejado de aquel día. Valikia observó a Caedra por el rabillo del ojo. La zeafírea estaba sentada en una de tantas rocas esparcidas por esa zona del bosque, pues todavía estaban en la montaña. Parecía sumida en sus pensamientos; se limitaba a masticar el bocadillo con lentitud, con la mirada fija en el suelo, mientras Hadriel, Jay y Tarvo conversaban.

Las facciones de Caedra eran más afiladas que las de Uma, que habían sido suaves y redondeadas. El pelo de Caedra era ondulado; el de Uma, liso. La piel de Caedra era bastante más oscura, y sus ojos, más que dorados, eran amarillos, con cierto brillo salvaje y rapaz del que Uma había carecido.

Las diferencias eran claras. Pero ambas tenían la misma edad (o la habrían tenido, de haber seguido Uma viva…), ambas eran de complexión idéntica, tan esquelética, y, sobre todo, ambas eran zeafíreas de Aruristed, compartiendo muchos rasgos.

Caedra era la segunda zeafírea del otro continente que Valikia veía en su vida. Muchos, la inmensa mayoría, no llegaban a ver ninguno. Era inevitable que la comparara con Uma.

Se fijó en que Caedra tenía unas profundas ojeras. Cada día estaban más marcadas, pero Valikia desconocía la causa de que no durmiera bien, y, desde luego, no se atrevía a preguntar.

De hecho, ahora no era capaz siquiera de hablarle. ¿Cómo empezaba una conversación con Caedra para mostrarle que iba a abandonar la actitud grosera y prepotente que había mantenido con ella hasta el momento? No se le ocurría nada; no era tan sencillo como acercarse sin más.

Acomodó sus alas, que usaba como respaldo, cuando la corteza del tronco en el que estaba apoyada se clavó demasiado en sus plumas. Echaba de menos a Frisie, pero el piaferequus se había quedado en la granja de sus padres en Eliean.

Desvió su atención hacia Hadriel. El hombre estaba pendiente de la descripción de la cascada de Eliean que relataba su hijo, de espaldas a ella. Valikia había comprobado en esas semanas que llevaban juntos que Hadriel se tomaba las cosas con calma, analizaba con precisión y siempre decía lo que era necesario en cada situación. Había pillado a Caedra hablando a solas con él en muchas ocasiones; a Jay, naturalmente, también; y hasta a Tarvo en algún momento, si bien solo había sido un par de veces.

Valikia suponía que Hadriel sería quien mejor podría aconsejarla para arreglar las cosas con Caedra, pero no se atrevía a acercarse a él. Se moriría de vergüenza admitiendo su error y pidiendo ayuda. El orgullo siempre era su mayor defecto.

No tardaron en reemprender la marcha. Caedra había compartido con ellos esa mañana la información que había aportado Denkuro sobre el Oráculo de Finthad, donde se guardaban archivos sobre el misterioso hombre que había llevado las sombras a Gaelar mil años atrás. Por tanto, ya tenían otro nuevo destino al que dirigirse tras visitar las ruinas de Agishia.

—Te veo muy callada, Val.

La zeafírea dio un respingo y alzó la vista, topándose con los ojos marrones de Jay. Se dio cuenta de que, según continuaban descendiendo por la ladera de la montaña, se iba quedando rezagada del resto del grupo.

—Y distraída —añadió Jay, divertido, ante su reacción. Se puso serio de nuevo, cruzando los brazos—. ¿Te pasa algo?

Entre la extraña expresión melancólica que había visto en Valikia la tarde anterior y su raro silencio aquella mañana, ya que Valikia y él conversaban la mayor parte del tiempo mientras viajaban, Jay estaba desconcertado y un poco preocupado.

—Es solo que… No sé cómo hablar con Caedra —confesó Valikia, echando a andar de nuevo. Jay la siguió, pues no podían quedarse quietos si no querían separarse del resto, pero iban lo suficientemente apartados para que no escucharan su conversación.

Jay ladeó la cabeza para mirarla, confuso y sin querer hacerse ilusiones. Dio sin querer una patada a una piña que había caído de los pinos.

—¿A qué te refieres?

Valikia se llevó las manos al pelo, empezando a juguetear con uno de los mechones.

—Quiero disculparme por mi comportamiento, pero no sé cómo hacerlo sin que quede forzado —admitió, observándolo por el rabillo del ojo, nerviosa.

Jay no pudo evitarlo y sonrió con alivio. Valikia por fin estaba dispuesta a dejar a un lado su conflicto con la otra zeafírea.

—No va a resultar forzado si te vas a disculpar de verdad, Val —dijo Jay con suavidad y puso una mano en su hombro—. Pero, aunque me alegra tu decisión, ¿qué te ha hecho cambiar de opinión ahora?

Porque, detrás de las palabras de Valikia y su extraño comportamiento, Jay deducía que su cambio de actitud tenía algo que ver con lo que no había querido contarle el día anterior.

—Me he dado cuenta de algunas cosas tras hablar con mi hermano, nada más —murmuró ella, soltando su pelo. Se ajustó el bolso antes de girar la cabeza hacia él—. Quizás esta noche intente disculparme con Caedra.

—Sí, será buen momento, cuando paremos para dormir —asintió Jay. Decidió no presionar más. Valikia se lo contaría tarde o temprano, cuando ella se sintiera cómoda.

Jay miró a Caedra, de espaldas a él, caminando muy por delante. Su pelo blanco estaba recogido en una alta coleta, dejando sus hombros al descubierto y permitiéndole ver que su postura no era tan erguida como siempre. Se la notaba cansada, pero Jay no era capaz de averiguar por qué. Y su última conversación con ella no había terminado muy bien; todavía mantenía el amargo sabor de boca que le había dejado. Tenía miedo de que esta vez sí acabaran discutiendo si intentaba de nuevo que le contara lo que le sucedía.

Tenía la esperanza de que la disculpa de Valikia la animara un poco. Sabía que Caedra no había estado cómoda con la inclusión de Valikia en el grupo por su actitud con ella, pero parecía que las cosas iban a cambiar al fin.

Estaba impaciente por llegar a las ruinas de Agishia y obtener la información que buscaban en

su viaje a Zarested. No tenía prisa por enfrentarse al emperador, pero sí por reunir todo lo necesario para tener ventaja y estar bien preparado cuando llegara el momento, pues sabía que era inevitable.

Era extraño estar paseándose sin preocuparse de borrar constantemente su rastro para que no los localizaran los Shak'ti, o no tener que estar pendiente a cada instante de que no hubiera un pájaro zizevin, los mejores espías del emperador, al acecho en la copa de un árbol. Había llegado a Zarested en tensión por ser, de nuevo, territorio desconocido. Pero cuando pensaba en cosas de ese tipo, no todo era tan malo.

Jay era consciente de que ahora era capaz de enfrentarse a su misión con confianza porque contaba con el apoyo de su padre y de sus amigos. Lo veía todo de forma muy diferente a su llegada a Gea por primera vez.

Volvió a observar a Valikia de reojo. No terminaba de aclararse con ella. Le había causado una gran curiosidad desde el principio y había querido conocerla mejor, pero ahora se daba cuenta de que estaba todavía muy lejos de poder decir que sabía cómo era. Que era extrovertida y juguetona, lo tenía claro, pero Valikia ocultaba algo. Solo tenía que averiguar qué.

—¿Te diviertes admirándome? —ronroneó ella, mirándolo de soslayo con una pícara sonrisa.

Jay giró la cabeza con rapidez, con las mejillas ardiendo por haber sido pillado observándola. Sí, ahí estaba la Valikia que había ido conociendo esas semanas.

***

Se detuvieron al caer la noche cerca de un riachuelo que se abría camino entre una serie de rocas bastante alisadas por el agua, con abundantes helechos en la tierra húmeda de la orilla.

Valikia se sentó junto a Jay para cenar, todos reunidos en torno a una pequeña hoguera. Caedra estaba situada frente a ella, al otro lado del fuego, pero, por más que Valikia la contemplaba a través de las ascuas que ascendían, Caedra no le devolvía la mirada. La zeafírea de pelo blanco seguía en su mundo, con las sombras creadas por las llamas incidiendo en sus ojeras y pómulos.

«Piensa, Valikia, piensa…», se dijo, mordiéndose el labio. ¿Cómo le comentaba que quería hablar con ella?

—Voy a intentar dormir, estoy muy cansada —les comunicó Caedra, levantándose y estirando sus alas, en cuanto terminó de comer.

Valikia abrió la boca para frenarla, pero no se le ocurrió qué decir. Extendió una mano hacia ella y enseguida la retrajo, frustrada. Caedra ya se había encaramado a las ramas de un pino algo alejado para tumbarse.

Jay se inclinó hacia Valikia y le dio unas palmaditas en la espalda, viendo lo que había sucedido.

—Ya lo intentarás mañana cuando nos levantemos —le dijo en un susurro para animarla.

Valikia hundió los hombros. Precisamente cuando se decidía a disculparse con Caedra, esta se mostraba más distante que nunca.

—¿Qué os traéis entre manos vosotros? —quiso saber Hadriel, observándolos.

—Papá, no seas cotilla —replicó Jay de buena gana. Estiró el brazo para coger unas cuantas bayas del montón que habían recolectado, y que ahora reposaba sobre un pañuelo en el suelo junto a la hoguera.

Valikia ignoró su conversación. Suspiró con tristeza y cogió una piedrecita del suelo.

—¿Y si dejo lo de hablar con Caedra para más adelante? —murmuró, lanzando la piedrecita al fuego de la hoguera. Abrazó sus rodillas y apoyó la barbilla en ellas.

—¿De qué quieres hablar con ella? —inquirió Hadriel, si bien podía adivinarlo. Tarvo también escuchaba con atención.

—Quiero disculparme —explicó Valikia, alzando la vista para mirarlo, esperanzada. Sus ojos naranjas brillaban con intensidad, alimentados por las llamas—. ¿Crees que es mal momento?

—Mientras la disculpa sea sincera y realmente estés dispuesta a cambiar de actitud, Caedra lo aceptará y actuará de la misma manera —respondió Hadriel con una sonrisa, fruto del alivio que experimentó ante el hecho de que la rencilla entre las zeafíreas se apagara al fin. Sin embargo, acto seguido frunció el ceño—. Aunque es cierto que Caedra lleva ya varios días durmiendo mal y eso ha hecho mella en su ánimo.

Seguía muy preocupado, y no había encontrado un hueco para hablar con ella.

—Bueno, dudo que se lo tome a mal —comentó Jay tras tragar una baya que se había llevado a la boca. Se había armado con todo un puñado—. Yo tengo la esperanza de que se anime un poco.

—Es una opción —asintió Hadriel. Era lo que deseaba él también.

—Sí, la tensión entre Valikia y ella la ha tenido amargada desde el principio —añadió Tarvo, decidiendo ser sincero—. Así que quizás ayude.

—Tampoco hay que pintarlo de esa manera… —protestó Valikia, inclinando la cabeza para ocultar sus mejillas ardiendo. Los miró por debajo de las pestañas—. Aunque me alegraré si disculparme la ayuda en algo.

—Mañana lo comprobaremos —dijo Jay. Se encogió de hombros—. Y si no se puede mañana, ya habrá más momentos.

—Sí, no hay por qué forzarlo —apoyó Hadriel. Se levantó y se sacudió las manos—. Será mejor que nosotros también intentemos dormir para reanudar la marcha temprano.

—Jo, papá, todavía es pronto —se quejó Jay mientras masticaba otra baya—. Y yo no he terminado de comer.

—Para variar —murmuró Tarvo, pero Jay alcanzó a escucharlo y le dirigió una mirada acusadora. Tarvo soltó una carcajada, cerrando su cuaderno de dibujo para guardarlo—. Siento comunicártelo, mi querido príncipe, pero el momento de dejar de comer siempre llega, tarde o temprano.

—Muy filosófico, Tarvo. Lo tendré en cuenta —refunfuñó Jay. Se llevó todas las bayas que le quedaban a la boca de golpe, inflando sus mejillas de una forma bastante cómica.

Los otros tres observaron su nuevo aspecto de hámster. Tarvo y Hadriel rieron, y a Valikia se le escapó una sonrisa divertida a la vez que se llevaba una mano a la cara.

«Mañana hablaré con Caedra», se dijo, decidida.

***

*Caedra abrió los ojos con lentitud. Miró a un lado y a otro, viéndose rodeada de una densa bruma negra por todas partes. La oscura niebla se extendía más allá de donde llegaba su aguda visión, sin nada más en aquel extraño espacio en el que se encontraba.*

*Raras eran las ocasiones en las que Caedra sabía que estaba soñando. Esa vez, sin embargo, se dio cuenta de inmediato de que se trataba de un sueño.*

*—Muy astuta, mi estimada huésped.*

*Un sueño… o una pesadilla. Caedra tuvo un escalofrío al reconocer la voz que escuchaba en su mente.*

*Giró sobre los talones y se le escapó una exclamación al toparse con Kendrij. Su piel blanca, su pelo castaño recogido en una coleta y con el mismo traje escarlata con el que le había visto la última vez. Sus ojos marrones, no obstante, permanecían igual de fríos, nada que ver con la calidez que poseían cuando estaba vivo.*

*—Ken… —balbuceó ella, llevándose un puño al pecho. Sacudió la cabeza y endureció su expresión—. Sé que no eres Kendrij. ¿Por qué insistes en mostrarte con su aspecto?*

*Kendrij, o la misteriosa entidad con forma de Kendrij, sonrió con malicia.*

*—Porque así es más divertido. Créeme, si me mostrara con mi verdadero aspecto, saldrías huyendo despavorida.*

*—Lo preferiría a estar viendo algo que no es real —replicó Caedra con sequedad. Se cruzó de brazos—. ¿Por qué me has llamado «huésped»?*

*—¿No es lo que eres? —dijo él, ladeando la cabeza en un gesto de falsa inocencia—. Ahora vivo en tu mente.*

*—No por elección mía —gruñó Caedra. Dio un paso hacia delante, clavando en él sus ojos amarillos—. ¿Qué eres exactamente?*

*—¿No te gustaría saberlo? —ronroneó él, caminando en un círculo alrededor de Caedra—. Soy una sombra.*

*Caedra se giró cuando él se detuvo a sus espaldas para encararlo de nuevo.*

*—Eres más que una simple sombra. Eso, o me estoy volviendo loca.*

*—Es una opción —asintió él, sarcástico.*

*—¿Cómo es que esta noche has sido tan amable de no causarme una pesadilla? —inquirió ella, reflejando su irritación.*

*Él se llevó una mano al pecho, echándose hacia atrás, pretendiendo estar ofendido.*

*—¿Qué te hace pensar que soy yo el que causa tus pesadillas, zeafírea?*

*—El hecho de que las tengo desde que tú has aparecido en mi mente.*

*—Puede que tenga algo que ver —aceptó él con sorna. Cruzó las manos detrás de la espalda y*

*la contempló con desdén, como si no fuera digna de su presencia—. Discúlpame, pero pocas formas tengo de divertirme cuando me veo relegado a habitar el cuerpo de una forma de vida inferior para lograr mi objetivo. Me aburro, ¿sabes?*

*Caedra frunció el ceño. Había demasiada información en esa contestación.*

*—¿Forma de vida inferior? —repitió ella, incrédula. Puso los brazos en jarras—. ¿Se puede saber qué eres para que digas eso?*

*—Algo que desconoces, mortal —respondió él, pronunciando la última palabra con cierto asco.*

*—¿«Mortal»? ¿Acaso eres tú alguien inmortal? —quiso saber Caedra. Sacudió la cabeza—. Oh, por todos los dioses. Eso no existe.*

*—¿Quién eres tú para decidir lo que existe y lo que no, insignificante mortal? ¿No estás diciendo siempre que no hay que juzgar lo que uno no conoce? —se mofó él.*

*Caedra apretó los dientes. Probó a cambiar de pregunta:*

*—¿Por qué tienes que «habitar» mi cuerpo? ¿No tienes el tuyo?*

*El rostro de «Kendrij» se arrugó en una mueca de furia, una expresión de ira tan profunda que nunca había visto en el auténtico.*

*—Lo tuve. Pero ya no. Por culpa de Djaka… y Luvann. —Arrastró los nombres con profundo odio.*

*Caedra se quedó boquiabierta. El primer nombre no lo reconocía en absoluto, pero el segundo…*

*—Luvann… ¿El dios Luvann?*

*«Kendrij» echó la cabeza hacia atrás y rio, llevándose las manos al abdomen. Caedra arqueó una ceja y esperó a que se calmara.*

*—¿Dios? —repitió él, mirándola con diversión y aquel destello glacial en sus ojos—. Los dioses no existen. Puede que Luvann sea inmortal, como yo, pero te aseguro que cuando lo atraviese con mis garras, morirá al igual que cualquier otra criatura de este planeta. —Sacudió la cabeza con lentitud, esbozando una sonrisa altanera—. Cuántas cosas te quedan por aprender, mortal.*

*—Mi nombre es Caedra —señaló ella, indignada y con las plumas de sus alas crispadas.*

*—Te llamaré como a mí me plazca. No eres mi igual —replicó él con desdén, agitando la mano —. Solo eres un medio que necesito para alcanzar un fin.*

*—Ya… —Caedra entornó los ojos—. El objetivo que mencionaste antes. ¿Cuál es? ¿Tiene algo que ver con Luvann?*

*—Quizás.*

*Caedra tensó las comisuras de los labios.*

*—Luvann… Si no es un dios, ¿qué es? —quiso saber—. ¿Por qué debería fiarme de ti?*

*—¿En qué momento he intentado ganarme yo tu confianza, mortal? —se burló él. Cruzó los*

*brazos y dejó escapar una carcajada ácida—. No es algo que necesite. Harás lo que yo te diga.*

*—No estoy a tus órdenes —replicó ella de inmediato, extendiendo las alas con brusquedad—. Eres tú el que está en mi mente, no al revés. Sigue siendo mi cuerpo, no el tuyo.*

*—Por ahora —dijo él de forma enigmática. Caedra tuvo un escalofrío y sus hombros se quedaron rígidos—. No me importa dejarte cierta libertad, al fin y al cabo te he escogido a ti porque por fin he encontrado a alguien que comparta mi mismo objetivo, y terminarás yendo a donde quiero que vayas. Tarde o temprano.*

*Caedra plegó las alas, desconcertada.*

*—¿El mismo objetivo? ¿A qué te refieres?*

*—Todo a su tiempo, mortal —ronroneó él. La agarró de la barbilla y acercó su rostro al de ella peligrosamente. El corazón de Caedra se aceleró. Tenía el aspecto de Kendrij, pero no era Kendrij. Su aliento era tan frío como el viento de invierno, su tacto glacial—. No podré divertirme tanto si desvelo todo desde el principio. Además…, siendo una mortal, no me entenderías.*

*Caedra se libró de su mano y retrocedió. Se apresuró en derretir el hielo que amenazaba con apoderarse de sus venas.*

*—No eres más que un parásito con aires de grandeza —espetó, desafiante. Pero nunca era buena idea enfrentarse a la tempestad sin tener las armas adecuadas.*

*«Kendrij» clavó en ella sus gélidos ojos. Su mueca era de furia.*

*—Has cometido un grave error diciendo eso, mortal. Pensaba darte un pequeño descanso esta noche, pero… tú lo has querido —siseó.*

*Caedra siguió retrocediendo, intimidada, consciente de que se había excedido en un lugar donde no tenía manera de defenderse. Las brumas empezaron a girar a su alrededor, envolviéndola y empezando a asfixiarla.*

*Gritó y se retorció. Extendió las alas y las batió con fuerza. Tras pelear durante unos segundos, al fin logró librarse de su abrazo mortal.*

*Cayó al suelo de rodillas, jadeando. Se sorprendió al ver que ahora estaba sobre tierra y no sobre niebla.*

*Se incorporó y estudió los alrededores, confusa. Había varios árboles de gruesos troncos, copas redondas y corteza gris. Parecía estar en medio de un camino que iba a través de las encinas.*

*—Cai, ¿qué haces aquí?*

*Su corazón se aceleró al escuchar esa voz tan familiar, tan suave como la recordaba. Se giró y una vez más se topó con Kendrij, pero este Kendrij no tenía el aspecto demacrado de su impostor. Caedra se atrevió a mirarlo a los ojos, temerosa, y encontró calidez en vez de frialdad.*

*¿Era… real?*

*—¿Ken?*

*—¿Quién si no? ¿Qué te pasa? —inquirió él con delicadeza, divertido. Se acercó a ella y*

*extendió un brazo—. ¿Estás…?*

*No llegó a terminar la frase. Una flecha le atravesó el pecho. Y otra. Y otra más.*

*Caedra se quedó congelada, con los ojos abiertos como platos, su rostro salpicado con sangre. Kendrij se derrumbó en sus brazos y ella lo observó, respirando cada vez más rápido, temblando, su ilusión hecha añicos.*

*«No… No… ¡No!».*

*Cinco sombras enmascaradas emergieron de los árboles. Caedra gritó con todas sus fuerzas, enfurecida. Dejó a Kendrij en el suelo y cogió la lanza que tenía enganchada en su espalda, empuñándola con tanta fuerza que su mano se quedó blanca.*

*Clavó sus ojos salvajes en los Shak'ti. Iba a matarlos. A todos ellos. A los asesinos de Kendrij. Pagarían por lo que habían hecho.*

***

Valikia se despertó temprano. Demasiado temprano. Se incorporó hasta quedar sentada y se llevó una mano a la cara, frustrada.

Ni siquiera había amanecido todavía. Tenía la cabeza embotada de preocuparse tanto por su problema.

«¿A qué vienen estos nervios ahora?», pensó, irritada. Solo era hablar con Caedra. Nada más. No era algo como para no poder dormir.

Le estaba dando demasiadas vueltas. Tampoco tenía que soltar ningún discurso. Solo una pequeña disculpa y empezar a tratarla mejor. Y, con un poco de suerte, acabar siendo amigas, con el tiempo. Fácil.

Se levantó y estiró las alas. Comprobó que el cielo empezaba a aclararse y a teñirse de naranja, así que, aunque no había amanecido todavía, ya se vislumbraba el sol. Una ardilla roja pasó corriendo junto a ella, trepando a un pino para refugiarse.

Jay seguía tumbado cerca, sumido en un profundo sueño, como de costumbre. Tarvo estaba no muy lejos apoyado en un tronco, con la cabeza gacha y los brazos cruzados. Divisó a Caedra en las ramas del mismo árbol al que había ido la noche anterior y al bajar la vista de nuevo se topó con Hadriel, que volvía de dar un paseo.

—Buenos días, Valikia —la saludó él con una sonrisa, en tono no muy alto para no despertar al resto—. Es pronto todavía.

—Ya, pero… me he despertado —fue todo lo que pudo decir ella. Se sintió una estúpida constatando lo obvio—. Eh… ¿Te ayudo con algo?

—Tengo ya algunos frutos para desayunar —contestó Hadriel, levantando con un brazo la rama que cargaba. La dejó sobre el montón en el que tenían el resto de las cosas—. Puedes ir despertando a los demás, si quieres.

Valikia asintió con la cabeza, no muy lúcida todavía a esas horas de la mañana. Se giró hacia el árbol en el que estaba Caedra y frunció el ceño.

No tenía sentido continuar alargándolo. Tenía que disculparse para pasar página cuanto antes.

¿Por qué se sentía como si estuviera caminando hacia su ejecución?

Estiró las alas y subió a las rugosas ramas del pino. Se inclinó sobre Caedra y extendió una mano para sacudir su hombro, con la intención de despertarla. Se quedó quieta al reparar en su expresión de angustia, con los ojos apretados, la mandíbula tensa y los labios en una fina línea recta. ¿Estaría teniendo una pesadilla?

Valikia echó su brazo hacia atrás con brusquedad cuando Caedra abrió los ojos de golpe, mirándola con ferocidad.

—Eh…

Valikia no supo muy bien qué decir, intimidada, conteniendo la respiración. ¿Por qué Caedra no dejaba de observarla de esa forma? Se sentía como una liebre acechada por un halcón.

Gritó cuando Caedra se levantó y la golpeó con sus alas, invocando un viento huracanado que la lanzó por los aires. Valikia cayó a la tierra bruscamente, arrastrándose varios metros antes de detenerse. Se quedó sin aliento por el repentino y doloroso ataque, mareada y confusa. ¿Qué acababa de pasar?

Ahogó una exclamación al ver a Caedra descendiendo sobre ella empuñando la lanza, el pico metálico directo a su pecho. No iba a poder defenderse…

Caedra se quedó suspendida en el aire. Valikia la observó con los ojos muy abiertos, jadeando y con el corazón en la garganta.

Hadriel tenía la mano extendida hacia Caedra. Había logrado atraparla con su telekinesis justo a tiempo, pero no entendía qué estaba sucediendo. Un mal presentimiento ejercía una desagradable presión en su pecho. Caedra respiraba de forma acelerada, con los ojos a punto de salirse de sus órbitas, víctima de una repentina ira que amenazaba con destruir todo a su alrededor.

La conmoción fue suficiente para despertar a Tarvo y a Jay. Tarvo se puso en pie de un salto, alerta, y Jay tardó un par de segundos más en reaccionar, pero se incorporó enseguida tras ver a Valikia en un pequeño cráter en la tierra y a Caedra congelada sobre ella con la lanza apuntando a la otra zeafírea.

—¿Se puede saber qué está pasando? —exigió saber Jay, corriendo hacia ellas.

Valikia se atrevió a incorporarse sobre piernas temblorosas. Le dolía todo el cuerpo y ella tampoco entendía lo que acababa de ocurrir.

—¡Suéltame! —gritó entonces Caedra, retorciéndose—. ¡Voy a matarlo!

Hadriel apretó los dientes, incapaz de comprender lo que sucedía. ¿Por qué Caedra había hablado en masculino? Supuestamente se estaba refiriendo a Valikia.

—Caedra, tranquilízate… —empezó Hadriel, dando un paso hacia ella, con las palmas de las manos alzadas en gesto de paz.

—¡Voy a mataros a todos! ¡Asesinos! —sentenció ella con una furia que Jay no había escuchado nunca, tan intensa que sus ojos amarillos prácticamente ardían. ¿De qué estaba hablando Caedra? ¿Qué había pasado mientras él dormía?

Hadriel abrió los ojos como platos cuando Caedra se libró de su control, con una pequeña onda

de brumas negras saliendo despedida de su cuerpo. Caedra no era telépata, ¡no tendría que haber sido capaz de hacer eso!

La zeafírea se elevó en el aire. Batió las alas con fuerza, mandando a Valikia y a Hadriel contra los árboles a sus espaldas.

La situación se descontrolaba.

—¡Cai, detente! ¡¿Te has vuelto loca?! —gritó Jay, alarmado. Comprobó por el rabillo del ojo que su padre se levantaba con rapidez.

Y Jay se quedó paralizado cuando Caedra giró la cabeza hacia él con brusquedad. Era ese movimiento que siempre le recordaba al de un ave rapaz. Muchas veces había bromeado diciendo que se sentía como una presa a por la que iba en picado, pero en esa ocasión…

En esa ocasión realmente era una presa para ella. Jay tensó los músculos cuando ella alzó su lanza.

—¡Caedra, soy yo! ¡Jay! ¡¿Qué te pasa?! —exclamó él casi con desesperación, retrocediendo. Envolvió sus puños en fuego azul, pero sabía que no iba a ser capaz de atacarla.

Caedra, en cambio, sí que fue capaz. Deslizó su lanza en diagonal y mandó contra él una poderosa corriente de viento cortante. Jay jadeó, sin comprender lo que estaba sucediendo.

Tarvo lo embistió y los dos rodaron por el suelo. El viento partió limpiamente por la mitad el pino que había estado detrás de él. Jay palideció al ver cómo se derrumbaban las dos mitades del tronco.

Caedra gritó y se retorció al ser atrapada de nuevo por la fuerza psíquica de Hadriel.

—¡No voy a detenerme hasta que paguéis por matar a Kendrij! —espetó ella, fuera de sí. Luchó por mover los brazos, soltando su lanza en el proceso. Esta cayó al suelo con un ruido seco.

Hadriel tensó la mandíbula, esforzándose por mantenerla bajo su control mientras el sonido de su acelerado corazón retumbaba en sus oídos. ¿Qué era lo que estaba viendo Caedra? No detectaba la presencia de nadie más por la zona; no podía tratarse de un telépata que hubiera atrapado a la zeafírea en una ilusión. Y aun así, por lo que ella decía, estaba claro que no estaba viendo la realidad.

—¡Caedra! —la llamó Hadriel, con la esperanza de que reconociera su voz. No quería hacerle daño. No sería capaz—. ¡Reacciona! ¡No somos tus enemigos!

Ella gruñó como un animal salvaje, controlada por su ira. No iba a tardar en zafarse de él de nuevo.

Jay y Tarvo se levantaron. Tarvo adoptó una postura defensiva, preparado para erigir muros de piedra si era necesario.

Jay endureció su expresión. No se quedaría de brazos cruzados mientras Caedra sufría. Y no iba a permitir que se hiciera daño.

—¡Cai! —exclamó, yendo hacia ella. Iba directo al corazón de la tempestad.

—¡Jay, apártate! —le advirtió Hadriel, alarmado. Podía perder el control en cualquier momento. Le temblaban las manos, también, en parte, por la preocupación que le estaba

causando el estado de Caedra.

Su hijo lo ignoró. Se detuvo frente a la zeafírea, que estaba suspendida en el aire frente a él.

—¡Cai, soy Jay! No sé qué narices estás viendo, ¡pero no es real! —dijo, alzando la voz por encima de los gritos de Caedra—. ¡Nos estás atacando a nosotros!

Los esfuerzos de Caedra por liberarse del agarre de Hadriel al fin se fueron reduciendo. La zeafírea calló y, al ver que se quedaba quieta, Hadriel se atrevió a suavizar su fuerza psíquica. Le permitió descender al suelo y aterrizar.

—¡Cai! —la llamó Jay de nuevo, agarrándola de los hombros y zarandeándola. Sus ojos parecían nublados y no lo enfocaban a él. ¿Qué le pasaba?—. ¡Despierta!

Ella parpadeó y la niebla en sus ojos se despejó. Sacudió la cabeza, confusa, como si despertara por primera vez. Jay la observó con cuidado, su espalda rígida.

—¿Estás… bien? —le preguntó, inquieto. Temía que la furia volviera a apoderarse de ella.

Hadriel estaba preparado para detenerla si era necesario. Caedra miró a un lado y a otro, analizando la destrucción en el claro. Sus ojos se detuvieron en Valikia, que seguía en el suelo, con tierra y arañazos por toda su piel. La observaba con el temor plasmado en su expresión de mandíbula desencajada.

—¿Qué ha pasado? —quiso saber Caedra. Su voz temblaba. Recordaba la macabra imagen de Kendrij atravesado por las flechas…

—Nos has atacado… Pero no sabemos por qué —murmuró Jay. Se dio cuenta de que no tendría que haber dicho nada cuando Caedra se apartó de él con brusquedad, con los ojos muy abiertos.

—¿Yo…? —balbuceó ella, ahogando un sollozo. Su respiración se aceleró. Se le revolvió el estómago.

—Caedra, no pasa nada —dijo Hadriel con suavidad, acercándose también lentamente. No quería espantarla en aquel estado tan delicado…

Caedra sacudió la cabeza. Tenía un malestar tremendo y no entendía nada. Pero solo de pensar en que había atacado a sus amigos sin darse cuenta… En que podría no haber sido capaz de detenerse…

Alzó el vuelo con brusquedad, causando una fuerte corriente de aire al batir las alas que obligó a todos a cubrirse el rostro con los brazos, lanzando agujas de los pinos en todas las direcciones. Se alejó con rapidez y desesperación, muy confusa y, sobre todo, cargando con una terrible vergüenza.

# Capítulo 14: Bloqueo

Jay ayudó a una temblorosa Valikia a ponerse en pie. Salvo por unos rasguños, la zeafírea parecía estar bien, aunque se encontraba tan descolocada como todos los demás.

Y la confusión estaba dando paso a la ira con rapidez.

—¿Se puede saber por qué me ha atacado Caedra? —ladró Valikia, sacudiendo su ropa de la tierra.

—Nos ha atacado a todos —puntualizó Jay. La observó con detenimiento una vez más para asegurarse de que Valikia estaba realmente bien. Miró a Hadriel—. Papá…

Hadriel se había quedado contemplando el punto en el que había desaparecido Caedra, pensativo. Suspiró con tristeza. Continuaba inquieto; no terminaba de entender lo que le había sucedido a la zeafírea a la que tanto había temido hacer daño.

Tenía décadas de experiencia, era uno de los mejores telépatas de Aruristed. Era muy extraño que los hubiera atacado de esa forma, pero, además, Caedra no debería haber podido librarse de su fuerza psíquica. Y esa bruma negra que había salido despedida de ella…

—No sé qué es lo mejor ahora, Jay —admitió Hadriel, con los hombros hundidos. Se giró hacia él—. Sigo desconcertado. No sé qué le ha pasado a Caedra.

Ver a su padre tan abatido chocó a Jay. Sacudió la cabeza; no se iba a dejar arrastrar por el desánimo.

—Tengo que ir a hablar con ella —declaró con firmeza—. ¿Dónde está?

Hadriel frunció el ceño. Habría preferido ser él el que fuera a hablar con Caedra, además de que no estaba seguro de si no volvería a atacarlos, pero sabía demasiado bien lo cabezota que era su hijo.

—No se ha alejado mucho —lo informó al final. Señaló a su derecha—. Si vas en línea recta, acabarás llegando hasta ella.

—Está bien —asintió Jay—. No os mováis.

—Descuida —masculló Valikia.

Jay se fue corriendo. Valikia se cruzó de brazos y Hadriel se acercó a ella.

—Será mejor que limpiemos tus heridas —le dijo con suavidad. Les vendría bien para distraerse.

Valikia bufó, pero no se negó, resignada.

***

Caedra voló sin rumbo, queriendo alejarse cuanto antes. No supo cuánto tiempo estuvo así, con todo el espacio a su alrededor distorsionado, convertido en manchas borrosas. Solo se vio forzada a detenerse cuando sus alas se engancharon en las ramas de un árbol, desequilibrándola y arrojándola contra el suelo.

Cayó con brusquedad sobre una explanada rocosa, ahogando a duras penas un grito. Se quedó así, como un mísero pájaro derribado, sin ganas de levantarse. No tenía motivación alguna para ello.

Había atacado a sus amigos. Había atacado a Jay. A Hadriel. A Tarvo. Incluso a Valikia. ¿Por qué? ¿Cómo no se había dado cuenta?

Estaba exhausta; sus párpados eran de plomo. Sabía que su aspecto debía de ser deplorable en esos momentos, pero poco le importaba.

«Te lo advertí, mortal. No me desafíes —siseó la voz en su mente—. Que esto te sirva de lección».

Y, de repente, todo cobró sentido. Eso era lo que había pasado. El ser en su interior era más poderoso de lo que había imaginado. Era capaz de engañarla, de hacerla confundir la realidad con una de sus pesadillas y de inducirla a matar a sus amigos.

El terror se apoderó de ella. ¿Y si volvía a suceder? ¿Y si la próxima vez no había nada que la detuviera?

«No volverá a suceder siempre y cuando obedezcas, pequeña mortal».

Se sentía sola y miserable. ¿Cómo iba a explicar lo que había ocurrido? ¿Cómo iba a ser capaz de mirarlos a la cara?

—Lo siento… —balbuceó, con un nudo en la garganta. Le dolía la cabeza y sus ojos ardían. Su cuerpo tembló por un sollozo.

«Oh, por favor, no te pongas así —dijo la voz con desdén—. No ha sido para tanto. Recuerda que yo también necesito divertirme un poco de vez en cuando y tus amigos siguen vivos, ¿no es así?».

«Eres despreciable», espetó ella en su mente, apretando en sus puños la tierra y agujas de los pinos.

«Cuidado con lo que dices, mortal —le recordó él. Su tono era frío—. Puedo hacer que la próxima vez sea mucho, mucho peor».

Caedra sabía que tenía que levantarse, pero era difícil encontrar fuerzas para ello. Quizás lo mejor fuera buscar un precipicio cercano y simplemente dejarse caer…

«Nada de eso, mortal. Todavía te necesito».

Quería volver a estar con Kendrij. Necesitaba sentir sus cálidos brazos rodeándola, susurrándole al oído que aquello no había sido más que una cruel pesadilla. Ahora era un auténtico peligro para sus amigos con esa oscura criatura en su interior.

Enterró el rostro en sus brazos, dejando fluir las lágrimas. Ya ni siquiera durmiendo podía descansar. No estaría tranquila nunca.

No, no estaba loca. No era una simple voz en su interior. Ya lo había comprobado. Era una amenaza.

Y ella estaba completamente indefensa.

***

Jay buscó a Caedra, empezando a inquietarse al no encontrarla por ningún lado. Pero no iba a darse por vencido.

Los árboles que dejaba atrás le parecían idénticos a los anteriores, pinos de tronco fuerte y rugoso. La hierba era igual de escasa en todas partes, con agujas y hojas esparcidas sobre ella. Comenzó a pensar que se había perdido y estaba andando en círculos, a la vez que sus nervios aumentaban al no localizar a la zeafírea. ¿Y si le había pasado algo? Le temblaron las manos.

Aunque temió haber sido atrapado en un laberinto, logró salir de la barrera de árboles y llegó a una explanada rocosa en la montaña. Escuchó sollozos y giró la cabeza a su derecha, conteniendo la respiración por un instante. Sintió un profundo alivio al divisar a Caedra, aunque el alivio fue pronto reemplazado por la preocupación al ver que no se movía, tirada en el suelo con sus alas a un lado y a otro, y su enmarañado cabello blanco esparcido sobre ella como una manta hecha trizas.

Fue corriendo hacia ella, con el pulso acelerado. Estaba hecha un desastre, con hojas y agujas enredadas en el pelo y en las alas. Se agachó a su lado, clavando una rodilla en el suelo, y puso una mano en su espalda con suavidad, notando enseguida su temblor. Se le encogió el corazón. Habría querido recogerla y estrecharla en sus brazos, decirle que todo estaba bien, pero tuvo que contenerse.

—Cai, estoy aquí —le dijo, sin alzar la voz y sin bajar la guardia. No sabía cómo iba a reaccionar.

Ella se tensó al escucharlo. Se quedó congelada como una estatua, deteniendo sus sollozos. Levantó temerosamente el rostro de sus brazos y lo miró por debajo de las pestañas húmedas, permitiendo a Jay ver sus ojos rojos y sus mejillas empapadas. Tenía tierra en la cara.

—Jay… A… Aléjate… —murmuró ella, bajando la vista. Su voz sonaba ahogada—. No quiero hacerte daño.

Él frunció el ceño y apretó los dientes. Estaba alterada, y se forzó a ser precavido, pero persistía su deseo de abrazarla, transmitirle su calor y calmar sus nervios. No se merecía estar así, asustada de él… Fuera lo que fuera lo que le había sucedido, la había afectado gravemente.

—No vas a hacerme daño, Cai, tranquila. Ven aquí…

Extendió la mano de nuevo hacia Caedra, pero ella se apartó con rapidez, como si fuera a quemarla. Se sentó y retrocedió, arrastrándose por la tierra. Negó con la cabeza, sus hombros rígidos.

—No… no te acerques, Jay —le advirtió, temerosa. Cruzó las alas delante de ella y se mordió el labio. Jamás se lo perdonaría si le hacía daño.

Jay bajó la mano, sin saber qué hacer. No dejó de mirarla, afligido al verla en ese estado. Sus ojos amarillos, normalmente con aquel brillo salvaje y peligroso, estaban ahora apagados por completo, ensombrecidos por la angustia.

—Cai, tú no eres así. Dime, ¿qué ha pasado? —le pidió, desesperado por comprenderla. Todavía tenía muy reciente el hecho de que Caedra había intentado partirlo en dos con una de sus corrientes de aire, pero tenía que ayudarla. Necesitaba que estuviera bien—. ¿Tiene algo que ver con lo mal que has dormido estos días?

—No me creerías… —balbuceó ella. Apartó las alas con lentitud al comprobar que él se quedaba donde estaba—. Vas a creer que estoy loca. Si no lo piensas ya.

—Claro que no pienso eso —replicó él de inmediato. Suavizó la mirada—. Y no voy a creer que estás loca. Cuéntamelo, Cai, por favor.

—Yo… —Caedra se encogió. La pálida luz del amanecer incidió en sus marcadas ojeras—. Desde que nos atacaron las sombras…

—¿Sí? —Jay la instó a continuar al ver que callaba.

Caedra suspiró pesadamente. Era hora de que supiera la verdad; después de lo sucedido no podía ocultarlo más tiempo.

—Escucho una voz en mi mente. Al principio sonaba como Kendrij y pensaba que solo eran alucinaciones mías —explicó ella; su voz no era más que un susurro. Jay tuvo que esforzarse para oírla, sobre todo porque no podía acercarse sin que Caedra se alejara—. Pero pronto me di cuenta de que era algo más. Me hablaba constantemente y me provocaba pesadillas una tras otra al intentar dormir.

A Jay le podrían haber dado una patada en el estómago y se habría sentido mejor que en ese momento. ¿Cómo no se había dado cuenta de lo mal que lo estaba pasando Caedra? Solo se había empezado a fijar en sus ojeras después de que Hadriel se lo comentara, pero había estado tan distraído con la llegada al nuevo continente...

—Lo siento, Cai, no lo sabía…

—Y esta noche se manifestó en mi sueño, con el aspecto de Kendrij —lo interrumpió ella, con voz temblorosa. Clavó las uñas en las palmas de las manos—. Y me contó varias cosas, como que me quiere usar para cumplir un objetivo. Yo… yo le dije que no era más que un parásito. —La respiración de Caedra empezó a acelerarse. Sus pupilas se dilataron—. Me dijo que me castigaría y entonces… Entonces vi a Kendrij, pero esta vez era él de verdad y lo atacaron los Shak’ti y lo mataron con flechas y…

Caedra cada vez tomaba bocanadas de aire más cortas y rápidas. Jay se dio cuenta y tensó los hombros. Se atrevió a inclinarse hacia ella.

—Cai, tranquila, respira hondo.

Ella lo ignoró. Sus palabras sonaban lejanas, sustituidas por un desagradable pitido en los oídos…

—Y yo estaba atacando a los Shak’ti. Tenía que vengarme por lo que habían hecho, aunque Kendrij no quisiera que matara a nadie, y de repente estabais vosotros ahí y vi que os había atacado a vosotros, no entendía nada…

—¡Cai! —la interrumpió Jay con firmeza al ver cómo la zeafírea estaba hiperventilando.

Caedra no lo escuchó. Se estaba mareando y todo a su alrededor empezaba a estar distorsionado. Lo único que oía era el intenso y frenético latido de su propio corazón. Le dolía el pecho, como si se lo estuvieran agujereando, y sentía un extraño cosquilleo en las manos. Prácticamente no notaba los brazos…

—¡Caedra! —repitió Jay con más fuerza, con los ojos muy abiertos, consternado. Ya no dudó

en ir junto a ella, poniendo las manos en sus hombros y zarandeándola con suavidad. Se olvidó por completo del riesgo de que lo atacara, centrado únicamente en ayudarla—. Cai, vamos, reacciona.

Nunca había visto así a Caedra. Ella sabía mantener la calma. ¿Qué le estaba pasando?

La tomó de la barbilla y la forzó a mirarlo a los ojos. Los de ella estaban desenfocados por el terror. Jay tensó la mandíbula y se tragó su propio miedo. Caedra necesitaba un pilar en el que apoyarse, no a alguien tan alterado como ella.

—Cai, escúchame —dijo, esta vez más bajo. Apretó los dedos de la mano que todavía tenía en su hombro—. Tienes que tranquilizarte. Para un momento y respira hondo, ¿vale? No pasa nada. Soy yo el que está contigo y no estás atacando a nadie.

—Pero… Pero puedo atacarte y hacerte daño y…

—No, Cai —cortó él. Inclinó su rostro hacia ella, mirándola fijamente—. No vas a hacerme daño. Tranquila. Yo estoy bien. Tú estás bien. Ahora, respira hondo. ¿Me oyes, Cai? —Ella asintió con la cabeza. Sus temblores iban remitiendo. Jay sonrió, tratando de transmitirle algo de calidez—. Bien. Vamos, respira hondo.

Ella intentó hacerlo. Tomó una bocanada de aire con más lentitud. Se centró en la reconfortante voz de Jay.

—Bien, Cai. Ahora otra vez.

—Me va a obligar a atacarte, Jay…

—Cai, no vas a atacarme —le aseguró él con suavidad, pero firmeza. Poco a poco se iba normalizando su respiración—. Sigue así, Cai. Vas muy bien. Eres tú la que siempre me decía que hay que mantener la calma, ¿recuerdas? —añadió para animarla.

Ella esbozó una pequeña sonrisa, si bien estaba teñida de tristeza. Se le escapó un sollozo, pero asintió con la cabeza.

—Tienes… Tienes razón. Tengo que mantener la calma —dijo, cerrando los ojos y respirando hondo una vez más. Esa era siempre la prioridad de un afín al viento: el control de su elemento dependía del equilibrio en sus emociones.

Jay sonrió, permitiéndose tranquilizarse él también. Liberó la tensión en sus hombros. No se había dado cuenta de que los tenía tan rígidos. Aunque no lo mostrara, se había asustado, preocupado por el pánico de Caedra.

La observó durante unos segundos. Comprobó que volvía a respirar con normalidad. Se atrevió a poner la mano en su largo pelo blanco, enmarañado y con varias agujas y hojas enganchadas.

—Mira que te has puesto perdida —comentó mientras desenredaba un mechón—. Como un gatito travieso. Al final, va a resultar que ese gorro de orejas de gato que te di cuando fuiste a la Tierra te iba a la perfección.

Jay se alegró al escucharla reír con suavidad. Caedra cerró los ojos durante un momento.

—Jay… Necesito dormir —murmuró, cansada.

Él frunció el ceño.

—Lo sé, Cai. Seguro que mi padre te puede ayudar, ya lo verás.

La falta de sueño había afectado a Caedra. No solo había estado más distante o irritable esos días, había acabado interfiriendo en su capacidad para mantener la calma en situaciones difíciles. Fuera lo que fuera la criatura que la estaba atosigando, sabía lo que estaba haciendo.

¿Qué sería exactamente? ¿Una sombra? Pero ¿cómo había acabado una sombra invadiendo la mente de Caedra? ¿Acaso podían hacer eso?

Jay dudó. Caedra ahora había extendido una de sus alas hacia delante, limpiando y peinando las plumas, encorvada. No sabía si sería adecuado preguntarle más sobre el ser que le había hablado esa noche en su sueño. Caedra había mencionado que le había contado varias cosas. Y le gustaría saber de qué cosas se trataba.

—Oye, Cai…

Ella lo miró por el rabillo del ojo, sin dejar de limpiar sus alas. Jay calló. Ahora parecía tranquila… Quizás sería mejor que Hadriel se encargara de hablar de ese asunto con ella. Su padre tenía tacto y habilidad; Jay temía decir algo que no debía.

—¿Sí, Jay? —inquirió ella al final.

Él sacudió la cabeza.
—Nada, nada.

Caedra plegó el ala y le dedicó una pequeña sonrisa. Apreciaba mucho la manera en la que Jay la había ayudado, negándose a abandonarla a pesar del riesgo que había supuesto para él. La había sacado de aquella tundra solitaria y congelada, devolviéndola a la calidez del hogar con su presencia.

—Puedes preguntarme lo que quieras, no te preocupes.

La voz en su mente llevaba ya un buen rato callada, al menos.

Con esto, Jay terminó de decidirse y dijo:

—¿Qué cosas te contó, exactamente?

Caedra se giró hacia él y cruzó las piernas. Clavó la vista en su regazo, pensativa.

—No pasa nada si no te sientes cómoda contándomelo… —empezó Jay, con una mano en el cuello, nervioso.

—No, no. Es solo que… Yo misma estoy un poco confusa. —Caedra frunció el ceño—. Dijo cosas un tanto extrañas. Algo como que es una criatura inmortal… Perdió su cuerpo hace tiempo y por eso ahora está en mi mente. —Clavó sus ojos amarillos, ya no tan apagados, en Jay—. Y mencionó dos nombres que, según él, eran los culpables de que se hubiera quedado sin cuerpo. Uno no lo recuerdo, pero el otro era… Luvann.

Jay arqueó las cejas.

—¿En serio? —Se inclinó hacia ella—. ¿Qué dijo sobre Luvann?

Caedra apartó la mirada.

—Que Luvann no era un dios…

—Val tenía razón, entonces —la interrumpió Jay sin darse cuenta, emocionado. Cada vez tenían más pruebas.

Su compañera entornó los ojos. Jay puso la espalda recta y dejó escapar una risilla nerviosa.

—Lo que esta criatura en mi mente haya dicho no significa nada —afirmó Caedra, cruzándose de brazos. Le costaba todavía hacerse a la idea de que los dioses pudieran ser algo diferente a… dioses—. Puede mentir o inventarse todo.

—Supongo, pero… encajaría con lo que dijo el oráculo supremo y lo que vio Val —insistió Jay.

Caedra optó por no comentar más sobre ese tema.

—En cualquier caso —prosiguió ella—, quiere matar a Luvann.

—Eh… Vaya. —Jay torció el gesto—. Aunque si es uno de los culpables de que ya no tenga cuerpo… ¿No te contó por qué Luvann y ese otro se lo quitaron?

—No, no sé nada más. Y no es que tenga muchas ganas de iniciar otra conversación con él…

—Ya, eso es obvio —aceptó él. Se levantó y sacudió sus pantalones de tierra. Le tendió una mano a Caedra—. ¿Volvemos con los demás?

Ella se quedó mirando su mano fijamente. Jay la vio tensar los hombros y supo que a la zeafírea no le agradaba la idea de regresar.

Caedra tenía miedo. Ahora parecía tener todo bajo control, y no había vuelto a escuchar la voz de esa criatura en su cabeza. Pero eso podía cambiar en cualquier momento. Sus amigos habían sido capaces de esquivar la mayoría de sus ataques, y ella había vuelto a la realidad en un periodo de tiempo relativamente corto. Solo había sido una advertencia de esa criatura. Si había una próxima vez…, posiblemente sería mucho peor.

Apretó los dientes. No podía venirse abajo. Ella no era así. No era una persona pesimista. No se dejaba desmotivar con facilidad. Tampoco perdía el control de sus emociones.

Si esa criatura quería destrozar la esencia de quien era ella, Caedra se lo iba a poner difícil.

Tomó la mano de Jay y asintió con firmeza. Tarde o temprano tenía que enfrentarse al resto de sus compañeros y asumir lo que había pasado; debía hablar con ellos. Y Jay, orgulloso de su valor, la observó con una cálida sonrisa que aceleró el corazón de Caedra.

***

Hadriel liberó un suspiro de alivio al divisar a Jay y a Caedra en la distancia. Se permitió relajarse, después de tanto tiempo en tensión, preguntándose qué habría pasado. Se levantó del tronco caído en el que había estado sentado.

—Vaya, por fin, ya era hora —dijo Valikia con un filo tajante en su voz. Seguía de mal humor. Había estado sentada junto a Hadriel. Lo imitó y se incorporó, cruzada de brazos. Habían curado sus heridas, pero no era eso lo que la tenía tan molesta.

Todavía no lograba asumir que Caedra la hubiera atacado de esa forma. Y justo cuando iba a disculparse. Hadriel había insistido en que Caedra no haría eso bajo circunstancias normales y que algo tenía que haber sucedido, pero lo único que apaciguaría a la irritada zeafírea sería una

explicación y una disculpa de la propia Caedra.

Tarvo fue junto a Hadriel y Valikia. Caedra se detuvo frente a ellos, con Jay detrás de ella, actuando como apoyo, animándola en silencio. Al único al que Caedra se atrevió a mirar a los ojos fue a Hadriel, que la observaba fijamente.

—Caedra, me alegra ver que estás bien —dijo él. La calidez en su tono, tan familiar, hizo que Caedra liberara la tensión en sus hombros, y supo que había tenido miedo para nada. Hadriel nunca la acusaría y siempre esperaría a conocer todos los hechos antes de llegar a una conclusión —. ¿Qué ha pasado?

Por más vueltas que le había dado, era incapaz de adivinar del todo la causa del ataque de Caedra. Estaba muy preocupado.

—Eso, ¿se puede saber por qué narices nos has atacado? —ladró Valikia. Su agresividad contrastaba con la tranquilidad de Hadriel.

Tarvo se mantuvo en silencio, pero Caedra no detectó hostilidad en su postura.

—Supongo que es hora de que os cuente todo a vosotros también —murmuró Caedra. Respiró hondo—. Hay muchas cosas que yo misma no entiendo todavía. Pero todo se resume en que tengo una… ¿sombra? —Seguía sin saber muy bien cómo referirse a él o cómo describirlo—, en mi mente.

Hadriel lo había intuido. Caedra no habría podido liberarse de su agarre psíquico por su propia cuenta. Aun así, necesitaba saber más:

—¿Qué quieres decir?

—Cuando nos atacaron las sombras hace unas semanas…, empecé a escuchar una voz en mi mente. Usa la voz de Kendrij, y al principio pensé que no eran más que alucinaciones mías; quizás me estaba volviendo loca… —Caedra se llevó la mano derecha al brazo izquierdo, haciendo una breve pausa antes de continuar, incómoda ante la mirada de incredulidad de Valikia —. Sin embargo, esa voz era cada vez más insistente; cada vez la escuchaba más. Me causaba pesadillas. Y esta noche, al fin, se mostró ante mí en mi sueño.

—¿Qué tiene que ver esto con el hecho de que nos atacaras esta mañana? —la interrumpió Valikia, impacientándose.

Caedra entornó los ojos, irritada. Valikia le sostuvo la mirada. Hadriel alzó la palma de la mano en gesto de paz, pidiéndole a Valikia que siguiera escuchando. Valikia bufó, pero se quedó en silencio.

—¿Qué te dijo? —quiso saber Hadriel.

Caedra prosiguió:

—Aparentemente es una especie de criatura inmortal que perdió su cuerpo hace tiempo. Es por eso que ahora está en mi mente, no tiene cuerpo propio que habitar… Habló de querer cumplir un objetivo que era parecido al mío, pero no especificó a qué se refería. Lo que sí mencionó… —Caedra miró brevemente por encima del hombro a Jay, que seguía detrás de ella. Él asintió, animándola a continuar—. Mencionó a Luvann. Parece tener una especie de vendetta contra él; intuyo que su objetivo está relacionado con esto, pues dijo que es por culpa de Luvann que

perdió su cuerpo.

—¿Cómo? —murmuró Tarvo, arqueando las cejas—. ¿Conoce a Luvann?

—Seguro que se lo está inventando. No te puedes fiar de una sombra —masculló Valikia, girando la cabeza hacia su derecha.

—Dijo que Luvann no es un dios —añadió Caedra, con los brazos en jarras y contemplando a la otra zeafírea, sabiendo que esto haría que cambiara de opinión.

Valikia se volvió hacia ella de nuevo con tanta rapidez que Jay se preguntó si no se habría hecho daño en el cuello.

—¿En serio?

Valikia la observaba ahora con el rostro iluminado, un gran cambio respecto a su gesto malhumorado de antes.

—Sí, pero no entró en detalle —respondió Caedra—. Solo que tanto él como Luvann son criaturas inmortales. Mencionó también otro nombre, pero no lo recuerdo.

Hadriel se había llevado una mano a la barbilla, pensativo. Cada vez tenían más fuentes que confirmaban que Luvann no era un dios; solo quedaba ver lo que mostraban los murales de sus ancestros. Sin embargo, ¿por qué era Luvann inmortal, entonces? ¿Qué lo hacía diferente al resto de criaturas de Gea? Lo que parecía cierto era que tenía poder sobre la luz, algo no visto en ninguna otra parte… Al menos, según la información que poseían.

Miró a Caedra de nuevo. Su expresión era ahora sombría.

—Esa criatura en tu mente… ¿Puede controlarte?

Caedra hundió los hombros. Clavó la vista en el suelo.

—Pensaba que no. Sin embargo, lo que ha sucedido esta mañana me ha demostrado que no es así. No tiene un control completo, pero sí puede… engañarme.

—¿Engañarte? —repitió Tarvo, confuso.

Jay asintió con la cabeza. Dio un paso hacia delante para ponerse al lado de Caedra y respondió:

—La atrapó en una especie de pesadilla. En realidad nos estaba atacando a nosotros, pero ella veía algo diferente, lo que le mostraba esa criatura.

Hadriel frunció el ceño.

—Entiendo.

La criatura que habitaba ahora en la mente de Caedra era peligrosa, estaba claro. Sin embargo, también podía aportarles información útil si era cierto que conocía a Luvann.

—Siento haberos atacado —dijo Caedra, mirándolos de nuevo. Sus alas estaban rígidas; sus manos, con los puños apretados. Había pasado de proteger a sus amigos a estar a punto de ejecutarlos, todo por aquella siniestra sombra.

—No te preocupes. No ha sido tu culpa —contestó Tarvo con sinceridad.

Jay sabía que Caedra seguía torturándose por lo sucedido. Pero, por el momento, solo pudo asentir con la cabeza, mostrando su apoyo.

—Así es. No le des más vueltas —dijo Hadriel, sonriendo y poniendo una mano en el hombro de la zeafírea. Caedra se atrevió a esbozar también una pequeña sonrisa, apreciando la calidez de su contacto. Le habría dolido tanto que Hadriel la rechazara… Al fin y al cabo, había puesto en peligro a su hijo.

—Muy bonito todo —ironizó Valikia, irguiéndose y cruzándose de brazos—, pero ¿qué pasa si esto sucede de nuevo?

Fue como un jarro de agua fría para Caedra. Recuperó su expresión seria. Jay sintió un pinchazo en el corazón al fijarse en que sus ojos se oscurecían. ¿Acaso no podía Valikia dejarla descansar un poco?

—Es cierto —dijo Caedra, con voz queda—. Ha hecho que tenga pesadillas durante varias noches consecutivas para impedirme descansar y estar lúcida; así ha podido controlarme con facilidad.

—Para resistirte a su control tendríamos que ver cómo podemos evitar que tengas esas pesadillas —dijo Hadriel. Su semblante se ensombreció. La situación era complicada. No admitiría en voz alta que no pintaba bien.

—Papá, ¿tú no podrías hacer algo al respecto? —inquirió Jay, esperanzado.

—Voy a intentarlo —afirmó Hadriel. Por difícil que fuera, haría todo lo que estuviera en sus manos para ayudarla. Se apartó e hizo un gesto con la mano a Caedra para que lo siguiera—. ¿Qué tal si buscáis algo para comer mientras yo hablo con Caedra?

—Cuenta con nosotros —contestó Jay con energía.

Caedra mantuvo sus ojos, apagados, fijos en el suelo.

***

Jay fue con Valikia a buscar frutos por el bosque, mientras que Tarvo se había ido a llenar las cantimploras de agua. Todo estaba relativamente tranquilo, con pequeños pájaros verdes sobrevolándolos de vez en cuando entre las copas de los pinos, ajenos al conflicto que había acontecido entre ellos. Jay inconscientemente se aseguraba de que no fueran pájaros zizevin, por mucho que las aves espías del emperador no estuvieran en ese continente.

—¿Cómo estás?— le preguntó Jay a su compañera mientras caminaban. La observaba de reojo, fijándose en los múltiples arañazos que tenía en los brazos.

Ella se encogió de hombros.

—He estado peor, esto no es nada. Solo… me ha pillado desprevenida por completo —admitió, cruzando las manos detrás de la espalda. Respiró hondo y alzó la vista al cielo despejado—. Justo… iba a disculparme con Caedra, ¿sabes?

Jay se llevó una mano al cuello. Sí que había sido mala suerte.

—Ya… Menuda coincidencia —dijo. Giró la cabeza hacia ella, con un cosquilleo nervioso en los dedos—. ¿Has cambiado de opinión?

Valikia le devolvió la mirada.

—¿Sobre qué?

—Sobre Caedra. Sobre lo de disculparte y empezar de cero…

Varias arrugas aparecieron en la frente de Valikia.

—No. Al menos, no ahora que ya sé lo que ha sucedido realmente.

Jay esbozó una sonrisa cansada.

—Sí, porque antes parecías lista para asesinar a Caedra —la picó, dándole un codazo—. Me parece que alguien tiene que ser más paciente y saber todo antes de sacar conclusiones equivocadas.

Valikia bufó, soplando varios mechones de su corto flequillo negro.
—¿Y me lo dices tú, Jay?

El chico rio. Cruzó los brazos detrás de su cabeza.

—Vale, vale…

Caminaron durante varios segundos en silencio. Sin embargo, no era incómodo para ninguno de los dos.

—Espero que mi padre pueda ayudar a Caedra —habló Jay de nuevo. Se detuvo, Valikia parándose junto a él y ladeando la cabeza para observarlo. El chico tenía los hombros tensos—. No me esperaba que las sombras pudieran llegar a hacer algo así. Gea no deja de sorprenderme.

Valikia se mordió el labio.

—Yo estoy como tú, Jay. Sinceramente, no estoy muy segura de que esa criatura sea una sombra; yo creo que más bien estaba entre las sombras por el hecho de no tener cuerpo. Hasta donde yo sé, las sombras no tienen conciencia… Aunque, bueno… —Sacudió la cabeza—. Nadie sabe mucho sobre las sombras, la verdad —admitió.

—Tiene que haber alguna forma de deshacerse de esa criatura —masculló Jay, con la rabia burbujeando en su interior. Reanudó la marcha y su compañera lo imitó—. Encima, Cai me ha dicho que no solo usa la voz de Kendrij, sino que se muestra ante ella con su aspecto.

Valikia bajó la vista.

—Ya… Ella lo quería mucho, ¿no?

—Sí. Y esa criatura lo sabe.

***

Hadriel anduvo durante varios minutos entre los pinos, sorteando raíces que sobresalían de la tierra y arbustos espinosos. Caedra lo seguía no muy por detrás, ambos en silencio.
«Tu amigo puede intentar lo que quiera —dijo la voz, sorprendiéndola. Llevaba mucho tiempo callada—. No servirá de nada».

Caedra se temía eso mismo, pero tenían que probar.

Hadriel se detuvo cuando llegaron a un claro despejado de arbustos, con varias rocas lisas en

las que podían sentarse. El hombre se acomodó en una de ellas y le señaló a su compañera la que había a su lado. Caedra se sentó, algo nerviosa.

—Voy a leer tu mente —le explicó Hadriel, y ella asintió. Lo había deducido, y por eso tenía la espalda en tensión. Se fiaba de Hadriel, pero nunca le habían leído la mente y no sabía si notaría algo. Él suavizó la mirada al ver su expresión y puso la mano entre las alas de la zeafírea—. No te preocupes, no te va a doler.

Ella se relajó ante el contacto. Hadriel quería ayudarla, y para eso lo mejor sería que analizara con sus propios ojos todo lo que la criatura le había dicho y cómo se había mostrado ante ella. Quizás él detectara algo que ella no había percibido.

«Me subestimáis, pequeños mortales», se mofó la voz.

—No sé si funcionará —murmuró Caedra, hundiendo los hombros.

Era lo mismo que se temía Hadriel.

—No lo sabremos hasta que lo intentemos —replicó, sin embargo. Tomó la barbilla de la zeafírea con suavidad y la hizo mirarlo a los ojos. Necesitaba contacto visual para realizar un sondeo mental completo.

Caedra se quedó rígida. Hadriel se concentró.

Lo primero que vio lo sorprendió. Una especie de muro de bruma negra le impedía el acceso a la mente de Caedra, opacando sus pensamientos y recuerdos por completo. ¿Cómo era eso posible? Lo único que podía impedirle el acceso a un telépata era la defensa mental que otro telépata de su mismo nivel hubiera construido. Y Caedra no tenía ningún poder semejante.

Por más que intentó localizar un punto débil entre la marea de tinieblas, no hubo manera. Hadriel se apartó con el ceño fruncido, reprimiendo un escalofrío, y dejó caer el brazo. Nunca había encontrado algo así.

Caedra relajó su postura y lo observó con la interrogación reflejada en su mirada. Hadriel apretó los dientes y negó con la cabeza, decepcionado consigo mismo. Había querido ayudarla, y sentía que le había fallado.

—Es más poderoso de lo que me temía —dijo—. Me ha bloqueado por completo. Se supone que había alcanzado el nivel en el que solo alguien como el oráculo supremo sería capaz de algo así…

Hadriel no continuó con su explicación, pero Caedra podía inferir lo que quería decir con facilidad. Hizo una mueca, derrotada.

—Entonces, no hay nada que hacer.

Había tenido la esperanza de que Hadriel desterrara a esa criatura de su mente de alguna forma, pero en el fondo había sabido que no sería tan sencillo.

Un destello de sorpresa surcó el rostro de Caedra cuando Hadriel puso las manos en sus hombros.

—Claro que sí hay algo que hacer —replicó él con firmeza, apretando los dedos. No iba a permitir que perdiera la esperanza y se hundiera en la miseria. Si no podía ayudarla con sus

acciones, lo haría con las palabras—. Caedra, recuerda que, ante todo, tú eres la dueña de tu mente y de tu cuerpo. Esa criatura puede tratar de engañarte, pero no es más que un invasor. No está por encima de ti, mientras tú no se lo permitas.

Caedra entornó los ojos, pensativa. Era el miedo a lo desconocido lo que la tenía así. Desconocía la verdadera identidad de esa criatura, su verdadera historia, el verdadero alcance de sus poderes. Y la criatura se aprovechaba de eso. Hadriel tenía razón. Esa criatura estaba en sus dominios, en un territorio que le pertenecía a ella. No al revés.

Era hora de tener una larga conversación con la sombra que ocupaba su mente.

# Capítulo 15: Disputas

Habían parado para pasar la noche en la pendiente que daba hacia un amplio valle. El río rodeaba una pequeña ciudad que se encontraba en el centro, con una muralla natural de encinas y robles a su alrededor. Se veían las luces de las antorchas desde donde se encontraban en la distancia, una vista que a Jay le resultaba relajante y bonita. En medio del mar de oscuridad, esos diminutos brillos naranjas, como velas en un altar, aportaban cierta calidez.

Centrarse en el viaje había sido complicado después de lo sucedido esa mañana. Por tanto, Hadriel había decidido que lo mejor sería parar antes. Habían cenado pronto. Jay no tenía sueño todavía, a pesar de que había aprovechado para echar un combate de práctica contra Tarvo. Se había acomodado entre las rugosas ramas de un pino que había crecido tan torcido que, en aquella pendiente, las hojas prácticamente rozaban la tierra del suelo. Tenía los brazos cruzados detrás de la cabeza, pues ya se había cansado de estar recostado contra la áspera corteza.

A sus espaldas, el fuego de la hoguera crepitaba con lentitud. Hadriel usaba la luz que aportaban las llamas para leer, y Tarvo aprovechaba para dibujar. Caedra y Valikia estaban sentadas a un lado y a otro de Tarvo, observándolo deslizar el carboncillo por el papel, creando una imagen bastante curiosa. Jay deseó poder retratar a ambas zeafíreas, con expresiones de fascinación idénticas mientras veían cómo su compañero dibujaba con destreza. Las dos tenían la misma postura, con las piernas cruzadas, inclinadas hacia delante, los codos en las rodillas y las mejillas apoyadas en las manos.

Jay se preguntó qué estaría dibujando Tarvo para tenerlas tan interesadas, porque no alcanzaba a distinguirlo desde esa distancia. Se habría levantado para comprobarlo, pero estaba demasiado cómodo en aquel lugar que había encontrado.

De pequeño le encantaba trepar por todos los árboles. Siempre que se iba de camping con su mejor amigo, Connor, realizaban competiciones para demostrar quién podía llegar más alto. Luego habían perdido la costumbre, pero ahora Jay lo recordaba con cariño.

Tenía claro que algún día regresaría a la Tierra para hablar con Connor. No sabía si se atrevería a contarle todo, o si simplemente aparecería para saludarlo y poco más, pero lo haría. No dejaría al que había sido su mejor amigo el resto de su vida preguntándose qué le había pasado.

Alzó la vista al oscuro cielo estrellado. Si se lo proponía, podía unir algunas estrellas con otras y formar constelaciones. Sin embargo, no identificó ninguna de las pocas constelaciones que conocía. Era lógico; habría sido extraño si las constelaciones de Gea y la Tierra fueran idénticas.

¿Dónde estaría Gea en el universo?

Captó movimiento por el rabillo del ojo y giró la cabeza de nuevo hacia donde estaban sus compañeros. Caedra se había levantado. Dijo algo por lo bajo que no alcanzó a escuchar, aunque al ver que se iba caminando y se perdía entre los árboles, no fue difícil deducir que iría a dar un paseo.

Valikia también se incorporó. Miró a Jay con el ceño fruncido, reflejando sus dudas. Jay asintió con la cabeza, animándola. Valikia al fin se decidió y fue tras Caedra.

***

Caedra caminó durante varios minutos sin rumbo fijo. Esperó y esperó a que la voz en su mente dijera algo, pero se mantenía en silencio. No sabía cómo comunicarse con esa criatura, salvo esperar a que el extraño ser iniciara la conversación.

Suspiró, exasperada. Miró por encima del hombro.

—¿Por qué me estás siguiendo, Valikia?

Si la otra zeafírea se sorprendió por haber sido detectada a pesar de moverse con sigilo, no lo mostró. Se acercó a Caedra, irguiendo la barbilla con orgullo.

—No te estaba siguiendo —aclaró—. Quería hablar contigo.

Caedra enarcó una ceja.

—Muy bien —dijo ella—. ¿De qué se trata?

Valikia dudó. Giró la cabeza a un lado y a otro. Extendió las alas y las usó para impulsarse en un gran salto, encaramándose a las ramas de un árbol. Le hizo un gesto a Caedra con la mano para que subiera. Caedra, intrigada, no tardó en imitarla.

Se acomodó a su lado y se fijó en que Valikia no la miraba con hostilidad. De hecho, ni siquiera la observaba a ella. Había clavado la vista en su regazo, ahora con las piernas cruzadas.

Caedra flexionó las alas para usarlas como respaldo, apoyándose en el tronco. Dejó reposar un brazo en la rodilla. Esperó varios segundos, contemplando a su compañera de reojo. No dijo nada.

Una suave brisa le revolvió su larga melena blanca. Cerró los ojos, disfrutando del aire acariciando su cara. Ojalá pudiera despertar en las orillas de Ganthia, en el continente que ella conocía, y que la tortura con la sombra no hubiera sido más que una pesadilla…

Volvió a abrirlos cuando, al fin, Valikia habló:

—Quería… disculparme.

Valikia había entrelazado los dedos de las manos, nerviosa. Miraba a Caedra por debajo de las pestañas. Caedra nunca había visto tan sosegada y tímida a la otra zeafírea, por lo que se sorprendió.

—¿Disculparte por qué? —inquirió con suavidad al fijarse en que le costaba continuar.

Valikia tomó una amplia bocanada de aire.

—Por cómo te he tratado desde que nos conocemos —murmuró. Alzó la vista y Caedra ladeó la cabeza hacia ella, ambas mirándose fijamente a los ojos. Amarillo frente a naranja—. Sé que no he hecho más que faltarte al respeto y que he sido muy desagradable. Fue necesaria una charla con mi hermano para hacerme reaccionar… —Empezó a juguetear con uno de sus cortos mechones de pelo negro—. Y, bueno… Yo… De verdad que lo siento.

Caedra la escuchó con atención, boquiabierta. Tardó unos segundos en saber qué decir, pues no se había esperado una disculpa, ni ahora, ni nunca.

Subió las comisuras de los labios. Valikia se irguió al ver esto, esperanzada. Extendió

inconscientemente un poco sus alas.

—Acepto tus disculpas, Valikia —dijo Caedra—. Imagino que te habrá costado, así que gracias por hablar conmigo.

Valikia se llevó una mano a la cabeza, desviando la vista hacia las vainas de hojas en aguja junto a ella.

—Yo… No tienes por qué creerme, pero tenía mis razones para comportarme de esa manera —murmuró—. Quiero decir, que sé que estaba mal, pero no lo hice porque me cayeras mal ni nada parecido —añadió atropelladamente, mirándola de nuevo. Se le había acelerado el corazón.

Caedra arqueó una ceja.

—¿Quieres contármelo?

Valikia dudó. Enredó el mechón de pelo con el que estaba jugando en su dedo índice mientras pensaba su respuesta.

—Es personal —acabó por decir.

Caedra asintió.

—Puedo entenderlo, no pasa nada.

—No, yo… —Valikia sacudió la cabeza. Soltó el mechón de pelo—. Quiero contártelo, es lo mínimo después de haberme comportado de esa manera varias semanas.

—Está bien.

Valikia respiró hondo.

—Puede que suene estúpido —dijo. Apretó los puños, pues le temblaban las manos de los nervios—, pero me recuerdas demasiado a alguien. Se llamaba Uma, era la pareja de mi hermano, y era… una zeafírea de Aruristed, como tú.

Caedra se mantuvo en silencio, escuchando. Denkuro, el hermano de Valikia, la había mencionado alguna vez. Pero le había contado que su pareja había muerto…

—Uma murió hace unos cinco años —prosiguió Valikia, confirmando lo que recordaba Caedra. Valikia se rascó el brazo y se mordió el labio durante unos instantes antes de continuar—: Yo… Al principio, me costó acostumbrarme a Uma. Pero, con el tiempo, rápidamente se convirtió en una especie de hermana mayor para mí. No había tenido amigos mientras crecía, y Uma me aceptó de inmediato. Ella creía firmemente en los dioses, pero nunca trató de convencerme de que lo que yo vi de pequeña era mentira. Era… mi mejor amiga.

Un ruido encima de ellas las interrumpió. Comprobaron que solo se trataba de un par de ardillas que saltaban de un árbol a otro, dejando hojas temblando a su paso. Algunas se desprendieron y cayeron a su alrededor, junto a una piña que se precipitó con un golpe seco.

Valikia frunció el ceño.

—Uma murió por mi culpa —dijo, su voz ahora más apagada. Caedra tuvo que esforzarse para escucharla—. Yo tenía solo catorce años, nunca me había preocupado de entrenar mis poderes… Ella tuvo que defenderme cuando nos atacaron y…

Caedra puso una mano en su brazo. Valikia calló y la miró, sorprendida. Los dedos de Caedra

eran ásperos, consecuencia de sus muchos años combatiendo.

—No tienes por qué continuar si no quieres —murmuró Caedra, viéndola con dificultad para seguir hablando.

Valikia se frotó los ojos y asintió con la cabeza.

—Gracias —balbuceó. Alzó la vista al cielo y respiró hondo—. Han pasado tantos años y sigo sin superarlo…

Caedra esbozó una sonrisa cargada de tristeza. Apretó con suavidad los dedos en el brazo de su compañera antes de retirar la mano.

—Da igual los años que pasen, Valikia. Son cosas que nunca se olvidan. Puede que aprendamos a vivir con ellas, pero siempre están ahí, en nuestra mente.

—Sí…

Los siguientes minutos transcurrieron en un silencio acompañado por la brisa removiendo las hojas. Valikia había entornado los ojos, sumida en sus pensamientos. Caedra esperó pacientemente.

Al fin, Valikia la miró de nuevo. Había relajado el ceño.

—Te trataba así porque me recordabas demasiado a Uma —dijo—. Y tenía miedo. No quería admitirlo, pero me daba miedo que volviera a suceder lo mismo. Que nos hiciéramos demasiado amigas y luego pasara algo… No quería volver a sentirme como hace cinco años; fue horrible.

Se había sentido débil. Impotente. Inútil. Culpable…

—Puedo entenderlo… —empezó a decir Caedra.

—No —la interrumpió Valikia, sacudiendo la cabeza—. Es un miedo irracional. Yo ahora soy más fuerte. No necesito que nadie me proteja de nada.

—No es debilidad depender en tus compañeros —replicó Caedra con suavidad—. Para eso estamos.

—Aun así, no permitiré que vuelva a suceder lo mismo —insistió Valikia, firme—. Y si quiero pertenecer a este grupo, tengo que aceptar a todos. No funcionaremos correctamente si no me llevo bien con todos, y la única razón por la que te rechazaba era por… lo que te he contado. Quiero decir…, que sí que quiero llevarme bien contigo, Caedra.

Ella sonrió con calidez. Valikia se sintió un poco mejor al ver esto, con un agradable cosquilleo recorriendo sus manos.

—Me alegro, Valikia. Yo también.

—Puedes llamarme Val —dijo ella, más tranquila.

Caedra enarcó una ceja. Los zeafíreos no tenían costumbre de usar hipocorísticos; en muchos casos era considerado una falta de respeto, incluso. Pero sabía que Jay se refería a Valikia de esa forma. Ella misma dejaba que Jay la llamara «Cai». Era lo que tenía vivir entre humanos.

A Caedra le costó un par de segundos decidirse. Pero era un nuevo comienzo y Valikia quería que fueran amigas. Respondió:

—Y tú puedes llamarme Cai.

Valikia sonrió ampliamente.

—Cai —repitió, asintiendo para sí—. Menuda alegría le vamos a dar a Jay.
Caedra rio por lo bajo.

—Desde luego. Percibía con facilidad lo preocupado que estaba por el hecho de que no nos lleváramos bien.

—Yo tenía miedo de que terminara apartándome por eso —admitió Valikia. Pasó los dedos por su corta melena negra para distraerse—. Jay ha sido mi primer amigo después de muchos años.

—En eso puedo entenderte —dijo Caedra, sorprendiendo a Valikia. La otra zeafírea la miró con las cejas arqueadas—. Yo también estuve varios años sola, sin rumbo, tras la muerte de Kendrij. Entrené, trabajé como guardaespaldas, pero siempre sin compañía. Yo conocí a Jay de pequeña, pero cuando me reencontré con él años más tarde, ya no me recordaba. Tuve que empezar de cero con él, tuve algunas dificultades por lo mucho que me recordaba a Kendrij… —Caedra sonrió, con cierta amargura reflejada en sus ojos—. Se convirtió en mi primer amigo después de mucho tiempo. Ahora es una de las personas más importantes para mí.

—Vaya —murmuró Valikia—. ¿Y cómo era Jay cuando lo conociste? O cuando lo conociste de nuevo, más bien —se corrigió tras pensarlo un poco.

—No le gusta admitirlo, pero, como es normal, al principio tenía miedo —explicó Caedra—. Gea era un mundo desconocido para él. No recordaba nada, ni siquiera cómo usar sus poderes. Necesitó un par de años de trabajo con el fuego para llegar al nivel de ahora. Le frustraba no progresar con más rapidez. También era un poco infantil; creció protegido en la Tierra… Pero es observador e inteligente; no tardó más de un par de meses en asumir su situación y empezar a cambiar. Ahora se toma las cosas más en serio…, aunque su humor sigue reluciendo en todo momento —concluyó, divertida.

Valikia escuchó con atención, inclinada hacia Caedra. Al oír lo último, rio un poco.

—Sí, es una de las cosas que más me gustan de él.
—A mí también. Gea es un mundo hostil y peligroso, pero Jay ya no se deja intimidar y no se rinde.

Unas finas líneas aparecieron entre las cejas oscuras de Valikia.

—¿Qué pasaría si el emperador vuelve a encontraros?

—Nada bueno —contestó Caedra con acidez. La sombra de su venganza, todavía sin cumplir, se cernió sobre ella—. Sin embargo, ahora Jay ya está mejor preparado para enfrentarse a la mayoría de asesinos que envíe a por nosotros. Pero si nos volvemos a topar con el oráculo supremo…

—¿Tan poderoso es?

—No te imaginas cuánto.

Aunque Zarested era un continente desconocido y, por tanto, tenían que viajar también con cautela, era muy diferente a tener que desplazarse con la presión de saber que los estaban

siguiendo, rastreando cada uno de sus movimientos.

***

Jay sonrió al ver regresar a Caedra y a Valikia juntas. Las dos zeafíreas no se miraban, pero, por una vez, no portaban expresiones de mutuo desagrado. Caminaban relajadas y, por la leve sonrisa de Valikia, Jay dedujo que habían hablado. No esperaba que se convirtieran en mejores amigas de la noche a la mañana, pero, al menos, ya no discutirían a la más mínima.

Valikia se detuvo a su lado. Estiró los brazos y las alas y bostezó.

—No sé vosotros, pero yo voy a intentar dormir —les comunicó a todos. Se había quitado un gran peso de encima y, ahora que los nervios habían desaparecido, solo quedaba el cansancio.

Hadriel asintió con la cabeza. Cerró su libro y se levantó para apagar la hoguera. Se fijó en el rostro de Caedra, todavía marcado por las terribles ojeras, pero ahora menos severo. Esperaba que la disculpa de Valikia la hubiera animado un poco. Lo necesitaba.

—Será mejor que descansemos para continuar pronto mañana —dijo. Se giró hacia la población que quedaba al fondo del valle, en la distancia—. Pasaremos por esa ciudad para comprar más provisiones.

—Es Zvoia —informó Valikia, reconociendo la ciudad con facilidad—. No suele haber mucho conflicto, así que es un buen sitio para parar.

—¿Crees que nos vendría bien conseguir caballos? —inquirió Tarvo mientras guardaba su cuaderno de dibujo en la mochila—. No sé cómo será el terreno al otro lado de las montañas hasta las ruinas de Agishia.

Valikia negó con la cabeza.

—No veremos mucho terreno llano. No ganaríamos mucho tiempo con unos caballos.

—Qué pena —dijo Jay con evidente sarcasmo. Todavía recordaba las agujetas de la primera vez que había tenido que montar a caballo al llegar a Gea.

Su padre rio, adivinando con facilidad sus pensamientos.

—En algún momento volveremos a viajar a caballo, Jay.

—Pero ese momento no es ahora —declaró Jay, triunfal.

Tras apagar la hoguera y recoger las cosas, cada uno se fue al sitio elegido para dormir. Jay y Hadriel se acomodaron sobre unas mantas que pusieron en el suelo, plagado de pequeñas piedras y agujas que hacían imposible tumbarse directamente sobre él; Valikia hizo lo mismo no mucho más lejos, y Tarvo optó por instalarse en un hueco entre las raíces de un pino que tenía la tierra más despejada. Caedra subió a la copa de ese mismo árbol, asentándose entre las ramas, como de costumbre.

Jay estuvo mirando a Caedra (o el punto en el que suponía que estaba Caedra, pues no había mucha luz) durante un rato, pensativo. ¿Volvería a hablar esa criatura con ella esa noche? Esperaba que, al menos, le permitiera dormir un poco, aunque no era muy optimista en ese aspecto. Le habría gustado estar con ella en esa conversación, para darle su apoyo, pero era imposible. Le daba miedo que la mañana siguiente fuera una repetición de aquel día…

Cerró los ojos, intranquilo. Estaba muy preocupado por Caedra, pero no había nada que pudiera hacer ahora. Dejaría la mente en blanco para intentar descansar.

***

*Caedra oteó los alrededores, con expresión de piedra. No se extrañó al verse en aquel espacio de bruma oscura. Pero no se le cayó el alma a los pies. Tenía un propósito.*

*Giró en redondo y, tal y como se esperaba, se topó con la réplica exacta de Kendrij. La observaba con una media sonrisa en su rostro pálido, tan rígido que parecía esculpido en mármol.*

*—No te noto muy sorprendida, mortal —comentó.*

*—Eso es porque no me has hablado en casi todo el día, por lo que solo quedaba que decidieras hacerme una visita en mi sueño —replicó ella con sequedad.*

*—Una pena —ironizó él—. Me estoy volviendo predecible. Aunque tampoco te veo muy… asustada —dijo esto último con cierto fastidio.*

*—Siento decepcionarte —gruñó Caedra.*

*Él entornó los ojos.*

*—¿Tengo que recordarte quién manda aquí, mortal?*

*Caedra se cruzó de brazos. Se repitió lo que había hablado con Hadriel y se obligó a mantener la calma.*

*—Es mi mente, así que supongo que la que manda aquí soy yo —espetó. Trataba de acorralarla en un rincón, y no se lo iba a permitir.*

*Vio a «Kendrij» chasquear la lengua. Su disgusto era evidente.*

*—Así que no te ha servido de nada la lección de esta mañana. Los mortales no tenéis término medio: o sois unos cobardes, o sois unos necios temerarios.*

*—El cobarde aquí eres tú —dijo Caedra sin amedrentarse. Clavó en él sus ojos amarillos—. La única forma que tienes de hacer que te «respete» es engañándome y forzándome a atacar a mis amigos.*

*Caedra tenía que admitir que la criatura casi había conseguido lo que quería. Que se asustara y que la obedeciera por miedo a que se repitiera lo sucedido aquella mañana. Gracias a las conversaciones que había tenido con Jay y con Hadriel había logrado no venirse abajo.*

*Dio un paso hacia él y prosiguió:*

*—Eres inmortal. Puedo deducir que llevas siglos, quizás milenios, sin tu cuerpo. Y quieres vengarte de Luvann. ¿Qué te lo ha impedido? ¿Acaso has poseído antes las mentes de otros y no has logrado nada porque los has matado? ¿Los has llevado al suicidio? —Caedra bufó—. Me temo que tu método no es muy efectivo.*

*Las brumas a su alrededor, que antes se deslizaban por el suelo con suavidad, se elevaron bruscamente, como serpientes enfurecidas, y se arremolinaron. Caedra las ignoró.*

*«Kendrij» apretó los puños. Había agachado la cabeza y sus hombros temblaban. Parecía*

*estar conteniendo a duras penas su ira.*

*Alzó la vista de golpe. Sus ojos ahora eran de un tono azul hielo, muy distante del cálido marrón del Kendrij real.*

*—Insolente mortal. No me sirve cualquier criatura para mis objetivos. Pero si tengo que hacerlo, me desharé de ti y buscaré otro huésped —amenazó. Su voz era glacial, cortante.*

*Caedra se sentía especialmente temeraria. Irguió la barbilla.*

*—Adelante.*

*Pasaron varios segundos. Las brumas continuaban girando a su alrededor, revolviendo su pelo blanco. «Kendrij» y Caedra se miraban a los ojos, el hielo de él contra el fuego desafiante de ella.*

*—Sé que puedes acabar conmigo cuando quieras —prosiguió Caedra, con más confianza al ver que él se mantenía en silencio—. Sé que eres muy poderoso. Sin embargo, también puedo deducir que no es tan sencillo para ti infiltrarte en la mente de alguien, ¿no es así?*

*Él no dijo nada. Siguió observándola, analizándola. Caedra mantuvo el contacto visual, consciente de que no podía echarse atrás. O conseguía lo que quería, o nada. No podía vivir en un miedo constante, teniendo que estar pendiente de la criatura en su mente, incapaz de descansar. No podría luchar de esa manera. Sería un peligro para sus amigos.*

*—Sabes que puedo leer todos tus pensamientos —dijo «Kendrij». Sus ojos glaciales destellaron.*

*—Sí.*

*«Kendrij» dibujó una mueca en su rostro de mármol. Relajó las manos y, poco a poco, las brumas se asentaron de nuevo, reanudando la suave e hipnótica marcha por aquel extraño espacio.*

*Caedra, con el corazón latiendo salvajemente contra su pecho, esperó a que él hablara de nuevo. Al fin, lo hizo:*

*—Efectivamente, llevo más de un milenio sellado de esta forma. Muchos son los huéspedes que he intentado usar y que me han fallado. Todos inútiles… Cobardes, ignorantes.*

*A pesar de que él ahora parecía más tranquilo, Caedra no se atrevió a relajarse, manteniendo los músculos en tensión. Podía atacar en cualquier momento. Sin embargo, tenía que saber su objetivo, por lo que inquirió:*

*—¿Qué es lo que buscas, exactamente?*

*Él gruñó.*

*—Nadie te ha dado permiso para hacer preguntas, mortal.*

*Caedra frunció el ceño.*

*—No voy a poder ayudarte si no sé qué es lo que quieres.*

*—¿Por qué ibas a querer ayudarme? —replicó él, arqueando una ceja.*

*—Quieres vengarte de alguien— respondió ella, con lentitud. Esto no lo había hablado ni con*

*Jay, ni con Hadriel, pero…—. Yo también. No veo por qué no podemos ayudarnos entre nosotros. Al fin y al cabo, dijiste que me habías elegido a mí porque nuestros objetivos eran los mismos.*

*Ellos querían que doblegara a esa criatura. Era su mente, al fin y al cabo. Pero Caedra, con su odio hacia el emperador, entendía mejor que nadie la necesidad de venganza. Sabía que esa criatura era poderosa. Podría ayudarla. Y ella lo ayudaría a él, a cambio.*

*«Kendrij» la observó durante varios segundos con expresión enigmática.*

*—Eres… extraña —dijo él, al fin. Su voz carecía de toda calidez. Entornó los ojos—. Y esa es la única razón por la que no te he matado todavía.*

*Caedra se mantuvo en silencio, a la espera de que él continuara, consciente de que estaba jugando con fuego. O hielo. Solo esperaba no quemarse.*

*—Djaka y Luvann sellaron mi cuerpo hace más de mil años —prosiguió «Kendrij». Su rostro se arrugó en una mueca de furia—. Actuaron como lo que no son: como dioses. Se creyeron superiores a Saekish y a mí. Decidieron que no querían seguir presenciando nuestras peleas y aprovecharon un momento en el que ambos estábamos recuperándonos para sellarnos con sus poderes.*

*Caedra poco podía entender de lo que estaba escuchando; el único nombre que reconocía en todo aquello era el de Luvann.*

*—¿Por qué os peleabais Saekish y tú? —inquirió ella.*

*Él resopló.*

*—Disputas de territorio. Saekish insistía en intentar arrebatarme lo que era mío… y lo consiguió.*

*—¿Qué te arrebató?*

*Los ojos de hielo de «Kendrij» brillaron con ira reprimida. Las brumas se alteraron.*

*—Haces demasiadas preguntas, mortal.*

*—Porque hay muchas cosas que no entiendo —replicó Caedra, forzándose a no retroceder.*

*—Los mortales no entendéis nada. Hay demasiadas cosas que no sabéis —dijo él con desdén. La miró de arriba abajo—. Incluso tú. Una zeafírea que no sabe ni usar la mitad de sus poderes. Como todos.*

*Esto desconcertó a Caedra. Ella consideraba que ya hacía años que había perfeccionado el uso del viento. Siempre se podían aprender nuevas técnicas, innovar con otros trucos, pero de ahí a no saber usar ni la mitad de sus poderes…*

*«Kendrij» rio con sorna.*

*—¿Ves a lo que me refiero? Patético. Los habitantes de Gea no solo habéis olvidado vuestra historia, y habéis acabado venerando como dioses a despojos como Luvann, sino que también habéis perdido la conciencia de vuestros propios poderes en el proceso.*

*Caedra sacudió la cabeza, confusa. ¿Era así como se había sentido Jay años atrás al enterarse de la existencia de Gea y de sus nuevos poderes?*

*—Yo podría enseñarte —continuó «Kendrij»—, pero no sé si merecería la pena. Los mortales sois tan débiles y efímeros… Tu vida no es más que un parpadeo para un inmortal como yo.*

*Caedra torció el gesto.*

*—Será un parpadeo, pero, aun así, me necesitas para cumplir tu objetivo.*

*«Kendrij» gruñó y deslizó el brazo con brusquedad. De él salió despedida una corriente de brumas hacia Caedra que la lanzó por los aires. Pillada por sorpresa, la zeafírea no alcanzó a reaccionar y cayó con fuerza contra la niebla negra que había a una buena distancia. Se le escapó un quejido de dolor e intentó incorporarse, pero su contrincante se movió a la velocidad de la luz. En un abrir y cerrar de ojos, estaba sobre ella, con la rodilla en su pecho. ¿Cómo se había desplazado tan rápido?*

*—Te recuerdo que puedo acabar contigo cuando quiera, mortal —siseó él, acercando su rostro. Caedra vio con claridad sus gélidos ojos. Solo de mirarlos sentía el frío asentándose en sus huesos. Su aliento glacial acariciaba sus mejillas como garras listas para cortar—. Y la única razón por la que no lo he hecho todavía es porque estoy intentando descifrarte.*

*Caedra no se dejó intimidar. Aunque no podía moverse, irguió la cabeza para mirarlo desafiantemente, sin parpadear.*

*«Kendrij» arqueó una ceja al ver esto.*

*—Eres curiosa. Permíteme que responda a una de tus anteriores preguntas: la razón por la que nuestro objetivo es el mismo…, no se limita a la venganza.*

*Caedra apretó los dientes cuando él aplicó más presión en la rodilla que tenía clavada en su pecho. ¿Por qué sentía el dolor en su cuerpo? Se suponía que no era más que un sueño.*

*—Yo estoy en tu mente… —prosiguió «Kendrij» con parsimonia, permitiéndole asimilar la información—. Del mismo modo que Saekish está en la mente de otra persona. Yo no solo quiero vengarme de Luvann y Djaka por arrebatarme mi cuerpo; en eso estoy seguro de que la propia Saekish me ayudaría encantada. No, también tengo que vengarme de Saekish por lo que me arrebató, pero ella fue rápida en poner distancia entre nosotros. Hace mil años, Saekish llegó a un acuerdo con un humano y ambos partieron hacia Aruristed…*

*Caedra abrió los ojos como platos. Iba atando cabos con facilidad.*

*—Hoy en día, Saekish sigue en ese continente, en la mente de otro humano… —«Kendrij» se apartó, observando la expresión perpleja de la zeafírea con diversión mientras se levantaba—. Un humano que se hace llamar emperador.*

# Capítulo 16: Aprendiz

*Caedra se incorporó con lentitud, procesando la información. ¿Sería posible?*

*—Cómo… ¿Cómo sé que dices la verdad? —dijo, clavando sus ojos en «Kendrij».*

*Él esbozó una sonrisa feroz.*

*—¿Cómo sabes que los libros que lees dicen la verdad? —replicó. Le dio la espalda y la miró por encima del hombro—. Pero te invito a que busques información sobre Saekish en la próxima biblioteca que visites.*

*—Saekish… —repitió Caedra para sí, memorizando la palabra—. ¿No me vas a decir tu nombre?*

*—¿Acaso te lo has ganado?*

*El tono de burla desconcertó a Caedra. Al menos, ya no parecía enfadado…*

*—Tú sabes mi nombre —señaló ella. Se cruzó de brazos.*

*«Kendrij» se giró de nuevo para contemplarla de frente. Entornó los ojos.*

*—Los nombres nos dan poder sobre las personas. Los nombres nos identifican; definen quién somos.*

*—Yo seguiría siendo quien soy incluso con otro nombre —dijo Caedra, arqueando una ceja.*

*Él negó con la cabeza y rio con amargura.*

*—Cuando Luvann y Djaka me sellaron, pasé siglos vagando sin rumbo, preguntándome quién era… Y todo porque también me arrebataron mi nombre —dijo con rabia y apretó los puños—. Hicieron que lo olvidara. Sin nuestro nombre, no somos nada.*

*—Yo no voy a… arrebatártelo —replicó Caedra, confusa—. Solo me gustaría referirme a ti por tu nombre…*

*Siempre tenía que decir «la criatura», «el ser» o «la sombra». Pero la persona delante de ella era algo más complejo que esos términos.*

*—No va a suceder, mortal —declaró él con frialdad. Sus ojos azul hielo destellaron peligrosamente.*

*Caedra se sentía algo intimidada por esa tonalidad tan pálida de su iris. Pero, por otra parte, era un alivio que, aunque siguiera imitando el aspecto de Kendrij, ya no camuflara sus ojos. Era mucho mejor ver otra cosa que no fueran los cálidos ojos marrones de Kendrij…*

*—Entonces te tendré que llamar de alguna forma —replicó ella.*

*Él gruñó, tan feroz como un volpir de las sombras.*

*—Ni se te ocurra, mortal.*

*Caedra suspiró con pesadez.*

*—Si vamos a ser compañeros, convendría…*

*—¿Compañeros? —la cortó él, dando un paso hacia ella. Caedra retrocedió inconscientemente. Lo vio apretar los dientes antes de continuar hablando—: Te recuerdo que no eres más que una simple mortal. No te puedes comparar a una criatura como yo. No somos iguales.*

*Caedra endureció su rostro.*

*—Entonces, te trataré como lo que insistes en ser. Un simple parásito —sentenció. Esta vez fue ella quien le dio la espalda. Contuvo a duras penas el temblor en sus manos.*

*«Kendrij», por primera vez en mucho tiempo, se quedó boquiabierto. Pasaron varios segundos en silencio. Caedra esperó en tensión, pensando que la atacaría en cualquier momento, convencida de que acababa de sentenciarse a una muerte agónica, pero no sucedió nada. Confusa, se dio la vuelta de nuevo para mirarlo.*

*Él había clavado la vista en el suelo de brumas negras.*

*—¿Por qué insistes en tratar de comprenderme? ¿En querer ayudarme? —dijo él; su tono era esta vez más bajo.*

*Caedra frunció el ceño. Tensó las comisuras de los labios.*

*—Te seré sincera: de entrada, porque sé que no te vas a marchar de mi mente —respondió—. Y tengo dos opciones: o hundirme en la miseria, o tratar de seguir adelante con todo lo que eso supone. Y si te vas a quedar en mi mente, no veo por qué no podemos llevarnos bien. O no llevarnos mal, al menos.*

*No admitiría en voz alta que, de no ser por la intervención de Jay y Hadriel, seguiría recluida en su estado de pánico, sin saber qué hacer. Pero gracias a ellos se había recuperado, y ahora no iba a ceder.*

*«Kendrij» resopló.*

*—Nunca me llevaría bien con una mortal.*

*Caedra lo ignoró y prosiguió:*

*—Te lo dije antes. Yo te puedo ayudar. Y tú me puedes ayudar. Entre los dos, podríamos conseguir nuestros objetivos.*

*—Puedo controlar tu cuerpo y hacer lo que quiera cuando a mí me plazca. No necesito tu colaboración —replicó él con frialdad.*

*Caedra arqueó una ceja.*

*—Sé que puedes hacerlo, pero no puedes controlarme eternamente.*

*—¿Cómo sabes que no?*

*—Porque de ser así, lo habrías hecho desde el principio. Pero aquí estamos, hablando —contestó ella, señalando el espacio a su alrededor.*

*«Kendrij» entornó los ojos.*

*—Astuta.*

*—Observadora —corrigió Caedra. Se cruzó de brazos y suavizó la mirada—. Además, también*

*me gustaría comprenderte. Algo te ocurrió en el pasado que te ha dejado con esa sed de venganza, igual que me sucedió a mí. Me gustaría saber cómo ocurrió todo, exactamente.*

*—No quiero tu pena, mortal —opuso él.*

*—No es «pena». Pero tómatelo como quieras —dijo ella.*

*Nuevamente, cayó el silencio. Caedra observó que las brumas se deslizaban por el suelo, con suavidad, a su alrededor; era un movimiento tan lento y repetitivo que resultaba hipnótico.*

*Pensó en lo que había escuchado antes. Saekish era la responsable de que el emperador, y sus antepasados, manejaran las sombras de esa manera. Si era cierto, habrían obtenido la respuesta de una de las preguntas que los había llevado a aquel continente: ¿de dónde provenían los poderes del emperador?*

*—Sigo sin entenderte —dijo al final «Kendrij». La miraba con su característica frialdad, pero también cierta curiosidad, con la cabeza ligeramente ladeada. Al menos, no había hostilidad en su tono.*

*—¿Qué hay que entender?*

*—Otros huéspedes… —«Kendrij» sacudió la cabeza—. Ninguno ha sido como tú.*

*Caedra esperó a que continuara su explicación. Pero permaneció callado.*

*El espacio a su alrededor se empezó a difuminar. Caedra miró a un lado y a otro, alarmada.*

*—Te vas a despertar —informó «Kendrij» con sequedad. Se acercó a ella y Caedra logró forzarse a no retroceder. Inclinó la cabeza para clavar sus ojos de hielo en los de la zeafírea—. Meditaré tu propuesta, pero… primero tendré que ver de qué eres capaz.*

*—¿A qué te refieres?*

*Caedra no obtuvo contestación. Él le dio la espalda y echó a andar. Sus pasos resonaban con un eco distorsionado a la vez que las brumas se desvanecían.*

***

Caedra abrió los ojos con suavidad. Por primera vez en mucho tiempo, se notaba descansada, su cuello ligero, en vez de cargado. ¿Le habría dado una tregua su invasor?

«Por el momento», dijo la voz en su mente.

No iba a quejarse. Necesitaba con urgencia una buena noche de sueño tranquilo.

«Deberías abandonar a tus compañeros y seguir viajando por tu cuenta. Volando irías más rápido», comentó él.

«Eso no va a suceder —replicó ella, frunciendo el ceño—. Son mis amigos».

«Los amigos no sirven para nada. Solo te entorpecen».

A Caedra le dieron ganas de responder que no diría eso si hubiera tenido amigos de verdad, pero decidió que lo más prudente sería quedarse callada.

«Se te olvida que puedo leer tu mente», señaló la voz con cierta acidez. Caedra suspiró, resignada.

Miró a su alrededor. Era temprano todavía, el sol estaba empezando a mostrar una luz naranja muy tenue por la línea del horizonte y se apreciaba el rocío en las hojas de las ramas en las que había estado tumbada. Un par de pájaros aterrizaron un poco más arriba, piando con alegría.

Comprobó que los demás continuaban durmiendo. Se levantó y estiró las alas. Cogió la lanza y la enganchó en el cinto en su espalda. Solo iba a dar una vuelta, por lo que dejaría el bolso con el resto del equipaje, pero nunca se iría sin su arma.

Echó a volar con sigilo para no despertar a nadie. Aterrizó junto a un riachuelo y se lavó la cara, aunque se dio prisa, pues con el frío de la mañana el agua gélida no era agradable para sus manos.

Se sentó sobre las piernas, observando su reflejo. Su largo pelo blanco estaba un poco enmarañado, por lo que trató de usar sus dedos para peinarlo. Era cierto lo que decía Valikia: realmente sería mucho más cómodo cortarlo. Sin embargo, le tenía cariño a su cabello largo. Tanto Kendrij como Loure lo habían adorado y lo comentaban a menudo. Y también estaba la tradición de su raza, diferente entre los zeafíreos de Zarested, según había comprobado.

«Deja de pensar en estupideces», la regañó la voz.

Caedra lo ignoró, pero sí recordó lo que había dicho de que ni siquiera sabía usar la mitad de sus poderes. Contempló las palmas de sus manos, confusa.

Una brisa le removió el pelo. Caedra cerró los ojos, sintiendo el viento acariciando su piel. Había entrenado durante años. Entrenamientos duros y complicados, sin descanso, tras la muerte de Kendrij. Se había ganado fama como una de las mejores guardaespaldas del Imperio gaelaro antes de «desaparecer» para llevar a cabo la misión de traer al príncipe, Jay, de vuelta. Su manejo de la lanza también había sido calificado de impecable. Había sido capaz de enfrentarse a los Shak’ti, los asesinos de élite del emperador, y causarles dificultades. ¿Entonces…?

«No miras más allá. Ni tú, ni el resto de zeafíreos —dijo la voz—. Los zeafíreos de Zarested controlan la electricidad».

Caedra arrugó la frente.

«Controlan la electricidad, pero no controlan el viento. No son mejores», replicó.

Escuchó su risa condescendiente.

«Sois todos iguales —se mofó él—. Enseguida os defendéis frente a los zeafíreos del otro continente. ¿Quién ha dicho nada de que sean mejores?».

«¿Qué quieres decir?».

«¿Tengo que explicártelo todo, mortal? ¿No eras tan observadora? —dijo él. Caedra lo imaginó suspirando con exasperación—. ¿Qué os hace tan diferentes a los zeafíreos de cada continente? Unas diferencias en vuestros rasgos físicos y ya».

Caedra abrió los ojos como platos. Dejó caer las manos y levantó la vista sin darse cuenta, como si fuera a encontrarse a «Kendrij» frente a ella. Pero le hablaba en su mente, y ella seguía sola.

«Quieres decir… que si los zeafíreos de Aruristed controlamos el viento, y los de Zarested

controlan la electricidad… ¿Nosotros también podríamos controlar la electricidad?», pensó, incrédula.

«Te ha costado, mortal —se burló él—. Efectivamente. Del mismo modo que los de Zarested también podrían controlar el viento. Pero estáis tan centrados en diferenciaros unos de otros que, durante generaciones, habéis ignorado este hecho tan simple».

«Pero si eso fuera posible…, alguien lo habría intentado», pensó ella.

Caedra se negaba a aceptarlo. Miró de nuevo sus manos. No se imaginaba chasqueando los dedos e invocando un rayo.

«Los mortales nunca alcanzáis a aprovechar vuestro máximo potencial —prosiguió él—. Vuestras vidas son tan efímeras, tan cortas, que no lográis nada. Todas las razas de Gea sufren el mismo problema. ¿Por qué no sigues pensando?».

Esto la desconcertó de nuevo.

«No te entiendo. ¿Estás insinuando que, además de poder controlar el viento y la electricidad, habría algo más?».

«Enhorabuena, mortal», dijo él con sarcasmo.

«¿Y qué es?».

«No soy tu maestro —susurró él. Volvió a su característico tono frío, cortante como el hielo—. No te voy a dar todas las respuestas. Dedúcelo por ti misma y demuéstrame que realmente eres diferente al resto de tu simple y estúpida especie».

Caedra apretó los dientes. Ignoraría el insulto, pero era cierto que no tenía ni la más mínima idea de a qué se refería. ¿Qué otro poder estaría al alcance de los zeafíreos, además del viento y la electricidad? No se le ocurría nada…

Tenía una tarea complicada por delante. Si realmente era posible controlar la electricidad para los zeafíreos de Aruristed…, tendría que aprender. Empezar de cero. Revertirse al papel de una simple aprendiz. Pero ¿cómo saber si aquella criatura en su mente decía la verdad?

Supuso que solo habría una forma de comprobarlo: intentándolo. Solo se le ocurría una persona que pudiera ayudarla en el tema de la electricidad…

***

—¿Estás de coña?

Caedra se armó de paciencia. La respuesta de Valikia era de esperar.

—¿Y por qué ibas a creer a esa cosa? —prosiguió la otra zeafírea, moviéndose de un lado a otro, incapaz de estarse quieta. La revelación de que, del mismo modo que Caedra podría aprender a manejar la electricidad, ella podría aprender a controlar el viento, la había dejado estupefacta—. ¡No tiene sentido! Nunca he oído hablar de un zeafíreo que tenga poder sobre ambos elementos.

Jay miraba a una y a otra, perplejo. Todavía no se acostumbraba a verlas interactuar con normalidad, aunque ahora Valikia estuviera un tanto… alterada. Se acababa de despertar cuando había visto a Caedra regresar de alguna parte e ir directa a hablar con Valikia, que estaba

desayunando. El desayuno, un puñado de bayas, se había quedado tirado en el suelo.

—No entiendo nada. ¿De qué están hablando? —quiso saber Jay, pues no había alcanzado a escuchar la conversación completa.

Dirigió la pregunta a Hadriel, que estaba junto a él, ayudándolo a recoger la manta sobre la que había dormido.

—Parece que la criatura en la mente de Caedra ha dicho algunas cosas… interesantes —contestó Hadriel, con unas finas líneas marcadas entre sus cejas. No sabía cómo sentirse respecto a que Caedra estuviera conversando con esa sombra, aunque toda información que pudiera darles sería útil—. Asegura que los zeafíreos pueden controlar tanto la electricidad como el viento.

—En plan… ¿a la vez?

—Así es.

Caedra suspiró con pesadez. Tenía los brazos en jarras.
—Lo sé, Valikia, pero no perdemos nada por intentarlo.

—Perdemos tiempo —replicó ella, recelosa.

—¿Ves por qué no has oído de ningún zeafíreo que maneje ambos elementos? Todos pensarían lo mismo —señaló Caedra, divertida.

Valikia resopló, pero no parecía de mal humor. Alzó los brazos en gesto de derrota.

—¡Está bien, está bien! —aceptó—. Lo intentaremos. Pero solo porque ahora quiero llevarme bien contigo, ¿eh?

A Caedra se le escapó una sonrisa. Valikia podía ser un poco agresiva y directa, pero tenía su encanto. Como cuando intentaba ocultar su curiosidad.

—¿Cuándo lo probaréis? —preguntó Tarvo mientras se ajustaba las correas de cuero de la mochila.

—Había pensado en hacer una prueba ahora —respondió Caedra. Miró a Tarvo y luego a Hadriel y Jay—. ¿Os parecería bien ir vosotros a la ciudad —No recordaba cómo se llamaba— a por provisiones mientras Valikia y yo entrenamos? Os esperaremos al otro lado.

—Es buena idea —opinó Valikia, encogiéndose de hombros.

Jay imitó el gesto de Valikia.

—Por mí genial.

—Está bien —aceptó Hadriel con un asentimiento de cabeza. No le gustaba que Caedra se apartara del grupo, pero Valikia iría con ella, por lo que no estaría a solas con la misteriosa sombra—. Así podréis aprovechar el día. Tenemos bastantes cosas que mirar en Zvoia.

Terminaron de recoger su campamento. Antes de empezar a bajar la cuesta que los llevaría hasta la ciudad, Caedra se acercó a Hadriel.
—Hadriel, imagino que irás a la biblioteca a seguir buscando información, ¿no? —dijo.

Él la miró.

—Así es. ¿Qué necesitas?

—La sombra, o lo que sea —Caedra estaba harta de no poder referirse a él con un nombre—, mencionó un par de cosas interesantes y sería de gran ayuda que comprobaras si tienen algo de veracidad…

***

A Jay se le hacía raro estar sin Caedra ni Valikia. Las dos zeafíreas se habían marchado volando a buscar un sitio adecuado para entrenar, dejándolos a él, Tarvo y Hadriel en el camino hacia la ciudad.

—¿Qué te dijo Caedra antes de que nos fuéramos? —preguntó Jay, observando a su padre. Tenía los hombros en tensión. ¿Sobre qué habría sido la conversación con Caedra?

Bajaban a paso calmado la cuesta. El tiempo los acompañaba con un cielo despejado y un sol que brindaba una temperatura agradable. El terreno era más fácil que en otras zonas de la montaña, pues había un pequeño camino de tierra trabajado para bajar a Zvoia. La ciudad no debía de tener mucho movimiento, pues llevaban ya un buen rato caminando y no se habían cruzado con nadie.

—Necesita que compruebe algunas cosas —respondió Hadriel, reticente a compartir todo lo que habían hablado, pero no tenía sentido ocultarlo—. Intentaré encontrar información en la biblioteca. De ser cierto, esa criatura nos habría ayudado bastante.

—¿Cómo nos va a ayudar? —replicó Jay, ladeando la cabeza, confuso—. ¿No es algo malo?

La rabia lo recorrió al recordar el estado en el que había acabado Caedra el día anterior. Nunca la había visto tan alterada.

—En teoría —asintió su padre. Dejó caer los párpados, cansado. La situación seguía siendo complicada, difícil de descifrar—. Sin embargo, me reservo mi juicio para cuando tenga más conocimiento al respecto. Es cierto que es una presencia invasora en la mente de Caedra, pero si sabe tanto como dice, y Caedra logra establecer una relación positiva con él…

—… Sería una ventaja para nosotros —completó Tarvo, entendiendo sin necesidad de más palabras—. ¿Qué es lo que ha dicho esa criatura?

—Me has robado la pregunta —protestó Jay en broma, intentando aliviar la presión que se había asentado en su pecho. ¿Relación positiva? ¿Con ese capullo que había insistido en torturar a Caedra? ¿En qué estaban pensando?

Tarvo sonrió.

—Mis disculpas, mi querido príncipe.

—Parece tratarse de una criatura milenaria que en algún momento coexistió con Luvann —explicó Hadriel—. Tuvo un conflicto con una criatura llamada Saekish y esta le arrebató algo, por lo que quiere vengarse de ella. Ambos manejan las sombras, y ambos se quedaron sin cuerpo por intervención de Luvann y una criatura llamada Djaka. Saekish puso tierra de por medio, o un océano, más bien, en este caso, y se alió con un hombre para ir a Aruristed hace mil años…

Jay abrió los ojos como platos. Tarvo y él se miraron entre sí. Tarvo asintió con la cabeza.

—No me jodas —soltó Jay, perplejo. Al fin, las piezas del puzle comenzaban a encajar.

—Jay, esa lengua —lo regañó su padre, mirándolo por encima del hombro, pues Jay y Tarvo caminaban detrás de él.

—Así que Sae… ¿Saekish? ¿Qué clase de nombre es ese? —comentó Jay sin poder evitarlo, arrugando la nariz. Hadriel puso los ojos en blanco y a Tarvo se le escapó una carcajada—. Bueno, ¿que Saekish es la razón por la que el emperador puede manejar las sombras?

—Eso parece —afirmó Hadriel—. Siguiendo esta teoría, pues está por confirmar, Saekish consiguió su objetivo de alejarse de la criatura de la que todavía desconocemos el nombre. Cuando murió el hombre que la llevó a Aruristed, la tierra que hoy es Gaelar se cubrió de sombras por la presencia de Saekish. Siglos más tarde, Koshiro Gaelar debió de aliarse con Saekish, fundando el Imperio gaelaro al hacer desaparecer las sombras.

—Quedaría por saber dónde obtuvo él la información sobre Saekish —dijo Tarvo, llevándose una mano a la barbilla, pensativo—. Según logramos averiguar, Koshiro ya sabía de antemano que se podía interactuar con las sombras, porque estas tenían un amo.

—Sí. Tú nunca has mencionado nada de ninguna Saekish, papá, así que ya sabemos que en Aruristed no hay nada de información sobre ella —comentó Jay, mirando a Hadriel.

—Tienes demasiada fe en mí, Jay —dijo Hadriel de buena gana—. Que yo no haya leído nada sobre Saekish no quiere decir que no pueda encontrarse nada en Aruristed.

Jay resopló.

—Pero si tú a estas alturas te habrás leído ya absolutamente todos los libros que existen en Aruristed. Y en el mundo.

Hadriel rio con suavidad. Le enternecía lo idealizado que lo tenía su hijo, aunque eso también era peligroso.

—Uno nunca puede saberlo todo. Pero sí, es cierto que lo más probable es que Koshiro encontrara la información en Zarested. Al fin y al cabo, provenía de este continente y ya parecía tener las ideas claras cuando llegó a Gaelar.

—Entonces, con un poco de suerte, encontraremos algo sobre Saekish en la biblioteca de Zvoia —dijo Tarvo.

—¿Cómo os aprendéis tan rápido los nombres de las ciudades? —lloriqueó Jay—. No es justo.

***

Valikia y Caedra sobrevolaron el bosque de pinos y robles que poblaba el valle en silencio. Pasaron por encima de Zvoia y continuaron hasta considerar que se habían alejado bastante. Divisaron una explanada lo suficientemente despejada de rocas y árboles, se miraron entre sí, y asintieron.

Valikia estiró los brazos al aterrizar. No se molestó en disimular un bostezo. Dejó su lanza y su bolso apoyados contra una roca. Caedra la imitó y se giró hacia ella.

—Bien, pues… empecemos.

Su compañera resopló.

—Sí, claro. ¿Y cómo empezamos? —dijo con sarcasmo.

Caedra se llevó el dedo índice al labio y le dio un par de toques. Alzó la vista al cielo, pensativa.

—Supongo… que nos vamos turnando —respondió, mirando a Valikia de nuevo—. Yo te explicaré las mismas cosas que me explicó mi hermano cuando me estaba enseñando a manejar el viento, y tú me contarás qué te decían cuando te enseñaron a controlar la electricidad.

Valikia se encogió de hombros.

—Pues vale. No se me ocurre nada mejor. —Se aclaró la garganta—. A ver, la electricidad es uno de los elementos más difíciles de aprender. Viento, fuego, agua, tierra…, todos los puedes encontrar de alguna forma en la naturaleza con relativa facilidad. Puedes practicar a manejarlos hasta ser capaz de crearlos por tu propia cuenta. La electricidad, en cambio… Bueno. —Valikia rio—. Como no quieras esperar a que caiga un rayo del cielo…

—Ya veo —asintió Caedra—. ¿Cómo practicáis, entonces?

—Aprendemos a crear nuestra propia electricidad desde el principio —contestó Valikia con sencillez—. Aunque de pequeños, siempre que hay alguna tormenta, es costumbre que nuestros padres nos lleven a lo alto de una montaña a «meditar» —La forma de pronunciar la palabra dejó claro su poco interés por la actividad—, para aprender a reconocer la energía de los rayos y todo eso. Un rollo, vamos. La de veces que me quedé dormida.

Caedra esbozó una pequeña sonrisa. Viniendo de Valikia, podía imaginárselo.

—No obstante —dijo Valikia, alzando la voz un poco y ganándose de nuevo la atención completa de Caedra—, no es del todo cierto que no puedas encontrar la electricidad con facilidad en la naturaleza. Hay algo muy presente en nuestras vidas que flota en el aire, a veces con mayor intensidad, otras con menos…

—La electricidad estática —dedujo con facilidad Caedra. Valikia asintió.

—Los primeros ejercicios que realizamos son «meditar» —Hizo otra mueca de asco—, para sentir la electricidad estática en el ambiente. Tenemos que atraerla hacia nosotros y aprender a acumularla.

—Está bien. Puedo practicar eso —asintió Caedra. Era un ejercicio lógico.

—Sí, diviértete —dijo Valikia con clara ironía—. Todo para al final hacer esto.

Valikia extendió el brazo derecho hacia una de las rocas. A Caedra, que estaba a su lado, se le pusieron los pelos de punta. Valikia estiró el dedo índice, sonriendo con entusiasmo. Hubo un chasquido y de él salió disparado un rayo azul a una gran velocidad, iluminando brevemente el lugar. Impactó en la roca y la hizo estallar en mil pedazos.

Valikia puso una mano en la cadera, satisfecha, y ladeó la cabeza hacia su compañera.

—¿Y bien, Cai? ¿Qué me ofreces tú?

A Caedra le resultó extraño escuchar a alguien más llamándola así.

—La electricidad es un elemento agresivo, al igual que el fuego —empezó a explicar Caedra. Aunque había supuesto que Valikia ni se molestaría en mirarla, se encontró con que la otra

zeafírea la escuchaba con atención—. El viento, en cambio, es todo lo contrario: requiere calma. La electricidad tira de la intensidad de las emociones, de forma similar al fuego y la pasión. El viento requiere tranquilidad y control sobre las emociones; si estas se desbordan, el viento no acudirá a tu llamada.

Caedra escuchó a la voz bufar en su mente e hizo una breve pausa, sorprendida.

«Simples mortales. Si realmente tuvierais control completo sobre vuestro elemento, no os afectarían cosas tan mundanas como las emociones —dijo él—. Deberíais controlarlo a la perfección independientemente de vuestro estado de ánimo».

—Vale —murmuró Valikia al ver a Caedra quedarse callada, esperando a que continuara.

Caedra sacudió la cabeza. Decidió que lo mejor sería ignorarlo por el momento, aunque sus palabras la habían dejado un tanto desconcertada. Del mismo modo que nunca había oído de ningún zeafíreo con el poder de ambos elementos, nunca había oído de nadie que manejara un elemento sin basarse en los fundamentos que definían a cada uno.

—Por tanto, me temo que vas a tener que volver a esa actividad que tanto te gusta —dijo Caedra en tono de broma. Valikia hundió los hombros—. Tendrás que meditar. Cerrar los ojos, sentir el viento a tu alrededor…

—Qué divertido —ironizó Valikia.

—Tendrás que aprender cómo fluye una brisa. Reconocer el patrón de una corriente de aire —prosiguió Caedra, extendiendo los brazos. El viento empezó a soplar con más fuerza, revolviendo el pelo de las zeafíreas. Valikia se llevó una mano a la cara para apartar del rostro sus cortos mechones negros—. Aprenderás a manejarla y alterar su recorrido. Una vez sepas hacer esto, aprenderás a crear viento, a invocarlo incluso cuando este no sopla en tu entorno. Y, después, aprenderás a afilarlo de tal manera que pueda cortar.

—Vale, no parece tan complicado —comentó Valikia. Bajó el brazo una vez el viento se calmó.

Caedra sonrió.

—Espero que no te resulte complicado, pero no te confíes. El viento es tan complicado de manejar a la perfección como el resto de elementos —señaló.

—Ya veremos —replicó Valikia. Sonrió también, segura de sí misma—. Si todo esto es cierto, a ver quién de las dos consigue antes invocar el elemento de la otra.

—¿Todo es una competición para ti, Valikia? —dijo Caedra, divertida, poniendo los brazos en jarras.

—Llámame Val —le recordó ella. Ensanchó su sonrisa—. Y, ¿cuál es el problema? Así es todo menos aburrido.

# Capítulo 17: Dioses

Valikia respiró hondo. Sentía el movimiento del aire a su alrededor. Una suave brisa removía su corto pelo negro, haciéndole cosquillas en las mejillas. Las plumas de sus alas plegadas rozaban la piel descubierta en su espalda. Las hojas de los árboles sonaban melódicamente al ser sacudidas…

Frunció el ceño. La postura, con la cabeza erguida, la espalda recta, las piernas cruzadas y los brazos sobre las rodillas, empezaba a resultar incómoda. Llevaba ya un par de horas así. Había tratado de levantarse en varias ocasiones, pero Caedra, estricta, enseguida la había obligado a sentarse de nuevo.

Tenía la constante tentación de abrir los ojos. O de, al menos, hablar con su compañera. No sabía cómo Caedra podía estar tan quieta y en silencio tanto tiempo. Se sentía como una fiera enjaulada, dando vueltas sin parar en un cerrado entorno del que no había escapatoria.

Se centró de nuevo en el flujo de las corrientes de aire. El viento se movía con suavidad y ligereza, nada que ver con la rapidez y brusquedad de un rayo.

«Esto no tiene sentido —pensó, frustrada—. Nunca podré dominar un elemento tan aburrido. Yo necesito acción».

Gruñó. Abrió los ojos y se puso en pie de un salto. Estiró las alas.

Caedra, sentada frente a ella, levantó ligeramente los párpados para observarla.

—Ya he tenido suficiente —declaró Valikia. Se cruzó de brazos—. Ya basta de meditar. Es hora de pasar a la acción.

Su compañera soltó un suspiro pesado. Valikia puso los ojos en blanco.

—Vamos, Cai —la animó—. En algún momento tendremos que intentarlo. O no sabremos si no estamos perdiendo el tiempo. No me gustaría estar meditando para nada, ¿sabes?

—Está bien, está bien —cedió Caedra. Al menos, Valikia había aguantado más de lo que esperaba. Se incorporó con más lentitud que la otra zeafírea y se estiró con más disimulo—. Creo que tengo una ligera idea…

—¡Yo primero! —exclamó Valikia, dando un pequeño salto. Parecía una niña pequeña con ganas de demostrarle a su madre lo que había aprendido.

Caedra rio por lo bajo.

—Adelante.

Valikia respiró hondo. Esperó un par de segundos a que el viento se calmara. Cerró los ojos y extendió los brazos. Cuando sopló la siguiente brisa, se concentró en atraparla. Abrió de nuevo los ojos y deslizó los brazos en diagonal.

No sucedió nada. Arrugó la frente.

—¿Ves? —dijo Valikia, bufando y estampando un pie en el suelo—. ¡Ya sabía yo que esto no serviría de nada!

Caedra puso los ojos en blanco. Ya había supuesto que el comienzo sería así. Recordó inevitablemente la primera vez que Jay había intentado controlar el fuego. Había necesitado unos cuantos intentos hasta conseguirlo.

—Prueba otra vez —la animó Caedra con suavidad, detrás de Valikia, poniendo las manos en sus hombros—. Nadie lo consigue en su primer intento, si no, sería demasiado fácil. Pero debes creer en ello. Si sigues con esa actitud escéptica, no lo estarás intentando con todas tus fuerzas.

A Valikia le ardieron las orejas. Inclinó la cabeza. Pasaron un par de segundos y se irguió de nuevo.

—Vale —dijo, extendiendo un poco las alas.

Caedra retrocedió para darle espacio. Valikia repitió el proceso anterior. Y esta vez, cuando deslizó los brazos…, el aire siguió su movimiento, arrastrando consigo un par de hojas.

La mirada de Valikia se iluminó igual que una hoguera y sonrió de oreja a oreja.

—¡Cai, lo he conseguido! —exclamó, emocionada. En un arrebato de alegría, se giró y la abrazó.

Caedra no tuvo tiempo de reaccionar. Solo pudo reír, con sus alas y brazos atrapados en el abrazo de Valikia, que la estrujaba como si fuera su peluche favorito.

—Te lo dije, Val —murmuró, sonriendo también—. ¿Ves por qué no hay que impacientarse?

Valikia se separó y sacó la lengua. A Caedra, en algunas ocasiones, le recordaba demasiado a Jay años atrás.

—Pues… tenías razón —comentó Valikia, cruzando las manos detrás de la espalda y encontrando repentinamente interesante el suelo.

«Los mortales sois demasiado simples», fue la opinión de la voz en la mente de Caedra.

—Imagino que nos costará dominarlo del todo, pero, al menos, ya sabemos que es posible —dijo Caedra con una sonrisa.

Valikia le dio un codazo.

—Prueba tú también.

Caedra negó con la cabeza.

—Es cierto que tengo una ligera idea, pero no tengo ganas de acabar electrocutándome por accidente… Creo que voy a esperar un poco más.

—Vamos, Cai, no seas así —protestó Valikia, agarrando el brazo de su compañera y tirando con suavidad—. ¡Se supone que tú eres la optimista!

Caedra enarcó una ceja. Valikia era más observadora de lo que parecía. Solo se conocían desde hacía unas semanas, pero ya iba memorizando algunos aspectos de su carácter.

Suspiró pesadamente.

—No se trata de ser optimista o no. Es mera precaución. La electricidad es el elemento más impredecible y salvaje de todos —replicó.

—Como quieras… —gruñó Valikia. Le dio la espalda y se alejó unos pasos—. Yo voy a seguir practicando.

«¿Por qué no lo intentas ya? —dijo la voz con evidente irritación—. Si te he revelado esta información es para que tú me demuestres de qué eres capaz, no para que se beneficien tus compañeros».

Caedra frunció el ceño.

«Está bien», pensó, alzando la palma de la mano.

Se concentró en la electricidad estática en el ambiente. Apretó los labios, notando cómo se le ponían los pelos de punta. No había llegado a leer sobre todos los procesos de aprendizaje de los elementos, pero sí se había informado en detalle durante años sobre el funcionamiento de cada uno. Al fin y al cabo, había trabajado de guardaespaldas y tenía que ser capaz de defenderse. Y, si algo sabía de la electricidad, era que, en un usuario no experimentado, cualquier ruptura de la concentración podía provocar que se electrocutara a sí mismo.

Una chispa saltó entre sus dedos. Caedra bajó la mano y retrocedió, sorprendida.

«Inútil. Prueba otra vez», ordenó la voz.

«Lo iba a intentar de nuevo incluso aunque no me lo dijeras tú», pensó ella, molesta. Sin embargo, estaba levemente satisfecha. Había sido una simple chispa, pero era la confirmación de que, si seguía practicando, controlaría la electricidad.

¿Cómo había estado tan ciega todo ese tiempo? Jamás se le habría ocurrido intentarlo si no se lo hubieran dicho.

Alzó la palma de nuevo. Entornó los ojos. La electricidad era uno de los elementos más difíciles de aprender, sí, pero también podía ser el más letal. Siempre se había imaginado clavando su lanza en el corazón del emperador, pero atravesarle el pecho con un rayo sería igual de satisfactorio.

La ira la invadió, como siempre que pensaba en el emperador. Llevaba años sin verlo, pero nunca sería capaz de olvidar su rostro impasible cuando los Shak’ti le comunicaron la muerte de Kendrij, en los jardines del palacio…

Abrió los ojos como platos al ser sorprendida por un destello dorado. La electricidad recorría su mano, causándole un desagradable cosquilleo en la piel. ¿Por qué le daba la sensación de que la misteriosa criatura había colaborado?

Valikia miró por encima del hombro al escuchar el familiar chasquido de las chispas. Arqueó las cejas.

—¡Lánzalo! —exclamó con urgencia, girándose hacia su compañera.

Caedra no dudó en obedecer. Con un grito, extendió el brazo y la electricidad salió despedida en forma de un grupo de caóticos rayos que impactaron en las rocas, disparando esquirlas en todas las direcciones. Las zeafíreas se cubrieron el rostro con sus alas.

Algo intimidada, Caedra plegó las alas y se irguió, observando lo que había hecho su ataque. Nada que ver con la precisión del rayo de Valikia, pero era un comienzo. Y no se había electrocutado.

—Es increíble —dijo Valikia, yendo hacia ella con un brinco de alegria—. ¡Es cierto! Los zeafíreos podemos controlar tanto la electricidad como el viento, sin importar de qué continente seamos.

—Ya lo veo… —murmuró Caedra, observando sus manos. Torció el gesto.

La ira que la había inundado habría impedido que invocara el viento. Esa ira era algo que siempre se esforzaba en ahogar de inmediato. Pero era lo que le había permitido usar la electricidad. No sabía cómo sentirse al respecto.

«Depender de tus emociones para controlar los elementos es de débiles —dijo la voz con desdén—. Tanto si se trata de reprimirlas, como de dejar que se desborden. Ningún extremo es bueno; no puedes asumir que vas a poder mantenerte en ese estado siempre que necesites tu elemento».

Valikia se alejó tras comunicarle que iba a seguir practicando. Caedra respiró hondo, tranquilizándose, y, una vez estaba segura de que se había calmado del todo, alzó la palma de nuevo.

La electricidad no acudió a su llamada.

«Débil».

***

Jay gruñó, dejando caer la frente sobre la superficie de madera de la mesa en la que se habían sentado. Fue desagradable, pues no estaba pulida y todavía quedaban algunos restos de la corteza del roble.

Tarvo, a su lado, arqueó una ceja al escuchar el pequeño golpe. Lo miró divertido.

—¿Ya te has cansado, Jay?

—Llevamos horas en esta maldita biblioteca —refunfuñó él—. Y no hay ni rastro de la criatura esa en los libros.

Ya ni siquiera recordaba su nombre, pero con saber que empezaba por «s» tenía suficiente.

Habían dedicado la mañana a comprar en el mercadillo todo lo que necesitaban, tras lo cual se habían sentado en una taberna para comer, algo que había alegrado en gran medida a Jay. No estaba muy seguro de qué animal era la carne que había comido, pero le había gustado y con eso era suficiente.

Después, se habían dirigido a la biblioteca. Hadriel iba seleccionando libros que podrían serles de ayuda y los iba repartiendo. En ese momento, Hadriel había ido a por más libros a las estanterías. Jay no entendía cómo no se le cansaban los ojos.

—No será fácil encontrar información, o más gente sabría de esa criatura —dijo Tarvo. Puso una mano en la espalda de Jay, que gruñó de nuevo. Tarvo sonrió—. ¿Por qué no vas un momento fuera para despejarte un poco?

—Sí, buena idea —aceptó Jay. Necesitaba algo de aire fresco. Se levantó y estiró los brazos, sin importarle el chirrido que causó el brusco movimiento de su silla. Miró a su amigo—. ¿Te vienes?

—Yo voy a seguir leyendo —respondió Tarvo, cerrando un libro y abriendo otro—. Tarde o temprano aparecerá algo.

Jay se encogió de hombros.

—Como quieras. No tardaré.

Se dirigió al exterior. Se cruzó con su padre por el camino, pero Hadriel estaba centrado en buscar más libros.

El cielo ya se estaba tiñendo de naranja. Se escuchaban campanadas en la lejanía; Jay supuso que serían de algún templo. Esto le recordó que todavía no había visitado ninguno de los templos de ese mundo, algo que llevaba queriendo hacer desde que había llegado a Gea. Nunca había habido tiempo… Quizás ese fuera buen momento.

Echó un vistazo por encima del hombro. El encargado de la biblioteca estaba empezando a encender algunas velas por la luz cada vez más escasa. Tarvo y Hadriel seguirían sentados en la mesa, la cual no veía desde donde estaba.

Nadie había dicho que su descanso tuviera que ser en la entrada de la biblioteca. Podía ir y dar un paseo… No tardaría mucho.

Miró a un lado y a otro. El edificio de la biblioteca era fácilmente reconocible, con dos columnas lisas en su entrada. Bajó los escalones y echó a andar, con las manos en los bolsillos.

Se le hacía extraño caminar solo después de tanto tiempo con la presencia constante de su grupo, pero era agradable, sabiendo que no había nadie al acecho. La gente se estaba dirigiendo ya a sus casas, aunque divisó un grupo de niños riendo en una plaza, corriendo en círculos por el suelo empedrado. Esa imagen no tenía nada que ver con la de los niños desnutridos que había visto en Luminaria, la capital del Imperio gaelaro, donde corrían no para jugar, sino para huir con las manzanas que habían robado.

Fue fácil ir hasta el templo. Era el edificio más grande de todos en esa ciudad, con una esbelta torre de piedra blanca para la campana. Se quedó frente a la fachada, analizando los delicados arcos tallados sobre la ancha entrada, con el portón de hierro abierto para permitir el acceso. Tenía una serie de pequeñas ventanas puntiagudas y figuras de piedra en filas, aunque no sabía muy bien qué representaban. Era un diseño más complejo del que se esperaba, destacando la gran vidriera en círculo sobre la entrada y los relieves encima de esta, donde aparecían cinco personas. Jay supuso que se trataría de los cinco dioses. También contaba con gárgolas para evacuar el agua de la lluvia.

Teniendo en cuenta que era un mundo mucho más atrasado en tecnología que la Tierra, y que parecía no haber terminado de salir de una especie de edad Media, Jay se sorprendió al ver que el templo era similar a una catedral gótica.

Sin darle más importancia, accedió al interior. El espacio era muy amplio, con un techo muy elevado formado por bóvedas arqueadas. No había bancos de madera, pero sí una serie de fuentes de agua con complejas formas. Las paredes estaban plagadas de hiedras, y Jay se preguntó cómo podían crecer en el interior, en vez de en el exterior. ¿Cómo recibían la luz suficiente?

Había un leve olor a incienso en el aire que le resultó agradable. Caminó con lentitud, y sus

pasos provocaron eco. No parecía haber nadie…

Los cristales tintados de la vidriera hacían que la luz se filtrara en distintos colores, creando una bonita imagen. Una alfombra verde llevaba hasta el altar, donde los rayos del sol incidían en ese momento por su posición. Había varias figuras grandes esculpidas en mármol, cinco en total, por lo que era fácil deducir que, una vez más, se trataba de representaciones de los dioses. En el centro había un hombre con los brazos alzados; a su derecha, una mujer de puntiagudas orejas y ramas brotando de sus piernas; en el extremo, un hombre del que destacaban sus colmillos y con una llama en su mano; a la izquierda del hombre en el centro, una mujer con orejas que parecían aletas y escamas por su piel, con una ola a sus espaldas; por último, en el otro extremo, un hombre con cuernos y alas extendidas. Luvann, Kealis, Volkorr, Anatala y Zhevin, cada uno representando respectivamente a los humanos, los denu, los torrogal, los aquitones y los zeafíreos.

Jay bajó la mirada al altar y se quedó quieto al ver que se había equivocado. Sí había alguien más en el templo.

Estaba de espaldas a él. La persona estaba oculta por una capa de color azul oscuro, incluyendo una capucha. La tela, aterciopelada, era tan larga que cubría el par de escalones que había detrás de ella.

Jay no supo muy bien qué hacer. ¿Debería saludarla? Ella no parecía haberse dado cuenta de su presencia. Y él ya había visto suficiente, por lo que se dispuso a dar media vuelta y marcharse por donde había venido…

La misteriosa figura eligió ese momento para girarse hacia él, la tela de su capa deslizándose con suavidad sobre la alfombra. No distinguía su rostro con claridad, pues estaba ensombrecido por la capucha, pero sus labios estaban apretados en una fina línea y sintió que clavaba sus ojos en él.

Vestía una túnica azul pálido, con detalles en tonos más oscuros y cuerdas blancas. De su cintura caía un cinto en el que había inscritas una serie de runas que no reconocía. ¿Se trataría de algún alto cargo del templo? Le sonaba haber visto ese cinto en alguna otra parte…

La vio levantar sus brazos por debajo de la capa, revelando sus blancas y finas manos. Se quitó la capucha, y Jay se quedó con la boca abierta ante lo que quedó al descubierto. Era el rostro de una joven mujer, de facciones suaves y delicadas, con la piel de alabastro, brillando bajo la luz de colores proveniente de la vidriera. Una cascada de largo pelo rubio caía sobre la capucha, con varios mechones por toda su frente. Sus hombros estaban rectos y tenía la espalda erguida, con porte aristocrático.

A pesar del extraño poder que emanaba su figura, no fue esto lo que llamó la atención de Jay. Fue-lo que parecían un par de alas asomando por debajo de la capa, con sus plumas marrones, lo que lo desconcertó.

No tenía cuernos. Su pelo no era ni blanco, como los zeafíreos de Aruristed, ni negro, como los de Zarested. ¿Se trataría de una mestiza? Pero ¿por qué parecía de la nobleza? Tenía entendido que la mayoría de la gente en Gea no tenía una buena opinión de los mestizos, por lo que dudaba que fuera sencillo que uno de ellos tuviera un cargo de poder… O que existiera una casa noble de mestizos, o que las casas nobles permitieran algo semejante.

No entendía nada. ¿Quién era esa mujer? Sobre todo, ¿por qué lo observaba de esa forma?

Su rostro, como el de una muñeca de porcelana, era inexpresivo. Sin embargo, sus ojos brillaban con intensidad, clavados en él. Pasaban los segundos y ella no paraba de analizarlo, como si estuviera calculando algo… Él también la estaba observando, sí, pero era porque le había llamado la atención su aspecto. Jay no era más que un chico humano, y no entendía por qué provocaba ese interés en una desconocida ataviada con ropajes de lujo.

—Eh… ¿Hola? —probó a saludarla, sin saber qué más hacer, incómodo. No se atrevía a moverse.

Ella siguió mirándolo, sin pestañear. ¿Era una persona, o una estatua?

—Trabajas… ¿Trabajas aquí? —le preguntó Jay, cada vez más confuso. ¿Qué quería de él?

Transcurrieron los segundos. El silencio empezó a ser molesto, y el olor a incienso, al principio agradable, le estaba irritando la nariz. Frunció el ceño. ¿Por qué no le respondía?

La chica se giró del todo hacia él. Hubo movimiento debajo de su larga capa y Jay no se sorprendió al confirmar que tenía alas. Efectivamente, una zeafírea mestiza.

—¿Has venido a ofrecer tus respetos a los dioses? —habló al final ella. Su voz era tan suave como el arrullo de un río en calma, pero resonó con intensidad al rebotar en las paredes del edificio, lo que le permitió a Jay escucharla con claridad. Extendió su fino brazo hacia el altar, encima del cual estaban las estatuas que había visto antes—. Luvann vela siempre por nosotros.

Jay no supo muy bien qué decir, una vez más. Se sentía como un actor en una función teatral cuyo papel desconocía. ¿Cómo debía llevar el diálogo?

—Solo estaba viendo el templo —respondió, decidiendo ser sincero.

Ella ladeó la cabeza, observándolo de nuevo. El movimiento hizo que las sombras incidieran especialmente en sus marcadas ojeras. A pesar de esto, no parecía en lo más mínimo cansada.

Bajó las escaleras y se acercó a él con parsimonia. Jay se quedó rígido. ¿Sería de muy mala educación dar media vuelta y salir corriendo? Solo quería tomarse un descanso y había acabado en uno de los momentos más incómodos de su vida. La mirada rapaz de la chica lo estaba poniendo nervioso. Sus ojos no eran amarillos, como los de Caedra, ni naranjas, como los de Valikia, sino de un tono azul más común para él, pero seguían siendo igual de penetrantes que los del resto de zeafíreos.

—La ceremonia de veneración a Luvann terminó hace una hora —le comunicó ella—. Es una lástima que no hayas podido presenciarla.

Jay se encogió de hombros. No le importaba mucho.

—Ya la veré en otro momento.

—Deberías encender un palo de incienso antes de marcharte —dijo la chica. Se paró frente a él, alzando la vista para mirarlo a los ojos—. Te traerá buena suerte.

—No creo en esas cosas… —murmuró Jay, llevándose una mano al cuello. Se fijó en que la desconocida no portaba ninguna lanza, como era característico en los zeafíreos, así que, al menos, no lo atravesaría al instante si decía algo que pudiera molestarla.

—Deberías hacerlo —insistió ella—. Trae buena suerte… y créeme, la necesitarás.

Lo dijo con tono neutro y rostro inexpresivo. Su mirada se perdió en un punto detrás de él, y Jay no tuvo tiempo de preguntarle a qué se refería con esa declaración tan extraña (y, en cierto modo, espeluznante), pues ella pasó a su lado con la barbilla erguida, ignorando los ojos sorprendidos del chico.

Jay se giró, viéndola alejarse con pasos pequeños, pero rápidos, hasta que se perdió en la distancia al salir del templo.

Sacudió la cabeza. Menuda chica más rara…

Clavó la vista en el altar. Ahora que realmente estaba solo, se atrevió a acercarse. Subió los escalones con cuidado y se acercó a la plataforma sobre la que había varios palos de incienso quemándose clavados en una caja de arena negra. Al lado, un bote de cristal con palos sin encender.

—Hmm... —Cogió uno de los palos y lo inspeccionó, dándole la vuelta con la mano. Él no creía en los dioses, ni en los de Gea, ni en los de la Tierra. Pero era un simple palo de incienso. No perdía nada por encenderlo.

Acercó el dedo índice de su otra mano al incienso, prendiéndolo con una minúscula llama azul. Del palo enseguida se elevó un fino hilo de humo, esparciendo una nueva oleada del dulce olor por el lugar.

Lo clavó en la arena negra, junto a los otros, y se apartó. Alzó la vista hacia las estatuas. Estaban coloreadas con tonos resplandecientes, si bien había algunos puntos en los que la pintura ya estaba empezando a desvanecerse. No habían sido protegidas previamente con una capa de estuco.

Entornó los ojos. Incluso si se diera el caso de que los dioses existieran, estaba convencido de que no tendrían el aspecto de las cinco grandes razas de Gea. Al menos, aquí Luvann no estaba representado con la imagen del emperador. Su pelo, en vez de ser largo y estar atado, era corto, y tenía una larga barba en vez de carecer de ella.

Decidió que ya se había ausentado lo suficiente y dio media vuelta. Era hora de regresar a la biblioteca.

***

Tarvo y Hadriel apartaron la mirada de las páginas de sus libros al escuchar los pasos de Jay. Vieron al chico caminando entre las estanterías con las manos en los bolsillos de su chaqueta, sin mucha prisa. Ahora que ya prácticamente había anochecido en el exterior, la biblioteca estaba iluminada con la luz de las velas, aportando las llamas un filtro naranja al ambiente. Algunos lo encontrarían reconfortante. Para Jay, era más bien asfixiante, a pesar de tratarse de su elemento.

—¿Se puede saber a dónde has ido, Jay? Salí hace un rato a buscarte y habías desaparecido —inquirió Tarvo de inmediato, cruzándose de brazos. La única razón por la que no se había alarmado era porque Hadriel le había asegurado que estaba bien tras un rápido escaneo mental de la zona.

Jay se rascó la cabeza, avergonzado.

—Pues… he ido a visitar el templo —confesó.

Hadriel sonrió, aplacando sus nervios. Le alegraba que su hijo hubiera hecho una visita cultural.

—Recuerdo que comentaste que querías ver uno al llegar a Gea. Siento no haber podido llevarte yo mismo.

—No te preocupes, papá, siempre hemos estado muy ocupados por una razón u otra —dijo Jay, sentándose al lado de Tarvo. Una vez más, hizo chirriar la silla con el movimiento—. Así que se me ha ocurrido aprovechar este momento.

—¿Qué te ha parecido? —preguntó Hadriel.

—¿Bonito? —respondió Jay en tono de duda, sin saber muy bien cómo describirlo.

Hadriel rio con suavidad. No le sorprendió lo escueto que fue su hijo.

—Estaría bien llevarte a uno de los templos de Aruristed para que los compares. No he tenido tiempo de visitar un templo en Zarested, pero estoy convencido de que tendrán estilos arquitectónicos diferentes —dijo él mientras volvía la mirada al libro que estaba leyendo, pasando la página.

—Hay diferencias dentro de los propios reinos de Aruristed —notó Tarvo, imitando a Hadriel —, así que es fácil que las diferencias entre ambos continentes sean drásticas. —Alzó la vista de nuevo y frunció el ceño, corrigiéndose—: O *había* diferencias en los reinos de Aruristed. Ahora que prácticamente el continente entero pertenece al Imperio gaelaro, no estoy tan seguro.

—¿Estarán bien en Ganthia? —dijo Jay, preocupado por la isla en la que había pasado casi dos años entrenando. Los torrogal eran un tanto ariscos cuando no se trataba de hacer negocios, pero enseguida se mostraban más amigables y el maestro Shidan, su líder, se había ganado su aprecio. Desde luego, había tenido una tremenda paciencia enseñándole a controlar su fuego.

—Imagino que sí —lo tranquilizó Hadriel—. Ganthia es una isla lo suficientemente separada del continente.

—Saben defenderse —añadió Tarvo con un asentimiento de cabeza.

—Menos mal —murmuró Jay. Extendió la mano hacia uno de los libros del montón, abriéndolo —. ¿Habéis encontrado algo nuevo?

Aguardaba respuestas negativas, y por eso se sorprendió cuando Hadriel dijo:

—Sí, estábamos esperando a que volvieras para comentarlo contigo. Mira esto.

Deslizó por la mesa el libro que estaba leyendo tras regresar a la página anterior. Jay lo aceptó con curiosidad, observando lo que ponía en la hoja áspera y amarillenta.

—La batalla de Saekish y… —Frunció el ceño y acercó el rostro al libro, tratando de descifrar la palabra—. No entiendo lo que pone.

—Sí, me temo que con el paso del tiempo los libros se deterioran —dijo Hadriel. Suspiró con tristeza—. Este, en concreto, estaba prácticamente olvidado en un rincón y, por la debilidad de la tinta, se escribió hace mucho tiempo ya. Seguirá siendo un misterio el nombre de la criatura que está atormentando a Caedra.

—Que Caedra lo obligue a decírselo —masculló Jay.

—Dudo que sea tan sencillo, mi querido príncipe —lo regañó Tarvo, dándole un toque en el hombro—. Sigue leyendo.

—Vale…

Saekish y esa otra criatura, de nombre todavía desconocido, se habían enfrentado un milenio atrás y habían arrasado prácticamente todo Zarested. Un par de párrafos estaban casi borrados también, y solo alcanzó a distinguir otro par de palabras al fondo de la página: Djaka y Luvann.

—¿No mencionó Caedra también algo de Djaka? —dijo Jay, arqueando las cejas. Se le aceleró el corazón.

—Así es —confirmó Hadriel. Miró a Tarvo y asintió con la cabeza. Tarvo le pasó a Jay el libro que tenía él—. Lee esto, Jay.

—Veamos… —murmuró Jay, apartando el libro anterior para centrarse en el nuevo. Este parecía encontrarse en mejor estado; ciertamente era más legible, si bien tenía restos de algunas páginas que habían sido arrancadas—. ¿Djaka es considerada una diosa menor? No sabía que también teníais dioses menores. Pensaba que solo estaban esos cinco.

Como siguieran así, la variedad empezaría a recordarle a las mitologías que conocía de la Tierra.

—Eso es lo que sabe la mayor parte de la gente —afirmó Hadriel. Apoyó los codos en la mesa y entrelazó los dedos de las manos—. Yo mismo desconocía la existencia de estos dioses menores; es obvio que, con el tiempo, han caído en el olvido.

—Aparentemente Djaka es la diosa del tiempo —dijo Tarvo, recostándose en el respaldo de la silla—. No sé muy bien qué tiene que ver con Luvann. O con Saekish y esa otra criatura. O dios. O lo que sea; realmente es confuso no saber cómo referirse a él…

—¿Dios? —repitió Jay, boquiabierto. Debía de haberlo entendido mal…

—Mira aquí. —Tarvo se inclinó hacia él y pasó la página. Clavó el dedo en el final—. Saekish, la diosa de la noche.

—Insinúas… ¿que también consideraban a la criatura que tiene Caedra un dios? —dijo Jay, dibujando una mueca en su rostro. «Porque menudo dios más imbécil», pensó, irritado. Pasó otra página y gruñó al comprobar que la mayor parte de las hojas siguientes habían sido arrancadas —. Veo que seguiremos sin averiguar su nombre aquí.

—Es frustrante —asintió Hadriel, suspirando profundamente. No estaría tranquilo hasta tener toda la información necesaria sobre la sombra que habitaba la mente de Caedra—. Tendremos que continuar buscando, pero al menos ya tenemos algo. Y podemos confirmar que la criatura dice la verdad.

—Me gustaría saber de qué era considerado dios —murmuró Jay, llevándose una mano a la barbilla—. Supongo que de nada bueno, al igual que Saekish, si Djaka y Luvann se enfrentaron a ellos.

—¿Y quién dice que Luvann y Djaka eran buenos? —dijo Tarvo.

Jay giró la cabeza hacia él, con un fogonazo de sorpresa cruzando su rostro. Tarvo esbozó una pícara sonrisa.

—Solo quería dejarlo caer —se defendió, alzando las palmas de las manos.

Jay rompió a reír, llevándose las manos al abdomen. Incluso a Hadriel se le escapó una carcajada.

—Que no te oiga Caedra hablar mal de su sagrado Luvann —ironizó Jay. Se puso serio de nuevo antes de continuar—: ¿Y por qué era Djaka considerada la diosa del tiempo?

—Lo desconocemos —respondió Hadriel—. Las posibilidades son infinitas: puede que sea capaz de ralentizar o acelerar el tiempo, de dar saltos en el tiempo, de cambiar el pasado, el futuro… No hay más información en estos libros. Pero hay algo más.

—¿Todavía más? —dijo Jay, irguiéndose en su asiento.

—En este libro se menciona a otro dios menor un poco más atrás —asintió Tarvo, retrocediendo varias páginas y yendo hacia el principio—. Aquí.

—Mhunn… —murmuró Jay al leerlo. Ladeó la cabeza—. ¿De qué me suena ese nombre?

—El portal de Mhunn —dijo Hadriel. Su hijo lo miró, agrandando los ojos—. El portal que une Gea con la Tierra.

—Y tiene sentido. No por nada aparece representado como el dios del espacio —añadió Tarvo.

—Me va a explotar la cabeza —se quejó Jay, hundiéndose en la silla.

Hadriel puso los ojos en blanco, acostumbrado a su forma de exagerar. Se levantó y empezó a recoger los libros.

—No seas quejica, Jay. Te has escaqueado de una buena parte de la búsqueda.

Su hijo sonrió con inocencia.

—He aprovechado para hacer una enriquecedora excursión cultural —se defendió, poniendo los hombros rectos. Frunció el ceño y se llevó un dedo a la mejilla—. Lo cual me recuerda una cosa.

—¿El qué? —inquirió Tarvo, curioso. Ayudó a Hadriel a recoger y también se levantó. Los dos se quedaron mirando a Jay, expectantes.

—Había alguien más en el templo.

—Sí, son visitados con frecuencia… —empezó Hadriel.
—No —lo interrumpió Jay—. Era una tipa muy rara.

—¿Tipa? —repitió Tarvo, desconcertado por el uso de la palabra.

—Sí, una mujer. O una chica, parecía bastante joven. Casi no hablaba y era mestiza, yo diría que entre humano y zeafíreo —explicó Jay. Se incorporó para ponerse de pie antes de continuar —: Vestía con ropa que parecía bastante cara, diría que llevaba una túnica… Y dijo algo que me dio muy mal rollo.

Hadriel había fruncido el ceño, inquieto.

—¿Qué te dijo? —quiso saber.

—Que debería encender un palo de incienso para que me diera buena suerte. Porque la iba a necesitar —contestó Jay. Se encogió de hombros, tratando de restarle importancia—. Supongo

que le faltaría un tornillo. Aunque era muy guapa.

Sus ojos azules, sin embargo, habían estado tan vacíos… Había sido casi como hablar con un robot.

—Solo tú te fijarías en eso —comentó Tarvo, divertido—. Sí que es raro lo que dijo, pero quizás se lo dice a todo el mundo.

—Es extraño… Pero no puedo averiguar de quién se trata solo con esa información —declaró Hadriel, torciendo el gesto—. Esperemos que sea como Tarvo dice, algo que comenta a todo aquel con quien se cruza en el templo.

—Tendría sentido y así no me daría tan mal rollo —murmuró Jay. Sonrió al ver a Hadriel y a Tarvo echar a andar hacia las estanterías, acompañándolos—. ¿Nos vamos ya?

—Así es —afirmó Hadriel—. Nos reuniremos con Caedra y Valikia al otro lado de la ciudad.

—¿Creéis que les habrá sido productivo el día? —inquirió Jay mientras caminaban.
Tarvo y Hadriel se pararon y empezaron a colocar los libros.

—Espero que sí —dijo Hadriel—. Si han conseguido iniciarse en el manejo del elemento de la otra, tendremos otro punto a favor de que la criatura está diciendo la verdad.

—Me pregunto cuántas cosas más habrá que no sepamos —musitó Jay. Cruzó los brazos detrás de la cabeza—. ¿Y si resulta, entonces, que los humanos podemos dominar todos los elementos?

Tarvo rio. No era capaz de concebir algo así.

—Qué ideas tienes, mi querido príncipe.

—Dudo que todos los elementos —dijo Hadriel, mirando a su hijo por encima del hombro—. Pero no descarto la posibilidad de que haya más cosas que desconozcamos sobre nuestros poderes. Solo el tiempo lo dirá.

Terminaron de ordenar el resto de los libros en silencio. Jay estaba frustrado por no tener toda la información que querían, pero, al menos, ya iban averiguando algunas cosas, por lo que su viaje a Zarested no había sido en vano. Solo quedaba que la maldita criatura en la mente de Caedra no le hiciera más daño...

Porque, si le pasaba algo a Caedra, Jay encontraría la forma de hacérselo pagar a esa criatura. Por mucho que fuera una sombra.

# Capítulo 18: Alastair

Terminaron de descender por la montaña en la que estaba Eliean. Tras eso, el terreno no fue muy complicado, a través de vastas llanuras, al fondo de las cuales se apreciaba otra cadena montañosa. No había mucha vegetación en ellas. Unos pocos tallos que crecían ya bastante marchitos, y algunos troncos de árboles secos y sin hojas. Valikia les explicó que esto era porque la marea oscura de las sombras había pasado por allí hacía unos años, dejando la zona sin vida. La única fauna que encontraron fue una especie de ratones con colas espinosas que de vez en cuando salían de los túneles excavados bajo tierra.

Pasaron los siguientes días avanzando desde que salía el sol hasta el ocaso, tras lo cual acampaban y Valikia y Caedra se dedicaban a entrenar en el uso del viento y de la electricidad, mientras que Jay y Tarvo realizaban combates de práctica con sus elementos y con la espada. Hadriel leía sus libros y notas.

Un par de semanas después, por fin se encontraban cerca de las ruinas de Agishia. No pasaron por ninguna otra ciudad, pues todo aquel territorio estaba desierto, salvo una pequeña aldea a mitad de camino.

Estaban al pie de las montañas. Jay se sorprendió al distinguir las cimas blancas de estas, y se dio cuenta de que sería la primera vez que veía nieve en Gea. Caedra no ocultó su disgusto al verlo; los zeafíreos de Aruristed y el frío no se llevaban bien. Valikia, sin embargo, no se mostró tan afectada. Ella ya había visitado las ruinas anteriormente e insistió en que el frío era perfectamente manejable.

—Hace tiempo, aquí estaba el reino de Agishia —iba relatando Valikia mientras se preparaban para subir la montaña. Una de las cosas que habían comprado en la ciudad de Zvoia para sus provisiones era capas de piel y capuchas con pelo, chaquetas del mismo material, botas más resistentes y guantes también forrados—. Pero fue destruido hace siglos al ser sepultado por una avalancha de tremendas dimensiones.

—¿No lo vieron venir? —inquirió Jay, extrañado. Él era el que menos se había abrigado, pues al ser afín al fuego regulaba su temperatura corporal con facilidad.

—Cuenta la leyenda que la avalancha fue el producto de un conflicto entre los dioses Zhevin y Kealis —contestó Valikia. Se encogió de hombros—. Pero nadie sabe qué pasó realmente. En cualquier caso, da igual. Desapareció y ahora solo quedan sus ruinas. Era un reino muy preocupado por la conservación de su cultura, pero todo lo que se ha encontrado hasta ahora son solo los murales que hay junto a las cascadas.

—Espero que valgan la pena —dijo Jay, alzando la vista y conteniendo una maldición al ver todo lo que iban a tener que subir.

—Y yo —murmuró Caedra, que se había abrazado a sí misma. Entre la poca confianza que le inspiraba la nieve que se encontrarían más adelante, y que ella seguía aferrándose al ideal de que los dioses existían, no le entusiasmaba el hecho de ir a visitar esos murales.

—Avanzaremos despacio —habló Hadriel, caminando hasta situarse al frente del grupo—. El terreno será mucho más complicado que lo que nos hemos encontrado hasta ahora.

Valikia asintió. Ella había ido volando la última vez que había venido; para ir andando lo mejor sería seguir las indicaciones de Hadriel.

Y empezaron a subir por la ladera. Todo el suelo a sus pies era de roca gris oscuro, prácticamente negra, sin rastro de tierra o de plantas. De vez en cuando, divisaban algún fino riachuelo que brotaba por debajo de las piedras. Al principio, la roca era relativamente lisa, pero pronto se volvió más áspera e irregular. Ascendían por caminos estrechos, pegados a las paredes rocosas, con profundos precipicios bajo ellos.

Caedra frunció el ceño cuando, horas más tarde, sus botas crujieron al pisar la nieve. Era la primera vez que experimentaba el frío de aquel paisaje blanco, y no sabía muy bien cómo sentirse al respecto. Sus plumas estaban crispadas, con un gélido viento soplando de vez en cuando. Siempre había querido ir a ver la nieve con Kendrij… Nunca habían tenido la oportunidad. Pero los zeafíreos jamás se establecían en montañas en las que nevara, y la inmensa mayoría pasaba sus vidas sin ver la nieve. Se refugió en su capa.

El terreno se volvía blanco a su alrededor. Ahora, gran parte de la roca negra estaba sepultada bajo montones de nieve. A pesar del cuidado que debían tener a la hora de avanzar, era un paisaje bonito, digno de ser retratado en un cuadro. El cielo estaba despejado por completo, y los rayos del sol se reflejaban en la nieve, creando preciosos destellos.

—Qué curioso —dijo Jay, agachándose y cogiendo un puñado de nieve—. Es exactamente igual a la nieve en la Tierra.

Hadriel rio con suavidad. Sus mejillas estaban un tanto rojas por el frío.

—¿Y qué esperabas?

—No sé… —respondió él, dejando caer la nieve, avergonzado. Se incorporó y miró a sus compañeros—. Gea tiene cosas muy distintas a la Tierra, y muchas de ellas no las entiendo todavía, pero la verdad es que me esperaba que hubiera aun más diferencias. Pero los océanos son del mismo color, el cielo es azul, hay un sol, una luna…

—No me digas que te vas a poner filosófico —lo picó Valikia, dándole un codazo.

—Oye —protestó Jay, devolviéndole el codazo—. Solo es algo a lo que llevo un tiempo dándole vueltas.

—¿Habrá más mundos aparte de la Tierra y de Gea? —se preguntó Tarvo, llevándose una mano a la barbilla—. Quizás en algunos de ellos sí sean diferentes todas esas cosas que has dicho…

—Es posible —asintió Hadriel. Reanudaron la marcha, con el sonido de sus pisadas crujiendo en la nieve—. No descarto que, del mismo modo que antiguamente había más portales a la Tierra, de los que solo el portal de Mhunn sobrevive en la actualidad, hace tiempo hubiera también portales a otros mundos.

—¿Y por qué no se sabe nada? —cuestionó Jay.

—Recuerda que solo la familia imperial de Gaelar, y muy pocas otras personas, saben de la existencia de la Tierra y el portal de Mhunn —contestó Hadriel—. Es fácil que lo mismo sucediera con otros mundos y sus portales.

Caedra rebuscó en su bolso hasta que encontró la gema astral. La extrajo y la observó entre sus

dedos un tanto entumecidos, brillando con los rayos del sol que atravesaban su superficie traslúcida.

—Me pregunto si también se abrirán con la gema astral —murmuró. Pequeñas nubes de vaho blanco brotaban de sus labios al hablar.

—Imagino que sí… —dijo Hadriel.

—Yo tengo una teoría— habló Tarvo, ganándose la atención de todos su compañeros—. Vimos en aquel libro que Mhunn era considerado un dios menor, el dios del espacio. El último portal que queda hacia la Tierra lleva precisamente su nombre. Nadie sabe cómo aparecieron esos portales…

—¿Qué estás insinuando? —inquirió Jay, entornando los ojos. Se iba haciendo una idea.

—Mhunn crearía esos portales. Si se confirma la idea de que los dioses realmente son criaturas que viven con nosotros en Gea, Mhunn podría ser un tipo de criatura con el poder de abrir portales entre mundos o dimensiones —explicó Tarvo—. Y la razón de que sus portales se muestren solo con la presencia de una gema astral… —Se rascó la mejilla—. Bueno, esa parte no la tengo clara todavía.

—Tu teoría tiene sentido —dijo Hadriel—. Pero lo de la gema astral…

—Yo tengo una idea —anunció Valikia con una sonrisa. Mostró a sus compañeros la pluma que siempre llevaba en el bolso, negra como la noche, con sus extremos de un verde neón que seguía brillando sin estar conectada a su dueño—. Esto es una pluma de Luvann. ¿Veis cómo continúa iluminada incluso aunque se haya soltado de su cuerpo?

Hadriel asintió.

—La pluma mantiene sus propiedades.

—Entonces… ¿Las gemas astrales serían partes de Mhunn? —dedujo Jay, arqueando las cejas —. Y, al contener parte de su esencia, los portales se activan.

—Exacto —afirmó Valikia.

—Me gusta esa idea —dijo Tarvo—. También tiene sentido.

Caedra se mantuvo en silencio. Guardó la gema astral.

—¿Acaso tú no estás de acuerdo, Caedra? —le preguntó Hadriel de buena gana, viendo que la zeafírea se quedaba callada. Le daba pena que sus creencias estuvieran siendo cuestionadas, cuando era él mismo el que le había enseñado todo sobre la religión de los dioses cuando era pequeña.

Caedra alzó la vista al escuchar su nombre. Dibujó una mueca en su rostro.

—No es eso… —Sacudió la cabeza—. Supongo que lo mejor será esperar a ver los murales.

Hadriel tensó las comisuras de los labios. Le habría gustado animarla de alguna manera, pero no se le ocurría nada.

El viento sopló con más fuerza según avanzaba el día, picándoles las mejillas de forma desagradable. Tuvieron que refugiarse en una cueva poco antes de que cayera la noche, pues se levantó un auténtico vendaval. Tarvo creó un muro de roca en la entrada, dejando una abertura,

para protegerse del frío. Encendieron una pequeña hoguera y cenaron trozos de carne seca que tenían guardados.

—Mañana llegaremos a las ruinas —dijo Valikia una vez terminaron de comer. Estaban todos sentados en torno a las cálidas llamas—. Os encantarán las cascadas, son impresionantes.

—¿Más que la de Eliean? —preguntó Jay, divertido al ver la expresión de fastidio de su compañera.

—Sí —admitió entre dientes—. Pero la de Eliean es la más grande del continente después de las de Agishia.

—Me encantaría dibujar las cascadas de Agishia, pero nunca se me ha dado bien dibujar con tanto frío —comentó Tarvo. No era la primera vez que él estaba en un terreno de ese tipo; en las misiones que había llevado a cabo como Shak'ti en más de una ocasión había atravesado campos de nieve. Quedaban lejos de ser sus favoritos.

—¿Ves por qué estaría muy bien tener una cámara? —dijo Jay. Se recostó en la pared de roca, cruzando los brazos detrás de la cabeza—. Con una podrías hacerles una foto y dibujarlas más adelante.

—Recuérdame que la próxima vez que vayamos a la Tierra me traiga una —bromeó Tarvo. Jay rio.

—Estaría bien.

Caedra permaneció en silencio, con los dedos suspendidos sobre el fuego de la hoguera, dejando que el calor le devolviera la circulación. El crepitar de las llamas era relajante para sus oídos después de todo un día expuesta a las inclemencias del gélido temporal.

Dio un respingo cuando Valikia le dio un toque en la nariz.

—Tienes la cara tan roja que cualquiera diría que eres un cadaver volviendo de golpe a la vida —la provocó ella—. ¿No te ha convencido la nieve? —añadió, divertida.

Caedra hizo un mohín.

—No es precisamente algo que me agrade…

***

*—Cuando veas las ruinas de Agishia, espero que, al fin, te deshagas de tus ridículos ideales.*

*Caedra no se sorprendió al escuchar la ya familiar voz, encontrándose en el hipnótico espacio de brumas negras. Se giró, topándose con unos fríos ojos azul hielo.*

*—¿Ridículos ideales? —repitió ella, ladeando la cabeza.*

*—Los «dioses» que veneras —dijo «Kendrij» con desdén. Estaba cruzado de brazos—. Te he demostrado ya, con lo que te conté, la verdad. Sin embargo, insistes en ignorarlo.*

*—Es difícil fiarse de alguien que persiste en no decirte su nombre —replicó Caedra, adoptando la misma postura.*

*Había vuelto a hablar con él en sueños en varias ocasiones a lo largo de esas semanas. Él era obstinado, negándose a revelarle más cosas sobre su identidad mientras la zeafírea no*

*demostrara ser «digna» de ello, para lo cual tenía que aprender a controlar la electricidad. Pero era muy difícil, y Caedra sabía que le llevaría mucho tiempo.*

*—Los mortales no merecéis saber nada —siseó él, tan gélido como el paisaje por el que viajaban hacia las ruinas—. Bastante te he revelado ya.*

*—Aparentemente, a ti también te veneraban como a un dios —señaló Caedra, arqueando una ceja—. Solo no sabemos de qué.*

*—Y ya ves de qué sirvió —dijo «Kendrij», apretando los dientes—. En cuanto Luvann y Djaka se aliaron para deshacerse de mí, los mortales me olvidaron bien rápido.*

*—¿De qué eras dios? —quiso saber Caedra, curiosa—. Saekish, tu enemiga, era la diosa de la noche.*

*Él no respondió. Se limitó a mirarla con su habitual frialdad y condescendencia.*

*Sin embargo, a pesar de lo arisco que era, Caedra no podía quejarse. Le gustaría saber más sobre él, sí, pero, al menos, no había vuelto a atacarla con pesadillas ni a controlarla de ninguna manera. ¿Sería el comienzo de un respeto mutuo?*

*Pasaron los segundos. Caedra no estaba muy segura de cómo se medía el tiempo en aquel espacio en el que se encontraban. A veces, tenía la sensación de que hablaban durante horas, y, otras veces, solo pasaban unos minutos antes de que todo desapareciera al despertarse.*

*—¿Por qué no me revelaste quién eras desde el principio? —inquirió, aprovechando el silencio —. ¿Por qué hiciste que creyera que escuchaba la voz de Kendrij?*

*Él mantuvo su expresión de piedra. Una estatua habría tenido más vida que él.*

*—No tenía razón para pensar que serías diferente al resto de mortales.*

*—¿Y ahora por qué piensas que soy diferente?*

*—No he dicho que lo seas.*

*Caedra puso los brazos en jarras.*

*—Pero estás hablando conmigo. Y ya no me atacas.*

*—Por ahora —replicó él, entornando los ojos—. Quizás no te vendría mal un recordatorio de lo que realmente soy capaz.*

*—No lo harías —dijo ella, sin amedrentarse.*

*Él enarcó una ceja.*

*—¿Cómo estás tan segura?*

*—Porque quiero ayudarte. ¿Por qué no quieres que seamos amigos?*

*La suavidad en el tono de Caedra hizo que «Kendrij» dibujara una mueca en su rostro. Apartó la mirada, en silencio.*

*Caedra esperó pacientemente. Se puso en cuclillas y extendió el brazo izquierdo hacia las brumas. Un fino hilo de niebla se enrolló en sus dedos. Ella notó el cosquilleo en su piel, fascinada. Había sentido dolor, cuando él la había atacado una de las primeras veces que hablaron. Algunas de sus palabras le habían causado escalofríos. Ahora, notaba las caricias de*

*las brumas.*

*No eran simples sueños, pero no era capaz de comprender dónde estaba exactamente. Al fin y al cabo, solo hablaba con él cuando estaba durmiendo…, cuando debería estar soñando.*

*—No querrías ser mi amiga si vieras mi auténtica forma, mortal.*

*Caedra se sorprendió al escuchar su voz. Había pasado tiempo suficiente para suponer que no la iba a contestar. Ahora, estaba de pie detrás de ella, con gesto ausente y melancólico. Caedra alzó la vista por encima del hombro.*

*—¿Por qué no me muestras tu verdadera forma?*

*Hasta el momento, lo único que había de auténtico en lo que ella veía eran sus ojos azul hielo. Todo lo demás era el aspecto robado de Kendrij.*

*—No es algo que desee hacer —replicó él, pero su tono era apagado, no agresivo—. Mi cuerpo me fue arrebatado… Adoptar mi verdadera forma en este espacio solo sería un amargo recordatorio de ello.*

*—¿Y qué es, exactamente, este espacio? —aprovechó para preguntar Caedra. Se levantó y se giró hacia él. Las brumas danzaron en sus tobillos.*

*—Un plano en el que nuestras mentes se cruzan —contestó él con sequedad—. No espero que tu simple mente mortal lo comprenda.*

*Caedra suspiró exasperadamente. Hundió los hombros.*

*—Si me lo explicas, quizás te sorprenda.*

*Él esbozó media sonrisa. Caedra no pudo evitar arquear las cejas al presenciar esto. Se le aceleró el corazón.*

*—Ya me has sorprendido en otros aspectos.*

*Caedra no supo a qué se refería. Decidió tomárselo como un cumplido, por la expresión relajada que tenía él. Sintió una opresión en el pecho. A pesar de los ojos azules, era la primera vez que lo veía con una sonrisa, aunque no fuera completa, y volvía a parecer que realmente tenía a Kendrij delante de ella…*

*Le dio la espalda e inclinó la cabeza, apretando los labios. Él borró la sonrisa de su rostro, entornando los ojos. Supo con facilidad a qué se había debido la reacción de Caedra, pues podía leer todos sus pensamientos.*

*—¿Comprendes a qué me refiero? —dijo él con rabia—. Amistad. Amor. Vínculos que os hacen débiles a los mortales.*

*—Es como todo en la vida —replicó Caedra, sin mirarlo. Se abrazó a sí misma—. Tiene sus cosas buenas y sus cosas malas. En mi opinión, las cosas buenas hacen que merezca la pena pasar por las malas.*

*Él resopló. Se cruzó de brazos.*

*—Ilumíname, pues —le pidió con sorna—. ¿Qué ganaría yo de una amistad contigo? Es dejarme expuesto para nada.*

*—No para nada —dijo ella, un poco ofendida, girándose hacia él—. ¿Nunca te has sentido solo?*

*Él tensó la mandíbula.*

*—No es de tu incumbencia —respondió con frialdad.*

*—Tan solo quiero comprenderte. Tú puedes leer mis pensamientos, pero yo no puedo hacer eso con los tuyos.*

*Una vez más, transcurrieron los segundos en silencio mientras él meditaba su respuesta.*

*Al final, dijo:*

*—Tuve amigos, hace milenios.*

*Caedra suavizó su expresión.*

*—¿Y qué pasó?*

*—Djaka. Luvann. Me traicionaron —dijo él, apretando los puños—. Puede que Luvann tenga el poder de controlar la luz. Pero, ¿y qué? No representa la luz. No es un dios. Es el simple poder que tiene. Comete los mismos errores que el resto de nosotros.*

*Caedra frunció el ceño.*

*—En tu conflicto con Saekish… se volvieron contra ti.*

*—Excelente deducción —dijo él con sarcasmo, dando un par de lentas palmadas—. Pensaba que podía contar con ellos, pero no dudaron en castigarme de la misma forma que a Saekish. Yo custodiaba algo que Saekish quiso arrebatarme. Tenía derecho a enfurecerme y a enfrentarme a ella.*

*—Pero vuestra lucha arrasó Zarested —le recordó Caedra. Sacudió la cabeza—. ¿Qué custodiabas?*

*«Kendrij» suspiró profundamente.*

*—Los mortales me consideraban el dios de la destrucción —admitió al fin—. Esto es porque custodiaba la esfera primaria.*

*Por algunos aspectos de su comportamiento, Caedra no se extrañó ante esta revelación.*

*—¿Qué es la esfera primaria?*

*—Cuando Gea era todavía un mundo recién nacido, estaba en su totalidad cubierto de sombras —explicó él—. Del mismo modo que lo estuvo Gaelar —añadió para que ella lo entendiera con facilidad. Caedra asintió con la cabeza—. Nosotros podíamos evadir las sombras sin dificultad, pero las criaturas mortales tenían poco espacio para prosperar, y a mis compañeros les resultaban asfixiantes. Por tanto, al final, Djaka, Luvann, Mhunn, Kealis, Volkorr, Anatala, Zhevin y yo decidimos usar nuestros poderes para contenerlas y encerrarlas en lo que pasó a ser la esfera primaria. Es una esfera hecha de umbrano que neutraliza las sombras.*

*—Ya veo —dijo Caedra, con una mano en la barbilla—. ¿Por qué la custodiabas tú?*

*—Tengo poder sobre la mente y las sombras —respondió él—. Por tanto, era lo más lógico. Sin*

*embargo, Saekish, que también tenía ese poder, se enfureció al enterarse de esto. Ella disfrutaba de su vida en las sombras, donde era más poderosa. Volvió a extender las sombras por algunas zonas de Gea, pero no le pareció suficiente, y por eso quiso destruir la esfera.*

*—Tú trataste de impedírselo —señaló Caedra con semblante grave. No se había esperado que fuera un defensor—. ¿Por qué te castigaron a ti también Djaka y Luvann?*

*—Traté de impedírselo porque la esfera era ahora una de mis pertenencias —aclaró él con sequedad—. Las criaturas mortales no me importaban en lo más mínimo; todos huían de mí al ver mi aspecto, tachándome de maligno. —Bufó—. Si ellos no me respetaban, yo haría lo mismo con ellos. Por eso no me contuve al enfrentarme a Saekish. Lo que provocó la devastación de Zarested.*

*Caedra optó por no comentar nada. En vez de eso, preguntó:*

*—¿Qué sucedió con la esfera primaria?*
*—Sellada junto con mi cuerpo —respondió él, con una mueca de disgusto en su rostro—. Desconozco dónde se encuentra.*

*—Y… ¿Qué pasaría si Saekish encuentra la esfera? ¿Si la destruye?*

*—Gea se inundaría una vez más de sombras —dijo él. Se encogió de hombros—. Arrasarían con todo y asfixiarían casi cualquier forma de vida.*

*Caedra se mordió el labio.*

*—No pareces muy preocupado.*

*—Te recuerdo, mortal, que yo, al igual que Saekish, tengo poder sobre las sombras —replicó él con sorna—. No me afectaría lo más mínimo.*

*—Pero la vida en Gea desaparecería.*

*—¿Y…?*

*—Sería un mundo muerto. No tendría nada que ofrecerte.*

*—No te preocupes tanto por eso, mortal. No tengo ninguna intención de dejar que la esfera primaria sea destruida —dijo él, poniendo los ojos en blanco—. Es mía y de nadie más.*

*—¿Es porque en cierta medida te gusta Gea llena de vida? —inquirió Caedra, tratando de aportar un toque alegre a sus palabras y cruzando las manos detrás de la espalda.*

*Él frunció el ceño. Se quedó en silencio.*

*Caedra no se ofendió. Aprovechó para asimilar toda la información que había recibido, asegurándose de memorizarla. La historia de su indeseado compañero cada vez se volvía más interesante. Estaba aprendiendo cosas que nunca habría sospechado sobre su mundo. Una pena que la mayoría de ellas fueran terroríficas.*

*—Yo puedo ayudarte con tu venganza contra Saekish. Al fin y al cabo, quiero vengarme del emperador, y ahora mismo ambos comparten cuerpo —dijo Caedra, levantando la vista—. Aunque admito que todavía no sé qué pensar respecto a Luvann. Sus poderes sobre la luz nos vendrían muy bien para enfrentarnos a las sombras del emperador. —Alzó la palma de la mano para que la dejara terminar cuando lo vio listo para rebatir—. Pero… ¿Por qué no te ayudo a*

*recuperar tu cuerpo?*

*Él entornó los ojos.*

*—¿Por qué ibas a hacer eso por mí?*

*Caedra esbozó una cálida sonrisa, el perfecto contraste a la estatua de hielo frente a ella.*

*—Porque quiero que seamos amigos. No vas a destruir la esfera primaria, por lo que no supones ningún peligro para Gea.*

*—La esfera primaria es asunto mío. Mi deber es protegerla, no destruirla.*

*—Bien. Entonces, iremos investigando también sobre dónde podría estar tu cuerpo.*

*«Kendrij» se cruzó de brazos. Le ofrecía oro, sin pago alguno por él.*

*—¿Qué ganas tú con todo esto?*

*Caedra rio con suavidad y sacudió la cabeza.*

*—¿Qué es tan gracioso? —quiso saber él, con los hombros rígidos, desconfiado hasta la médula.*

*—No gano nada. Pero quiero ayudarte. Siempre y cuando sigas sin someterme a otra de tus torturas —contestó ella, más seria al decir esto último. No convenía ablandarse en exceso.*

*—Eso solo lo hice porque pensaba que tendría que controlarte, como a todos mis huéspedes anteriores —masculló él—. No esperaba llegar a tener una conversación… normal contigo. —Le dio la espalda de golpe, frustrado. Las brumas revolotearon alrededor de sus botas—. Al final, has conseguido que te cuente parte de mi pasado.*

*—¿Eso es malo? —replicó Caedra, divertida—. Ahora te comprendo un poco más.*

*—No te confíes, mortal —dijo él, mirándola con frialdad por encima del hombro. Si fuera un lobo, habría enseñado los colmillos—. Aún no me has demostrado que no eres tan débil como los demás.*

*El comentario le sentó como una patada a Caedra. No dejó que esto la desanimara, sin embargo.*

*—Lo haré.*

*Él se giró de nuevo hacia ella. Gruñó. La niebla tembló.*

*—No sé si no prefería cuando me tenías miedo.*

*Caedra soltó una carcajada, si bien estaba teñida de amargura. Era difícil olvidar el aterrador momento en el que la había engañado para atacar a sus amigos. Pero estaba dispuesta a dejarlo atrás, si él colaboraba con ella.*

*—¿Por qué? Yo he descubierto que no eres tan malo como querías hacerme creer.*

*—Caminas por arbustos, ajena a las espinas que esconden —afirmó él—. Recuerda que todavía hay muchas cosas que no sabes, mortal.*

*—Seguiré esperando a que me las cuentes —dijo ella, encogiéndose de hombros para mostrar que no estaba preocupada al respecto. Respetaba las distancias—. Me basta con saber que no*

*tienes malas intenciones.*

*—Quiero venganza —le recordó él.*

*—Yo también. Ambos tenemos causas justificadas.*

*Él arqueó una ceja. Rezumaba escepticismo.*
*—¿Quieres ayudarme después de todo lo que te he hecho?*

*Caedra suspiró pesadamente. Pasó una mano por su cabello blanco, buscando las palabras adecuadas.*

*—Reconozco que no hemos tenido el mejor comienzo. Y sigo sin acostumbrarme al hecho de que estás en mi mente. No te lo habría perdonado jamás si les hubiera pasado algo a mis amigos —dijo ella, su voz ahora seria y grave. Lo miró a los ojos, sin dejarse intimidar por su afilado hielo—. Y me aseguraré de matarte yo misma si les haces algo. Estás advertido. Quiero ser tu amiga…, y lo seré siempre y cuando respetes a Jay, a Hadriel, a Tarvo y a Valikia.*

*—Todos simples mortales —comentó él con desdén, pero no replicó más—. Nunca podrías acabar conmigo, mortal, pero está bien.*

*—Deja de llamarme mortal —masculló Caedra. Se cruzó de brazos, tamborileando en uno de ellos con los dedos de una mano, e irguió la barbilla—. Tengo un nombre. Y sigo queriendo saber el tuyo.*

*—Eres persistente —gruñó él, negando con la cabeza—. Todavía no he dicho que vayamos a ser amigos…, mortal.*

*Caedra ocultó su decepción.*

*—Como quieras.*

*Le dio la espalda y anduvo unos cuantos pasos, estirando las alas. Las plumas rozaron las brumas, creando pequeños remolinos. Caedra se preguntó cómo sería volar entre toda esa niebla.*

*—Yo también podía volar —dijo «Kendrij», con voz queda.*

*Caedra giró la cabeza a su derecha. Él la había alcanzado y estaba a su lado, con las manos en los bolsillos de los pantalones. Ocultaba que había apretado los puños por la rabia.*

*—Es algo sin lo que yo no podría vivir —murmuró ella. Sonrió, tratando de infundirle ánimos —. Estoy segura de que algún día podrás volar de nuevo.*
*En vez de reaccionar con ira a su optimismo, él suspiró con una profunda tristeza, que sorprendió a Caedra, mostrándose vulnerable. Miraba hacia el cielo de brumas negras. Sus ojos, no tan afilados como era habitual, reflejaban nostalgia.*

*—Llevo más de un milenio así —dijo—. Al final, uno se acostumbra.*

*Caedra lo observó de reojo. Tenía que admitir que, cuando se había encontrado por primera vez con él en sus sueños, nunca habría imaginado acabar queriendo ser amiga de quien había invadido su mente. Pero cuanto más hablaba con él, más lo entendía.*

*—¿No crees que podrías haber tenido una buena relación con tus anteriores huéspedes si no hubieras tratado de aterrorizarlos y controlarlos desde el principio? —preguntó sin poder*

*evitarlo.*

*Él apretó los dientes.*

*—Irrelevante. Eran todos débiles y patéticos. Ninguno se molestó en ver más allá.*

*Caedra no dijo nada. Las brumas a su alrededor estaban comenzando a desvanecerse, por lo que iba a despertarse.*

*Se giró hacia él. Se le escapó una exclamación al ver que su aspecto había cambiado.*

*Seguía siendo un hombre humano, pero ya no era Kendrij. Era bastante más alto, sus facciones más afiladas y maduras, con los pómulos muy marcados. Su pelo, largo hasta media espalda y liso, era blanco como la nieve. Creaba un gran contraste con su piel oscura, prácticamente negra como el carbón. Era esbelto y vestía con una sencilla camisa blanca, y pantalones y botas del mismo color. Sus ojos, sin embargo, eran lo más extraño, con su iris azul hielo y la esclerótica de obsidiana, enmarcados por pestañas blancas.*

*—No es mi aspecto real —aclaró él, impasible ante la estupefacción de la zeafírea—. Pero sí era mi disfraz cuando me ocultaba entre los mortales. Se podría decir que es mi forma humana. Lo único que nunca pude camuflar eran mis ojos.*

*—Pero cuando te mostraste por primera vez tenías los ojos de Kendrij… —murmuró Caedra mientras lo analizaba, sin saber si estar maravillada o intimidada. Ahora sus ojos eran todavía más terroríficos.*

*—Porque esto no es el plano real, el material. No es Gea.*

*Las brumas ya prácticamente se habían desvanecido.*

*Al terminar de asimilar el cambio, el rostro de Caedra se iluminó con una radiante sonrisa; sus ojos amarillos brillaban con ilusión. Algo debía de haber hecho bien si él había optado por no atosigarla más mostrándose ante ella como Kendrij.*

*No ocultaba tantas espinas como quería hacerla creer.*

*—Alastair.*

*Ella volvió a mirarlo a los ojos al escucharlo hablar, sorprendida. Solo había un atisbo de hielo en ellos.*

*—¿Qué? —dijo, pues quería asegurarse de que lo había entendido bien. Su corazón se aceleró.*

*—Mi nombre.*

# Capítulo 19: Las ruinas de Agishia

Caedra se despertó y enseguida notó la dureza del suelo de roca sobre el que estaba tumbada. Tenía los músculos de la espalda entumecidos, como si llevara una semana sin moverse. No le gustaba no poder dormir entre las ramas de un árbol.

Abrió los ojos, rodó por el suelo y se sentó, estirando las alas. Recordó los últimos segundos de su sueño y se le escapó una sonrisa. Sintió un agradable cosquilleo en las manos.

«Alastair», pensó. ¡Le había revelado su nombre! ¿Significaba eso que se había ganado su respeto?

«No somos amigos, mortal —gruñó Alastair de inmediato—. Todavía».

«Ese "todavía" me dice que no te cierras a la idea», replicó ella, manteniendo su sonrisa.

—Buenos días, Caedra.

La zeafírea levantó la vista de golpe, sorprendida al escuchar la voz de Hadriel. Había pensado que era la única despierta, pero Hadriel la miraba desde donde estaba sentado, cerca de la entrada de la cueva. La luz pálida se filtraba del exterior por la abertura de la pared que había hecho Tarvo la noche anterior, iluminando tenuemente el espacio. La hoguera estaba apagada, aunque quedaba un ligero olor a humo.

—Buenos días —dijo ella, levantándose para ir a sentarse a su lado. Acomodó las alas para usarlas de respaldo.

Hadriel sonrió también.

—Te noto de buen humor —comentó. Y eso le alegraba más de lo que podía mostrar. Caedra llevaba tantos días apagada que era un alivio verla entusiasmada por algo. Sintió sus propios hombros más ligeros.

—Ya sé cómo se llama —anunció Caedra, con el rostro iluminado.

—¿Y bien? —la instó a continuar Hadriel, adivinando con facilidad a quién se refería.

—Se llama Alastair.

Hadriel arqueó las cejas. Caedra giró la cabeza hacia él, esperando su reacción. Parecía que Hadriel hubiera hallado respuesta al mayor acertijo del mundo.

—Alastair… —murmuró él—. ¿El guardián de la esfera primaria?

Caedra se quedó boquiabierta.

—¿Lo conocías?

Hadriel sacudió la cabeza.

—Es solo una leyenda. O eso pensaba —explicó—. Qué curioso…

—Dime, ¿qué pasa? —quiso saber Caedra, inclinándose hacia él.

—Alastair, según cuenta la leyenda, era el guardián de la esfera primaria. Una inmensa criatura de plumas y escamas con ojos de hielo, recluida en el rincón más frío de Gea —relató Hadriel,

clavando la vista en el techo de piedra—. Nunca se me habría ocurrido que estuviera relacionado con los demás dioses o con algún tipo de conflicto.

—Era considerado también un dios. El dios de la destrucción —dijo Caedra, frunciendo el ceño —. Según parece, esa esfera contiene todas las sombras que cubrían Gea. Destruirla significaría que el planeta sería arrasado por la marea de sombras.

—Ya veo… —murmuró Hadriel. No se atrevería a ser optimista. Al menos, no todavía, pero las sombras que envolvían aquel problema, que una presencia estuviera invadiendo la mente de Caedra, se aclararon un poco—. Yo mismo solo sé de su leyenda porque lo leí en un libro muy antiguo hace tiempo. No lo he vuelto a ver mencionado en ningún sitio. La historia, o mitología, de Gea no está muy bien documentada.

—Me ha contado que Saekish quiso robar la esfera primaria para destruirla. Por eso hubo una batalla entre ellos —explicó Caedra. Pasó los dedos por su largo pelo blanco para desenredarlo —. Al concluir esta, Luvann y Djaka los castigaron a ambos.

—Castigaron a ambos —repitió Hadriel, entornando los ojos—. Sin embargo, Alastair simplemente estaba defendiendo la esfera. ¿Qué ocurrió?

—Aparentemente lo consideraron demasiado peligroso, pues el choque de sus poderes con los de Saekish dejó Zarested devastado por completo —respondió Caedra, bajando la vista a su regazo. Empezó a recoger el pelo en una coleta—. Es por esto que Alastair quiere vengarse de los tres: de Saekish, Luvann y Djaka.

—Y Saekish está con el emperador —asintió Hadriel con gravedad—. De ahí que tengamos un objetivo en común.

—Me gustaría saber más sobre lo que pasó realmente entre él y Luvann y Djaka —dijo Caedra. Con el pelo ya en una coleta, dejó caer los brazos. Suspiró con pesadez—. Es todo muy confuso. No sé qué pensar.

—¿De Luvann? —adivinó Hadriel con facilidad, observándola de reojo.

—Sí. Cada vez está más claro que no es un dios, tengo que afrontarlo, pero… ¿es bueno o es malo?

—Dudo que sea cuestión de blanco o negro. No será tan sencillo —respondió Hadriel. Puso una mano en su hombro—. Pero no te preocupes por eso ahora. Cuando llegue el momento de hablar con Luvann, lo comprobaremos nosotros mismos.

—¿Crees que podremos encontrarlo? —inquirió Caedra, mirándolo con unas finas líneas entre las cejas.

—Valikia y su hermano lo vieron. Por tanto, es posible. Será cuestión de tiempo —dijo él. Se levantó y Caedra echó de menos su contacto. Siempre se sentía mejor, más ligera, estando con Hadriel—. Por ahora, espera a ver qué encontramos en las ruinas.

—De acuerdo… —murmuró Caedra, observándolo mientras iba a despertar a los demás.

«No responderé de mis actos si os cruzáis con Luvann», advirtió Alastair con frialdad.

«No te precipites —le aconsejó Caedra—. Tenemos que escuchar su versión de los hechos. Y, sobre todo…, él sabrá dónde selló tu cuerpo. Nos ahorraríamos la búsqueda si obtenemos la

información de él».

Alastair no dijo nada durante varios largos segundos. Caedra tuvo la esperanza de que fuera porque estaba considerando la opción.

«Ya veremos, mortal», comunicó al fin.

«Me conformo con eso. ¿Vas a seguir sin llamarme por mi nombre?».

«Sí».

Directo y seco. Típico de Alastair, según se iba dando cuenta Caedra.

—Cai, ¿estás despierta o te has quedado dormida con los ojos abiertos?

Caedra parpadeó y sacudió la cabeza, dándose cuenta de que Jay se había levantado y ahora estaba agachado frente a ella, moviendo una mano delante de sus ojos. Vio a Hadriel discutiendo algunas cosas con Tarvo y Valikia frente al mapa que habían extendido en el suelo.

—Perdón —murmuró Caedra, avergonzada. Se forzó a sofocar el calor en sus mejillas—. ¿Querías algo?

—Solo preguntarte cómo estás —dijo Jay, encogiéndose de hombros—. Me ha parecido divertido verte empanada.

—No estaba empanada —masculló ella.

—Sí, claro. No dirías lo mismo si te hubieras visto la cara —la picó él, divertido. Se cruzó de brazos, repentinamente serio—. ¿Te está tratando mejor esa sombra?

Caedra esperó a que Jay se sentara a su lado antes de responder:

—No es una simple sombra, Jay. Y sí, las cosas van un poco mejor, creo.

Jay resopló.

—Es un capullo, Cai. Eso es lo que es.

Y le guardaba un especial rencor.

«Estúpido mortal —gruñó Alastair—. Tiene suerte de que no pueda…».

«Ni se te ocurra terminar lo que ibas a decir —le advirtió Caedra—. Recuerda que también tienes que respetar a Jay».

«¿Incluso cuando me insulta?».

«Tienes que admitir que te lo has ganado».

—Intenta entenderlo, Jay —dijo ella, girando la cabeza para mirar a su amigo. Él la observaba con semblante sombrío—. Esta noche me ha contado más cosas de su pasado.

—Seguro que se las ha inventado.

—Eso decías de todo lo que nos contó antes, y ha resultado ser cierto —replicó Caedra, si bien no lo hizo de mal humor. Sabía que Jay solo se preocupaba por ella—. En serio, Jay, ahora está todo mejor, créeme. Hemos… arreglado nuestras diferencias.

«Por ahora», dijo Alastair.

Caedra lo ignoró.

—Eso espero —masculló Jay, con rabia contenida. Apoyó el codo en una rodilla—. Pero no termino de creérmelo. Te hizo estar semanas sin dormir bien, Cai, y luego te controló y te hizo atacarnos. —Tensó la mandíbula—. ¿Es que lo has olvidado? Estabas… fatal, por decirlo de alguna manera, cuando te encontré después de eso.

Era incapaz de borrar de su mente la imagen de Caedra tan abatida, presa de auténtico pánico. Del mismo modo que recordaba todavía el terror que él había sentido, temiendo no lograr ayudarla a calmarse a la vez que se forzaba a tragar su propio miedo.

Caedra bajó la mirada al suelo. Sus labios eran ahora una triste línea recta. Entendía el enfado de Jay. ¿Acaso había sido ella demasiado benevolente con Alastair?

Él observó su reacción de reojo. Se arrepintió de haber hablado. Estaba claro que había estropeado su buen humor.

—Eh, Cai, vamos, no te desanimes —dijo con rapidez, pasando un brazo por sus hombros, que ahora tenía tensos. Ella se recostó en él, suspirando con pesar—. Solo… no quiero que te confíes y te haga daño. Pero si tú estás segura…

—Es todo muy confuso, Jay —murmuró ella. Apreció el intento del chico por reconfortarla, envolviéndola con su calidez—. Pero Alastair…

—¿Alastair? —la interrumpió él, perdido.

—Se llama así. Alastair me ha contado cosas de su pasado, y ahora lo entiendo un poco mejor. Lo siento si no te gusta la idea, pero… —Caedra se separó de él, no sin cierta reticencia. Respiró hondo y lo miró a los ojos—. Yo quiero llevarme bien con él, Jay. Creo que podemos ser amigos.

—¿Amigos? —repitió Jay, incrédulo, alzando la voz. Calló y apretó los labios al ver la mueca en el rostro de Caedra. Lo había dicho sin darse cuenta. Espiró aire con brusquedad y se llevó una mano al cuello—. Está bien, está bien. Siento… Siento mi reacción.

Caedra dejó caer los párpados y sonrió. Sabía lo mucho que le costaba a Jay disculparse. Puso una mano en su brazo.

—No pasa nada, Jay. Puedo entenderlo. ¿Qué tal si te cuento todo a ti también para que estés al día?

—Bueno… Vale —aceptó él. Aunque las comisuras de sus labios se alzaron, no llegaron a formar una sonrisa. Mantenía sus sospechas—. Pero no esperes que le coja cariño al tipo ese.

Caedra rio con suavidad. Sabía que a Jay le costaría, y no lo culpaba.

—Me conformo con que entiendas la situación un poco mejor.

***

Jay caminaba atrás del todo con las manos en los bolsillos, pensativo. Ascendían por una cuesta entre dos paredes de roca, por lo que no tenía que estar tan pendiente de dónde pisaba, solo de no resbalar en la nieve.

No había querido decírselo a Caedra (aunque sospechaba que ella lo intuía), pero seguía sin fiarse de esa sombra. De Alastair, o de como se llamara. Tenía miedo de que estuviera

engañando a Caedra y la atacara en cualquier momento. Pero su padre parecía haberlo aceptado…, ¿o simplemente ocultaba bien su reparo al respecto?

No sabía qué hacer. Tampoco había mucho que pudiera hacer, la verdad. No le quedaba otra que aguantarse y seguir pendiente de Caedra.

Y Luvann era su única esperanza de derrotar las sombras del emperador. Si Alastair tenía algún problema con él, tendría que fastidiarse.

—Cuando subamos esta cuesta, ya se verán las cascadas —les comunicó Valikia, ahora al frente del grupo. Extendió levemente las alas y dio un pequeño salto en el aire—. ¡Os van a encantar!

Jay sonrió ante el entusiasmo de Valikia. Al menos, se distraería un poco con las ruinas.

Las vistas al final de la cuesta, que terminaba en un precipicio, eran espectaculares. Se apreciaban una serie de inmensas y anchas cascadas que caían por la roca negra. El agua tronaba con fuerza. Formaban un círculo alrededor de una pequeña isla de piedra de la que salían algunos caminos de rocas hacia las cataratas. El punto en el que estaban era el único que no tenía una cascada. Todo estaba cubierto de una fina neblina de humedad.

—Es precioso —dijo Tarvo, impresionado.

—Sí que lo es —admitió Caedra, escrutando el lugar.

El viento soplaba con fuerza en lo alto. Jay tuvo que apartar algunos mechones de pelo ya crecido de su frente. Se preguntó dónde estarían los murales, pues no los localizaba a simple vista.

—¡Os lo dije! —exclamó Valikia, alzando los brazos—. Podemos ir por aquí. —Señaló un estrecho sendero que bajaba por la única pared de piedra sin agua cayendo por ella.

Descendieron con cuidado. Valikia pronto se exasperó y extendió las alas, echando a volar. Caedra acabó imitándola y esperaron a sus compañeros abajo.

—¿Dónde están los murales? —fue lo primero que preguntó Jay cuando llegaron, fiel a su impaciencia.

—Están detrás de las cascadas —respondió Valikia con una sonrisa. Por fin les iba a demostrar que tenía razón—. Hay cuevas bastante grandes; os llevaré a ellas.

Siguieron a Valikia por el camino de piedra que llevaba al centro de la isla. Hadriel se percató de que Tarvo no hacía más que mirar a un lado y a otro, con los ojos entornados, como si estuviera buscando algo.

—¿Qué sucede? —le preguntó en voz baja.

Tarvo frunció el ceño.

—Tengo la sensación de que alguien nos observa, pero no encuentro nada.

Hadriel cerró los ojos y realizó un rápido escaneo mental de la zona. No detectó a nadie más aparte de ellos.

—No parece que tengamos compañía —le dijo a Tarvo—, pero estaremos atentos, por si acaso.

Tarvo asintió con la cabeza, algo apaciguado.

Tomaron el camino que partía a la derecha de la isla. Este acababa entre dos de las cascadas, adentrándose detrás de una y de otra. Valikia siguió por la de la izquierda.

Jay miró hacia arriba. No alcanzaba a ver dónde empezaba la cascada. Era curioso estar detrás de una, con el agua cayendo delante de él como un velo que distorsionaba todo.

—Necesitaremos luz —dijo Valikia, deteniéndose.

Jay no dudó en avanzar hasta estar junto a ella. Creó una bola de fuego azul en la mano y todos se adentraron en la cueva. El techo al principio no era muy alto, aunque no tuvieron que agacharse. Según caminaban, el techo se elevaba más y más hasta que llegaron a una inmensa sala. El fondo de la cueva era una pared que había sido trabajada hasta quedar lisa, con una gran cantidad de dibujos de pintura blanca.

—Vaya… —murmuró Jay, quedándose con la boca abierta.
—Son espectaculares —comentó Hadriel, levantando la vista. Se acercó a la pared para verlo más de cerca. El detalle, que perduraba a pesar del paso del tiempo, era exquisito.

—Hay muchas cosas —dijo Tarvo, todavía muy pendiente de los alrededores. Echó un vistazo también hacia atrás, pero no veía a nadie más. Seguía con esa extraña sensación…

—Sí, hay de todo —afirmó Valikia con una sonrisa y las manos en las caderas—. ¡Os dije que merecía la pena verlo!

A la izquierda del todo había representadas varias criaturas. Había un fénix y una serpiente negra junto a la luna, y otro fénix junto al sol. Debajo de ellos, una serpiente envuelta en olas, una especie de felino entre plantas y un par de criaturas que parecían dragones. Encima de todos ellos, un piaferis volando. Por último, abajo del todo, una especie de golem de piedra con tentáculos que salían de su espalda.

Valikia voló hacia esta parte del mural.

—Luvann —dijo, señalando al fénix de la luna. Tenía dibujados rayos de luz en sus alas—. Volkorr. —Señaló al fénix del sol—. Aquí están Anatala y Kealis. —Puso el dedo primero en la serpiente de las olas, y luego en el felino de las plantas—. Y este sería Zhevin —concluyó, alzándose hasta el piaferis. Se encogió de hombros—. No sé quiénes son los demás.

«Yo, sí», dijo Alastair con amargura. Sin embargo, no añadió nada más.

En la siguiente escena, estaban todos reunidos en círculo, con una esfera en el centro. Debajo, más pequeños, se encontraban uno de los dragones y la serpiente negra enfrentándose. A la derecha, el fénix de la luna y el otro dragón sobre el dragón anterior y la serpiente negra derrotados en el suelo.

Caedra no tuvo más dudas de quiénes eran los que Valikia desconocía.
—Este es Alastair —dijo, acercándose al mural y señalando el dragón representado con grandes alas de plumas—. Y esta sería Saekish. —Señaló la serpiente negra—. Esta es Djaka. —Apuntó el dedo índice hacia el dragón con alas membranosas—. El que queda supongo que será Mhunn —finalizó, refiriéndose al golem.

«Efectivamente», confirmó Alastair.

—Papá, me dijiste que no había dragones en Gea —protestó Jay, mirando a Hadriel cruzado de

brazos, como si le hubiera mentido deliberadamente.

—Desde luego, yo nunca he visto uno. Djaka y Alastair serán los únicos que hay —contestó Hadriel, que observaba los murales con ojo crítico, memorizando todos los dibujos.

Había un dibujo del fénix lunar, Luvann, con sus alas extendidas frente a la luna en cuarto creciente y un grupo de humanos arrodillados delante de él, mientras este los bañaba con su luz, y las sombras los rodeaban. En otro aparecía la serpiente marina con los aquitones, el felino del bosque con los denu, el fénix solar con los torrogal, y el piaferis con los zeafíreos. Había una pintura en la que varias rocas salían despedidas de la espalda del golem, Mhunn, y había dibujados algunos círculos.

Hadriel se fijó en este último dibujo en concreto.

—¿Representará el momento en el que Mhunn creó los portales? —se preguntó, con una mano en la barbilla—. Las rocas serían las gemas astrales.

—Seguro que se trata de eso —asintió Tarvo, yendo junto a él—. Esto respaldaría nuestra teoría.

«No esperaba verme retratado en los murales», admitió Alastair. Sonaba nostálgico.

—Y con esto ya tenemos todas las pruebas para que me creáis cuando os digo que Luvann es un fénix —declaró Valikia, en tono triunfal—. ¿Me ayudaréis a encontrarlo ahora?

—Eso no lo dudes —dijo Jay, animado. Al final, la caminata había merecido la pena. Se rascó la cabeza—. Lo que no sé es por dónde empezar a buscarlo…

«Luvann tiene un lugar de descanso, lo que él considera su hogar. Todos teníamos uno», informó Alastair con sequedad.

Caedra arqueó las cejas.

«¿Y cuál es?», quiso saber.

«Creo que será mejor que te lo cuente cuando no estés siendo acechada, mortal».

Las ominosas palabras de Alastair le causaron un escalofrío a Caedra.

«¿Qué quieres decir?», pensó mientras se giraba de golpe. No vio nada, pero era cierto que ahora notaba algo raro en el ambiente…

—Tenemos que irnos de aquí —dijo, extendiendo las alas.

—¿Por qué? —quiso saber Jay, confuso.

—Hay algo extraño —contestó Tarvo con el ceño fruncido, apoyando a Caedra.

Hubo un crujido encima de ellos. Se desprendió polvo de las rocas. Tarvo y Caedra se miraron el uno al otro.

—¡Todos fuera! —gritó Caedra.

Con el segundo crujido, nadie dudó en obedecer. Se lanzaron al exterior cuando el techo empezó a derrumbarse. Lograron salir justo cuando el túnel colapsó del todo, sellando la entrada con un montón de rocas y un estridente sonido.

Jay palideció al girarse y ver esto. Pero no estaban a salvo todavía. Tarvo tiró de él y varias cuchillas silbaron por encima de sus cabezas a través del agua de la cascada, clavándose en la pared.

Salieron de detrás de la cascada al camino de piedra. Se encontraron con un par de figuras en la isla. Jay abrió los ojos como platos al ver de quiénes se trataban. Se le aceleró el corazón.

Una de ellas era una joven mujer con una capa azul marino, túnica pálida, piel de porcelana y alas marrones. La otra figura era un hombre robusto, vestido entero de negro, con su rostro oculto por una familiar máscara gris con detalles rojo sangre.

Un Shak'ti.

—Lo sabía —masculló Tarvo, con la mano en el pomo de su espada.

—¡Tú! —exclamó Jay, señalando acusadoramente a la chica con el dedo índice—. Te vi en el templo.

Ella no varió su expresión desinteresada.

—Te lo advertí, príncipe —dijo ella, su tono carente de emoción—. Que necesitarías la suerte.

—¿Quién eres? —cuestionó Hadriel, poniéndose delante de su hijo. Habían caído en una trampa, y maldijo para sus adentros por no haberse dado cuenta antes. Se había relajado, creyéndose fuera del alcance del emperador en otro continente, y ahora pagaba el tremendo error —. ¿Cómo sabíais que estaríamos aquí?

—Soy el oráculo de la luna, la aprendiz directa del oráculo supremo en la Orden de las Estrellas —contestó la chica. Jay palideció al escuchar esto. Por eso le había resultado familiar el cinto que llevaba—. Recibí una visión de que vendríais a las ruinas de Agishia hace unos meses, mas desconocíamos la fecha exacta de vuestra llegada. Se nos ordenó aguardar y tenderos una emboscada.

—Llevamos un mes esperando, pero ha merecido la pena —dijo el Shak'ti. Tarvo lo reconoció con facilidad por su voz. Era Makus, el líder y Shak'ti del rayo—. La visión se ha cumplido… y aquí estáis. Habéis escapado de nuestra primera trampa, pero habría sido un tanto aburrido si no lo hubierais hecho; era de esperar. En cualquier caso…, suficiente charla.

De detrás de las cascadas emergieron el resto de los Shak'ti, haciendo un total de cinco, lo que indicaba que habían encontrado un sustituto para Tarvo como Shak'ti de la tierra. Era lógico, teniendo en cuenta que habían transcurrido un par de años desde su último encuentro.

Estaban rodeados, acorralados como presas por una jauría de volpires.

Jay endureció su expresión. Había entrenado hasta la extenuación en Ganthia. No se iba a amedrentar. Ya no sería una carga para sus compañeros. Podía enfrentarse a sus enemigos.

Incendió sus puños con fuego azul y flexionó las piernas.

—A por ellos —dijo, y el caos se desató en el lugar.

Una ola de agua fue hacia el sitio en el que se encontraban, forzando a todos a saltar en direcciones diferentes.

Jay corrió por el borde del lago, varias rocas afiladas clavándose por donde había pisado

instantes antes según se desplazaba. Localizó a su atacante en la pared de piedra encima de él. Se desplazó con una pirueta a su izquierda, flexionó la rodilla derecha tras estampar la pierna en el suelo y extendió el mismo brazo hacia su enemigo con el puño cerrado, haciendo que saliera disparado un torrente de fuego azul. El Shak'ti saltó por encima de él para esquivarlo.

Jay giró sobre los talones. Arqueó las cejas al ver cómo el Shak'ti parecía estar pisando en el aire para alejarse.

—Pero ¿qué…?

¿Cómo lo hacía?

Se fijó en que pequeñas partículas de piedra, prácticamente polvo, aparecían donde él ponía los pies. Desde luego, era hábil con su elemento.

Un muro de tierra se levantó frente a él, protegiéndolo de una descarga de rayos. Tarvo apareció a su lado.

—¡Gracias! —le dijo Jay con rapidez antes de lanzar una bola de fuego hacia el Shak'ti que iba corriendo hacia ellos por sus espaldas.

Caedra deslizó su lanza por el aire en diagonal, enviando afiladas corrientes de viento hacia el Shak'ti que había ido a por ella, el del agua. Este corrió por encima del lago, moviéndose por su elemento con total libertad, para evadirlo. Se levantaron altas olas que él manipuló alzando los brazos. Caedra maniobró para que no la alcanzara el agua, pero esta se transformó en carámbanos de hielo que fueron tras ella. Ahogó una exclamación cuando uno se clavó en su brazo. Descendió y se giró. Batió las alas con fuerza, y el viento huracanado que se levantó fue suficiente para mandar al Shak'ti por los aires.

Este cayó y rodó por el suelo de la isla. Valikia se acercó con rapidez y apuntó con su dedo índice hacia él. Hubo un chasquido y un veloz y preciso rayo se dirigió hacia el Shak'ti. Lo que vieron Caedra y Valikia a continuación las dejó pasmadas. La chica de la túnica apareció en un abrir y cerrar de ojos junto al Shak'ti, lo agarró… y desapareció tan rápido como había venido, con el rayo impactando contra la roca. Los divisaron de nuevo junto a una de las cascadas.

—¿Qué acaba de pasar…? —balbuceó Valikia, confusa. Gritó al ser alcanzada ella misma por una descarga eléctrica.

—¡Valikia! —la llamó Caedra al ver cómo caía del cielo. Descendió en picado y la agarró de los brazos. Ayudándose de una corriente de aire, volvió a ganar altura y soltó a Valikia. La zeafírea, ya recuperada, sacudió la cabeza y batió las alas, volando de nuevo y tragándose el susto.

Hadriel manipuló la abundante agua a su alrededor para lanzar esfera tras esfera contra el Shak'ti del fuego, anulando sus proyectiles ígneos. Este intentaba acercarse a él con su espada, pero Hadriel disparaba afiladas rocas en su dirección cada vez que se aproximaba. Seguía frustrado por no haberse dado cuenta antes de la trampa, pero debía mantener la mente fría en combate.

Tarvo golpeó la pared de roca junto a él, causando que una enorme grieta se extendiera a lo largo. Su enemigo se apartó de un salto, pero Jay predijo hacia dónde iba a huir y lo estaba esperando. Cortó el costado del Shak'ti con su espada en llamas, pero este saltó hacia atrás y

blandió su propia espada, ocultando a la perfección el dolor de su herida.

Jay fue alcanzado por una potente corriente de aire. Gritó al salir disparado hacia atrás. Tarvo trató de ir tras él, pero el Shak'ti de la tierra lo frenó con su espada. Tarvo y él se enzarzaron en una serie de estocadas, tratando de ser más rápidos que el otro.

Jay cayó al agua. Nadó con energía para volver a la superficie, con el corazón en la garganta. Alguien tiró de su brazo y lo sacó del agua. Justo a tiempo, pues una descarga eléctrica recorrió toda la superficie del lago. Jay palideció al darse cuenta de que habría estado perdido de haber permanecido ahí un segundo más.

Alzó la vista, comprobando que era Valikia quien lo había agarrado. La zeafírea lo dejó en la isla y aterrizó junto a él, blandiendo su lanza. Jay y ella se pusieron espalda contra espalda, sin tiempo de intercambiar palabras.

Los Shak'ti del viento y del rayo fueron a por ellos. Ante la siguiente descarga eléctrica que vino en su dirección, Valikia hizo girar su lanza con rapidez, desviándola por completo. Jay envió una llamarada tras otra contra sus enemigos, forzándolos a separarse.

Jay y Valikia se vieron sorprendidos por una ola de agua. No acabaron de nuevo en el lago, sin embargo, pues Hadriel los agarró con su mente antes de que pudieran caer. Esto le hizo quedar expuesto ante el Shak'ti del fuego, que mandó una inmensa bola de fuego. Caedra voló bajo y embistió a Hadriel para apartarlo de la trayectoria. Rodaron por el suelo.

Hadriel se levantó con lentitud, dolorido. Ayudó a Caedra a ponerse en pie también, y los dos contemplaron al Shak'ti del fuego saltar hacia ellos con su espada por delante. Caedra chocó su lanza contra la hoja de metal. Hadriel se encargó de frenar los carámbanos de hielo del Shak'ti del agua. Quedaron suspendidos en el aire durante un par de segundos, ambos luchando por hacerse con el control. Al final, los carámbanos salieron despedidos de vuelta hacia el Shak'ti, que tuvo que echarse a un lado para esquivarlos.

El enfrentamiento se alargó durante varios minutos más. Estaban bastante igualados, pero pronto empezaron a cansarse todos. Siempre que alguno tenía la oportunidad de asestar un golpe certero a un Shak'ti, aparecía la chica de la túnica para apartarlo y ponerlo a salvo. Se movía con tanta rapidez que era casi como si se teletransportara.

Y, al final, la chica también pasó a la ofensiva, inclinando la balanza a favor de los Shak'ti. Los sorprendió atacando a Tarvo con un torrente de agua, demostrando que, además, controlaba este elemento.

Caedra apretó los dientes. La situación se complicaba, y no entendía qué era exactamente esa chica. Mestiza de humano y zeafíreo, era normal que no tuviera los poderes habituales de un zeafíreo, pero no había visto nunca a nadie con un poder como el suyo. Esa forma de desplazarse era inusual. Antinatural.

Jay jadeó por el esfuerzo. Era frustrante que, cada vez que había tenido la oportunidad de clavar su espada en alguno de sus enemigos, esa chica los hubiera apartado con tanta rapidez.

Saltó a la derecha para esquivar la lluvia de rocas afiladas que iba hacia él. Eso, sin embargo, le dejó abierto al ataque del líder de los Shak'ti, que hizo impactar un rayo en su pecho. Tarvo no pudo protegerlo esta vez, enzarzado en un combate contra el Shak'ti del fuego.

Jay gritó, estrellándose contra la pared de piedra a sus espaldas. Las descargas eléctricas eran de lo más doloroso que había. Sentía un cosquilleo por todo su cuerpo, pero se forzó a ponerse en pie. Lo hizo con lentitud, debido a sus músculos entumecidos.

Abrió los ojos como platos al ver la espada del Shak'ti descender sobre él. Logró alzar la suya a duras penas y resonó el choque entre metales.

La misteriosa chica apareció a su izquierda. Jay no pudo apartarse y una esfera de agua impactó contra su costado, lanzándolo con brusquedad al suelo y haciendo que se escapara la espada de sus manos. Rodó y se incorporó todo lo rápido que pudo, consciente de que el Shak'ti iba tras él, pero no alcanzó a apartarse del todo de su estocada. Ahogó un grito de dolor cuando la espada rasgó su costado. La sangre salpicó el suelo.

Estaba perdiendo.

—Has aguantado bastante, príncipe —dijo Makus, el Shak'ti del rayo—. Pero es el fin.

Jay se llevó una mano a su herida y alzó la vista, con una mueca en su rostro. Makus iba con la espada hacia él. No iba a alcanzar su propia arma…

Caedra descendió de golpe, bajando su lanza contra el acero. Makus apretó los dientes y envolvió su otra mano en electricidad. Jay aprovechó para extender el puño hacia él y disparar un torrente de fuego que lo obligó a saltar hacia atrás.

—Es el fin. —Era la chica la que había repetido las palabras de Makus.

Caedra se giró para ver que había acumulado una inmensa cantidad de agua encima de ella. Makus liberó la descarga eléctrica en el agua y la chica la envió contra ellos. Ni Caedra ni Jay tuvieron tiempo de reaccionar. El ataque los golpeó de lleno y ambos salieron disparados hacia atrás.

Atravesaron el torrente de una de las cascadas. Jay gruñó al caer contra el duro suelo de piedra de la cueva al otro lado, arrastrándose unos metros antes de frenar. Todo el cuerpo le temblaba por la descarga eléctrica. No sabía si iba a ser capaz de levantarse…

Apretó los dientes y rodó por el suelo. Comprobó que Caedra estaba junto a él. La zeafírea estaba boca abajo, apoyándose en los codos para intentar incorporarse. Sus alas estaban rígidas.

Y algo en el bolso de Caedra destelleaba intermitentemente.

—Cai, ¿qué…? —musitó Jay, señalando su bolso.

Ella logró, al fin, levantarse respirando con dificultad. Fue a su lado, pasando un brazo por la cintura de Jay y ayudándolo a ponerse en pie también. Solo entonces se fijó en lo que él estaba diciendo.

Perpleja, Caedra sacó del bolso la gema astral. Esta aumentó su brillo y la runa blanca se reflejó en su interior. Caedra abrió los ojos como platos, iluminada por la luz rosa.

—No puede ser… —murmuró.

Jay imitó su reacción. Ambos se giraron, presenciando cómo un agujero negro que giraba lentamente sobre su propio eje aparecía donde antes no había más que un espacio vacío.

—Pero ¿qué…? —dijo Jay, con el corazón latiendo a mil por hora.

No tuvieron tiempo de analizarlo más. El agua de la cascada se partió en dos, permitiéndole el paso a la chica de la túnica. Esta los miraba sin emoción alguna.

—Lo siento. Son órdenes —les comunicó, sin parecer arrepentida en lo más mínimo a pesar de sus palabras.

Y mandó una corriente de agua contra ellos. Jay solo consiguió agarrarse a Caedra. Ambos salieron despedidos contra el portal, que se los tragó y se cerró tras ellos.

# Capítulo 20: Titaia

Tarvo intentaba deshacerse de los grilletes de umbrano, pero, por más que retorcía las muñecas, no había manera.

—Deja de intentarlo —masculló Valikia por lo bajo, para que no los escucharan. Sus alas estaban atadas con cadenas—. Es inútil.

No sabían qué había pasado con Jay y Caedra. No los veían por ninguna parte, y sin ellos para ayudarlos, la superioridad numérica pronto había dado la victoria a los Shak'ti. Hadriel los había tranquilizado, deduciendo que si se habían limitado a apresarlos, en vez de matarlos, era porque todavía los necesitaban para algo. Y si los necesitaban para algo, era porque no habían matado al príncipe.

Sin embargo, tras realizar un escaneo mental de la zona, Hadriel se quedó helado, sin encontrar pista ni de Jay ni de Caedra. No podían haberse alejado tanto en un abrir y cerrar de ojos, y si no los sentía por ninguna parte…

Optó por no decírselo a Tarvo y a Valikia, tratando de controlar el frenético latido de su corazón. Pero de haber acabado con ellos, los Shak'ti no se habrían molestado en tomarlos como rehenes. Por tanto, ¿qué estaba sucediendo?

Los Shak'ti hablaban en susurros con la misteriosa chica al otro lado de la isla. Seguían en las ruinas de Agishia, con el sol en lo alto del cielo.

Transcurrieron varios minutos. La chica dio media vuelta y se acercó a ellos. Agachó la cabeza para mirarlos con indiferencia, su larga melena rubia cayendo como una cascada por encima del hombro.

—Esperaremos a que vuelvan. Tendrán que volver a por vosotros, tarde o temprano.

Sus palabras calmaron a Hadriel, confirmando sus sospechas de que Jay y Caedra seguían vivos. Solo no entendía dónde estaban.

—¿Volver de dónde? —gruñó Valikia, tratando, en vano, de estirar sus alas—. ¿Qué les habéis hecho a Jay y a Cai?

—Atravesaron un portal. No tengo ninguna gema astral en mi posesión, por lo que no he podido seguirlos —contestó la chica. No parecía muy preocupada por contarles esto, pero era normal. Lo único que podían hacer era esperar; escapar les era imposible, y no iban a obtener ninguna ventaja por conocer esta información—. Si os matamos, no tendrán razón para volver. Si creen que pueden rescataros, acabarán regresando a este mismo punto.

Hadriel frunció el ceño. ¿Un portal? ¿En las ruinas de Agishia? Una desagradable frialdad se asentó en su estómago como una piedra, pesando con toda su preocupación ante la idea de que ahora Jay y Caedra estuvieran atrapados en otro mundo.

—¿Qué portal? —continuó interrogando Valikia.

—Desconozco su destino —respondió la chica de forma cortante, dando por concluida la conversación al darles la espalda y regresar con los Shak'ti.

Hadriel la observó alejarse. Entornó los ojos. No le sonaba de nada, y su memoria era de las mejores. ¿Cuánto tiempo llevaría siendo la aprendiz del oráculo supremo? Desde luego, había estado bien oculta hasta ese momento.

Bajó la vista. No había nada que pudieran hacer. Si Jay y Caedra volvían, irían directos a otra trampa, pero no había forma de advertirlos. Estaba realmente consternado, maldiciendo una vez más su descuido. No sabía a dónde llevaba el portal por el que habían caído Jay y Caedra. Podía ser a la Tierra, podía ser a otro punto de Gea, o podía ser a un mundo hostil y desconocido.

Jamás habría predicho el ataque de los Shak'ti en las ruinas, pero ese era el peligro de las visiones de los oráculos. Uno nunca podía saber qué habían visto…

***

A Jay se le escapó un quejido al despertar. Le dolía la cabeza y notaba el cuerpo entero entumecido, como si tuviera la nieve en sus huesos. ¿Qué había pasado? Le costaba recordarlo…

Abrió los ojos y se encontró en una oscuridad casi total. Solo se filtraba algo de luz por una rendija en el techo. ¿Dónde estaba?

Trató de sentarse, con dificultades debido a sus músculos agarrotados, y hubo un sonido de metal arrastrándose por el suelo de piedra. Confuso, levantó las manos, encontrándose con que no podía separarlas. Grilletes.

Frunció el ceño. Supuso que serían de umbrano…

Estiró los dedos. Se concentró y, para su sorpresa, logró invocar una pequeña llama. No eran de umbrano, lo cual era extraño, pero no iba a quejarse.

Aprovechó la luz para mirar a su alrededor. Paredes y suelo de roca con musgo a un lado, barrotes de metal al otro. Estaba en una celda.

—¿Jay?

Giró la cabeza a su izquierda al escuchar una voz familiar llamándolo, algo a lo que aferrarse en aquella pesadilla. Divisó en la celda siguiente a una figura delgada, de pelo blanco, alas marrones y cuernos en la cabeza.

—¡Cai! —exclamó en un susurro. Se arrastró hacia ella, iluminando su rostro con la pálida luz azul de su llama—. ¿Dónde estamos?

—No lo sé, me desperté hace unos minutos y no veía nada —murmuró Caedra, con una mueca en su rostro—. No sé a dónde nos ha llevado ese portal, ni qué sucedió después de que lo atravesáramos.

—¿Portal…? —repitió Jay, confuso. Los recuerdos lo golpearon como una maza y abrió los ojos como platos—. No me jodas…

Podían estar en cualquier parte. Tensó la espalda. Caedra, mientras tanto, aprovechó la luz para escrutar sus alrededores.

—No estamos en la Tierra; las celdas quiero pensar que serían más modernas y no nos tendrían retenidos con grilletes —dijo Jay. Caedra se encogió de hombros, no era una experta en ese planeta—. Sin embargo, no sé si te has dado cuenta de que los grilletes no son de umbrano.

Caedra arqueó las cejas.

—¿No lo son? —Sacudió la cabeza—. Cierto, estás con tu fuego…

—Por tanto, no estamos en Gaelar ni en ningún lugar asociado al imperio —prosiguió Jay—. Así que, al menos, no nos ha capturado el emperador. Ellos fijo que habrían usado umbrano.

—Más que capturarnos, directamente nos habría ejecutado sin demora —masculló Caedra. Trató de estirar las alas, pero estaban atadas con cadenas. Un susurro nervioso recorrió su cuerpo.

—Sí… Pero bueno, como puedo usar mi fuego, voy a derretir la cerradura de los grilletes y nos iremos de aquí para…

Jay calló al escuchar el sonido de una puerta metálica abriéndose. Caedra y él desviaron su atención hacia el pasillo, rígidos. Vieron a un grupo de personas con antorchas, ataviadas con armadura. Definitivamente, no era la Tierra.

Jay palideció bajo la luz naranja cuando conversaron entre ellos. Las palabras llegaban con claridad hasta sus oídos…, pero no entendía ninguna de ellas.

No hablaban en auralio, el idioma que, según lo que él sabía, se hablaba en toda Gea. Y, por muchos dialectos que tuviera, lo que decían no se parecía lo más mínimo al auralio.

Si no hablaban auralio…, ¿no estaban en Gea? Y si tampoco estaban en la Tierra…

—Creo que estamos en otro mundo —murmuró Jay, reprimiendo el temblor en las manos. Caedra giró la cabeza hacia él con brusquedad, en aquel movimiento que tanto le recordaba a un ave rapaz, antes de que abrieran las puertas de sus celdas.

Jay soltó una maldición cuando tiraron de sus brazos, forzándolo a levantarse, pero no tuvo fuerzas para resistirse, ni sabía si sería lo más adecuado. Observó más de cerca a sus captores. De lejos le habían parecido personas normales, pero ahora apreciaba su piel violeta y escamosa, los pequeños agujeros que tenían donde estarían las orejas, y sus ojos reptilianos, amarillos con la pupila en forma de rendija. Desconocía si tenían pelo, pues sus cabezas estaban cubiertas con cascos.

Los empujaron y los obligaron a andar. Ascendieron por un estrecho túnel y salieron a un pasillo más amplio e iluminado por la luz natural que entraba por las ventanas abiertas en los muros de roca gris. Había una alfombra marrón a sus pies, pero esa era la única decoración.

Caminaron y subieron unas escaleras también de piedra. Se escuchaban vítores en la lejanía. De vez en cuando, algún golpe.

El pasillo al que salieron esta vez estaba más decorado. La alfombra era roja, con cuadros colgados en las paredes de piedra pulida. Jay no tuvo tiempo de analizar las pinturas, pues no le permitieron pararse.

Se detuvieron frente a una cortina granate. Uno de sus captores la apartó, revelando una puerta. Jay gruñó cuando le dieron una patada y se tambaleó hacia delante, incapaz de recuperar el equilibrio por culpa de los grilletes que ataban sus manos. Cayó al suelo de rodillas, Caedra a su lado. Sacudió la cabeza para apartar los mechones de pelo en su rostro.

—Vaya, vaya… Así que las noticias que he recibido eran ciertas.

Alzaron la vista, sorprendidos al escuchar a alguien hablar en su idioma. Se encontraban en una amplia sala con varias estanterías con libros y trofeos al fondo. A la derecha había un gran ventanal. Las paredes estaban cubiertas con tapices negros, y por el suelo se extendía una alfombra blanca con detalles bordados en oro. A su izquierda había un balcón que daba a un inmenso espacio…

Jay se quedó boquiabierto al ver lo que parecía un estadio circular, con gradas de piedra y campo de arena. Estaba a rebosar de gente que animaba a dos personas combatiendo. De ahí provenían los vítores y golpes que había escuchado mientras subían por las escaleras.

Delante de ellos, sentado tras una mesa de ébano, había una persona similar al resto de sus captores. Antropomorfo, con la piel violeta escamosa y ojos reptilianos, vestía con un elaborado traje plateado y una capa púrpura que fluía por su espalda. Al no tener casco, Jay comprobó que sí tenía pelo, largo y aceitoso, de color rojo, recogido en una coleta baja.

—Llevábamos casi un milenio sin recibir visitas de Gea —prosiguió el desconocido hombre. Se puso en pie y rodeó la mesa, parándose delante de ellos. Ladeó la cabeza para observarlos más detenidamente—. Llegamos a pensar que el portal de Gea había sido destruido. Nos visitabais con frecuencia. La frecuencia cayó en picado y, con el tiempo, las visitas pararon por completo.

Jay frunció el ceño. Un millón de preguntas surcaban su mente. No entendía nada, pero había algo que necesitaba saber:

—¿Cómo hablas nuestro idioma?

Al fin y al cabo, si no había aparecido nadie de Gea en un milenio, ¿cómo se había conservado el idioma auralio hasta el punto de que alguien lo hablara con fluidez?

El hombre sonrió con picardía.

—Es gracias a esta preciosidad —dijo, llevándose una mano a un medallón que reposaba en su pecho—. Las runas inscritas en él me permiten entender y comunicarme en cualquier idioma que haya registrado.

Jay arqueó las cejas. ¿Qué otro tipo de artefactos existirían en ese mundo?

—Nosotros tampoco podíamos ir a Gea —prosiguió el hombre—. Usabais unas gemas extrañas siempre que veníais, pero nunca nos dejasteis ninguna. Ahora, al fin, tengo una para añadir a mi colección.

A Jay se le quedó la garganta seca al divisar la gema astral en una esquina de la mesa, su brillo rosa destacando sobre la madera negra. La iban a necesitar para volver…

—Parecéis bastante confusos —dijo el hombre, arrugando la frente—. ¿Realmente no sabéis dónde os encontráis?

—Caímos en el portal por accidente —respondió Caedra con lentitud, cautelosa. No tenía ni su bolso, ni su lanza. Con las cadenas, se sentía tan indefensa como un bebé frente a un volpir—. No sabíamos que estaba ahí…

El hombre enarcó una fina ceja. Cruzó las manos detrás de la espalda.

—Ya veo. Así que, en efecto, nos habéis olvidado. —Sonaba decepcionado.

—¿Dónde estamos? —quiso saber Jay, sin aguantar más en silencio. Necesitaba respuestas y poco le faltaba para derretir los grilletes y liarse a golpes con los que lo rodeaban, por muy dolorido que estuviera. Al menos, alguien había tenido la decencia de curar y vendar la herida en su costado para que no sangrara.

—Bienvenidos a Titaia —dijo el hombre con una sonrisa cargada de sorna, extendiendo los brazos. Sus dedos acababan en garras, adornados con anillos de oro—. Os encontráis en la región de Ormulus, en concreto, en el imperio de Sha-Khum, en su capital, Kandor. Mis hombres os encontraron en las grutas de la cordillera Hisai. Una suerte que estuvierais inconscientes.

Jay agachó la cabeza y frunció el ceño. Si conseguían escapar, iban a tener que, además, encontrar la ubicación del portal. No iba a ser sencillo. Pero se centrarían en huir de aquel lugar y ya investigarían más adelante.

Levantó la vista de nuevo.

—¿Quién eres? —preguntó, mirando al hombre a los ojos. No se iba a mostrar amedrentado por nada.

—Mi nombre es Shialih —se presentó el hombre, irguiéndose—. Emperador de Sha-Khum.

Quizás sí que debería estar un poco amedrentado. Si realmente tenían al emperador de aquel lugar ante ellos, debían de estar en un sitio bien protegido. Jay se tragó su reparo, estirando los dedos.

—Estamos en mis aposentos del estadio de Kandor. Vengo aquí siempre que tengo algo de tiempo libre para admirar las peleas— dijo Shialih, volviéndose hacia el balcón—. Es realmente bello observar cómo todos luchan por sus vidas. Todo un espectáculo.

Jay respiró hondo. Ya había escuchado suficiente; tenían que escapar. Se libraría de sus grilletes, incendiaría la sala como distracción, soltaría a Caedra y, con las cadenas retiradas de sus alas, saldrían volando por la ventana. Caedra podría cargar con él unos minutos.

Creó una pequeña llama en su dedo índice. La acercó a la cadena que unía los grilletes de sus muñecas.

—Yo que tú no haría eso, humano.

Jay alzó la vista de golpe al escuchar el tono gélido de Shialih, que ahora lo observaba por encima del hombro. Extinguió el fuego de inmediato. ¿Cómo se había dado cuenta? Su atención había estado fija en el estadio…

—Sin embargo, me acabas de confirmar que eres un humano con poderes, y eso nos lleva a la próxima cuestión —dijo Shialih, girándose de nuevo hacia ellos. Su sonrisa rebosaba malicia—. Necesito nuevos combatientes constantemente, es lo que tiene que los combates en la arena sean a muerte, ¿sabéis?

—No vamos a luchar para ti —espetó Jay. Si no era en ese momento, intentaría escapar de nuevo más adelante. Mientras los grilletes no fueran de umbrano, podría usar sus poderes, de una forma u otra.

Shialih echó la cabeza hacia atrás y rio. Esto le causó un escalofrío a Jay. ¿Qué era tan gracioso?

—Muchos de los que venían de Gea no regresaban a su planeta, sino que se asentaban en Titaia —dijo Shialih, volviendo a mirarlos. Sus ojos reptilianos brillaban con diversión—. La mayoría de vuestras razas viven entre nosotros: zeafíreos, aquitones, denu, torrogal… Son minorías, pero aquí los tenemos. Humanos, sin embargo, escasean… Y casi ninguno tiene poderes.

Jay no sabía por qué estaba contándoles esto, pero intuía que no sería para nada que fuera a agradarlos.

—Tú. —Shialih lo señaló con una de sus afiladas garras—. ¿Cómo te llamas?

Jay dudó. Intercambió una mirada con Caedra.

—Te he hecho una pregunta —gruñó Shialih. Jay se dobló hacia delante cuando le dio una patada en el abdomen, cortando su respiración.

Caedra se tensó por completo.

—¡Jay! —gritó, preocupada. Se retorció para intentar librarse de las cadenas, pero no lo consiguió.

Jay se irguió de nuevo, tosiendo. Clavó sus ojos desafiantes, ocultos en parte por mechones de pelo, en Shialih. Este arqueó una ceja, intrigado. Los rodeó y se situó detrás de ellos, observándolos.

—Así que te llamas Jay —dijo con parsimonia. Continuó andando hasta quedar frente a ellos de nuevo, donde se detuvo. Alzó la mano. Sus anillos de oro relucieron—. Jay, te propongo un trato. No me complace que mis luchadores estén intentando escapar sin cesar, por lo que he ideado ciertas medidas de… contención.

—No voy a luchar para ti —ladró Jay, irritado—. ¿Estás sordo?

Shialih entornó los ojos. Sus pupilas se volvieron tan finas que prácticamente no se apreciaban.

—Aprenderás a tratarme con el debido respeto muy rápido, Jay —espetó; cada una de sus palabras goteaba desprecio—. De lo contrario…

Caedra soltó una exclamación cuando uno de los guardias le dio una patada, mandándola de bruces contra el suelo. Jay la miró, alarmado. Shialih se agachó y la agarró del pelo, forzándola a echar la cabeza hacia atrás. Acercó sus garras de obsidiana al cuello expuesto de la zeafírea.

El corazón de Jay latió a mil por hora.

—¡Cai! —exclamó, intentando levantarse. Un par de guardias le agarraron los brazos, inmovilizándolo. Su respiración se aceleró—. ¡Déjala en paz!

¿Por qué tenía que pagar Caedra por su error? Era él el que había hablado sin pensar. Caedra tenía plasmada una falsa calma en sus facciones, pero Jay sabía que estaba asustada precisamente porque no lo miraba, para que él no viera el miedo en sus ojos y se alterara más.

—Lo haré, siempre y cuando obedezcas —ronroneó Shialih. Se irguió, tirando de Caedra hacia arriba. Contempló a Jay con una frialdad inhumana—. Este es el trato que te propongo, Jay: obedéceme y lucha. A cambio, mantendré a tu compañera con vida. Si me desobedeces, o si mueres ahí abajo…

Agarró una de las alas de Caedra y presionó en el hueso. La zeafírea se retorció, tratando de

librarse de su agarre. Esta vez sí que miró a Jay con un fogonazo de terror en el rostro, sus ojos muy abiertos, aunque lo ocultó enseguida.

Jay tensó todos los músculos, con el hielo en las venas. Su corazón latía con tanta fuerza que le iba a reventar el pecho; las manos le temblaron. Conocía a la perfección el mayor miedo de Caedra: ser incapaz de volar.

—¡Suéltala! —suplicó, incapaz de camuflar del todo la ira en su voz—. Haré lo que quieras.

—¡No le hagas caso, Jay! —exclamó Caedra con una súbita fiereza, atrapando el pánico que amenazaba con desestabilizarla y recluyéndolo en un rincón de su mente. Por encima de todo, no estaba dispuesta a permitir que Jay acabara sometido al emperador.

Shialih sonrió con pura malicia, deleitándose con cada instante de sufrimiento. Aplicó más presión al hueso del ala. Caedra apretó los dientes, con gotas de sudor deslizándose por sus sienes. Trató de darle un codazo, pero las cadenas y los grilletes limitaban casi por completo su movimiento. Era inútil.

«¿Vas a dejar que esta escoria te someta?», cuestionó Alastair, gélido como el hielo.

«¡No puedo hacer nada!», replicó Caedra, desatando el pánico en su interior. Estaba expuesta, vulnerable por completo, no iba a poder protegerse…

—Bien, Jay —dijo Shialih, con una tranquilidad engañosa. Estaba a punto de mostrar la dureza de un tirano—. Pero que esta sea tu primera lección: nunca me interrumpas.

Y la realidad de lo que iba a hacer, de la amenaza que iba a cumplir, cayó sobre Jay como un torrente de agua glacial, asfixiándolo, arrastrándolo. Respiraba ya tan deprisa que, por un instante, todo dio vueltas a su alrededor.

Tiró con desesperación. Los guardias lo retuvieron.

—¡No te atrevas…!

Crac.

Y con ese sonido nauseabundo, se le cayó el alma a los pies.

Caedra gritó. Gritó como Jay nunca la había oído, desgarrándose la garganta por el dolor. Jay se quedó congelado, jadeando, asimilando lo que había sucedido.

Shialih había partido por completo el hueso del ala, de golpe. Sin piedad.

La furia estalló en su corazón, recorriéndolo como un salvaje incendio. La temperatura en la sala subió con brusquedad. Ese ser miserable le había hecho daño a Caedra, daño que quizás fuera irreparable, y él no se lo iba a perdonar, se lo iba a hacer pagar…

—¡Maldito hijo de…!

Y calló, recordando la situación en la que se encontraban. Shialih lo observaba con diversión y una sonrisa de superioridad, jugando con su presa. Por muchas ganas que tuviera de vengarse, Jay tendría que esperar: Caedra seguía retenida por las garras del temible emperador.

Sus hombros temblaron con ira contenida. Apretó los dientes con tanta fuerza que el sabor metálico de la sangre le inundó la boca. Cualquier acción equivocada haría que Caedra sufriera más; no podía permitirlo.

La observó, desolado. Caedra se había quedado inmóvil, con la cabeza gacha, su rostro oculto tras una cortina de pelo… Se sentía impotente.

—¡Cai! —la llamó, la angustia plasmada en su voz, tratando una vez más de ir hacia ella, pero los guardias seguían reteniéndolo. Necesitaba ir a su lado… Sin embargo, era imposible.

Shialih la soltó con desdén. Caedra cayó al suelo sobre su costado derecho, ahogando un quejido, nada más que una marioneta rota. Se mordía el labio inferior con tanta fuerza que se coloreó de rojo, tratando de no derramar lágrimas. Su cuerpo entero temblaba.

El dolor, vasto y despiadado, no había cesado. Seguía recibiendo pinchazos constantes en la zona. Tenía que controlarse, encerrar de nuevo su miedo, pero su despertar en aquel mundo se había convertido en una macabra pesadilla. Sus captores los tenían controlados por completo, y ahora le habían arrebatado su capacidad de volar. Uno de los mayores temores de un zeafíreo. Si su ala no sanaba correctamente, no volaría de nuevo. Y tardaría en curarse.

Jay tensó la mandíbula ante la expresión de arrogancia en el rostro de Shialih, deseando más que nunca levantarse y atravesarlo con su espada para borrar todo triunfo de su cara escamosa. Quiso gritarle mil cosas, insultarlo, pero, a duras penas, logró contenerse.

Había aprendido la lección. Cualquier ofensa y Caedra sufriría las consecuencias.

Shialih observó cómo Jay respiraba aceleradamente, sus ojos oscuros humeando de rabia. La temperatura en la sala continuaba siendo un tanto sofocante. Rio con sorna.

—Chico listo. Será mejor que te calles todo lo que estás pensando.

Jay no dijo nada. Alternaba su mirada entre Caedra y Shialih. Se sentía realmente inútil.

—Lucharás en la arena de combate —prosiguió Shialih, irguiéndose y cruzando las manos detrás de la espalda. Se quedó junto a Caedra, que estaba inmóvil, en el suelo. Ya le costaba moverse con las cadenas y los grilletes. Con el ala rota y un terrible malestar, le era imposible—. Obedece en todo momento y no intentes escapar. Mientras cumplas con esto y sigas con vida, tu compañera estará a salvo.

Jay permaneció en silencio. Fue calmando su respiración. No tenía opción.

Shialih asintió para sí, satisfecho. Había domado a la bestia.

—Llevadlo a las mazmorras —ordenó a los guardias.

Los hombres que lo tenían agarrado de los brazos tiraron de él para levantarlo. Jay, que tanto esfuerzo estaba haciendo por tragarse su ira, se tensó de nuevo al ver que lo forzaban a andar, sin llevar a Caedra con él.

No. No podían separarlos. Necesitaba estar con Caedra y ayudarla con su dolor. Tenía que ir a su lado, abrazarla, reconfortarla, asegurarle que se vengarían de aquel miserable emperador…

Pero no debía oponerse. Lo único que haría sería empeorar la situación. Ya cargaba con la culpa de haber desafiado a Shialih y que, como consecuencia, Caedra hubiera acabado con el ala rota.

—¿Qué harás con ella? —preguntó, deteniéndose. Los guardias tiraron de él, pero Jay se resistió, con los ojos ensombrecidos por sus cejas bajas y contraídas. Clavó la mirada en Shialih,

que lo observaba con diversión—. ¿Cómo sabré que Caedra está bien?

—Estará a salvo, eso es todo lo que necesitas saber —contestó Shialih con sequedad. Hizo un gesto con la mano para que fueran más guardias a tirar de Jay—. La verás de vez en cuando. ¿No soy generoso?

Jay gruñó, como un volpir a punto de enseñar sus colmillos. Tiraban de él con fuerza y no podía resistirse. Miró a Caedra, que seguía en el suelo, lejos de él, agonizando. Ella también lo miraba, sus ojos amarillos apagados. Esbozó una sonrisa temblorosa y Jay la perdió de vista, saliendo al pasillo.

***

Caedra borró la sonrisa de su rostro cuando Jay desapareció. Estaba sola.

«No puedes venirte abajo, mortal. No puedes ser tan débil —dijo Alastair con frialdad—. Resiste. Llegará el momento de arrancarle el corazón a esa escoria que se hace llamar emperador».

Caedra no contestó. Quería mantener su promesa a Kendrij y no matar a nadie. Pero, después de lo que le había hecho Shialih…, tenía que admitir que ganas no le faltaban.

Alastair había estado en relativo silencio. Caedra se había sorprendido al escuchar su voz, pero, por muy cruel que fuera con sus comentarios, era lo único que la reconfortaba un poco. No, no estaba sola.

—Es un chico curioso —dijo Shialih, detrás de ella—. Su fuego azul entretendrá durante un largo tiempo al público. Me desvivo por tener contento a mi pueblo, ¿sabes?

Caedra se negó a responder. Estaba en tensión, pues desconocía cuáles eran sus intenciones. No le gustaba haber quedado tan indefensa. Y no había nada que pudiera hacer al respecto.

—En cuanto a ti… —Shialih dio un par de pasos para situarse a su lado. Inclinó la cabeza hacia abajo para observarla, condescendiente—. Créeme, he sido benevolente. Podría haber roto las dos alas.

Caedra se contuvo para no resoplar. ¿Se suponía que tenía que darle las gracias? Seguía sufriendo los pinchazos del hueso roto con intensidad, mientras la realidad de que ahora no podría volar la golpeaba una y otra vez.

—Desobedéceme y no dudaré en partir tu otra ala —amenazó Shialih. Se agachó y puso la mano en la barbilla de la zeafírea, forzándola a levantar la vista y mirarlo a los ojos. Caedra tuvo un escalofrío al notar sus afiladas garras en la piel. Los ojos reptilianos de Shialih eran fríos y crueles—. Qué desperdicio… —Frunció el ceño. La observó durante unos segundos antes de hablar de nuevo—: Eres una de las zeafíreas más bellas que he visto. Una pena que se vaya a echar a perder…

¿Echar a perder? ¿Qué quería decir con eso?

Shialih indicó a los guardias que quedaban que se acercaran con un gesto de la mano. Se arrodillaron frente a él, a la espera de órdenes.

El emperador y sus soldados intercambiaron varias palabras, pero Caedra no entendió nada del idioma que hablaban. La agarraron y tiraron de ella. Logró incorporarse, con dificultad para

encontrar el equilibrio con un ala rota y un ánimo igual de destrozado.

Echó a andar, con la incertidumbre del rumbo desconocido. Escuchó un grito proveniente del estadio y al público aullando de la emoción. ¿Qué clase de espectáculo sería? Uno macabro, probablemente, si había sido organizado por Shialih.

***

Jay no se sorprendió cuando le retiraron los grilletes de las manos. Al fin y al cabo, por muchas ganas que tuviera de incendiar sus puños en fuego y enfrentarse a los guardias, no podía hacerlo. De su obediencia dependía la supervivencia de Caedra.

Abrieron la puerta de una de las celdas y lo empujaron hacia dentro, tras lo cual cerraron con llave. Era diferente a la mazmorra en la que había despertado. Las celdas no comunicaban unas con otras, con paredes de piedra gris más cuidada, sin musgo, tapando todo. La única abertura era la de la puerta de barrotes de metal.

Estaba iluminada con un par de antorchas en cada una de las paredes, y, aunque permitían ver con claridad, Jay acabaría agobiado si tenía que pasar mucho tiempo ahí. Por mucho que el fuego fuera su elemento, la luz naranja terminaría por ser irritante, nada comparable a la luz natural del sol.

Había una litera de metal a la izquierda, con una manta, una almohada y nada más; ni sábanas, ni colchón. Jay dio un respingo al ver que había alguien sentado en la cama de abajo, mirándolo fijamente.

Era un chico joven, de su edad. Tenía la piel escamosa, pero no era violeta, sino azul claro. Sus orejas parecían aletas, y sus manos y sus pies eran palmeados. Su largo pelo negro, rizado, caía como una cascada por su espalda, apartado de su frente con una cinta marrón. Tenía branquias claramente visibles en el cuello, y vestía con una camisa negra sin mangas que estaba bastante sucia, al igual que sus rasgados pantalones granates. Iba descalzo y lo observaba con ojos completamente negros, profundos y enigmáticos, como el fondo del océano.

Un aquitón. Una de las razas de Gea. Sería descendiente de aquitones que se habían asentado en Titaia generaciones atrás.

—Eh… Hola. —Jay probó a saludarlo, pero no obtuvo respuesta.

El aquitón dijo algo al cabo de unos segundos. Jay no lo entendió. Se dio cuenta de que hablaban idiomas diferentes y se llevó una mano a la frente. No iban a poder comunicarse, lo cual era frustrante. Le habría venido bien alguien que le diera algo más de información sobre aquel lugar…

Intentaría averiguar su nombre, al menos. Se señaló a sí mismo con el pulgar y dijo:

—Jay.

El aquitón ladeó la cabeza y lo miró, confuso.

—Jay —repitió con cierta dificultad, apuntándolo con su dedo escamoso.

—Sí, soy yo —asintió Jay, refiriéndose a sí mismo de nuevo—. ¿Cómo te llamas? —añadió, señalándolo a él.

—Darmacus —se presentó el aquitón, sonriendo ampliamente.

Jay se lamentó todavía más de no poder entenderlo. Parecía amigable.

—Encantado —dijo Jay, aventurando su propia sonrisa.

Tras eso, hubo varios segundos de silencio incómodo. Ninguno de los dos conocía el idioma del otro, por lo que no había mucho que hablar. Jay, resignado, acabó subiendo a la cama de arriba de la litera y se sentó con las piernas cruzadas.

Clavó los codos en las rodillas y enterró el rostro en sus manos, liberando un suspiro de frustración, de desolación, de impotencia. Sus hombros temblaron, soportando el peso de su fracaso. El grito de Caedra se rebobinaba en su mente, torturándolo. No podía ni imaginar el dolor que la había atravesado…

La situación era complicada. Lo último que se habría esperado era caer por un portal que lo llevaría a un mundo diferente. Otra vez.

«Qué irónico», pensó con amargura.

Estaba preocupado. Su padre, Tarvo y Valikia se habían quedado en Gea, enfrentándose a los Shak'ti. Sin él y Caedra, estaban en desventaja numérica. Confiaba en las habilidades de todos en su grupo, pero los Shak'ti eran los mejores soldados del emperador; lo demostraban siempre que se enfrentaban a ellos.

Se le formó un nudo en la garganta. ¿Qué haría él sin Hadriel? No se veía capaz de seguir adelante sin su padre, uno de sus mayores apoyos. Si los Shak'ti ganaban el enfrentamiento, no volvería a ver ni a su padre, ni a Tarvo, ni a Valikia…

Era imposible saber nada desde donde estaba, atrapado y retenido. Tendría que confiar en que sus compañeros se las apañaran para salir victoriosos, como siempre.

Porque tardaría en poder ir a ayudarlos. En esos momentos no tenía ni la más mínima idea de cómo escapar de aquel lugar. Era territorio desconocido por completo. No sabía cómo ir hacia la cordillera en la que estaba el portal. No sabía dónde estaba el portal dentro de la cordillera. Y, sobre todo…, no sabía dónde estaba Caedra.

Tampoco podía comunicarse con ella. Solo le quedaba aferrarse a que Shialih fuera fiel al trato y que Caedra estuviera a salvo, pero no huiría de allí sin ella, jamás la abandonaría. Y no podía ir a por ella si no averiguaba dónde estaba.

El grito de Caedra retumbó otra vez en sus oídos, como si estuviera de nuevo en el momento en el que aquel maldito emperador le había partido el ala. Los ojos le ardieron y los apretó. Tensó la mandíbula, ahogando un sollozo.

No había podido impedirlo. No había podido protegerla. Se sentía un completo inútil. Se había convencido de que, tras todo su entrenamiento a lo largo de esos años, ya nunca volvería a sentirse así. Se había vuelto más fuerte. Ya no era una carga para sus compañeros. Y, aun así, no había sido suficiente. Ahora no podía estar a su lado para apoyarla; los habían separado a la fuerza. Estaba sola, con su ala rota. Y él estaba solo, sin saber nada de nadie.

Gruñó, tirando de mechones de su pelo por su frustración. Su última conversación con Caedra había sido casi una discusión por el asunto de aquella sombra. Antes de eso, había fallado en ver

a tiempo lo mal que lo estaba pasando con las pesadillas.

Saldrían de aquel lugar. Jay se aseguraría de ello. Y se lo compensaría a Caedra.

Sí. Saldrían de ahí. Recuperarían la gema astral, escaparían, investigarían y averiguarían dónde estaba el portal. Regresarían a Gea y se reunirían con Hadriel, Tarvo y Valikia. Jay se convenció de que estarían bien, de que derrotarían a los Shak'ti. No podía permitirse ser pesimista en esos momentos. Tenía que mantenerse fuerte. De eso dependía su supervivencia, tanto la de él, como la de Caedra.

Primero, sin embargo, debía asegurarse de salir victorioso en la arena. No sabía cómo funcionaban los combates. Eran a vida o muerte, por lo que no se permitiría ningún fallo.

Irguió la espalda y bajó los brazos, mirando las palmas de sus manos. ¿Sería lo suficientemente poderoso? ¿Cuál sería el nivel de sus enemigos?

***

Caedra trató de memorizar el camino por el que la llevaron. Bajaron por las escaleras y regresaron a las mazmorras en las que se había despertado, pero no se detuvieron ahí. Continuaron su descenso por un túnel que desembocaba en unas escaleras de caracol talladas en la roca.

El calor aumentaba por momentos y Caedra se preguntó a qué clase de lugar iban. Terminaron de bajar y se adentraron por otro túnel, más estrecho. Arqueó las cejas al reparar en los pequeños hilos de magma deslizándose por algunas rocas; ahora comprendía la alta temperatura. Se atisbaba una intensa luz naranja al fondo.

Al salir, se encontró en un inmenso espacio debajo del estadio. El techo estaba tan alto que no alcanzaba a verlo. Había varias plataformas de roca marrón suspendidas sobre el lago de lava que había al fondo, burbujeando. ¿Cómo podía haber algo así debajo de un edificio? Jamás lo habría sospechado.

Caminaban por un angosto pasillo entre las plataformas. Caedra jadeó por el calor, algo mareada, pero los soldados no parecían afectados en lo más mínimo. Estarían acostumbrados.

Se adentraron en otro túnel donde la temperatura continuaba siendo alta, pero no al nivel de la sala anterior. La siguiente estancia era también de magníficas dimensiones, pero más pequeña, y la lava solo estaba presente en forma de ríos que descendían por algunas paredes. Había vagones con carbón desplazándose por raíles de hierro, gente picando la roca marrón. Otro grupo movía engranajes que conectaban con alguna estructura que no se veía, y soldados monitorizando a todos los presos, paseándose con látigos en la mano, listos para intervenir.

Caedra no se sorprendió al reconocer algún que otro zeafíreo, al igual que aquitones, torrogal y denu. Los rehenes que más abundaban, sin embargo, tenían la piel violeta. Caedra supuso que se trataría de la raza dominante de ese planeta, aunque todavía no sabía cómo se llamaban.

Los aquitones eran los que peor lo estaban pasando. Todos los que Caedra vio mientras caminaba tenían la piel seca y agrietada, deshidratada por no estar en el agua. Los aquitones no podían pasar mucho tiempo sin absorber algo de líquido en su piel, o se resecaban por completo. ¿Cómo habían acabado capturados? En Gea, los aquitones apenas salían de sus ciudades marítimas.

No llevaba más que unos minutos ahí abajo y ya estaba empapada en sudor, con la ropa pegada al cuerpo. El calor era insoportable, sofocante.

Se detuvieron al otro lado de aquel lugar, donde había un hombre de espaldas a ellos, leyendo unos papeles que sostenía en las manos. Su armadura era más elaborada que la del resto de soldados, dorada, y su casco tenía una cresta púrpura. Se giró al detectar su presencia, dejando caer los papeles al suelo sin mucha preocupación.

Dijo algo. La miraba fijamente, por lo que Caedra dedujo que se dirigía a ella, pero no lo entendió.

Uno de los soldados que la habían traído habló con rapidez. El hombre se llevó la mano al pecho y Caedra se fijó en que tenía un medallón como el de Shialih.

—¿Me entiendes ahora?

Caedra levantó la vista. El rostro de aquel hombre parecía más avanzado en edad que el del emperador, aunque era difícil deducirlo por las escamas que cubrían su piel.

—Sí… —murmuró, recelosa. ¿Sería otra víbora a punto de clavarle sus colmillos venenosos?

El hombre asintió, satisfecho.

—Espléndido. Hacía tiempo que no tenía que usar esto —dijo, dándole un toque al medallón—. Soy el general Resslor. Estoy al mando de la caldera.

—¿La caldera? ¿Es este lugar? —inquirió Caedra, confusa. Se le escapó un quejido cuando los soldados la soltaron, precipitándose al duro suelo de rodillas. Se giró de cintura para arriba, tratando de analizar el estado de su ala rota, todavía atrapada en cadenas. El hueso estaba partido cerca del nacimiento, dejando que prácticamente el ala entera cayera inerte por su espalda. Sintió una opresión en el pecho y sus ojos ardieron.

Parpadeó con ahínco. No era el momento de derrumbarse…

—Así es. Nos encontramos debajo del estadio de Kandor —le comunicó el general Resslor. La observó con la curiosidad reflejada en sus ojos verdes. Así, parecía más un gato que una víbora —. Reconozco que me costó creer los rumores de que teníamos visitantes de Gea.

Caedra no dijo nada. Lo miró en silencio, respirando con algo de dificultad por el calor. Notaba la cabeza ligera. Resslor se dio cuenta de esto.

—Tendrás que acostumbrarte —dijo, implacable—. Este es tu nuevo hogar. Trabajarás extrayendo carbón. Descansarás solo cuando te lo permitamos. Cualquier acto de desobediencia tendrá represalias. ¿Entendido?

—Entendido —contestó ella con sequedad.

—Bien.

Resslor dijo algo a los soldados en su idioma. Estos se acercaron a ella y le quitaron los grilletes de las manos y las cadenas de las alas. Caedra se frotó las muñecas, enrojecidas, antes de girarse de nuevo y acunar su ala rota en las manos. Se mordió el labio para contener un sollozo.

¿Por qué? ¿Por qué no despertaba de la pesadilla?

«Olvídate de tu ala —la regañó Alastair, irritado—. Céntrate en pensar un plan de escape».

Resslor la contempló.

—Tendrás cuatro horas para dormir por las noches. Trabajarás durante todo el día con un único descanso para comer de quince minutos. ¿Entendido?

Definitivamente, era una víbora.

—Entendido —dijo ella una vez más, manteniendo una expresión neutra y una determinación férrea. No sería derrotada. Sería un ritmo de trabajo duro, inhumano, y tendría que darlo todo si quería aguantar. Debía salir de ahí cuanto antes.

# Capítulo 21: La arena

Jay no podía dormir. La superficie fría y dura del metal de la cama, si es que podía llamarse así, era incómoda. No hacía más que girarse hacia un lado y hacia otro cada varios minutos, incapaz de dejar la mente en blanco.

Estaba inquieto, con un desagradable cosquilleo nervioso en las manos. No sabía qué sucedería al día siguiente. ¿Lo llevarían a combatir? ¿Cómo sería?

Además, tenía hambre. La poca comida que les habían dado, una extraña pasta roja (Jay prefería no averiguar qué era) con unos trozos de pan, no había sido suficiente.

Necesitaba saber dónde se encontraba Caedra. Y cómo estaba. Todo sería mucho más fácil si les hubieran mantenido juntos… Él habría estado más tranquilo, asegurándose de ayudarla en todo lo que pudiera y, a su vez, reconfortado por su presencia.

En algún momento de la noche se durmió al fin. Sin embargo, apenas pasaron un par de horas antes de que un estridente sonido, producido por algo que golpeaba la puerta de metal, lo devolviera con brusquedad a la realidad.

Se sentó de golpe, mirando a un lado y a otro, confuso. Tardó unos segundos en ubicarse y recordar dónde estaba, hundiendo los hombros. Divisó un par de soldados en la entrada de la celda aporreando los barrotes con sus espadas para que despertaran. Gritaban algo, pero Jay no los entendía.

Vio a Darmacus, el aquitón, ponerse en pie con decisión. Jay lo imitó, bajando de un salto al suelo, resignado. Tenía sueño, notaba los párpados de plomo, y se frotó los ojos mientras abrían la puerta.

Uno de los guardias se acercó a él y lo agarró del brazo. Jay tensó la espalda, pero el soldado se limitó a colocar un pequeño medallón en su mano.

Jay lo observó. Era pequeño y circular, endeble. Poseía una runa inscrita en una cara y otra diferente en el lado opuesto. No era como el medallón del emperador Shialih, el doble de grande, de oro, y con muchas más runas grabadas en él. ¿Qué se suponía que querían que hiciera con eso?

Darmacus se acercó. Antes de que los guardias se impacientaran, cogió el medallón y pasó la cinta a la que iba enganchado por el cuello de Jay. Guio la mano de Jay al medallón y las runas se iluminaron brevemente.

—*Vamos.*

Jay parpadeó un par de veces. Giró la cabeza hacia su derecha. Era el guardia el que había hablado. Pero no era auralio. Y él lo había entendido.

Echó a andar y salió de la celda. Abrió la boca para preguntar, confuso, pero Darmacus, caminando detrás de él, se le adelantó:

—*Te han dado un amuleto de traducción. Es rudimentario, y solo sirve para unir el auralio y el sekreo, pero es suficiente.*

Jay miró por encima del hombro. El rostro del aquitón estaba iluminado con una sonrisa, claramente animado por poder comunicarse con él.

—*Entonces…, ¿me entiendes?* —Jay calló de golpe al escucharse hablar. Reprimió un escalofrío. Había dicho las palabras en auralio, o, al menos, las había pensado. Porque lo que había salido de su boca había sido un idioma completamente diferente: el sekreo.

Era desagradable. Era como si un mecanismo extraño estuviera forzando su lengua al hablar.

—*Sí. Como eres tú el que lleva el amuleto, hablas en sekreo. Si lo llevara yo, hablaría en auralio* —explicó Darmacus pacientemente.

Los guardias los ignoraban. Los llevaron por el pasillo de celdas, extrayendo a más presos según avanzaban, todos caminando en fila. Había miembros de todas las razas, la mayoría cabizbajos, muchos de ellos malheridos y desnutridos.

—*¿A dónde nos llevan?* —preguntó Jay por lo bajo.

—*A entrenar. Es pronto todavía. Practicaremos durante un par de horas y luego elegirán a algunos de nosotros para combatir. Pero no solemos saber quiénes lucharán hasta ese momento* —contestó Darmacus en el mismo tono.

Jay frunció el ceño, con un mal presentimiento. Estaba convencido de que él empezaría a luchar ese día.

Decidió parar con su interrogatorio hasta ver a dónde los llevaban. Subieron unas escaleras. Esta vez no se escuchaba nada en el estadio. Supuso que era temprano.

Salieron a un patio cuadrado. Había suficiente espacio para que todos pudieran separarse, con margen de maniobra, en el suelo de arena. Jay contó con rapidez; eran un total de treinta y siete presos. Las paredes, adornadas con balcones y arcos, eran tan altas que no alcanzaba a adivinar qué había al otro lado del edificio, con pasillos abiertos que permitirían a todos los que pasaran por allí ver lo que hacían, apoyados con comodidad en alguna de las barandillas de piedra amarilla pálida.

Se quedó boquiabierto al alzar la vista al cielo. No era azul, sino de un tono lila claro. Tenía algunas nubes blancas que se desplazaban con suavidad, dejando al descubierto una diminuta esfera roja que brillaba con intensidad. El sol de ese mundo.

Era tan diferente a lo que estaba acostumbrado que le robó el aliento.

—*Jay*.

Miró a su izquierda. Darmacus lo llamaba, indicándole con un gesto de la mano que fuera hacia él. Estaba en un extremo, donde había armas apiladas en un montón.

—*Puedes elegir la que quieras* —dijo Darmacus, agachándose y escogiendo un tridente. Estaba oxidado y uno de sus dientes partido. Jay lo observó y arqueó una ceja—. *Cuando salgas a combatir te proporcionarán armas mejores, no te preocupes.*

—*Ya…* —murmuró Jay, receloso. Optó por una espada que le pareció lo suficientemente fina y ligera para moverla con la velocidad que él quería. Su hoja estaba oxidada también, pero tendría que valer, por el momento.

El resto de presos estaban centrados en sus asuntos, sin prestar atención al recién llegado. Jay lo agradeció, pero dedujo con facilidad que se debía a que iban siendo reemplazados con relativa frecuencia, por lo que no llegaban a conocerse entre ellos. Esto no le gustó tanto.

Darmacus lo guio hasta un rincón más apartado. Se sentó en el suelo de arena dorada y dio un par de palmadas al sitio a su lado. Jay miró hacia los guardias y luego de nuevo a Darmacus, con el ceño fruncido. Los soldados se limitaban a observarlos, sin intervenir en ningún momento.

Al final, Jay se sentó al lado del aquitón.

—*No nos vendría mal practicar* —dijo Darmacus—, *pero imagino que tendrás bastantes preguntas sobre los combates, así que podemos hablar unos minutos de eso.*

—*¿No pasa nada por que estemos aquí parados?* —preguntó Jay, con un asentimiento de cabeza hacia los guardias.

—*No, les da igual lo que hagamos. Mientras luchemos cuando nos toca… Lo que no nos está permitido es reunirnos en grupos grandes.*

—*¿Por qué no?*

—*Para que no podamos hablar de posibles planes de rebelión y esas cosas* —contestó Darmacus, encogiéndose de hombros—. *Pero tampoco es que haya mucho que hacer. Escapar de aquí es imposible.*

Jay tuvo la tentación de preguntar más al respecto. Sin embargo, lo que le urgía era obtener información de los combates. Tratarían esos otros asuntos por la noche en su celda. Aunque sí que había algo por lo que tenía curiosidad.

—*¿Cómo se llama esa raza?* —dijo, señalando con el pulgar a los guardias. Sus escamas violetas destellaban cuando les daba el sol directamente. Eran escamas gruesas, a diferencia de las finas de los aquitones, cuya piel era, a veces, traslúcida.

Darmacus miró donde señalaba.

—*Son sekrimers.*

Jay asintió, memorizando el nombre. Tocaba centrarse en lo importante.

—*¿Cómo son los combates?* —inquirió.

Darmacus hizo una mueca.

—*Nada bonitos, te lo aseguro. Hay tres tipos: persona contra criatura, libre, y persona contra persona* —enumeró—. *En el primero te enfrentas a cualquier tipo de criatura que hayan podido capturar: goleths, markilodones, wavernos…*

Jay no conocía ninguna de esas criaturas. No le sonaba haber leído sobre ellas en Gea. Serían únicas de Titaia.

—*¿Son muy grandes?* —preguntó, inquieto.

—*La mayoría, sí. Con los más grandes te enfrentas a uno solo. Con los más pequeños, suelen sacar dos o tres* —explicó Darmacus—. *Pero no te confíes si ves a alguno pequeño solo. Eso quiere decir que ya es suficientemente peligroso a pesar de su tamaño.*

Jay torció el gesto.

*—Vale, lo tendré en cuenta.*

*—Luego tenemos el segundo tipo de combate: el libre. Se llama así porque tendrás a varios compañeros enfrentándose junto a ti a las criaturas de antes. Pero solo puede quedar uno de vosotros vivo…* —advirtió Darmacus con seriedad—. *Si matas a tus compañeros antes de acabar con todas las criaturas, te arriesgas a no poder derrotar a las que queden tú solo. Pero si esperas a que hayáis acabado con todas las criaturas, te arriesgas a no ser capaz de derrotar a tus compañeros ahora que ya estás cansado. Tienes que analizar la situación y ver cuál es el momento adecuado de atacar a cada uno.*

Jay se había quedado con la garganta seca. Sonaba especialmente duro. ¿Cómo iba a ser él capaz de matar a personas en su misma situación, obligadas a combatir por el emperador? Y Darmacus hablaba con total seriedad, sin vacilar.

*—Darmacus… ¿Cuánto tiempo llevas aquí?*

*—Cinco años* —contestó él. Su rostro se crispó—. *Soy el único aquitón que ha aguantado tanto, pero como me he convertido en uno de sus combatientes más famosos, me proporcionan toda el agua que necesito para hidratarme.* —Suspiró con pesadez—. *Una de las ventajas de ser de los favoritos del público, supongo…*

Jay no dijo nada durante unos segundos. Bajó la vista a la espada que reposaba en su regazo, pensativo. Darmacus era delgado, pero tenía músculo. Ahora que lo veía a la luz del día, se fijó en la multitud de cicatrices que surcaban sus escamas. No se había imaginado que llevara tanto tiempo atrapado, pero su aspecto lo demostraba.

*—¿Qué edad tienes?* —le preguntó, volviendo a mirarlo.
*—Tengo veintitrés años. ¿Y tú?*

Había tenido la duda sobre si los aquitones serían más jóvenes, o más mayores, de lo que aparentaban, pero no era el caso.

*—Veintiuno...* —contestó con gesto ausente. Esperaba no pasarse el resto de sus días en aquel lugar.

Darmacus le dio una palmada en el hombro.

*—Alegra esa cara, Jay. Me aseguraré de que sobrevivas, no te preocupes. Si el emperador te ha puesto en la celda conmigo, es porque tiene cierto interés en ti. Nunca antes me había dado un compañero, y soy de sus combatientes más veteranos. Podré guiarte.*

Jay resopló.

*—Me alivia saber que el emperador no espera que muera en mi primer combate.* —Suavizó su expresión antes de continuar—. *Pero gracias por ayudarme, Darmacus. Podrías haber pasado de mí.*

Darmacus soltó una pequeña carcajada.

*—No haría algo así. Echaba de menos tener un poco de compañía, la verdad. Pero volvamos al asunto que nos concierne; ya tendremos tiempo esta noche de hablar más de nosotros.* —Darmacus se inclinó hacia él, con las piernas cruzadas—. *El último tipo de combate es persona contra persona. Luchador contra luchador. No hay más misterio. Pero hay una variante de este*

*último tipo, y es que, si consideran que ya somos demasiados presos, realizan un torneo. Suelen organizar uno cada dos meses o así.*

*—¿Y cuándo fue el último?*

*—Hace poco más de un mes, así que no tardarán mucho.* —Darmacus echó un rápido vistazo a su alrededor—. *Da un par de semanas y rondaremos los cincuenta presos.*

Jay, desde luego, no tenía intención de quedarse ahí tanto tiempo.

*—Y… ¿realmente son todos los combates a muerte?* —murmuró Jay, con una mueca en su rostro.

*—Me temo que sí. Tienes que asumirlo, Jay. O vives, o mueres. O matas a tu contrincante, o mueres tú.*

Jay apretó los labios en una fina línea. Alzó la vista al cielo lila, hacia ese diminuto sol rojo.

Recordó su primer enfrentamiento con alguien en Gea. Cuando habían cruzado la frontera entre Gaelar y Omilia y soldados enemigos los habían atacado. Una mujer que manejaba el agua lo había perseguido. Él, sin tener mucha idea de combatir todavía, la había evitado hasta que no le quedó más remedio que encararla. Tuvo la oportunidad de atravesarla con su espada. Pero dudó, no lo hizo y ella no vaciló en atacarlo de nuevo. De no ser por la oportuna aparición de Caedra, habría estado perdido.

O mataba, o moriría. ¿Sería capaz?

***

Cuando pasaron dos horas, los guardias les indicaron que se detuvieran. Darmacus se había dedicado a describir con todo detalle las criaturas a las que tendría que enfrentarse, sus poderes y sus puntos débiles. Habían intercambiado unos cuantos golpes con la espada y el tridente, pero, tras ver el fuego azul de Jay, Darmacus, gratamente sorprendido, le aconsejó que no lo mostrara mucho mientras estuvieran con los otros presos. Al fin y al cabo, podían convertirse en sus contrincantes en la arena en cualquier momento y, cuanto menos supieran de sus habilidades, tanto mejor.

Jay, fiel a su naturaleza curiosa, tenía ganas de ver a Darmacus en combate. El aquitón era claramente un experto en el manejo del tridente y sus habilidades con el agua serían igual de impresionantes.

*—Ahora seleccionarán a los que combatirán esta tarde* —le explicó Darmacus por lo bajo. Se habían colocado en dos filas a lo largo del patio—. *Y llevarán al resto a observar. Como eres nuevo, supongo que lucharás hoy.*

*—Yo también lo he supuesto* —masculló Jay.

Darmacus puso una mano en su hombro. Jay lo miró y él sonrió.

*—Lo harás bien.*

Jay bufó.

*—¿Por qué estás tan seguro? Apenas me conoces.*

Darmacus no se ofendió por sus palabras.

*—Llevo años aquí, Jay. He aprendido a predecir quién durará… y quién no. Me limito a analizar ciertos aspectos.*

Se quedaron en silencio y se irguieron. Los guardias se acercaron.

Señalaron a un zeafíreo y a un sekrimer de la primera fila, que dieron un paso al frente. Jay tuvo un escalofrío. Las alas del zeafíreo estaban tan rasgadas que apenas le quedaban plumas, con algunos huesos al descubierto. Sus cuernos, en espiral, estaban fracturados.

Sintió un pinchazo en el corazón al recordar a Loure, el hermano de Caedra. Años después, todavía cargaba con la culpa de no haber podido salvarlo.

Los pocos zeafíreos que había alcanzado a ver, tres o cuatro entre los presos, eran como los de Zarested, con alas y pelo negros, y cuernos ondulados. Era lo lógico, pues el portal hacia ese mundo estaba en Zarested.

El sekrimer era bajo y flaco, con pelo castaño enmarañado. Había perdido una buena cantidad de las escamas de sus brazos, dejando expuesta la piel gris que había debajo.

Jay no se sorprendió cuando pasaron a la segunda fila y lo señalaron a él. Dio un paso al frente, con la barbilla erguida y rostro de piedra. Estaba nervioso, y no sabía qué se iba a encontrar exactamente. Pero no iba a mostrarlo a los demás.

***

Jay permanecía quieto mientras los criados sekrimers a su alrededor le iban colocando la armadura. No era gran cosa, eran placas de metal plateado que solo cubrían sus hombros, antebrazos y rodillas. Antes le habían hecho cambiarse a una camiseta negra sin mangas como la que llevaba Darmacus.

Por una parte, agradecía que la armadura fuera ligera. De haber sido de cuerpo entero, moverse habría sido más complicado por el peso. Pero, por otra parte, no habría estado de más ir más protegido…

Habían traído también a una chica denu. Mientras que el zeafíreo y el sekrimer eran de mediana edad, la denu parecía joven, demasiado. Con su pelo verde peinado en una trenza y sus facciones redondeadas, a Jay le recordó a Su-Nev. Prefirió apartar la mirada, con un amargo sabor de boca.

Le proporcionaron una espada que Jay enganchó en su cinto. Tal y como había asegurado Darmacus, esta espada estaba más cuidada, con una hoja afilada y brillante. Al zeafíreo le proporcionaron una lanza, al sekrimer un látigo espinoso, y a la denu un arco con flechas.

Los llevaron a una pequeña sala con varios banquillos de metal. Les dieron cuencos con la extraña pasta roja para comer. Jay iba a acabar harto de esa pasta como fuera su comida todos los días, cosa que sospechaba.

Comió en silencio, encorvado. Masticaba lentamente mientras observaba a sus compañeros de reojo. ¿Tendría que luchar junto a ellos? ¿Contra ellos? ¿Tendrían cada uno combates independientes contra criaturas?

La tensión se palpaba en el ambiente.

La denu se levantó. Se acercó con paso tímido a él y se sentó a su lado. Jay se irguió y la miró con la sorpresa reflejada en su rostro.

—*Um… Buena… buena suerte…* —murmuró ella; su voz era apenas un trémulo susurro. Sus mejillas estaban rojas, aunque parecían más bien marrones por el tono verde de su piel.

Jay, que había tenido que esforzarse para oírla, arqueó las cejas.

—*Gracias*. —Se llevó una mano al cuello, incómodo—. *Buena suerte tú… también.*

El rostro de la denu se iluminó con una sonrisa cuando él respondió. Sus ojos ahora brillaban con la ilusión de una niña pequeña.

—*¿Cómo te llamas?*

Jay desvió la atención al banquillo de enfrente, frustrado. Entre lo mucho que le recordaba a Su-Nev, a quien seguía sin perdonarle su traición, y que iban a salir a combatir en breve… No quería entablar amistad con alguien que podía morir en los próximos minutos.

Clavó los dedos en el cuenco de arcilla que tenía en sus manos, olvidándose de la pasta roja que aún quedaba. Sacudió la cabeza. No, no podía pensar de esa forma tan fría. Tenía que mantenerse serio y centrado si quería sobrevivir, pero no llegaría a ese extremo. La pobre chica no se merecía ese trato. Estaba nerviosa y había decidido hablar con él. Supuso que le habría inspirado confianza, aunque Jay no sabía por qué.

Volvió a mirarla.

—*Mi nombre es Jay. ¿Y el tuyo?*

—*Yo soy Lu-Min* —se presentó ella. Colocó un mechón suelto detrás de su oreja puntiaguda—. *¿Es tu primer combate?*

—*Sí…*

Lu-Min apretó los puños en su regazo, bajando la vista. Había dejado el arco con las flechas a su lado en el banquillo.

—*El mío también…* —Su labio inferior tembló—. *Tengo miedo.*

Jay la observó detenidamente. No le echaba más de quince años. Era una niña. ¿Qué hacía en un lugar como ese?

Apretó los dientes, preso, una vez más, de la furia. Cómo deseaba que llegara el momento de darle un buen puñetazo en la cara al emperador Shialih. Y de atravesarlo con la espada, ya de paso. Se lo merecía.

¿Acaso se toparía con un emperador al que no quisiera matar?

—*Tranquila* —le dijo Jay con suavidad, poniendo una mano en su espalda. Ella ladeó la cabeza para mirarlo con sorpresa. Jay sonrió, intentando animarla—. *Tan solo céntrate en tu pelea. Confía en ti misma. Lo harás bien.*

—*G-gracias* —balbuceó Lu-Min, con los ojos húmedos—. *Tengo que sobrevivir, porque si no…*

Calló, pero Jay dedujo con facilidad a qué se refería. Shialih también tendría como rehén a

algún ser querido de la denu, como había hecho con Caedra. Se le revolvió el estómago y abandonó el cuenco con lo que quedaba de comida en el banquillo.

Escuchó un sollozo. Lu-Min había agachado la cabeza. Sus hombros temblaban, y Jay vio cómo varias gotas se precipitaban al regazo de la denu.

—*Eh, eh, no llores* —dijo Jay, alarmado, levantándose y situándose delante de ella. Si no la tranquilizaba, no sería capaz de luchar en condiciones. Dejó caer las manos sobre los hombros de Lu-Min, que levantó la vista de golpe, y se agachó para estar cara a cara. Sus ojos rosas, diferentes a los marrones de Su-Nev, brillaban con abundantes lágrimas—. *Va a salir bien. Vas a estar bien. Pero ahora tienes que calmarte, ¿vale?*

Lu-Min asintió lentamente con la cabeza, aunque las cataratas seguían fluyendo por sus mejillas. Ahogó un sollozo y se frotó los ojos con el dorso de la mano.

—*Así, muy bien. Respira hondo…*

—*P-pero tengo mucho miedo…*

—*El miedo es normal. Pero no puedes dejar que eso te bloquee* —dijo Jay, con tono pausado. Recordó cuando Caedra le había dicho esas mismas palabras, años atrás—. *Lu-Min, cuando salgas ahí fuera, a la arena, tienes que centrarte. Vas a respirar hondo. Vas a ignorar al público. Vas a analizar a tu contrincante. Lo vas a atrapar con tus plantas.* —Supuso que tendría los mismos poderes que los denu de Gea, aunque no sabía si tendría experiencia en el uso de estos. Ella no replicó, por lo que algo debía de saber—. *Vas a buscar sus puntos débiles. Ojos, cuello, pecho, abdomen… Vas a apuntar con el arco y vas a disparar una flecha. ¿Entendido?*

—*Va-vale…*

—*Sobre todo, no te quedes quieta. Que el miedo no te paralice. Muévete siempre, no te distraigas con ningún pensamiento.*

Lu-Min asintió una vez más. Terminó de enjugar sus lágrimas, se sorbió la nariz y lo miró por debajo de las pestañas húmedas, con una tímida sonrisa.

—*Gracias. ¿Puedo ser tu amiga?*

Jay sintió una opresión en el pecho. ¿Cómo iba a decir que no?

—*Claro. Tan solo tienes que prometerme que saldrás a darlo todo y ganarás tu combate.*

Esta vez, la denu asintió con decisión. Jay sonrió.

—*Muy bien.*

Los soldados escogieron ese momento para indicarles que se levantaran. Los llevaron por un oscuro y estrecho pasillo que bordeaba el estadio. La pared a su derecha desapareció, siendo reemplazada por barrotes de metal que permitían ver la arena de combate. Era todavía más grande vista a ras del suelo.

Las gradas estaban repletas de gente. Jay no podía divisar desde donde estaba el balcón en el que Shialih se encontraría observando, pero estaría en algún punto a la derecha. Una voz sonaba amplificada por todo el estadio, anunciando que habría cuatro combates esa tarde.

Abrieron la puerta de metal y empujaron al zeafíreo fuera, tras lo cual cerraron de nuevo. Jay

no sabía si debía alegrarse. ¿Querría eso decir que serían combates individuales contra criaturas? Así no habría riesgo de tener que enfrentarse a Lu-Min… Era consciente de que no sería capaz de matarla.

El zeafíreo se tambaleó. En la otra punta del estadio se levantaron las rejas de una puerta. El público lanzó exclamaciones de emoción al ver aparecer un grupo de tres criaturas bípedas, con afiladas garras en las patas, una larga cola horizontal para ayudarlos a mantener el equilibrio, una cresta de plumas en sus cabezas reptilianas, y un par de tentáculos afilados en sus espaldas. Jay las reconoció como wavernos, según lo que le había contado Darmacus.

El combate no duró mucho. Jay se sintió mal, pero había sido fácil de predecir. El zeafíreo estaba en las últimas, prácticamente sin alas. Prefirió no mirar cuando los wavernos clavaron sus tentáculos en él, inmovilizándolo y saltando a destrozarlo. El público, en cambio, aclamó el espectáculo. ¿Cómo podían ser tan sádicos?

A Lu-Min, detrás de él, se le escapó un sollozo. Jay se giró.

—*Tranquila. Aprende de sus errores. No te pasará lo mismo* —le susurró Jay.

Ella no dijo nada. Tenía un puño apretado contra el pecho y se estaba mordiendo el labio.

Cuando el sekrimer preso fue el siguiente en salir a la arena y los wavernos no fueron retirados, Jay supo que tenía que centrarse y empezar a analizar con detalle. Solo un par de soldados se llevaron lo que había quedado del zeafíreo, con otro de ellos manteniendo a raya a los wavernos, lo que le mostró a Jay que los sekrimers, o al menos algunos de ellos, tenían poderes mentales.

El sekrimer preso blandió su látigo de espinas. Los wavernos se encorvaron y gruñeron, extendiendo un par de aletas en su cuello. El más grande rugió y avanzó. El sekrimer retrocedió, asustado. Un waverno lo flanqueó por la izquierda y el otro por la derecha con lentitud, mientras el primero enseñaba sus afilados colmillos.

Si el sekrimer también caía, los siguientes en enfrentarse a los wavernos serían o él, o Lu-Min. Jay se agachó junto a Lu-Min, puso una mano en su espalda y le susurró:

—*Fíjate en que uno se dedica a distraer a su presa mientras los otros dos lo rodean para clavarle sus tentáculos e inmovilizarlo.*

Efectivamente, los dos wavernos que ahora estaban tras el sekrimer extendieron sus tentáculos. El sekrimer los escuchó en el último momento y consiguió esquivarlos en parte, saliendo solo con un par de arañazos en el brazo.

El sekrimer estiró su látigo y lo enrolló en la pierna de una de las criaturas. Tiró con fuerza y la hizo perder el equilibrio, cayendo al suelo sobre su costado. Recuperó el látigo y golpeó con el extremo el hocico del waverno que iba corriendo hacia él, forzándolo a frenarse y sacudir la cabeza. Pero el tercer waverno, de nuevo a sus espaldas, saltó sobre el sekrimer y lo derribó, cerrando su mandíbula en torno a su cuello.

A Jay se le revolvió el estómago. Fin del combate.

Notó a Lu-Min temblando. La tomó de la barbilla con suavidad para que lo mirara a los ojos.

—*Lu-Min, tranquila. No puedes dejar que el miedo te bloquee. Me has prometido que ganarás el combate para que podamos ser amigos, ¿verdad?*

—*S-sí…*

—*Bien. Pues escucha. Los wavernos trabajan en equipo* —le dijo con rapidez. No tenían mucho tiempo—. *Si pierdes de vista a uno de ellos, estarás en desventaja. Ataca con la pared del estadio a tus espaldas. Así no podrán sorprenderte. Son fáciles de reducir si les haces perder el equilibrio enredando sus piernas. Solo tienes que ser rápida.*

El labio de Lu-Min seguía temblando, pero la denu lo escuchaba con atención. Jay observó por encima del hombro, comprobando que estaban retirando el cadáver del sekrimer.

—*¡Los wavernos demuestran una vez más su letal trabajo en equipo!* —estaba diciendo el que debía de ser el comentarista. Era la voz que había escuchado Jay cuando había llegado a la arena —. *¡Dos combates seguidos ganados por los temibles wavernos! ¿Será capaz nuestra próxima luchadora de inclinar la balanza a su favor?*

Por el uso del femenino, Lu-Min era la siguiente. Jay se alegró de haberle contado lo que había analizado.

Cerró una mano en el hombro de Lu-Min.

—*Recuerda lo que te he dicho. Ve hacia la pared en cuanto puedas. Y ánimo. Confío en ti* —le susurró al oído.

Ella se armó de valor, inflando el pecho. Asintió, irguiéndose y caminando hacia delante tras ajustar el arco y las flechas en su espalda. El soldado cerró la puerta. Jay cruzó los brazos, sin apartar la mirada de Lu-Min.

Los wavernos la observaron con curiosidad durante un par de segundos, sus largos y finos hocicos manchados con sangre. Lu-Min estaba encogida sobre sí misma. Sus rodillas temblaban.

«Vamos, vamos», pensó Jay. Tenía que reaccionar.

Hubo un pitido y los wavernos se irguieron, gruñendo. De nuevo, el que estaba en el centro avanzó hacia Lu-Min, extendiendo las aletas de su cuello y exhibiendo los tentáculos. Los otros dos empezaron a rodearla…

Lu-Min estiró los brazos. Estampó uno de sus pies descalzos en el suelo y un trozo de tierra se elevó. Golpeó el aire con su puño y lo mandó contra el waverno del centro, que fue alcanzado en la cabeza. Este chilló y retrocedió.

Sin detenerse, Lu-Min rotó. La arena se elevó hacia sus dedos y Jay arqueó las cejas. Según le había contado Tarvo, la arena era lo más complicado de manejar para un afín a la tierra, debido a lo fina y frágil que era; muchos jamás lo lograban. Que Lu-Min la estuviera controlando demostraba una gran habilidad. Estaba claro que Shialih la había querido como luchadora por algo.

Lu-Min llevó la arena primero a los ojos de uno de los wavernos y luego a los del que quedaba. Se lanzó a correr hacia la pared, saltando a un lado para esquivar un afilado tentáculo.

Una vez estuvo lo suficientemente cerca, dio la espalda a la pared y encaró a los wavernos, que iban hacia ella, ya recuperados y furiosos. Lu-Min se agachó y clavó los dedos en la tierra. Raíces marrones brotaron delante de los wavernos, forzándolos a frenar en seco. Dieron media vuelta y trataron de retroceder, pero Lu-Min logró enredar las patas de uno de ellos, que tropezó

y se retorció en el suelo, chillando.

Con la mirada blindada de decisión, Lu-Min se incorporó, cogió el arco de su espalda y lo cargó con una flecha. Apuntó y disparó.

La flecha silbó en el aire. Letal y precisa, se clavó en el cuello del waverno derribado, que pronto quedó inmóvil.

El público la vitoreó, entusiasmado. Jay se había quedado boquiabierto. Menuda puntería.

Pero todavía quedaban dos. Lu-Min, recordando las palabras de Jay, no se detuvo. No podía quedarse quieta. Se desplazó, siempre manteniendo la pared a sus espaldas. Los wavernos rugieron y corrieron hacia ella.

Lu-Min extendió su brazo izquierdo al frente. Un montículo de tierra se elevó y pisó sobre él. Hizo aparecer otro más alto a continuación, y otro, y otro, destruyendo los anteriores. Una vez estuvo lo suficientemente arriba, con los wavernos tratando de saltar para alcanzarla, arañando con sus garras en la tierra, Lu-Min cargó el arco de nuevo. Los wavernos, astutos, retrocedieron, pero consiguió clavar la flecha en el costado de uno.

El otro cargó contra la torre en la que estaba. La embistió y la derrumbó. Lu-Min chilló, cayendo de espaldas al suelo.

—*¡No!* —gritó Jay, agarrando los barrotes.

Pero Lu-Min rodó por la tierra. Se incorporó de un salto y erigió un muro de tierra en el último momento, haciendo que el waverno se estrellara de cabeza. El otro waverno también fue hacia ella, pero, con el anterior desorientado por el golpe, Lu-Min se pudo permitir agacharse de nuevo y clavar los dedos en el suelo. Las raíces brotaron con brusquedad debajo del waverno, que aulló. Se enrollaron en su abdomen y Lu-Min arrastró los dedos por el suelo, cerrándolos en un puño y haciendo que las raíces apretaran más.

Las costillas del animal crujieron. El otro waverno, todavía algo atontado, retrocedió y sacudió la cabeza. Clavó sus ojos en Lu-Min y silbó, enseñando los colmillos.

Lu-Min se levantó. Con su arco en la mano, disparó una flecha. Le atravesó la boca y el waverno se retorció, emitiendo un alarido. Disparó otra y esta se hundió en el cuello. El waverno cayó al suelo con un golpe seco.

La denu contempló al waverno que quedaba, enredado en sus raíces. Extendió la mano hacia ellas y la cerró en un puño de nuevo. Las raíces terminaron de romper todas las costillas del waverno, que chilló sacudiendo la cola, y continuaron apretando. Al final, quedó inerte.

Lu-Min jadeó. Las rodillas le temblaron. El público estalló en aplausos, satisfecho con el espectáculo.

—*¡Lu-Min, la joven cazadora denu!* —habló el comentarista con entusiasmo.

Jay dejó escapar un suspiro de alivio que no sabía que había estado conteniendo. Lu-Min fue llevada de vuelta al pasillo, donde Jay la recibió con una cálida sonrisa.

—*¡Lo has conseguido!* —la felicitó, con las manos en las caderas y el corazón hinchado de orgullo.

Lu-Min sonrió también, sus mejillas rojas.

—*G-gracias a tu ayuda* —murmuró, parándose frente a él. Estaba algo despeinada, con varios mechones escapándose de su trenza.

—*El mérito es tuyo, Lu-Min. Te dije que podrías con ello.*

Los wavernos habían muerto. Jay sabía que ahora era su turno, pero no pudo adivinar a qué tipo de criatura le tocaría enfrentarse ahora que los wavernos habían sido vencidos. Unos soldados estaban retirando sus cuerpos de la arena en ese momento.

Un estridente rugido resonó por todo el estadio. Lu-Min dio un respingo, agarrándose al brazo de Jay.

Hasta algunas piedras en el suelo habían temblado por la magnitud del rugido. Jay tuvo un escalofrío. ¿Qué clase de monstruo lo aguardaba?

# Capítulo 22: El primer combate

Caedra picaba la roca, tratando de ignorar el espacio a su alrededor. Se encontraba igual de bien que un pez forzado a vivir en el desierto. Tenía hambre y, con el estómago vacío y el calor sofocante de aquel lugar, se mareaba de vez en cuando. Su garganta estaba seca, rasposa, pero todavía quedaban horas hasta que le dieran una mísera cantidad de agua. Su ala rota caía inerte, como una triste capa, por su espalda. Había dejado de dolerle tanto; ahora la zona del hueso roto estaba adormecida.

Era su primer día en esas minas infernales y ya había tenido suficiente. Pero no podía parar. Ya había visto lo que pasaba con los que no aguantaban más. Los latigazos eran el castigo más suave de todos.

Había una mujer denu a su lado. Su edad era algo avanzada, pues tenía arrugas en algunas partes de un rostro por lo demás bastante bello, con una nariz pequeña y pómulos marcados. Su piel verde casi ni se podía apreciar bajo toda la suciedad de la tierra que la cubría, y su pelo, del color del musgo, estaba recogido en un desordenado moño. Iba ataviada con un simple vestido de tela marrón con múltiples jirones.

La denu había intentado comunicarse con ella, pero Caedra no la entendía. Y la denu tampoco hablaba auralio. Solo sabía que se llamaba Na-Dwa. La noche anterior se había acercado a Caedra y, aunque con sus escasas energías poco había podido hacer para curar el hueso roto, sí había aliviado el dolor de manera considerable, por lo que Caedra le estaba muy agradecida.

Se sentía mejor teniendo a Na-Dwa junto a ella. Por el estado en el que se encontraba la denu, Caedra deducía que ya llevaba un buen tiempo atrapada. Aunque no podía saber cuánto tiempo exactamente.

Seguía preguntándose cómo escapar. Volar ya no era una posibilidad. No tenía su lanza. Por mucho que invocara un viento huracanado, ahora más complicado sin la ayuda de sus alas, no podría contra todos los soldados a la vez. Y cada día que pasara estaría más debil. A Caedra le gustaba ser optimista, pero no le quedaba otra opción que hundirse en un cínico pesimismo, dadas las circunstancias.

«Oí hablar de Titaia, hace tiempo».

Caedra se sorprendió al escuchar a Alastair. Ese día también estaba muy callado, pero tampoco había mucho de lo que hablar.

«Nunca había estado en Titaia hasta ahora. Tanto mis compañeros como yo lo evitábamos porque el tiempo pasa aquí de forma diferente a Gea», explicó Alastair.

«¿Qué?», pensó Caedra, alarmada. Le tembló la mano y estuvo a punto de soltar el pico. Estaba segura de que recibiría un latigazo por el simple hecho de que se le cayera su herramienta de trabajo.

«No recuerdo con exactitud cuál era la diferencia. Pero el tiempo pasa en Gea de forma más lenta que aquí».

«Ya veo…».

¿Eso era bueno o malo? Dependería de la magnitud del desfase temporal, que no podría averiguar hasta regresar a Gea y comprobar cuánto tiempo había transcurrido.

Se preguntó cómo estaría Jay. No podía estar tranquila sin garantía de que estuviera bien. Se había convertido en un combatiente muy capaz, pero nadie era invencible, y los combates a los que se enfrentaría serían a vida o muerte. Si tan solo pudiera verlo, infundirle ánimos…

Alzó la vista. El techo de la caldera era alto, inalcanzable, oculto en la oscuridad a donde no llegaba la luz de las antorchas y del magma. Jay estaría luchando en el suelo de encima…

***

Jay tragó saliva al pisar la arena. Fuera lo que fuera la criatura a la que se iba a enfrentar, el público estaba claramente emocionado e impaciente tras escuchar el rugido. Y eso no sería bueno para él. Se le revolvió el estómago.

Su alivio por la victoria de Lu-Min había sido sustituido con la preocupación por su propia supervivencia. Y de esta dependía también la de Caedra.

Se levantaron las rejas de otra puerta mucho más grande al otro lado del estadio. Divisó la silueta de una criatura andando con lentitud. Jay separó ligeramente las piernas para mantener el equilibrio. Con cada pisada que daba el monstruo se extendía un pequeño temblor.

Al fin, la criatura emergió. Echó la cabeza hacia atrás, emitiendo un terrorífico rugido. El público estalló en gritos entusiastas. Jay, en cambio, retrocedió y palideció.

—*¡Jay, un humano proveniente de la legendaria Gea, contra un goleth!* —anunció el comentarista—. *¿Quién saldrá vencedor?*

Un goleth. ¡Un maldito goleth! La criatura que Darmacus había descrito como una de las más peligrosas de todas.

Sería el triple de grande que un elefante. Las gradas de la audiencia estaban suficientemente elevadas para que el público no estuviera expuesto a ningún peligro, pero la cabeza del goleth casi alcanzaba la primera fila.

Era una criatura bípeda, aunque podía caminar también a cuatro patas, robusta y pesada. Tenía dos alas membranosas en su espalda, pero eran demasiado pequeñas como para volar. Su cola era larga y fina, acabada en una púa con forma de estrella. Estaba cubierto de pelo negro, con rayas naranjas en sus brazos y piernas, ambos equipados con gruesas garras. De su hocico salían dos afilados colmillos. Sus ojos, amarillos y salvajes, parecían brillar.

Jay se quedó congelado. Justo lo que no debía hacer. Pero estaba nervioso, con nudos en la tripa. El goleth era demasiado alto; no iba a alcanzar con su espada ninguno de sus puntos débiles y cualquier golpe que recibiera del goleth le rompería en pedazos.

Sonó la campana que marcaba el comienzo del combate. El goleth rugió y se abalanzó sobre él. Como movido por un resorte, Jay corrió a su derecha, alejándose de su alcance.

«¡No me lo puedo creer! —pensó, con el corazón en la garganta—. ¿Qué hago yo ahora?».

El goleth no se detuvo. Giró, arrastrando nubes de polvo, y fue tras él. Jay huyó, tratando de recordar, con desesperación, lo que le había dicho Darmacus. Habían hablado sobre muchas

criaturas, y había sido mucha información de golpe para retenerla toda, pero de eso dependía su supervivencia. No era un simple examen de la universidad que se pudiera permitir suspender.

Jay rotó en el aire y extendió su puño hacia el goleth, disparando un gran torrente de fuego azul. El público, contrariado por el rato que había pasado huyendo, enseguida se lo perdonó al presenciar esto, con una exclamación colectiva de sorpresa ante el tono celeste de su elemento.

El goleth siseó, agachándose para que las llamas pasaran por encima de su hombro. Jay siguió corriendo, maldiciendo entre dientes. Si tan solo pudiera volar…

Estuvo esquivando zarpazos del goleth durante los siguientes minutos y contraatacando con proyectiles ígneos. En alguna ocasión logró alcanzarlo con el fuego, pero el grueso pelaje del goleth lo protegió en gran medida.

¿Serviría de algo si intentaba cortar con su espada las piernas del goleth? El pelaje era igual de grueso en sus patas y a lo mejor se arriesgaba para nada.

Ahogó una exclamación cuando las garras del goleth le rozaron la espalda, desgarrando su camiseta. Se le puso la piel de gallina. Eso había estado demasiado cerca.

«¡No voy a caer aquí!», se dijo, endureciendo la mirada. Caedra dependía de él.

Siguió corriendo sin detenerse, y, solo cuando consideró que de nuevo había distancia entre ellos, se giró en redondo, moviendo los brazos en círculo para crear una llamarada de tamaño considerable, el doble de grande que él. La arena entera se iluminó de fuego azul.

Cuando el goleth se lanzó a la carrera hacia él, Jay esperó, nervioso, hasta que se acercó lo suficiente. Cuando se aseguró de que no tendría espacio para esquivarlo, disparó la llamarada.

Pero el goleth lo pilló desprevenido. No se detuvo, sino que atravesó la llamarada de cabeza. Aunque emitió un profundo alarido al quemar su pelaje el fuego, mantuvo la trayectoria.

Era una criatura del infierno.

Jay abrió los ojos como platos y apenas alcanzó a retroceder. Gritó cuando lo golpeó con la zarpa, desgarrando su pecho y enviándolo contra la pared del fondo. Impactó con violencia y cayó al suelo con un golpe seco, tosiendo sangre. No sentía la espalda…

Tenía tres considerables arañazos, pero, si no se hubiera apartado, el goleth lo habría destrozado por completo. El choque contra el muro también podría haberle abierto la cabeza, pero la tenía de una pieza. Aun así, Jay no se consideraba afortunado: no aguantaría mucho más. Estaba sangrando mucho, le costaba respirar y no tenía fuerzas para levantarse. Era como si tuviera aceite hirviendo en el pecho, sin posibilidad de retirarlo.

El goleth estaba rodando en la arena, tratando de apagar las llamas con desesperación. Cuando al fin lo consiguió, se incorporó y miró a Jay con el pelo erizado.

Genial. Había enfurecido a la bestia.

Jay se tragó la ristra de maldiciones en su mente. Apretó los dientes. Se apoyó en sus codos, tosiendo más sangre, con la sensación de estar sepultado bajo una losa de gruesa piedra. La arena bajo él estaba tiñéndose de rojo. Sus pulmones ardían, sus músculos se negaban a responder; el dolor amenazaba con bloquearlo. Lo único que quería en esos momentos era cerrar los ojos y dejarse caer.

Pero no podía acabar de esa manera. En un mundo perdido, solo, en un combate de entretenimiento para un público sádico y perverso. Tenía muchas cosas que hacer todavía con su vida.

Y Caedra también moriría si él no sobrevivía. Eso no podía permitirlo. Caedra dependía de él.

No iba a fallar.

Se puso en pie sobre rodillas de mantequilla y se llevó una mano al pecho, donde sangraban los tres cortes. No tenía forma de comprobar si se había roto alguna costilla al impactar contra la pared. Su respiración era pesada; una simple bocanada de aire era un gran esfuerzo.

Caedra no estaba a su lado, luchando con él, pero sabía que la zeafírea lo habría estado animando a seguir adelante. Rendirse nunca sería una opción para Jay.

Volvería a ver esos ojos amarillos. Costara lo que costara.

El goleth cargó contra él. Jay flexionó las piernas. Desenvainó la espada. Esperó, apartando el dolor en un rincón de su mente, permitiendo que el fuego fluyera por sus venas. Acumuló calor en los pies. La piel de sus botas empezó a quemarse.

El goleth se acercaba cada vez más. Alzó el brazo, dispuesto a atravesarlo con sus garras…

Y Jay saltó por encima de él, elevándose con chorros de fuego azul propulsándolo desde sus pies. El goleth echó la cabeza hacia atrás, pero no pudo girarse lo suficientemente rápido. Jay descendió y deslizó su espada por la cola de la criatura, cercenándola con un corte limpio. Rodó por el suelo al caer y se incorporó de nuevo, corriendo para alejarse. Trastabilló y tuvo que parpadear repetidas veces para despejar los puntos negros de su visión.

El goleth chilló. Al tratar de volverse, se tambaleó. Intentó dar un paso hacia delante y se fue hacia un lado.

El consejo de Darmacus había funcionado: un goleth sin su cola perdía el equilibrio por completo.

Con la mano derecha todavía sujetando la espada, Jay apuntó con la izquierda para disparar un torrente de fuego. El goleth no pudo esquivarlo y, en su desesperación por hacerlo, acabó cayendo de espaldas a la arena, rugiendo mientras las llamas comenzaban a devorar su pelaje con ansia.

Jay lo rodeó. No podía ir muy rápido, apenas le quedaban fuerzas, pero o acababa con el goleth, o habría perdido su oportunidad.

El goleth intentó incorporarse sobre sus cuatro patas, dejando la cabeza prácticamente a ras del suelo. Era el momento.

Con un grito de guerra, Jay corrió hacia él. El goleth abrió las fauces, tratando de atraparlo con sus colmillos, pero Jay saltó por encima, aunque no tan alto, esta vez. Con una pirueta en el aire, rasgó con su espada el cuello de la criatura, hundiéndola sin piedad. La cabeza del goleth rodó por la tierra y Jay aterrizó a su lado.

Jadeó. Lo había conseguido.

Sus piernas temblaron y Jay cayó de rodillas, clavando la espada para sostenerse. Tosió por el

esfuerzo. Le faltaba el aire. Su visión se inundó de puntos negros y sacudió la cabeza, parpadeando repetidamente. La extenuación apagaba el fuego que instantes antes corría por sus venas. Se le escapaba la sangre…

«No puedo morir —se dijo, mientras el estadio daba vueltas a su alrededor. El público estaba desgañitándose por él, pero Jay no se percató. Ya solo veía manchas—. Cai…».

*—¡Increíble maniobra por parte de Jay, el guerrero de Gea que ha conseguido acabar con un goleth en su primer combate en el estadio! ¡Nos ha dejado a todos con la boca abierta; qué pasión y qué fuerza!*

Los vítores y aplausos de la gente fueron lo último que escuchó Jay antes de que la oscuridad lo envolviera con su espeso manto.

***

Despertó a la luz naranja de las antorchas en su celda. Tenía la garganta seca y era como si alguien estuviera martilleando su cabeza…

Trató de sentarse y fue recompensado con una ola de dolor que le recorrió todo el cuerpo, proveniente de su pecho. Se le escapó un quejido y se llevó una mano a la zona afectada, viendo que ahora estaba cubierto de vendajes. Y sin camiseta.

*—Ten cuidado o abrirás la herida de nuevo* —dijo una voz a su lado, tan calmante como agua tibia sobre una quemadura.

Jay giró la cabeza y se topó con los ojos negros, insondables, de Darmacus. El aquitón sonrió al verlo despierto y puso una mano en su espalda, acercándole un cuenco de agua con su otra mano. Jay lo aceptó de inmediato. No iba a poder hablar con la garganta tan rasposa.

*—He limpiado tus heridas lo mejor que he podido. ¿Cómo te encuentras?* —inquirió Darmacus, dejando el cuenco en el suelo una vez Jay hubo terminado.

*—He tenido días mejores* —masculló Jay, rascándose el brazo izquierdo. A pesar de todo, el alivio que sentía al estar vivo era profundo—. *Entonces, ¿me has curado tú?*

*—Bueno, ojalá hubiera podido curarte del todo, pero sí, lo he intentado. Es una suerte que al final no hayas perdido tanta sangre.*

*—No sabía que los aquitones también hacíais esas cosas.*

Darmacus rio de buena gana. Se apartó y dejó caer las manos sobre sus piernas cruzadas, pues estaba sentado en una roca en el suelo. Jay se dio cuenta de que estaba en la cama de abajo de la litera, la de Darmacus.

*—No todos, pero yo he tenido que aprender* —explicó él—. *El agua de un aquitón tiene unas generosas propiedades curativas, mejores que los poderes de los denu, si uno sabe usarla. En cualquier caso, si no tienes cuidado, reabrirás los cortes, por lo que no te muevas mucho esta noche. Mañana le echaré otro vistazo a ver si va mejor y puedo curarlo un poco más.*

Darmacus cerró las manos en los hombros de Jay y empujó con suavidad. El chico dejó que lo tumbara a regañadientes. Prefería estar sentado, pero no quería complicarle más el trabajo al aquitón. Bastante que se había encargado de curarlo y vendarlo.

—*Gracias* —le dijo, girando la cabeza hacia él e intentando sonreír, pero le dolía todo el cuerpo. Aunque había ganado el combate, se había llevado también una buena paliza—. *Habría estado perdido de no ser por ti. Tanto en la lucha contra el goleth, como después. ¿No nos curan después de los combates?*

—*No. Y tampoco te darán tiempo de reposo* —respondió Darmacus, con el ceño fruncido—. *Cuando quieran que luches de nuevo, te llamarán igualmente. Pero espero que te den unos días. El público está encantado con tu primer combate.*

—*Qué bien* —ironizó Jay. Resopló—. *Son unos insensibles y sádicos. ¿Cómo pueden disfrutar esto?*

—*Lleva siendo así durante siglos. Están acostumbrados* —dijo Darmacus, encogiéndose de hombros—. *Por tanto, ya ves, Jay. No solo tienes que procurar sobrevivir en tu combate… También tienes que evitar acabar muy malherido.*

Jay clavó la vista en la cama de arriba de la litera, frustrado con la situación, que no hacía más que complicarse.

—*¿Cómo acabaste aquí?* —le preguntó Jay a su compañero al cabo de unos segundos, mirándolo de nuevo, esta vez con la curiosidad de un gato.

Darmacus hundió los hombros.

—*Fue hace ya cinco años. El imperio de Sha-Khum se estaba expandiendo y atacaron la isla en la que vivíamos. Yo por ese entonces no era tan experto; no pude defenderme. Acabé aquí junto a varios de mis compañeros, pero todos murieron relativamente pronto en combates* —relató con amargura—. *El único que sobrevive, y la razón por la que sigo aquí, es mi hermano.*

—*¿Sabes dónde está?*

—*Lo desconozco. Lo veo de vez en cuando, pero siempre nos observan para que no revele información de dónde se encuentra. Lo pasa mal, pero mientras yo siga ganando mis combates y mantenga contento al público, le dan toda el agua que necesita, lo cual ya es bastante* —dijo Darmacus, suspirando pesadamente—. *Tengo entendido que la mayoría de aquitones en el lugar donde los retienen no duran mucho porque se deshidratan enseguida. Así que solo puedo deducir que es un sitio en el que hace mucho calor.*

Jay torció el gesto, desanimado. Darmacus tampoco podía ofrecerle información sobre la ubicación de Caedra.

—*¿Y tú, Jay? ¿Por quién luchas?* —inquirió Darmacus, apoyando los codos en las rodillas e inclinándose hacia él.

—*Mi amiga, Caedra…*— murmuró Jay, con voz ahogada. La echaba tanto de menos… Le parecía que había pasado una eternidad desde la última vez que se habían visto—. *Es… es de las personas más importantes para mí.*

Jamás habría llegado tan lejos sin ella. Le ardían los ojos. Respiró hondo y parpadeó varias veces. Darmacus lo observó en silencio, dándole unos segundos para recuperarse.

La presión en el pecho de Jay era peor por su angustia que por sus heridas. No sabía dónde estaba Caedra, ni cómo estaba. No sabía si Hadriel estaba bien, si seguía vivo después de haberlo

dejado luchando contra los Shak'ti. No sabía si Tarvo y Valikia estarían con él, o si les habría pasado algo.

No sabía nada de nadie. No podía estar tranquilo.

Dio un respingo, volviendo abruptamente a la realidad, cuando Darmacus puso una mano en su hombro.

—*Estará bien, estoy seguro.*

—*Me gustaría poder verla* —dijo Jay, desanimado. Tensó la mandíbula y sus ojos ardieron con rabia—. *Cuando nos separaron, el malnacido del emperador le acababa de romper el ala. Así que sé que no está bien.*

—*Lo siento, Jay. En eso, poco puedo ayudarte* —murmuró Darmacus, retirando la mano. Desvió la mirada hacia la puerta de la celda—. *Si te portas bien y ganas tus combates, quizás el emperador te permita verla en un par de semanas, pero no sé… Es impredecible.*

—*¿Dos semanas?* —repitió Jay, incrédulo. Hizo el amago de levantarse, pero Darmacus lo frenó con rapidez, posando esta vez la mano en el pecho del chico, justo por encima de los arañazos. Jay le disparó una mirada asesina—. *¡No puedo estar dos semanas sin verla!*

—*Eso no es culpa mía* —señaló Darmacus pacientemente. Jay gruñó, pero relajó los músculos —. *Y me temo que no hay nada que puedas hacer. No puedes exigirle al emperador verla antes, las consecuencias no serían buenas.*

—*¿Y cómo voy a saber que está bien? ¿Que sigue viva? ¿Que no la está torturando?* —dijo Jay con rapidez, alterándose de nuevo y apretando los puños. La ira burbujeaba en su interior, amenazando con cegarlo—. *¡No es justo!*

—*Lo sabrás cuando la veas. Que será cuando el emperador decida. Hasta entonces, no puedes hacer nada.* —El tono de Darmacus fue firme, dando por terminada la discusión.

Jay miró hacia arriba, de pésimo humor. Sabía que Darmacus no se merecía que lo pagara con él, pero estaba demasiado enfadado, casi agobiado. Su estancia en ese mundo era un obstáculo tras otro. No veía salida, no sabía cuándo podría reunirse con Caedra…

La atmósfera era ahora tensa, cargada de chispas. Se mantuvieron en silencio. Darmacus se levantó y Jay lo observó de reojo, curioso por ver qué hacía. Se acercó a un cubo con agua que debían de haberle traído en algún momento. Pasó la mano por encima y sus dedos arrastraron pequeñas esferas líquidas. Las llevó hasta la escamosa piel en sus brazos, absorbiéndolas.

—*Darmacus* —lo llamó Jay al cabo de unos segundos.

El aquitón lo miró por encima del hombro con ojos interrogantes.

—*Dime, Jay.*

—*Siento… haberme puesto así* —murmuró, ignorando el ardor en sus mejillas. Odiaba tener que disculparse, pero por Darmacus, que tanto lo había ayudado, se tragaría su orgullo.

Darmacus esbozó una pequeña sonrisa. Su rostro se mantenía sereno.

—*No pasa nada. Es normal en esta situación.*

Tras eso, volvió el silencio.

Jay cerró los ojos, cansado. Echaba mucho de menos a Caedra. A Hadriel. A Tarvo. A Valikia…

*—Vi tu combate.*

Levantó los párpados al escuchar a Darmacus hablar de nuevo. Giró la cabeza hacia él. El aquitón había vuelto a sentarse a su lado en el suelo.

*—Tienes una habilidad espectacular con el fuego* —comentó Darmacus—. *Es la primera vez que veo fuego azul en acción. Y seguiste mi consejo. Eres también el primero que veo que se enfrenta a un goleth en su primer combate y sale victorioso.*

*—Bueno… Me ha costado un poco* —musitó Jay, acalorado. No se le daba muy bien recibir cumplidos. Recordó otra cosa—. *¿Sabes algo de Lu-Min?*

Darmacus ladeó la cabeza, confuso.

*—¿Quién?*

*—Una denu. Luchó antes que yo* —explicó Jay—. *Estuve hablando con ella y ahora… somos amigos, supongo.*

Darmacus sonrió.

*—Ya veo. Nueva, como tú. Su técnica promete.*

*—Sí, me sorprendió verla moviendo la arena.*

*—Desde luego, no me lo esperaba de alguien tan joven. Estará en alguna de las celdas. Mañana durante el entrenamiento podrás hablar con ella.*

Jay asintió con la cabeza y cerró los ojos de nuevo. Le seguían doliendo las heridas, pero estaba agotado…

***

No se encontraba mucho mejor a la mañana siguiente. Su cuerpo entero estaba entumecido y Darmacus tuvo que ayudarlo a sentarse. El estómago de Jay protestó con un gruñido que resonó por toda la celda.

Jay se sonrojó.

*—Tengo hambre…*

Darmacus rio por lo bajo.

*—Eso ya lo veo. Por suerte para ti, he guardado tu cena* —le comunicó, tendiéndole un cuenco con la pasta roja y trozos de pan duro—. *Te habías dormido cuando vinieron a traerla. Preferí no despertarte; necesitabas descansar. Así que hoy tienes desayuno.*

Jay lo aceptó y procedió a devorarlo de inmediato. Darmacus observó, fascinado, la velocidad a la que comía.

Darmacus retiró los vendajes para comprobar el estado de los cortes. Jay analizó sus movimientos, intrigado, mientras los cubría con una bonita agua brillante que enseguida disipó el dolor. Ya estaban casi curados.

Tras esto, Darmacus ayudó a Jay a ponerse la camiseta y a levantarse. No mucho después, aparecieron los guardias, aunque se ahorraron los golpes con la espada en la puerta de su celda al comprobar que ya estaban despiertos.

Los llevaron al patio a entrenar. Jay miró a un lado y a otro. ¿Dónde estaría Lu-Min?

—*¡Jay!*

Una voz femenina y aguda lo llamó con alegría. Algo chocó contra él y un par de brazos se cerraron en torno a su cintura. A Jay se le escapó un quejido de dolor y bajó la vista, encontrándose a una pequeña denu abrazándolo.

Puso una mano en su cabeza, enternecido.

—*Lu-Min, me alegro de verte* —dijo, con una sonrisa tensa, pero era por el ardor en el pecho.

La denu se apartó y sonrió también. Darmacus, junto a Jay, observó la escena con diversión.

—*Lu-Min, ten cuidado. Las heridas de Jay son recientes* —advirtió Darmacus con suavidad.

Lu-Min dio un respingo al reparar en su presencia. Se encogió y lo contempló cual cervatillo receloso.

—*Tranquila, Lu-Min, es amigo mío* —dijo Jay. Desplazó su atención con rapidez a Darmacus al darse cuenta de lo que había dicho, pero el aquitón se mostraba contento. Eran amigos, entonces—. *Se llama Darmacus.*

—*Um…* —La denu se agarró las manos y entrelazó los dedos, nerviosa. Miró al aquitón por debajo de las pestañas—. *E-encantada de conocerte.*

—*Igualmente* —asintió Darmacus con una sonrisa afable—. *¿Qué os parece si nos apartamos un poco para hablar?*

Tras coger sus armas del montón, se sentaron en el mismo rincón del día anterior.

—*Me impresionaste en tu combate, Lu-Min* —dijo Darmacus. Ella se sonrojó y agachó la cabeza—. *¿Cuántos años tienes?*

—*Tengo catorce* —respondió ella, jugueteando con el borde de su camiseta—. *Pero mi padre me enseñó bastantes cosas.*

—*Lo hiciste realmente bien* —añadió Jay, sincero. La denu enrojeció todavía más, a punto de expulsar vapor, y Jay rio con suavidad, revolviéndole el pelo con una mano—. *No te pongas así, solo digo la verdad.*

—*Gracias* —musitó Lu-Min, esbozando una tímida sonrisa. Pasó los dedos por su cabello verde para peinarlo y lo separó en tres mechones. Todavía no se había hecho la trenza.

—*¿Cómo has acabado aquí, Lu-Min?* —quiso saber Jay, mirándola con seriedad.

Ella hundió los hombros. Se quedó callada mientras terminaba de hacerse la trenza y Jay abrió la boca para decirle que no tenía por qué contestar, si no se sentía cómoda.

—*Fui descuidada* —habló la denu, con la vista clavada en su regazo—. *Hace un par de años, soldados del imperio asesinaron a mi padre y secuestraron a mi madre. No supe a dónde se la habían llevado, y tuve que encargarme yo de cuidar a mi hermano pequeño.*

*—Por eso tienes tanta precisión con las flechas* —comentó Darmacus, cruzado de brazos. Se había recostado en la pared.

Lu-Min asintió con la cabeza.

*—Aprendí a cazar. Hace unos días, escuché el rumor de que había varios presos denu en la capital del imperio, aquí, en Kandor. No tenía la más mínima idea de a dónde se habían llevado a mi madre, ni de si seguiría viva, pero pensé que no pasaría nada por acercarme a echar un vistazo. Dejé a mi hermano en el bosque y vine…* —Lu-Min suspiró tristemente—. *Me capturaron al descubrirme manipulando la arena para intentar hacer un túnel que llevara a la caldera.*

*—¿Caldera?* —interrumpió Jay sin querer, extrañado.

*—Es donde tienen al resto de presos* —explicó Lu-Min. Jay y Darmacus intercambiaron miradas, con las cejas arqueadas—. *¿Qué pasa?*

*—No lo sabíamos* —dijo Darmacus. Entornó los ojos—. *¿Qué es, exactamente, la caldera?*

*—Según escuché, se encuentra a una gran profundidad bajo el estadio. Hay lava, hace calor, y de ahí su nombre* —contestó Lu-Min por lo bajo—. *Tienen a los presos picando piedra sin descanso. No sé mucho más.*

*—Ya sabes bastante, tranquila* —dijo Jay—. *¿Lograste averiguar algo más sobre tu madre?*

El labio inferior de Lu-Min tembló. Apretó los puños en su regazo y asintió con la cabeza.

*—La tienen aquí* —murmuró, con un nudo en la garganta—. *El emperador m-me dejó verla y… y…*

La denu sollozó. Jay, apenado, posó una mano en su espalda y frunció el ceño. No era más que una cría… ¿Cómo podía ser el emperador Shialih tan cruel?

*—Tranquila, Lu-Min. No hables más…*

*—E-estaba muy mal* —dijo ella, interrumpiéndolo. Se frotó los ojos con los puños y respiró hondo—. *Ahora sé que está viva, pero… no veo cómo escapar…*

Darmacus suspiró profundamente. Cogió el tridente que había dejado a un lado, apoyando el dedo índice en el diente que estaba partido.

*—Es muy complicado.*

*—Pero idearemos la forma* —le aseguró Jay con firmeza.

Lu-Min lo miró, esperanzada.

*—¿De verdad?*

*—Claro que sí. Ya verás cómo salimos todos de aquí. Con tu madre, con el hermano de Darmacus y con mi amiga.*

Darmacus apretó los labios.

*—Necesitaremos recopilar mucha información primero, Jay. No creo que sea fácil llegar hasta la caldera* —dijo en tono amargo.

—*Algo se nos ocurrirá* —declaró Jay, convencido. No se iba a rendir hasta reunirse de nuevo con Caedra. Regresarían a Gea a cualquier precio—. *Al menos, ahora ya sabemos que están aquí, en el estadio, aunque sea bajo tierra. Tiene que haber algún túnel por aquí que lo comunique. Es cuestión de encontrarlo.*

Darmacus puso los ojos en blanco.

—*Aprecio tu optimismo, Jay, pero también habrá que ver cómo nos ocupamos de todos los guardias sin que den la voz de alarma para que podamos luego salir del estadio.*

Lu-Min hundió los hombros. Jay le dedicó una mirada acusadora al aquitón, que alzó las palmas de las manos en gesto de defensa.

—*Lo siento, pero es la realidad. Recuerda que yo ya llevo años aquí.*

Jay suspiró con pesadez.

—*Lo sé, Darmacus, y tienes razón. Pero algo pensaremos. Ya verás.*

Darmacus sacudió la cabeza y sonrió. Se levantó de un salto, alzando el tridente.

—*Muy bien, suficiente charla. ¿Qué tal si entrenamos un poco? Tengo muchas cosas que contaros todavía.*

Lu-Min lo miró con la boca abierta, alzando la vista.

—*¿Puedo entrenar con vosotros?*

—*Claro* —asintió Jay con alegría, incorporándose también. Le tendió la mano a la denu—. *Ahora somos amigos, ¿no?*

El rostro de Lu-Min se iluminó con una sonrisa cargada de ilusión. Aceptó la mano de Jay.

—*Sí.*

# Capítulo 23: Puntos débiles

Caedra se dejó caer en el suelo, agotada. Trató de coger el vaso de madera que le habían dejado con apenas un par de tragos de agua, pero le temblaban las manos. No sería capaz de sostenerlo. Y sus manos no pararían de temblar antes de que terminara el mísero descanso de diez minutos que les permitían.

Na-Dwa se situó a su lado. Asió el vaso y lo acercó a los labios de la zeafírea con cuidado. Caedra no dudó en aceptarlo, sedienta.

—Gracias —le dijo a la denu con voz rasposa, aunque sabía que no la entendería.

Na-Dwa sonrió, haciendo que se marcaran las arrugas en sus comisuras.

Llevaba una semana en aquel lugar. El calor era asfixiante, filtrándose por cada uno de los poros de su piel y dificultando la tarea de respirar. Los obligaban a trabajar todo el día y apenas les dejaban dormir cuatro horas por la noche. Echaba de menos la luz del sol y el aire fresco.

Sonó una campana, indicando que el descanso había terminado. Regresaron a sus puestos en la pared, mientras un soldado recogía los vasos.

«Cada día que pasa estás más débil —dijo Alastair, irritado—. Se reducen las posibilidades de escapar».

«Lo sé, pero no puedo hacer nada —contestó Caedra, molesta—. Y así no me ayudas».

«No tengo por qué ayudarte, mortal. Tú sola te has metido en este lío».

«Claro, porque yo quise caer por ese portal y acabar así —pensó Caedra, sarcástica—. Muy original, Alastair».

Caedra se había fijado en que las manos de Na-Dwa, que se posaban con especial cariño en su ala siempre que intentaba curarla por las noches, eran ásperas, llenas de cicatrices y rasguños. Supuso que sus propias manos no tardarían en estar igual si no lograba escapar pronto.

Prefería no mirar su ala, para no venirse abajo. Seguía tan rota como el primer día, pero al menos gracias a la ayuda de Na-Dwa no le dolía.

Escuchó un grito a su derecha. Levantó brevemente la mirada. Un soldado azotaba con el látigo a un sekrimer que había parado de picar, exhausto. Apretó los dientes y se forzó a continuar trabajando, o acabaría igual que él.

El general Resslor se pasaba por la caldera de vez en cuando, para supervisar que todo estaba en orden. Era el único que podía comunicarse con ella, gracias a su medallón, y Caedra siempre tenía la tentación de preguntarle por Jay. Pero sabía que sería inútil, y no quería arriesgarse a que la castigaran. O, peor, que castigaran a Jay.

***

Lu-Min rio cuando Darmacus creó la figura de una especie de delfín con el agua. El delfín dio un toque en la nariz a la denu y se evaporó en el aire. Lu-Min sonrió, encantada.

Se habían tomado un descanso de un par de minutos en su entrenamiento aquella mañana

nublada. Jay estaba de pie, apoyado contra la pared, con los brazos cruzados, observando a sus compañeros con diversión.

No lo habían vuelto a llamar para combatir, lo que había dado tiempo a que sus cortes terminaran de curarse, con la asistencia de Darmacus. Sin embargo, Jay sabía que no tardarían en hacerle salir a la arena de nuevo.

Quien sí había tenido que luchar el día anterior había sido Darmacus, enfrentándose a otro de los presos. Jay se había quedado fascinado con el elegante manejo del agua de Darmacus, al igual que el público. Parecía uno con su elemento, su tridente una extensión de su brazo.

Trataba de olvidar el momento en el que Darmacus le había clavado el arma en el corazón a su contrincante, un joven sekrimer. Sabía que no había otra opción, pero a Jay seguía costándole aceptarlo.

Jay se preguntó qué pasaría si tenía que enfrentarse a Darmacus o a Lu-Min. Los vio poniéndose en pie de nuevo y yendo hacia él, listos para continuar con el entrenamiento.

Decidió que lo mejor sería no pensar en ello.

***

Caedra se levantó el primer día de su segunda semana en aquel mundo realmente revuelta. Le costó ponerse en pie; sus rodillas temblaban, pidiendo el descanso y sustento que no podía darles. Solo la mano de Na-Dwa en su cintura la impulsó a moverse hacia delante junto con el resto de presos. La denu le susurró algo al oído y, aunque Caedra no la entendió, el tono cálido de su voz la reconfortó.

Se dejó caer frente a la pared y hundió los hombros. Estaba agotada. Tenía hambre. Tenía sed. Tenía sueño.

Se le encogía el corazón al pensar que su hermano, Loure, había estado durante años en una situación similar. No había sido capaz de reconocerlo en sus últimos momentos cuando había ido a rescatar a Jay y a Su-Nev; no había podido salvarlo. Ahora estaba experimentando lo mucho que había sufrido, aunque ya era consciente de ello sin necesidad de vivirlo.

Picaba la roca a desgana, pero sin parar en ningún momento. Un par de horas más tarde, sin embargo, bajó el ritmo. Cuando cerró sin querer los ojos y su cabeza se inclinó hacia delante, Caedra la irguió de nuevo de golpe, alarmada. Miró a un lado y a otro. Los guardias no se habían dado cuenta, por lo que reanudó su actividad, conteniendo un suspiro de alivio.

Necesitaba dormir.

«Alastair», lo llamó Caedra, con la esperanza de que la ayudara a distraerse un poco.

«¿Qué quieres, mortal? —preguntó él, tan cortante como una espada—. Recuerda que no debes parar».

«Lo sé, pero estoy agotada».

«Los mortales sois débiles», dijo Alastair, aunque su voz no era tan condescendiente como de costumbre.

Caedra lo ignoró. Necesitaba hablar de algo.

«¿Alguna vez tuviste pareja?».

Su respuesta fue el silencio. Suspiró tristemente para sus adentros, suponiendo que había ofendido a Alastair y que tendría que seguir trabajando a solas con sus pensamientos. Y con el sofocante calor.

«No según vuestro concepto de pareja —empezó Alastair, con cierta reticencia, unos minutos más tarde, sorprendiéndola—. Pero sí me enamoré. Hace más de un milenio. Y así es como he terminado».

Caedra arqueó las cejas.

«¿De quién?».

«¿Por qué no te metes en tus asuntos, mortal?», masculló Alastair, irritado.
«Solo quería conocerte mejor —se defendió Caedra, hundiendo los hombros—. Tú ya lo sabes todo sobre mí».

«Sí, sé todo sobre tu patética historia con Kendrij y, entre mi experiencia y la tuya, me reafirmo en que el amor es un sentimiento inútil que no causa más que dolor», sentenció Alastair, frío como el hielo.

Los labios de Caedra formaron una tensa línea. Notaba la familiar opresión en su pecho, como siempre que se acordaba de Kendrij, y sus ojos ardieron.

«Eres un capullo, Alastair», pensó sin poder contenerse. Parpadeó varias veces.

«Céntrate en seguir trabajando, mortal», replicó él. Pero su tono estaba teñido de algo parecido al arrepentimiento.

Caedra hizo eso mismo. Comprobó por el rabillo del ojo que Na-Dwa también continuaba picando la roca sin descanso.

«Era Djaka».

Caedra levantó la vista durante un instante antes de volver a clavarla en la pared de piedra. La voz de Alastair, una vez más, la había pillado desprevenida.

«¿Djaka? —repitió ella, confusa—. ¿A qué te refieres?».

«A lo que me preguntaste antes —explicó Alastair—. Djaka y yo estábamos enamorados, pero tuvimos un conflicto. Antes de resolverlo, Saekish atacó… Y ya sabes cómo sigue la historia. La propia Djaka colaboró en sellarme».

La acidez en sus palabras prácticamente quemaba.

«Lo… siento. La verdad es que, por cómo hablabas de la amistad y el amor, supuse que nunca lo habrías experimentado —admitió Caedra—. Pero también tiene sentido que lo veas así por una experiencia de ese tipo».

«Mis experiencias no pueden compararse con las tuyas, mortal —siseó Alastair. Volvía a ser la esencia misma del invierno—. He vivido durante milenios. Vuestras vidas y experiencias son como una brisa en medio de un huracán».

«Será así, pero existimos, vivimos y experimentamos igualmente. Con la misma intensidad —

replicó Caedra—. ¿Es por eso que no quieres que seamos amigos?».

Hubo unos segundos de silencio. Caedra tomó una amplia bocanada de aire, con las mejillas rojas por el esfuerzo. El calor era insoportable. Su piel oscura estaba perlada de gotas de sudor.

«¿Qué te hace pensar eso?», dijo al final Alastair con tono más apagado.

«Que tú eres inmortal y yo, no. No quieres que seamos amigos porque yo moriré en algún momento, mientras que tú seguirás viviendo», explicó Caedra.

«… Puede ser».

Caedra frunció el ceño.

«Alastair. Quiero ayudarte. Y sigo queriendo ser tu amiga. ¿No crees que es mejor vivirlo, aunque sea algo efímero, a continuar solo y sin buenos recuerdos toda la eternidad?».

«Cállate, mortal —zanjó Alastair, como repelido por un veneno—. No entiendes nada».

Caedra apretó los labios, decepcionada. Siguió picando, con la esperanza de que Alastair hablara de nuevo al cabo de un rato, como antes. Esta vez, sin embargo, se mantuvo en silencio.

Se acercaba el ansiado descanso de los tristes diez minutos. Caedra estaba exhausta, escuchaba todo a su alrededor un poco distorsionado. Por eso tardó unos segundos en darse cuenta de que Na-Dwa había dejado de picar, encorvada y jadeando.

—¡Na-Dwa! —la llamó Caedra en un susurro, alarmada. Iba a ir junto a ella para ofrecerle su apoyo, pero un guardia se le adelantó.

Algo estalló en el interior de Caedra al verlo alzar el látigo contra Na-Dwa, cuando la denu no había hecho más que preocuparse por ella desde que había llegado. Caedra se puso en pie de golpe, con fuerzas que ni sabía que le quedaban, y envió una poderosa ráfaga de aire hacia el soldado. Lo mandó volando contra la pared del otro extremo de la sala.

Un tenso silencio se apoderó de la caldera. Los presos observaban con la boca abierta. Los soldados se miraron entre sí antes de ir todos hacia Caedra.

Caedra supo que había cometido un grave error. Pero no iba a permitir que se acercaran a Na-Dwa, por lo que continuó enviando corrientes de aire, moviendo los brazos, ignorando el pinchazo en el corazón al ser incapaz de emplear sus alas para ello. Se sorprendió cuando varios presos se unieron a ella, lanzando rocas y fuego, con gritos de guerra. Pronto se desató el caos en el lugar.

Unos minutos más tarde, sin embargo, Caedra y el resto de presos que se habían rebelado se precipitaban de rodillas al suelo. La zeafírea ahogó una exclamación, llevándose las manos a la cabeza. Escuchaba un pitido insoportable en su mente. Se tiró del pelo, pero no había forma de hacerlo parar.

«Es un ataque telepático —le dijo Alastair—. Pero a través de ondas de sonido. No puedo frenarlo».

El general Resslor apareció en la caldera. Sus firmes pisadas resonaban por todo el lugar. El pitido al fin paró y Caedra dejó caer los brazos, jadeando, aunque se mantuvo encorvada. Había sido muy desagradable; por un momento había temido que se le derritiera el cerebro.

—*¿Se puede saber qué está pasando aquí?* —bramó el general, pero Caedra no lo entendió. Restalló su látigo contra una pared.

Un soldado se apresuró en acercarse a Resslor y comunicarle lo que había sucedido. El general clavó sus ojos reptilianos en Caedra y se llevó los dedos al medallón en el pecho. Se acercó a ella.

—¿Qué parte de obedecer siempre no entendiste, zeafírea? —espetó Resslor, mirándola con ira; sus pupilas eran una mera rendija. Hizo un gesto con la mano a sus soldados para que pusieran orden en la caldera, y estos enseguida comenzaron a azotar al resto de presos que se habían rebelado junto a Caedra.

Caedra se mordió el labio. Estaban siendo castigados por su culpa. Pero al menos Na-Dwa, que observaba todo con los ojos muy abiertos, asustada, estaba bien.

—Ha sido un descuido —masculló.

Resslor rio con sorna.

—Un descuido, ¿eh?

La agarró del brazo y tiró de ella para levantarla. Caedra se dejó llevar, sin más remedio. Salieron de las minas para detenerse en la amplia sala con fondo de lava. La temperatura era igual de asfixiante.

—Si no fuera por el hecho de que tu supervivencia está asegurada mientras el chico humano siga luchando, te arrojaría sin pensarlo —dijo Resslor. Estaban solo él y Caedra en aquel lugar.

La zeafírea reprimió un escalofrío. Tenía el estómago revuelto, aguardando el castigo que sabía que llegaría.

—Jay… ¿Está bien? —murmuró Caedra, esperanzada. Gruñó cuando Resslor le dio una patada, haciéndola caer de rodillas. Si tan solo no estuviera tan débil…

—Su primer combate ha sido todo un éxito —contestó Resslor, encogiéndose de hombros—. No esperaba menos, dadas las expectativas que el emperador Shialih tiene puestas en él. Pero suficiente charla.

Caedra se quedó rígida cuando la obligó a juntar sus manos detrás de la espalda y le puso unos grilletes. Lo vio extraer un puñal de su cinto, la cuchilla brillando bajo la luz naranja de las antorchas.

—Tu desobediencia debe ser castigada —prosiguió Resslor. Su sonrisa estaba cargada de malicia. Caedra respiró hondo, controlando sus nervios. El general ladeó la cabeza, fingiendo estar pensativo—. ¿Qué podría ser? Podría romper tu otra ala… —Caedra tensó todos los músculos—. O podría romper uno de tus cuernos… O arrancarte un ojo… O las tres cosas a la vez.

Caedra apretó los dientes. No suplicaría, no se arrastraría, a pesar del latido desbocado de su corazón. Sabía que no conseguiría nada.

Resslor resopló al ver su reacción.

—Eres valiente, eso, al menos, te lo concederé —dijo. Acercó el puñal al rostro de Caedra. La

respiración de la zeafírea se aceleró, pero mantuvo la barbilla erguida. Resslor arqueó una ceja —. Veamos cuánto tiempo aguantas con esa actitud desafiante después de esto.

Resslor deslizó la hoja metálica con rapidez y precisión por el rostro de Caedra, desde el borde izquierdo de su mandíbula a la frente, pasando por el ojo.

«¡No!». La violenta exclamación de Alastair sonó lejana en su mente.

Caedra chilló, apretando los ojos antes de que la alcanzara la cuchilla. La sangre salpicó la roca naranja junto a ella. El dolor y el escozor se concentraron de inmediato en el nuevo corte; ardía como si la hubieran ungido con lava líquida, como si un millar de agujas se estuvieran clavando en su piel. Agachó la cabeza, jadeando y mordiéndose el carrillo con tanta fuerza que un sabor metálico inundó su boca. Levantó los párpados con excesiva lentitud, temerosa…

Seguía viendo perfectamente a través de los dos ojos; apreciaba cada uno de los sucios mechones blancos que habían caído para ocultar su cara. ¿Cómo era posible? El corte había sido tan profundo que debería de haber alcanzado su ojo izquierdo sin ninguna duda, destrozándolo en el proceso.

Resslor retrocedió un paso, confuso, intimidado por las sombras que salieron del ojo de Caedra, elevándose en el aire hasta desvanecerse.

«Lo he protegido yo —informó Alastair a Caedra. Sonaba demasiado frío, tenso, a punto de desatar una gélida ventisca de furia—. Y ahora me voy a asegurar de que este imbécil obtiene lo que se merece».

«¿Qué vas a hacer…?», pensó Caedra, levantando la vista, alarmada. Notó cómo un líquido caliente se deslizaba del corte de su rostro y resolló, doblándose hacia delante, mareada por la temperatura infernal. Tuvo que cerrar el ojo izquierdo para que no entrara la sangre en él.

Una onda de brumas negras salió despedida del cuerpo de Caedra, golpeando a Resslor de lleno. El general soltó una exclamación, volando por los aires. Cayó al suelo unos metros más lejos y se arrastró por la tierra, agarrándose al borde del precipicio en el último momento. La lava burbujeaba al fondo.

Con un gruñido de esfuerzo, Resslor trepó y regresó a la plataforma. Se levantó y clavó en Caedra su mirada furibunda.

—¡¿Cómo te atreves?! —vociferó, yendo hacia ella con paso acelerado. Desenrolló su látigo y Caedra gritó cuando el extremo áspero de la cuerda impactó contra su mejilla derecha, forzándola a girar su cabeza hacia la izquierda con brusquedad—. Ahora sí que lo vas a pagar caro, zeafírea insolente.

Resslor descargó latigazo tras latigazo contra la espalda de Caedra. Ella se encorvó y apretó los dientes, sin poder evitar que se le escaparan algunos gritos de dolor. Las heridas se abrían en su espalda una tras otra y la sangre caliente se deslizaba por su piel. Perdió la cuenta de los latigazos tras los treinta, pero en algún momento Resslor paró.

Caedra se derrumbó en el suelo sobre su costado con respiración fatigosa. Estaba mareada por el calor, cubierta de sudor, y sufriendo por el corte en su rostro y las múltiples heridas en su espalda que la torturaban sin cesar, como si alguien estuviera arañando su piel insistentemente con unas garras. Todo le daba vueltas, tenía el estómago revuelto, confundida y desorientada.

—¿Te crees que he terminado? —ladró Resslor. La observó con una sonrisa burlona—. Siempre me he preguntado si es verdad que los zeafíreos tienen los huesos más frágiles para poder volar.

Le dio una patada en las costillas. Hubo un crujido y Caedra se hizo un ovillo, gimiendo de dolor. Su visión se llenó de puntos negros. ¿Acaso la tortura no tenía fin?

—Vaya, ¿se ha roto? —se mofó Resslor—. Entonces parece que es verdad.

Le dio otra patada más. Hubo un segundo crujido. Caedra gritó y sollozó. No aguantaba más. No podía contenerse.

«Caedra».

La siguiente patada fue al abdomen. Caedra tosió sangre y trató de arrastrarse por el suelo para alejarse, temblando. Las lágrimas que fluían por sus mejillas hacían que ardiera el corte de su rostro. ¿Hasta qué punto sería capaz de resistir?

«Caedra».

Escuchaba una voz distorsionada, un susurro frío que trataba de calmar su dolor. Pero la oscuridad se cerraba en torno a ella. Resslor la agarró del pelo y tiró de su cabeza hacia atrás. Luchó por respirar; sus pulmones protestaron con dolorosos pinchazos.

«¡Caedra!».

Caedra se dio cuenta, al fin, de que Alastair estaba gritando su nombre. Resslor golpeó su cabeza contra las rocas.

«Alastair… Es la primera vez que me llamas por mi nombre», fue lo último que pensó Caedra antes de sumirse en las tinieblas de la inconsciencia.

***

*Se despertó con la mente nublada por completo. Abrió los ojos y se dio cuenta de que estaba tumbada entre un montón infinito de brumas negras que se desplazaban por el suelo con lentitud, acariciando su piel.*

*Intentó sentarse y gimió del dolor, llevándose una mano a las costillas. Agachó la cabeza y observó, confusa, que varias gotas de sangre caían entre la niebla.*

*Le dolía todo el cuerpo igual que si hubiera sido sepultada bajo una avalancha de rocas. Su espalda ardía como si se estuviera quemando. Notaba pinchazos insistentes en su costado. Todo le daba vueltas, su cabeza demasiado ligera. La mitad izquierda de su rostro escocía con intensidad.*

*—Caedra.*

*Escuchó la voz de Alastair. La había llamado por su nombre, sorprendiéndola.*

*Trató de girarse, pero no pudo. Se le escapó un sollozo.*

*—¿Por qué estoy… así…? —logró decir, tras lo cual tuvo un ataque de tos.*

*Alastair se agachó a su lado. Posó una mano en la espalda de la zeafírea, entre sus hombros, donde no habían llegado los latigazos. Caedra jadeó y lo miró por el rabillo del ojo, confusa por*

*su actitud, con la sangre deslizándose por las comisuras de los labios. Se había acumulado en la boca al morder del dolor sus labios y mejillas.*

*—Tu estado en el mundo físico se refleja en este espacio —explicó Alastair, con el ceño fruncido—. Lo siento. No es algo que pueda cambiar.*

*—Desde cuándo… ¿te disculpas…? —intentó decir ella, siendo interrumpida por otro ataque de tos. Presionó la mano en su costado y gimió. Sus ojos se humedecieron.*

*Alastair la ayudó a girarse, hasta quedar boca arriba, y a sentarse, sin apartar la atención de ella. La respiración de Caedra se aceleró por el esfuerzo. Su cabeza se fue hacia atrás, mareada, pero Alastair la sostuvo con la mano para echarla hacia delante de nuevo, con suavidad, como si fuera de cristal. Recostó a la zeafírea en él.*

*Caedra apoyó la cabeza en su hombro y lo miró con los ojos entrecerrados, desconcertada por sus acciones. Distaba mucho de lo que estaba acostumbrada a ver en Alastair, y no se habría esperado nunca estar así, segura y reconfortada, entre sus brazos de hielo.*

*—Te ha roto un par de costillas —le comunicó él, con la rabia reflejada en sus gélidos ojos—. Si tan solo hubiera podido estar ahí…, le habría arrancado sus extremidades parte a parte.*

*—Alastair…*

*—¿Hmm?*

*—Estás… ¿Estás preocupado por mí?*

*Caedra notó que Alastair apretaba la mano que tenía puesta en su brazo. Se arrepintió de haberlo preguntado, pero no lo entendía. ¿Por qué estaba tan furioso con el general? Incluso había intentado protegerla. Ahora la trataba con cuidado, pendiente de ella…*

*Y la había llamado por su nombre. Algo que Caedra llevaba deseando mucho tiempo.*

*—Sería tedioso encontrar otro huésped —masculló Alastair.*

*Caedra se apartó de él, dolida. Su cuerpo protestó de inmediato, atacado por el ardor de las heridas.*

*—¿Solo por eso? —murmuró ella, con voz queda. Se llevó una mano a la cara, mareada.*

*Alastair apretó los dientes. Observó a Caedra darle la espalda y abrazar sus rodillas, apoyando la frente en ellas. Veía con toda claridad su ala rota y su espalda teñida de rojo por la sangre de las brechas que habían abierto los latigazos. Clavó las uñas en las palmas de las manos, furioso por no haber podido hacer nada para evitarlo, pero también inquieto por haber expuesto sus sentimientos de esa forma. Lo único que se le había ocurrido decir para intentar ocultarlos de nuevo había sido un error. Sabía que le había hecho daño a Caedra con sus palabras.*

*Y lo peor de todo era que eso lo afectaba. A él. Una criatura que llevaba más de un milenio sin sentir nada por nadie, con el corazón de hielo.*

*Se sentía vulnerable. Esas emociones le hacían vulnerable.*

*Caedra sollozó, agobiada por la situación. Se sentía sola. Necesitaba a Jay a su lado. Él sí la reconfortaría y haría que se sintiera mejor sin mostrar rechazo alguno.*

*Alastair gruñó. Tenía que arreglar las cosas, aunque eso significara quedar expuesto de nuevo.*

*—No. No es solo por eso —admitió al fin.*

*Caedra lo miró por encima del hombro, sorprendida. Su rostro estaba también cubierto de sangre.*

*Alastair se levantó y se quedó de pie junto a Caedra, con las manos en los bolsillos de sus pantalones blancos, ocultando que estaban apretados sus puños. Suspiró pesadamente.*

*—He intentado evitarlo —prosiguió con voz baja, pero Caedra lo escuchaba—. Realmente quería evitarlo. Pero ha sido imposible.*

*—¿El qué?*

*—Encariñarme. Tenerte aprecio. Formar un vínculo. Llámalo como quieras —dijo Alastair, observándola de reojo, su ceño fruncido—. Te has convertido en alguien importante para mí. Y no me gusta, porque eso me hace débil.*

*—No te hace débil —replicó Caedra con seriedad. Una agradable calidez la había recorrido al escuchar las palabras de Alistair. Sabía lo mucho que le habría costado decirlo, y aquel acto había sido como un bálsamo para sus heridas—. Los vínculos nos hacen fuertes.*

*—Tú eres ahora mismo uno de mis puntos débiles —susurró Alastair. Se cruzó de brazos.*

*—Pero también soy tu apoyo —dijo Caedra. Al menos, ya iba normalizando su respiración, aunque cada bocanada de aire dolía con sus costillas rotas, y podía hablar sin toser—. Para eso están los amigos. Para apoyarse y ayudarse mutuamente. Para saber que no estás solo. Yo, por ejemplo, pienso en volver a ver a Jay. Es algo que me ayuda a seguir adelante.*

*Alastair suspiró profundamente. Se agachó frente a ella, observando su rostro.*

*Caedra esbozó una pequeña sonrisa. Alastair continuaba estando tallado del más gélido invierno, pero cada vez le mostraba más la belleza de un paisaje nevado, en vez de la crueldad de una ventisca.*

*—Gracias por salvar mi ojo del corte.*

*Alastair tensó la mandíbula.*

*—Solo tú encontrarías algo positivo en todo esto.*

*—Creo que seguir viendo con ambos ojos es algo bastante positivo —replicó Caedra, indignada.*

*—Si no hubiera atacado a Resslor, no se habría desquitado contigo de esta forma —masculló Alastair, apartando la mirada.*

*Se quedó rígido cuando Caedra puso una mano en su mejilla. Caedra comprobó que la oscura piel de Alastair estaba fría como el hielo. Todo en él le recordaba este elemento: sus ojos, su pelo, su temperatura corporal, su actitud…*

*Estaba empezando a apreciarlo.*

*—No te preocupes por eso. Lo habría hecho igualmente, quería castigarme —dijo ella con suavidad. Ladeó la cabeza—. Estoy dejando de sentir el dolor de mis heridas. ¿Es normal?*

*Alastair echó de menos la mano de Caedra en su piel cuando la apartó. Una vez más, maldijo para sus adentros. Siempre había odiado el contacto físico. ¿Qué le estaba pasando?*

*—Sí. Aunque te despiertes con un reflejo de tu estado, cuanto más tiempo pases aquí, más te vas despegando de la realidad —explicó Alastair, sentándose a su lado—. Me temo que cuando despiertes el dolor regresará de golpe.*

*—Bueno… Al menos, ahora tengo un pequeño descanso —murmuró Caedra, dedicándole una cálida sonrisa.*

*Alastair apartó la mirada.*

*—Siento no poder ayudarte más.*

*Segunda vez que se disculpaba. Caedra optó por no comentar nada.*

*—Haces todo lo que puedes, Alastair —dijo ella—. No te tortures.*

*Él gruñó.*

*—Estoy experimentando demasiadas cosas nuevas desde que estoy contigo. —Sus hombros estaban rígidos—. No sé si eso es algo bueno o malo.*

*Caedra dejó escapar una pequeña carcajada.*
*—Es algo bueno. De eso estoy segura.*

*Alastair la observó de reojo. Caedra era la primera persona en más de un milenio que se había preocupado por escucharlo y entenderlo, que no lo había rechazado y que quería ayudarlo. Había conseguido que él hablara con ella y le contara cosas de su vida, algo que él había considerado imposible al principio.*

*Caedra se había convertido en alguien importante para él, aunque hubiera intentado evitarlo. Si la perdía, volvería a estar solo. Había estado perfectamente solo durante siglos, pero ahora que la había conocido, regresar a esa soledad sería insoportable.*

*Por eso era una debilidad. Lo había hecho débil, dijera lo que dijera ella.*

*Sin embargo, no había vuelta atrás.*

*—Entonces, ¿somos amigos?— dijo Caedra, inclinándose hacia él con una sonrisa.*

*Alastair no la miró.*

*—Supongo.*

*La frialdad en su tono hizo que Caedra arqueara una ceja.*

*—Cualquiera lo diría. ¿Por qué no pruebas a sonreír de vez en cuando?*

*Alastair puso los ojos en blanco. Caedra rio con suavidad. Él giró la cabeza hacia ella al escucharla, encontrando el sonido agradable. Y alzó las comisuras de sus labios, sin darse cuenta.*

*Caedra abrió los ojos como platos.*

*—¿Ves? Justo así —dijo con alegría—. Te sienta muy bien.*

*Alastair borró la sonrisa de su rostro de inmediato. Caedra soltó otra carcajada.*

*Las brumas a su alrededor empezaron a desvanecerse. El semblante de Caedra se tornó serio de nuevo y hundió los hombros.*

*—Alastair… No quiero marcharme de aquí.*

*—Te estás despertando. No lo puedo evitar —replicó él. Ambos se pusieron en pie, mirándose el uno al otro—. Pero volveré a visitarte pronto. Si así lo deseas.*

*—Me encantaría —dijo ella con una sonrisa—. Gracias. —Tomó la mano de Alastair entre las suyas. Él se congeló ante el contacto—. ¿Ves? Ahora que sé que somos amigos, tenerte a ti es algo que me da fuerzas. No es una debilidad. Sé que no estoy sola.*

*Alastair frunció el ceño, pero no apartó su mano. El espacio a su alrededor se distorsionaba cada vez más.*

*—Caedra.*

*Ella lo observó, expectante, al escucharle llamarla por su nombre. Era agradable y le causaba mariposas en el estómago. Iba a tener que acostumbrarse.*

*—Gracias.*

*—¿Por qué? —inquirió ella.*

*Alastair se mantuvo en silencio.*

# Capítulo 24: El plan

Jay trepó a la cama de arriba de la litera y se dejó caer, agotado. Lo que habría dado por una cama mullida en condiciones, pero en esos momentos se conformaba simplemente con poder tumbarse.

Al menos, les habían dejado ducharse después de los combates. A Jay le había sorprendido que hubiera agua corriente en ese mundo, por mucho que las duchas fueran rudimentarias.

Llevaba ahí casi dos semanas. Los días pasaban y Jay estaba cada vez más angustiado. No sabía nada de su padre, ni de Tarvo o Valikia, no había vuelto a ver a Caedra y no conseguía información nueva.

Lo habían obligado a luchar ya tres días seguidos. Por suerte, todo habían sido combates contra criaturas y, tras su primer encuentro más complicado contra el goleth, se había encargado de las demás sin tanto problema. Siguiendo las recomendaciones de Darmacus, en cuanto había tenido claro que podría acabar con las criaturas sin especial dificultad, se había recreado en la batalla para alargar el enfrentamiento y deleitar así a los espectadores. Según Darmacus, cuanto más lo adoraran, menos querrían arriesgarse a ponerlo en combates donde pudiera perder. Sin embargo, no se libraría del todo, pues eso solo haría más emocionante el combate en el que sí estuviera entre la espada y la pared.

Jay sabía que su «suerte» no sería infinita. Lo estaba temiendo cada vez más; en cualquier momento le harían enfrentarse a alguno de los otros luchadores. ¿Cómo iba a ser capaz de matar él a alguien inocente?

—*¿Sigues vivo?* —bromeó Darmacus, que había entrado a la celda detrás de él. Fue directo al cubo de agua.

—*Más o menos* —refunfuñó Jay—. *Quiero un colchón blandito… O un colchón cualquiera, la verdad.*

Darmacus rio.

—*Te entiendo. Aunque yo con los años me he acostumbrado. Buen combate, por cierto.*

—*Gracias.*

El aquitón sacó el agua del cubo, empezando a absorberla en su piel. Jay se quedó tumbado boca arriba, con la vista fija en el techo de piedra. ¿Cómo estaría Caedra? Desconocer su estado era una espina que llevaba siempre clavada.

—*Tengo buenas noticias.*

Jay giró la cabeza a la izquierda al escuchar a su amigo hablar. Darmacus había terminado con el agua y se dirigía a la litera. Jay se sentó y se echó hacia atrás, dejándole espacio al aquitón, que subió y se sentó en el otro extremo de la cama, con las piernas cruzadas. Sus escamas siempre parecían más vibrantes después de absorber agua.

—*¿Y bien?* —lo animó Jay a continuar, inclinándose hacia él y reposando los codos en las rodillas, expectante.

*—Habrá un torneo dentro de un par de días. Escuché a los guardias mencionarlo mientras combatías esta tarde* —le comunicó Darmacus.

Jay dibujó una mueca en su rostro.

—¿*Y eso se supone que es bueno?*

*—Lo será si conseguimos averiguar la ruta hasta la caldera antes de entonces* —contestó Darmacus—. *Los torneos atraen siempre a gente de todos los rincones del imperio; Kandor acaba abarrotada y, aunque es el día en el que la seguridad en la capital es más fuerte, también es cuando nos sería más fácil camuflarnos entre la multitud al huir, pues te aseguro que las calles estarán inundadas de gente.*

—*Ya veo…* —murmuró Jay, llevándose una mano a la barbilla, pensativo.

*—Luego sería cuestión de esperar unos días a que todo se calmara un poco y, cuando la seguridad baje de nuevo, escapar de Kandor hacia las montañas* —concluyó Darmacus—. *Además, el día del torneo la mayoría de soldados se concentrarán en la arena, dejando bastante desatendidas las demás partes del estadio. Incluyendo la caldera, supongo. Pero tenemos que averiguar cómo se va hasta la caldera antes del torneo, porque para lo que no vamos a tener tiempo es para averiguarlo mientras nos persiguen.*

Jay frunció el ceño.

*—Estoy de acuerdo, pero no se me ocurre cómo vamos a obtener esa información.*

*—Sé que hay algunos luchadores con habilidades telepáticas* —dijo Darmacus. Jay hundió los hombros al recordar a Hadriel—. *Sin embargo, por mucho que me gustaría involucrar a todos los luchadores en la huida, no podemos arriesgarnos. Quedan solo un par de días; cualquiera podría traicionarnos e irse de la lengua.*

—*Ya, no podemos fiarnos de cualquiera…* —murmuró Jay.

Darmacus estuvo unos segundos en silencio, con los labios apretados mientras barajaba las posibilidades.

Al final, miró a Jay a los ojos.

*—Creo que sé de alguien que quizás nos ayude.*

***

A la mañana siguiente, tras informar secretamente en el entrenamiento a Lu-Min del plan, fueron directos a hablar con la persona en la que había pensado Darmacus.

Era un hombre al que Jay había observado de vez en cuando. Se sorprendió cuando Darmacus lo sugirió, pues era de los luchadores más veteranos, todavía más que el aquitón.

Solía ser más fácil reclutar a los recién llegados, que aún no estaban fatigados y amargados por el tiempo encerrados. Pero los más veteranos también eran más sabios y, si podían convencerlos de que merecía la pena, serían fuertes aliados. Existía la posibilidad de traición por parte de ambos, por unas razones o por otras, por lo que tendrían que confiar en la suerte.

El hombre que Darmacus tenía en mente era robusto, de hombros anchos. Su piel negra y aceitosa tenía escamas violetas cubriendo los antebrazos. El ojo derecho lo había perdido hacía

años en combate, quedando solo una fea cicatriz en su hueco, y su ojo izquierdo, reptiliano, era naranja, con la pupila en forma de rendija. Se trataba de un mestizo de torrogal y sekrimer, con un hábil manejo del fuego por su ascendencia torrogal, pero con unas impresionantes facultades telepáticas y un gran control de todo tipo de armas, que era la cualidad que más fascinaba al público.

Se llamaba Kratmathor, y Jay siempre lo veía entrenando solo en el rincón más apartado del patio, sin relacionarse con nadie. No le inspiraba mucha confianza, pero Darmacus había insistido.

Se acercaron a él, con Lu-Min agarrada al brazo de Jay, temerosa. Darmacus se aclaró la garganta.

—*Kratmathor, ¿tienes un momento?*

El hombre soltó la maza que había estado usando para golpear unas rocas y se giró hacia ellos con lentitud, entornando su ojo.

—*¿Qué quieres, Darmacus?* —preguntó con aspereza, enseñando sus afilados colmillos al hablar. La única razón por la que no los había ignorado era porque se trataba del aquitón.

—*Quiero hacerte una propuesta.*

Kratmathor resopló y les dio la espalda de nuevo.

—*No puedes ofrecerme nada que me interese.*

—*¿Podrías escucharnos, al menos?* —gruñó Jay, irritado por su actitud.

Kratmathor lo miró por encima del hombro, arqueando una ceja.

—*Vaya. La nueva estrella del estadio, el combatiente de Gea, el mundo perdido* —comentó con desdén—. *¿Qué vas a decirme tú?*

Un músculo se crispó bajo el ojo de Jay. Respiró hondo.

—*Queremos escapar de aquí* —dijo.

—*Todos lo quieren, chico* —replicó Kratmathor, aburrido.

—*Lo vamos a intentar dentro de dos días* —aclaró Darmacus, con la espalda recta y cruzado de brazos. Kratmathor se volvió hacia él—. *Queríamos saber si podemos contar con tu ayuda.*

El hombre bufó.

—*Somos los que más años llevamos aquí, Darmacus. Tú mejor que nadie deberías saber que no hay escapatoria posible.*

—*Creemos que durante el torneo sería un buen momento para intentarlo* —dijo el aquitón con firmeza, sin dejarse amedrentar.

—*Muy bien, pues intentadlo y conseguid que os maten* —se mofó Kratmathor—. *¿Para qué queréis mi ayuda?*

—*¿Sabes lo que es la caldera?* —inquirió Darmacus.

—*Algo he oído.*

—*Es donde tienen a los rehenes* —explicó el aquitón—. *Está en el estadio, pero desconocemos cómo se llega hasta ella. Tú podrías averiguarlo.*

Kratmathor se cruzó de brazos y echó los labios hacia atrás, mostrando sus colmillos.

—*Por supuesto que podría. Pero no lo haré.*

—*¿Por qué?* —dijo Jay, enfadado, con una mueca en su rostro—. *¿Acaso no tienes alguien a quien quieras salvar?*

—*Mi vida personal no es de tu incumbencia, chico* —espetó Kratmathor—. *No voy a arriesgar de forma estúpida la vida de mi mujer. Prefiero que esté separada de mí y viva, a que esté junto a mí y muerta.*

—*¿Y realmente merece la pena esto?* —replicó Jay, extendiendo los brazos—. *¿Esta mierda de vida? Porque te aseguro que ella no lo estará pasando mejor que tú. ¿Cuánto más crees que se puede aguantar así? ¿No vas a intentar ayudarla?*

Kratmathor entornó su ojo. Jay no se intimidó ante su brillo asesino y le sostuvo la mirada.

Pasaron los segundos. Lu-Min se escondió detrás de Jay, aferrada a su camiseta negra.

—*Os conseguiré la información* —refunfuñó Kratmathor. Jay contuvo un suspiro de alivio—. *Pero no esperéis que haga nada más hasta el día del torneo* —añadió, levantando el dedo índice —. *¿Cuándo pensáis poner el plan en marcha, exactamente?*

—D*ependerá del orden en el que salgamos a combatir* —dijo Darmacus, encogiéndose de hombros—.*Y no lo sabremos hasta mañana, el día antes del torneo.*

—*Bien. Tendré la información para mañana. Nos reuniremos aquí de nuevo una vez conozcamos el orden de los combates* —declaró Kratmathor con un asentimiento de cabeza, tras lo cual les dio la espalda y cogió de nuevo su maza, dando la conversación por concluida.

Se desplazaron al otro lado del patio, a la esquina en la que solían estar siempre. Darmacus miró a Jay y a Lu-Min y sonrió, con las manos en las caderas.

—*Bueno, ha sido menos difícil de lo que me esperaba.*

—*¿Menos difícil?* —repitió Jay, incrédulo—. *No le he partido la cara de milagro. Menos mal que al final ha accedido a ayudarnos.*

—*No parecía muy majo…* —comentó Lu-Min, con la vista clavada en el suelo.

—*No os preocupéis por eso. Si Kratmathor dice algo, lo cumple* —les aseguró Darmacus.

Jay resopló.

—*Eso espero.*

Fueron a por sus armas al montón y empezaron a entrenar, aunque Jay, cansado de tantos combates consecutivos esos días, se pasó la mayor parte del tiempo observando a sus amigos.

Los llamaron a ponerse en filas un par de horas después. Jay tardó unos segundos en reaccionar cuando lo señalaron a él. Chasqueando la lengua de disgusto, dio un paso hacia delante. Otro día más que le tocaba combatir.

«Me tendré que conformar con que me dejen descansar mañana», pensó, frustrado. Sería el día

anterior al torneo.

Se quedó rígido, sin embargo, cuando Lu-Min tuvo que avanzar también, situándose a su lado. No habían vuelto a coincidir desde aquel primer día. Por un momento, temió vomitar la cena de la noche anterior. Tenía un mal presentimiento.

***

Caedra no sabía si iba a aguantar mucho más. Sus heridas, sumadas a las condiciones de trabajo, complicaban su situación de forma considerable. Las costillas le dolían cada vez que se movía. Apenas tenía fuerzas después de esa paliza y no había tenido tiempo de recuperarse, por lo que acababa mareada los turnos de trabajo y, como castigo por parar, recibía más latigazos, impidiendo que se cerraran las heridas. Su espalda ardía constantemente, y Caedra en cierto modo se alegró de no tener un espejo para no ver el estado lamentable en el que se encontraba.

Na-Dwa trataba de curarla por las noches. Caedra apreciaba los intentos de la denu, pero nunca lograría cerrar ni un poco las heridas por la falta de energía. Al menos, conseguía aliviarle el dolor para que durmiera del tirón las escasas cuatro horas que les concedían.

Lo que sí se estaba cerrando era el corte en su rostro. Caedra era consciente de que iba a quedar una buena cicatriz y se le formaba un nudo en la garganta cada vez que lo recordaba. De todas sus preocupaciones, su aspecto debería ser la menor de todas ellas. Pero no podía evitarlo.

«No le des tanta importancia», dijo Alastair.

Caedra siguió picando la roca, encorvada. Su espalda no dejaba de sangrar; se mareaba con facilidad. Era muy doloroso siempre cuando Na-Dwa tenía que despegar por las noches los trozos de tela de lo que quedaba de su camisa.

No tenía nada en lo que pudiera ver su reflejo, el estado de su rostro. Las herramientas con las que trabajaba estaban oxidadas, opacas.

«Debo de estar horrible», temió Caedra, abatida. ¿Qué pensaría Jay al ver la grotesca cicatriz?

Gimió de dolor al recibir una multitud de pinchazos en su espalda. Solo se había agachado un poco. ¿Iba a ser así el resto de su vida? Habían pasado solo dos semanas y le había parecido una eternidad. Una eternidad sin volar…

«¿Quieres dejar de pensar en eso? —gruñó Alastair—. No lo estás».

«¿De verdad?».

«De verdad. Solo los mortales os preocuparíais por algo así...».

Caedra habría sonreído si le hubieran quedado fuerzas.

«Gracias».

Se avergonzaba de pensar en esas cosas, ella, que siempre había sido una guerrera. Agradecía que, a pesar de esto, Alastair intentara tranquilizarla. A su manera.

Alastair había cumplido su palabra y hablaba con ella todas las noches. Antes, rara vez la visitaba en sueños; ahora, lo hacía todos los días. Era lo único que mantenía a Caedra con algo de ánimo y le estaba muy agradecida.

Alastair era arisco y reservado; a Caedra le costaba involucrarlo en una conversación. Una vez lo lograba, sin embargo, siempre hablaban de cosas interesantes. Poco a poco, se iba abriendo más a ella.

No se había esperado la relación de Alastair con Djaka, quien lo había traicionado. No habían vuelto a mencionar el tema, pero Caedra albergaba la esperanza de que le contara más en algún momento.

Miró de reojo a Na-Dwa. También le gustaría saber sobre la vida de su compañera denu, pero eso sería imposible mientras no pudieran comunicarse…

—Zeafírea, ven conmigo.

Caedra dio un respingo. Estaba tan cansada y desorientada por el calor que no se había dado cuenta de que el general Resslor estaba ahora detrás de ella. ¿Cuándo había bajado a la caldera? ¿Cuándo se había acercado a ella?

Estaba perdiendo todas sus facultades.

Todavía sentada en el suelo, Caedra se giró de cintura para arriba para mirarlo con el ceño fruncido. No habló, un tanto temerosa. Se le había quedado la garganta seca, y su corazón se aceleró al recordarlo deslizando el puñal por su rostro, los latigazos, las patadas a sus costillas…

Clavó las uñas en las palmas de las manos. Resslor la observó con sus ojos verdes.

—O te levantas, o te levanto yo —advirtió Resslor. Su rostro permanecía serio.

Caedra suspiró tristemente, resignada. ¿Qué querría ahora de ella?

«Que se atreva a tocarte», siseó Alastair, oculta la amenaza en sus palabras. Su voz glacial hizo que a Caedra le diera la impresión de que la infernal temperatura descendía.

Al menos, no estaría sola. Se incorporó con lentitud, apoyándose en la pared y jadeando. Hasta eso había supuesto un tremendo esfuerzo.

Resslor se impacientó y la agarró del brazo, tirando de ella. Caedra se tambaleó y tropezó, con dificultades para mantener su ritmo. Le disparó una mirada furibunda, consciente de que no podía oponer resistencia.

Salieron a la sala de lava, pero no se detuvieron. Confusa, Caedra no supo qué hacer con la capa roja que le dio Resslor.

—Póntela —ordenó él.

Caedra obedeció, tragándose sus nervios. Se equipó la capa y subió la capucha, con los cuernos formando picos en la tela.

Fueron al túnel y subieron las escaleras. Caedra tomó una amplia bocanada de aire cuando llegaron a las mazmorras, fuera de aquel calor demencial por primera vez en dos semanas. Hasta las celdas le parecían un paraíso en comparación con la caldera.

Continuaron subiendo. Caedra apretó los ojos ante la repentina luz diurna, afectada tras tanto tiempo sin ver el sol. Resslor tiró de ella.

Abrió una pequeña puerta de hierro y se adentraron en la habitación. Era una sala sencilla, con un escritorio de ébano en cuya superficie había unos cuadernos abiertos, una pequeña ventana de

cristal y una serie de espadas y escudos colgados en la pared.

Resslor la soltó y cerró la puerta. Caedra no avanzó, inquieta y desconcertada. ¿Qué hacían ahí?

—Puedes quitarte la capa, si quieres, pero tendrás que ponértela de nuevo cuando salgamos —le indicó Resslor, yendo a sentarse. Señaló la otra silla que había, ambas de metal—. No te quedes de pie.

Caedra arqueó una ceja. Se acercó con cautela, pendiente de que Resslor no hiciera ningún movimiento sospechoso. Aunque tampoco sería capaz de defenderse si la atacaba. Estaba demasiado débil; ni siquiera podía despegar los ojos del suelo sin que estos se le aguaran debido a la luz natural.

—No voy a atacarte esta vez —dijo Resslor, exasperado—. Relájate, zeafírea.

«Fácil para ti decirlo», pensó ella, con las plumas de su ala buena crispadas. Se sentó y se quitó la capucha, en silencio.

—Quiero preguntarte unas cosas —explicó Resslor—. También quería ofrecerte una disculpa.

Esto descolocó a Caedra, que, al fin, habló:

—¿Una disculpa por qué?

—No tenía intención de ir más allá del corte en tu rostro el otro día —dijo Resslor, reposando el brazo izquierdo en la mesa—. Entenderás que por eso no voy a disculparme, alteraste el orden en la caldera y debo castigar de la misma forma a todos los presos, sin excepciones, o perderé autoridad. No puede haber favoritismos.

—¿Supongo…? —murmuró Caedra, ladeando la cabeza, confusa. No entendía nada. Desde luego, no le iba a dar la razón, pero tampoco le llevaría la contraria en voz alta. Por encima de su orgullo, estaba su precaución.

—Sin embargo, perdí los estribos cuando me atacaste —prosiguió el general, juntando las cejas —. Al fin y al cabo, casi caigo por el precipicio. Perdí el control por la furia que sentí. —La miró fijamente—. Pero me ha gustado tu chispa desde el principio, zeafírea. Como te dije, eres valiente. Puedo apreciar eso en un guerrero.

Caedra no dijo nada, con los ojos entornados. No iba a aceptar la disculpa (todavía padecía el dolor del castigo recibido), pero tampoco iba a protestar.

—Me sorprendió el ataque que utilizaste. Nunca he visto a un zeafíreo manejar las sombras. ¿Es algo que habéis aprendido a hacer los zeafíreos en Gea? —inquirió Resslor—. Tu pelo, tus cuernos y tus alas son también diferentes a las del resto de zeafíreos que he visto.

—Algo así —dijo ella, tan seca como un desierto. No proporcionaría información de ningún tipo.

Resslor calló, pensativo. Caedra agachó la cabeza y cerró los ojos, agotada. No debía bajar la guardia, pero se estaba demasiado bien en aquel lugar, sentada en una silla, con una temperatura normal... Sus pobres huesos debían haber envejecido años en esas dos semanas.

—Como disculpa, quería proponerte algo.

Al escuchar hablar al general, Caedra levantó los párpados y lo miró por debajo de las pestañas.

Esperó a que continuara.

—Va a haber un torneo pasado mañana en el que participará tu amigo.

—¿Jay? —murmuró Caedra, preocupada. ¿Estaría aguantando las luchas? ¿Habría sido herido de alguna manera?

Resslor asintió con la cabeza.

—El estadio estará abarrotado, por lo que no será buen momento para que vengas conmigo. Pero después de eso, si así lo deseas, puedes asistir junto a mí al próximo combate en el que participe tu amigo.

Caedra alzó la vista y arqueó las cejas. ¿Lo estaba diciendo en serio?

«Es una trampa», dijo Alastair, malhumorado.

«No tiene necesidad de tenderme ninguna. Si quisiera, podría matarme aquí mismo», replicó Caedra. Pero sí que era sospechoso.

Quería ver a Jay, aunque fuera a lo lejos. Tenía que asegurarse de que estaba bien. Y quería animarlo en su combate.

—¿Sería posible? —dijo ella, recelosa. El general tenía autoridad sobre ella en aquel mundo. No le debía ninguna disculpa, y mucho menos ningún tipo de compensación por lo sucedido. Se fiaba tanto de sus palabras como del oráculo supremo.

—Sí, aunque tendrás que llevar esa capa —advirtió Resslor—. No creo que el emperador Shialih aprecie que muestre favoritismo entre mis presos.

—Está bien —aceptó Caedra. Eso no supondría ningún problema para ella.

Resslor se levantó.

—Excelente. Volvamos a la caldera.

Caedra hundió los hombros. Sabía que era inevitable, pero al menos había tenido un inesperado descanso. Se puso en pie y subió la capucha, ocultando sus facciones bajo su sombra.

—Sigue obedeciendo todas las órdenes, zeafírea —dijo Resslor, muy serio—. Lo que hemos hablado no impedirá que te castigue otra vez si es necesario. ¿Entendido?

—Entendido —masculló ella.

Se escucharon vítores provenientes de la arena cuando salieron al pasillo. Resslor alzó la vista.

—Parece que empiezan los combates de hoy.

***

Jay se ajustó las placas metálicas en sus antebrazos, nervioso. Se aseguró de tener las grebas bien puestas sobre las calzas y respiró hondo, tratando de aparentar calma de cara a Lu-Min. La denu había agarrado su camiseta y no se soltaba. Le temblaban las manos, incapaz de reprimir su temor.

Estaban en el pasillo que daba a la arena. Las gradas ya estaban llenas de gente.

Había otros dos luchadores junto a ellos. Un sekrimer nuevo, joven, y otro sekrimer más mayor

que ya estaba ahí cuando Jay había sido atrapado.

La espera estaba siendo agónica para Jay. ¿Y si le hacían enfrentarse a Lu-Min? Necesitaba que empezaran los combates ya para que les confirmaran que serían individuales contra criaturas.

Sin embargo, Jay tenía un mal presentimiento. Todos sus combates hasta ahora habían sido de ese tipo. Y la suerte siempre se acababa.

Se preguntó si los espectadores sabrían de antemano cuáles serían los combates. Tendría sentido, pues así decidirían a qué combates querían asistir y a cuáles no. ¿Por qué no lo podían saber los propios luchadores también?

Sacudió la cabeza al darse cuenta de que el comentarista estaba hablando.

—*Hace tiempo que no tenemos un combate libre* —decía. A Jay se le pusieron los pelos de punta—. *¿Y qué mejor manera de crear un poco de emoción los días previos al esperado torneo?*

El público lanzó exclamaciones de afirmación. Jay apretó los dientes. Se le estaba revolviendo el estómago.

—*¡Cuatro luchadores contra criaturas!* —anunció el comentarista, confirmando las sospechas de Jay, que palideció—. *¡Un emocionante combate en el que todo vale! Todos contra todos… ¡Solo el mejor quedará en pie!*

«No puede ser. No puede ser. No puede ser», se repetía Jay una y otra vez. Tenía que estar soñando.

Se pellizcó. No era una pesadilla.

—*Jay…* —balbuceó Lu-Min, cogiendo su mano.

Jay apretó la pequeña mano de la denu. Lu-Min no lo atacaría. Él tampoco sería capaz de atacarla a ella. Mucho menos de matarla.

Tendría que ingeniárselas de alguna manera. Se encargarían de acabar con las criaturas… Con un poco de suerte, las criaturas eliminarían a los otros dos luchadores antes de esto. Jay odiaba pensar así, pero no quería verse obligado a matarlos él mismo.

¿Cómo lo miraría Caedra después de eso si manchaba sus manos con sangre inocente? No soportaría decepcionarla.

—*Tranquila* —le susurró a la denu. Se forzó a sonreír—. *Saldremos de esta. Ya verás.*

—*P-pero…*

—*No voy a dejar que te pase nada* —dijo Jay con firmeza—. *Confía en mí.*

Lu-Min asintió con la cabeza. Le dio un rápido abrazo antes de que los soldados los empujaran para salir a la arena.

Los gritos de emoción del público eran ensordecedores. El sol rojo brillaba con fuerza en medio del cielo violeta despejado.

Jay se puso entre Lu-Min y los dos sekrimers, por si decidían empezar atacándolos a ellos. Prefería ser precavido.

Los cuatro encararon el otro extremo de la arena, a la espera de que aparecieran las criaturas a las que se enfrentarían. Jay estaba con la mano en el pomo de su espada, y Lu-Min tenía el brazo medio alzado, lista para coger su arco.

Las rejas se elevaron con un chirrido metálico. Un aullido resonó por todo el estadio. Jay tuvo un escalofrío. No reconocía ese sonido, por lo que se trataba de una criatura a la que no se había enfrentado antes. No podría contar con su experiencia.

Uno tras otro, cinco animales cuadrúpedos salieron a la arena, desorientados al principio por la luz. Eran el doble de grandes que un caballo, cubiertos de pelaje gris en sus lomos y escamas en las patas. Tenían varias colas con aguijones de escorpión, una cabeza afilada con una mandíbula llena de colmillos y unos feroces ojos rojos.

Markilodones. Carnívoros y peligrosos depredadores.

Los cuatro luchadores se miraron entre sí, asintiendo. Si querían tener alguna posibilidad de que al menos uno de ellos sobreviviera, iban a tener que empezar trabajando juntos para deshacerse de uno de los markilodones e igualar los números. A partir de ahí, todos contra todos.

Sonó la campana. El caos se desató en la arena.

# Capítulo 25: Combate libre

Los markilodones gruñeron y se lanzaron hacia ellos.

Jay reaccionó de inmediato. Cogió a Lu-Min de la mano y tiró de ella, echando a correr. La denu miró hacia atrás y alzó el brazo, erigiendo un muro de piedra. Los dos se detuvieron y se agacharon, asomándose para ver el panorama.

Tres de los markilodones habían ido a por los sekrimers. Los otros dos estaban bordeando el muro. Jay pensó que lo rodearían del todo, pero uno de ellos lo sorprendió saltando por encima. Soltó una exclamación y volvió a tirar de Lu-Min. El markilodón aterrizó, clavando el aguijón de su cola donde habían estado un segundo antes. Si no recordaba mal, su veneno actuaba despacio, pero era mortal.

Paró en seco, empujando a Lu-Min detrás de él y girándose con rapidez. Extendió los brazos y disparó dos chorros de fuego. Los animales aullaron y saltaron en direcciones distintas para esquivarlo. Lu-Min había aprovechado el tiempo que le había dado Jay para cargar una flecha en su arco. La disparó y se clavó cerca del cuello de uno de ellos.

Lu-Min apretó los dientes. Había fallado.

Jay se centró en el que venía por la izquierda, confiando en que Lu-Min se encargaría del otro. Disparó una sucesión de esferas de llamas azules que el markilodón esquivó con agilidad. Se acercaba cada vez más.

Jay no se detuvo. Rotó y dio una patada al aire, mandando otra llamarada. Al girar usó de nuevo las manos. Estando más cerca, el markilodón no lo pudo esquivar y le dio de lleno en el rostro. Frenó y gimió, sacudiendo la cabeza, con el pelaje ardiendo.

Lu-Min se agachó y analizó la trayectoria del otro markilodón. Calculó y presionó la palma de la mano en el suelo. Una losa de piedra brotó por debajo del abdomen del animal cuando este estaba pasando, lanzándolo por los aires. Cayó de espaldas no mucho más lejos.

—*¡Dale!* —exclamó Jay, sin frenar su lluvia de proyectiles ígneos contra el markilodón con el pelaje en llamas.

La denu asintió y preparó otra flecha con rapidez. Apuntó y disparó. Esta vez sí que le atravesó el cuello. El markilodón se quedó inmóvil.

—*¡Listo!* —le comunicó a Jay, volviéndose hacia él. Cargó una flecha de nuevo y trató de apuntar al markilodón al que estaba atosigando su amigo, pero no se estaba quieto.

Escucharon un grito al otro lado de la arena. Jay se encogió al ver cómo los markilodones que habían ido a por los sekrimers acababan de arrancarle la cabeza a uno de ellos. La audiencia exclamó, entusiasmada. ¿Tan locos estaban para disfrutar de aquel espectáculo?

Tenían que ir cuanto antes a ayudar al sekrimer que quedaba, o no podrían enfrentarse él y Lu-Min a cuatro markilodones.

—*Voy a hacer que se levante sobre sus patas traseras* —le dijo Jay a Lu-Min con rapidez, preparando una esfera de llamas en sus manos—. *Apunta al pecho.*

—*¡Entendido!*

Jay lanzó el proyectil a las patas del markilodón. Este, según lo previsto, aulló y se alzó sobre sus patas traseras, sorprendido. Una flecha silbó en el aire y se clavó en el corazón del animal. Este se desplomó sobre su lomo, inerte.

El sekrimer trataba de huir. Uno de los animales le dio un coletazo, lo que le hizo tropezar y rodar por el suelo.

Jay extendió su puño y disparó un chorro de fuego al markilodón que se acercaba peligrosamente al sekrimer. Lo forzó a retroceder. El sekrimer se puso en pie y corrió hacia ellos, aterrado.

Lu-Min clavó los dedos en la tierra y las raíces secas brotaron con rapidez. Logró enredar las patas de uno, pero este se retorció y las rompió. Frunció el ceño. Eran más fuertes de lo que había pensado.

Los tres markilodones se lanzaron a la carrera hacia ellos. Jay miró a un lado y a otro, nervioso. Tenía que detenerlos a los tres a la vez.

Desenvainó su espada. Recordó cómo Caedra usaba su lanza para mandar afiladas corrientes de viento. Darmacus había intentado enseñarle a canalizar su elemento a través de su arma, lo cual no era tan sencillo como Jay había creído. Requería mucha concentración, nada que ver con materializar el fuego directamente de su piel o aplicar llamas a una simple estocada.

Se concentró y sintió que el metal de la hoja ardía. Deslizó la espada en un arco horizontal frente a sí y salió despedida una amplia onda de fuego azul que se expandió.

Los markilodones aullaron al ser alcanzados por las llamas. Lu-Min aprovechó la distracción para estampar la pierna en el suelo. Varias trozos de tierra se elevaron y ella los mandó contra los animales, golpeándolos. Volvió a pisar con fuerza y esta vez una grieta se abrió hacia las patas de uno de ellos. Movió los brazos en círculo y acumuló arena en sus manos. La disparó hacia el markilodón que ya había logrado apagar el fuego de su pelaje, cegándolo.

Cargó su arco y disparó flecha tras flecha. El markilodón al que había atrapado ya había logrado liberarse y las esquivó todas, salvo una que le dio en la grupa. Jay seguía lanzando fuego contra ellos, pero no podía mantener esa estrategia indefinidamente; se estaba cansando.

Se le escapó un grito cuando algo afilado se clavó en su hombro izquierdo, haciéndole trastabillar. Recuperó el equilibrio y giró la cabeza, localizando al sekrimer preparando otra daga.

Apretó los dientes. Todos contra todos.

—*¡Jay!* —exclamó Lu-Min con urgencia.

Jay liberó un torrente de fuego contra el sekrimer, forzándolo a retroceder, y miró de nuevo a los markilodones. Apenas logró saltar a su derecha y esquivar la dentellada de uno que había ido corriendo hacia él.

Alcanzó a Lu-Min, que erigió otro muro de piedra para cubrirlos.

—*Recuerda que el sekrimer es también nuestro enemigo* —gruñó Jay, tras lo cual se asomó y usó el brazo derecho para enviar una bola de fuego al markilodón que pretendía rodearlos. No

podía mover bien el brazo izquierdo con la daga clavada en su hombro, pero si la extraía sangraría mucho más.

Lu-Min gritó cuando un markilodón aterrizó de repente frente a ella, saltando por encima del muro. Jay giró sobre los talones, alarmado. Palideció al ver al animal tan cerca. Agarró a Lu-Min de la muñeca y saltó hacia atrás, propulsado por el fuego en sus pies. Las fauces del markilodón se cerraron en el aire.

Cayeron de espaldas al suelo, rodando dolorosamente por la tierra. A Jay se le cortó la respiración, pero sacudió la cabeza y tosió, forzándose a levantarse. Tiró de Lu-Min para que se incorporara.

Los tres markilodones continuaban centrándose en ellos dos. Jay maldijo para sus adentros. Divisó al sekrimer apartado, preparándose para atacarlos con otra daga.

Disparó fuego hacia él, rompiendo su concentración y obligándolo a moverse. Lu-Min envió rocas contra los animales, que se dividieron para rodearlos.

Jay tensó la espalda, pensando con rapidez. Ahogó una exclamación al arrancar la cuchilla del hombro de un tirón y la lanzó de inmediato hacia el markilodón que iba por su izquierda. Acertó en su hocico y este emitió un alarido, enseñando los colmillos.

—*¡Lu-Min!* —la llamó Jay.

La denu miró por encima del hombro y asintió con la cabeza. Jay y ella intercambiaron posiciones mientras cargaba una flecha, apuntando hacia el markilodón afectado a la vez que Jay mantenía alejados a los otros dos con su fuego.

La saeta se clavó certera y cayó otro markilodón más. Quedaban dos.

Lu-Min chilló cuando una daga se hundió en su muslo. Se dobló hacia delante y Jay reaccionó de inmediato, agarrándola de la cintura y tirando de ella. Otra daga los rozó y se fue al suelo.

La denu sollozaba, dolorida.

—*¡Lu-Min, aguanta, por favor!* —dijo Jay con la desesperación reflejada en su voz. No iba a poder contra los dos animales y el sekrimer sin contar con la ayuda de su amiga.

Lu-Min se mordió el labio y parpadeó repetidamente para despejar sus ojos húmedos. Disparó una flecha hacia el sekrimer, que se agachó en el último momento.

Jay la cogió de la mano y corrieron de nuevo. Los markilodones los perseguían.

Sintió una corriente de aire por encima y alzó la vista. Frenó de golpe, haciendo que Lu-Min chocara con su espalda. Un markilodón, saltando, aterrizó delante de ellos para interceptarlos. Ladeó su cuerpo y blandió el aguijón.

Jay se movió a la izquierda, tirando una vez más de Lu-Min. No quería arriesgarse a que la denu se quedara atrás. El aguijón se clavó donde habían estado un segundo antes.

Se sorprendió al mirar por encima del hombro y ver que solo ese markilodón los perseguía. Al fin, el otro animal había reparado en el sekrimer y había ido a por él. Eso los ayudaría bastante.

Lu-Min también se percató de esto. Extendió su brazo izquierdo hacia delante, elevando una plataforma de piedra sobre la que saltaron ella y Jay. El chico se volvió y disparó fuego al

markilodón desde arriba, forzándolo a frenar. La denu ya había cogido el arco y una flecha cruzó el aire que los separaba, clavándose en el cuello del animal.

Lu-Min suspiró de alivio. Jay, en cambio, sabía que todavía tenían trabajo por delante.

Deslizó su vista por la arena. Divisó al markilodón que quedaba desgarrando el pecho del sekrimer, que apenas alcanzó a gritar antes de desplomarse en un charco rojo.

«Eso por atacarnos», pensó Jay, irritado. Su hombro sangraba sin parar y había manchado su brazo entero. Solo tuvo tiempo de echar un vistazo de unos segundos a la herida de la denu, pero no parecía haber alcanzado ninguna vena importante.

Lu-Min gimió, angustiada, al ver lo que le había pasado al sekrimer.

—*Solo queda uno más, Lu-Min* —le dijo Jay para animarla. Sabía que entre los dos lo matarían sin problemas.

La denu asintió con la cabeza. Tensó la cuerda del arco con una flecha.

El markilodón crispó las orejas. Olfateó el aire y rotó hacia ellos, gruñendo al divisarlos.

Lu-Min no se demoró más. La saeta silbó en el aire y se hundió certera en el cuello del animal. Este se tambaleó, intentando respirar, sin éxito.

Y se derrumbó.

El público estalló en aplausos que resonaron por todo el escenario. Jay jadeó, agotado, relajando los hombros.

—*¡Ha sido una espectacular batalla de todos contra todos! Ahora solo quedan Jay, el guerrero de Gea, y Lu-Min, la joven cazadora denu. ¿Quién de los dos resistirá hasta el final?*

Y con las palabras del comentarista, Jay se puso en tensión de nuevo.

Se giró hacia Lu-Min. La denu había bajado el arco y lo miraba con el miedo reflejado en sus grandes ojos almendrados. Su labio inferior temblaba.

—*J-Jay…*

—*No voy a atacarte, Lu-Min* —dijo Jay, con el ceño fruncido. Envainó la espada.

Un murmulló de confusión se extendió por las gradas cuando los minutos pasaron y los dos luchadores no se atacaban. Bajaron de un salto al suelo desde la plataforma de tierra.

Jay se irguió. Respiró hondo, pisoteó sus nervios, y levantó la vista.

—*¿Acaso esperáis que mate a una niña?* —espetó, alzando la voz para que todos lo escucharan.

Sus palabras retumbaron en el estadio, del que se apoderó un silencio sepulcral. Jay apretó los puños, esperando los abucheos del público. Lu-Min lo cogió de la mano, ayudando a liberar algo de la tensión que estaba sintiendo en esos momentos.

Y fue ese gesto el que se ganó al público.

—*¡Que ganen los dos!* —gritó alguien en las gradas.

La reacción fue en cadena. Pronto, otra persona gritó lo mismo. Y otra. Y otra más. Hasta que

todo el estadio exclamó al unísono.

Jay parpadeó repetidamente. No se creía lo que estaba viendo. El público que había celebrado las muertes sangrientas de los dos sekrimers ahora se mostraba enternecido ante el gesto de cariño entre él y Lu-Min.

Los gritos fueron apagándose poco a poco. Jay era muy consciente de su propia respiración, del latido de su corazón bloqueando sus oídos, esperando a ver qué pasaba. El silencio se extendió.

Y, al final, el comentarista anunció:

*—Lu-Min y Jay han trabajado como un auténtico equipo en este combate libre, fascinándonos a todos con su vínculo. El emperador, mostrando su inmensa generosidad, ha decidido perdonar a ambos. ¡Ganan Jay, el guerrero de Gea, y Lu-Min, la joven cazadora denu! Volveremos a verlos luchar en el torneo.*

El estadio entero estalló en vítores y aplausos. Jay se había quedado boquiabierto. ¿Había escuchado bien?

Lu-Min, olvidándose en ese momento del dolor de su herida en el muslo, chilló de la emoción y abrazó a Jay. Jay la abrazó con gesto ausente, todavía sin terminar de creer el éxito de su plan.

Sacudió la cabeza.

*—¡Lo hemos conseguido, Jay!* —celebró Lu-Min, alzando la vista para mirarlo con una radiante sonrisa.

Jay se forzó a sonreír. Se alegraba. Realmente se alegraba. Lu-Min no iba a morir. No iba a tener que matarla.

Pero sabía que no todo iba a ser tan sencillo. Porque había desobedecido las reglas. Las había roto. Había desafiado al emperador con su declaración.

Y Shialih no perdonaba. Habría consecuencias.

***

Esa noche, de vuelta en su celda, Jay estaba sentado en el borde de la cama de abajo de la litera, encorvado, con los codos clavados en las rodillas y la cabeza gacha.

*—Vamos, anímate* —dijo Darmacus, sentado a su lado en una postura más relajada—. *Habéis sobrevivido tanto tú como Lu-Min. ¿Qué más se puede pedir?*

*—Sabes que no es tan sencillo como eso, Darmacus* —murmuró Jay con voz queda—. *El emperador no va a permitir que me vaya de rositas.*

Darmacus suspiró tristemente. Puso una mano en la espalda de su amigo.

*—Lo sé, Jay. Pero intenta no pensar en eso ahora. Con un poco de suerte, habremos escapado antes de que pueda castigarte* —dijo, tratando de infundirle ánimos.

*—Sí…* —Jay frunció el ceño. No tenía sentido venirse abajo ahora. Se irguió y miró al aquitón —. *Mañana hablaremos con Kratmathor. Espero que tenga la información que necesitamos.*

*—La tendrá* —le aseguró Darmacus con firmeza. Le dio unas palmadas en el hombro, con cuidado de evitar su herida. La había curado y vendado—. *Ahora será mejor que descansemos.*

Jay asintió. Se levantó, dispuesto a subir a su cama. Se quedó parado a medio camino, sin embargo, con los ojos muy abiertos.

—*¿Qué ocurre?* —preguntó Darmacus al ver su expresión.

—*¿Y si el emperador castiga a Lu-Min? Ella no está ahora con nosotros. No sabré si le pasa algo…*

—*Jay, tranquilo. No te ofendas, pero eres tú el que ha desafiado abiertamente las reglas, no ella* —dijo Darmacus—. *Así que olvídate de eso e intenta dormir.*

—*Vale…* —murmuró él.

***

Caedra estaba exhausta tras otro día en la caldera. Estaba sentada, apoyada contra la pared de la cueva en la que dormían todos, y no conseguía que dejaran de temblarle las manos.

Echó la cabeza hacia atrás y apretó los ojos, mareada. Seguían bajo tierra, con un calor infernal, pero, al menos, la temperatura era más baja que en las minas.

«Duerme ya», dijo Alastair.

«Lo intentaré en cuanto dejen de temblarme las manos», replicó ella. Había recibido más latigazos y la espalda le ardía. Se convenció de que con el tiempo dejaría de dolerle tanto, pues se iría acostumbrando.

Unas manos familiares tomaron las de la zeafírea entre las suyas. Caedra abrió los ojos, encontrándose con el rostro sonriente de Na-Dwa.

Caedra esbozó una sonrisa débil. Los dedos de la denu brillaron tenuemente y el temblor en las manos de Caedra cesó.

—Gracias —le dijo, como hacía siempre, aunque no la entendiera.

Na-Dwa asintió y se apartó para darle espacio, tumbándose sobre la roca.

Caedra la observó.

«Si algún día logro escapar, me la llevaré conmigo —pensó—. No voy a dejarla aquí».

«Escaparemos. Tarde o temprano. Tenlo seguro», declaró Alastair.

La convicción de Alastair la reconfortó un poco. Cada día que pasaba, perdía un poco más la esperanza, cada vez más débil, pero Jay seguía luchando ahí arriba. Sabía que él estaría ideando algún plan para escapar.

Y ella tampoco iba a rendirse.

Se tumbó sobre el costado. Llevó una mano a su rostro, tocando la reciente cicatriz. No sabía si quería verse en un espejo.

Tenía la garganta seca, pero no le quedaba otra opción que aguantarse, pues no había agua.

Cerró los ojos.

***

*Los abrió de nuevo en el ya familiar espacio de bruma negra. Caedra sonrió al ver a Alastair frente a ella, alto y gélido como una estatua de hielo.*

*—No me fío de Resslor —fue lo primero que dijo Alastair, cruzado de brazos, directo al grano.*

*Caedra borró la sonrisa de su rostro y frunció el ceño.*

*—Yo tampoco. Pero me gustaría ver a Jay combatir. Así sabré en qué estado se encuentra —explicó ella—. Y, si quisiera hacerme algo, no necesita sacarme de la caldera.*

*Alastair gruñó.*

*—¿Por qué le tienes tanto aprecio a ese humano?*

*—¿Y por qué no? —replicó Caedra, ladeando la cabeza, confusa—. Es mi amigo.*

*—¿Cómo sabes que no va a traicionarte?*

*—Confío en él plenamente, Alastair. Hemos pasado por muchas cosas juntos —contestó ella con suavidad—. Es muy importante para mí, así que recuerda que tienes que tratarlo con respeto.*

*Esto era lo último que le apetecía hacer a Alastair.*

*—Está tardando demasiado en hacer algo útil.*

*Caedra esbozó media sonrisa.*

*—Dale tiempo. La situación es complicada.*

*Alastair bufó. Miró a su derecha.*

*—Los mortales no sabéis pensar.*

*Caedra rio de buena gana.*

*—Perdónanos por no tener siglos de experiencia. —Se calmó un poco antes de continuar, divertida—: En serio, Alastair, no puedes haber nacido así de amargado. ¿No fuiste un poco más alegre durante tu infancia?*

*Alastair clavó en ella sus ojos azul hielo. Caedra se sorprendió al ver reflejada en ellos una intensa nostalgia. ¿Le habría hecho daño con su comentario?*

*—Puede ser —dijo él en tono apagado—. No recuerdo mucho.*

*—¿Y eso?*

*—Ser inmortal… —Alastair suspiró pesadamente. Clavó la vista en las brumas a sus pies y guardó las manos en los bolsillos de sus pantalones—. No todo son ventajas. Mi memoria no es perfecta, y ha pasado más de un milenio.*

*Caedra frunció el ceño.*

*—¿No recuerdas a tus padres?*

*—No, pero no es porque los haya olvidado —contestó él—. No llegué a conocerlos. Ni yo, ni la mayoría de mis compañeros. Somos únicos en nuestra especie y ninguno de nosotros sabe muy bien cómo aparecimos, la verdad.*

*—Curioso —comentó Caedra, arqueando una ceja—. No se me habría ocurrido.*

*—Mi existencia siempre ha sido solitaria.*

*—Pero estabas con Djaka, y ella y Luvann eran tus amigos —señaló Caedra. Dibujó una mueca en su rostro—. ¿Cómo es que no te perdonaron? Arrasarías Zarested, pero eso fue porque Saekish intentó destruir la esfera primaria. Lo hiciste para proteger la esfera. Si no, el mundo entero habría sido arrasado.*

*—¿Por qué no se lo preguntas a ellos? —gruñó Alastair, cada una de sus palabras rezumando un intenso odio. Apretó los puños.*

*Caedra puso una mano en su hombro. Él se quedó mirando su mano con los ojos entornados.*

*—Lo siento —murmuró ella—. Espero que puedan ofrecernos alguna explicación lógica, pero… no me parece muy justo lo que hicieron.*

*Alastair no dijo nada. Apartó la mano de la zeafírea y le dio la espalda. Caedra no se ofendió, acostumbrada a su carácter arisco.*

*—Seguro que tienes algún recuerdo feliz —insistió ella.*

*—No muchos. Y ya no importan —replicó él, su voz fría como una ráfaga invernal.*

*Caedra suspiró tristemente. Echó a andar entre las brumas, arrastrando el extremo de su ala rota tras ella, con las manos cruzadas detrás de la espalda. Alastair la siguió en silencio.*

*—Poco importa ser inmortal si no aprovechas todos los años que vives —dijo Caedra con suavidad.*

*Alastair permaneció callado, pero frunció el ceño.*

***

Jay no logró ocultar su alivio al encontrarse con Lu-Min bien en el entrenamiento. Darmacus, a su lado, rio al ver su expresión.

*—Te dije que estaría bien* —comentó el aquitón. Le dio una palmada en la espalda a Jay—. *Y ahora, vamos a ver qué nos dice Kratmathor*.

*—Jay, ¿qué tal estás?* —preguntó Lu-Min con una sonrisa. No los había escuchado, pues todavía se estaba acercando a ellos cuando hablaron. Los tres echaron a andar.

*—¿Después del susto de ayer? Mucho mejor, la verdad* —respondió Jay, sonriendo también. Le revolvió el pelo a la denu. Aprovechaba siempre que podía cuando todavía no se había hecho la trenza. La verdad era que ahora comprendía por qué su padre insistía en revolverle el pelo siempre que tenía la oportunidad—. *Luchaste de maravilla.*

Lu-Min agachó la cabeza, sonrojada. Sintió un agradable cosquilleo ante su gesto cariñoso.

*—Gracias. Tú también.*

Se detuvieron junto a Kratmathor. El hombre los esperaba en el mismo punto del día anterior, esta vez con la espalda apoyada en la pared y los brazos cruzados. Oculto a la sombra del sol escarlata, su único ojo brillaba en la penumbra.

*—Por fin os dignáis a aparecer* —fue su saludo—. *Tengo la información que necesitáis* —añadió en un tono más bajo.

—*Perfecto* —dijo Darmacus, entusiasmado—. *Sabía que podíamos contar contigo.*

—*Os lo advierto: si os pillan antes de tiempo, yo no he sido el que os ha proporcionado la información. ¿Queda claro?* —espetó Kratmathor, apartándose de la pared. Con sus marcados músculos y anchos hombros, era más grande que todos ellos.

—*Cristalino* —aseguró Darmacus con rapidez.

Kratmathor asintió para sí, satisfecho. Se situó frente a Darmacus y lo miró fijamente a los ojos.

—*Esto es lo que leí en la mente del guardia* —explicó, dando un paso hacia atrás una vez hubo implantado las imágenes en la mente del aquitón. Fue junto a Jay para repetir el proceso, tras lo cual hizo lo propio con Lu-Min.

Jay había visto a su padre proyectar visiones en las mentes de otros en alguna ocasión, pero nunca dejaría de fascinarle que los telépatas fueran capaces de hacer eso. Ahora tenía un mapa completo del estadio en su cabeza, como si lo conociera de memoria.

—*Bien* —dijo Kratmathor, volviendo a apoyarse en la pared con el codo—. *¿Tendréis entonces el plan en cuanto sepamos el orden de los combates?*

—*Sí, tranquilo* —afirmó Darmacus—. *No deberían tardar mucho…*

Apenas hubo terminado de hablar, un guardia hizo sonar la campana para convocarlos. Se acercaron a escuchar los enfrentamientos de la primera ronda. Una primera ronda muy extensa, pues eran cerca de cincuenta luchadores, pero, para que las cosas fueran más rápido, y como la arena era inmensa, en la primera ronda se librarían varios combates de forma simultánea.

Jay relajó los hombros. No empezaría enfrentándose ni a Darmacus, ni a Lu-Min. También se había temido que el emperador lo castigara haciendo que se enfrentara a Lu-Min. Le tocaría luchar contra un sekrimer de su edad.

Volvieron con Kratmathor.

—*De acuerdo* —dijo Darmacus, susurrando—. *Este es el plan.*

***

La noche antes del torneo, día en el que ejecutarían su plan de huida, a Jay le costó conciliar el sueño, atacado por hordas de nervios. Había muchas cosas que podían torcerse, y entonces todo se habría terminado. Pero, si todo iba según lo previsto, volvería a ver a Caedra y huirían, al fin, de ese infierno.

Se despertó antes de que pasaran los guardias en su ronda mañanera. No tendrían entrenamiento, pues el torneo empezaría bastante temprano. Bajó al suelo de un salto y zarandeó a Darmacus con suavidad para despertarlo.

Darmacus se sentó y estiró los brazos, disimulando un bostezo. Miró a Jay.

—*¿Todo preparado?*

—*Todo preparado* —confirmó Jay.

No hablaron mucho más. Los guardias podían pasar en cualquier momento y escucharlos, por lo que era mejor permanecer en silencio.

Unos minutos más tarde, un par de soldados les abrió la puerta, indicándoles que se unieran a la fila de presos. Cuando Jay salió, sin embargo, uno de ellos puso la mano en su hombro con dureza.

—*El emperador quiere verte antes de que comience el torneo* —le comunicó. Sus ojos estaban ensombrecidos por el casco.

A Jay se le quedó la garganta seca. Lanzó una mirada inquieta por encima del hombro a Darmacus, que había fruncido el ceño, pero no había nada que pudieran hacer.

Siguió al soldado. Su corazón se aceleraba con cada escalón que subían. ¿De qué querría hablar el emperador? ¿Sería una simple advertencia, o un duro castigo? Probablemente lo segundo. Pero no tenía ni idea de en qué consistiría. No lo mataría, porque muchos espectadores irían a verlo específicamente a él al torneo, pero eso no impedía que lo torturara de alguna forma.

Puso los hombros rectos e irguió la barbilla al entrar en los aposentos del emperador. Este estaba sentado en su escritorio de ébano, redactando una carta con una pluma.

Alzó la vista al detectar su presencia. Sonrió. Una sonrisa fría, tan oscura como la obsidiana.

—Jay, el guerrero de Gea —comentó, dejando la pluma en el tintero. Se levantó y rodeó la mesa con lentitud, su larga capa púrpura deslizándose por el suelo. Se apoyó en el borde del escritorio—. Cuántas ganas tenía de verte.

Hablaba en auralio, por lo que Jay no tuvo que activar su propio medallón.

—No me imagino por qué —dijo Jay con un tono cargado de sarcasmo.

Era agradable volver a comunicarse en auralio, aunque fuera con Shialih. El sekreo era un idioma con demasiadas sibilantes.

Shialih lo observó con la dureza de la piedra.

—El otro día te atreviste a desafiarme, Jay. Supongo que no pensarías que saldrías impune, ¿verdad?

Jay no dijo nada. Frunció el ceño y respiró hondo. Había llegado el momento del castigo.

—Hazme lo que quieras —gruñó Jay, mirándolo fijamente a los ojos. No se arrepentía de haber salvado a Lu-Min—. No te tengo miedo.

Shialih echó la cabeza hacia atrás y rio con sorna.

—Naturalmente, lo sospechaba. No te voy a hacer nada a ti, Jay —ronroneó el emperador. Se cruzó de brazos, llevándose un dedo, acabado en garra, a la barbilla de escamas violetas—. Déjame pensar… ¿Cuál fue el trato que hicimos?

El corazón de Jay se aceleró. Sus palabras fueron como un jarro de agua fría, gélida, filtrándose en forma de terror por sus huesos.

«No —pensó—. Por favor, no».

—Ah, sí. —El emperador fingió darse cuenta—. Claro. Has recordado el trato tú también, ¿no?

—No le hagas nada —dijo Jay con rapidez. Su rostro estaba pálido. Le temblaron las manos y apretó los puños—. Ella no ha tenido nada que ver. Soy yo quien ha roto las reglas.

—Jay, Jay… —Shialih chasqueó la lengua, disgustado—. El trato era que mantendría con vida a tu amiga siempre y cuando tú obedecieras, ¿no es así?

—No. Castígame a mí. Por favor —suplicó Jay. Se arrodillaría ante él si era necesario.

Shialih lo observó con una sonrisa burlona. La víbora contemplando a su presa, inmovilizada por el veneno.

—Oh, tranquilo, Jay. No voy a matarla. Me interesa que sigas luchando para mí. Pero creo que no estaría de más refrescarte la memoria con lo que pasa si alguien me desobedece… —se recreó con tono sádico—. Además, hace mucho que no ves a tu amiga. Se llamaba Caedra, ¿no? Y creo recordar que la otra vez dejé una de sus alas sin romper…

—No volveré a desobedecerte —dijo Jay, desesperado, con los ojos muy abiertos—. Déjala en paz, por favor. No ha hecho nada.

Shialih no respondió. Le hizo un gesto con la mano al guardia que estaba en la entrada. Este se acercó a Jay y aprisionó sus manos con unos grilletes. Jay apretó los dientes. Los rompería si era necesario.

El guardia retrocedió y apartó la cortina. Jay se giró, temeroso.

Y entró otro soldado llevando a Caedra agarrada del brazo.

# Capítulo 26: Ira cegadora

El alivio que sintió Jay al ver a Caedra fue pronto reemplazado por el horror al darse cuenta del estado en el que se encontraba su amiga. La zeafírea cayó de rodillas a su lado, con las manos también encadenadas con grilletes. Escuchaba su respiración de lo laboriosa que era.

Estaba esquelética. Tenía múltiples rasguños en sus brazos y piernas, casi ocultos bajo una capa de carbón. Su pelo estaba sucio y enmarañado; parecía gris. La camisa que llevaba estaba desgarrada por completo en su espalda, dejando ver las múltiples heridas sangrientas que la cubrían, muchas de ellas abiertas todavía. No había prácticamente ningún punto en su espalda en el que no hubiera recibido un latigazo. Seguía con su ala rota, inerte sobre la alfombra blanca de los aposentos del emperador. Y su rostro…

Caedra había agachado la cabeza, pero Jay alcanzó a ver la fea cicatriz que surcaba la mitad izquierda del rostro de la zeafírea. Atravesaba el ojo, y Jay no supo si todavía podría ver bien.

Estalló un volcán en su interior. Encaró al emperador, furioso.

—¡¿Qué le has hecho?! —vociferó—. ¡El trato era que Caedra estaría a salvo!

—El trato era que la mantendría con vida —corrigió Shialih con desdén. Admiró las garras de sus manos—. Ha pagado las consecuencias por atacar a mis soldados en la caldera.

—¡Maldito hijo de…!

—Jay —lo interrumpió Caedra, alzando la vista. Jay calló de golpe, mirándola—. Estoy… bien. No te preocupes. —Le costó decirlo, su voz rasposa. Las costillas rotas hacían que hablar y respirar fuera doloroso. Pero tenía que frenar a Jay. No quería que el emperador lo castigara por su insolencia.

Jay la observó, con el corazón encogido. Se alegraba tanto de volver a verla… Era lo que más había querido durante esas semanas, era lo que le había animado a luchar y sobrevivir. Pero no había esperado encontrársela en ese estado. Sus ojos amarillos estaban tan apagados…

Y las circunstancias de su reencuentro eran las peores.

Caedra, en cambio, desconocía por qué la habían sacado a rastras de la caldera. Para ella había sido un profundo alivio comprobar que Jay estaba bien, lo había apreciado más que el aire fresco. Aunque tenía un par de cicatrices nuevas, no había perdido mucho peso y mantenía su porte erguido. Sin embargo, dudaba de que la intención del emperador fuera permitirles una emotiva reunión.

La angustia se reflejó en el rostro de Jay, que había tensado la mandíbula. Quería ir junto a Caedra, pero tenía las manos atrapadas en los grilletes y cualquier paso en falso lo pagaría caro. Era como estar al borde del precipicio.

—No te habrás enterado, Caedra —habló Shialih, pronunciando su nombre con lentitud—, pero tu amigo… me desafió delante de todo el público el otro día. Algo muy ofensivo para mí, ¿sabes?

Jay apretó los dientes. Una gota de sudor se deslizó por su sien.

—No era mi intención. Deja que Caedra se vaya, por favor.

—Tienes que aprender la lección, Jay —dijo Shialih, apartándose de la mesa y acercándose a Caedra. Jay tensó todos los músculos—. ¿Qué clase de hombre sería si no cumplo mi palabra? Un trato es un trato.

Caedra ató cabos con rapidez. Jay había desobedecido. Shialih, sabiendo que Jay asumiría las consecuencias sobre sí mismo, había optado por castigarlo de la forma que más lo afectaría: haciendo que lo pagara ella. Ese era el trato. Si Jay obedecía, ella seguía viva. Y si Jay desobedecía…, habría consecuencias. Para ella.

Se irguió como pudo sobre sus piernas dobladas, aunque no fue mucho. Le era imposible estirar la espalda. Giró la cabeza para mirar a Jay.

—Jay, no pasa nada —le dijo en un intento de calmarlo. Si no querían acabar muertos los dos, Jay debía tranquilizarse. Y Caedra no soportaba verlo sufrir.

Jay respiraba cada vez más rápido.

—¡Claro que sí pasa!

—No es tu culpa. Podré con ello.

Realmente no estaba segura de cuánto más aguantaría su debilitado cuerpo, de acero al llegar a Titaia, y de cristal ahora. Pero, por Jay, tenía que aparentar toda la fuerza que podía.

Shialih observaba la conversación con una sonrisa burlona.

—Enternecedor. —Se situó detrás de Caedra. Jay hizo ademán de ir hacia él para detenerlo, y enseguida un par de guardias le sujetaron los brazos—. Pero ¿serás realmente capaz de soportar que rompa también tu otra ala, zeafírea?

—¡Ni se te ocurra! —gritó Jay, tratando de zafarse del agarre de los soldados, sin éxito. Sus pupilas se habían contraído hasta reducirse a un mero punto, sus ojos a nada de salirse de sus órbitas—. ¡No la toques!

Caedra apretó los dientes. Miró a Jay. Si seguía alterándose y hablándole de esa forma al emperador, temía que Shialih terminara por atacarlo a él.

—Jay. Puedo con esto —le aseguró, aplicando toda la firmeza que pudo a su voz.

—Muy noble por tu parte intentar calmar a tu compañero, zeafírea —comentó Shialih con sorna. Agarró el ala buena de Caedra entre sus garras, fingiendo observarla con interés—. Una pena, no está tan cuidada como cuando rompí tu otra ala. ¿No te ha sentado bien tu estancia en la caldera?

Caedra tuvo un escalofrío cuando el emperador tocó sus plumas. Se mordió el labio inferior, tratando de controlar su temblor. Ignoró la ristra de maldiciones que profirió Alastair.

Jay era incapaz de calmarse, respirando agitadamente. Sus ojos oscuros ardieron de furia al ver a Shialih estirar el ala de Caedra, acercando sus garras al nacimiento junto al omoplato.

—¡No, no, no! —Jay luchó por ir hacia delante, y los guardias tuvieron que clavar las piernas en el suelo para frenarlo. ¡Tenía que impedirlo!—. ¡Déjala…!

Crac.

Jay calló de golpe, sintiendo náuseas al escuchar ese terrible sonido, que jamás habría querido volver a oír. Las fuerzas lo abandonaron. Se quedó congelado, como si el mundo se hubiera detenido a su alrededor.

Caedra se mordió el labio con tanta fuerza que salió sangre. Se esforzó en contener su grito de agonía, desgarrándose la garganta por dentro. Pero igualmente se le escapó un gemido por el inmenso dolor que le atravesó el ala, que ahora caía junto a la otra, inerte. Agachó la cabeza, ocultando el rostro bajo una cortina de pelo enmarañado, y algunas lágrimas rodaron por sus mejillas. Parpadeó repetidamente y trató de controlar su acelerada respiración. Reprimió el temblor de sus hombros.

Shialih retrocedió y arqueó una ceja, decepcionado por no haber obtenido la reacción que esperaba.

—He de decir que admiro tu resiliencia, zeafírea. Tu mente es más poderosa de lo que pensaba.

Caedra no respondió, encorvada. Miró a Jay, que no había apartado la vista de ella, por debajo de las pestañas.

—Cai… —murmuró él, conteniendo un sollozo. Le ardían los ojos. Le dolía el pecho como si lo hubieran acuchillado, atacado por una brutal presión que era un cúmulo de culpa, ira, preocupación, rabia. Le habían roto las dos alas a Caedra por sus acciones. Y no había podido hacer nada para evitarlo. No había podido protegerla…

¿Acaso Caedra lo odiaría? Estaría en su derecho. Y Jay no sabría qué hacer sin ella.

—Sin embargo, aún no hemos terminado —anunció Shialih, irguiéndose. Ladeó la cabeza hacia Jay. Su sonrisa estaba cargada de crueldad—. ¿Tampoco aprendiste la lección la última vez de que lo mejor es que permanezcas en silencio? ¿Acaso crees que puedes hablarle así a tu emperador?

A Jay se le cayó el alma a los pies. ¿Por qué? ¿Por qué nunca hacía nada bien?

Shialih se giró hacia Caedra. Le asestó una patada justo donde tenía las costillas rotas, consiguiendo que a Caedra se le escapara un pequeño grito. La zeafírea cayó sobre su otro costado, escupiendo sangre.

Jay quería gritar su nombre. Quería ir con ella, quería defenderla… Pero no podía. Apretó tanto los dientes que le empezó a doler la mandíbula. Le temblaban los puños de la rabia. Shialih lo miró de nuevo, riendo al ver que se mantenía en silencio.

—Parece que solo necesitas que te repitan las cosas un par de veces para que las aprendas —comentó, disfrutando el espectáculo.

Se agachó y agarró a Caedra del pelo. La zeafírea no pudo resistirse, con sus manos aprisionadas en los grilletes detrás de la espalda.

—Déjala, por favor —suplicó Jay, con voz ahogada, aun cuando sabía que no serviría de nada. No lo soportaba más, no podía seguir viéndola sufrir y no hacer nada. Se sentía atrapado en una macabra pesadilla—. Haz lo que quieras conmigo, pero deja a Caedra, por favor.

Caedra quiso decir algo, pero esta vez no le quedaban fuerzas. Estaba mareada, tenía ganas de vomitar y le costaba respirar. Ya había llegado muy débil después de la tortura de la caldera. Cada vez estaba menos segura de poder resistir. Se encontraba al límite, a punto de romperse.

Y Jay, por cómo la miraba, también.

«Tienes que aguantar —le dijo Alastair con fiereza—. Caedra, aguanta. Se lo haremos pagar a este desgraciado que se hace llamar emperador. Pero para eso tienes que aguantar».

«No puedo más, Alastair…», pensó ella. Veía todo borroso. El entorno daba vueltas a su alrededor...

«Sí que puedes».

Shialih mantenía su sonrisa desalmada. Miró a Jay de soslayo, enseñando todos sus colmillos. Arrastró a Caedra por la alfombra hasta el escritorio.

—Una pena que la vida no sea siempre como queremos.

Caedra estaba tan débil, su consciencia pendiendo ya de un hilo, que prácticamente no sintió cuando su cabeza impactó contra la esquina de la mesa. Shialih la soltó, cansado de su juguete roto, y la zeafírea se derrumbó en el suelo, desorientada. Notó cómo un líquido caliente se deslizaba por su frente.

«¡Caedra!».

Hasta la voz de Alastair estaba distorsionada, dejándola incapaz de aferrarse a ella. Caedra suspiró y se sumió en la oscuridad.

Jay se quedó congelado, con los ojos abiertos como platos y la mandíbula desencajada, al ver que Caedra caía al suelo. La zeafírea no se movía. No se movía, no se movía… ¿Por qué no se movía?

Ni siquiera estaba seguro de si seguía respirando. No veía su pecho subir y bajar…

—¡Cai! —la llamó, el pánico filtrándose en su voz. Su corazón latía a mil por hora—. ¡Cai!

Caedra permanecía inerte. Estaba tirada sobre la alfombra blanca, ahora manchada de escarlata con su sangre, sus alas extendidas en un ángulo partido tras ella. Mechones de su pelo sucio caían delante de su rostro, impidiendo a Jay verlo con claridad.

—Dudo que pueda responderte —se mofó Shialih, sacudiéndose las manos.

Y Jay vio rojo.

La temperatura en la sala subió de golpe. El metal ardió. Los guardias, alarmados, no tuvieron tiempo de reaccionar. Jay derritió la cadena que le retenía y, con un grito desgarrador, rompió los grilletes. Separó los brazos y una onda de fuego salió despedida hacia atrás, haciendo que los soldados estallaran en llamas. Jay ignoró sus aullidos de agonía, centrado en un único objetivo. Le iba a hacer pagar…

Corrió hacia Shialih, pero el emperador no parecía preocupado. Cuando Jay estaba a punto de alcanzarlo, Shialih levantó la palma izquierda. Jay se quedó suspendido sobre la alfombra, incapaz de mover las articulaciones. Jadeó.

Shialih desvió con brusquedad su brazo hacia la pared. Jay se estrelló de espaldas, pero no cayó al suelo. El emperador lo mantuvo presionado contra el tapiz negro.

—Chico estúpido —escupió Shialih. Jay gruñó; sus manos temblaban de la fuerza con la que trataba de liberarse de su control mental, la ira recorría sus venas—. Te dije que no la mataría

todavía, y yo cumplo mi palabra. El torneo está a punto de empezar, así que ve y demuéstrame con un buen espectáculo que sigue mereciendo la pena que os mantenga a los dos con vida.

Bajó el brazo y lo dejó caer al suelo. Jay se derrumbó y tosió, mirándolo con el más profundo odio reflejado en sus ojos sombríos.

—Tu amiga se quedará conmigo. Si pierdes en la arena… —Shialih no terminó la frase. Su tono amenazador era lo suficientemente claro.

Jay desvió la mirada hacia Caedra, angustiado. Seguía sin moverse, pero ahora sí podía apreciar cómo su pecho subía y bajaba, si bien su respiración era demasiado tenue. El pánico le había jugado antes una mala pasada.

Necesitaba ir a su lado. No podía abandonarla. No quería dejarla a merced de Shialih… Pero no había nada que hacer contra la telekinesia del emperador.

Los guardias tiraron de él para levantarlo. Trató de resistirse, pero el gruñido de advertencia de Shialih fue suficiente. Jay se dejó llevar, echando un último vistazo a Caedra, con las llamas de la furia incendiando su interior.

***

Jay llegó a la sala donde estaban poniendo las armaduras a los luchadores. Darmacus abrió los ojos como platos al ver a Jay pasar a su lado e ir directo a darle un puñetazo a la pared con un grito de pura ira.

Algunos presos levantaron la vista para ver qué sucedía, pero una mirada de Darmacus fue suficiente para que volvieran a sus asuntos. Dada la gran cantidad de luchadores concentrados, el volumen de las conversaciones en el lugar era alto, la mayoría hablando entre ellos.

Darmacus se acercó a Jay. Puso una mano en su hombro y el chico giró la cabeza hacia él de golpe, casi haciéndose daño en el cuello. Tenía los nervios a flor de piel.

*—Jay, ¿qué ha pasado?*

*—Caedra* —contestó él con voz ahogada.

*—¿Tu amiga? ¿Qué pasa con ella?*

*—La ha castigado a ella, Darmacus* —explicó Jay, su mandíbula tensa. Le ardían los ojos—. *Y no he podido hacer nada para impedírselo.*

Jay le dio la espalda, con los hombros rígidos, tratando de controlar su respiración alterada. Darmacus apretó los labios, consternado.

*—Lo siento, Jay…*

Él sacudió la cabeza.

*—Tenemos que modificar el plan* —dijo en un susurro, mirándolo de nuevo—. *El emperador tiene a Caedra con él y la mantendrá a su lado todo el torneo.*

*—Maldición* —masculló Darmacus. Eso complicaba las cosas—. *¿Qué hacemos?*

Jay frunció el ceño. Había tenido intención de infiltrarse en los aposentos del emperador más adelante, cuando hubiera sacado a Caedra del estadio, para recuperar la gema astral. Ahora

parecía que iba a tener que ir allí de todos modos.

El plan original había sido que Jay lanzara un mar de fuego al público en su combate para sembrar el pánico. Mientras los espectadores intentaban huir, Darmacus y Lu-Min se encargarían de los soldados que custodiaban al resto de luchadores. Con un poco de suerte, algunos se unirían a la causa. Y aprovecharían el caos para bajar a la caldera.

Si atacaba al público, Shialih ejecutaría a Caedra de inmediato, pues la tenía junto a él. Pero ¿qué otra forma había de hacer que los espectadores salieran corriendo?

Dio otro puñetazo a la pared, frustrado. Sus posibilidades de escapar caían en picado. Justo cuando estaban tan cerca…

—*Jay, tienes que tranquilizarte* —le dijo Darmacus con seriedad. Agarró la mano del chico, viendo que ahora tenía la piel de los nudillos rasgada. Creó una fina capa de escarcha por encima —. *Si sales así a combatir, cometerás errores que pueden costarte la vida.*

Jay gruñó.

—*¿Se puede saber qué os pasa?*

Ambos se volvieron con rapidez al escuchar la voz grave de Kratmathor. El mestizo de torrogal y sekrimer los observaba con ojo crítico y los brazos cruzados.

Darmacus suspiró con pesadez.

—*Me temo que no vamos a poder seguir el plan original. Jay no va a poder atacar al público porque Shialih está con su amiga en sus aposentos.*

Kratmathor bufó.

—*Imaginaba que no podía dejar a unos críos como vosotros encargándose de algo tan complejo* —dijo. Sonrió con picardía—. *Por tanto, me encargué yo mismo de urdir un plan B.*

La mirada de Jay se iluminó.

—*¿Estás hablando en serio?*

—*¿Acaso me tomas por un bufón?* —ladró Kratmathor—. *Claro que estoy hablando en serio, chico.*

—*¿Y en qué consiste tu plan?* —quiso saber Darmacus, animándose de nuevo.

Kratmathor recuperó la sonrisa, mostrando todos sus colmillos.

—*No os preocupéis, puede que tarde un poco en conseguirlo, pero reconoceréis la distracción enseguida, en cuanto la veáis* —aseguró—. *Solo voy a sustituir el fuego de Jay para atacar al público por otra cosa… El resto del plan se mantendrá igual, si ese era el único problema.*

Dio media vuelta y se fue, sin más. Lu-Min, que acababa de terminar de equiparse las grebas, fue hacia ellos.

—*¿Qué os ha dicho?*

***

Caedra tardó unos segundos en ubicarse al despertar. Aunque solo había estado inconsciente

unos minutos, estaba bastante desorientada.

Era como si la hubieran destrozado por completo y la hubieran recompuesto solo a base de frágiles hilos. Le dolía todo el cuerpo y le costaba respirar. Notaba una veta de sangre deslizándose entre sus ojos, pero no le dio importancia. Se preocupó más por el hecho de que ya no sentía ninguna de sus dos alas. Ambas estaban rotas. Se le formó un desagradable nudo en la garganta que amenazó con asfixiarla.

«Estás en los aposentos del desgraciado al que le desgarraría las entrañas si pudiera», dijo Alastair, frío como un glaciar. Consiguió arrancarla de su estado de pánico y devolverla a la realidad.

Cierto. En concreto, estaba sentada en el balcón que daba al estadio. Miró a su derecha y vio a Shialih.

El emperador se percató de que había despertado y ladeó la cabeza.

—Observarás conmigo el torneo —le comunicó—. Un gran honor, ¿no crees?

Caedra se mantuvo en silencio. Shialih entornó los ojos.

—Contéstame cuando te hablo, zeafírea —gruñó.
—Sí —musitó ella con voz rasposa.

El estadio estaba a rebosar de gente. No cabría ni un alfiler en las inmensas gradas.

A Caedra le costaba mantener los párpados levantados. No solo por el cansancio y el mareo, sino también por la nueva sensibilidad que tenía ante la luz del sol tras haber estado encerrada en la caldera tanto tiempo. Esperaba que sus ojos no tardaran mucho en adaptarse de nuevo.

Se preguntó qué edad tendría el emperador. Era difícil estimar la edad de los sekrimers, y no se atrevía ni a observarlo de reojo para analizar su rostro ahora que lo tenía tan cerca, pero le daba la impresión de que era joven e impetuoso. ¿Habría sido siempre así de cruel?

El comentarista anunció el comienzo del torneo. Los cincuenta luchadores salieron a la arena para saludar al público, y Caedra buscó con la mirada a Jay. Lo encontró entre un aquitón y una pequeña denu, ahora ataviado con su armadura.

No parecía que él reparara en ella desde la arena. Caedra tuvo una sensación extraña al ver a Jay con la vestimenta y el porte de un auténtico guerrero. Cómo había cambiado aquel chico asustado que encontró por primera vez en la Tierra…

A pesar de la situación en la que estaban, su corazón se hinchó de orgullo ante lo mucho que había crecido y aprendido.

«Ojalá Kendrij pudiera verte ahora, Jay», pensó Caedra mientras sus ojos se empañaban de nostalgia.

Tras el saludo al público, la mayoría de luchadores, incluyendo a Jay, se fueron de la arena, permaneciendo solo las cuatro parejas que empezarían combatiendo.

—Estos espectáculos son una gran forma de mantener entretenido a mi pueblo y sacar provecho de todos los presos que capturo en mis campañas —dijo Shialih, recostándose en el respaldo de su mullido asiento, con las manos entrelazadas sobre su abdomen—. El pueblo lo disfruta y los

presos tienen un propósito mayor que estar condenados a pudrirse en una celda el resto de sus miserables vidas.

Caedra supo que Shialih quería que contestara.

—Es… un buen método —mintió entre dientes. Torció el gesto al notar un pinchazo en sus costillas rotas.

Shialih asintió con la cabeza, satisfecho.

Caedra miró disimuladamente por encima del hombro. Había un par de guardias detrás de ellos en el balcón, sosteniendo cada uno una lanza. Se preguntó dónde estaría la suya.

Era una tontería preocuparse por su arma, dadas las circunstancias, pero había sido un regalo de Kendrij y era todo lo que le quedaba de él. También había perdido la foto con Jay que había tenido guardada en el bolso…

Los combates empezaron. Caedra no prestó mucha atención, cansada, aunque, de haberse encontrado bien, los habría analizado con interés. Uno podía aprender técnicas nuevas en el lugar menos esperado.

Era difícil aislarse de la realidad, sin embargo. El hueso de su ala recién rota insistía en enviar ondas constantes de ardor por sus nervios. Una especie de pitido retumbaba en su cabeza. Y no podía respirar bien. Encima, tenía que considerarse afortunada, pues, al menos, ninguna de las costillas había perforado sus pulmones.

Necesitaba descansar…

«Lo que necesitas es darle una paliza al imbécil que está a tu lado —dijo Alastair—. Ya que no puedo hacerlo yo mismo».

«En el estado en el que me encuentro, veo pocas probabilidades de éxito», replicó Caedra, pero no lo hizo de mal humor. La voz de Alastair la reconfortaba en momentos como ese.

«No te preocupes. Yo me encargo la próxima vez que se atreva a atacarte», sentenció Alastair. Sus palabras eran un oscuro susurro.

«¿Qué quieres decir?», pensó ella, con el vello erizado.

«Lo sabes perfectamente».

Caedra frunció el ceño.

«Kendrij me hizo prometer que no mataría a nadie».

«¿Incluso a alguien que te ha dejado en este miserable estado? —Alastair bufó—. Creo que hasta él te lo perdonaría. Pero tranquila, no serás tú quien lo mate. Seré yo».

Caedra optó por no preguntar más al respecto. Los cuatro combates en la arena terminaron. Se declararon los ganadores y estos se marcharon. Los soldados retiraron los cadáveres de los perdedores.

Caedra no vio a Jay en la siguiente tanda de luchadores, por lo que volvió a sumirse en sus pensamientos.

Se vio interrumpida cuando el público emitió una colectiva exclamación de fascinación. Bajó la

vista a la arena, contemplando un aquitón que se elevaba sobre una ola, blandiendo un tridente de oro.

***

Jay observó a Darmacus hundir el tridente en el pecho de su contrincante, convirtiéndose en ganador del combate. Frunció el ceño. Tenía los brazos cruzados y se estaba clavando las uñas en la piel.

Cada vez que recordaba al emperador Shialih partiendo el ala de Caedra, su visión se teñía de rojo. Lu-Min percibía con claridad su mal humor; Jay exhalaba su ira. Por tanto, la denu no hablaba con él, optando por permanecer a su lado en silencio. Jay se sintió mal por no estar tranquilizándola, pero realmente no tenía ánimos para ello; no era capaz de calmarse ni a sí mismo. Y el combate de Lu-Min sería de los últimos; siempre podría hablar con ella después del suyo.

Ahora que Caedra no estaba con el resto de presos en la caldera, tendrían que separarse brevemente antes de reunirse de nuevo para salir del estadio. Darmacus, Lu-Min y Kratmathor bajarían a la caldera, mientras que Jay subiría a los aposentos del emperador a por Caedra.

Esa parte le preocupaba. Shialih antes había usado la fuerza psíquica contra él. Jay no sabía si sería lo suficientemente rápido como para asestarle un golpe mortal antes de que lo atrapara con su telekinesis. Y Caedra no estaría en condiciones de ayudarlo.

Darmacus regresó al pasillo. Jay asintió con la cabeza cuando lo miró en vez de verbalizar su felicitación.

Darmacus se paró junto a él y reposó una mano en su espalda.

—*Recuerda mantener la cabeza fría, Jay. La ira no te llevará a ninguna parte.*

Jay bufó y prefirió no contestar. La ira, si se aprovechaba, era el mejor aliado de un afín al fuego. Solo tenía que tener cuidado de no derrochar más energía de la necesaria y el fuego acudiría a su llamada en grandes cantidades, ansioso por cumplir sus deseos e incinerar todo a su alrededor...

Gritaron su nombre. Jay se irguió. Iba a echar a andar cuando una mano pequeña se cerró en su brazo.

Miró por encima del hombro, topándose con los enormes ojos almendrados de Lu-Min.

—*B-buena suerte, Jay* —logró decir ella, encogida e intimidada por su actitud.

Jay suavizó su expresión.

—*Gracias, Lu-Min. Pero no la necesitaré.*

Salió a la arena acompañado de los que lucharían a la vez que él. El sol rojo brillaba con fuerza en lo alto del cielo violeta, salpicado con algunas nubes.

Cada pareja se situó a una distancia considerable de las otras. Aunque no podían interferir de forma directa con los otros combates, si les alcanzaba un ataque que había salido disparado, mala suerte.

Jay analizó a su oponente, un sekrimer al que se le notaban las costillas y con brazos que

parecían unos palos.

Gruñó, incendiando sus puños con fuego azul. Disparó un par de proyectiles hacia el sekrimer, pero este lo sorprendió cuando levantó los brazos e hizo que las esferas de llamas se quedaran suspendidas en el aire.

Jay apretó los dientes. Otro telépata.

«Muy bien —pensó, envolviendo sus brazos enteros en fuego. El material ignífugo de sus prendas y armadura lo soportó—. No voy a contenerme“.

Todo lo que vio fue al emperador Shialih delante de él. Con un grito de guerra, lanzó una tormenta de llamas fantasmales hacia su oponente. Corrió hacia él y le dio una patada en la mandíbula. Sin detenerse, desenvainó su espada, con la punta de la hoja metálica ardiendo.

Esquivaba los ataques de su contrincante casi de forma automática. Atacaba sin piedad, con el fuego azul extendiéndose por toda la arena. Escuchó exclamaciones de los otros luchadores, pero las ignoró.

Recordaba una y otra vez al emperador rompiendo las alas de Caedra, los gritos de dolor de ella. Tenía que hacérselo pagar. Iba a vengarse.

Disparó fuego. Cortó con su espada. Así una y otra vez.

La audiencia entonó una cacofonía de chillidos y Jay se detuvo. Pensó que se trataba de algo que había hecho él o los otros combatientes, pero ellos estaban quietos, igual que él.

Jay sacudió la cabeza. Palideció al darse cuenta de que tenía la punta del acero rozando el pecho del sekrimer, que estaba tirado boca arriba en el suelo en medio de las llamas, su piel cortada y quemada, mirándolo con el terror reflejado en sus ojos reptilianos. El olor a humo los envolvía.

Se le revolvió el estómago. ¿Realmente había estado a punto de matarlo?

La ira lo había cegado. Jay no quería matar a ningún inocente. Apartó la espada, con la mano temblando.

No tuvo tiempo de pensar más en ello, sin embargo. Los luchadores a su alrededor gritaron y salieron corriendo hacia el pasillo. El sekrimer a sus pies, viendo que Jay no iba a mover su arma para ejecutarlo, se incorporó y los siguió.

Jay miró en la dirección contraria para comprobar de qué huían, confuso, y al fin divisó lo que había hecho saltar las alarmas entre la audiencia y sus compañeros.

Las rejas de las entradas por donde accedían las criaturas a la arena se habían elevado. Tres monstruosos goleths habían aparecido y, aunque incluso con su tamaño colosal no habrían podido llegar a las gradas, estaban levitando, por alguna misteriosa razón, hacia el público.

La gente chilló. Se levantaron, empujándose unos a otros y peleando por huir de ahí cuanto antes.

Y Jay lo entendió todo. Esa era la distracción de Kratmathor.

Tenía que concedérselo al veterano guerrero. Ingenioso y efectivo, aunque no sabía cómo lo había logrado.

Un soldado salió despedido en su dirección por un chorro de agua. Jay desvió su atención hacia el pasillo y sonrió para sus adentros al ver a Darmacus y Lu-Min reduciendo a los guardias.

Hora de moverse. Jay salió corriendo de la arena.

# Capítulo 27: Evacuación

El caos en el pasillo era absoluto. Lo primero que había hecho Kratmathor era gritar que conocía la ubicación de los presos. Tal y como habían predicho, la mayoría de luchadores se habían sumado al ataque a los guardias en cuanto habían visto la oportunidad de salir corriendo a la caldera a por sus seres queridos. Tras reducir a los guardias, los presos, liderados por Kratmathor, se fueron en dirección al subsuelo del estadio.

Jay alcanzó a Darmacus y Lu-Min, que se habían quedado atrás para esperarlo.

—*¿Estás seguro de que podrás tú solo contra el emperador?* —le preguntó Darmacus, empuñando su tridente.

—*No* —admitió Jay, recordando cómo Shialih lo había frenado con su telekinesis—, *pero no vais a venir conmigo. Tenéis que rescatar a tu hermano y a la madre de Lu-Min.*

Darmacus y Lu-Min intercambiaron miradas ceñudas.

—*Nos daremos toda la prisa que podamos* —dijo el aquitón—. *Te esperaremos en los túneles de las alcantarillas y, si no apareces, iremos a por ti.*

—*No tenéis por qué…*

Jay no pudo acabar la frase. Darmacus y Lu-Min se marcharon a la carrera para alcanzar al resto de combatientes. Jay sacudió la cabeza. Apreciaba que sus amigos quisieran ayudarlo, pero no quería que se arriesgaran a ser capturados de nuevo por él.

En cualquier caso, debía actuar rápido, antes de que los soldados desalojaran al emperador del estadio.

Fue a las escaleras y subió, empuñando su espada por si se topaba con algún enemigo. Tuvo que enfrentarse a un par de guardias, pero bastó con mostrarles su fuego azul para que salieran despavoridos. Jay supuso que no tendrían poderes. Habría preferido dejarlos inconscientes para que no avisaran a más soldados, pero no había tiempo para ir tras ellos.

Siguió avanzando.

***

Shialih se había levantado rápidamente al presenciar a los goleths irrumpir en la arena. Era una masacre. Llovía la sangre y la gente balaba aterrorizada: no eran más que un rebaño con el que los goleths se estaban dando un festín.

—*¡¿Se puede saber qué está pasando?!* —bramó Shialih en sekreo. Caedra no lo entendió.

La zeafírea estaba preocupada. Había visto a Jay salir corriendo hacia los pasillos, pero no sabía si estaría bien. Por la reacción del emperador y del público, Caedra supuso que la participación de esas criaturas en los combates no estaba prevista.

Los espectadores se empujaban para salir de las gradas. Los goleths rugían, desgarrando a todos los que alcanzaban. La cacofonía de gritos desesperados inundaba el estadio.

Los soldados a sus espaldas se acercaron al emperador, listos para llevarlo a un lugar seguro. Shialih, sin embargo, sacudió la mano, indicándoles que se retiraran.

—*Aseguraos de que todo marcha bien en la caldera* —les ordenó.

Estos asintieron y, tras una leve reverencia, se marcharon a la carrera. Shialih se giró hacia Caedra y entornó los ojos.

—No sabrás si tu amigo tiene algo que ver con esto, ¿no?

Caedra frunció el ceño.

—No.

Y era la verdad.

—Una lástima que no sepas nada. Porque yo sí tengo mis sospechas —afirmó Shialih. Se acercó a ella y la aferró del brazo, hundiendo las garras en su piel—. Nos vamos al palacio.

Caedra no podía irse antes de asegurarse de que Jay estaba bien, pero no tenía fuerzas para resistirse. El emperador la arrastró.

«Suficiente», dijo Alastair; su voz cortaba como el frío filo de una espada.

Caedra se quedó quieta, pero ella no había tenido intención de pararse. Extendió su brazo izquierdo, el que tenía libre, en contra de su voluntad.

«Alastair, ¿qué haces?», preguntó, no sin cierto temor, al darse cuenta de que la estaba controlando.

«Encargarme de este asunto».

Shialih se giró con los labios retraídos y sus colmillos expuestos, enfadado por que se hubiera detenido. Tiró de ella de nuevo, pero Caedra clavó los pies en el suelo.

Estampó la palma de la mano izquierda en el pecho del emperador. Este salió disparado a una velocidad vertiginosa, seguido de una corriente de bruma negra. Atravesó el escritorio, con la madera estallando en mil pedazos, y se estrelló contra la pared del fondo.

Caedra, todavía controlada por Alastair, fue hacia él. Shialih gruñó, con restos del cuadro que había destrozado sobre él, y su capa ahora desgarrada.

—¿Cómo te atreves, zeafírea insolente? —bufó, poniéndose en pie.

Caedra estaba sorprendida de que no estuviera más afectado después de ese tremendo ataque. Alastair, desde luego, tenía habilidad.

«Esto no es ni la mitad de lo que puedo hacer —replicó Alastair, ofendido—. Pero no estar en mi cuerpo tiene sus limitaciones».

Shialih trató de ir hacia ella. Se encontró con que sus pies no se despegaban del suelo. Bajó la vista y su frente se llenó de surcos. Estaban atrapados por las sombras.

«Deja de atacarlo —pensó Caedra, preocupada—. ¡Lo va a pagar con Jay!».

«He esperado ya el tiempo suficiente a que tu estúpido amigo humano haga algo, Caedra —espetó Alastair—. La única razón por la que no maté antes al emperador es porque estás débil y no habrías podido defenderte de los soldados. Pero ahora estamos solos».

«¿Y Jay?».

«Se las apañará, si es tan fuerte como dices. No voy a seguir esperando a que te ayude a escapar porque ya he tenido suficiente».

Shialih extendió la mano hacia Caedra. La zeafírea escuchó a Alastair bufar en su mente.

—Si crees que tu telekinesis va a funcionar conmigo, estás equivocado. —Caedra había hablado, pero no era ella la que había articulado esas palabras, sino Alastair, aunque no hubiera cambiado su voz.

«¡Para ya, Alastair!», exclamó Caedra, disgustada por no poseer el control de su propio cuerpo o de lo que decía.

Shialih arrugó el rostro, mostrando toda su frustración. Su poderosa telekinesis era, con diferencia, su mejor arma, y nunca se había encontrado con alguien a quien no le afectara. Desenvainó su espada y corrió hacia ella, veloz como una flecha.

Caedra saltó por encima de Shialih, impulsada por las sombras. El emperador solo consiguió cortar algunas plumas de los extremos de sus alas rotas.

La zeafírea aterrizó y se tambaleó; sus rodillas estaban a punto de fallar. Escuchó a Alastair gruñir.

«Estás demasiado débil —dijo él, frustrado—. Pero puedo con esto».

—¿Cómo te quedan fuerzas, zeafírea? —cuestionó Shialih, volviéndose hacia ella con rapidez —. Deberías estar en las últimas.

—Me temo que no estás hablando con ella, capullo.

El desconcierto se reflejó en la cara escamosa del emperador. Hizo levitar los trozos afilados de madera que habían quedado de la mesa y los lanzó hacia ella.

Caedra, controlada por Alastair, alzó la palma izquierda. Un vórtice de sombras giró a su alrededor, protegiéndola y desintegrando las estacas en cuanto entraban en contacto con las brumas.

—¿Qué clase de poder es ese? —preguntó Shialih, extrañado, flexionando las piernas con su espada por delante, preparado para defenderse—. Nunca había visto a un zeafíreo manejando las sombras.

—Una pena que vayas a quedarte con la duda.

Caedra, o Alastair, salió disparada hacia Shialih. Este alzó su arma, preparado para atravesarla con ella.

«¿Qué haces?», chilló Caedra. ¡Iban directos hacia el filo de metal!

Y justo antes de llegar a él… se desvaneció en un remolino de sombras. Shialih solo consiguió cortar el aire con su espada, y abrió los ojos como platos al ver lo que había sucedido.

Recibió una patada por la espalda y se fue de bruces contra el suelo, mientras el acero volaba fuera de su alcance. Caedra estaba ahora detrás de él, inclinando la cabeza y mirándolo con una frialdad que habría congelado un desierto.

—Me encantaría jugar contigo y hacerte sufrir —dijo ella; seguía siendo Alastair el que hablaba

—, para que pudieras experimentar lo mismo que Caedra. Pero está muy débil y no tengo tiempo. Por tanto, tendré que conformarme con matarte.

Caedra extendió la mano. La espada se envolvió en sombras y fue directa a ella. La agarró por el pomo.

—¿Quién eres? —siseó Shialih, boca abajo contra la alfombra. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para girar la cabeza y tratar de analizarla de reojo. Las brumas negras lo retenían.

—Tu fin —fue la gélida respuesta que obtuvo.

Y Caedra clavó la espada en Shialih, alcanzando su corazón por la espalda. Shialih tembló y se quedó inmóvil. Exhaló su último aliento.

Caedra jadeó y se derrumbó de rodillas junto a él. La alfombra estaba empezando a teñirse de rojo, pero esta vez la sangre no era suya. Soltó el arma, sus dedos laxos.

Acababa de recuperar el control de su cuerpo y le costaba respirar, sus pulmones ardían y sus músculos se quejaban. Se estaba mareando. Al controlarla, Alastair había forzado a su cuerpo a ignorar el dolor y el agotamiento. Ahora, estos regresaban de golpe.

Apoyó las palmas de las manos en el suelo. Miró a la derecha, donde el emperador yacía, inerte. No podía ver la expresión de su rostro, pues su cabeza estaba girada hacia el otro lado. Lo prefirió así.

«Es lo que se merecía —sentenció Alastair—. Tienes que levantarte».

Seguía escuchando los gritos provenientes de la arena. Empezaba a oír también algo de conmoción en el exterior del estadio, con el sonido entrando por el amplio ventanal en los aposentos del emperador.

Apretó los ojos. Si tan solo tuviera todavía la capacidad de volar, habría podido escapar saltando por la ventana. Pero ahora sus alas estaban rotas, nada más que un peso muerto en su espalda, y no sabía cuánto tiempo tardarían en curarse. Si es que se curaban.

—¿Cai?

Levantó los párpados al escuchar aquella voz tan familiar, temerosa. Le temblaron los brazos. ¿Sería una alucinación?

Alzó la vista. Jay estaba ahora en la entrada, jadeando por la carrera, empuñando su espada. Escrutó la sala para asegurarse de que no había nadie más antes de ir directo hacia ella.

Se detuvo, reparando en el cadáver de Shialih. Sacudió la cabeza.

—¿Lo has…? —Jay no terminó la pregunta. Aunque él mismo había tenido unas ganas inmensas de atravesar con su espada al emperador, no se esperaba que Caedra lo hiciera. Al fin y al cabo, la zeafírea estaba empeñada en mantener su promesa a Kendrij.

—Es largo de explicar— murmuró ella casi sin voz.

Jay se agachó a su lado, hincando una rodilla en el suelo. Los dos se miraron durante unos segundos, ignorando el ruido en la lejanía. Caedra sonrió.

—Me alegro de verte, Jay.

Jay no respondió, observándola con los ojos húmedos y un torbellino de emociones en su interior. La zeafírea estaba en pésimas condiciones, a punto de desmoronarse, y sentía que era por su culpa. Pero, por fin, volvían a estar juntos. Había temido que ese momento no llegara nunca.

—¿Jay? —lo llamó Caedra, ladeando la cabeza, preocupada al ver que no decía nada.

Él la abrazó y la apretó contra sí, enterrando su rostro en el hombro de Caedra. Le dio igual que estuviera cubierta de carbón de las minas o su olor a tierra y sudor. Necesitaba sostenerla en sus brazos y asegurarse de que realmente la tenía de vuelta junto a él. Ella reprimió un quejido cuando rozó las heridas en su espalda y presionó sus costillas rotas. Estaba demasiado aliviada por tenerlo de nuevo a su lado como para estropear el momento por eso.

Lo abrazó también, poniendo una mano en la cabeza del chico y sonriendo. Jay lloraba a mares y temblaba, desbordado por la emoción.

«¿Qué tal si dejáis la enternecedora reunión para cuando hayáis salido del estadio?», dijo Alastair, irritado.

Caedra lo ignoró. Inspiró profundamente, con calma. El olor familiar de Jay, a cuero y al humo de hoguera, como era característico en afines al fuego, la reconfortó.

—Lo siento, Cai —musitó Jay. Su voz ahogada sonaba distorsionada por la tela de la camisa de Caedra—. Estás así por mi culpa y…

—No ha sido tu culpa, Jay —lo cortó ella, frunciendo el ceño. Acarició su pelo revuelto con los dedos, con la esperanza de que se relajara un poco—. El único culpable de todo esto ha sido el emperador, y ya está muerto.

Jay respiró hondo. Asintió con la cabeza y la estrechó unos segundos más en sus brazos, temiendo que, si la soltaba, se rompería en pedazos. Parpadeó con insistencia, aunque era difícil que le dejaran de arder los ojos. Esas dos semanas habían sido las peores de su vida. Le habían parecido una pesadilla eterna. Había estado aterrado, temiendo no volver a ver a Caedra, fallarle en la arena, que ella sucumbiera a sus heridas…

Sin embargo, por mucho que le hubiera gustado, no podían quedarse así para siempre. Se apartó ligeramente para observarla de nuevo, manteniendo las manos en los brazos de la zeafírea.

La fea cicatriz que ahora surcaba el rostro de Caedra hizo que se le encogiera el corazón. No sabía qué clase de torturas había tenido que soportar la zeafírea en el tiempo que habían estado separados. Su aspecto distaba mucho del de la Caedra que él recordaba antes de acabar atrapados en Titaia. Estaba herida, maltratada, cubierta de suciedad y sangre. Sus alas estaban rotas…

Pero sus ojos amarillos, que tanto había echado de menos y había anhelado ver de nuevo, lo miraban con profundo cariño. A pesar de que Jay sentía que le había fallado, Caedra no lo odiaba. La presión en su pecho se hizo más ligera.

Se frotó los ojos con el dorso de la mano, endureciendo su expresión. Todavía no estaban a salvo.

—Es hora de irnos de aquí —declaró con firmeza.

«Al fin os dais cuenta», dijo Alastair, sarcástico.

Jay ni se molestó en preguntarle a Caedra si podía andar; era evidente que no estaba en condiciones. Se dio la vuelta para que subiera a su espalda. Caedra cerró los brazos en torno al cuello de Jay y él puso las manos en las piernas de la zeafírea, levantándose con rapidez. Caedra de por sí no pesaba mucho; ahora que estaba esquelética, no pesaba nada.

—La gema astral —le recordó Caedra a Jay, señalando la piedra rosa que había caído al suelo, tras salir volando por los aires cuando se había destruido la mesa.

Jay se inclinó y la recogió, guardándola en el bolsillo de sus pantalones. Se irguió de nuevo y se aseguró de que tenía a Caedra bien sujeta.

Salieron al pasillo. Continuaba desierto, y a Jay le extrañó que no hubiera ido algún soldado a proteger al emperador.

Cuando llegó a las escaleras, halló la causa de que no se hubiera topado con ningún guardia. Darmacus, empuñando su tridente, se giró al escucharlos. Había varios cuerpos de soldados a sus pies.

—*¡Jay!* —lo llamó el aquitón, aliviado al divisarlo con Caedra en su espalda—. *Iba a subir a por ti. Ya hemos liberado a todos los presos, ¡vamos!*

Caedra no entendió nada de lo que dijo. Pero vio a Jay asentir con la cabeza y salir corriendo tras el aquitón. Supuso que lo conocería de algo.

—*¿Dónde está Lu-Min?* —preguntó Jay a Darmacus mientras se desplazaban por los pasillos.

—*Está ya fuera con su madre.*

Un par de soldados doblaron la esquina. Soltaron una exclamación al verlos. Darmacus, sin bajar el ritmo, deslizó su tridente por el aire, y tres chorros de agua despedidos de sus dientes golpearon a los soldados empujándolos contra la pared. El agua se solidificó y se convirtió en hielo, dejándolos atrapados contra la piedra. Jay y Darmacus pasaron a su lado con rapidez.

Abandonaron el estadio. Caedra apretó los ojos cuando los rayos del sol rojo golpearon su rostro. La gente a su lado gritaba y huía despavorida hacia las calles de la ciudad.

Darmacus se desvió a la derecha. Jay lo siguió. Se adentraron en un callejón, al final del cual había un hueco en el suelo cubierto por una rejilla de metal. Darmacus se agachó y retiró la rejilla sin mucho esfuerzo, indicando que ya había sido forzada previamente.

Saltó por el agujero, Jay tras él. Cayeron al fondo con un chapoteo. Caedra abrió los ojos de nuevo al dejar de notar la luz contra sus párpados. Ahora estaban en un largo túnel de piedra circular, con el agua de las alcantarillas fluyendo a sus pies.

Jay escuchó de inmediato a una voz femenina y aguda llamándolo:

—*¡Jay!*

Caedra divisó a un par de denu apartadas en la pared izquierda. El rostro de la zeafírea se iluminó al reconocer a una de ellas.

—¡Na-Dwa! —exclamó, y Jay, tras sonreír a Lu-Min, la miró por encima del hombro, confuso.

—¿La conoces? —le preguntó, desviando su atención hacia la denu mayor.

Na-Dwa sonrió al ver a Caedra. Se acercó a ellos.

—*Caedra, no te imaginas cuánto me alegro de verte* —dijo, aun sabiendo que la zeafírea no la entendería—. *Me quedé muy preocupada cuando te fuiste esta mañana.*

Jay arqueó una ceja. Contuvo la risa al ver la expresión perpleja de Lu-Min, deduciendo con facilidad que la denu era su madre.

—*Bueno, Lu-Min, parece que tu madre y mi amiga ya se conocen, así que nos podemos ahorrar las presentaciones* —bromeó.

—Jay, ¿cómo hablas su idioma? —le preguntó Caedra, frunciendo el ceño.

—Es por este amuleto —explicó él, bajando la vista y mirando el medallón que reposaba en su pecho. Se percató de un detalle importante y se giró hacia Darmacus, cambiando al idioma sekreo—: *Darmacus, ¿y tu hermano?*

El aquitón dibujó una mueca en su rostro.

—*No lo vi en la caldera. No sé si Kratmathor lo liberaría antes de que llegara yo y salió huyendo* —contestó. Suspiró con pesadez—. *No podrá salir de Kandor con facilidad, ahora mismo la capital está muy vigilada, así que investigaré por la ciudad.*

—*Lo siento* —murmuró Jay. Eso sí que era mala suerte—. *Estoy seguro de que lo encontrarás.*

—*¿Creéis que el emperador estará muy furioso?* —dijo Lu-Min, yendo a darle la mano a su madre.

Darmacus bufó.

—*Eso está claro.*

Jay se encogió.

—*Ya, sobre eso…* —empezó.

El sonido de un cuerno resonó por toda la ciudad, expandiéndose como una ola.

—*¿El cuerno imperial?* —dijo Darmacus, extrañado, alzando la vista hacia el agujero en el techo, por el que se filtraba la luz solar que iluminaba el túnel.

—*Caedra ha matado al emperador* —anunció Jay. El aquitón y las dos denu giraron las cabezas hacia él de golpe.

—*¿Qué?* — soltó Darmacus, con los ojos abiertos como platos.

—*¿En serio?* —dijo Lu-Min, llevándose una mano al pecho.

—*En serio* —asintió Jay.

—*En ese caso, será mejor que nos movamos cuanto antes* —decidió Darmacus, echando a andar por el agua. Sus compañeros lo siguieron—. *Kandor se va a sumir en un auténtico caos… Va a haber una verdadera carnicería con la sucesión.*

—*¿El emperador no tenía hijos?* —inquirió Jay.

—*No, ni hermanos* —contestó Darmacus, sacudiendo la cabeza—. *Pero eso nos beneficia. Las casas nobles no pondrán tanto interés en buscar al verdadero culpable del asesinato; se acusarán entre sí para desprestigiar a sus enemigos de cara a la sucesión al trono.*

Caedra no entendía nada de lo que estaba discutiendo Jay con sus amigos, por lo que no se molestó en escuchar. Estaba agotada y, ahora que avanzaban despacio, apoyó la cabeza en el hombro de Jay. Cerró los ojos, suspirando.

Esas dos últimas semanas habían sido un auténtico infierno, y tenía cicatrices que se las recordarían el resto de su vida. Pero daba igual. Jay estaba bien, volvía a estar con él, habían recuperado la gema astral y, en cuanto salieran de la ciudad, irían al portal que los llevaría de vuelta a Gea.

Echaba de menos a Hadriel. Y a Tarvo. Hasta a Valikia, con la que había mejorado mucho su relación. Esperaba que estuvieran bien.

«Para ellos habrá pasado menos tiempo que para vosotros —le recordó Alastair—. Aunque no sé cuánto menos, exactamente».

«Ojalá no tardemos mucho en averiguarlo», pensó Caedra.

Era agradable, por fin, relajar los músculos. El olor en las alcantarillas no era el mejor, pero a Caedra le parecía el paraíso en comparación con el calor infernal de la caldera. El sonido de los pasos de Jay y sus compañeros chapoteando en el agua era como música para sus oídos, un mar de calma…

Jay miró de reojo a Caedra al notarla apoyar la cabeza en su hombro. Su respiración se había vuelto lenta y pausada.

—Cai, ¿te has dormido? —le preguntó en un susurro.

Su silencio fue respuesta suficiente. Jay esbozó una pequeña sonrisa. Todavía les quedaba escapar de la capital de aquel imperio, pero ahora que tenía a Caedra de nuevo con él, sentía que era todo posible. Volvían a estar juntos, habían escapado del estadio e iban rumbo a Gea a reunirse con Hadriel, Tarvo y Valikia.

***

Caminaron por las alcantarillas durante el resto del día. En algún momento de la tarde, Darmacus subió a las calles para robar un poco de agua y comida, lo cual no fue difícil en medio de todo el revuelo por lo sucedido en el estadio.

Se perdieron en un par de ocasiones mientras avanzaban, teniendo que retroceder y probar con otro túnel, pero, al caer la noche, llegaron al borde del alcantarillado de Kandor. Unas rejas marcaban el final del túnel por el que caminaban.

—*Jay* —dijo Darmacus, señalando los barrotes.

Jay asintió con la cabeza.

—Cai, dame un momento— le dijo a la zeafírea, que ya estaba despierta.

Ella bajó de su espalda con lentitud. Jay pasó la mano izquierda por su cintura para que se apoyara en él. Mientras, extendió la derecha hacia las rejas, disparando un torrente de fuego.

Estuvo así durante varios minutos. La temperatura del lugar aumentó y los barrotes empezaron a calentarse, iluminados por las llamas azules.

Jay paró. Volvió a subir a Caedra a su espalda y se apartó para dejar espacio a Darmacus, que

extendió los brazos. De sus manos salió despedido un rayo de hielo que impactó en las rejas. Hubo un siseo y de ellas brotó una onda de vapor.

El aquitón se acercó y descargó un fuerte golpe con la ayuda de su tridente. Los barrotes se rompieron y cayeron al agua con un chapoteo.

—*Bien, por aquí saldréis de Kandor sin problemas* —les comunicó a sus compañeros, girándose hacia ellos.

—*Espera, ¿no vienes con nosotros?* —inquirió Jay, frunciendo el ceño.
Él negó con la cabeza.

—*Tengo que quedarme hasta que encuentre a mi hermano.*

Jay hundió los hombros. Lo entendía, pero no había contado con separarse tan pronto de su nuevo amigo una vez lograran escapar.

—*Vamos, Jay, no pongas esa cara* —dijo Darmacus con una sonrisa, dándole una palmada en el brazo—. *Estaré bien. Y tú en nada estarás de vuelta en tu mundo.*

Lu-Min agachó la cabeza al escuchar esto.

—*¿Por qué nos tenemos que separar todos?* —balbuceó con tristeza—. *Los amigos deberían permanecer juntos.*

—*A veces hay que tomar caminos separados en la vida, Lu-Min* —contestó Darmacus con suavidad—. *Pero eso no impedirá que sigamos siendo amigos.*

Lu-Min no dijo nada, apenada. Abrazó a Darmacus con fuerza, tras lo cual fue de nuevo con su madre.

Jay suspiró tristemente.

—*Cuídate, Darmacus. Espero que algún día volvamos a vernos.*

—*Mientras sea en mejores circunstancias* —bromeó él. Ambos sonrieron—. *Buena suerte, Jay. Y Lu-Min, no te preocupes. Iré pronto a visitarte a tu bosque.*

Darmacus dio media vuelta, regresando por el túnel por el que habían venido. Jay y Lu-Min lo observaron alejarse con el pesar reflejado en sus rostros. Na-Dwa acarició el pelo de su hija. Caedra frunció el ceño.

—¿A dónde va? —le preguntó a Jay, extrañada.

—A buscar a su hermano —contestó él—. La verdad es que lo voy a echar de menos. Me ha enseñado muchas cosas y me ha ayudado a sobrevivir en la arena.
—Vaya. Me habría gustado darle las gracias —murmuró Caedra, apenada.

Jay rio con suavidad.

—Me temo que no te habría entendido.

—No seas malo. Me podrías haber prestado tu amuleto un par de segundos —replicó Caedra, poniendo los ojos en blanco.

—No sé, no sé. Entonces no podría entender lo que diríais y no sabría si me estabais insultando

—bromeó él.

—No seas tonto, Jay.

Él soltó una carcajada. Se giró hacia Lu-Min y Na-Dwa.

—*Salgamos de aquí.*

***

Caminaron otra media hora por el túnel. Las paredes y el techo ya no eran de piedra, sino de tierra, indicando que, efectivamente, habían salido de la ciudad. No la tenían tan bien vigilada como temían ya que no había soldados patrullando las alcantarillas, pero Jay no iba a quejarse. Supuso que era cierto lo que Darmacus dijo de que nadie iba a preocuparse por atrapar al verdadero asesino del emperador.

Cuando el agua a sus pies empezó a fluir más rápido, indicando el principio de una corriente, se detuvieron.

—*Creo que este es buen sitio para salir* —dijo Jay, alzando la vista. Como seguía llevando a Caedra, con ambas manos ocupadas, había creado una llama para encender una rama que Lu-Min había hecho crecer en la pared de tierra.

La denu le pasó la rama a Na-Dwa. Elevó los brazos hacia el techo y se concentró. Se abrió un hueco en la tierra, con trozos cayendo al agua. Se vio el cielo estrellado.

Na-Dwa soltó la rama, que se apagó. Lu-Min hizo crecer unas gruesas raíces hacia el exterior por las que trepó con habilidad. Na-Dwa la imitó.

—Agárrate bien— le dijo Jay a Caedra, soltando sus piernas para asir las raíces. Ella se aferró a su cuello y los dos subieron.

—*No me lo puedo creer* —murmuró Lu-Min una vez salieron todos, emocionada, con una suave brisa removiendo su pelo—. *¡Estamos fuera!*

Efectivamente, ahora se encontraban en el bosque de árboles de gruesos troncos y espesas copas, que rodeaba la ciudad de Kandor. Las estrellas resplandecían en la oscura bóveda celeste y se escuchaba una especie de búho en la distancia.

Jay alzó la vista al cielo. Era la primera vez que lo veía de noche en Titaia. Había dos lunas gemelas, también más pequeñas que la luna en la Tierra y en Gea, de color violeta.

—Son preciosas —comentó Caedra, fascinada con la imagen. Era digna de ser retratada en un cuadro.

Jay estaba de acuerdo, pero decidió que ya tendrían tiempo más tarde de admirar el paisaje. Ahora estaban todos cansados y lo primero sería encontrar un refugio para pasar la noche.

—*Lu-Min, ¿hay alguna cueva o algo parecido por aquí cerca?* —le preguntó. Realmente se podrían instalar en cualquier claro, pero Jay prefería no confiarse. Una cueva les ofrecería más protección y estarían más escondidos en caso de que salieran soldados de Kandor.

—*Creo que sí* —asintió ella—. *Seguidme.*

La denu los guio entre los árboles, moviéndose con facilidad en su elemento. Estaba nerviosa,

compartiendo la preocupación de Jay sobre posibles rastreadores en su busca, pero no podía evitar sonreír cuando las hojas de los arbustos rozaban su piel.

Llegaron a un montículo de tierra. Lu-Min creó una abertura que ensanchó hasta convertirla en una cueva con facilidad. Tapó un poco la entrada, pero dejó suficiente espacio para que entraran la luz y el aire.

Jay se permitió relajarse una vez estuvieron dentro. El bosque continuaba en silencio; lo único que se escuchaba era el ruido del viento removiendo las hojas de los árboles y algunos pájaros nocturnos.

Le habría gustado que Darmacus estuviera con ellos, pero entendía que el aquitón no quisiera abandonar a su hermano. Había estado luchando todos esos años en el estadio para mantenerlo con vida.

Ahora solo quedaba descansar. A la mañana siguiente acompañarían a Lu-Min y a Na-Dwa a su hogar, en la base de las montañas, tras lo cual solo tendrían que encontrar el portal…

… Y, al fin, regresarían a Gea.

# Capítulo 28: A la luz de dos lunas

Jay era incapaz de dormir. El más mínimo ruido le hacía erguirse, solo para comprobar que se trataba de un animal parecido a un conejo removiendo los arbustos. Resignado, se había sentado con la espalda apoyada en la pared de tierra.

La noche estaba avanzada. Pero Jay seguía nervioso, convencido de que alguien los iba a encontrar en cualquier momento. Ni siquiera se había atrevido a encender una hoguera.

Lu-Min y Na-Dwa dormían abrazadas al fondo de la cueva. Caedra estaba tumbada a su lado sobre el costado derecho, de cara a él. Jay no podía ni imaginarse lo cansada que estaba Caedra; se había sumido en un sueño profundo al instante.

Lu-Min, con Na-Dwa guiándola en el proceso, había curado las múltiples heridas en la espalda de la zeafírea y la brecha en su frente mientras dormía. Jay esperó que esto la animara un poco, porque las denu le habían comunicado que no podían hacer nada por sus costillas y alas rotas, o por la cicatriz que le iba a quedar en el rostro.

Jay sabía que Caedra estaba destrozada por dentro, aunque intentara ocultárselo. Sin sus alas, no era capaz de volar. Volar era lo más importante para un zeafíreo. Na-Dwa le había informado de que era una rotura total. Nunca había tratado alas rotas, por lo que no podía ayudarla de ninguna manera.

Extendió una mano hacia Caedra, dejándola caer sobre su mejilla izquierda, marcada por aquel profundo corte. Deslizó sus dedos por la cicatriz, parando antes de llegar a su ojo, notando la textura rugosa. Frunció el ceño. Las semanas que habían estado separados habían sido un infierno para Caedra. Había sufrido, a solas…

La vio levantar ligeramente los párpados y apartó la mano, sorprendido. Ella lo miró, somnolienta.

—Cai… ¿Te he despertado? —preguntó Jay, arrepentido.

Ella se sentó y disimuló un bostezo.

—No, tranquilo.

Jay estaba convencido de que sí, pero no insistió. Caedra se llevó una mano a la frente y arqueó las cejas. Miró por encima del hombro, tratando de comprobar el estado de su espalda.

—Lu-Min te ha curado, con la ayuda de su madre —explicó Jay—. Han hecho lo que han podido, pero…

—Está bien —dijo Caedra, sonriendo—. Esto ayuda bastante.

Su espalda ya no ardía con cada movimiento que realizaba. Estaba ahora cubierta de feas cicatrices, pero las heridas se habían cerrado. La cabeza le dolía menos y, tras haber descansado, su mareo había desaparecido.

Jay miró las alas de Caedra, extendidas en el suelo. Sus plumas estaban sucias y desgarradas de arrastrarlas. Sabía lo mucho que las cuidaba siempre, asegurándose de que estaban limpias y perfectas para maniobrar en el aire con precisión.

Hundió los hombros. Se sentía fatal; una angustia constante lo reconcomía por dentro. Le habían roto las alas por su culpa y no podía hacer nada para ayudarla. ¿Y si Caedra no volvía a volar? No se lo perdonaría nunca.

Caedra lo vio observando sus alas. Torció el gesto.

—Jay, por favor, deja de pensar en eso —dijo Caedra, cruzando las piernas—. No es tu culpa.

—Sí que lo es —replicó él con cierta agresividad—. Sé lo mucho que te duele tener las alas así.

—Ya casi no noto el dolor… —empezó a decir ella.

—No es solo el dolor físico, Cai —la interrumpió él, mirándola fijamente a los ojos—. Para de ocultarlo para que no me sienta peor. Siempre haces lo mismo.

Caedra calló. Clavó la vista en el suelo. Pasaron varios segundos de silencio.

Jay suspiró profundamente.

—Cai…

—Sí, Jay. Me encuentro muy mal —murmuró ella; su voz apenas era audible—. Tengo miedo. No sé si voy a poder volar de nuevo. Y, aunque lo haga, ya nunca será de la misma manera. Siempre quedarán secuelas. —Parpadeó varias veces y sacudió la cabeza—. Pero… no es tu culpa. Por favor, no pienses eso.

—Es solo que… —Jay gruñó. Se llevó el puño a la boca y se mordió el labio. Respiró hondo—. Está bien. Lo intentaré.

No era tan sencillo para él. Sin embargo, estaba claro que la zeafírea no quería hablar del tema, así que lo dejaría pasar.

Caedra esbozó una sonrisa cansada y se levantó. Jay alzó la vista para mirarla, con evidente desconcierto.

—Voy a ver si hay algún río por aquí cerca en el que pueda lavarme —dijo ella—. Estoy hecha un desastre…

—¿Ahora? —replicó Jay, perplejo. Se puso en pie—. ¿No puedes esperar a la mañana?

—Entonces será más complicado. Ahora es más difícil que alguien me vea —explicó Caedra, echando a andar hacia el hueco en la tierra—. No tardaré.

Jay dibujó una mueca en su rostro. Miró a Lu-Min y a Na-Dwa, que dormían plácidamente. Se giró de nuevo hacia Caedra, que ya había salido de la cueva. No estaría tranquilo si la perdía de vista, después de haber estado esas semanas separados. Pero tampoco podía dejar a las denu solas. Aunque se suponía que Caedra no se iba a alejar mucho…

Maldijo para sus adentros.

***

A Caedra se le puso la piel de gallina al sumergir los pies en el río helado. No era muy ancho, y estaba lleno de rocas, pero tenía la suficiente profundidad. Caedra se adentró hasta que el agua le llegó a la cintura y se hundió del todo.

Sacó la cabeza del agua, echando su pelo mojado hacia atrás. Empezó a frotarse los brazos.

Seguía agotada, y, aunque sabía que nada borraría las secuelas de su tiempo en la caldera, quería quitarse cuanto antes toda la suciedad, el carbón y, sobre todo, la sangre seca que la cubrían.

Se quedó congelada al tocar sus alas, que flotaban alrededor, inertes. Liberó un suspiro tembloroso. Se recostó contra una roca que sobresalía en la superficie del río, cruzando los brazos y apoyando el pecho con cuidado para no presionar sus costillas rotas. Reposó la cabeza entre sus brazos, agradeciendo la superficie húmeda y fría de la piedra. Le ardían los ojos y se le había formado un nudo en la garganta.

Dejó fluir las lágrimas por sus mejillas. Se le escapó un sollozo. Tenía las alas rotas. Partidas por completo. No podía volar. Sin la ayuda de sus alas, tampoco controlaría el viento de la misma manera.

«Caedra, céntrate —gruñó Alastair, antes de que se ahogara en un mar de agonía—. Tus alas se curarán».

«Están demasiado destrozadas», replicó ella.

«Encontraremos la forma».

«No voy a poder defenderme. Soy inútil sin mis alas».

«Caedra, dijiste que me demostrarías que eres fuerte —espetó Alastair—. Esto es patético».

«Todos tenemos momentos de debilidad», se defendió ella, dolida por sus palabras.

«Los mortales sois demasiado frágiles», declaró él. La frialdad de su tono se clavó como un carámbano de hielo en su corazón.

«Alastair…».

—Cai.

Caedra levantó la cabeza de golpe, dejando caer los dedos al río con un ligero chapoteo. Miró hacia la orilla, donde ahora estaba Jay, observándola con unas finas líneas entre sus cejas.

La zeafírea se frotó los ojos con el dorso de la mano. Cruzó un brazo en su vientre, en un intento de aplacar su estómago revuelto, y se aclaró la garganta.

—Jay, ¿qué haces aquí?

—Eh… Solo quería ver cómo estabas —dijo él, inclinando la cabeza y llevándose una mano al cuello, incómodo—. Por si querías compañía. Pero puedo irme si prefieres estar sola. —Alzó la vista y tosió, notando el calor en las mejillas—. Quiero decir… ¿No te has quitado la ropa, no? Porque tampoco voy a quedarme si…

Caedra rio, sin poder evitarlo. Jay calló, sonriendo al escucharla. Había echado de menos ese sonido, tan agradable como la brisa de aire fresco fuera del estadio.

—¿Qué? Tenía que asegurarme —se defendió él.

—No, Jay, no me he quitado la ropa —lo tranquilizó ella, divertida. Solo Jay conseguía animarla con algo tan estúpido. Fue a apoyarse a otra roca más cercana a la orilla, mientras que Jay se sentó en la tierra—. ¿No quieres dormir?

—No he podido dormir en toda la noche —contestó él, cruzando las piernas. Arrancó un tallo del suelo y lo fue partiendo con los manos—. No sé. Estoy nervioso. Siento que van a venir a por

nosotros en cualquier momento.

—Te entiendo —murmuró Caedra, bajando la vista. Deslizó los dedos por la superficie del agua, con las ondas moviéndose hacia la orilla—. Hubo un momento en el que llegué a pensar que nunca lograríamos salir de allí.

Jay suspiró pesadamente. Ese había sido su mayor temor.

—Siento no haber podido organizar la huida antes, pero el día del torneo era la única oportunidad que vimos clara…

—Lo sé, Jay.

—Cai, en serio, siento que te he fallado —confesó él, mirándola con rabia y dolor en sus ojos —. No pude defenderte del emperador ni de lo que te han hecho en las minas…

—Jay —lo cortó ella, fijando su atención en él con una intensidad que lo dejó rígido—. Te lo he dicho muchas veces a lo largo de estos años. Te centras en todo lo negativo. Nunca me has fallado.

—Pero…

Caedra prosiguió:

—Si estoy viva, es gracias a que tú ganabas tus combates en la arena. Sí, ahora estoy así. Pero esto estaba fuera de tu alcance; era imposible para ti estar en las minas. Lo que sí podías hacer era mantenernos con vida a ambos. Y lo has conseguido.

—Pero el emperador…

—El emperador está muerto. Ya no nos va a hacer más daño, Jay. Olvídalo.

Jay gruñó, encorvado. Soltó los trozos partidos del tallo y arrancó otro para repetir el proceso. Caedra sonrió, entre apenada y enternecida, al ver su frustración consigo mismo. Nunca cambiaría en algunos aspectos.

—Jay, no te imaginas lo orgullosa que me sentí cuando te vi salir a la arena —dijo ella—. Me di cuenta de lo mucho que has crecido y aprendido en estos años. Créeme, te has convertido en un digno luchador.

Jay la miró por debajo de las pestañas. Se atrevió a esbozar una tímida sonrisa.

—¿Tú crees?

—Lo he visto con mis propios ojos —asintió Caedra—. Has afrontado estas semanas sin venirte abajo. Has luchado y has salido victorioso. Céntrate en eso.

Jay no dijo nada durante unos segundos, pensativo. Soltó el tallo, o lo que quedaba de él. Se levantó y Caedra lo observó, expectante.

—¿Me permites que te ayude a limpiar las alas? —le preguntó Jay. Imaginó que, ahora que estaban rotas, Caedra tendría dificultades.

Ella agachó la cabeza y se llevó los dedos a los labios. Jay aguardó su respuesta, suponiendo que sería negativa. Nunca quería que nadie tocara sus alas.

—De acuerdo —aceptó Caedra con una sonrisa, sorprendiendo a Jay—. Me vendrá bien la

ayuda.

El corazón del chico se aceleró.

—Pues allá voy.

Jay entró en el río sin acusar el agua fría. Al ser afín al fuego, regulaba la temperatura de su cuerpo. Fue hasta Caedra y ella le dio la espalda. Sus hombros estaban tensos.

—Tendré cuidado —le prometió Jay.

Caedra asintió con la cabeza. Relajó los músculos.

—Lo sé.

Sus alas flotaban en el agua, inertes. Jay dibujó una mueca en su rostro al fijarse de cerca en su lamentable estado. Su aspecto distaba mucho del que él recordaba hacía unas semanas.

Cogió una de las alas entre sus manos. Frotó las plumas con delicadeza, como si estuviera trabajando con el más frágil cristal. Estaban cargadas de agua, por lo que su textura no era agradable (era similar a la de un trapo mojado), pero era la primera vez que Caedra le permitía tocarlas, lo cual, en cierto modo, le hacía ilusión. La calidez en su pecho remitió, sin embargo, al recordar que estaban partidas y desgarradas.

Caedra había apoyado la barbilla en sus brazos cruzados, que tenía sobre la roca. Se relajó y dejó caer los párpados mientras Jay limpiaba sus alas, encontrándose con que estaba menos nerviosa de lo que había pensado. Sus alas estaban destrozadas, pero Jay las trataba con mimo, casi acariciando las plumas.

—¿Cómo mataste al emperador? —inquirió Jay.

«Lo maté yo, estúpido mortal», ladró Alastair.
Caedra lo ignoró.

—No fui yo —le dijo a Jay, alzando la vista al cielo. No se cansaba de observar las dos lunas violetas.

—Pero no había nadie más en la sala cuando te encontré —replicó Jay, parando durante unos segundos para mirarla, extrañado.

—Fue Alastair.

—¿Alastair? ¿La sombra? —dijo Jay, arqueando las cejas—. ¿Por qué iba a ayudarte?

«No soy una simple sombra», gruñó Alastair. Se notaba que esa noche, por alguna razón, estaba de mal humor.

—Ahora somos amigos —explicó Caedra, mirando a Jay por encima del hombro y sonriendo.

Jay se quedó con la boca abierta. Sacudió la cabeza.

—¿Amigos? —repitió, incrédulo—. ¿Estás segura de que te puedes fiar de él?

—Jay… —dijo ella. Su tono era de advertencia. No tenía ganas de discutir.

«Imagino que no me permitirás tomar el control para darle su merecido», masculló Alastair.

«No», contestó Caedra de inmediato.

Jay suspiró profundamente, exhalando su preocupación. Siguió limpiando las plumas.

—Vale, vale… ¿Y cómo lo mató Alastair?

—Tomó el control de mi cuerpo cuando yo era incapaz de moverme por el estado en el que me encontraba —explicó Caedra, relajando los hombros de nuevo—. Usó sus poderes sobre las sombras y Shialih poco pudo hacer contra él.

Jay enarcó una ceja.

«Impresionante», pensó. No lo admitiría en voz alta.

—Bueno… Dale las gracias de mi parte —dijo entre dientes.

Caedra dejó escapar una suave carcajada.

—Lo haré.

«No voy a aceptar el agradecimiento de un simple mortal —sentenció Alastair, duro como una piedra—. Tardó demasiado en hacer algo útil y por eso tuve que encargarme yo del asunto».

«Te recuerdo que tienes que respetar a mis amigos —replicó Caedra—. Incluido Jay. Y él hizo todo lo que estaba en sus manos, Alastair».

—Mentiría si dijera que no deseaba atravesar yo mismo con la espada al emperador —admitió Jay, con una mueca en su rostro. La rabia aún burbujeaba en su interior—. Se merecía eso y más por lo que te hizo.

Caedra suspiró con tristeza.

—La verdad es que no sé cómo sentirme al respecto.

—¿En qué sentido? —preguntó Jay, confuso.

—Que esté muerto… ¿No lo maté yo, realmente? —murmuró ella, torciendo el gesto—. Alastair controlaba mis acciones, pero yo era… yo.

Jay se detuvo. Ladeó la cabeza y frunció el ceño.

—Lo dices por tu promesa, ¿verdad?
—Sí.

«Esa promesa es ridícula —dijo Alastair, irritado—. No puedes esperar no matar a nadie en mundos que están en guerra. Pero, en cualquier caso, Caedra, al emperador lo maté yo y nadie más. Eso no lo dudes».

Jay tenía la misma opinión:

—Fue Alastair, Cai. Él controlaba tu cuerpo; fueron sus acciones.

Caedra se quedó en silencio, pensativa. Apoyó la mejilla en la roca y cerró los ojos. Tenía un poco de frío por la temperatura del agua y la noche, pero lo prefería mil veces al infierno de la caldera. Se estaba realmente bien en aquel río en medio del bosque, con la naturaleza en paz.

—He perdido mi lanza… —murmuró ella en tono apagado—. Era lo último que me quedaba de Kendrij…

Jay paró de nuevo. La observó, apenado. Sabía lo mucho que significaba esa lanza para Caedra.

No se separaba nunca de ella y la cuidaba a la perfección; era extremadamente raro que un arma aguantara tantos años.

—Lo siento, Cai —dijo, poniendo una mano en su hombro. Porque no tenía sentido decir que la recuperarían, cuando era imposible; ni que ya conseguirían otra, porque no sería la que le había regalado Kendrij.

—También he perdido nuestra foto…

Jay presionó sus dedos en la piel de Caedra. Inclinó la cabeza. Era la única foto que tenían juntos, hecha justo el día antes de partir a Gea por primera vez.

—No te preocupes, seguro que cuando vayamos a la Tierra podemos recuperarla —dijo para intentar animarla.

Ella entreabrió los ojos y giró la cabeza ligeramente para mirarlo.

—¿Cómo?

—Si nadie ha encontrado el coche de mi padre, mi móvil todavía estará ahí —contestó Jay, reanudando su tarea de limpiar las plumas, pasando a la otra ala—. Y si no, tengo la esperanza de que mi nube siga activa. Guardé ahí todas las fotos.

Caedra frunció el ceño.

—¿Qué tienen que ver las nubes con las fotos?

Jay echó la cabeza hacia atrás y rio, incapaz de frenarse. Siempre le hacía gracia que la zeafírea no entendiera conceptos de la Tierra.

—No es una nube como las que tú conoces —explicó entre carcajadas—. Solo se llaman de la misma forma, pero no es algo físico.

—Ya… veo —musitó ella, aunque no lo comprendía muy bien.

Se sumieron en un silencio relajante, con el sonido de la suave brisa removiendo de vez en cuando las copas de los árboles y el arrullo del río fluyendo a través de las rocas.

—En nada volveremos a ver a los demás —dijo Caedra al cabo de un rato, alzando de nuevo la vista al cielo.

Jay siguió la dirección de su mirada. Las dos lunas violetas eran hipnóticas.

Sonrió.

—Tengo muchas ganas de darle un buen abrazo a mi padre. Espero que estén todos bien.

Caedra tensó las comisuras de los labios, recordando un pequeño detalle.

—Sobre eso… Alastair me contó que el tiempo en Titaia transcurre de forma más rápida que en Gea.

Jay desvió su atención hacia ella y arqueó una ceja.

—¿Cómo?

—Que mientras que aquí, en Titaia, han pasado unas semanas, puede que en Gea solo hayan pasado unos días. O un día. O unas horas. O unos minutos —explicó Caedra—. Alastair no sabe

con exactitud cuál es el desfase temporal, solo que el tiempo avanza más despacio en Gea.

Jay se quedó boquiabierto.

—No me lo puedo creer —dijo. Sacudió la cabeza—. Así que puede que volvamos… ¿y haya sido como si no nos hubiéramos ido?

—Es posible.

—La verdad es que eso me tranquiliza un poco —admitió Jay—. Porque, aunque se me hace raro que nosotros hayamos estado aquí sufriendo unas semanas que para ellos hayan sido solo unos segundos, así no habremos estado tanto tiempo separados.

—Eso es cierto —asintió Caedra. Dibujó una mueca en su rostro—. Y teniendo en cuenta que caímos por el portal justo cuando nos estábamos enfrentando a los Shak'ti…

—Ya, estoy bastante preocupado por eso —murmuró Jay, torciendo el gesto—. Confío en que se las apañaran contra ellos, pero los dejamos con una seria desventaja numérica… Estaría bien volver en el momento de la batalla para ayudarlos.

—Lo comprobaremos cuando volvamos, porque ahora mismo es imposible saber nada.

—Ya… Pero esa chica…

—¿La aprendiz del oráculo supremo?

—Sí. Se movía demasiado rápido, ¿recuerdas?
Caedra entornó los ojos.

—Es cierto… Era muy extraño. Nunca había visto algo así, aunque…

—¿Aunque…? —Jay la instó a continuar al ver que se callaba.

A Caedra le había recordado el momento en el que ella, controlada por Alastair y usando sus poderes, se había desvanecido en un cúmulo de sombras, reapareciendo a la espalda del emperador para pillarlo por sorpresa.

«La chica tenía los poderes de Luvann», dijo Alastair en tono aburrido.

—¿Qué? —soltó Caedra en voz alta sin darse cuenta.

—¿Qué pasa? —quiso saber Jay, irguiéndose, extrañado.

Caedra se volvió hacia él, con sus alas deslizándose por el agua y creando una serie de ondas en la superficie.

—Alastair dice que la chica tenía los poderes de Luvann.

—¿Qué? —repitió esta vez Jay, elevando las cejas.

«Se desplazaba a la velocidad de la luz —explicó Alastair, exasperado por que no lo dedujeran por sí mismos—. Por eso parecía que se teletransportaba».

«Pero… ¿Luvann está en su mente, como tú en la mía, y por eso tiene esos poderes? —inquirió Caedra, confusa—. ¿No se supone que Luvann sí sigue teniendo su propio cuerpo?».

«El capullo de Luvann sigue teniendo su propio cuerpo, sí —confirmó Alastair a regañadientes —. Pero puede conceder su poder a quien considere apropiado. ¿Cómo te crees, por ejemplo, que

los oráculos obtienen sus poderes? Las visiones no se heredan».

«Nadie sabe cómo obtiene un oráculo sus poderes —dijo Caedra. Abrió los ojos como platos, atando cabos. La criatura con poder sobre el tiempo era…—. Djaka. ¿Ella les da esos poderes?».

«Efectivamente. Djaka ni siquiera necesita contacto con la persona a la que desea conceder esos poderes; lo hace a través de una red mental, por eso nunca habéis averiguado que ella es la causa», explicó Alastair.

«¿Y cómo decide a quién dárselos?», quiso saber Caedra.

Alastair resopló.

«Djaka es caprichosa. No esperes lógica en sus decisiones».

«Pero entonces esa chica… —pensó Caedra, alarmada—. Es un oráculo, porque tiene visiones… También controla el agua… Y, además, posee el poder de la luz. ¡Es demasiado poderosa!».

«Todavía no, estaba muy verde con sus poderes —replicó Alastair—. Sin embargo, me temo que en un futuro sí acabará convirtiéndose en una de las personas más poderosas de Gea».

«Así que Valikia tenía razón y Luvann puede conceder sus poderes sobre la luz. Tendré que contárselo en cuanto volvamos».

—Cai, ¿estás aquí?

Caedra sacudió la cabeza, dándose cuenta de que Jay le había hablado.

—Sí, perdona… —murmuró ella, avergonzada. Devuelta a la realidad, una ráfaga de aire hizo que se le erizara el vello.

—Te habías quedado mirando a la nada —explicó él, divertido.

Caedra pasó una mano por su pelo todavía mojado, apartando algunos mechones que se habían pegado a su frente.

—Estaba hablando con Alastair.

Jay recuperó la seriedad en su rostro.

—¿Qué te ha dicho?

Caedra le contó todo, asegurándose de no olvidar ningún detalle. Jay escuchó con atención, abriendo cada vez más los ojos.

—Joder —soltó al final, llevándose una mano a la barbilla—. Ahora entiendo por qué esa chica es la aprendiz del oráculo supremo. Y cómo sabía él que Luvann no era un dios. Imagino que lo averiguaría cuando esa chica obtuvo sus poderes, o mirando sus recuerdos o algo.

—Algo así he supuesto yo también —asintió Caedra—. Así que deberemos andarnos con cuidado si tenemos que enfrentarnos a ella.

Jay se mordió el labio.

—La verdad es que no me pareció necesariamente malvada —confesó. Caedra arqueó una ceja —. Sé que te parecera raro, Cai, pero yo la conocí antes de que nos atacaran en las ruinas. Y tanto en ese momento, como durante el combate, parecía un poco carente de… emociones,

¿sabes? Como mínimo, no estaba disfrutando al atacarnos. ¿No es posible que el oráculo supremo la controle en todo momento?

Caedra hizo una mueca. Sopló otra corriente de aire y se sumergió de nuevo en el agua hasta los hombros por el frío.

—No lo sé, Jay —dijo al final—. Es una posibilidad, pero también puede que sea simplemente así. Si nos ataca, no dudes en devolverle el golpe. Porque ella no ha dudado al atacarnos.

—Ya… —Jay se llevó una mano a la cabeza, soltando un suspiro de frustración—. Todavía nos quedan muchas cosas por averiguar…

Caedra iba a decir algo, pero acabó por disimular un bostezo. Jay sonrió al verlo.

—Por ahora, sin embargo, creo que lo mejor será que intentemos dormir un poco —propuso, divertido, y se irguió.

—Una excelente idea… —murmuró Caedra, somnolienta. Ambos se dirigieron a la orilla.

Jay salió primero e inclinó la cabeza, comprobando que su ropa estaba chorreando agua. Se giró hacia Caedra, avergonzado.

—Me temo que no tengo ropa seca para darte…

—No te preocupes —dijo ella, siguiéndolo. Estiró los brazos, tratando de ajustar las mangas empapadas de su camisa, tan destrozada que dejaba su espalda al descubierto por completo—. Lo que estaría bien sería conseguir ropa nueva…

—Sí, en eso estoy de acuerdo —asintió Jay. Pasó un brazo por los hombros de Caedra, que se pegó a él para escapar del frío de la noche—. A ver qué podemos encontrar mañana.

Los dos regresaron a la cueva en la que Lu-Min y Na-Dwa permanecían durmiendo. Caedra entró y Jay, tras asegurarse de que no había nadie al acecho, fue tras ella.

Caedra se tumbó. La molesta sensación de la ropa mojada adherida a su cuerpo no impidió que se sumiera en un profundo sueño prácticamente de inmediato, más relajada ahora que estaba limpia.

Jay se acomodó a su lado, dándose cuenta de que, al fin, él también tenía sueño. Cerró los ojos, pensando que cada vez estaba más cerca de regresar a Gea y reunirse con los demás.

# Capítulo 29: La ruta de regreso

—*Nunca he oído nada sobre un portal en las montañas* —estaba diciendo Na-Dwa esa mañana mientras caminaban.

—*Yo escuché hace tiempo que los que venían de Gea hace siglos provenían de un lugar profundo y luminoso en la montaña, pero eso podría ser cualquier parte* —dijo Lu-Min.

—*Pues qué bien* —ironizó Jay. ¿Cómo se suponía que iban a encontrar el portal?

Se acercaban al corazón del bosque, donde había una diminuta aldea de denu en la que Lu-Min había estado viviendo con su hermano pequeño esos años, y a la que volvería ahora con su madre.

Jay se alegraba de que Lu-Min hubiera recuperado a su madre y pudiera regresar a su hogar, pero, al igual que a Darmacus, la iba a echar de menos. Se había encariñado con la joven denu y era duro saber que no se verían nunca más. Ni siquiera existía la posibilidad de realizar una visita si las circunstancias lo permitían más adelante, pues el desfase temporal hacía que el tiempo en Titaia pasara más deprisa. Para cuando Jay tuviera oportunidad de regresar, Darmacus y Lu-Min podrían ser ya ancianos.

Caedra y él continuarían avanzando hacia las montañas. Lu-Min les había informado de que en la base, al final del bosque, había un asentamiento de sekrimers donde podrían conseguir ropa nueva.

Poco después de mediodía se detuvieron para despedirse. Aunque Lu-Min y Na-Dwa les habían invitado a pasar con ellas unos días para recuperarse, habían tenido que rechazar la oferta. Jay estuvo tentado de aceptar, para prolongar la despedida, pero debían regresar a Gea cuando antes para asegurarse de que sus compañeros se encontraban bien.

—*Cuídate, Lu-Min* —le dijo Jay a la pequeña denu, agachándose y poniendo las manos en sus hombros—. *Y recuerda confiar siempre en tus habilidades. A mí ya me has demostrado que eres muy fuerte. Solo tienes que creerlo tú también.*

—*T-te voy a echar mucho de menos, Jay…* —balbuceó ella, agachando la cabeza, con las lágrimas rodando por sus mejillas.

—*Y yo a ti. Pero siempre seremos amigos, eso no lo dudes* —declaró él con firmeza. Lu-Min sollozó y asintió, lanzándose a los brazos de Jay, que la abrazó con fuerza.

Na-Dwa y Caedra se miraron entre sí. No podían entenderse, pero querían despedirse.

—*Gracias por cuidar de mí, Na-Dwa* —dijo Caedra con una sonrisa—. *Nunca lo olvidaré.*

—*Que Kealis te guíe en tu regreso a casa, Caedra.*

***

Caedra notaba que Jay estaba algo triste por haberse separado de los dos amigos que había conocido en el estadio. Caminaba con las manos en los bolsillos, mirando al suelo, detrás de ella.

—Piensa que en nada nos reuniremos con los demás —dijo para intentar animarlo.

Jay esbozó una sonrisa triste.

—Sí, estoy impaciente por verlos.

A media tarde, divisaron el asentamiento de sekrimers del que les había hablado Lu-Min. Era un puñado de cabañas de madera, muchas de ellas con las chimeneas encendidas. Detrás, se alzaba la imponente montaña.

—Vale, necesitamos ropa nueva y no tenemos dinero… —murmuró Jay para sí, con una mano en la barbilla, pensativo.

—Habrá que robarla —dijo Caedra, encogiéndose de hombros.

—Pero ¿cómo? No quiero tener que enfrentarme a nadie…

Caedra señaló una cabaña algo más apartada de las demás en la que habían dejado la ropa tendida en unas cuerdas. Jay suspiró pesadamente.

—Si no queda más remedio…

Jay rodeó el poblado, agazapado tras los arbustos. Se acercó y, sin que nadie lo viera, cogió de las cuerdas lo primero que vio. Caedra y él se alejaron por el bosque, bordeando la base de la montaña, y se detuvieron para cambiarse una vez consideraron que la distancia era suficiente.

Jay solo sustituyó la camiseta por una camisa blanca y una chaqueta de cuero marrón, pues sus pantalones seguían en un estado aceptable. Caedra no tuvo muchas dificultades para quitarse su destrozada camisa, pero necesitó la ayuda de Jay para ponerse la nueva ahora que no podía mover las alas.

—Estoy seguro de que mi padre sabrá qué hacer para curar tus alas, Cai —le dijo Jay mientras pasaba con cuidado el ala izquierda por el agujero que le habían hecho a la tela roja.

Caedra, de espaldas a él, se irguió cuando terminó y se abrochó la camisa. Le quedaba un poco grande, pero daba igual.

Sonrió.

—Sí, es posible que Hadriel sepa qué hacer —comentó. La nostalgia se reflejó en su mirada—. Cuando mi hermano desapareció y Hadriel tuvo que encargarse de cuidar de mí, lo recuerdo muchas tardes sentado a la sombra de un árbol en los jardines leyendo libro tras libro sobre los zeafíreos.

Jay rio.

—Sí, ese definitivamente es mi padre. —Alzó la vista a la montaña y adoptó una expresión seria, reposando las manos en las caderas—. ¿Dónde estará el portal…?

—Los portales que hemos encontrado hasta ahora siempre estaban en un túnel —dijo Caedra, siguiendo la dirección de su mirada—. El de la Tierra estaba en una cueva en las montañas; el de Gea a la Tierra, en las catacumbas del bosque de Gallia; y el de Gea a Titaia, en una cueva en las ruinas de Agishia.

Jay frunció el ceño, recordando las palabras de Lu-Min: «Yo escuché hace tiempo que los que venían de Gea hace siglos provenían de un lugar profundo y luminoso en la montaña».

Profundo. Tenía sentido que se tratara de un túnel en la roca. Pero «luminoso»… ¿Sería un

lugar como las catacumbas de Gallia? Todavía veía en su memoria los preciosos cristales azules brillantes que decoraban esas grutas subterráneas. Y estaba casi seguro de que el emperador Shialih había mencionado que los habían encontrado en unas grutas…

Entornó los ojos. Había estado haciéndose a la idea de tener que escalar la montaña, quizás hasta la cima misma, pero…

—Es posible que el portal esté bajo tierra —habló Jay, girándose hacia Caedra—. Así que tendríamos que buscar alguna abertura en la montaña que descienda o algo así.

—Está bien, empecemos buscando por ahí.

Y dedicaron el resto de la tarde a rodear la montaña, sin encontrar nada. Se adentraron en un par de túneles que no llevaban a ninguna parte y, cuando ya estaba anocheciendo, subieron un poco por la ladera hasta encontrar un hueco entre varias rocas donde podrían dormir.

Estaban junto a un fino riachuelo en el que saciaron su sed. El problema era la comida. Sin dinero, no habían podido comprar provisiones. Caedra no podría cazar; le costaba moverse con el peso muerto en el que se habían convertido sus alas, no solo por tener que llevarlas arrastrando por el suelo, sino porque ahora también tenía algunos problemas de equilibrio. Y Jay no sabía cazar.

Como ya se habían alejado lo suficiente de la capital y no había indicios de que nadie los estuviera siguiendo, se atrevieron a encender una pequeña hoguera. Caedra se sentó pegada al fuego, pues refrescaba bastante por la noche.

—Voy a dar una vuelta a ver si encuentro bayas —le comunicó Jay. No soportaba estar con el estómago vacío. La vegetación en la montaña no era frondosa, pero algo había.

Caedra lo miró y frunció el ceño, preocupada.

—No te alejes mucho.

Jay regresó unos minutos más tarde con un puñado de diminutos frutos rojos. Se dejó caer junto a Caedra, cansado.

—He encontrado esto —dijo, abriendo la mano.

Caedra cogió una de las bayas y la acercó a su rostro, examinándola, iluminada por las llamas.

—No sé lo que es —concluyó al final, torciendo el gesto—. No deberíamos arriesgarnos.

Jay bajó la mano, desanimado.

—Pero tengo hambre…
—Y yo, Jay, pero podrían ser venenosos.

—Ya, ya lo sé. —Jay echó el puño hacia atrás y tiró los frutos, frustrado. Apoyó las palmas de las manos en el suelo detrás de él y alzó la vista al cielo nocturno. Las dos lunas violetas brillaban de nuevo, aunque le pareció que una de ellas estaba ahora en el comienzo de su cuarto menguante—. Hemos perdido el tiempo toda la tarde.

—No hemos perdido el tiempo, hemos comprobado que en la base de la montaña no hay nada —lo corrigió Caedra—. Mañana seguiremos buscando.

—Pero, a este ritmo, puede llevarnos meses registrar toda la montaña —masculló Jay. Estaba muy intranquilo. El portal a Gea, donde seguían su padre y sus amigos, estaba ahí, en algún lugar cerca. Pero no sabían dónde con exactitud, lo que, a su vez, hacía que pareciera muy lejos dada la extensión de la montaña.

—Jay, no seas pesimista. Lo encontraremos pronto, ya verás —dijo Caedra con suavidad, inclinándose hacia él y posando una mano en su brazo.

Él suspiró tristemente. Asintió con la cabeza. Metió la mano en el bolsillo del pantalón para asegurarse de que la gema astral seguía ahí y se echó hacia atrás, tumbándose y apoyando la cabeza en los brazos cruzados.

Miró la bóveda celeste. Divisó un punto cerca de las dos lunas que era más grande y brillante que el resto de las estrellas. Se preguntó si se trataría de un planeta.

¿Dónde estaría Titaia en el universo? Sabía que no estaba cerca de la Tierra, o ya habría sido descubierto. Pero no parecía que en Gea o en Titaia hubieran comenzado a explorar el espacio. ¿Sería posible que Gea y Titaia estuvieran relativamente cerca?

Desvió la vista hacia Caedra. La zeafírea había abrazado sus rodillas y se había sumido también en sus pensamientos, fija la mirada en el lento movimiento de las llamas. Su rostro estaba iluminado por el fuego, pero como Jay veía su perfil derecho, no apreciaba la cicatriz desde donde estaba.

Si hubieran sido otras las circunstancias, la atmósfera habría resultado relajante. Estaban solos en medio de la montaña, con una temperatura agradable, a pesar de la ocasional brisa fría. El cielo estaba despejado, exponiendo en todo su esplendor las lunas gemelas y el mar de estrellas. Solo se escuchaba el crepitar de las llamas, un sonido que, en esos últimos años, se había convertido en uno de los favoritos de Jay. Había un tenue olor a humo.

—Hay muchas personas en la Tierra investigando la existencia de otros mundos —comentó Jay, alzando la vista al cielo otra vez—. Me pregunto cuál sería la reacción de la gente en la Tierra si se enteraran de golpe de que hay al menos otros dos mundos con personas racionales y avanzadas, como ellos.

Caedra había girado la cabeza hacia él al escucharle hablar.

—Siempre me he preguntado qué sucedería si se juntaran ambos mundos —dijo—. Las veces que he estado en la Tierra me han dejado bien claro que es muy diferente a Gea.

—Me llama la atención que la Tierra esté tan avanzada tecnológicamente y Gea no —murmuró Jay—. ¿Crees que tendrá algo que ver el hecho de que la gente en la Tierra no tenga poderes?

—Es posible —asintió Caedra—. Ahí los humanos, además, no tienen la interferencia de otras razas. No es como en Gea o Titaia, donde hay varias razas conviviendo, todas lo suficientemente diferentes entre sí como para que haya conflicto.

—Sí, e imagino que si tienes poderes, no sientes tanta necesidad de crear otras cosas para suplir esa carencia.

—Algo así. —Caedra sonrió, divertida—. ¿Para qué crear un mechero si tienes gente que puede crear fuego?

Hubo cierta amargura en sus palabras. El mechero, el primer regalo que le había hecho Jay, era otra de las cosas que se habían perdido con su bolso. Jay también se percató de esto.

—Recuerdo tu entusiasmo cuando te enseñé a usarlo —dijo él, riendo con suavidad.

—Me sentí como una afín al fuego en diminuto.

Jay rio con más intensidad.

—No te imagino controlando el fuego, Cai.

—¿Y por qué no? —replicó ella, fingiendo estar indignada.

—Porque eres demasiado… calmada. No te pega.

Caedra soltó una pequeña carcajada.

—Sí, más me vale serlo, teniendo en cuenta mi elemento.

Frunció el ceño, recordando, una vez más, que ahora tendría que trabajar duro para compensar sus alas rotas, en las que se había apoyado para el manejo del viento.

Jay, viendo su expresión, adivinó con facilidad lo que estaba pensando. Ignoró la sombra de culpa en su corazón.

—Los zeafíreos y los humanos que son afines al viento no controlan el elemento de la misma forma, ¿no?

Caedra negó con la cabeza.

—Nosotros tenemos alas, y ellos no. Se usan técnicas y estilos de lucha diferentes.

—Ya veo —murmuró Jay. Calló, pensativo.
Si había alguien que supiera cómo luchaban los humanos con el viento, ese sería Hadriel. Tendrían que preguntarle en cuanto volvieran.

Caedra también se tumbó, sobre el costado derecho, pues era la única opción ahora por sus alas y costillas rotas, de cara a Jay.

—Mañana nos levantaremos pronto y continuaremos buscando —dijo ella con una sonrisa—. Buenas noches, Jay.

Jay intentó sonreír también, pero seguía muy desanimado en ese aspecto.

—Buenas noches, Cai.

La vio cerrar los ojos, sus pestañas blancas contrastando con sus mejillas oscuras. Jay se quedó observando las dos lunas gemelas. ¿Les habrían dado nombres? Le habría gustado tener a Lu-Min todavía a su lado para preguntárselo.

Esperaba que Lu-Min y Na-Dwa hubieran llegado sin problemas a la aldea desde donde se habían separado de ellas. Y que el hermano de Lu-Min estuviera bien.

¿Habría conseguido Darmacus reunirse con su hermano? ¿Qué habría sido de Kratmathor?

Extinguió el fuego de la hoguera a distancia, cerró los ojos y trató de dejar la mente en blanco. Tenía que dormir para estar despejado al día siguiente.

***

*Jay se encontró corriendo por el estadio, esquivando soldados enemigos y a la gente del público que huía despavorida de la arena, chillando por los goleths que rugían detrás de ellos.*

*Subió por las escaleras. Y subió. Y subió. Las escaleras de caracol parecían interminables, y pronto empezó a jadear.*

*Salió al fin al pasillo, resollando. Tuvo que enfrentarse a varios guardias, pero al cabo de un rato, todos acababan desvaneciéndose entre cúmulos de sombras. Avanzó y apartó de golpe la cortina de los aposentos del emperador.*

*Shialih lo esperaba en el centro de la sala, sonriendo maliciosamente. Tenía a Caedra, con sus alas rotas, atrapada entre sus brazos.*

*—¡Jay! —lo llamó Caedra, con voz ahogada. Su rostro estaba ensangrentado.*

*—Recuerdas el trato que hicimos, ¿sí? —dijo Shialih, acercando el filo de su espada al cuello de Caedra.*

*Jay se quedó congelado, las cejas bajas y contraídas.*

*—Déjala —exigió con tono grave. La llama de la furia se incendió en su interior y apretó los puños, desprendiendo ascuas rojas.*

*Shialih rio con sorna.*

*—¿Algo más que quieras ordenarme? Todo esto es tu culpa, Jay. —Presionó la hoja metálica contra la piel de Caedra. Ella se retorció—. No has sido lo suficientemente bueno. Nunca lo olvides.*

*—¡No!*

*Jay gritó y saltó hacia ellos. Shialih deslizó la espada por el cuello de Caedra con rapidez. Ella abrió los ojos como platos, llevándose las manos al corte para tratar de frenar la hemorragia, en vano. Se estaba manchando de rojo con rapidez. Shialih la soltó y Jay la atrapó en sus brazos.*

*—¡Cai, aguanta…! —exclamó él, aterrado, poniendo sus manos sobre las de la zeafírea. Pero su piel estaba ya fría.*

*Jay observó la cara de Caedra. Había perdido todo el color en su rostro. Tenía la mirada perdida, el amarillo de su iris opaco...*

*El hielo se filtró en las venas de Jay. Su corazón se aceleró y le temblaron las manos.*

*«Esto no está pasando. Esto no está pasando», pensó una y otra vez, notando que le ardían los ojos y se le formaba un nudo en la garganta.*

*—Cai, ¡despierta! ¡Despierta, vamos! —gritó, zarandeando a la zeafírea en sus brazos. Ella no reaccionaba. No respiraba. No tenía pulso.*

*Estaba muerta.*

*—Ha sido tu culpa, Jay —dijo Shialih a sus espaldas.*

*Jay lo ignoró. Sus lágrimas caían sobre las mejillas gélidas de Caedra.*

*—Cai, por favor…*

*—Al igual que será tu culpa que mueran los demás.*

*¿Los demás…?*

*Caedra se deshizo entre sus brazos como arena. Jay gritó al ser golpeado y salió despedido. Apretó los ojos y se encogió.*

*Impactó con un quejido en el suelo, rodando por la tierra. Tosió y se incorporó sobre brazos temblorosos. Se encontró en una isla en medio de un lago con varias cataratas. El agua de las cascadas tronaba con fuerza, llenando todo de una neblina blanca.*

*Escrutó su alrededor. Había sangre. Demasiada sangre. Todo el suelo de roca estaba teñido de rojo. Tensó los músculos.*

*—Te dije que necesitarías tener la suerte de tu parte, Jay.*

*Jay giró en redondo, apretando los puños y envolviéndolos en fuego. Delante de él estaba ahora la misteriosa chica de la túnica, con sus alas extendidas e inclinadas sobre el suelo y sus ojos vacíos. Y tirado a sus pies…*

*—¡Papá! —gritó Jay, extinguiendo las llamas y corriendo hacia Hadriel. Se dejó caer de rodillas a su lado, sin importarle el daño que se hizo. Lo zarandeó con fuerza, pero Hadriel no respondió—. ¡Papá! ¡Por favor!*

*—Llegas tarde —dijo la chica con frialdad.*

*—Siempre es tu culpa, Jay —espetó la voz de Shialih.*

*La chica apartó sus alas, mostrando otros dos cuerpos: los de Tarvo y Valikia, que miraban congelados al cielo, la sangre cayendo por las comisuras de sus labios.*

*El grito de Jay fue ensordecedor.*

*—¡No, no, no! —exclamó, arrastrándose hacia ellos.*

*Alguien clavó un pie en su espalda, presionando su pecho contra la roca e impidiéndole moverse. Jay se retorció y logró girar la cabeza. Se topó con unos hipnóticos ojos verde esmeralda, con oscuras sombras danzando en ellos.*

*—Puedes huir de mí, príncipe Althalos. Pero siempre te acabaré encontrando —sentenció el hombre, extendiendo garras de brumas negras hacia él.*

***

Jay abrió los ojos y se sentó de golpe, jadeando. Miró a un lado y a otro con brusquedad, alterado, cerciorándose de que estaba en el hueco entre las rocas en el que habían parado para pasar la noche, en la ladera de la montaña.

Se llevó una mano al pelo. Estaba cubierto de sudor frío. Giró la cabeza a la izquierda. Su corazón, atacado por los nervios, se aceleró al localizar a Caedra a su lado.

Tenía que asegurarse.

Se arrastró hacia ella. Comprobó que, aunque sus ojos estaban cerrados, su pecho subía y

bajaba. Puso la mano en su cuello, deslizando los dedos por la piel de la zeafírea. Estaba lisa, sin corte alguno.

Se apartó y se llevó la mano a la cara, apretando los dientes y conteniendo un sollozo. Había sido como sumergirse en arenas movedizas, demasiado asfixiantes, demasiado reales. La pesadilla lo había alterado.

Respiró hondo. Alzó la vista al cielo, que seguía negro por completo, sin ningún atisbo de rojo en su horizonte. Las lunas arrojaban su pálida luz violeta sobre la montaña.

Se giró de nuevo hacia Caedra. Zarandeó su hombro con suavidad hasta que ella levantó los párpados. Tardó un par de segundos en mirarlo, confusa.

—¿Jay? —murmuró ella, somnolienta. Se sentó y analizó su alrededor, comprobando que no había ningún peligro. Clavó los ojos en su compañero—. ¿Qué ocurre?

Jay se pasó la mano por el pelo, revolviendo sus mechones castaños, inquieto.

—Creo… creo que deberíamos continuar la búsqueda del portal.

Caedra pestañeó. Disimuló un bostezo.

—¿Ahora? Jay, apenas hemos descansado.

—Lo sé, pero es que… —Jay liberó un suspiro de frustración. Miró a Caedra a los ojos—. Tengo un mal presentimiento, Cai. Es como una sensación de que vamos a llegar tarde y… —Jay no continuó, bajando la vista. Sabía que sonaba ridículo, pero la pesadilla lo había asustado.

Caedra puso una mano en la mejilla de Jay. Él la miró de nuevo, esta vez con sorpresa. Ella sonrió, y el corazón del chico se aceleró.

—Está bien. Continuaremos buscando —dijo Caedra, levantándose—. Pero asegúrate de iluminar bien el camino.

Jay sacudió la cabeza. Se puso en pie con rapidez e invocó una pequeña llama de fuego azul en el dedo índice.

—Gracias, Cai —murmuró, consciente de que la zeafírea seguía muy cansada.

—No pasa nada, Jay. Yo también estaré más tranquila cuando compruebe que todos están bien.

Se movieron en silencio. El terreno era bastante irregular, por lo que avanzaban despacio.

—Ojalá pudiéramos ir directos a la Tierra en cuanto regresemos a Gea —habló Jay al cabo de un rato, sin apartar la vista del camino. Su rostro estaba iluminado por la luz celeste de la llama, dándole cierto aspecto tétrico por las sombras que proyectaba—. Nos olvidaríamos de todo esto. Nos dedicaríamos a ir al cine y comer pizza.

Caedra lo miró. Sonrió, aunque él no se dio cuenta. Le gustaba que Jay le contara cosas sobre el que había sido su mundo.

—¿Qué es el cine?

—Es un sitio al que vas con tus amigos a ver películas —explicó Jay. Frunció el ceño—. Aunque tampoco sabrás lo que es una película…

Caedra rio con suavidad.

—Me temo que no. Pero suena bien si es una actividad para realizar en grupo. ¿Qué otras cosas podríamos hacer?

—Pues… Podríamos jugar a los bolos. Es uno de los juegos más comunes en la Tierra y tengo curiosidad por saber si mi padre lo probó en los años que pasó viviendo allí conmigo —dijo Jay —. También podríamos ir al parque de atracciones. A ti y a Val os encantaría, las montañas rusas os fascinarían seguro…

Jay continuó contándole otros pasatiempos a los que se dedicaba en la Tierra con sus amigos. Caedra lo escuchó, contenta por verlo más animado al hablar de lo que él conocía.

Caminaron mientras conversaban, comprobando varios rincones, sin éxito. El sol pronto asomó por el horizonte, una línea roja de luz contrastando con el cielo negro de la noche.

Caedra tenía sueño, hambre y sed. Las dos primeras cosas tenían difícil solución, pero no quiso interrumpir la concentración de Jay para parar y beber agua. El chico seguía andando con la misma decisión que al principio.

Fue al amanecer que, al fin, encontraron una grieta en una pared de roca. Jay se acercó y se asomó. Había pequeños cristales violetas en los bordes. Su corazón empezó a latir más deprisa, esperanzado.

—Vamos a echar un vistazo aquí —le comunicó a Caedra. Ella asintió y fue tras él.

La entrada era estrecha y Caedra se enganchó algunas plumas en los afilados cristales. Según avanzaban, sin embargo, el techo subía y las paredes se distanciaban. Cada vez había más cristales cubriendo la roca, hasta que el techo y las paredes de la galería parecíeron hechos de cristal por completo.

Era un cristal muy curioso. Emitía un tenue brillo y ya no era violeta, como el de la entrada, sino blanco e iridiscente. Los cristales, casi como espejos, reflejaban el brillo unos de otros, iluminando intensamente aquel túnel que descendía por la tierra.

—Es… precioso —comentó Caedra, fascinada.

Jay extrajo la gema astral de su bolsillo y la alzó, observándola.

—¡Cai, mira! —exclamó al ver que la runa blanca en su interior emitía un ligero destello.

Caedra arqueó las cejas. Jay y ella intercambiaron una mirada, sonriendo.

—Estamos muy cerca —dijo la zeafírea—. Vamos.

Continuaron descendiendo en silencio, a paso más acelerado. Ambos estaban impacientes por llegar al final de la galería.

Jay estaba muy satisfecho de que sus deducciones sobre la posible ubicación del túnel hacia el portal hubieran sido correctas. Si Lu-Min y el emperador Shialih no le hubieran dado esas pistas, no habría sabido por dónde empezar a buscar.

—Imagina la cara que se les quedará a todos cuando les digamos que hemos estado unas semanas en otro mundo —dijo Jay, divertido. Ahora que ya se hallaban tan cerca del portal, estaba de muy buen humor.

Caedra soltó una pequeña carcajada.

—Vamos a tener que explicar bastantes cosas.

Algunas de ellas ciertamente nefastas, como sus alas rotas, pero prefirió no pensar en ello en ese momento.

—A Tarvo le fastidiará no haber podido venir con nosotros para dibujar todas las cosas nuevas que hemos visto. Y mi padre me recriminará no haberle traído ningún libro para leer cosas sobre Titaia aunque no fuera a entender ni una palabra del idioma —comentó Jay, sonriendo—. Y a Val le molestará haberse perdido toda la acción.

—Tendrán que conformarse con lo que les contemos, me temo.

Se les hizo eterno el trayecto por la gruta, pero, al cabo de una media hora, el túnel se abrió en una inmensa sala de cristal. Lo único todavía de roca oscura era el suelo, liso por completo.

Jay avanzó con la mirada puesta en la gema astral. Esta brillaba cada vez más. Llegó al centro del lugar y la runa emitió una vibración, iluminándose por completo.

Caedra y él observaron, fascinados, cómo un enorme portal negro se abría poco a poco en el espacio.

—¡Lo tenemos! —celebró Jay, mirando a Caedra, emocionado.
—Sí, lo hemos conseguido —asintió ella con una sonrisa. Al final, habían tenido bastante suerte. Su búsqueda podría haberse prolongado durante mucho más tiempo.

Y, de repente, un terrible pitido empezó a resonar en sus mentes, atacando sus oídos. Jay y Caedra gritaron, llevándose las manos a la cabeza. El pitido aumentó en intensidad y cayeron de rodillas al suelo, encogiéndose sobre sí mismos. La gema astral rodó por la roca y, al alejarse de la energía vital de Jay, su runa se apagó. El portal desapareció, como arrastrado por el viento.

—¿Ibais a algún sitio? —dijo una voz burlona a sus espaldas.

Caedra abrió los ojos como platos, a pesar del dolor. Conocía esa voz… y ya había experimentado ese poder una vez… en la caldera.

Apretó los dientes y logró girar la cabeza. Localizó a un robusto hombre recubierto de escamas violetas, con armadura dorada y un casco adornado con una cresta púrpura. Tenía la mano puesta en su medallón traductor.

—Resslor… —murmuró Caedra, apenas escuchándose a sí misma.

El general del fallecido emperador Shialih se convertía ahora en su último obstáculo para regresar a Gea.

# Capítulo 30: Conflicto interior

El general Resslor los observaba con diversión y los brazos cruzados. Sabía que no había manera de que ninguno de los dos se levantara mientras continuara ejerciendo presión sobre sus oídos.

—Ha sido muy grosero por tu parte marcharte sin aceptar mi oferta, zeafírea —dijo Resslor—. ¿Tanta prisa tienes?

Caedra no respondió. El pitido en su mente era insoportable y le impedía realizar cualquier acción.

—Ya te lo dije en la caldera —prosiguió Resslor, dando un paso hacia ellos. Jay tensó todos los músculos, intentando centrarse en invocar su fuego—. Tienes una chispa que te hace diferente al resto de presos. Pero ¿quién iba a decir que serías tú la que acabaría con la vida de mi mejor amigo?

—¿El emperador era tu mejor amigo? —logró decir Caedra, con el rostro crispado, incrédula.

—Yo era, quizás, su único amigo. Es duro gobernar cuando no queda nadie más de tu familia y todas las casas nobles intentan asesinarte para hacerse con el poder —contestó Resslor—. Pero yo me encargaba de descubrirlos antes de que se llevara a cabo.

—Muy noble por tu parte —masculló Jay.

—Crecimos juntos. Puede que sus métodos no fueran los mejores…, pero es gracias a él que el imperio se ha expandido tanto. —Resslor gruñó y apretó los puños—. Nadie ha sabido apreciarlo.

—Qué pena me dais —dijo Jay, su tono cargado de sarcasmo. Consiguió sobreponerse al dolor en sus oídos y se levantó, extendiendo sus brazos incendiados hacia el general.

Resslor se agachó y el fuego pasó por encima de él. Jay cayó de nuevo al suelo, gritando cuando el pitido aumentó de intensidad. Le iban a reventar los tímpanos.

—¡Jay! —lo llamó Caedra con los ojos muy abiertos, viendo cómo se retorcía en el suelo. Trató de ir hacia él, arrastrándose, pero Resslor se interpuso entre ellos.

El general miró a Caedra inclinando la cabeza.

—Debería matarte —espetó con dureza. Caedra alzó la vista para clavar sus ojos desafiantes en los de Resslor. Él esbozó media sonrisa—. Pero no voy a hacerlo.

Caedra aprovechó que la presión en sus oídos se redujo un poco para preguntar, desconcertada:

—¿Para qué has venido, entonces?

—Para proponerte un trato.

Caedra escuchó a Alastair resoplar en su mente.

«Qué fascinación tiene esta raza por los tratos», comentó él, irritado.

—Vuelve conmigo a Kandor —dijo Resslor, cruzando las manos detrás de la espalda—. Necesito a alguien como tú a mi lado para hacer frente a todos los nobles traidores al emperador

que están buscando sacar provecho de esta oportunidad. Acabaremos con ellos, uno a uno, y nos situaremos al frente del imperio para llevarlo a una nueva época de esplendor.

Caedra arqueó una ceja.

—¿Por qué iba a aceptar yo eso?

—Porque el trato es el siguiente: ven conmigo y tu amigo —Señaló a Jay, que observaba sin poder intervenir, apretando los dientes por el dolor— será libre de irse por el portal a Gea o a donde quiera. Rechaza mi oferta… y moriréis los dos. Creo que la elección es simple. Podría mataros a los dos ahora mismo o llevarte conmigo a la fuerza, pero te ofrezco esto. ¿No soy generoso?

Caedra entornó los ojos. Era cierto, su única salida estaba clara. O aceptaba, o morirían tanto ella como Jay. Supondría separarse de Jay, pero, al menos, sobrevivirían los dos. Y, aunque tuviera que aparentar estar de parte de Resslor durante un tiempo, estaba segura de que terminaría encontrando una oportunidad para escapar.

Pasaron los segundos.

—Mi paciencia tiene límites, zeafírea —advirtió Resslor—. Así que, si fuera tú, me daría prisa en elegir. Antes de que haga yo la elección por ti.

«Alastair —pensó Caedra, mirando a un lado y a otro frenéticamente. No había nada que pudiera usar para atacar al general y en cuanto intentara moverse, acabaría como Jay—. ¿No puedes ayudarme?».

«¿Crees que, de poder, no lo habría hecho ya? —dijo Alastair con frialdad, claramente ofendido —. Recuerda que soy incapaz de bloquear cualquier poder relacionado con el sonido; es un poder que no existe en Gea y al cual nunca me había enfrentado».

Realmente no tenían opción, entonces. Caedra abrió la boca para responder, justo cuando captó movimiento por el rabillo del ojo. Su corazón se aceleró ante lo que atisbó en el túnel, pero se forzó a apartar la vista para mirar a Resslor. No quería que el general se volviera en esa dirección y se diera cuenta.

—Está bien, Resslor —dijo Caedra, comenzando a levantarse—. Acepto tu oferta.

Resslor asintió, satisfecho.

—Sabía que serías lo suficientemente razonable para hacer la elección correcta.

—Cai, no… —murmuró Jay, consternado, con una gota de sudor deslizándose por su frente. No estaba dispuesto a separarse de ella ahora que estaban tan cerca de regresar a Gea. Tenía que haber alguna manera de bloquear el pitido…

Resslor volvió la cabeza hacia él. Y fue alcanzado por un torrente de agua por la espalda que lo mandó de bruces contra el suelo.

El pitido en los oídos de Jay y Caedra cesó en el instante mismo que se quebró la concentración de Resslor. Caedra, ya preparada, se incorporó con rapidez. Cuando Resslor gruñó, levantándose y girándose para atacar, lo golpeó una poderosa corriente de aire que lo estampó contra los cristales de la pared al fondo. Su armadura lo protegió de clavarse los cristales cuando varios de estos se rompieron y cayeron en pedazos al suelo a su alrededor.

Un aquitón, alto y atlético, irrumpió en la sala. Alzó el brazo derecho, sujetando un tridente. Jay abrió los ojos como platos al reconocerlo.

—¡Darmacus!

Darmacus le dedicó una breve sonrisa antes de apuntar y lanzar el tridente hacia Resslor, que estaba empezando a incorporarse de nuevo. Los dientes metálicos del arma se hundieron con precisión en el cuello del general, dejándolo clavado contra la pared.

Jay jadeó, observando la escena. Resslor no se movió más.

—*Me ha parecido que os vendría bien que os echara una mano* —dijo Darmacus con una sonrisa, yendo hacia Jay. Le tendió la mano para ayudarlo a levantarse.
Jay sonrió también y activó su medallón. Irradiaba alivio por todos sus poros.

—*Gracias, Darmacus, nos has salvado el culo. Pero ¿cómo sabías dónde estaríamos y que Resslor vendría a por nosotros?*

Darmacus fue hacia Resslor para recuperar su tridente. Lo arrancó y el cuerpo del general se desplomó al suelo, con el sonido metálico de su armadura resonando por la sala. Jay arrugó la nariz; prefirió no mirar. El aquitón regresó junto a Jay, a la vez que Caedra también se acercaba.

—*Tras encontrar a mi hermano nos dispusimos los dos a irnos de la ciudad* —explicó Darmacus, invocando una pequeña esfera de agua para pasarla por el tridente y limpiar la sangre —. *Y vimos a Resslor hablando con unos soldados a lo lejos. Me acerqué a espiar para ver qué estaba pasando y fue cuando lo escuché decir que iba a acercarse al portal de Gea. Supe que solo había una razón para que hiciera eso, y decidí seguirlo* —finalizó, encogiéndose de hombros.

—*Ya veo* —asintió Jay, relajando, al fin, los músculos—. *Habríamos estado perdidos de no ser por ti.*

—*Me alegro de haber seguido a Resslor, pues* —dijo Darmacus con una pequeña carcajada. Le dio una palmada en el hombro a Jay—. *No me habría quedado tranquilo sin saber si habías logrado volver a Gea.*

—*Pues ya ves cómo pintaba el asunto…*

Caedra miraba a uno y a otro, sin entender nada de lo que estaban diciendo. Jay se percató de esto.

—*Un segundo* —le dijo a Darmacus. Se acercó al cuerpo del general, evitando mirarlo la cara. La sangre ya estaba formando un pequeño charco bajo él. Jay se agachó, le arrancó con rapidez el medallón y regresó con sus compañeros.

Darmacus asintió al ver lo que había hecho.
—*Buena idea, Jay. El general no lo va a necesitar ya, eso seguro…*

Jay puso los ojos en blanco ante el comentario de su amigo. Le tendió el medallón a Caedra.

—Con esto podrás hablar el sekreo, que es el idioma que se habla en el imperio.

Caedra enarcó una ceja. Lo aceptó con algo de escepticismo aún pese a que el propio Jay había estado usando uno durante bastante tiempo. Se lo puso y, al tocarlo, se activó con una de sus

runas iluminándose tenuemente.

—*Eh… ¿Funciona?* —dijo Caedra para probar, y dio un respingo al escuchar las palabras que salieron de su boca. No era auralio, eso estaba claro.

Jay y Darmacus rieron.

—*Es agradable poder hablar, al fin, contigo* —comentó Darmacus, sonriendo—. *La última vez que nos vimos era imposible entendernos…*

«Tengo que admitir que este mundo tiene objetos muy útiles», dijo Alastair.

—*¿Cómo funcionan estas cosas?* —inquirió Caedra, fascinada.

Darmacus se encogió de hombros.

—*Lo desconozco, pero no funcionan con cualquier idioma, solo con los que alguien ha registrado en el medallón, y lleva bastante tiempo crear uno* —resumió—. *Con que tengan el auralio y el sekreo nos sirve para comunicarnos.*

—*Para mí ha sido una de las mejores ayudas estas semanas* —dijo Jay. Recorrió la sala con sus ojos, buscando algo en concreto.

—*Ya veo…* —murmuró Caedra. Sonrió—. *Muchas gracias por haber ayudado a Jay, Darmacus. Por lo que me ha contado, le has enseñado bastantes cosas.*

—*Habría estado jodido desde el primer día en la arena de no ser por él* —afirmó Jay. Se le iluminó la mirada cuando encontró lo que buscaba.

—*Ese lenguaje, Jay* —le regañó Caedra, medio en broma.

—*No es mi culpa cómo se traducen mis palabras, Cai* —replicó Jay, adoptando una expresión de inocencia. Fue andando hasta el otro extremo de la cueva y se agachó.

—*No fue nada. Jay ha resultado ser un gran amigo, y me alegro de haberlo entrenado para que sobreviviera en la arena* —dijo Darmacus, radiante—. *De no ser por él, estaría todavía encerrado en el estadio y…* —Darmacus calló, ahogando una exclamación y retrocediendo de un salto al ver que un portal se materializaba delante de él.

Jay había recogido la gema astral, que se activó de inmediato al entrar en contacto con la palma de su mano.

—*¿Es eso el portal?* —inquirió Darmacus, con las cejas arqueadas y la mirada fija en la enorme masa negra que rotaba lentamente sobre su propio eje.

—*Sí* —confirmó Jay con alegría, yendo junto a ellos. Elevó el brazo para mostrarle a Darmacus la piedra rosa—. *Esto es una gema astral, lo que activa los portales.*

—*Vaya, me imaginaba los portales de otra manera.*

—*¿Cómo te los imaginabas?* —preguntó Jay, curioso, con una pequeña carcajada.

—*No sé. Algo parecido a la superficie de un lago en el que podrías contemplar reflejado lo que había al otro lado del portal…*

—*No habría estado mal que fueran así* —dijo Caedra, divertida, poniendo los brazos en jarras —. *Ayudaría a tener una idea de lo que te espera al cruzar el portal. En vez de eso, hay que ir a*

*ciegas.*

*—A todo esto, Darmacus, ¿dónde está tu hermano?* —quiso saber Jay. Al fin y al cabo, el aquitón había confirmado que lo había encontrado, pero no los veía juntos en ese momento.

*—Me está esperando en el bosque. No quería involucrarlo en el enfrentamiento con el general por si algo salía mal* —explicó Darmacus. Frunció el ceño—. *Y debería ir volviendo ya con él, antes de que decida perderse por la montaña buscándome por tardar demasiado.*

Jay hundió los hombros.

*—La verdad es que tenía la esperanza de que te vinieras con nosotros* —admitió por lo bajo.

Darmacus suspiró con tristeza.

*—Me habría encantado, Jay. Tengo mucha curiosidad por ver cómo es Gea. Recuerdo cuando mi abuela me contaba historias de ese mundo como si fuera una leyenda…* —murmuró. Sacudió la cabeza—. *Pero no puedo abandonar a mi hermano.*

*—Lo entiendo, Darmacus, no te preocupes* —dijo Jay.

*—Si no fuera por el desfase temporal, no me habría importado acompañaros una temporada, pero sabiendo que el tiempo aquí pasa mucho más deprisa… Para mi hermano podrían ser años, décadas, hasta que regresara.*

*—Ya, lo del desfase temporal es un fastidio* —masculló Jay. Miró por encima del hombro el portal—. *En cualquier caso, nosotros también deberíamos ir volviendo. Puede que el tiempo en Gea pase mucho más despacio, pero dejamos a nuestros compañeros en medio de un combate bastante peligroso…*

*—Sí, y es posible que cada segundo cuente si resulta que no han pasado más de unos minutos desde que nos fuimos* —asintió Caedra, dando un paso hacia delante.

Darmacus y Jay se abrazaron con fuerza. El aquitón le dio unas palmadas en la espalda antes de separarse.

*—Te echaré de menos, Darmacus* —dijo Jay, apenado—. *A ti y a Lu-Min. ¿La visitarás de vez en cuando?*

*—Eso no lo dudes* —declaró Darmacus—. *Nosotros también te echaremos de menos, Jay.*

Jay suspiró profundamente. Sonrió.

*—Ten cuidado al regresar a tu hogar, anda.*

*—Lo tendré* —asintió Darmacus. Se giró hacia Caedra y le tendió la mano. Ella ladeó la cabeza, con ojos interrogantes—. *Un placer haberte conocido a ti también, Caedra. ¿Cuidarás de Jay?*

*—Eso siempre* —dijo ella, sonriendo también, y apretando la mano del aquitón.

*—¡Oye! No necesito que me cuiden. Y ya he tenido que cuidar yo bastantes veces de ti también* —protestó Jay, cruzándose de brazos y mirando a Caedra.

La zeafírea rio.

*—Lo sé, Jay, y te lo agradezco, pero es una forma de hablar.*

Darmacus soltó una carcajada. Retrocedió para darles espacio. Jay y Caedra se acercaron al

portal. El brillo de la gema astral aumentó en intensidad.

—*Hasta siempre, Jay…, Caedra* —dijo Darmacus, alzando una mano.

—*Adiós, Darmacus* —respondió Jay, mirándolo por encima del hombro, intentando grabar en su memoria todos los rasgos del aquitón al que no volvería a ver.

Aunque Jay estaba impaciente por regresar a Gea, intranquilo, además, por cómo se encontrarían su padre y sus amigos, se estaba resistiendo a cruzar el portal. La separación era dura, pues Jay sabía que sería permanente. Para «siempre», como había dicho Darmacus. Habían sido solo unas semanas, pero suficientes para crear un fuerte vínculo con el aquitón, ambos luchando juntos por sobrevivir.

—*Cuídate tú también* —dijo Caedra.

Y Jay y Caedra cruzaron el portal. Este se cerró a sus espaldas, sumiendo la cueva en un silencio sepulcral.

***

La luna, blanca y llena, brillaba en lo alto del cielo. Su luz se reflejaba en las cascadas que rodeaban las ruinas de Agishia haciendo relucir las gotas de agua que salpicaban cuando las cataratas impactaban en el lago alrededor de la isla.

Valikia, con los mismos grilletes de umbrano en muñecas y tobillos que sus compañeros, además de unas cadenas para sus alas, se había tumbado en el frío suelo de piedra, intentando dormir. La noche estaba avanzada y llevaban ya muchas horas en la misma posición, simplemente esperando a que pasara algo. Sus enemigos no les habían hecho nada, fieles a su palabra de que no los matarían para usarlos como cebo, por lo que la zeafírea había decidido que sería mejor tratar de dormir. Así estaría descansada si se presentaba alguna oportunidad de escapar.

Hadriel prefería mantenerse despierto y atento, al igual que Tarvo. Los Shak’ti y la chica de la túnica se habían ido turnando en parejas a lo largo del día para vigilarlos. Ahora era el turno de Makus, el líder y afín a la electricidad, y Silvary, el afín al viento.

Tarvo hacía todo lo posible por no mirar a sus ex compañeros, sobre todo a Makus. El líder de los Shak’ti había sido con quien había mantenido la relación más estrecha. Tras la pérdida de su hermano, y sin nadie a quien llamar padre, Makus se había convertido con rapidez en una especie de figura paterna para Tarvo.

Se había decidido a abandonar los Shak’ti porque seguir perteneciendo a ellos iría en contra de sus valores éticos, sobre todo sospechando que la muerte de su hermano había sido obra del emperador. Sin embargo, no había sido una decisión que había tomado a la ligera. Aunque se alegraba de, además, haber salvado la vida de Jay, quien había sido su primer amigo cuando todavía era el príncipe Althalos, nada arreglaría el hecho de haber dado la espalda a sus antiguos compañeros. Había traicionado a Makus. A Tarvo le había dolido, y sabía que a Makus también.

Evitaba mirar a Makus para que el Shak’ti no viera el arrepentimiento que se reflejaría en su rostro tarde o temprano. Porque Makus, al igual que el resto de su grupo, no se había quitado la máscara de porcelana gris y pintura rojo sangre en ningún momento, por lo que Tarvo no distinguía las emociones que pasaban por la cara de su antiguo líder.

Silvary se había sentado cerca del borde de la isla. Tarvo lo recordaba como el más tranquilo de sus compañeros, y lo estaba demostrando en esos momentos: con un codo apoyado en la rodilla, se dedicaba a lanzar piedras al lago y ver cuántas veces botaban antes de hundirse. Pero, a pesar de que aparentara estar distraído, Silvary no dejaba de prestar atención a todo y se movería en un abrir y cerrar de ojos si era necesario. Era el más veloz de todos.

Tarvo no tenía la más mínima idea de quién era el nuevo Shak'ti de la tierra. Las posiciones en el grupo de élite del emperador de asesinos se heredaban en la familia, pero, ahora que no quedaba nadie más en la familia de Tarvo a quien pasar el puesto, habrían tenido que encontrar a alguien nuevo. Por lo poco que había presenciado en el combate, el reemplazo era todo un acierto.

Los Shak'ti del agua y el fuego, el más vengativo de todos y el más impulsivo, respectivamente, habían intentado acercarse a Tarvo en sus turnos de guardia, con claras intenciones de hacerle saber el gran error que había sido traicionar a los Shak'ti. Afortunadamente, una seria advertencia de Makus los había mantenido en su sitio, guardando las distancias.

A Tarvo le gustaría saber qué estaba pensando Makus en esos momentos. Había impedido que dos de sus antiguos compañeros se desquitaran dándole una paliza, por lo que debía de seguir significando algo para él. Pero Tarvo desconocía hasta qué punto se había dañado la relación con su antiguo líder. No habían vuelto a verse en más de dos años. Y su primer reencuentro había sido con una batalla en bandos enemigos.

—Habla con él, Makus —dijo Silvary, rompiendo el silencio, sin apartar la vista del lago, sorprendiendo a los que estaban presentes. Su tono era aburrido, y no se había preocupado de no mencionar el nombre del Shak'ti del rayo, pues su identidad ya era conocida entre sus presos—. Todos estamos al tanto de que tenéis asuntos pendientes.

—¿He de recordarte que el líder aquí soy yo, Silvary? —ladró Makus, girando la cabeza hacia él con brusquedad. Estaba de pie, cruzado de brazos, a unos metros frente a Tarvo y Hadriel.

Silvary se encogió de hombros. Lanzó otra piedra al agua. Dio cinco botes sobre la superficie del lago y se hundió.

Tarvo frunció el ceño, desviando la vista hacia Silvary, de espaldas a él. Silvary siempre le había recordado en muchos aspectos a su hermano; este y Silvary habían sido muy buenos amigos. Silvary había estado muy pendiente de Tarvo cuando entró en los Shak'ti. Hasta el punto de que Tarvo empezó a verlo como un nuevo hermano para él.

Pero todo eso había quedado atrás en el tiempo. Tampoco sabía qué pensaba Silvary al respecto. Lo que estaba claro era que los dos Shak'ti con quien mejor relación había tenido eran los que más le estaban ignorando con su silencio. Los dos más ofendidos, los Shak'ti del agua y del fuego, eran quienes habían querido vengarse de él, aunque Tarvo nunca se había llevado especialmente bien con ellos.

Quizás Makus y Silvary lo entendían, aunque fuera un poco, y lo respetaban. Tarvo tenía esa esperanza.

—No sé cómo empezar esta conversación.

Tarvo miró a Makus, arqueando las cejas al escucharle hablar, y más al decir esas palabras. Su

implacable líder no estaba dispuesto a mostrar ni la más mínima duda nunca. Lo veía como un signo de debilidad.

—Sin embargo, quizás no tengamos otra oportunidad de resolver nuestro conflicto —prosiguió Makus. Suspiró pesadamente y se sentó en el suelo, cruzando las piernas. Se quitó la máscara, mostrando su rostro a Tarvo y a Hadriel.

Era un hombre de edad ya avanzada, con el pelo oscuro, algo revuelto, salpicado de canas, al igual que su corta barba y bigote. Tarvo se centró en sus ojos, verdes y enmarcados con más arrugas de lo que recordaba, y en su ceño, fruncido, como la mayor parte del tiempo que Tarvo lo había visto sin su máscara a lo largo de los años.

Hadriel les dio la espalda. No podía marcharse; era lo mejor que podía hacer para otorgarles algo más de privacidad, aunque escucharía toda la conversación.

—¿Qué es lo que tenemos que resolver? — preguntó Tarvo, algo receloso. Desconocía si su antiguo líder tenía intenciones de matarlo en cuanto Jay apareciera. Esperaba que no.

Makus dejó la máscara en el suelo a su lado. Liberó otro profundo suspiro y miró a Tarvo a los ojos.

—Cuando viniste a nosotros, eras un chico joven e impresionable con muchas ganas de aprender y ser un digno sucesor de tu hermano —empezó Makus. Sus ojos brillaban con nostalgia—. Aprendiste muy rápido y, en nada, te convertiste en un miembro imprescindible en nuestro grupo. Yo disfrutaba enseñándote todo lo que sabía, he de admitirlo.

—Sí, Tarvo era adorable al principio, cuando era más joven —comentó Silvary, todavía de espaldas a ellos. Por eso no se percató de la mirada asesina con la que lo taladró Makus por interrumpirlo—. Luego se volvió más serio y responsable, y dejó de ser divertido.

—Nadie ha pedido tu opinión, Silvary —gruñó Makus. Clavó sus ojos de nuevo en Tarvo y prosiguió—: Nunca quise formar una familia, pues mi profesión me habría impedido dedicarle todo el tiempo que hubiera querido. A cambio, los Shak’ti se convirtieron en una especie de familia para mí.

Tarvo asintió con la cabeza. Por duro que pareciera Makus, se tomaba muy en serio su papel como líder y se sentía responsable de todos ellos.

—Tarvo, tú eras el más joven de todos nosotros. Sabes que mi aprecio por ti creció muy rápido. Te veía… —Makus torció el gesto—. Y todavía te veo, quizás…, como el hijo que nunca tuve. Los años que estuviste con nosotros fueron la mayor alegría de mi vida.

—Cualquiera lo diría, viejo —comentó Silvary con sarcasmo. Lanzó otra piedra al lago. Seis botes esta vez—. Con lo serio que estás siempre. Y oye, ¿yo no te doy alegría suficiente, o qué?

Makus puso los ojos en blanco. Si Silvary hubiera estado a su lado, le habría dado un merecido puñetazo en el hombro. Tarvo se contuvo para no sonreír.

—Cuando averiguaste cómo murió realmente tu hermano —continuó Makus con pesar—, supe que era cuestión de tiempo que empezaras a sospechar y te marcharas. Reconozco que yo mismo nunca he averiguado la verdadera razón por la que el emperador mató a tu hermano, Tarvo. Era letal y eficaz en su trabajo, y seguía las órdenes al pie de la letra. Pero…

—Averiguó algo que no debía —murmuró Tarvo.

Makus asintió.

—Quizás… Mas me temo que nunca averiguaremos qué fue. Como iba diciendo, supe que tarde o temprano nos abandonarías. Me preocupaba cómo lo harías; temía que el emperador sospechara de tus intenciones en algún momento y te ejecutara. Reconozco que me sorprendió cuando decidiste darnos la espalda en aquella batalla contra el príncipe Althalos y sus compañeros.

—Althalos fue mi primer amigo —dijo Tarvo, entornando los ojos—. No iba a permitir que lo matarais.

—No era consciente de que tu devoción por él llegaría hasta ese punto —replicó Makus—. Por tanto, me pilló desprevenido. Pero supe que, aunque tuvieras que marcharte sin una despedida, era el mejor momento. Huirías con el príncipe y dedicarías tu vida, al fin, a algo que no entrara en conflicto con tus valores éticos. Serías libre de las cadenas del emperador.

Tarvo arqueó una ceja. ¿Acaso Makus no estaba enfadado? Nunca habría imaginado que su líder ya sospechaba de sus intenciones de marcharse mucho tiempo antes de llevarlas a cabo.

—Aun así, me dolió que fueras con ellos sin mirar atrás —murmuró Makus, desviando su vista hacia Silvary. El Shak’ti del viento había dejado de lanzar piedras, centrando toda su atención en la conversación—. Nosotros fuimos tus compañeros durante años, Tarvo. ¿No significó nada para ti?

—Vaya, viejo, veo que, además de buenos golpes físicos, también los sabes pegar emocionales —comentó Silvary, impresionado.

—Silvary —gruñó Makus en tono de advertencia.

Tarvo arrugó la frente. Respiró hondo. Hubo varios segundos de silencio.

—La decisión fue complicada para mí, Makus —respondió, mirando a su ex líder a los ojos—. Tuve que tomar esa decisión en un momento que decidiría el destino del príncipe Althalos. No dispuse de mucho tiempo para pensarlo, y de ninguno para despedirme. Pero el remordimiento me atormentó durante meses, créeme. Estaba satisfecho con la nueva vida que había elegido, pero nunca podría recuperaros ni a ti…, ni a Silvary.

—Vaya, Tarvo, ¿también pensabas en mí? —dijo Silvary en tono burlón.

Tarvo puso los ojos en blanco. La actitud de Silvary no había cambiado en nada.

Makus dibujó una mueca en su rostro.

—Hay veces en las que es necesario caminar por sendas diferentes en la vida. Es lo que nos sucedió a nosotros. Sin embargo, Tarvo, por mucho aprecio que te tenga, debes comprender que mi senda continúa siendo la que ha sido siempre —advirtió con seriedad—. He de cumplir las órdenes del emperador, por mucho que me disguste, y, aunque pueda intentar dejarte con vida, la misma cortesía no se extiende a tus compañeros, y menos al joven príncipe.

—Sé que ahora estamos en bandos diferentes —dijo Tarvo, frunciendo el ceño. Entornó los ojos—. Pero, Makus… ¿Por qué dices que te disgustan las órdenes del emperador?

Tarvo recordaba a su ex líder llevando a cabo todas las órdenes que recibía sin vacilar, asegurándose del éxito de las misiones sin expresar sus opiniones al respecto. ¿Qué había cambiado?

Makus resopló.

—Llevo años disgustado con el emperador, Tarvo —confesó. Tarvo arqueó las cejas—. No te muestres tan sorprendido.

—Pero… ¿Por qué? ¿Y por qué no me dijiste nunca nada?

—Esto también es una noticia nueva para mí —comentó Silvary, que los miró por encima del hombro, curioso.

—Creí firmemente en el emperador como la luz del imperio durante décadas. Era la razón por la que podíamos vivir en Gaelar; era quien mantenía alejadas las sombras… Pero, cuando Rajah fue ejecutado por el emperador, mi visión empezó a cambiar.

Tarvo apretó los labios. Rajah era su hermano.

—Rajah no debía haber muerto —prosiguió Makus, endureciendo su tono—. Cuando el emperador lo ejecutó y trató de ocultarlo, fue cuando comencé a sospechar. Empecé a ver que no era esa luz que todos pensábamos y que escondía algo muy oscuro.

—¿No empezaste a sospechar cuando ordenó que mataran a Kendrij? ¿Su propio hijo? —replicó Tarvo, curioso.

Makus negó con la cabeza.

—Supuse que habría alguna razón. Que lo hacía por el bien del imperio, como dijo él mismo. No iba a inmiscuirme en los asuntos del emperador. Pero yo conocía bien a Rajah. Sabía que no había hecho nada por lo que mereciera ser ejecutado… —Makus entrecerró los ojos—. Salvo averiguar lo que no debía. Vino una noche a contarme que había visto al oráculo supremo haciendo algo extraño… y a la mañana siguiente fue convocado por el emperador y ejecutado.

Tarvo clavó su atención en el suelo de piedra durante varios segundos, tratando de calmar su alterado corazón. Habían pasado años, pero seguía doliéndole la muerte de su hermano. Algún día averiguaría qué fue lo que vio para acabar de esa manera… Hasta entonces, sin embargo, sería una incógnita.

Miró de nuevo a su ex líder.

—Makus… Si te sientes así… ¿Por qué nunca me dijiste nada? —volvió a preguntar.

—Porque no quería influir en tu opinión —contestó Makus. Suspiró con pesadez—. Quería que tomaras tus propias decisiones.

—¿Y por qué no viniste conmigo cuando deserté?

—Porque he dedicado toda mi vida a los Shak’ti, Tarvo… —Makus cogió la máscara del suelo y la sostuvo entre las manos, torciendo el gesto. Pasó un dedo por la superficie de porcelana, ya áspera por su uso a lo largo de los años—. No concibo otra forma de vida para mí. Soy demasiado viejo.

—Nunca es tarde para cambiar de bando si uno lo desea—replicó Tarvo, esperanzado. Esa

conversación había sido muy diferente a la que había esperado. Jamás habría sospechado que Makus pensara esas cosas.

—En eso estoy de acuerdo, viejo —dijo Silvary. Se levantó y se volvió hacia ellos, con los brazos en jarras—. Aunque te llame viejo, todavía te queda mucha vida por delante…, viejo.

Tarvo miró a Silvary con la boca abierta. ¿Por qué no se oponía a lo que estaban diciendo?

Silvary rio al verlo.

—Borra la sorpresa de tu cara, Tarvo. ¿Acaso te crees que yo no iba a sospechar también después de lo de Rajah? Te recuerdo que era mi mejor amigo, casi como un hermano para mí. Sin embargo… —Sacudió la cabeza—. Yo le seré leal a Makus hasta el final. Lo siento.

Makus también se incorporó. Se colocó la máscara de nuevo, ocultando las emociones encontradas que se reflejaban en su rostro.

Hadriel escogió ese momento para girarse de nuevo hacia ellos. Se aclaró la garganta y habló:

—No voy a tratar de convenceros; como bien has dicho antes —Observaba a Makus— cada uno debe tomar sus propias decisiones. Sin embargo, tras escuchar lo que habéis comentado, sabed que siempre seréis bien recibidos en nuestro grupo…, si decidierais seguir los pasos de Tarvo.

Makus y Silvary se miraron el uno al otro. Era imposible conocer sus emociones por las máscaras que ocultaban sus rostros. Tarvo esperó con los músculos en tensión, conteniendo la respiración.

La chica de la túnica aterrizó bruscamente entre ellos, sorprendiendo a todos. Plegó sus grandes alas marrones y se irguió. Su tono carecía de emoción al comunicar:

—El príncipe y su compañera han regresado.

# Capítulo 31: Dos bandos

Pisaron el suelo de tierra de la cueva y fueron recibidos por un silencio y una oscuridad casi totales. Solo se escuchaba el ruido del agua de la cascada cayendo por la entrada de la cueva, permitiendo que una cantidad mínima de luz lunar se filtrara al interior.

Jay se irguió y escrutó todos los rincones, asegurándose de que realmente estaban solos. Guardó la gema astral en su bolsillo. El portal se cerró poco a poco a sus espaldas.

—¿Qué hacemos? —le preguntó Jay a Caedra, girándose hacia ella.

Era de noche y no oían nada que mostrara que había una batalla librándose ahí fuera. Sin embargo, era imposible deducir cuánto tiempo había pasado exactamente en Gea desde que se habían ido. Podía ser la noche del mismo día, o podía ser la noche de una semana después.

Caedra frunció el ceño.

—No lo sé, Jay, pero si los Shak'ti nos están esperando, yo no voy a ser de mucha ayuda.

Sus alas seguían igual de rotas. No tenía su lanza para defenderse y ayudarla a controlar corrientes de aire más afiladas y letales. El viento que podía invocar no sería ni la mitad de fuerte sin la ayuda de sus alas.

—¿Crees que nos habrán tendido una trampa? —dijo Jay, mirando por encima del hombro y entornando los ojos.

—Si Hadriel y los demás no pudieron vencerlos… —murmuró Caedra, con voz queda—, lo más probable es que sí.

—No quiero ser pesimista, pero… —Jay espiró aire con brusquedad—. Si los hubieran vencido, nos habrían dejado una señal para que la viéramos al salir del portal. Algo que nos permitiera encontrarlos.

—Tiene sentido —asintió Caedra—. Pero también puede ser que nos encontremos en el mismo día en el que caímos por el portal en Gea, que los hayan derrotado, y que no sepan qué nos ha pasado. En cualquier caso, será mejor que actuemos imaginando el peor de los casos.

Jay hundió los hombros.

—Ya…

—Jay, no quiero decir que estén muertos —dijo Caedra, poniendo una mano en el brazo del chico—. Incluso aunque no hayan podido vencerlos, a lo mejor han huido, o los Shak'ti los tienen presos en alguna parte.

Jay asintió y se irguió de nuevo. Endureció su expresión. Era momento de actuar, no de lamentarse, hasta saber con seguridad qué había sucedido.

—Poniéndonos en el peor de los casos —prosiguió Caedra, desviando la vista hacia el agua que se precipitaba por la entrada de la cueva como un espeso velo—, los Shak'ti han vencido. Nos están esperando ahí fuera y nos han tendido una trampa. ¿Cómo la evitamos?

Jay cruzó los brazos y miró al suelo. Todavía tenía algunas marcas de cuando él y Caedra

habían caído, antes de ser lanzados al portal.

—Si alguno de nosotros fuera afín a la tierra, la solución sería fácil. Pero ahora mismo no se me ocurre ninguna otra forma de salir de esta cueva que no sea por ahí. —Señaló la entrada con un pulgar—. Si nos han tendido una trampa, creo que lo único que queda es salir ahí fuera… y tratar de afrontarla lo mejor posible.

Caedra suspiró con pesadez. Puso los brazos en jarras y miró a Jay a los ojos, muy seria.

—Tienes que estar muy bien preparado, Jay —le advirtió—. Eres su objetivo principal; van a ir a por ti de inmediato. Es posible que te lancen una daga apuntando a tu corazón o, incluso, que simplemente te ataquen todos a la vez.

—Eso ya lo sé —replicó él, girando la cabeza hacia el exterior—. En cualquier caso, tú te quedas aquí, Cai.

Ella frunció el ceño.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Porque no puedes combatir en tu estado, y lo sabes —dijo Jay con firmeza. No estaba dispuesto a ceder—. Si salimos los dos ahí fuera, voy a tener que estar pendiente de que no te alcance ningún ataque a ti también. Si salgo solo yo, únicamente me tendré que preocupar de mí mismo.

Caedra bajó la vista, en silencio.

«Es cierto. No puedo hacer nada». ¿Cómo combatiría de ahora en adelante con las alas rotas?

Pasaron los segundos y Jay ladeó la cabeza de nuevo hacia ella, extrañado porque no respondía. Suavizó la mirada al verla encorvada. Quizás había sido demasiado duro y directo con sus palabras… Sintió un pinchazo de arrepentimiento.

—Cai, sabes que yo me siento mucho más seguro contigo luchando a mi lado. Eres una de las mejores luchadoras que hay. Pero, en esta ocasión, las circunstancias son las que son. Y no quiero que te pase nada.

Ella se mordió el labio y asintió lentamente. No era el momento de venirse abajo, por mucho que una neblina de terror se estuviera asentando en su mente ante la realidad de lo que había perdido. No era solo volar…

—Sé que no podría serte de mucha ayuda —murmuró. Lo miró a los ojos—. Pero ¿cómo vas a enfrentarte tú solo a todos ellos, Jay? Es imposible.

—Algo se me ocurrirá.

—No es tan sencillo.

—Podré con ello.

—Serán demasiados enemigos…

—¿Y qué quieres que haga? ¿Nos quedamos aquí de brazos cruzados para siempre? —estalló Jay, irritado, alzando los brazos. Los nervios se estaban apoderando de él.

Caedra tensó la mandíbula.

—¿Y es mejor salir ahí fuera a que te maten sin ningún plan? —dijo ella en el mismo tono —.Te recuerdo que vas a salir a través de la cascada, donde pueden estar esa chica o el Shak'ti del agua. Vas a ser muy vulnerable frente a ellos desde el primer momento.

«¿Debería sentirme ofendido ante el hecho de que estés olvidando mis habilidades?», habló entonces Alastair.

Caedra calló de golpe y arqueó una ceja.

«¿Estarías dispuesto a ayudarnos?».

«¿Por qué no? —Alastair resopló—. ¿Tengo que recordarte que me interesa que sigas viva? Aunque eso suponga echarle una mano a ese mortal estúpido».

«No llames así a Jay —replicó Caedra, que no estaba de humor para soportar insultos—. ¿Qué es lo que tienes en mente?».

Jay ladeó la cabeza y miró a Caedra con una mueca en su rostro.

—No me digas que estás hablando con la sombra esa —dijo, disgustado.

—Se llama Alastair —corrigió Caedra y se le crispó un músculo bajo el ojo. ¿Por qué no podían tratarse con respeto el uno al otro?—. Y creo que puede ayudarnos.

—¿Cómo? —quiso saber Jay, escéptico. Cruzó los brazos—. Porque no le voy a permitir que te controle para combatir.

«Una suerte, pues, que no necesite su "permiso" para hacer nada —dijo Alastair, frío como un témpano—. Pero no es eso lo que había pensado».

«¿Entonces?», quiso saber Caedra.

«Puedo moverme entre las sombras, aunque me será complicado transportando a alguien más. Sería capaz de llevaros hasta la isla que había en el centro del lago», explicó Alastair.

—De acuerdo —dijo Caedra, asintiendo. Jay arqueó una ceja—. Alastair nos va a llevar a la isla.

—¿Cómo?

—Ya lo hizo una vez conmigo cuando se enfrentó al emperador. Se mueve usando las sombras —contestó Caedra, ignorando la mirada irritada de su amigo—. Es la única posibilidad que tenemos de darles nosotros una sorpresa a los Shak'ti, si efectivamente nos están esperando.

Jay se llevó una mano a la cara y gruñó. Se estaba agobiando.

—¿Estás segura de que podemos fiarnos de él?

—Jay… —empezó Caedra con seriedad.

—Vale, vale —dijo él enseguida. Frunció el ceño—. Pero entonces tú quedarás expuesta.

—Es la mejor oportunidad que tenemos, Jay. Y tampoco estoy inválida del todo —replicó Caedra, cruzándose de brazos y entornando los ojos, un tanto molesta.

Jay le sostuvo la mirada durante unos segundos. Un cúmulo de emociones brotó en su interior. Al final, suspiró con pesadez.

—Vamos allá.

«Debe estar en contacto contigo para que pueda transportarlo a él también», indicó Alastair. Por su tono, era fácil deducir que no le entusiasmaba tener que ayudar a Jay.

Caedra asintió con la cabeza. Tomó las manos de Jay entre las suyas. El chico arqueó una ceja, con la duda reflejada en sus ojos oscuros.

Caedra sonrió, divertida. Acarició su piel con el pulgar.

—Tienes que estar en contacto conmigo para que funcione.

—Ya, pues espero que funcione de verdad y que no acabemos en una dimensión oscura atrapados por toda la eternidad y…

—Jay —lo cortó Caedra, poniendo los ojos en blanco—. Calla y céntrate.

Jay hizo un mohín.

—Vale, confiaré en que va a salir bien…

—Y, sobre todo, estate preparado para defenderte o atacar de inmediato en cuanto nos transportemos al otro lado.

—Entendido —dijo Jay, asintiendo con firmeza esta vez. Había querido dejar a Caedra atrás para que estuviera a salvo, pues seguía preocupado por el estado en el que se encontraba. Pero con ella a su lado, al menos, sus nervios disminuían. Sentía que podía con todo.

***

Hadriel miraba a un lado y a otro, inquieto. Desde que la chica había indicado a sus compañeros que Jay y Caedra habían regresado, los Shak’ti apuntaban a una de las cascadas en concreto, todos con elementos de ataque cargados en sus manos.

Estaban de espaldas a ellos. Makus y Silvary no habían vuelto a decir nada y, por su actitud, no parecía que hubieran logrado convencerlos de que cambiaran de bando. Tarvo, junto a Hadriel, mantenía el ceño fruncido, sin apartar la vista de sus dos ex compañeros. Valikia se había despertado y esperaba intranquila a que sucediera algo.

Hadriel estaba preocupado. El latido de su corazón retumbaba con fuerza en su pecho. Jay y Caedra saldrían de esa cascada tarde o temprano y, cuando lo hicieran, no podrían defenderse de los ataques de todos sus enemigos a la vez. Pero no había forma de avisarlos. No podía usar sus poderes mentales por los grilletes de umbrano que lo retenían.

Pasaban los minutos. Los Shak’ti continuaban en tensión. La chica tampoco desviaba su atención de la cascada.

Hadriel vio a la chica entornar los ojos. ¿Qué estaría detectando?

Y, de la nada, una espesa nube de sombras se materializó delante de ellos, de espaldas a los Shak’ti.

—Pero ¿qué…? —murmuró Valikia, boquiabierta.

Jay y Caedra aparecieron entre las brumas negras, él algo desorientado. Se soltó de las manos de Caedra y se tambaleó con el estómago revuelto. Cuando sus ojos se pararon en sus

compañeros, reaccionó con rapidez.

Antes de que la chica, que se giró con brusquedad, diera la voz de alarma a los Shak'ti, Jay desenvainó su espada, la envolvió en llamas, y destruyó los grilletes que retenían a Hadriel. Este se puso en pie de inmediato y, tras intercambiar una mirada fugaz con su hijo, ambos se separaron. Tendrían que dejar el reencuentro para más tarde.

Los Shak'ti se dieron la vuelta y descargaron sus ataques sobre ellos. Hadriel extendió los brazos y los frenó todos en el aire, devolviéndoselos. Sus enemigos saltaron en direcciones diferentes para esquivarlos.

Jay había aprovechado para liberar también a Tarvo, que salió en persecución del Shak'ti del fuego, al que tenía cerca. Por último, partió por la mitad los grilletes de Valikia, continuando con un certero golpe sobre las cadenas de sus alas, y la ayudó a ponerse en pie.

—¡Jay, estás bien! —fue lo primero que exclamó la zeafírea con alegría, conteniéndose para no abrazarlo.

Jay le lanzó una sonrisa torva antes de darle la espalda. Formó una enorme esfera de fuego entre sus manos y la disparó hacia el Shak'ti que iba corriendo hacia ellos, forzándolo a desviarse. Valikia extendió sus alas y alzó el vuelo, recogiendo su arma del extremo de la isla con una elegante pirueta. Ganó altitud y el Shak'ti la persiguió.

La chica de la túnica aterrizó frente a Jay. Él frunció el ceño, asegurándose de situarse delante de Caedra, que observaba preparada para moverse en cualquier momento. Hadriel estaba detrás de ellos, repeliendo con su mente cualquier proyectil que se acercaba.

—¿Cómo habéis aparecido de la nada? —cuestionó la chica. Más que molesta, su tono indicaba una cierta curiosidad. Su rostro carecía de expresión—. Tendríais que haber salido de la cascada.

—¿Esperas que te revelemos todos nuestros poderes? —replicó Jay, bufando. Flexionó las piernas y extendió su puño derecho hacia ella, mientras ascuas azules envolvían su piel—. Además, lo dice la que se mueve tan rápido que parece que se teletransporta.

—Solo deseo adquirir más conocimiento sobre todo lo que me rodea —dijo la chica. Extendió las alas a sus lados y materializó un par de esferas de agua en sus manos—. No tengo nada personal contra vosotros.

—Entonces… ¿Qué tal si nos dejas en paz? —preguntó Jay, sarcástico.

—Tengo órdenes.

—Ya. —Jay puso los ojos en blanco y disparó un torrente de fuego azul hacia ella.

La chica lanzó una esfera de agua tras otra. Chocaron con las llamas y explotaron, anulándose y provocando que una nube de vapor se extendiera por toda la isla.

Caedra deslizó los brazos y una corriente de viento despejó la zona con rapidez, justo a tiempo para que Jay detectara una serie de carámbanos de hielo dirigiéndose hacia él. Rotó sobre su propio eje y se envolvió en un escudo de fuego que se expandió, desintegrando los proyectiles al instante.

Mientras Jay seguía intercambiando ataques con la chica, Caedra escrutó sus alrededores, sorprendida por que no hubiera algún Shak'ti atosigándolos también. Con ella incapaz de luchar

por sus alas rotas, la inferioridad numérica que tenían ante sus enemigos era mayor.

Hadriel se enfrentaba al Shak'ti de la tierra, ambos moviéndose con lentitud e intercambiando ataques con cautela. Valikia atormentaba con veloces ataques al Shak'ti del agua, acercándose antes de alejarse con rapidez de nuevo; los dos se desplazaban entre las cascadas sin detenerse.

Y Tarvo… ¿Cómo podía estar Tarvo enfrentándose a la vez a tres Shak'ti? Caedra entornó los ojos, agudizando la vista para comprobar qué estaba sucediendo realmente.

***

Tarvo aterrizó en uno de los caminos de roca entre las cascadas. Erigió un muro de piedra a su espalda justo a tiempo de que las llamas enviadas por su enemigo se estrellaran en él. Se dio la vuelta y deshizo el muro, convirtiéndolo en varios proyectiles que disparó contra el Shak'ti del fuego.

Este saltó y giró en el aire, cayendo en el otro extremo del camino. Tarvo separó las piernas y dobló ligeramente las rodillas, preparado para actuar en cuanto su contrincante realizara el más mínimo movimiento.

El Shak'ti del fuego, empuñando su espada con una mano y con una esfera de llamas preparada en la otra, se irguió y miró a su izquierda, divisando a dos de sus compañeros en la pared de roca, observando sin intervenir.

Tarvo siguió la dirección de su mirada con rapidez, dedicando apenas un instante a comprobar lo que había desconcertado a su enemigo. Clavó los ojos de nuevo en su contrincante, su corazón acelerándose tras haber visto a Makus y Silvary. No estaban haciendo nada por detener al Shak'ti del fuego, pero tampoco lo estaban atacando a él o, más importante aún, a Jay. Makus miraba fijamente el enfrentamiento y Silvary estaba esperando a que Makus tomara una decisión.

Cuando Tarvo vio a su enemigo disparar la esfera en llamas hacia él, pisó el suelo con fuerza y una grieta se extendió hacia el Shak'ti. Se agachó y el fuego pasó por encima de su cabeza. La grieta hizo temblar la roca y desestabilizó al Shak'ti, que tuvo que saltar por encima. Descendió sobre Tarvo con su espada por delante.

Tarvo interpuso su propio acero y ambos metales chocaron. El Shak'ti retrocedió con una pirueta hacia atrás, derrapando ligeramente en la roca antes de volver a la carga hacia él. Tarvo se preparó, poniendo su espada delante de él una vez más.

De repente, un rayo cayó entre ellos. El Shak'ti de fuego gritó, saliendo disparado contra la cascada a su espalda.

Tarvo se irguió y parpadeó varias veces, perplejo. Makus aterrizó delante de él, seguido de Silvary. Ambos retiraron sus máscaras, permitiéndole ver el rostro sonriente de Silvary y la expresión solemne de Makus.

—El viejo se ha decidido al final, Tarvo —le comunicó Silvary.

Tarvo, esperanzado, no se atrevió a decir nada. Su corazón latía con fuerza, esperando a que sus dos ex compañeros confirmaran lo que sospechaba. Habían atacado al Shak'ti del fuego, se habían quitado las máscaras y ahora lo miraban, dispuestos a conversar.

Pero Tarvo necesitaba escuchar las palabras.

—He llegado a la conclusión de que lo mejor será seguir tu ejemplo, Tarvo, y luchar por lo que yo creo —declaró Makus—. Habré dedicado mi vida a los Shak'ti, pero no puedo continuar engañándome a mí mismo e ignorar las acciones del emperador. No deseo enfrentarme a ti, aunque, créeme, lo habría hecho de haber seguido creyendo que estaba en el bando correcto —advirtió con seriedad. Alzó las comisuras de sus labios—. Pero no es el caso.

—Lo que quiere decir es que nosotros también desertamos —resumió Silvary, encogiéndose de hombros—. ¿Tienes hueco en tu grupo para un viejo cascarrabias y un joven aburrido de la vida?

Tarvo no lo pudo evitar. Sonrió, bajando la espada.

—¿Se puede saber qué estáis diciendo? —gruñó el Shak'ti del fuego, emergiendo del lago. Subió al camino de tierra chorreando. Se irguió y, aunque Tarvo no veía su expresión por la máscara que le cubría el rostro, era fácil deducir por su tono que estaba furioso.

Makus y Silvary se giraron hacia él, ambos sin mostrar la más mínima preocupación.

—Lo siento, tío, pero me he cansado de esta vida sirviendo a un tipo que no es más que un embustero —dijo Silvary, cruzando los brazos detrás de la cabeza. Señaló con un asentimiento a Makus—. Y el viejo aquí también.

Al escuchar a Silvary dirigirse de esa manera tan informal al que ahora era su ex compañero, Tarvo solo pudo contener la risa por la situación en la que se encontraban.

—¿Primero el fracasado de Tarvo y ahora vosotros? —ladró el Shak'ti, incrédulo—. De Tarvo me sorprendió menos, teniendo en cuenta que solo llevaba con nosotros un par de años, pero…

—Tú haz lo que quieras con tu vida —lo cortó Silvary, aburrido.
El Shak'ti apretó los puños.

—¡Nunca daré mi espalda al imperio! —sentenció, apuntándolos con su espada, que se envolvió en llamas—. ¡El emperador es nuestro dios de la luz, el hombre que nos guía y gracias a quien podemos vivir en Gaelar! ¡Os arrepentiréis de haberlo traicionado…!

Un rayo, veloz y certero, lo alcanzó en el pecho, mandándolo otra vez contra la cascada.

Silvary giró la cabeza hacia Makus, quien tenía el brazo izquierdo extendido, y arqueó una ceja.

—Haber dejado que el pobre chaval terminara de expresarse, ¿no? Parecía muy apasionado.

—Creo que ya he escuchado a suficiente gente alabando ciegamente al emperador para el resto de mi vida —declaró Makus sin inmutarse, cruzando las manos detrás de la espalda.

Tarvo se acercó a ellos.

—Makus, Silvary… —los llamó y ellos se volvieron hacia él—. Gracias.

—No tienes por qué darlas, chico —dijo Makus, esbozando media sonrisa—. Mientras os siga teniendo a ti y a Silvary, nuestra pequeña familia sigue en pie.

—Calla, viejo, que vas a conseguir que me ponga sensible —dijo Silvary, cruzándose de brazos y mirando a otro lado—. Pero, en serio, me alegro de que hayas tomado esta decisión. Nada como un cambio de aires para alguien afín al viento como yo.

—Ya, señor afín al viento, ¿qué tal si usas tus poderosas habilidades para ayudar a nuestros

nuevos aliados? —propuso Makus, sarcástico, señalando con el pulgar el resto de enfrentamientos.

Silvary puso los ojos en blanco. Tiró la máscara al suelo. La porcelana se resquebrajó.

—A tus órdenes, viejo.

—Bien. Silvary, ve a socorrer a esa zeafírea —indicó Makus—. Tarvo, ayuda al telépata. Yo me encargaré de ayudar al joven príncipe con esa chica de poderes tan extraños. Soy el único preparado para frenarla si decide asestar un golpe letal.

A Tarvo le extrañó que Makus se refiriera a ella como «la chica». ¿Acaso no tenía nombre?

Pero no había tiempo para hacer preguntas. Silvary y él asintieron con la cabeza, y los tres se dispersaron. Volvían a ser un equipo.

***

Jay observaba con cautela a la chica, preparado para su próximo movimiento. Su fuego estaba en desventaja contra las grandes cantidades de agua que tenía ella a su alrededor. Las veces que había intentado acercarse para dar una estocada con su espada, ella había volado alto en el aire o, directamente, se había desplazado a sus espaldas en un abrir y cerrar de ojos. Solo los avisos de Caedra lo habían salvado en esas ocasiones.

Aun así, la chica no estaba siendo todo lo agresiva que podía. Ni siquiera intentaba atacar a Caedra para forzar a Jay a protegerla y quedar expuesto ante el siguiente ataque. ¿A qué estaba jugando?

—¿Acaso no te estás tomando esto en serio? —gruñó Jay, exasperado, tras cortar el aire con su espada. Alzó la vista. Ella lo miraba con la cabeza inclinada, batiendo sus alas con suavidad.

—Nunca he matado a nadie —dijo ella, sin emoción.

Jay frunció el ceño.

—Ya. ¿Y qué te parece si te digo que ahora sería un mal momento para empezar? —replicó, irónico—. En serio, ¿por qué estás de parte del emperador si no quieres matar a nadie?

—Lo haré, si es necesario. He de seguir las órdenes de mi maestro, el oráculo supremo —declaró ella.

Jay soltó una exclamación cuando ella prácticamente se teletransportó delante de él, asestándole una patada en el pecho de la que salió propulsada agua, que lo lanzó por los aires.

—¡Jay! —lo llamó Caedra, alarmada, al ver cómo caía con dureza contra el suelo.

Era escalofriante presenciar la danza fría y veloz de aquella chica. Caedra parpadeó y, al instante siguiente, la chica estaba junto a Jay, mientras este todavía se incorporaba con lentitud, dolorido. Su estado físico no era el mejor; se había enzarzado en aquel combate sin descansar siquiera tras la infernal experiencia en Titaia.

Antes de que Caedra pudiera moverse hacia él, sin saber muy bien cómo iba a defenderlo, la chica batió las alas con fuerza y se impulsó hacia arriba en el aire. Un rayo atravesó el espacio en el que había estado un segundo antes.

Makus aterrizó delante de Jay, para la sorpresa de este. Jay se quedó boquiabierto, rígido, sin

terminar de levantarse, desconcertado. ¿Se giraría el Shak’ti del rayo para atacarlo? ¿Por qué acababa de defenderlo?

Makus le tendió la mano. Jay frunció el ceño y se incorporó por su cuenta, receloso. No se fiaba de las intenciones del hombre; era capaz de electrocutarlo.

—Ahora estoy de tu parte, chico, así que no te preocupes —dijo Makus, encogiéndose de hombros. Alzó la vista al cielo, donde la chica observaba con los ojos entornados—. No te veo muy sorprendida por este giro en los acontecimientos.

—Sabía que esto pasaría —dijo ella. Jay tensó los músculos cuando la chica extrajo un puñal de su cinto, la primera vez en toda la pelea que iba a usar un arma—. Mi maestro me ordenó ejecutaros en caso de traición. Y yo cumplo sus deseos.

Lo siguiente sucedió tan rápido que Jay no lo procesó hasta un par de segundos después. La chica descendió sobre Makus a la velocidad de la luz, moviéndose en un parpadeo. Se dispuso a hundir el puñal en su corazón. Y salió repelida hacia atrás con un grito de agonía. Cayó al suelo rodando. La electricidad recorría todo su cuerpo.

—Por asombrosos que sean tus poderes, niña, tengo décadas de experiencia —dijo Makus, envuelto en chispas doradas también, pero en su caso era una especie de armadura. La hizo desaparecer con un gesto de la mano—. Y yo siempre preparo formas de contrarrestar los poderes de cualquiera, por mucho que en ese momento sean mis aliados. Nunca se sabe cuándo pueden volverse las tornas…

Caminó hacia ella. Jay sacudió la cabeza y fue corriendo para alcanzar a Makus. Lo agarró del brazo.

—Espera, ¿qué vas a hacer? —quiso saber, consternado.

Makus lo miró por encima del hombro. Apartó su mano con brusquedad.

—No voy a matarla, si es lo que te preocupa —contestó con sequedad. Siguió caminando, mascullando para sí—: Estos príncipes y sus valores…

Se agachó junto a la chica, que convulsionaba por la electricidad que la recorría, incapaz de moverse. Aprisionó sus muñecas y tobillos con grilletes de umbrano. Extendió un brazo hacia Jay.

—Chico, pásame las cadenas.

Jay tardó un par de segundos en entender a qué se refería y reaccionar. Fue a por las cadenas que habían retenido las alas de Valikia y se las llevó a Makus. Aunque estaban rotas, hicieron su trabajo y ahora eran las alas de la chica las que estaban aprisionadas.

Jay escuchó un silbido. Miró a su derecha justo para ver a Valikia aterrizar con una expresión de satisfacción. Su lanza estaba enganchada en el cinto de su espalda.

—Vaya, vaya, a eso lo llamo yo karma —comentó al ver a la chica, estirando sus propias alas.

Jay puso los ojos en blanco. Sin embargo, adoptó de nuevo una expresión seria al divisar al Shak’ti del viento caminando hacia ellos con parsimonia por el camino de piedra, sus manos en los bolsillos. ¿Acaso tampoco los iba a atacar? ¿Qué estaba pasando?

—Tranquilo, Jay —dijo Valikia, poniendo una mano en el hombro del chico, que dio un respingo—. Por alguna extraña razón, me ha ayudado a vencer a mi oponente, así que creo que estamos a salvo.

—Son antiguos amigos míos.

Ambos se giraron al escuchar la familiar voz. Tarvo se aproximaba con Hadriel detrás de él. El Shak’ti de la tierra yacía inconsciente al borde de la isla.

—Ya, eh… —Jay se rascó la cabeza, confuso—. ¿Se puede saber qué me he perdido?

Hadriel fue hacia su hijo y puso las manos en sus hombros. Lo observó de arriba abajo, fijándose en que había demasiados cambios en su persona solo para las horas que habían estado separados. Su ropa era distinta, atisbaba cortes que no había recibido en esa lucha y, sobre todo, sus ojos oscuros habían adquirido las sombras propias de una dura experiencia.

—Creo que todos tenemos mucho que contar.

# Capítulo 32: Reunión

Jay se permitió relajarse al sentarse esa noche junto a la hoguera, refugiado en una cueva de la ventisca que se había desatado en el exterior, rodeado de su padre y sus amigos. Habían sido más de dos semanas intensas en las que solo había podido centrarse en su supervivencia, pero siempre con la preocupación de qué les habría pasado a los que se habían quedado en Gea. Ver que estaban todos bien era un profundo alivio. Las nubes de tormenta se disipaban, al fin, y cedían el paso a la luz.

Era extraño, no obstante, que para él y Caedra hubieran transcurrido dos semanas, y para el resto de sus compañeros solo hubieran sido unas horas. Todos habían escuchado lo sucedido con interés y curiosidad, mezclados con una pizca de horror, fascinados por que hubieran vivido esa experiencia mientras ellos estaban como rehenes de sus enemigos, sin imaginar siquiera la existencia del desfase temporal.

Había llevado un par de horas contar lo sucedido. Se habían alejado en la medida de lo posible de las ruinas de Agishia, encontrándose ahora en la ladera del lado opuesto de la montaña. Estaban cansados y necesitaban parar no solo para pasar la noche, sino para discutir cuál sería su plan de acción de ahora en adelante.

Las alas rotas de Caedra suponían un serio problema. La zeafírea no podía desplazarse con facilidad cargando con el peso muerto en su espalda, y ya no podía usar sus alas como ayuda de equilibrio para moverse o para invocar poderosas ráfagas de viento. Además, ni ella ni Jay tenían muy buen aspecto después de todo lo que habían sufrido, y necesitaban recuperarse.

El tiempo volvía a estar en su contra ahora que el emperador conocía su posición en el otro continente. De nuevo, no se detendría hasta darles caza tras haber encontrado su paradero. Una vez más, tendrían que viajar atentos a todo y apresurarse en cumplir los objetivos por los que habían viajado a Zarested.

Al menos, ahora contaban con la ayuda de dos experimentados Shak’ti: Makus y Silvary. Ambos habían desertado por sus sospechas sobre el emperador, y seguirían a Tarvo sin dudarlo.

—Tenemos que dividirnos —declaró Hadriel con firmeza tras varios minutos de silencio.

Jay frunció el ceño. Lo último que quería era separarse ahora que por fin volvían a estar todos juntos. Y así lo hizo saber:

—¿Por qué? Divididos seremos más vulnerables.

—No, Hadriel tiene razón —dijo Tarvo, que siempre captaba con rapidez las razones de Hadriel para cada plan. Estaba sentado cerca de la entrada, pendiente de la pared de roca que había erigido para protegerlos del viento glacial del exterior—. El emperador, una vez más, nos acecha…

—De ahí que no convenga separarnos —lo interrumpió Jay, cruzándose de brazos. Él se había sentado cerca de la hoguera junto a Hadriel, de quien no se había separado desde que habían vuelto.

—Ya, pero el tiempo está en nuestra contra —replicó Tarvo—. Cuanto antes reunamos toda la

información que necesitamos y huyamos a otra parte a escondernos y preparar la forma de enfrentarnos al emperador, mejor.

—Efectivamente —asintió Hadriel—. No podemos irnos de Zarested hasta que tengamos todo lo que vinimos a buscar; pero, mientras sigamos aquí, estamos en el punto de mira del emperador. Conviene que terminemos esto cuanto antes.

—Y así, una vez tengamos todo lo que necesitamos, podremos irnos a otro sitio tras borrar nuestro rastro —concluyó Tarvo.

Jay suspiró pesadamente. Estaba descontento, y no lo iba a ocultar.

—Vale, puedo ver la lógica en eso —murmuró. Miró primero a Tarvo, y luego a Hadriel—. Pero ¿cómo vamos a defendernos si nos atacan estando separados? Somos más vulnerables, eso no me lo podéis negar.

—Al contrario —señaló Hadriel, poniendo una mano en el hombro de su hijo para tranquilizarlo—. El emperador también tendrá que dividir sus fuerzas para darnos caza a todos. Ya no se trata solo de acabar contigo, Jay. Tampoco quiere que obtengamos la información que necesitamos para derrotarlo.

—Además, ahora contamos con la ayuda de Makus y Silvary —dijo Tarvo con una sonrisa. Los nombrados estaban frente a él, escuchando hasta que consideraran que debían intervenir en la conversación—. Eso nos da una pequeña ventaja.

—El emperador, que sepamos, solo tenía a los Shak’ti en este continente —prosiguió Hadriel —. De los que ahora solo le quedan tres. Y en cuanto a la aprendiz del oráculo supremo…

Con su pausa, todos desviaron la atención inconscientemente hacia la chica que tenían como rehén. Estaba sentada al fondo de la cueva, todavía retenida por cadenas, en silencio. No había levantado la mirada del suelo desde que la habían dejado allí.

Caedra y Valikia estaban cerca. Valikia había estado muy pendiente de Caedra desde su regreso. En esos momentos, estaba examinando el estado de sus alas con las cejas muy juntas, solo medio pendiente de la conversación de los demás.

Era cierto que ambas zeafíreas habían hecho las paces, pero Valikia no se había apartado de Caedra en ningún momento. Jay supuso que era porque, si alguien podía entender el verdadero estado de Caedra con sus alas rotas, esta sería Valikia, que también era una zeafírea y compartía el mismo miedo de cualquiera de su raza a perder la habilidad de volar. Caedra no había hablado mucho, sumida en sus pensamientos la mayor parte del tiempo.

—Me parece bien dividir el grupo para alcanzar los objetivos que os hayáis marcado cuanto antes —habló Makus. Estaba sentado con la espalda apoyada en la pared—. Sin embargo, antes me gustaría saber cuáles son esos objetivos de los que habláis.

Tarvo miró a Hadriel, quien asintió con la cabeza.

—Vinimos a Zarested por diversas razones —empezó a explicar Tarvo, girando la cabeza hacia sus dos compañeros—. Teníamos que averiguar cómo llegaron las sombras a Gaelar, cómo el primer emperador obtuvo su control sobre ellas, y cómo derrotar ese poder sobre las sombras. Realmente hemos averiguado las respuestas a la mayor parte de las preguntas, pero todavía

tenemos algún que otro asunto pendiente.

—Las sombras las provoca una criatura conocida como Saekish, antiguamente venerada como una diosa —dijo Hadriel—. Perdió su cuerpo un milenio atrás y ahora se ve forzada a habitar el cuerpo de otros. En estos momentos está con el emperador, y es por esto que él tiene esos poderes. Saekish es la maestra de las sombras.

Makus y Silvary se miraron entre sí, arqueando las cejas. Eso sí que había sido inesperado.

—Podría preguntar cómo habéis averiguado esta información, pero, si estáis seguros de ello, lo considero irrelevante —comentó Makus. Asintió con la cabeza para que continuaran.

—Saekish es peligrosa —prosiguió Hadriel, entornando los ojos—. Según hemos entendido, ahora mismo solo tiene poder de cubrir de sombras lo que era el territorio original de Gaelar, pero, si destruye un objeto conocido como la esfera primaria, sumiría el mundo entero en esas sombras.

—Por tanto, ya no se trata solo de acabar con el emperador, también hay que acabar con Saekish —declaró Tarvo, en tono grave—. Si matamos al emperador, Saekish se verá forzada a salir de su cuerpo y quedará vulnerable.

Hadriel desvió la mirada, primero hacia Caedra y luego hacia la aprendiz del oráculo supremo. Según le había contado Caedra, Alastair había revelado que la aprendiz poseía el poder de la luz, algo que solo podía otorgar Luvann.

—Pero… ¿Cómo vamos a matar a esa tal Saekish? —cuestionó Silvary, ladeando la cabeza, confuso—. ¿Acaso sabemos lo que es?

—Con el poder de la luz, Saekish puede ser destruida —contestó Hadriel.

—Sí, y como dudo que esa chica —Jay señaló a la aprendiz con el pulgar— esté dispuesta a colaborar con nosotros, tendremos que obtener ese poder.

Makus enarcó una ceja.

—¿Acaso es posible?

Hadriel asintió con la cabeza.

—Luvann puede otorgarlo.

—¿Luvann? ¿El dios? —inquirió Silvary para asegurarse, escéptico.

Jay dejó escapar una risita nerviosa, llevándose una mano a la cabeza.

—Digamos que hemos averiguado que… no es un dios, exactamente.

Makus se había quedado boquiabierto, asimilando lo que acababa de escuchar. Como la mayoría de habitantes de Gea, creía firmemente en los dioses.

Silvary, en cambio, suspiró con exasperación.

—¿Por qué se complican tanto las cosas? —murmuró, con su espalda deslizándose por la pared de roca.

—Creemos que podemos localizar a Luvann —dijo Hadriel, observando a Caedra de reojo. Solo quedaba que Alastair compartiera la información sobre dónde solía refugiarse—. Por lo que

nos quedan dos asuntos pendientes: encontrar a Luvann y, a ser posible, obtener el poder de la luz…

—¿Y el otro? —inquirió Makus al ver que se quedaba callado.

Hadriel frunció el ceño. Caedra había compartido con él que quería ayudar a Alastair a recuperar su cuerpo. A pesar de lo que habían dicho, realmente no tenían garantía alguna de que el poder de la luz fuera a ser suficiente para acabar con Saekish. Tendrían la oportunidad de derrotar al emperador, pero lo demás no era seguro. Alastair sería el único que poseería ventaja sobre Saekish si se enfrentaba a ella teniendo él su cuerpo y ella no.

Caedra había insistido en que confiaba en Alastair y en que cuando tuvieran más tiempo a solas se lo explicaría en detalle. Hadriel lo había aceptado, no sin cierta reticencia, pero por el momento consideraba que era mejor que el resto de sus compañeros no supiera nada. Incluso Jay, que claramente se opondría por considerarlo peligroso.

—Debemos ir al Oráculo de Finthad —dijo Hadriel al final. Era cierto, se trataba del oráculo del que les había hablado el hermano de Valikia en el que, supuestamente, encontrarían más información—. Y también hay que buscar a alguien que pueda tratar las alas de Caedra.

Todos miraron a Caedra, que estaba hablando en susurros con Valikia y no se percató de esto. Sus alas caían tristemente por su espalda sobre el suelo. Las plumas de los extremos estaban desgarradas de arrastrarse por la roca.

Jay se esforzó en contener la furia que sintió al verlo, como le sucedía siempre. Tensó y destensó los dedos. Caedra tenía razón, no era su culpa, pero no podía evitar sentirse culpable. Su único consuelo era que el que le había roto las alas estaba muerto.

—Descansaremos esta noche —decidió Hadriel. Nadie lo dijo, pero todos lo agradecieron. Había sido un día intenso y estaban agotados—. Mañana, con la mente despejada, veremos cómo nos dividimos.

Habían cenado ya, por lo que no había mucho más que hablar. Organizaron turnos de guardia, pues, aunque habían derrotado a los otros tres Shak’ti, no era seguro que no intentaran atacar de nuevo, incluso en desventaja numérica para ellos. Solo quedaron exentos Jay y Caedra.

***

Caedra no era capaz de conciliar el sueño. Estaban relativamente a salvo, alejados, al fin, de Titaia, aquel mundo en el que habían sufrido tanto, y, aun así, no lograba calmar sus nervios. Sabía que no era por el hecho de que esos tres Shak’ti siguieran ahí fuera; confiaba en que no intentarían atacarlos otra vez tan pronto. Las guardias eran mera precaución.

Estaba exhausta, física y mentalmente. Por tanto, no entendía por qué no podía dormir.

Valikia estaba a su lado. Era su turno en el ciclo de guardias, y no tardó en darse cuenta de que Caedra seguía despierta, pues su respiración no era suave y pausada, propia de alguien que estuviera durmiendo.

Puso una mano en su hombro y se inclinó sobre ella.

—Cai, ¿qué te pasa? —le preguntó en un susurro. No quería despertar a los demás.

Se escuchaba el viento glacial soplando con fuerza en el exterior. Estaban calientes y protegidos en la cueva con la hoguera y el muro que había erigido Tarvo para tapar casi toda la entrada, pero el sonido no dejaba de ser espeluznante.

Caedra levantó los párpados y miró a Valikia por el rabillo del ojo. Suspiró tristemente y se incorporó hasta quedar sentada.

—No lo sé. Simplemente no puedo dormir —murmuró, hundiendo los hombros.

Valikia dibujó una mueca en su rostro.

—Es raro, debes de estar agotada.

Todavía no alcanzaba a comprender cómo era posible que hubiera otro mundo (ya le había costado aceptar la existencia de la Tierra), y que, además, hubiera un desfase temporal de tal magnitud que permitía que para Jay y Caedra hubieran pasado dos semanas, mientras para ella solo habían sido unas horas.

Se le había encogido el corazón al ver las alas rotas de Caedra. El mayor miedo de cualquier zeafíreo era perder la posibilidad de volar. Si eso le sucediera a ella, Valikia era consciente de que se vendría abajo por completo. Por tanto, sabía que, aunque Caedra evitara mostrarlo, por dentro tenía que estar rota de dolor, no solo físico.

La fractura en ambas alas era total, cerca del nacimiento del hueso. Valikia se había esforzado en tratar de alinearlos con unas vendas, pero era inútil. No tenían nada que realmente los forzara a quedarse en su sitio mientras se curaban.

Sabía que Caedra tenía miedo. Miedo, sobre todo, a no poder volar de nuevo. Pero también a que, incluso si conseguía que sus alas se recuperaran, no volara de la misma forma.

Valikia nunca lo había admitido en voz alta, pero Caedra, por lo que había visto en esas semanas, tenía una gran habilidad en sus maniobras por el cielo. Eso solo se conseguía tras años de entrenamiento. Sería un golpe muy duro perder esa capacidad.

—Lo estoy, pero… —Caedra agachó la cabeza—. No logro dejar la mente en blanco.

—Es por tus alas, ¿verdad? —dijo Valikia con suavidad.

El silencio de Caedra fue respuesta suficiente.

—Encontraremos la forma de curar tus alas, Cai —declaró Valikia con toda la firmeza que pudo. No debía alzar la voz si no quería despertar al resto. Dejó caer las manos sobre los hombros de Caedra, que al fin levantó la mirada—. Conozco a alguien que puede ayudarte con eso. Es cuestión de que te llevemos hasta ella.

—¿Ella? —cuestionó Caedra, frunciendo el ceño. Se había animado al escuchar las palabras de Valikia, pero no se atrevió a hacerse ilusiones todavía.

Valikia asintió con la cabeza.

—Lo he estado pensando esta tarde —respondió—. No recuerdo su nombre, pero no es la primera vez que veo a un zeafíreo con alas rotas. Muchas veces hay accidentes que terminan en fractura. Y en Eliean siempre acudían a una curandera muy concreta.

—¿Quién?

Caedra nunca había oído hablar de ella, pero era lógico. Estaban en Zarested, un continente diferente al suyo. Aunque tampoco conocía a nadie así en Aruristed. Su contacto con los zeafíreos tras la desaparición de su hermano había sido mínimo, pero lo que decía Valikia tenía sentido. No serviría cualquier curandero humano o denu, pues no trataban alas rotas, pero debía de haber alguien que sí supiera curarlas.

—Se trata de una mestiza entre zeafíreo y denu —explicó Valikia, sonriendo al ver que la esperanza se reflejaba brevemente en los ojos cansados de Caedra—. Experta en tratar alas rotas por su ascendencia. Estoy convencida de que te ayudará.

—Pero no podemos perder tanto tiempo en ir hasta ella… —murmuró Caedra, clavando la vista en el suelo. Entendía que la prioridad, con la situación precaria de Gaelar, y la vida de Jay en constante peligro, era acabar con el emperador.

—No digas tonterías —replicó Valikia—. Te llevaré yo misma si hace falta. No puedes estar con las alas rotas, Cai. Si yo estuviera en tu lugar no pararía de dar la lata hasta ir a esa curandera.

Caedra esbozó una pequeña sonrisa.

—Me lo creo.

Valikia rio con suavidad.

—Además, para eso también vamos a dividir el grupo, ¿recuerdas? No sé qué decidirán Hadriel y Tarvo, pero, si es posible, no dudes que iré contigo.

Caedra ensanchó su sonrisa.

—Gracias, Valikia.

—Llámame Val —le recordó ella—. A ti te lo permito —añadió en tono de broma.

—Gracias, Val —se corrigió Caedra, divertida—. Me alegro de que ahora seamos amigas.

Valikia desvió la mirada a su derecha y se llevó una mano al pelo, apartando varios mechones de su frente.

—Ya… Siento haber sido una capulla cuando nos conocimos.

—No importa. Tenías tus razones, y ya lo hemos solucionado.

—Yo… De verdad, me siento como una estúpida —admitió Valikia, sacudiendo la cabeza—. Es cierto que todo me recordaba demasiado a Uma, no quería arriesgarme a sufrir lo mismo de nuevo… Pero menuda tontería.

—No podemos controlar nuestros miedos —dijo Caedra con suavidad—. A veces, actuamos de forma inconsciente e irracional.

Valikia la contempló y sonrió.

—En cualquier caso, yo también me alegro de que ahora seamos amigas. Y no te preocupes, Cai, haré todo lo posible para que puedas volar de nuevo. Y de la misma forma.

El viento, que de por sí soplaba con fuerza, aumentó brevemente en intensidad. Tanto Caedra como Valikia miraron hacia la entrada al escucharlo, y vieron unos cuantos copos de nieve filtrarse por la rendija en el muro, flotando inocentemente hacia el suelo. Se derritieron con

rapidez por el calor de las llamas.

—Toda la vida quise saber cómo era la nieve… —murmuró Caedra—. Kendrij siempre decía que tenía que ser algo precioso.

Valikia la observó por el rabillo del ojo.

—¿Y cuál es tu opinión ahora que la has visto?

—Demasiado frío —contestó Caedra sin dudarlo.

Valikia rio y se llevó una mano a la boca, tratando de ahogar la intensidad de sus carcajadas.

—Yo ya estoy acostumbrada, pero sí, reconozco que, aunque es bonita verla, las ventiscas que la acompañan en ocasiones no son nada agradables.

Tras eso, hubo varios segundos de silencio. Caedra se tumbó de nuevo con cuidado, de cara a Valikia, apoyando la cabeza sobre su brazo doblado.

—¿Tienes ya algo de sueño? —le preguntó Valikia, que clavó el codo en la rodilla para reposar la mejilla en la palma de su mano, mirando a su compañera. Se le aceleró el corazón. Caedra había estado todo el tiempo con la mitad izquierda de su rostro cubierta por una cortina de pelo. Ahora, atisbaba una gruesa cicatriz por los huecos entre los mechones.

—Sí. Siento que tengas que estar de guardia.

Valikia se forzó a no preguntar por el corte. Caedra lo estaba ocultando, y tampoco quería molestarla ahora que por fin iba a dormirse. Esbozó una tensa sonrisa.

—No te preocupes por eso. No me viene mal hacer algo útil después de estar todo el día sobre mi trasero como rehén de los Shak’ti, mientras tú y Jay estabais de excursión en otro mundo —dijo en broma.

Caedra resopló.

—Espero no repetir esa experiencia nunca más.

***

*Caedra adivinó que se encontraba entre las brumas negras antes de abrir los ojos, cada vez más acostumbrada a aquel lugar. Se giró y se topó con la mirada azul hielo de Alastair, que la observaba.*

*—Así que realmente vas a ayudarme a encontrar mi cuerpo —comentó Alastair, tan expresivo como una estatua.*

*—Lo voy a intentar —asintió ella con decisión—. Y podemos contar con Hadriel también. Con su ayuda será mucho más fácil.*

*—Sí, por lo que he observado en el tiempo que llevo contigo, es el único al que me atrevería a calificar de competente en tu grupo de mortales.*

*Caedra puso los ojos en blanco. Se armó de paciencia.*

*—Alastair… Sabes que quiero que los trates con respeto.*

*—Y yo querría tener mi cuerpo de vuelta ahora mismo, Caedra, pero la vida no es siempre*

*como queremos —replicó él, sarcástico.*

*Caedra no terminaba de habituarse a que ahora Alastair la llamara por su nombre. Pero era agradable.*

*—Sin embargo… —empezó Caedra.*

*Alastair no necesitó que terminara de hablar para saber lo que iba a decir. Al fin y al cabo, podía leer todos sus pensamientos.*

*—Quieres que te dé la ubicación de Luvann —dijo él con sequedad. Se cruzó de brazos—. Sabes que querría estar ahí cuando fuerais a buscarlo.*

*Caedra se encogió, recordando la venganza de Alastair. Estaba claro que nunca perdonaría a Luvann, del mismo modo que ella nunca perdonaría al emperador por lo que le hizo a Kendrij.*

*—Sí, lo sé, pero… —Caedra apartó la mirada hacia las brumas, incómoda, y se llevó la mano derecha a su brazo izquierdo—. Yo…*

*—Ya lo sé —la cortó Alastair. La rodeó hasta quedar a sus espaldas, observando sus alas rotas. Entornó los ojos—. Lo entiendo.*

*Caedra se giró hacia él, arqueando las cejas. Alastair se mantuvo inexpresivo.*

*—¿Por qué me miras así? —dijo él—. No soy un desalmado.*

*—A veces… lo pareces —replicó Caedra por lo bajo.*

*Alastair resopló.*

*—No vas a serme de utilidad si sigues con tus alas rotas. Es lógico.*

*Caedra frunció el ceño, ahora con un sabor amargo en la boca.*

*—Lo estropeas todo con tus comentarios.*

*Alastair apretó los dientes. No iba a rectificar. No iba a mostrar más debilidad de la necesaria. No terminaba de sentirse cómodo con su amistad con Caedra. Le hacía vulnerable.*

*Pero, a su vez, vio a Caedra hundir los hombros y sintió un pinchazo en el corazón. ¿Por qué tenía que sentirse así? A él nada de eso le afectaba hace tiempo. Y ahora…*

*—Entiendo lo importantes que son para ti tus alas. ¿Mejor? —gruñó él.*

*Caedra sonrió.*

*—Sí, mejor. Gracias, Alastair.*

*Alastair torció el gesto. Al menos, ya no estaba desanimada.*

*Se encontraba más tranquilo desde que había matado con sus propias manos (o a través de las de Caedra) al que le había roto las alas. Pero tampoco le gustaba lo mucho que le había afectado lo sucedido. No habría sentido esa necesidad de vengarse de aquel emperador si no le importara Caedra.*

*Y eso… era más vulnerabilidad.*

*—¿En qué piensas?*

*La pregunta de Caedra hizo que la mirara de nuevo. A pesar de todo, era agradable saber que*

*ahora alguien se preocupaba por él. Que él también importaba a alguien. Era lo último con lo que había esperado encontrarse cuando se infiltró en la mente de Caedra.*

*Quizás estaba empezando a arrepentirse de cómo la había tratado al principio… Solo quizás.*

*—En el fondo… —Alastair respiró hondo—. En el fondo, aprecio que sigas dispuesta a ayudarme a pesar del estado de tus alas.*

*Caedra sintió que su corazón se aceleraba. Solo se trataba de unas escasas palabras, pero, con lo poco expresivo que era Alastair, tenían mucho valor. Y era por ese esfuerzo que él estaba haciendo por adaptarse a ella que Caedra estaba cada vez más convencida de su deseo de ayudarlo. Su rostro se iluminó.*

*—Del mismo modo que mis alas son muy importantes para mí, sé que tu cuerpo es fundamental para ti. Es… lógico —dijo ella, con una sonrisa divertida, utilizando la misma expresión que él antes.*

*Alastair tuvo que contenerse para no sonreír también. Giró la cabeza, quedando en silencio. Caedra seguía adelante con la misma convicción de siempre. Admitiría que la zeafírea había tenido razón cuando, al romper a llorar en aquel lago mientras intentaba limpiar las plumas de sus alas rotas, le había dicho que todos tenían momentos de debilidad. Y, aunque él en ese instante había respondido con frialdad que los mortales eran demasiado frágiles, ahora veía que ella continuaba tan fuerte como siempre. Una vez se recuperara, volvería a ser de acero.*

*—Te diré dónde está Luvann —habló al fin, encarándola—. También puedo ayudarte con otra cosa.*

*—¿Con qué? —inquirió Caedra con curiosidad, ladeando la cabeza.*

*—Sin tus alas, no puedes manejar el viento de la misma forma —dijo Alastair. Caedra no se desanimó y siguió escuchando con atención, intuyendo que lo había mencionado por alguna razón—. Te ayudaré a que aprendas a manejar la electricidad para defenderte mejor.*

*¿Alastair por fin la iba a ayudar? Caedra sintió un agradable cosquilleo. No pudo contenerse y se lanzó a abrazarlo, emocionada. Alastair se quedó rígido, sin mover los brazos, pero, al menos, no la apartó.*

*Quizás esa vulnerabilidad merecía la pena por momentos así.*

***

Hadriel se sorprendió a la mañana siguiente cuando, ni más ni menos, Jay lo despertó. Extrañado por esto, se sentó, preguntándose cuál sería la razón.

—Buenos días, Jay —lo saludó en cuanto se giró para mirarlo. Jay estaba agachado junto a él, perfectamente despejado. Era obvio que ya llevaba un buen rato despierto, entonces. ¿Qué lo tendría tan intranquilo?

—Papá, ¿podemos hablar? —le pidió Jay.

—Claro, hijo, ¿de qué se trata?

Jay sacudió la cabeza. Miró a un lado y a otro. Sus compañeros seguían durmiendo, a excepción de Tarvo, pues era quien tenía el último turno de guardia. Ya lo había saludado antes.

—¿Podemos ir fuera?

No quería que nadie más escuchara su conversación y no sabía cuándo se despertarían los demás, además de que Tarvo, por mucha privacidad que quisiera darles, acabaría por oír todo involuntariamente.

La tormenta había amainado durante la noche. No se escuchaba viento en el exterior y todo parecía en calma. Por la pálida luz que se filtraba desde la entrada, Hadriel dedujo que estaba amaneciendo.

—Por supuesto —aceptó Hadriel.

Se levantó y fue a por su capa de piel. Se dirigió junto a Jay hacia la entrada.

—Buenos días, Tarvo —lo saludó Hadriel—. ¿Quién diría que llegaría el día en el que sería mi hijo el que me despertara a mí?

Tarvo rio, mientras que Jay se cruzó de brazos y bufó.

—Es ciertamente un acontecimiento histórico —bromeó Tarvo. Se incorporó y extendió el brazo derecho hacia el muro, abriendo un hueco suficientemente grande para que pudieran pasar.

—No es para tanto —masculló Jay, guardando las manos en los bolsillos de su chaqueta—. No tardaremos.

Salió con Hadriel al exterior, siendo recibidos por un mar de nieve blanca. Algunas zonas resplandecían al incidir en ellas los primeros rayos de sol. El astro de fuego estaba empezando a mostrarse por el horizonte, pintando una fina franja de un intenso naranja en contraste con el azul oscuro que quedaba de la noche.

La brisa que soplaba de vez en cuando era fría, pero nada en comparación a la ventisca de la que se habían refugiado. Caminaron en silencio, acompañados por el ruido de sus pasos crujiendo en la nieve.

Jay paró una vez consideró que se habían alejado lo suficiente. Se giró hacia Hadriel, que también se detuvo, expectante.

—¿Por qué tenemos que separarnos?

Hadriel no se mostró sorprendido ante la pregunta, algo agresiva, de su hijo. Lo había esperado.

—Jay, ya expliqué anoche que…

—Lo sé —lo interrumpió Jay, impaciente. Se cruzó de brazos—. Pero no sabes lo mal que lo he pasado en ese mundo, papá. Estaba tan preocupado por todos vosotros y ahora que al fin volvemos a estar juntos…, no quiero que nos separemos.

—Puedo entenderlo, Jay —aseguró Hadriel. Despedía pequeñas nubes de vaho blanco de sus labios. Se situó a su lado y Jay lo miró de reojo—. Sin embargo, las circunstancias son las que son, y tenemos que actuar acorde a ellas.

—Lo sé… —dijo Jay de nuevo. Hundió los hombros—. Ojalá pudiéramos irnos una temporada de vacaciones a la Tierra.

Hadriel rio con suavidad.

—Eso estaría muy bien.

Jay se giró hacia él y entornó los ojos.

—Tú estarás conmigo, ¿no, papá?
Hadriel suspiró profundamente. Iba a tener que decírselo tarde o temprano.

—Me gustaría, Jay, pero… iré con Caedra.

Jay se tensó.

—¿Qué? —soltó, alarmado. ¿No iba a estar ni con su padre ni con Caedra? Sería la primera vez desde que había llegado a Gea que no estaba con ninguno de los dos al mismo tiempo, y eso le hacía sentirse inquieto—. Pero… Yo… —Sacudió la cabeza y apretó los puños. Miró a Hadriel fijamente a los ojos—. Papá, para ti puede que solo fueran unas horas, pero yo he estado dos semanas sin verte y… —Calló durante unos instantes, tratando de encontrar las palabras adecuadas. Hadriel esperó pacientemente—. Lo he pasado fatal. Y Caedra… Papá, es mi culpa que esté así, no quiero perderla de vista ahora y…

—Jay —lo interrumpió Hadriel con suavidad, poniendo las manos en los hombros de su hijo, que se quedó en silencio. Su expresión era de pura angustia—. Sé que la experiencia por la que habéis pasado Caedra y tú ha sido muy dura. Pero lo que le ha sucedido no es tu culpa, ella misma lo ha dicho. De no ser por ti, no habríais vuelto ninguno de los dos.

Jay bajó la mirada al suelo. Arañó la nieve con su bota.

—¿Por qué no podemos estar en el mismo grupo? —murmuró, aunque, en el fondo, tampoco se sentiría tranquilo si se separaba de Valikia o de Tarvo, pues no sabría si les pasaba algo. Él quería que estuvieran todos juntos.

—Aunque a mí también me va a costar separarme de ti, Jay, he de estar con Caedra. Ella no va a poder seguir el ritmo del grupo que vaya a por Luvann, todavía necesita recuperarse, y su prioridad ahora son sus alas.

Hadriel confiaba en Jay. Había madurado a lo largo de esos años, y que hubieran sido capaces de regresar de Titaia demostraba que estaba preparado para afrontar obstáculos por su cuenta. De ser egoísta, habría preferido tenerlo siempre pegado a él. Pero las circunstancias lo hacían imposible. Tendrían que tomar caminos distintos, al menos durante una temporada.

—Puedo ir yo con ella —musitó Jay, pero su queja fue expresada casi sin ganas por su estado de ánimo.

—Tú debes ir en busca de Luvann, Jay, para obtener el poder de repeler las sombras. Y, aunque querría estar a tu lado, el estado de Caedra ahora es delicado. Necesita el apoyo de uno de nosotros dos —explicó Hadriel. Frunció el ceño, pensando también en el asunto de recuperar el cuerpo de Alastair. Optó por seguir sin mencionarlo, aunque le disgustaba ocultarle la información a su hijo.

Jay no dijo nada. Sabía que su padre tenía razón. Y él mismo se sentiría más tranquilo si era Hadriel quien iba con Caedra. Pero eso no hacía la separación menos dura.

—Está bien, está bien… —aceptó por lo bajo. Levantó la vista—. Pero no tardaremos en reunirnos de nuevo, ¿no?

—Aunque Caedra y yo tendremos que movernos más despacio por su estado, realizaremos todo en el menor tiempo posible, Jay, eso seguro.

Jay suspiró con pesadez y asintió con la cabeza, resignado. Se abrazó a Hadriel y cerró los ojos, calmándose cuando su padre lo abrazó también. Cumpliría con el objetivo de su grupo de encontrar a Luvann. Centrados en su tarea, tenía la esperanza de que el tiempo pasara deprisa y se reunieran pronto con Hadriel y Caedra.

# Capítulo 33: Caminos diferentes

Estaban sentados alrededor de la hoguera apagada, a excepción de la aprendiz del oráculo supremo, que permanecía apartada y en silencio. Hadriel la había encerrado en una ilusión para que no escuchara nada de lo que iban a discutir a continuación. No convenía que conociera sus planes, por si lograba escapar.

Tarvo había retirado el muro de piedra que cubría la entrada y ahora la luz del día inundaba el interior de la cueva. Sin viento y con un cielo completamente despejado, la temperatura, a pesar del frío, era tolerable.

Jay se había acomodado entre Hadriel y Caedra. A su padre le había parecido divertido esto, pero no había comentado nada. A él también le gustaba tener a Jay a su lado, y su hijo lo hacía inconscientemente al saber que se iba a separar de ellos una temporada.

—Conviene que alguien vaya a Gaelar a espiar cómo van las cosas —estaba diciendo Makus, con Silvary asintiendo a su lado.

—Es cierto que, si en algún momento queremos planificar un ataque contra el emperador, necesitaremos información actualizada —dijo Hadriel. Se llevó una mano a la barbilla y frunció el ceño—. Sin embargo, ahora que habéis desertado, sería peligroso que volvierais.

—No más peligroso que si vuelve alguno de vosotros —replicó Makus con calma—. Además, si en algo somos expertos los Shak'ti, es en espiar y obtener información sin ser detectados. Siendo solo un equipo de dos, Silvary y yo, será todavía más sencillo.

—Conseguiremos un brazalete de umbrano —habló Silvary, que estaba con la mejilla apoyada en la palma de la mano, con su típica expresión de aburrimiento. Valikia bajó la vista hacia su propio brazalete al escucharlo— y con eso ya ni el oráculo supremo detectará nuestra presencia si nos acercamos.

—Es cierto que sería muy útil conseguir información, pero tened mucho cuidado —les pidió Tarvo. Aunque se alegraba de contar con ellos, separarse tan pronto tras su reconciliación era frustrante. Sin embargo, no habría nadie mejor que ellos para esa tarea.

—Por eso no te preocupes, Tarvo —dijo Silvary, guiñándole un ojo.

—El viaje hasta Gaelar nos llevará un mes —murmuró Makus, calculando—. A partir de ahí, nos dedicaremos a obtener toda la información que podamos. Quedaría decidir dónde y cuándo nos reunimos de nuevo.

—Sí, esa parte va a ser complicada… —masculló Jay. ¿Por qué nadie había inventado los móviles en Gea?

—Para eso, veamos cuánto tardará cada grupo aproximadamente —dijo Hadriel y asintió con la cabeza, mirando a Valikia.

Valikia extrajo el mapa de su bolso. Tarvo erigió una pequeña mesa de piedra con un simple gesto de la mano en el lugar donde había estado la hoguera. Los restos de madera quemada se precipitaron al suelo. Todos se pusieron en pie para ver bien y Valikia extendió el mapa sobre la

superficie.

—Vale, a ver, nosotros estamos aquí —comunicó ella, señalando con el dedo índice el punto en el que aparecían dibujadas las cataratas de Agishia con sus ruinas. Ladeó la cabeza hacia Caedra, que estaba junto a ella—. ¿Dónde está Luvann?

—En… la cordillera Septentrional. En el pico Drakmur —dijo Caedra, tratando de recordar todo lo que había revelado Alastair—. Aparentemente Luvann, aunque de vez en cuando se desplaza por Zarested, se asienta largas temporadas allí.

Valikia desplazó su dedo hacia el extremo superior de Zarested, con una serie de montañas representadas en el mapa.

—De acuerdo, entonces sería seguir desplazándonos hacia el norte. Noreste, para ser exactos. La cordillera Septentrional es conocida por ser especialmente complicada de atravesar, por lo que está desierta.

—¿Complicada? Genial —comentó Jay, sarcástico.

—Y el pico Drakmur es conocido como el pico más alto de Zarested —prosiguió Valikia—. O eso dicen, pues nadie ha llegado nunca a la cima. No se sabe qué es lo que hay allí. Tiene sentido que Luvann lo haya escogido como su morada.

—Sí, habría sido demasiado sencillo que estuviera en un valle aquí al lado… —se lamentó Jay. Caedra le dio unas palmaditas en la espalda.

—Se puede llegar en poco más de un par de semanas si se lleva buen ritmo —concluyó Valikia, irguiéndose y mirando a sus compañeros con los brazos en jarras—. Pero no os confiéis. Aunque la cordillera esté relativamente cerca, atravesar esas montañas tan escarpadas llevará con total seguridad otra semana si no hay ningún contratiempo. El pico Drakmur está prácticamente en el centro de la cordillera.

—De acuerdo —asintió Hadriel—. ¿Dónde están el Oráculo de Finthad y la curandera que conoces?

—El Oráculo de Finthad está aquí. —Valikia situó su dedo índice en un punto al noroeste de las cataratas de Agishia—. En el atolón de Finthad, en la costa. La curandera, si no recuerdo mal, vive aquí… —Deslizó su dedo hacia el oeste—. En el valle Escalpino, que es a donde habría que ir primero. Al valle Escalpino habrá unas dos semanas de viaje… Y otras dos desde allí hasta el oráculo, aproximadamente.

Hadriel entrecerró los ojos, memorizando el camino a seguir. Tardarían aproximadamente un mes en estar en el Oráculo de Finthad, entonces. Mientras que al otro grupo les llevaría unas tres semanas llegar al pico Drakmur. No estaba mal.

—Ambos grupos podrían reencontrarse dentro de algo más de un mes en el bosque Franthasia, que está aquí. —Valikia marcó un punto entre el Oráculo de Finthad y la cordillera Septentrional —. A medio camino de ambos sitios. Hadriel localizará al otro grupo con un escaneo mental de la zona en el bosque, así que no hace falta especificar ningún punto más concreto.

Jay se contuvo para no decir nada, pero saber que estarían separados durante más de un mes le sentó como un jarro de agua fría. No solo por lo que los iba a echar de menos, sino porque no sabría si les había pasado algo en todo ese tiempo. Gea, como iba aprendiendo con rapidez, era

un mundo muy peligroso. No perdonaba lo más mínimo la falta de precaución.

—Me parece bien —aceptó Hadriel.

—¿Cómo nos dividiremos? —inquirió Tarvo.

—Makus y Silvary partirán hacia Gaelar con el objetivo de recopilar información —empezó Hadriel. Todos asintieron, pues esto ya había sido decidido antes—. Yo iré con Caedra a solicitar la ayuda de la curandera y al Oráculo de Finthad. —Jay apretó los dientes al escuchar esto, pero no protestó—. Tarvo, Valikia y Jay serán quienes vayan en busca de Luvann al pico Drakmur.

Hadriel también estaba inquieto separándose de Jay por las mismas razones que su hijo. Sin embargo, confiaba en Tarvo, experimentado en combate y razonable en la toma de decisiones, para guiarlo. El ex Shak'ti sería leal al joven príncipe hasta el final.

Caedra, mientras se alegraba de saber que Hadriel iría con ella, también se sentía triste por separarse de Jay. Había estado siempre con él desde que lo había encontrado de nuevo en la Tierra, pendiente de protegerlo de cualquier peligro. Pero no había otra opción con sus alas rotas.

Valikia, por su parte, habría querido ir con Caedra, pero entendía que la distribución decidida por Hadriel era la adecuada. Hadriel se orientaría por Zarested con todo lo que había memorizado, pero Tarvo y Jay necesitarían que ella los guiara hasta Luvann. Y ella misma quería ver de nuevo a Luvann con sus propios ojos.

—Perfecto —dijo Tarvo, satisfecho. Jay tenía que estar en el grupo más numeroso, pues la prioridad del emperador seguía siendo deshacerse de él—. Solo queda ver qué hacemos con… —Giró la cabeza hacia la aprendiz del oráculo supremo. Sus compañeros lo imitaron.

La chica seguía con la vista clavada en el suelo, retenida por grilletes de umbrano y cadenas, en estricto silencio.

Mientras que los tres Shak'ti que quedaban habían huido, la chica había estado retenida sin poder escapar. La habían considerado demasiado peligrosa para dejarla marchar. Pero tampoco eran capaces, a excepción, quizás, de Makus, de matarla a sangre fría… Por tanto, se les presentaba ese dilema. No era tan sencillo tener a alguien como rehén.

—Ya… —murmuró Jay, rascándose la mejilla—. Estaría bien saber, al menos, su nombre.

Silvary se encogió de hombros, respondiendo con tono desganado:

—A nosotros nunca nos lo dijo.

—Supongo que… podríamos llevarla con nosotros —dijo Valikia con una mueca en su rostro. No sonaba muy convencida—. Si tiene los poderes de Luvann, a lo mejor lo ha visto y conviene tenerla cerca…

Hadriel lo meditó durante unos segundos antes de responder:

—Es una opción, pero no deja de ser peligrosa. Si por cualquier razón consigue escapar, os atacará.

—Bueno, yo creo que lo tiene bastante complicado… —comentó Jay, observando sus grilletes y cadenas.

—Nuestro grupo es el más grande —añadió Tarvo, cruzado de brazos—. Lo más seguro es que

esté con nosotros.

—Está bien —cedió Hadriel, pues realmente era la mejor opción—, pero tendréis que estar muy pendientes de ella.

—Nos encargaremos de eso —aseguró Tarvo. Miró a sus dos compañeros ex Shak'ti—. Solo queda acordar dónde y cuándo nos reuniremos de nuevo con vosotros.

—Cuando vosotros os juntéis en el bosque dentro de un mes, será cuando nosotros lleguemos a Gaelar, aproximadamente —calculó Makus, con la mano en la barbilla, pensativo—. ¿Dónde tenéis intención de refugiaros después? Todo depende de eso.

—Ganthia, por ahora, es nuestra mejor opción —dijo Hadriel con firmeza. La isla de los torrogal en la que habían pasado dos años, mientras Jay entrenaba, se mantenía como el único territorio de Aruristed sin conquistar por el Imperio gaelaro—. Nos reuniremos dentro de dos meses y medio en Ganthia si no ha caído antes en manos del imperio.

—¿Y qué pasa si en ese tiempo logran conquistar Ganthia? —inquirió Jay, preocupado. No quería que les pasara nada a los torrogal que habían conocido, y menos todavía al maestro Shidan, quien lo había entrenado personalmente.

—Si eso ocurre… —Hadriel frunció el ceño—. El único lugar seguro que quedaría para nosotros sería, una vez más, la Tierra. Pero para llegar hasta allí habría que atravesar el bosque de Gallia… Será mejor no tener que recurrir a ello.

El corazón de Jay se aceleró, como siempre que se mencionaba lo que él consideraba su hogar. Para él sería el refugio ideal, pero entendía que la travesía necesaria para llegar hasta la Tierra era peligrosa al tener que adentrarse en Gaelar, donde estaba el único portal que conocían.

—En ese caso, esperemos que Ganthia aguante —dijo Makus solemnemente.

Silvary suspiró con pesadez y cruzó los brazos detrás de la cabeza.

—Qué pereza tener que ir hasta Aruristed con el viejo… Haga lo que haga no me libro de ti, ¿eh? —comentó, mirando a Makus de soslayo.

Makus le dio un puñetazo en el hombro. Silvary rio y Tarvo esbozó una pequeña sonrisa. Los había echado de menos esos dos años.

Recogieron todo y borraron cualquier rastro de que habían pasado la noche en esa cueva. Hadriel liberó a la aprendiz del oráculo supremo de la ilusión en la que la había atrapado, y esta vio la realidad una vez más, ajena a todo lo que habían hablado.

Salieron al exterior. Hadriel, Jay, Tarvo, Caedra y Valikia seguirían juntos unas horas más hasta que terminaran de descender por la montaña, pero Makus y Silvary se separarían de ellos en ese momento, pues iban en dirección contraria.

—Es una alegría teneros de nuevo en el mismo bando —dijo Tarvo, apartado de los demás junto a sus dos compañeros ex Shak'ti para despedirse.

Silvary sonrió de oreja a oreja, abrazándolo y dándole unas sonoras palmadas en la espalda. Tarvo, a pesar de su complexión robusta, acabó tosiendo. El delgado afín al viento poseía más fuerza de la que parecía a simple vista.

—No te ibas a librar de nosotros con tanta facilidad, Tarvo —dijo Silvary, divertido, al separarse—. No te portes mal en estos meses que estaremos separados de nuevo.

Tarvo puso los ojos en blanco.

—Lo que Silvary quiere decir es que tengas cuidado —dijo Makus, más serio. Cerró una mano en el hombro de Tarvo, quien lo miró atento—. Yo también me alegro de estar juntos de nuevo, chico, aunque ahora tengamos que partir por caminos diferentes. Silvary y yo aprovecharemos también para indagar más sobre lo que ocurrió realmente con tu hermano.

—Gracias —murmuró Tarvo, sonriendo—. Tened cuidado vosotros también, por favor.

—Descuida —dijo Silvary, sacudiendo la mano—. El viejo y yo somos intocables.

Tras un abrazo con Makus, Tarvo observó a sus amigos hasta que se perdieron en la distancia. Los echaría de menos, pero la sensación de separarse era totalmente distinta a la que había tenido dos años atrás, cuando había abandonado a los Shak'ti con el corazón apenado, convencido de que nunca podría recuperar su relación con Makus y Silvary, separados en bandos enfrentados. Ahora, aunque seguiría echándolos de menos, no había opresión alguna en su pecho, feliz por saber que era cuestión de un par de meses reunirse con ellos de nuevo, otra vez en el mismo bando.

Regresó con el resto de sus compañeros e iniciaron el descenso por la montaña, pendientes en todo momento de los alrededores. No querían ser sorprendidos por los tres Shak'ti que quedaban.

Había un silencio extraño entre los cinco, conscientes de que en un par de horas ellos también tomarían caminos diferentes. La aprendiz iba en el centro del grupo para vigilarla.

Jay divisó una bandada de pájaros sobrevolándolos en el cielo, entonando una estridente sinfonía de graznidos. Se preguntó cómo estarían Darmacus y Lu-Min, los amigos que había conocido en Titaia, en cuyo mundo ya habrían pasado semanas en comparación con las pocas horas transcurridas en Gea. Esperaba que estuvieran bien.

Miró a Caedra de reojo. Sus alas rotas eran un recuerdo constante de la crueldad de Titaia. Pero Jay albergaba la esperanza de que esa misteriosa curandera ayudara a Caedra. Jay tenía unas ganas tremendas de que pasara ese mes para reunirse con Hadriel y Caedra y ver cómo la zeafírea volaba de nuevo. Sería realmente feliz si eso sucedía.

La cicatriz en el rostro de Caedra, sin embargo, sí que sería permanente. Jay no se había atrevido a preguntarle todavía si seguía viendo bien por ese ojo. Desde que habían vuelto a Gea no habían tenido ningún momento a solas, y se había fijado en que Caedra no apartaba los mechones que caían sobre la mitad izquierda de su rostro, ocultando en gran medida la cicatriz. Supuso que era porque no quería que los demás se dieran cuenta, así que había optado por no decir nada en presencia de sus compañeros. Cuando habían estado en Titaia, toda la atención fue para sus alas rotas y el regreso a Gea.

Cuando pararon para comer, Jay decidió que debía hablar con Caedra. Al fin y al cabo, se separarían en cuanto terminaran aquel breve descanso y no volvería a verla hasta dentro de un mes como mínimo.

Se acercó a ella.

—Cai… ¿Podemos hablar? —le pidió en un susurro.

Ella sonrió.

—Claro —dijo con sencillez, levantándose y yendo tras él.

Tarvo y Valikia no comentaron nada, imaginando que tendrían algo que discutir antes de separarse.

Hadriel los observó perderse entre los árboles con una pequeña sonrisa. Recordaba todavía la animosidad entre Jay y Caedra cuando se habían conocido. Afortunadamente, tras ese engañoso comienzo, habían cogido confianza con rapidez y se habían convertido en inseparables compañeros. A Hadriel le había preocupado la distancia que se había creado entre ellos desde que habían llegado a Zarested; primero, por la presencia de Valikia y, después, por la aparición de Alastair. Sin embargo, a pesar de lo mal que lo habían pasado en Titaia, podía comprobar que se habían reconciliado y su vínculo volvía a ser tan fuerte como siempre.

***

Caedra siguió a Jay en silencio. No tenía ni idea de qué querría decirle. Jay caminó hasta que consideró que se habían alejado lo suficiente para que no los escucharan, pero quedándose a una distancia prudente, pues nunca se sabía si los Shak’ti estarían al acecho.

La nieve ya había desaparecido en la falda de la montaña. Estaban en un bosque de pinos finos y dispersos, con tierra húmeda y revuelta a sus pies.

Jay se detuvo y se giró hacia Caedra, con la vista clavada en el suelo y las manos en los bolsillos de su chaqueta. Caedra esperó pacientemente, aprovechando para estirar las arrugas en su camisa mientras Jay se decidía a hablar.

—Cai, esto… —Jay subió una mano al cuello. No sabía cómo iniciar la conversación.

—Dime, Jay, ¿qué ocurre? —le preguntó Caedra con suavidad, tratando de animarlo a contárselo.

—Yo… —Jay gruñó, frustrado por no encontrar las palabras. Miró a Caedra—. Solo quería preguntarte… Ese corte…

Caedra se llevó inconscientemente los dedos a la cicatriz en su rostro. Jay frunció el ceño.

—Qué… ¿Qué pasó? —inquirió Jay casi en un susurro, como si fuera a ofenderla al hablar en alto—. ¿Sigues … viendo bien?

Le había costado, pero había conseguido hacer la pregunta. Jay observó a Caedra, temeroso por su reacción, pero ella no dijo nada, solo apartó la mirada.

Dio un paso hacia ella para acercarse. La zeafírea permanecía en silencio y Jay no iba a forzarla a responder si no quería. Extendió el brazo hacia ella.

—¿Puedo verlo? —preguntó. No tocaría la cicatriz sin su permiso.

Caedra asintió con la cabeza. Jay apartó los mechones de largo pelo blanco que tapaban la mitad izquierda del rostro de la zeafírea, dejando al descubierto el corte que se extendía desde el extremo de su mandíbula hasta casi el centro de su frente, atravesando el ojo. La cicatriz todavía no se había vuelto blanca, permaneciendo de un color rosáceo. Jay pasó los dedos con cuidado por la piel, apreciando la textura diferente que tenía.

Apretó los dientes. Caedra se había esforzado en tapar la cicatriz, por lo que era obvio que no se sentía cómoda con ella. Y no había nada que pudiera hacer para que desapareciera.

Respiró hondo, conteniendo la furia que amenazaba con estallar en su interior cada vez que recordaba lo sucedido en Titaia. Esa cicatriz no permitiría que ninguno de los dos lo olvidara nunca.

Jay se puso tenso cuando Caedra apoyó su mano sobre la que él tenía en la mejilla de la zeafírea, pensando que la había molestado e iba a apartarlo, pero se relajó al ver que ella simplemente reposaba la mano en la suya.

Caedra cerró los ojos, percibiendo la calidez de la piel de Jay, tan característica de un afín al fuego. No había querido contarle nada porque sabía que Jay ya se sentía suficientemente culpable por lo sucedido, a pesar de que ella había tratado de convencerlo de que él no tenía la culpa de nada. Jay era así.

Pero tampoco podía dejarlo sin una respuesta cuando estaba tan preocupado. Levantó los párpados con lentitud.

—Puedo ver perfectamente —fue lo primero que dijo para tranquilizarlo—. Alastair protegió el ojo del corte.

—¿Qué sucedió? —preguntó Jay de nuevo, suavizando la mirada. Al menos, Alastair había ayudado a Caedra de alguna forma, aunque se negaba a darle las gracias.

—Fue el general Resslor. Me castigó por defender a una denu en la caldera y atacar a los guardias… —Caedra calló, pues no había necesidad de dar más detalles que solo enfurecerían a Jay.

Na-Dwa y Lu-Min habían curado las heridas de los latigazos en su espalda, donde ahora solo quedaban unas feas cicatrices. Seguía con un par de costillas rotas, pero poco podía hacer salvo esperar a que se arreglaran por su cuenta, con el tiempo. Quizás la curandera también la ayudaría en ese aspecto.

—Ya veo —murmuró Jay, entornando los ojos. Se alegraba, entonces, de que Resslor hubiera acabado muerto. Otro que se lo tenía merecido.

—Pero ahora estoy bien, Jay —insistió ella con una pequeña sonrisa. Y era cierto. Había logrado escapar con Jay de ese mundo y se habían juntado de nuevo con sus compañeros. Dadas las circunstancias, no podía pedir más—. Y parece que hay alguien que podrá curar mis alas…

Eso también daba algo de esperanza a Jay.

—Lo sé, Cai. Espero que pronto puedas volver a volar —dijo él en tono bajo.

La contempló durante varios segundos, terriblemente consciente de que pasaría mucho tiempo hasta que la viera de nuevo. Aunque Caedra siempre había sido delgada, su estancia en Titaia la había dejado esquelética. Sus pómulos estaban marcados en exceso. Esperaba que, cuando se reunieran, no solo tuviera bien sus alas, sino que también hubiera recuperado el peso perdido.

Caedra, por su parte, se forzó a apartar su mano de la de Jay, por mucho que le hubiera gustado quedarse eternamente de esa manera. No quería separarse de él, pero poco podría hacer por ayudarlo o protegerlo en su estado. Tenía que centrarse en su recuperación para volver a estar

lista para el combate cuando se reencontraran.

Jay, a su pesar, también dejó caer su mano de la mejilla de Caedra. Al menos, ahora se había cerciorado de que la zeafírea seguía viendo a la perfección.

El silencio se extendió entre los dos. No tenían nada más que decirse. Solo quedaba regresar con los demás e iniciar sus respectivos viajes. Era prolongar lo inevitable.

Caedra había empezado a girarse cuando Jay la frenó, agarrándola de la muñeca. La volteó y la envolvió en un abrazo. A la zeafírea se le escapó un quejido cuando presionó sus costillas rotas.

—Perdón —se disculpó él, pero no la soltó, limitándose a aflojar la presión.

—No te preocupes —dijo ella. Cerró los brazos en torno a su espalda y apoyó la cabeza en su hombro, sonriendo al escuchar el acelerado ritmo de su corazón—. Ten mucho cuidado, Jay.

Jay reposó su mejilla en la cabeza de Caedra, pendiente de no hacerse daño con sus cuernos. Bajó los párpados y respiró hondo, disfrutando del aroma a resina y madera recién cortada que solía envolver a Caedra.

Suspiró con tristeza.

—Tú también, Cai —murmuró él—. Os voy a echar de menos…

—Y nosotros a ti. Pero ya verás que este mes se pasa enseguida y en nada estamos todos juntos de nuevo.

«¿Por qué necesitáis los mortales tantas muestras de afecto y contacto físico? —dijo Alastair, disgustado—. No es para tanto».

Caedra lo ignoró. Se separó de Jay y los dos sonrieron al mirarse a los ojos.

—Qué mayor te has hecho, Jay, listo para emprender una aventura sin Hadriel y sin mí… —bromeó ella.

Jay dejó escapar una pequeña carcajada. Le dio un toque en el hombro.

—Qué mala eres, Cai.

Para cuando regresaron con los demás, ya habían recogido todo, listos para partir. Caedra y Jay se acercaron a ellos.

—Dentro de un mes en el bosque Franthasia —dijo Hadriel, ajustando la correa de su mochila de cuero—. Con un margen de dos semanas por cualquier imprevisto.

—Entendido —asintió Tarvo, que estaba asegurándose de que la aprendiz seguía teniendo puestos todos sus grilletes y cadenas.

Mientras que Jay corrió a darle un último abrazo a Hadriel, Valikia se aproximó a Caedra, que la observó, expectante.

—Espero que cuando nos reunamos de nuevo, volemos juntas otra vez, Cai —dijo la zeafírea, con una sonrisa afable—. Tened cuidado.

Caedra sonrió también.

—Con un poco de suerte, así será, Val. Tened cuidado vosotros también.

Valikia, tras dudarlo un par de segundos, abrazó a Caedra, sorprendida por un segundo abrazo en apenas unos minutos. Valikia envolvió a Caedra con sus alas, y Caedra, que tampoco se esperaba esto, se tensó al principio. Pronto se relajó, sin embargo, disfrutando de la suavidad de las plumas de la otra zeafírea. Ojalá volviera a tener las suyas así.

—Cuida de Jay —le pidió Caedra a Valikia en un susurro.

—Yo me encargo, tranquila —aseguró Valikia con firmeza.

Se separaron. Caedra fue con Hadriel. Valikia se unió a Tarvo y Jay. La aprendiz del oráculo supremo estaba al lado de Tarvo, con la mirada perdida en la distancia, ignorando lo que sucedía a su alrededor.

Con el sol en lo alto del cielo azul, echaron a andar en direcciones diferentes a través de aquel pequeño páramo. Se alejaron y, antes de perder a Hadriel y a Caedra de vista, Jay miró por encima del hombro, sintiendo una desagradable opresión en el pecho.

Vio que Hadriel también lo miraba. Jay se detuvo unos instantes; una suave brisa revolvía su pelo. Hadriel asintió con la cabeza. Jay sonrió y, más decidido, aceleró el paso para alcanzar a sus compañeros.

***

Una denu de orejas redondeadas en vez de puntiagudas, indicando ascendencia humana, se abrió paso entre la vegetación de la base de la montaña en la que se encontraban las ruinas de Agishia.

Maldijo para sus adentros, frustrada por encontrarse sola, en vez de con su grupo de siempre. Pero bastante afortunada se sentía por haber sido capaz de escapar. No había podido hacer nada por sus compañeros, que habían sido ejecutados.

Pero daba igual. Se aseguraría de vengarlos. No descansaría hasta hacer sufrir de la misma forma a aquellos que los habían capturado.

Le había costado dar con ellos, pero los había localizado en una cueva en la montaña. No había alcanzado a escuchar qué decían, por lo que se había limitado a seguirlos a una distancia prudente. Se había llevado una grata sorpresa al ver que se separaban. No importaba que no pudiera vengarse de todos a la vez; ella sabía estar al acecho y ser paciente. Separados serían más vulnerables, lo cual haría todo más fácil. Iría primero a por unos, y luego a por los otros. El tiempo no era un problema para ella, pues la venganza era su único objetivo.

Sabía, sin embargo, que no era la única que iba tras ellos. Y, aunque también tuvo dificultades para ubicar a los enemigos que derrotaron en aquella batalla que había observado oculta en las cataratas, al fin los había divisado, reunidos entre unos matorrales.

La denu mestiza irrumpió en el claro sin ningún miramiento, atrayendo la atención de los tres hombres enmascarados que estaban conversando.

—Os estaba buscando —dijo ella, sonriendo con satisfacción.

—¿Quién eres? —cuestionó de inmediato uno de ellos, desenvainando su espada y flexionando las rodillas. Sus dos compañeros también adoptaron posiciones de combate.

—Alguien con el mismo objetivo que vosotros —aseguró ella. Se llevó una mano a la cintura y

alzó la barbilla con orgullo—. Mi nombre es Niren, pero eso no os sonará de mucho. Mi título, sin embargo, quizás os suene más.

Los tres Shak’ti se miraron entre sí, aunque sus expresiones permanecían ocultas por las máscaras. El viento removió las hojas de los árboles a su alrededor.

—¿Quién eres? —repitió el mismo que había hablado antes, queriendo conocer el título del que presumía la denu.

Niren esbozó una sonrisa maliciosa.

—Soy la líder de los bandidos de Mnemeste…

# Capítulo 34: Un nombre

Leveann observaba desde uno de los balcones que daban a la entrada principal del palacio. Los soldados imperiales escoltaban a un grupo de jóvenes hacia el interior. Los chicos, más niños que adultos, miraban a un lado y a otro, asombrados por la belleza de las paredes rojas y el verde exuberante de los jardines.

Sonrió para sus adentros, divertido. Caminaban hacia la boca del lobo y no tenían ni la más mínima idea. No se imaginaban el destino que los esperaba. Provenían de una de las zonas que habían estado más protegidas durante esos años, pero el emperador cada vez necesitaba más poder y tenían que «recolectar» jóvenes incluso de las ciudades más prósperas.

Pero no importaba. Aunque esos jóvenes ya nunca más saldrían del palacio tras entrar, sería cuestión de comunicar a sus familias que habían fallecido en el campo de batalla, luchando por la protección del imperio.

Estaba todo en relativa calma. Tras la conquista de Omilia, a la que el emperador había culpado del asesinato de los príncipes, el pueblo tenía una sensación de victoria y justicia. Salvo Ganthia, todo el continente de Aruristed era parte del imperio.

Los reinos anexados habían sido esclavizados sin piedad. Leveann era perfectamente consciente del sufrimiento de esa gente, y lo ignoraba sin remordimiento. No era asunto suyo.

Habían devuelto algo de su esplendor a Luminaria en esos dos últimos años. Los habitantes de la capital habían visto cómo su ciudad mejoraba y evolucionaba con las riquezas ganadas en las nuevas conquistas. Leveann lo había sugerido al emperador para mejorar su imagen pública, pues, aunque la mayoría seguía ciega, había algunos que ya sospechaban tras la rápida desaparición de los jóvenes del imperio. Las cosechas se habían resentido en la agresiva campaña contra Omilia, y convenía apaciguar al pueblo con algo tan simbólico como presumir de una capital cuidada y avanzada.

Todo estaba en orden. Las pocas revueltas que brotaban eran sofocadas antes de que se propagaran, manteniendo al resto del imperio ajeno a ello. Cualquiera que se atreviera a intentar extender la noticia de un altercado de esa clase, desaparecía para nunca ser visto de nuevo.

—Señor, os hemos traído a la denu que solicitasteis.

Leveann no se sorprendió al escuchar la voz a sus espaldas. Había detectado su presencia mucho antes de que entrara en el balcón. Sin necesidad de girarse, sabía que el soldado había hecho una profunda reverencia al empezar a hablar.

Se volvió hacia él. El soldado se apartó y extendió el brazo, mostrando a la denu que lo acompañaba. Era joven, de piel suave y facciones redondeadas. Miraba las baldosas de mármol impolutas del suelo, con su larga trenza verde cayendo por encima del hombro. No estaba encadenada, pero no se atrevería a intentar escapar. Era imposible estando Leveann presente.

Le indicó al soldado con un gesto de la mano que los dejara a solas. Este se inclinó en otra reverencia antes de marcharse, los pasos de sus pesadas botas resonando por el pasillo.

—¿No es una vista magnífica? —dijo Leveann mientras sonreía afablemente. Giró la cabeza

hacia el exterior, cruzando las manos detrás de la espalda.

La denu mantuvo el silencio, pero ladeó la cabeza, desconcertada. Se había imaginado al oráculo supremo como alguien cruel y despiadado, pero la había recibido libre de los grilletes con los que la habían capturado y la sonrisa que mantenía en su rostro le daba una apariencia amable y cercana.

—Puedes hablar, no te preocupes —añadió Leveann, mirándola de nuevo—. ¿Cuál es tu nombre?

La denu puso los hombros rectos, forzándose a no parecer intimidada, y se aclaró la garganta antes de hablar:

—Mi nombre es Su-Nev…, señor.

Odiaba a los humanos. Los odiaba todavía más por haber considerado que tenían derecho a conquistar el bosque en el que vivían, pero no había podido hacer nada contra su superioridad numérica. Cuando habían ido a buscarla, se había resistido a la captura, sabiendo que la llevarían con el emperador.

Sin embargo, no convenía mostrarse irrespetuosa ante alguien que por ahora no la había tratado mal. No quería volverlo en su contra.

—Su-Nev —asintió Leveann. Aunque él ya lo sabía de antemano. Ensanchó su sonrisa—. Precioso nombre. ¿Sabes por qué he solicitado que te trajeran al palacio, Su-Nev?

—Me… temo que no, señor.

—Bien. Acompáñame.

Leveann echó a andar, con la capa de su larga túnica dorada ondeando brevemente en el aire. Su-Nev lo siguió, ignorando el frío que tenía en los pies al caminar descalza sobre esas baldosas pulidas. Agradeció la alfombra roja que cubría todo el pasillo.

Se desplazaron con rapidez. Su-Nev tenía que admitir que el interior del palacio era tan impresionante como el exterior, por mucho rencor que guardara hacia cualquier estructura humana. Habría deseado estar de vuelta en su bosque, de no ser porque este había sido arrasado por completo cuando el imperio había logrado ganarle terreno a Omilia.

Se había dedicado a sobrevivir como había podido durante esos dos años. Su padre, y los pocos amigos que tenía, habían sido asesinados por los humanos, y se había quedado sola. Sorteó poblados humanos para que no la vieran. Aun así, había sido difícil mantenerse oculta cuando los soldados imperiales se dedicaban a rastrear y capturar a todo aquel que se atreviera a caminar libre por Omilia. Habían esclavizado sin piedad a todo el mundo, fuera de la raza que fuera.

Y, finalmente, habían dado con ella. Pero Su-Nev se había sorprendido al descubrir que no la habían capturado como habrían hecho con cualquier otra persona que hubieran visto. No, la habían seguido y rastreado específicamente a ella, Su-Nev, porque era buscada por el emperador. ¿Qué había hecho ella?

Con el miedo en el corazón, había esperado ser ejecutada poco más que de inmediato al llegar a Luminaria, la capital del imperio.

Por tanto, no entendía muy bien lo que estaba sucediendo.

Pasaban por una amplia galería de cuadros cuando a Su-Nev se le cortó la respiración. Su mirada se detuvo sobre un par de niños humanos retratados con elaborados trajes escarlatas, uno más pequeño y bajo que el otro. Ambos tenían el pelo largo y atado en altas coletas adornadas con abalorios, dejando sus ojos marrones despejados por completo. Su-Nev reconocería esos cálidos ojos en cualquier parte.

«Jay», pensó, parpadeando repetidas veces. Respiró hondo, tratando de liberar la presión en su pecho.

Se acordaba de él a menudo. El primer humano que se había ganado su amistad. Se había esforzado tanto por hacerla ver las cosas buenas que tenían las demás razas… La había protegido de aquel soldado que había querido atacarla a latigazos cuando habían sido capturados como esclavos… Y ella, a cambio, lo había traicionado.

No había tenido elección. Era eso, o su padre moría. Al final, había sido para nada. Li-Nai, su padre, había fallecido igualmente…

Siempre se arrepentiría de sus acciones.

Su-Nev se adentró tras Leveann en una sala al final de aquel pasillo. El oráculo supremo cerró la puerta con un simple gesto de la mano.

La habitación era amplia y luminosa, con múltiples estanterías de madera negra llenas de libros. La alfombra a sus pies era ahora mullida y de color morado. Había un gran escritorio cuya superficie estaba tapada casi por completo por papeles de distinto tipo.

—Te preguntarás por qué estás aquí, Su-Nev —empezó Leveann, girándose hacia ella. Su-Nev lo miró, atenta—. Lo que te voy a contar ahora no puede salir de esta sala. —Endureció ligeramente su tono al decir esto, antes de relajarlo de nuevo—: Escúchame y, si no estás de acuerdo con lo que te propongo, podrás irte y regresar a Omilia, libre.

Su-Nev arqueó una ceja. Ahora sí que estaba intrigada. Asintió con la cabeza.

Leveann sonrió, mostrando calidez por fuera, pero ocultando malicia por dentro. No tenía ninguna intención de dejarla marchar, pero ya se había ganado su interés. Y siempre era mejor tener un soldado leal a él por voluntad propia, y no por temor, pues se reducía considerablemente el riesgo de traición. También sería mejor si no tenía que recurrir a otros métodos menos… ortodoxos, como había tenido que hacer con su aprendiz de oráculo.

—Bien. Vienes de Omilia, reino que fue conquistado y arrasado por el emperador hace dos años. Vagando sin rumbo como te encontrabas, imagino que perderías a todos tus seres queridos en el ataque.

—Sí… —musitó Su-Nev, hundiendo los hombros.

—El emperador ha destruido muchas familias en su afán por expandir el imperio. No había necesidad de ello, Gaelar ya era próspera por su cuenta… —Era él quien había instado al emperador a seguir extendiendo su territorio, pero nadie más sabía esto—. Además… Los humanos no deberían forzar su presencia en los hogares del resto de razas, ¿no crees?

Su-Nev no sabía qué responder. ¿Acaso el oráculo supremo estaba diciendo que estaba en

contra del emperador?

—Creo que el emperador debe ser frenado —prosiguió Leveann, cruzando los brazos y apoyando la barbilla sobre su puño cerrado—. Hay que devolver la armonía y el equilibrio a todas las razas en el continente. El sufrimiento de los reinos conquistados debe cesar. Por tanto…, he considerado que lo mejor será que yo mismo tome cartas en el asunto.

Su-Nev estaba boquiabierta. Sí, definitivamente estaba hablando de acabar con el emperador. Pero ¿qué tenía ella que ver en todo aquello? Aunque estaba de acuerdo con lo que había dicho, no entendía por qué se lo estaba contando.

—Tras meditarlo durante un largo tiempo, llegué a la conclusión de que lo mejor sería obtener la ayuda de miembros de otras razas con las mismas convicciones que yo. Personas que compartieran mis ideales y lo suficientemente poderosas para liderar el comienzo de una nueva era para Aruristed. Tú, Su-Nev… —Leveann la miró fijamente. Su-Nev se irguió inconscientemente—, cumples ambos requisitos.

—Yo… ¿Por qué yo? —balbuceó la denu, que se sentía como si de repente hubiera perdido la capacidad para expresarse. No se había esperado nada de todo eso.

—Intento reclutar para esta causa a miembros de otras razas no solo porque son los más perjudicados en esta situación, viéndose involucrados a la fuerza en asuntos de los humanos, sino porque son más hábiles que los humanos en el dominio de los elementos de la naturaleza. Los humanos realmente poderosos son los telépatas… Un afín al fuego nunca llegará al nivel de un torrogal, un afín al viento poco tendrá que hacer contra un zeafíreo, un afín al agua será aplastado por un aquitón, y un afín a la tierra… palidecería frente a un denu. ¿No crees?

Su-Nev apretó los labios. Sí, esa había sido siempre su opinión. Lo que no esperaba era que un humano la compartiera.

—Reuniendo al número suficiente de guerreros dispuestos a luchar por la liberación de Aruristed, podríamos derrotar al emperador. Y así, vosotros recuperaríais lo que es vuestro.

—¿Y cómo sabes que yo soy lo que buscas? —inquirió Su-Nev, curiosa. No se percató de que había hablado abandonando toda formalidad, pero ella no estaba acostumbrada a hablar de esa manera, pues había pasado toda su vida, hasta entonces, recluida en su bosque.

—Su-Nev, sabes que soy el oráculo supremo, ¿no es así? —preguntó Leveann con suavidad. Ella asintió con la cabeza—. Bien. Eso es porque yo… tengo visiones. Del pasado, del futuro… Puedo ver cosas y obtener información que de otro modo me habría sido inaccesible.

Su-Nev arqueó las cejas. Siempre había sabido que el oráculo supremo era alguien tremendamente poderoso, con poderes al alcance de nadie más, pero nunca había averiguado en qué consistían esos poderes.

—Tuve una visión en la que aparecías tú, Su-Nev. Investigué y pronto averigüé que tenías fama de ser la más poderosa en el bosque de Magulia, tu antiguo hogar, el que el emperador te arrebató… —dijo Leveann. Sus ojos relucían con interés—. He visto de lo que eres capaz. Y me gustaría contar con tu ayuda, si así lo deseas tú también.

Su-Nev se llevó un puño al pecho, notando el ritmo acelerado de su corazón. Tenía una oportunidad de recuperar lo que era suyo. Y esa oportunidad se la estaba ofreciendo ni más ni

menos que el oráculo supremo.

Era demasiado bonito como para ser cierto. ¿Sería Leveann un volpir vestido de oveja?

Ladeó la cabeza y entornó los ojos, cuestionando:

—¿Y si me niego?

—Como dije al principio, ordenaré que te dejen marchar. Eres libre de hacer lo que quieras, Su-Nev —contestó Leveann, miel en su voz—. Solo te estoy ofreciendo luchar por una causa en la que crees y recuperar lo que es tuyo. Lo que el emperador tan neciamente te ha arrebatado. No serías la primera en unirte a mí y, si aceptas, enseguida conocerás a los que serán tus compañeros en esta empresa.

Su-Nev frunció el ceño. Transcurrieron varios segundos de silencio en los que solo se escuchó el ruido de las agujas del gran reloj colgado en la pared, encima de las estanterías.

Finalmente, endureció su expresión y contestó:

—Puedes contar con mi ayuda.

El reloj sonó al marcar las doce en punto. Leveann sonrió maliciosamente para sus adentros.

—Excelente. Sabia decisión, Su-Nev.

***

Fue un primer día de viaje extraño. Sin Hadriel y Caedra, el grupo se sentía incompleto. Jay supuso que terminaría por acostumbrarse, pero, por el momento, era muy raro. En más de una ocasión se había girado para hacerle una pregunta a su padre, y solo se había encontrado con su ausencia.

Valikia los guiaba con confianza por los caminos que conocía. Se notaba que el norte de Zarested era más yermo, pues no tenía nada en común con la densa vegetación que los había recibido al pisar el continente.

La aprendiz permanecía en estricto silencio, caminando cabizbaja. Cualquiera diría que era una sacerdotisa con un voto de silencio.

Jay se preguntaba siempre qué estaría pensando. Le daba mucha pena verla así, por lo que tenía que esforzarse en recordar que los había atacado y, aunque lo había hecho con cierta reticencia, sus intenciones habían sido las de matarlos. No podían dejarla marchar, pues intentaría de nuevo acabar con ellos. La combinación de todos sus poderes era demasiado peligrosa. Pero… ¿acaso iban a tenerla presa para siempre?

El sol se estaba escondiendo por la línea del horizonte y el cielo estaba rojo; la luz ya era escasa. Se asentaron junto a un pequeño riachuelo en una pendiente hacia abajo, apartada del camino que habían seguido, en un sabinar. Las sabinas salpicaban la zona, dejando entre sí grandes espacios abiertos, facilitando instalar un campamento. Los arbustos eran de porte bajo, por lo que tampoco estorbaban.

Jay acababa de terminar de encender la hoguera cuando Tarvo regresó de su paseo. Había querido hacer un reconocimiento del perímetro.

—No parece que haya nadie al acecho —les comunicó a sus compañeros. Se sentó frente a Jay,

que estaba junto a Valikia.

La zeafírea estiró levemente sus alas. Jay la observó de reojo, recordando las alas rotas de Caedra. ¿Cómo les habría ido a Hadriel y a Caedra en su primer día de viaje separados de los demás?

—Bien —dijo Valikia.

—Aun así, seguiremos haciendo turnos de guardia todas las noches —decidió Tarvo mientras ajustaba los protectores metálicos en sus antebrazos—. Nunca se sabe cuándo pueden atacarnos y conviene vigilar, por si acaso.

—Odio hacer guardias… —gruñó Jay, encorvado. Entendía que era necesario, pero no tenía por qué gustarle. Apreciaba dormir toda la noche de un tirón.

—Ya lo sé, joven príncipe —dijo Tarvo, sonriendo, divertido—, pero me temo que no hay más remedio.

Tarvo estiró el brazo para alcanzar su mochila, rebuscando entre sus provisiones. Jay aprovechó para comprobar qué hacía la aprendiz, sentada con la espalda apoyada en el árbol tras él. Ahí Tarvo la vigilaba sin problemas, pues estaba frente a Jay, al otro lado de la hoguera.

—Nos levantaremos pronto para seguir avanzando —los informó Tarvo mientras les pasaba su cena—. Conviene avanzar todo lo rápido que podamos para poner tierra de por medio entre nosotros y los Shak’ti, por si nos están siguiendo.

—Sí, está bien —asintió Valikia.

Jay hundió los hombros. Guardias y, ahora, además, madrugar. Aun así, era mejor que tener que luchar por su vida todos los días en aquel maldito estadio de Titaia. No sabía cómo Darmacus había aguantado ese ritmo durante cinco años. A él se le habían hecho eternas dos semanas.

La cena la pasaron en un silencio incómodo. Jay supuso que para sus dos compañeros también era raro estar sin Hadriel y Caedra.

Lo peor, sin embargo, fue cuando terminaron de cenar… y se dieron cuenta de que la aprendiz tendría que comer algo también, aunque no había emitido queja alguna.

Valikia, Tarvo y Jay se miraron entre sí.

—Eh… Supongo que quitarle los grilletes de las manos para que coma por su cuenta no es una opción —dijo Jay, rascándose la mejilla.

—No, pero podrá comer incluso con los grilletes, no te preocupes —le aseguró Tarvo—. Puede mover los brazos.

—Vale, pues… ¿quién le da la cena? —inquirió Valikia, con una mueca en su rostro.

—Yo me encargo —decidió Jay, incorporándose de un salto. Al fin y al cabo, era el que más contacto había tenido con la chica, gracias a su encuentro con ella en el templo, cuando todavía no conocía su identidad. Además, mantenía su curiosidad por saber más sobre quién era realmente.

Tarvo le tendió un pañuelo en el que había trozos de pan duro y carne seca. Jay lo cogió y se

acercó a la aprendiz, que no le dedicó ni una mirada.

Jay se agachó a su lado. Tarvo y Valikia observaban desde la hoguera, el primero de reojo, y la segunda con la cabeza girada sin mucho disimulo, ambos curiosos.

—Eh…, toma —dijo Jay, incómodo con el silencio de la chica. Dejó el pañuelo con la comida extendido sobre el regazo de la aprendiz.

Había anochecido ya por completo. El cielo sobre ellos era casi negro, inundado de un océano de estrellas. A ellos los alumbraba la cálida luz de las llamas.

La aprendiz, al fin, reaccionó, mirándolo por debajo de las espesas pestañas. Sus ojos eran grandes y profundos, con un brillo extraño en su iris azul que le provocó a Jay un escalofrío. Parecían fríos, como un mar tormentoso.

La chica tomó un trozo de pan entre sus manos, con las muñecas enlazadas por los grilletes, y se lo llevó a la boca, masticando con lentitud.

—¿Por qué no nos dices cómo te llamas? —inquirió Jay en un tono bajo.

Ella tragó y continuó comiendo, ignorándolo. Una ardilla saltó de una rama a otra en la sabina encima de ellos, haciendo que cayeran algunas hojas. Jay alzó la vista brevemente para comprobar que el animal se alejaba antes de mirar de nuevo a la chica.

—Si nos lo dices, podremos llamarte por tu nombre —insistió Jay, frunciendo el ceño. Era solo un nombre, ¿por qué le costaba tanto revelárselo? Ya sabían que era la aprendiz del oráculo supremo, por lo que no obtendrían ninguna información importante con su nombre.

La chica al fin clavó toda su atención en él, irguiendo la barbilla. Su piel de porcelana brillaba bajo la pálida luz lunar.

—No tengo nombre.

Jay parpadeó repetidamente, asegurándose de que la chica realmente había hablado. Su voz era tan suave y baja, como el susurro del viento, que, si no la hubiera visto mover los labios, habría pensado que lo había imaginado.

Una vez procesó lo que había escuchado, sin embargo, Jay miró por encima del hombro a sus compañeros, perplejo. Valikia le ofreció un encogimiento de hombros y Tarvo se había quedado tan estupefacto como él.

Giró la cabeza hacia la chica de nuevo. Se sentó a su lado, cruzando las piernas, dispuesto a averiguar más.

—¿Cómo que no tienes nombre? Todos tenemos un nombre.

—No tengo —repitió ella, en tono carente de emoción. Siguió comiendo, haciendo una pausa para tragar y masticar. Jay se forzó a ser paciente y esperar a que continuara hablando—. Nadie me ha dado uno.

Jay enarcó una ceja.

—¿Tus padres?

—No tengo padres. —La chica lo dijo de forma contundente, sin mostrarse afectada por ello.

—Pero… tienes que tenerlos —balbuceó Jay, descolocado. Entre la actitud indiferente y distante de la aprendiz, y la información tan inquietante que estaba proporcionando, no sabía muy bien cómo llevar la conversación. Se sentía igual de perdido que en un laberinto.

Aunque la hubieran abandonado, o les hubiera pasado algo, debía haber tenido padres que le hubieran dado un nombre…, ¿no?

—No los recuerdo —contestó ella—. No recuerdo nada de mi vida antes de los diez años.
Jay ladeó la cabeza, extrañado.

—¿Y eso?

Él mismo no recordaba nada de su vida antes de los once años, así que, en cierto modo, se sentía identificado. En su caso, sin embargo, había sido obra de Hadriel, para que nadie que intentara leerle la mente lo identificara como el príncipe perdido si los encontraban.

—Desconozco lo que me sucedió para olvidarlo —dijo ella—. El oráculo supremo me encontró y me acogió, educándome y enseñándome a usar mis poderes. A él le debo todo, y a él dedico mi vida.

Jay tuvo un escalofrío al escuchar la convicción con que lo dijo, una de sus pocas muestras de emoción.

Había algo que no encajaba.

—¿Y por qué no te dio un nombre?

Ella ni siquiera se refería al oráculo supremo como Leveann.

La chica se mantuvo en silencio mientras continuaba comiendo lo poco que le quedaba de cena. Una vez hubo terminado, miró a Jay y respondió:

—El oráculo supremo dice que un nombre es la parte más importante de nosotros. Tiene significado y nos da una identidad. El suyo, Leveann, significa «defensor de la luz de Luvann». Me dará un nombre cuando complete mi entrenamiento y esté lista para heredar su posición.

Jay dibujó una mueca en su rostro. Estaba bien que Leveann quisiera darle un nombre con significado cuando completara ese supuesto entrenamiento, pero no podía tenerla sin ningún tipo de nombre hasta entonces.

—Todos necesitamos un nombre —replicó él, encorvado. Era muy triste que esa chica no tuviera uno.
—Yo obedezco siempre al oráculo supremo. Él sabe lo que es mejor para mí —declaró ella con firmeza—. Es gracias a él que tengo esta vida. Le debo todo.

Lo decía como si estuviera recitando algo de memoria. Era inquietante. Jay sacudió la cabeza, con los pelos de punta.

—Me da igual lo que diga el oráculo supremo —declaró, poniendo las manos en las rodillas—. Vamos a darte un nombre.

Imaginó que la chica se opondría. Pero tampoco se sorprendió cuando ella no mostró emoción alguna. Tomó su silencio como indicación para continuar:

—Tienes que tener un nombre. Mereces tener uno, así que… Vamos a pensar.

Tarvo observó con una sonrisa a Jay. Recordó el momento en el que se conocieron. Jay, todavía conocido como el príncipe Althalos, se había acercado a él aun sin haberlo visto nunca antes, consternado al encontrarlo llorando solo. Parecía que seguía preocupándose por los demás, aunque no los conociera de nada.

Valikia, en cambio, había apartado su atención, abrazando sus rodillas y perdiendo la mirada en el fuego de la hoguera. No entendía por qué Jay insistía en entablar conversación con aquella chica. Era su enemiga y, por lo que había escuchado, su devoción al oráculo supremo era completa. No iban a conseguir que se cambiara de bando como ya había sucedido con tres de los Shak'ti.

Jay se llevó una mano a la barbilla, barajando posibles nombres. Su primera impresión al conocer a la chica había sido creer que pertenecía a la aristocracia, con sus facciones blancas y suaves, su porte erguido y la tela cara de su ropaje de terciopelo.

—¿Qué te parecen Elizabeth o Charlotte? —ofreció Jay, mirando a la chica, con la esperanza de que le gustara alguno de los dos.

Unas finas líneas se marcaron entre sus cejas, sorprendiéndolo. Otra de sus pocas muestras de emoción.

—Vale, quizás son muy elaborados… —murmuró él. Era normal que le parecieran extraños, pues eran nombres usados en la Tierra, no en Gea, e incluso podría costarle pronunciarlos. Pensó durante varios segundos en posibles formas de crear variantes más sencillas de los nombres que había dicho, ignorando la manera en la que ella lo observaba fijamente. Le ponía un poco nervioso—. ¿Qué tal… Elsie? ¿O Charly?

Jay tenía que reconocer que se le daba fatal ser creativo. Seguro que a su padre se le habría ocurrido algo mejor.

—No —dijo ella con sencillez, inexpresiva.

Jay se llevó una mano a la cabeza, pasando los dedos por su cabello revuelto. Pensó y pensó. ¿A qué otra cosa le recordaba la chica? Quería que fuera un nombre con un significado acorde a ella…

Lo más especial de la aprendiz era su poder de la luz. Pero era silenciosa, callada… Era una luz suave, nada que ver con la fuerte luz del sol. Era una luz… como la luz de la luna. Pálida y sutil, pero brillante.

—Lo tengo —anunció súbitamente, irguiéndose. La chica no mostró reacción alguna, pero Jay estaba convencido de que ese sería el nombre definitivo—. ¿Qué te parece Ayla? Tu poder sobre la luz me recuerda a la luz de la luna. En una de las lenguas de la Tierra, el mundo en el que crecí yo, Ayla significa luz de luna.

Ella continuó en silencio. Jay hundió los hombros sin saber si no le gustaban los nombres, o si directamente se negaba a tener uno. ¿Cómo podía vivir alguien sin nombre? No era capaz de concebir algo así.

—Ayla…

Jay alzó la vista de golpe al escucharla hablar, con el corazón acelerado. ¿Había oído bien?

—¿Ayla? ¿Te gusta? —le preguntó para asegurarse, esperanzado.

Ella tenía una casi imperceptible sonrisa en sus finos labios. La borró con rapidez.

—Sí. Pero no puedo tener un nombre.

Jay frunció el ceño. Tenía que convencerla. No solo consideraba que todo el mundo merecía y necesitaba un nombre, sino que además, si lo conseguía, sería una especie de victoria sobre el oráculo supremo. Un primer paso para que la chica viera las cosas de otra forma, quizás.

Por su carencia de emociones, su forma de hablar del oráculo supremo y que Hadriel había desconocido por completo su existencia, Jay intuía que el oráculo supremo había mantenido a su aprendiz oculta al mundo exterior, moldeándola a su gusto. No iba a ser fácil, y quizás hasta fuera imposible, convencer a la chica de la maldad de Leveann. De lo contrario, el oráculo supremo no la habría enviado a una misión tan confidencial.

Pero Jay lo iba a intentar.

—Claro que puedes, y debes —declaró Jay, agarrando a la chica de los brazos con suavidad. Notó cómo se tensaba—. Incluso ocúltaselo a Leveann si quieres. Pero eres alguien, una persona en este mundo, con tus metas y objetivos, tus temores y tus deseos. Mereces un nombre.

Ella bajó la vista. Pasaron los segundos y el silencio se extendió entre ellos, solo roto por el lento crepitar de las llamas. Jay suspiró con tristeza, apartándose. No iba a rendirse, aunque no lo hubiera conseguido a la primera. Seguiría intentándolo.

Se levantó y regresó con sus compañeros a la hoguera. Se sentó junto a Tarvo, que puso una mano en su espalda al verlo cabizbajo.

—No te desanimes, Jay. El oráculo supremo sabe engañar a la gente —le susurró para que la chica no los escuchara. No había mentira en sus palabras, pero no convenía ponerla más en su contra.

—Sí, lo sé —masculló Jay. Clavó el codo en la rodilla y apoyó la mejilla en la palma de la mano. Extendió el otro brazo hacia el fuego, avivándolo al verlo con menos intensidad que antes —. Pero ¿cómo alguien puede no tener nombre?

—Ya, he de reconocer que a mí también me ha chocado.

—Parece una marioneta sin vida —opinó Valikia, sin molestarse en bajar la voz.

Jay observó a la chica por el rabillo del ojo. Se mantuvo inexpresiva como una estatua, pero estaba seguro de que había escuchado el comentario.

—No es su culpa —la defendió Jay, torciendo el gesto—. Yo… creo que necesita nuestra ayuda.

Valikia bufó.

—¿Ayuda? ¿He de recordarte que ha intentado matarnos? —ladró la zeafírea—. Por su culpa acabasteis Caedra y tú en ese otro mundo. ¿Tengo que recordarte también que es por eso que Caedra tiene las alas rotas?

Jay gruñó, pero no replicó, pues lo que decía Valikia era cierto. Y, aun así, Jay no era capaz de odiar a la aprendiz. Leveann la había manipulado hasta convertirla en alguien que creía ciegamente en él.

—Si Jay es capaz de convencerla de cómo es realmente el oráculo supremo—habló Tarvo, que sí que mantuvo la voz baja, inclinándose hacia delante para que sus compañeros lo oyeran mejor —, ganaríamos una valiosa aliada, Valikia. Tiene el poder de la luz y también recibe visiones.

Valikia resopló. Se cruzó de brazos y miró a otro lado.

—Venga, quitadle las cadenas. A ver cuánto tarda en clavarnos un cuchillo por la espalda para cumplir con las órdenes de su adorado maestro —refunfuñó.

Jay se llevó una mano a la cara, con un conflicto en su interior. Valikia tenía razón… y Tarvo también.

Tendría que ir viendo cómo evolucionaba el asunto durante los próximos días. No calificaría a la chica de causa perdida todavía. Merecía una oportunidad.

Le habría gustado tener a Hadriel a su lado para pedirle consejo. Su padre siempre sabía qué hacer y qué era lo mejor. Pero Jay estaba convencido de que Hadriel también habría querido darle una oportunidad a la chica.

La miró de nuevo. La luz de la luna recortaba su silueta, dándole una imagen un tanto siniestra. Sus alas, encadenadas, estaban pegadas a su espalda, inutilizadas por completo. Jay se sintió culpable al verla así, recordando a Caedra, que tampoco podía volar por sus alas rotas.

¿Intentaría escapar si liberaba sus alas?

# Capítulo 35: Heridas del pasado

*Caedra estaba desolada. Su hermano ya llevaba desaparecido más de dos semanas. Con cada día que pasaba, perdía un poco más la esperanza. ¿Le había ocurrido algo? ¿A dónde podría ir a buscarlo?*

*Había aterrizado en una parva explanada en la montaña en la que vivían. Se había sentado al borde de un precipicio desde el cual veía toda la ciudad de Luminaria en la lejanía, incluyendo el imponente y majestuoso palacio rojo en el que vivía su amigo Kendrij. ¿Estaría jugando con Althalos? Al menos, él seguía teniendo a su hermano con él…*

*¿Por qué no volvía Loure? Caedra había volado todo lo que sus pequeñas alas, sin terminar de desarrollarse todavía, al ser una niña, le habían permitido. Estaba cansada; se había alejado mucho, tan segura de que encontraría a su hermano en alguna parte, que había vuelto hundida por completo. No había ni rastro de Loure.*

*Se le escapó un sollozo, abatida. Estaba atardeciendo. Siempre contemplaba los atardeceres con su hermano en ese mismo precipicio. Le contaba que eran los dioses los que pintaban el lienzo celestial de naranja, violeta, rosa…*

*¿Qué iba a hacer ella sola?*

*Sus ojos ardían. No se molestó en contener las lágrimas, dejando que rodaran por sus mejillas. Necesitaba aliviar de alguna forma la presión que sentía en el pecho.*

*Escuchó pasos tras ella. Se giró con rapidez de cintura para arriba, esperanzada. ¿Sería Loure?*

*No. No era su hermano. Era un hombre de unos treinta y pocos años con pelo oscuro y corto. Lo saludaba siempre cuando iba a jugar con Kendrij, pues era su guardia personal, aunque en palacio solía portar una armadura de obsidiana.*

*Sabía que se llamaba Hadriel. Loure, que hablaba con él a menudo, siempre le decía que Hadriel le caía bien. Así que a Caedra también le gustaba. Dejaba a Kendrij jugar con ella.*

*Hundió los hombros, sin embargo, al ver que no era Loure. Volvió a mirar hacia Luminaria, frotándose los ojos con el dorso de la mano.*

*Hadriel se sentó a su lado.*

*—Imagino que no lo has encontrado —dijo con suavidad.*

*Caedra negó con la cabeza.*

*—N-no lo entiendo. ¿Por… por qué se ha ido? —sollozó ella con un hipido—. Me prometió que veríamos la lluvia de estrellas juntos. Pero eso fue hace una semana y él todavía no ha vuelto.*

*Hadriel suspiró, abatido por la tristeza. Todos los días recorría los alrededores de Luminaria buscando a Loure con un escaneo mental de la zona, pero nunca encontraba nada. Tampoco podía alejarse mucho, pues debía estar pendiente de Kendrij. Empezaba a sospechar que Loure no iba a regresar. ¿Qué le había pasado?*

*—Crees… ¿C-Crees que se ha cansado de tener que cuidar de mí?*

*La pregunta de Caedra lo devolvió a la realidad. Giró la cabeza hacia ella.*

*—Claro que no —respondió Hadriel de inmediato—. ¿Por qué dices eso?*

*—Porque como nuestros padres murieron… Loure ha tenido que cuidar de mí. ¿Y si me ha abandonado?*

*Caedra lo miró. Sus grandes ojos amarillos mostraban un vasto temor. Las marcas marrones en forma de triángulo invertido que tenía bajo cada uno de ellos brillaban por el rastro que habían dejado las lágrimas.*

*—Loure era… es —se corrigió Hadriel con rapidez. Todavía había esperanza. Loure no tenía por qué estar muerto— verdaderamente feliz contigo, Caedra. Se ve a simple vista. Jamás te abandonaría.*

*—¿Y por qué no vuelve?*

*Hadriel frunció el ceño.*

*—Si no ha vuelto, es porque algo se lo ha impedido. Pero ten por seguro que, si le es posible, regresará de inmediato contigo.*

*Existía la posibilidad de que Logre hubiera muerto, sí, y de que no regresara jamás. Sin embargo, era pronto todavía para asumir que eso era lo que había sucedido. Dos semanas no era tiempo suficiente para ello. Podía haber tenido un accidente que hubiera afectado a sus alas y estuviera volviendo a pie…*

*Aunque era extraño que Caedra, quien había recorrido y buscado en cada rincón cercano del imperio durante esas dos semanas, no hubiera encontrado nada.*

*Pero si Loure estaba muerto, también tendría que haber encontrado algún tipo de resto. Y no lo había.*

*Hadriel no sabía qué pensar.*

*—¿Está muerto?*

*Caedra había hecho la pregunta con tono acusador, como si él conociera la respuesta y se la estuviera ocultando. Hadriel suspiró profundamente y puso una mano en la cabeza de la zeafírea, entre sus dos diminutos cuernos, que cada día crecían más.*

*—No lo sé, Caedra. —Caedra era una niña inteligente y observadora. No tenía sentido engañarla dándole falsas esperanzas, por lo que no iba a mentir diciendo que estaba seguro de que no era así—. Puede haber sucedido cualquier cosa. Ahora mismo no tenemos forma de saberlo… Pero no pierdas la esperanza.*

*Caedra se frotó de nuevo los ojos, sollozando. Quería que su hermano volviera.*

*—¿Por… por qué me ayudas? —quiso saber ella, con su labio inferior temblando.*

*Esa pregunta sí que lo pilló desprevenido. Apartó la mano de su cabeza.*

*—¿Por qué no iba a hacerlo?*

*Caedra se había convertido en una presencia frecuente en los jardines del palacio desde que había aparecido unos años atrás, después de un accidente cuando estaba aprendiendo a volar. Kendrij quería jugar siempre con ella, y Hadriel era el encargado de vigilarlos. Había conocido*

*a la pequeña zeafírea muy bien durante ese tiempo y le había cogido cariño. No iba a ignorarla cuando su hermano había desaparecido y necesitaba ayuda.*

*—Porque… —Caedra dejó caer los brazos—. No sé. Kendrij dice que no puedo quedarme a dormir con él en el palacio porque tú no le dejas.*

*A Hadriel se le escapó una sutil carcajada en contra de su voluntad. Caedra estaba adorable con esa expresión acusadora, con las mejillas hinchadas. Si por él fuera, Caedra no se separaría nunca de Kendrij. Pero Hadriel debía cumplir con las órdenes del emperador en todo momento. De ninguna manera permitiría este que la zeafírea habitara el palacio. Bastante que había conseguido mantener sus visitas en secreto, con la ayuda de Emeline, la emperatriz.*

*—Sí, soy muy malo a veces —dijo Hadriel en broma—. Pero le dejo jugar contigo, ¿no es así?*

*—Supongo… —murmuró Caedra. Se abrazó con sus alas, cuyas plumas eran todavía de un tono marrón pálido, casi blanco. Por lo que Hadriel había visto en otros zeafíreos, se oscurecerían con la edad—. Entonces, eres bueno. A Loure le caes bien. A mí, también. Kendrij es tonto cuando se queja.*

*Hadriel sonrió, enternecido. Los niños solían decir todo lo que les pasaba por la cabeza.*

*El estómago de Caedra gruñó en ese momento. La pequeña zeafírea bajó la vista y se llevó las manos a la tripa, encorvada.*

*—Tengo hambre… —murmuró. Miró a Hadriel; sus ojos brillaban de la misma manera que un cachorro abandonado—. ¿Tienes comida?*

*—Claro. Te he traído la cena —dijo Hadriel, manteniendo su sonrisa. Se había ocupado de que Caedra siguiera alimentándose en ausencia de su hermano, aunque no era sencillo escaparse del palacio. Extrajo un bocadillo de su mochila y se lo tendió.*

*Caedra lo aceptó de inmediato. Estuvieron en silencio mientras ella comía con ganas, con el sol ocultándose en el horizonte. El cielo estaba cada vez más oscuro y había empezado a refrescar. Hadriel tenía que admitir que las vistas desde aquel lugar eran impresionantes.*

*Y, de repente, Caedra rompió a llorar de nuevo. Soltó el bocadillo sin terminar en su regazo. Las lágrimas se precipitaron sobre él al inclinar la cabeza. Su estómago estaba ahora revuelto. No tenía hambre. Quería a Loure de vuelta.*

*—Caedra… —la llamó Hadriel con suavidad, extendiendo una mano hacia ella.*

*Ella lo cortó cuando se giró con brusquedad y se abrazó a él. Escondió el rostro en su abdomen. Un mar de pesar la inundaba. Hadriel dejó caer los párpados, afligido, deseando poder hacer algo más por ella, mas no era posible. Pasó una mano por la cabeza de Caedra y acarició con lentitud sus cortos mechones de pelo blanco, reposando la otra en su espalda.*

*—No te vayas —suplicó ella en un sollozo, aferrándose a él con más fuerza, agarrando la tela de su camisa.*

*—No me voy a ir a ninguna parte, Caedra, tranquila.*

*Estuvieron así durante varios minutos mientras Caedra lloraba. Cuando al fin se calmó un poco, se separó. Su pequeño cuerpo temblaba con hipidos. Se limpió las lágrimas de la cara con el brazo y se mordió el labio. Notaba los ojos hinchados.*

*Había dejado la camisa de Hadriel empapada. Alzó la vista para mirarlo con el rostro rojo por la vergüenza.*

*—Um… Lo siento...*

*Hadriel esbozó una pequeña sonrisa. Limpió con el dedo índice una última lágrima que rodó por la mejilla de Caedra.*

*—No te preocupes. ¿Te encuentras mejor?*

*Caedra asintió tímidamente con la cabeza. Los restos del bocadillo estaban olvidados en el suelo.*

*Hadriel vio que Caedra lo observaba por debajo de las pestañas mientras jugueteaba con sus dedos, nerviosa por algo. ¿Qué querría decirle?*

*Esperó con paciencia a que ella hablara. Al cabo de un rato, Caedra se decidió:*

*—Podrías… Esto… ¿Tú podrías ayudarme… a limpiar las plumas de mis alas?*

*Hadriel arqueó las cejas, estudiando las alas ahora plegadas en la espalda de la pequeña zeafírea. Era cierto que había algo de tierra en ellas.*

*—Es que… es mi hermano quien las limpia siempre, pero llevo ya dos semanas sin lavarlas bien porque yo no sé cómo… —balbuceó Caedra—. Y es muy importante que estén limpias…*

*—Tranquila —dijo Hadriel. Si Caedra confiaba en él para esa tarea, no la decepcionaría—. Te ayudaré. ¿Vamos ahora?*

*—¡Sí! —celebró ella, poniéndose en pie de un salto y sorprendiendo a Hadriel, que se incorporó más lentamente, con su repentina energía—. Hay un río aquí cerca, ¡vamos!*

*Caedra echó a andar con rapidez. Hadriel la siguió. La pequeña zeafírea se detuvo unos metros más lejos, girándose para asegurarse de que iba tras ella. Fue hacia él y lo cogió de la mano, mirándolo con las mejillas rosas y una amplia sonrisa.*

*—¡Cuando vea a Kendrij le voy a decir que eres el mejor!*

***

Caedra estaba sentada en la orilla del lago, abrazando sus rodillas y con la barbilla apoyada en ellas. Era de noche, pero había luz más que suficiente gracias a la luna brillante en el cielo nocturno, la hoguera que habían encendido junto a ellos, y un grupo de luciérnagas flotando de un lado a otro por el lugar. El arrullo del agua moviéndose con lentitud y algunos grillos cantando en la distancia ayudaban a crear un ambiente relajado.

Le gustaba recordar momentos de su infancia en el palacio, cuando todo estaba bien, antes de que Kendrij fuera asesinado. Hadriel se había encargado de cuidar de ella tras la desaparición de su hermano. No tenía por qué haberlo hecho, pues no tenía relación alguna con él, pero la había ayudado sin dudarlo. Caedra siempre le estaría muy agradecida.

Solo había necesitado un par de meses para aprender a limpiar las plumas por su cuenta, tras lo cual ya no había permitido que nadie más las tocara, recelosa y queriendo asegurarse de que nadie estropeaba su perfecto estado.

Hasta ese momento. Hadriel estaba ahora detrás de ella, centrado en limpiar las plumas de sus alas con el agua del lago. Era un proceso largo y tedioso, y tenían que repetirlo todas las noches, pues las plumas se ensuciaban al arrastrar sus alas rotas por la tierra. Hadriel, aun así, nunca se quejaba, y realizaba la tarea con dedicación y cuidado.

Llevaban tres días de viaje. Quedaba todavía bastante hasta llegar a la curandera. Habían pasado ya más de dos semanas sin que Caedra pudiese volar y se estaba agobiando. Lo peor era saber que faltaba mucho hasta que pudiera volar de nuevo. Si es que podía algún día.

—Hadriel… —lo llamó Caedra, mirándolo por encima del hombro.

Él levantó la vista.

—Dime, Caedra.

Ella sonrió.

—Solo quería darte las gracias por venir conmigo. Siempre me has ayudado cuando lo he necesitado.

Hadriel sonrió también. Bajó la vista de nuevo, pendiente de las plumas que estaba limpiando.

—No tienes que darme las gracias. No iba a dejar que fueras sola. Y no lo hago por obligación. Quiero acompañarte.

—Lo sé, pero… —Caedra frunció el ceño, apenada—. Sé que también querrías estar con Jay.

—Sí, pero confío en que estará bien con Tarvo y con Valikia —dijo Hadriel—. Hace mucho que asumí que no puedo estar con él constantemente, por mucho que me gustara mantenerlo pegado a mí en todo momento.

Caedra dejó escapar una pequeña carcajada.

—Es duro ser padre, ¿eh?

Hadriel rio también.

—Más de lo que imaginas. Pero un mes se pasa rápido. En nada los veremos de nuevo.

Caedra volvió a apoyar la barbilla en sus rodillas. Alzó la vista al cielo estrellado.
—Estaba recordando cuando desapareció Loure —murmuró ella. Hadriel se detuvo para escucharla—. También tuviste que limpiar mis plumas.

Los ojos grises de Hadriel brillaron con nostalgia.

—Sí, lo recuerdo. Eras muy pequeña todavía. Pero aprendiste enseguida.

—Y luego siempre estuviste pendiente de mí. Sé que te lo he dicho muchas veces, pero…, bueno, me apetecía decírtelo de nuevo. Lo aprecio mucho.

Hadriel dejó caer agua sobre las plumas que estaban más cerca del nacimiento del ala izquierda. Era donde tenía que ser más cuidadoso, pues era el lugar en el que estaba roto el hueso. Cualquier movimiento inadecuado y a Caedra le dolería.

Tensó las comisuras de los labios con semblante serio. Años después, y la culpa todavía lo carcomía por dentro…

—¿No te enfadaste cuando me fui sin decir nada? —preguntó mientras pasaba las manos por las plumas con toda la suavidad que pudo. Eran frágiles—. Cuando tuve que irme con Jay a la Tierra. Me fui sin despedirme porque no tuve elección, pero… eso no lo hizo más fácil.

La huida había sido precipitada, improvisada. Y él se había marchado con el pesar tirando de él como cadenas en sus pies.

—Yo… Bueno. —Caedra dibujó una mueca en su rostro—. Reconozco que, al principio, sí que me enfadé. Aunque más que enfadarme… Me sentí dolida y confusa. No sabía si me habías abandonado.

La amargura se reflejó en los ojos de Hadriel. Sabía que Caedra se habría sentido de esa manera. Partir sin despedirse de ella le había costado mucho. Cualquier simple pájaro que veía en la Tierra reavivaba su culpa, haciendo que la recordara.

—Nunca haría algo así —dijo Hadriel, con los hombros rígidos—, pero… entiendo que lo pensaras.

Y no había llegado a pedirle perdón por ello, quizás porque, aunque no hubiera podido hacer nada para modificar aquella cadena de sucesos, se avergonzaba de no haber encontrado la manera de despedirse.

—Luego la emperatriz me explicó que habías tenido que marcharte por una causa muy importante —prosiguió ella—. Algo relacionado con las muertes de Kendrij y Althalos, pues yo en aquella época pensaba que Jay también había fallecido. Y que ella no te había permitido decírmelo. Cuando, años más tarde, me explicó todo con detalle, entendí por qué lo habías hecho… —Caedra miró a su izquierda, hacia el lago, observando las luciérnagas quedanzaban sobre el agua. Calmaron los nervios en su corazón, permitiéndole hablar con claridad—. Sea como sea, me alegro de que nos encontráramos de nuevo.

Hadriel esbozó una sonrisa triste. No podría devolverle a Caedra esos años en los que había vivido con la incertidumbre de qué le había pasado, de por qué se había marchado. Al menos, ahora estaban hablando de ello.

Pasó los dedos por una pluma cuyas barbas estaban especialmente rasgadas. Relajó los hombros. Su sonrisa se tornó cálida.

—Yo también.

El emperador había causado serios estragos en sus vidas. Daños irreparables. Ni Kendrij ni Emeline, la emperatriz, estaban con ellos ya. Pero Hadriel, Caedra y Jay seguían juntos, luchando para evitar que les arrebatara más de lo que ya había conseguido.

Algún día lo lograrían. Derrotarían al emperador. Caedra estaba convencida. Y luego…

—¿Qué haremos cuando todo esto termine? —preguntó Caedra sin darse cuenta, medio sumida en sus pensamientos.

Hadriel arrugó la frente.

—No me atrevo a imaginar nada.

Caedra lo miró por encima del hombro, confusa.

—¿No crees que vayamos a conseguirlo?

Hadriel negó con la cabeza.

—No es eso. Todavía nos queda mucho camino por delante, y no quiero confiarme. Prefiero mantenerme centrado en nuestro objetivo. Si algún día todo esto termina…, ya veré entonces.

—Y luego te quejas de que Jay sea pesimista —bromeó Caedra.

Hadriel rio por lo bajo. Terminó de limpiar el ala izquierda y pasó a la derecha, empezando por las plumas del extremo.

—No estoy siendo pesimista, Caedra.

—Ah, ¿no?

—Siento que imaginar cualquier tipo de vida idílica sería tentar al destino para que lo impida. No estoy diciendo que crea que no lo vamos a conseguir —aclaró él.

Para Hadriel era duro ver el estado de las plumas de Caedra. Recordaba las primeras veces que había tenido que limpiarlas, cuando ella era pequeña. Habían sido redondeadas y claritas, marrón pálido, casi blanco, mezclado con gris. Luego se habían alargado y oscurecido (y el gris había desaparecido), pero siempre habían mantenido su forma estilizada y perfecta a lo largo de los años. Caedra se había asegurado de ello.

Ahora… muchas de ellas estaban partidas, desgarradas, sucias, o las tres cosas a la vez. Y las alas rotas…

Caedra se había quitado la camisa para que lavara las alas, manteniendo la tela roja presionada contra el pecho con el fin de reducir un poco el frío, aunque, como todos los zeafíreos, tuviera el abdomen y el pecho cubierto de plumas.

Su espalda estaba desnuda, permitiendo a Hadriel observar todas las cicatrices de los latigazos que tenía en la piel. También reconoció en el omoplato la cicatriz que le había dejado la flecha que la alcanzó dos años atrás.

Sabía que su hijo tenía marcas similares. No podía proteger a Jay y a Caedra de todo, mucho menos en un mundo tan peligroso como Gea, pero se sentía como si hubiera fallado en su papel cada vez que lo veía.

Jamás se habría imaginado que hubiera un portal a otro mundo diferente a la Tierra en las Ruinas de Agishia. Y que este, además, tuviera un desfase temporal respecto a Gea. Al menos, el tiempo en Gea y la Tierra transcurría de la misma forma.

Permanecieron sumidos en un tranquilo silencio mientras Hadriel terminaba de lavar el ala derecha. Cuando consideró que estaba pulcra, ayudó a Caedra a ponerse la camisa de nuevo. Se quedaron sentados en la orilla del lago, con el fuego de la hoguera crepitando a sus espaldas.

—¿Qué tal tu entrenamiento con Alastair? —preguntó Hadriel, inclinándose hacia atrás con las manos apoyadas en la tierra y girando la cabeza para mirar a Caedra—. Hoy has creado una buena descarga.

Caedra le había contado que Alastair iba a enseñarla a controlar la electricidad. Cuando paraban para descansar al anochecer, Hadriel observaba a Caedra entrenar, frenando con la mente cualquier esquirla que saliera disparada cuando un rayo descontrolado impactaba en una roca y la destruía en mil pedazos.

A la zeafírea le quedaba mucho hasta poder usar la electricidad por su cuenta, sin la asistencia de Alastair. Pero, poco a poco, iba entendiendo más sobre cómo funcionaba su manejo. Aunque seguía sin estar cómoda con ese elemento.

Hadriel sabía que para Caedra era importante no sentirse indefensa. Era curioso que Alastair, a quien al principio había considerado peligroso para Caedra, fuera el que la estuviera ayudando en ese aspecto. Esto contribuía a que Hadriel fuera aceptando también a Alastair, si bien sentía aún algo de recelo.

—Voy avanzando —respondió ella, con la vista clavada en las luciérnagas que sobrevolaban el lago—. Pero todavía no puedo invocar la electricidad yo sola. Al menos, no más allá de pequeñas chispas.

—Bueno, poco a poco.

Caedra tampoco tenía ya su lanza. Hadriel lamentaba la pérdida del arma casi tanto como la zeafírea, pues era lo único que quedaba de Kendrij. Recordaba con la claridad del agua la ilusión con la que Caedra había ido a buscarlo por el palacio, para enseñarle el regalo que le había hecho Kendrij, con sus mejillas rojas por la emoción.

Se levantó y fue hacia su mochila, apoyada en el tronco de un árbol cerca de la hoguera. Caedra lo siguió con la mirada, curiosa. ¿Habría ido a por uno de sus libros?

Hadriel no tardó en regresar a su sitio junto a ella. Traía un objeto envuelto en tela azul.

—No es la manera más elegante de envolver un regalo —dijo él, sonriendo, divertido, al ver cómo los ojos de Caedra se agrandaron—. Pero esto es para ti, Caedra.

Ella lo tomó en sus manos casi con reverencia. No tenía la más mínima idea de qué podía ser, pero el mero hecho de que Hadriel le regalara algo la había ilusionado.

Lo desenvolvió y arqueó las cejas ante lo que quedó al descubierto, notando cómo su corazón se aceleraba. Se trataba de un par de abanicos de metal dorado con los bordes rojos; en concreto, el mismo tono de rojo que había tenido su lanza. Cogió uno de ellos y lo extendió, comprobando que estaba perfectamente afilado.

Lo acercó a su rostro, fascinada. Se vio reflejada en su superficie y lo bajó de nuevo, mirando a Hadriel con una sonrisa de oreja a oreja.

—Sé que no es lo mismo que la lanza, ni tiene el mismo significado —dijo Hadriel—. Pero he pensado que los abanicos serían una buena arma para ti mientras tus alas se recuperan. Los humanos afines al viento los utilizan cuando aprenden a controlar el elemento, y muchos de ellos los escogen como su arma permanente, volviéndose auténticos expertos en su uso. Manejados correctamente, son letales.

—Hadriel… —Caedra no sabía cómo expresar toda la emoción que estaba sintiendo en esos momentos; le temblaban las manos de la alegría y una agradable calidez se había extendido por su pecho. Se había sentido desanimada por haber perdido su lanza, y preocupada por no tener ningún arma con la que defenderse. El regalo de Hadriel era perfecto—. Me encantan… ¡Muchas gracias!

Se lanzó a abrazarlo, con cuidado de no presionar las costillas rotas. Hadriel rio con suavidad, contagiado por el entusiasmo de la zeafírea, y la abrazó también.

—¿Cuándo has tenido tiempo de conseguirlos? —inquirió ella al separarse, ladeando la cabeza para mirarlo, curiosa.

—Esta mañana —contestó Hadriel. Habían pasado por una ciudad, pero Caedra, para evitar que nadie la viera, la había bordeado para esperar a Hadriel al otro lado. Necesitaban provisiones, pero una zeafírea diferente a las de Zarested, con pelo blanco y alas marrones, llamaría demasiado la atención. Y no sabían si había alguien tras su pista—. Mientras me esperabas.

Caedra extendió ambos abanicos. Se fijó en que tenían el curioso símbolo de un águila grabado, pero no le dio importancia. Giró la muñeca y los plegó.

—Te iré enseñando estos días a usarlos.

Miró a Hadriel de nuevo al escucharlo hablar. Enarcó una ceja.

—¿Hay algo que no sepas hacer? —le preguntó, divertida.
Hadriel negó con la cabeza y esbozó una sonrisa un tanto amarga.

—Demasiadas cosas, Caedra. Pero mi hermana era afín al viento, y usaba abanicos de metal como su arma preferida.

—No sabía que tienes una hermana —dijo Caedra, sorprendida por la información.

—Tenía —la corrigió Hadriel con suavidad—. Murió hace mucho tiempo, antes de partir yo hacia la Tierra con Jay, luchando en una de las campañas de conquista del emperador.

—Ah, vaya… Lo siento —murmuró Caedra, apenada. A pesar de creer que conocía bastante bien a Hadriel, se daba cuenta de que había mucho que no sabía sobre su pasado todavía. ¿Qué más escondería?

—No te preocupes —dijo Hadriel, aunque frunció el ceño—. La verdad es que tengo un conflicto en lo que a mi familia se refiere.

—¿Qué quieres decir? —inquirió Caedra, ladeando la cabeza.

Hadriel suspiró con tristeza.

—Mi madre murió cuando yo era pequeño por una enfermedad. Pero mi padre… Llevaba décadas sin verlo; tuvimos una discusión cuando yo no era más que un tonto adolescente y me marché de casa —relató Hadriel, desviando su mirada hacia las luciérnagas en el lago, melancólico—. La última vez que estuve en Luminaria, comprobé que mi padre sigue vivo.

Caedra alzó las cejas.

—Pero… Jay no sabe nada de esto.

—No, Jay no sabe que tiene un abuelo que está vivo —murmuró Hadriel. Torció el gesto—. Me gustaría decírselo, mas me temo que ahora no es el mejor momento. —Giró la cabeza para mirar a Caedra—. Me preguntaste antes qué haríamos una vez terminara todo esto. Una de las cosas que me gustaría hacer es llevar a Jay a conocer a mi padre.

Otra razón más para sentirse culpable. No hacía más que ocultarle cosas a Jay. Primero, durante todos los años que habían pasado en la Tierra, su historia con Gea. Luego, el hecho de que tenía más familia después de que hubiera resultado ser su hijo biológico: Jay no sabía que tenía un abuelo. Y, ahora, que iban a ayudar a Alastair a recuperar su cuerpo.

Temía el día en el que Jay se lo echara en cara.

Caedra, por su parte, esbozó una pequeña sonrisa.

—Estoy segura de que podrás hacerlo.

—Hasta entonces, sin embargo, será mejor que Jay ni lo sospeche. Es impaciente y testarudo; querría ir a conocerlo de inmediato. Y las circunstancias no lo permiten.

Aunque quizás debería dejar de ocultarle cosas y empezar a confiar en que sabría encajar la información, sobre eso o lo que fuera… Hadriel cada vez tenía más dudas.

—Sí, me temo que sí —dijo Caedra, riendo con suavidad—. ¿Podré conocerlo yo también?

Hadriel sonrió.

—Por supuesto. —Se le crispó la cara, serio una vez más—. Pero debo advertirte de que no será una reunión idílica. Por más que me arrepienta de las acciones que me llevaron a cortar todo contacto con él, nada me asegura que el tiempo haya curado las heridas y que vaya a querer verme.

—¿Qué sucedió, exactamente? —inquirió Caedra, inclinándose hacia él, curiosa.

—Emeline… —contestó Hadriel, ignorando el pinchazo de dolor en su corazón. La herida no sanaría nunca—. Ella y yo éramos amigos desde la infancia, y éramos pareja cuando su familia la forzó a aceptar la propuesta de matrimonio del emperador. Cuando Emeline tuvo que marcharse a vivir al palacio… —Hadriel se llevó una mano al cuello, encorvado. Pocas veces le había visto Caedra tan avergonzado—. Yo quise marcharme de inmediato con ella. Me uní al ejército del emperador y ascendí con rapidez en los rangos para ser parte de su guardia más personal en el palacio.

—¿Qué hay de malo en ello?

—Mi padre odiaba al emperador. De los pocos que lo hacían, y yo en su momento no comprendía por qué. Para mí, el emperador era quien me había arrebatado a la persona que yo amaba, pero mi odio hacia él se limitaba a lo personal. No entendía qué razones podía tener mi padre para odiarlo tanto —explicó Hadriel—. Mi padre se opuso férreamente a que yo me uniera a la guardia del emperador. Yo lo vi como un intento de impedirme estar con Emeline, discutimos y me marché… —Hadriel dibujó una mueca en su rostro—. Y así hasta hoy.

Caedra, con la boca abierta, tardó un par de segundos en reaccionar.

—Vaya… Jamás me habría imaginado algo así —admitió—. Cuesta imaginarte como un adolescente rebelde, Hadriel.

—Todos hemos tenido nuestra época, supongo —dijo él. Bajó la vista a los abanicos de Caedra —. Yo heredé mis poderes sobre la psiquis de mi madre. Mi padre, en cambio, es afín al viento, de ahí que mi hermana fuera también afín a este elemento.

—Ya veo.

—Sé bastante sobre el uso de los abanicos debido a que observaba muchas veces a mi padre mientras entrenaba a mi hermana. Mi padre tenía una habilidad increíble con ellos.

—Espero que no se me dé muy mal usarlos… —murmuró Caedra, mirando también los

abanicos. Su tacto era agradable y los podía sujetar con comodidad. No quería decepcionar a Hadriel si resultaba que no era capaz de usarlos correctamente.

Levantó la vista cuando notó la cálida mano de Hadriel en su cabeza. Por un momento, fue devuelta a su infancia…

—Estoy seguro de que aprenderás rápidamente, Caedra, no te preocupes —le aseguró él, con una sonrisa que buscaba infundirle ánimos.

Caedra sonrió también. Siempre se sentía mejor hablando con Hadriel.

«Se me ocurren formas interesantes de combinar la electricidad y los abanicos», dijo Alastair.

Caedra se contuvo para no poner los ojos en blanco.

«Espera primero a que pueda manejar ambas cosas por separado», le contestó.

«Este mortal es de mi agrado —prosiguió Alastair, ignorándola—. ¿Seguro que el inútil mortal afín al fuego está emparentado con él?».

Y Caedra se forzó a no llevarse una mano a la cara. ¿Conseguiría algún día que Alastair y Jay se llevaran bien?

# Capítulo 36: Un lugar pulcro

Jay admiraba la limpieza de las calles en aquella ciudad de Zarested, con suelo de piedra, casas perfectamente alineadas y un enorme templo en el centro, todavía más impresionante que el que él había visitado. Este sí que lo calificaría como una especie de catedral, con sus enormes torres decoradas con multitud de arcos y gárgolas, además de, por supuesto, una gran vidriera en forma de círculo.

No tenía nada que ver con ninguna ciudad del Imperio gaelaro. Al menos, él nunca había visto nada así. Se paseaba en esos momentos por una amplia plaza cuadrada rodeada por los soportales de los edificios y con una bonita fuente en el centro, adornada con una estatua de Anatala, la diosa de los mares. Los niños jugaban en torno a ella, con sus risas esparciéndose en el ambiente.

—Es increíble el contraste que hay entre este continente y el nuestro —comentó Tarvo, que caminaba a su lado.

Valikia los estaba esperando fuera de la ciudad. La zeafírea se había quedado, a regañadientes, con la aprendiz del oráculo supremo, pues no podían llevarla por la ciudad con los grilletes y las cadenas; llamaría demasiado la atención. Por tanto, se turnaban para ver quién se quedaba fuera cada vez que visitaban algún pueblo o ciudad.

Llevaban una semana de viaje y, por el momento, todo marchaba bien. Jay no iba a quejarse, aunque caminaba igualmente en tensión, siempre pendiente de todo a su alrededor.

—Se nota que aquí no están en guerra, o que no hay un imperio entero oprimiéndolos —dijo Jay, con el ceño fruncido—. Están mucho más desarrollados que en Gaelar y… bueno, supongo que nada es perfecto, pero aquí sí que se ve a la gente feliz. Sobre todo los niños.

La primera y última vez que había visitado Luminaria, había visto niños huérfanos y en los huesos en cada rincón de las calles. La imagen le había causado una profunda tristeza, lo contrario a la paz que sentía mientras paseaba por aquella plaza.

Valikia los había informado de que esa sería la última ciudad por la que pasarían en su travesía hacia la cordillera Septentrional. En la próxima semana de viaje se cruzarían con algún que otro pueblo, pero encontrarían los alrededores de las montañas completamente desiertos, sin asentamiento alguno.

Por tanto, Tarvo y Jay se estaban asegurando de que estaban bien abastecidos para el resto de su viaje. Habían dedicado un par de horas de la mañana a recorrer el mercadillo, y ahora solo les quedaba un asunto pendiente.

—Es increíble que necesites otra espada tan pronto, Jay —dijo Tarvo en cuanto salieron de la plaza, adentrándose en la calle en la que se encontraban las herrerías. La ciudad era tan grande que, de no ser por las amables indicaciones de una anciana, jamás habrían sabido orientarse.

Jay lo miró e infló las mejillas, indignado.

—¡No es mi culpa que fuera arrastrado a otro mundo y perdiera la mía!

—¿Cuántas espadas van ya en estos dos años? —preguntó Tarvo con intención, cruzando las manos detrás de la espalda.

—He perdido la cuenta… —refunfuñó Jay, acalorado. Se dedicó a apartar algunos mechones rebeldes que insistían en caer sobre su frente para ignorar las risas de su amigo.

—Espero que esta espada aguante más, joven príncipe, porque me temo que nuestros fondos son… limitados.

El dinero que habían ganado por entregar a aquellos bandidos había sido una cantidad generosa, pero, además de dividirlo entre los dos grupos al separarse, querían que les durara el resto de su estancia en Zarested. Por ello, Tarvo se estaba esforzando en controlar meticulosamente los gastos.

Eso incluía no comprar cada pastel que veían en los puestos de comida en las calles, para disgusto de Jay.

—No sabía yo que serías tan tacaño con el dinero, Tarvo —lo picó Jay.

—No soy tacaño —replicó Tarvo de buena gana—. Si te dejara a ti nuestro dinero, estoy seguro de que lo gastarías todo en un día.

—¿Yo? Para nada —dijo Jay. Cruzó los brazos detrás de la cabeza y miró al cielo azul y despejado—. ¿Por qué lo dices?

Tarvo puso los ojos en blanco y esbozó una pequeña sonrisa.

—Por nada…

Minutos más tarde, salían de una de las herrerías, con Jay ajustando la nueva espada en el cinto. Su paso era alegre, ligero.

—Creo que una de mis cosas favoritas es estrenar una espada —dijo. Se llevó una mano a la barbilla—. Jamás habría imaginado hace años que diría algo así …

Tarvo soltó una carcajada.

—Y mientras tanto, aquí estoy yo, con la misma espada que tenía cuando nos conocimos. O cuando nos conocimos de nuevo —añadió tras pensarlo unos instantes.

Jay bufó.

—No es mi culpa que mis espadas decidan perderse. Podrías regalarme una algún día, a ver si viniendo de ti decide serme una espada fiel.

—Lo tendré en cuenta.

Caminaron en silencio. La piedra en el suelo y los ladrillos de los edificios tenían un tono amarillo cremoso, contribuyendo a esa atmósfera alegre que proyectaba la ciudad. A Jay le habría gustado quedarse algunos días para explorarla a fondo.

Pasaron junto a otra plaza más reducida en la que había una impresionante estatua de Luvann con el brazo extendido hacia el cielo, sujetando una esfera de luz en la mano. Jay se detuvo y frunció el ceño. Se acercó para observarla más de cerca. Tarvo fue junto a él.

—Es raro —comentó Jay, alzando la vista. La estatua era el doble de grande que ellos.

—¿El qué? —dijo Tarvo al ver que se quedaba callado.

—Luvann… Aquí, como en todos los sitios que lo hemos visto representado, aparece como un

hombre —contestó Jay. Cruzó los brazos—. Pero en los murales de las ruinas y según lo que vio Valikia de pequeña…, en realidad es un fénix.

—Sí, es curiosa la percepción alterada de Luvann que tiene la gente en Gea —asintió Tarvo. Entrecerró los ojos—. Incluso yo creía en él como un dios hasta que nos adentramos en Zarested. Si bien nunca había sido un creyente firme, simplemente nunca había concebido algo diferente a los dioses. Algo como que… sean criaturas que habitan en Gea entre nosotros.

—Yo directamente pensaba que no existían —dijo Jay, con una risita nerviosa—. ¿Crees que Luvann podrá comunicarse con nosotros?

Tarvo ladeó la cabeza para mirarlo.

—¿Por qué lo dices?

—Porque Alastair se comunica con Caedra. Así que si él conoce nuestro idioma…, imagino que Luvann también —explicó Jay. Guardó las manos en los bolsillos y dio media vuelta, echando a andar, con Tarvo a su lado—. Se me va a hacer raro ver a un pájaro gigante hablando, la verdad.

—Es un fénix —lo corrigió Tarvo.

—Lo sé, lo dije antes —se defendió Jay—. Pero un fénix es un pájaro, ¿no?

—Supongo —concedió Tarvo—. Y tienes razón, será extraño. Sin embargo, asegúrate de que no se note la sorpresa en tu rostro si logramos encontrarlo y hablamos con él.

—Ya, ya, tranquilo, no soy tan estúpido como para ofenderlo con eso —masculló Jay. Notó la mirada fija de Tarvo sobre él. Sus mejillas se colorearon de rosa y agachó la cabeza—. Vale, vale, ya sé que a veces digo las cosas sin pensar…

Tarvo rio.

—Mi querido príncipe, me temo que el tacto y la sutileza no suelen ser tu fuerte…

Cuando salieron de la ciudad (a Jay le llamó la atención que no había murallas ni vigilancia de ningún tipo), se juntaron de nuevo con Valikia, quien los esperaba escondida entre la maleza. La zeafírea estaba con la espalda apoyada en el tronco de un árbol y los brazos cruzados. La aprendiz se mantenía de pie a su lado, cabizbaja. Los extremos de su túnica estaban sucios y desgarrados tras una semana arrastrándose por un terreno de rocas y tierra.

—Vaya, por fin —fue lo primero que dijo Valikia, apartándose del árbol—. Estaba empezando a aburrirme. Esta chica —señaló a la aprendiz con el pulgar— no da nada de conversación.

Jay había seguido intentando hablar con la aprendiz esas noches, pero el progreso había sido poco o ninguno. Seguía sin convencerla de que aceptara tener un nombre, y no quería contarles nada sobre su vida con el oráculo supremo. Su silencio comenzaba a ser inquietante. O irritante, para Valikia.

—Sentimos haberte hecho esperar —dijo Tarvo, yendo hacia ellas mientras ajustaba las correas de su mochila. Era el que cargaba con la mayor parte de las provisiones, pues era el más fuerte —. Tuvimos que buscar también una nueva espada para Jay.

—Bueno, Jay, a ti te perdono todo —ronroneó Valikia, apoyando el codo en el hombro de Jay.

Puso un dedo en su mejilla, juguetona—. Pero… ¿Cuántas espadas llevas ya desde que te conozco?

—¿Tú también, Val? —gruñó Jay, frustrado. Se apartó de ella, y Valikia y Tarvo rieron a carcajada limpia.

***

Era de noche y habían parado junto a un río en el bosque, en un lugar donde había una diminuta cascada con varias rocas en el fondo, que se observaban con claridad bajo el agua cristalina. Abundaban el musgo y los líquenes en las cortezas de los árboles, inmensas hayas de troncos altos y grises.

Valikia y la aprendiz se habían ido un poco más arriba, a una zona donde el río era más ancho y profundo, para bañarse. La zeafírea estaba claramente descontenta por ser la que se encargara de la otra chica, pero no habría sido apropiado que lo hicieran ni Jay, ni Tarvo. Ellos ya se habían bañado antes.

—De verdad, es como tratar con una muñeca —refunfuñó Valikia, todavía con el pelo chorreando, regresando a grandes zancadas al lugar donde habían establecido su campamento. La aprendiz iba unos metros por detrás, con pasos lentos y tranquilos—. Su corazón es un desierto.

Ignorando sus comentarios, la aprendiz se acomodó sobre una de las rocas cubiertas de musgo, cerca del río. Había lavado la falda de su túnica, pero esta ya se estaba ensuciando de nuevo por la tierra húmeda del lugar. Mantuvo su espalda perfectamente recta, con las manos sobre su regazo.

Jay no supo qué decir. Era cierto que resultaba un poco tedioso tener que estar pendientes constantemente de la chica, pero no tenían otra opción.

Se sentaron a cenar en torno a la hoguera. Soplaba una ligera brisa que removía las copas de las hayas y se escuchaba un único búho en la distancia. Tarvo notaba algo raro en el ambiente, pero no sabía qué era.

Puso la mano en el suelo y cerró los ojos. Empleando su poder sobre la tierra para hacer lo que se conocía como un reconocimiento sísmico, comprobó que no había nadie acechándolos cerca. Al menos, no en contacto con el suelo sobre el bosque.

—¿Qué haces? —le preguntó Jay, divertido, al verlo en esa posición tan concentrado.

—Comprobando que no hay nadie más por aquí —respondió Tarvo. Abrió los ojos—. Parece que estamos solos.

—Es extraño que esos Shak’ti no hayan intentado nada, pero supongo que necesitarán algo de tiempo para reorganizarse —dijo Valikia mientras masticaba, con un palo que tenía clavados varios trozos de carne tostada por el fuego.

Como Tarvo había conseguido pescar un par de peces en el río, esa noche tocaba cena fresca. Valikia, en concreto, estaba muy feliz con el pescado asado.

—Estaría genial que hubieran decidido regresar a Gaelar y dejarnos en paz —masculló Jay.

Tarvo, que ya había terminado de comer, se centró en echar sal al pescado que había sobrado

antes de envolverlo y guardarlo en su mochila. Aguantaría hasta el día siguiente. Apartó un poco para la aprendiz y se levantó para dárselo a Jay antes de sentarse de nuevo, apoyándose en un tronco. Sacó su cuaderno y se puso a dibujar.

—Y ahí tenemos a Tarvo fuera de la conversación —bromeó Jay. Tarvo alzó brevemente la vista para dedicarle una pequeña sonrisa. Jay giró la cabeza hacia Valikia—. ¿Supongo que no querrás hacerme compañía mientras le doy la cena a la chica?

Valikia resopló.

—Tampoco es que tenga nada mejor que hacer… —dijo entre dientes.

Se levantaron y fueron a la roca en la que seguía sentada la aprendiz. Valikia se preguntó cómo no le dolía la espalda tras mantenerla en esa postura tan rígida tanto tiempo.

Jay se agachó al lado de la chica y le pasó un pañuelo con los trozos de pescado. Ella lo aceptó y lo colocó en su regazo, empezando a comer con parsimonia.

Valikia se quedó de pie detrás de ellos, cruzada de brazos.

—¿Cómo estás? —le preguntó Jay a la aprendiz, inclinándose hacia ella. Extendió la mano hacia su espalda, pero no llegó a posarla, retirándola por si le molestaba—. ¿Necesitas estirar las alas o algo?

Al fin y al cabo, las había tenido encadenadas ya durante una semana.

La chica lo observó de reojo.

—¿Por qué te preocupas? Somos enemigos.

Eso mismo pensaba Valikia, aunque no lo dijo en voz alta.

—Simplemente tenemos… ideas diferentes —replicó Jay, tras pensar su respuesta durante un par de segundos—. Que seamos enemigos por las circunstancias no hace que dejes de ser una persona. No vamos a tratarte como un simple objeto.

—Entiendo —murmuró ella. Entornó los ojos—. Esperaba otra cosa.
Jay ladeó la cabeza, confuso.

—¿A qué te refieres?

—El oráculo supremo me encomendó esta misión porque era de vital importancia. Debía acabar con el príncipe traidor al imperio, alguien sin escrúpulos que no se detendría ante nada para destruir todo lo que él había construido a lo largo de estos años —explicó ella, con su voz carente de emoción—. Cuando te conocí en el templo, sin embargo, aproveché para observarte, pues no tenía por qué atacarte todavía.

Esto significaba que la chica no seguía de forma tan ciega las órdenes de su maestro. Se había detenido a analizar antes de actuar para sacar sus propias conclusiones.

—¿Y qué viste? —inquirió Jay al ver que se quedaba callada.

—Un chico curioso y no tan peligroso y cruel como había esperado —respondió ella sin vacilar. Jay no supo si sentirse ofendido ante el hecho de que no parecía «amenazador»—. Ahora, veo que tienes principios. A pesar de estar presa, me tratas…

La aprendiz quedó de nuevo en silencio, mostrando algo de emoción al fruncir el ceño. No sabía cómo expresarse.

Jay se percató de esto. Supuso que se debía a que no se habría relacionado con muchas personas en su vida. Se forzó a tener paciencia y esperar a que volviera a hablar.

—No soy capaz de describirlo —dijo ella al final.

Todo aquello era confuso para la chica. Se pasaba el día en silencio, pero siempre observaba lo que sucedía a su alrededor. La actitud de aquel grupo distaba de la que habría esperado de las personas malvadas y despiadadas que había descrito su maestro. Tampoco sabría cómo calificar la relación entre sus tres captores. Nunca había tenido un amigo. ¿Era eso la amistad?

El príncipe, Jay, era el que más había intentado comunicarse con ella. No entendía por qué seguía insistiendo. A veces le hacía preguntas, desde cuestiones tan sencillas como cuál era su color favorito, a algunas más complejas sobre sus metas futuras.

Y ella no podía responder. Sabía que pensaban que era porque no quería. Pero era porque, sencillamente, no tenía respuesta. Esas cosas nunca habían sido de importancia para su maestro. Lo que ella quería o deseaba no tenía relevancia alguna. Lo primordial, lo único que importaba, era el imperio y su supervivencia. Su único propósito era servir a su maestro y, cuando llegara el momento, pasar a servir al imperio.

Y ella lo había aceptado. Había asumido que era lo normal, pues era lo único que conocía.

Ahora estaba descubriendo nuevos aspectos del mundo. Le estaba costando procesarlos, porque nunca se había imaginado nada así.

—El oráculo supremo nunca me ha tratado de esta manera —concluyó tras meditarlo unos instantes.

Jay frunció el ceño.

—¿Eso es bueno o malo?

—Lo desconozco —contestó ella, porque así era—. Tu trato conmigo es… nuevo y extraño para mí.

Valikia arqueó una ceja. ¿Qué quería decir con eso?

«¿Acaso no puede expresarse con normalidad?», pensó, frustrada.

Jay tampoco supo interpretar con seguridad sus palabras. Se rascó la mejilla.

—Bueno… Intento tratarte todo lo mejor que puedo —murmuró él—. Entenderás que no podemos quitarte los grilletes y las cadenas, porque supongo que nos atacarías e intentarías huir…, ¿no?

—Debo cumplir lo ordenado por el oráculo supremo —respondió ella, recitando algo aprendido de memoria.

Jay suspiró con pesadez.

—Tienes que aprender a pensar por ti misma. Eres tu propia persona… —Jay dejó la frase en el aire. Era desesperante que la chica no tuviera ningún nombre—. ¿Qué es lo que tú quieres?

Ella lo miró fijamente. Él se tensó ante la intensidad reflejada en sus ojos azules.

—Quiero aprender. Hay muchas cosas que desconozco.

—Yo te puedo contar todo lo que quieras —dijo Jay con sencillez, sentándose y cruzando las piernas—. Así que pregunta cualquier cosa.

La chica bajó la vista a su cena, olvidada hasta ese momento. Se llevó un trozo a la boca y pensó mientras masticaba.

—¿Cómo sabes si alguien te trata bien o mal?

Jay arqueó las cejas, perplejo. Miró a Valikia, pero ella, tras mostrarse tan sorprendida como él durante un instante, se encogió de hombros.

—Pues… —Jay se aclaró la garganta—. A ver. Alguien que te trata bien se preocupa de que estés bien, de lo que quieres, de lo que te gusta, lo que te disgusta, de tus objetivos en la vida, te ayuda cuando lo necesitas… Y alguien que te trata mal no se preocuparía de nada de todo esto. Simplemente se aprovecha de ti para usarte a su conveniencia…

—Alguien que te trata mal —habló Valikia— puede hacer también cosas como pegarte, pero el abuso no siempre es físico, y puede ser emocional, ignorando todos tus deseos y manipulándote para servirlo, anulándote como persona.

—Exacto —asintió Jay, dedicándole a la zeafírea una breve mirada de agradecimiento.
La chica pestañeó, mirando a uno y a otro sin decir nada. ¿Estarían mintiendo para confundirla?

Tarvo continuaba dibujando, si bien estaba pendiente de la conversación. Parecía que, contra todo pronóstico, Jay sí que estaba consiguiendo algún avance con aquella chica. Al menos, había logrado que empezara a plantearse las cosas.

Se mordió el carrillo. Dejó a un lado el carboncillo y cerró el cuaderno. Se levantó y escrutó los alrededores. Entornó los ojos. Había algo raro en el ambiente…, pero seguía sin detectar a nadie.

Se desplazó por los bordes del campamento. No había nada entre los árboles… ni en las ramas. Desconcertado, regresó junto a la hoguera.

Jay captó su movimiento por el rabillo del ojo.

—¿Ocurre algo, Tarvo? —le preguntó, incorporándose y girándose hacia él. La aprendiz aprovechó para terminar su cena.

—Llevo toda la noche con una sensación rara, pero no encuentro nada que esté fuera de lugar —contestó Tarvo. Suspiró profundamente—. Supongo que será el cansancio. Llevamos toda la semana en tensión por si nos atacan.

—Sí, tú especialmente —asintió Jay. Fue junto a él y puso la mano en su hombro—. Creo que esta noche cubriré yo tu turno de guardia. Deberías descansar.

—No, no puedes hacer eso —replicó Tarvo. Se cruzó de brazos—. Estoy bien, Jay, no te preocupes.

—Bien y paranoico —lo picó Jay. Alzó las palmas de las manos—. Como quieras.

Valikia, en cambio, había erguido la barbilla y juntado las cejas, pensativa. Estaban a medio camino hacia la cordillera Septentrional… En un hayedo lleno de musgo y líquenes, demasiados, quizás…

Se le estaba escapando algo, pero… ¿qué?

—Será mejor que durmamos —acabó por decir. Les estaría afectando la fatiga a todos—. ¿Quién tiene la primera guardia?

—Me toca a mí —contestó Tarvo. Se ajustó la pequeña coleta con la que recogía su pelo—. Y el siguiente es Jay.

—Uf, el segundo turno es el peor… —protestó Jay, hundiendo los hombros.

***

La noche parecía tranquila. Salvo el lejano canto de un búho en la distancia, el bosque estaba en silencio. Soplaba la leve brisa, haciendo que cayera alguna hoja de las ramas de vez en cuando.

Tarvo estaba sentado frente a la hoguera, con los codos apoyados en las rodillas y la mirada fija en el lento crepitar de las llamas. Solo había pasado una hora de su turno de guardia, y todavía le quedaba otra hora más.

Aun así, no tenía especial sueño. Estaba en tensión y no hallaba la razón. No había querido insistir frente a Jay, o el chico habría acabado obligándolo a dejarle cubrir su turno de guardia, pero Tarvo estaba convencido de que ahí fuera había algo. Solo no sabía el qué.

Siempre había tenido esa especie de sexto sentido. La última vez que lo había experimentado había sido en las Ruinas de Agishia, cuando estaban en la cueva que albergaba los murales pintados por sus ancestros.

Quizás alguien en su familia hubiera tenido poder sobre la psiquis y él hubiera heredado algún sutil poder relacionado con ello, de la misma forma que Makus, el ex líder de los Shak’ti, detectaba cuándo alguien lo estaba mintiendo.

Tendría que preguntar a Hadriel la próxima vez que lo viera.

Buscó con la mirada a sus compañeros. Divisó a Valikia durmiendo bajo la copa de un árbol, con la cabeza apoyada sobre su brazo doblado. La aprendiz del oráculo supremo estaba tumbada boca arriba unos metros a su derecha. Era una posición extraña, y Tarvo se preguntó si no se le estarían clavando las cadenas de las alas en su espalda.

«Ella sabrá», pensó, sin darle mayor importancia.

Giró la cabeza a su izquierda. Jay dormía sobre su costado, de espaldas a él, encima de una manta que había extendido en el suelo, usando su bolso como almohada. Frunció el ceño. Había algo extraño…

Divisó una casi imperceptible sombra moviéndose hacia las piernas de Jay. Tarvo se puso en pie de inmediato. Agudizó la mirada.

No, no era una sombra. Era una serpiente. Tarvo no dudó en estampar su pie contra el suelo. Una estaca de piedra brotó de la tierra sobre la que se deslizaba el reptil, dejándolo sin cabeza.

Respiró hondo. Solo era una serpiente…

Y el suelo empezó a temblar. Tarvo extendió los brazos a un lado y a otro para ayudarse a mantener el equilibrio. Por más que intentó ejercer su poder sobre la tierra, esta no cesó sus sacudidas. Al contrario, aumentaron en intensidad.

¿Qué estaba pasando?

Jay y Valikia no tardaron en despertarse, levantándose y oteando el campamento, confusos. La aprendiz se incorporó también, con más calma, limitándose a observar, inexpresiva.

—Oye, Tarvo, ¿qué haces? —le preguntó Jay, alzando la voz para que lo escuchara—. ¿Nos están atacando?

—No soy yo —respondió Tarvo con gravedad.

—Entonces, ¿qué…? —Jay no alcanzó a terminar la frase.

El suelo al otro lado del río empezó a elevarse con un crujido hasta que algo en su interior explotó, lanzando tierra y rocas en todas las direcciones. Tarvo extendió el brazo derecho y frenó las que iban en su dirección, dejándolas caer inofensivamente.

Una criatura emergió del montículo creado, emitiendo un estridente rugido que les provocó un escalofrío.

Jay retrocedió hasta quedar junto a Tarvo y Valikia, intimidado.

—¿Qué es eso? —murmuró, pálido.

Decir que era enorme era quedarse corto, con una altura que superaba a la mayoría de edificios que Jay había visto en Zarested. Era difícil de describir, pues parecía ser una masa deforme de tierra, musgo y ramas. Estaba envuelto en una casi imperceptible nube de bruma oscura, y sus extremidades, si es que podían llamarse así, eran serpientes de afilados colmillos. No se veían ojos en ninguna parte.

Valikia abrió los ojos como platos. Estaban a medio camino hacia la cordillera Septentrional… en un hayedo con excesivo musgo y líquenes… ¡Ahora lo recordaba!

—¡Es un lepitror! —exclamó, empuñando su lanza y extendiendo las alas.

—¿Un qué? —preguntó Jay, aunque el terror en la voz de la zeafírea no le inspiró mucha confianza.

—¡Lepitror! —repitió Valikia, teniendo que alzar su voz para hacerse oír por encima de otro rugido que emitió la criatura. Jay no divisaba la boca en medio de esa masa de tierra que parecía ser su cuerpo—. ¡Pero pensaba que ya no quedaba ninguno en Zarested!

El pequeño bosque en el que se encontraban había sido famoso por albergar una gran cantidad de lepitrores décadas atrás. Con el tiempo, sin embargo, y por causas desconocidas, habían ido desapareciendo. Se decía que cualquier bosque con una excesiva abundancia de musgo y líquenes era el hogar de un lepitror, pues su presencia hacía que cubrieran todo allá por donde pasaban.

Y la razón por la que eran peligrosos…

—Pero ¿qué…? —balbuceó Jay, desenvainando su espada.

La criatura se sacudió, y reveló que su cuerpo no era un montón de tierra. Quedó al descubierto un escorpión gigante de color púrpura, el mismo tono de las escamas de las serpientes que partían desde toda su columna vertebral. Poseía una larga cola con un afilado aguijón y dos robustos brazos que estiró, mostrando las gruesas pinzas que los remataban. Jay desconocía por

qué un escorpión estaba rugiendo, pero, estando en Gea, era evidente que no era un escorpión cualquiera. Por si su tamaño y las serpientes no eran indicador suficiente.

Los lepitrores vivían bajo tierra. Estaban obsesionados con la pulcritud de su bosque, pero no eran impulsivos. Observaban a los invasores y, solo una vez consideraban que ya habían excedido su estancia, se lanzaban a atacar, al caer la noche, pues no soportaban la luz del día, acostumbrados a su vivienda subterránea.

Y una vez atacaban, nada los detenía hasta haber acabado con los intrusos en su territorio.

Valikia no daba crédito a lo que estaba viendo. Nadie se había encontrado con uno durante generaciones. Se creían extintos. Ahora entendía que los pocos que quedaban simplemente se habían mantenido bien escondidos… o habían acabado con cualquiera que pudiera haber avisado de su presencia.

El lepitror levantó los párpados, mostrando su iris naranja. Clavó sus ojos en ellos. Sus seis patas traquetearon en el suelo… y se lanzó a por sus presas.

Valikia chilló, asustada, y alzó el vuelo. Tarvo saltó a su izquierda. Jay fue hacia la aprendiz y tiró de ella, apartándola del camino del enorme escorpión.

—Quitadme las cadenas —le dijo la chica a Jay con seriedad, tambaleándose antes de frenar. Era difícil moverse con las faldas de su túnica y los grilletes en sus muñecas y tobillos.

Jay la ignoró, por una parte centrado en evitar al lepitror, y, por otra, seguro de que la aprendiz escaparía si la soltaba.

Tarvo dejó caer una lluvia de piedras afiladas sobre el escorpión, pero el cuerpo de este lo protegió por completo, reforzado con una armadura impenetrable. Furioso, el lepitror se giró hacia Tarvo, acercándose a él en un abrir y cerrar de ojos. Valikia descendió y agarró a Tarvo en el último momento, elevándose los dos en el aire con las pinzas del escorpión cerrándose tras ellos.

El lepitror no se detuvo. Rugió y movió su cola para barrer a la zeafírea. Valikia gritó y se estrelló contra las ramas de los árboles.

Tarvo cayó de las ramas al suelo con un quejido. Rodó por la tierra y se levantó de un salto, pero el lepitror ya estaba sobre él.

—¡Eh, aparta!

Jay se interpuso entre su amigo y la monstruosa criatura, extendió su puño derecho y expulsó un poderoso chorro de fuego azul. El lepitror chilló y retrocedió, y Jay, por un momento, pensó que era por miedo al fuego…

Pero no. El lepitror rugió y atravesó las llamas sin dudarlo. Estaba furioso por el daño a su hayedo. El fuego no lo afectaba, protegido por la coraza.

Jay palideció. ¿Cómo se suponía que iban a acabar con él? Se movía con una tremenda agilidad, por lo que no podrían huir, y su armadura lo protegía de todo…

Gritó al ser golpeado por la tenaza del escorpión. Su espalda impactó contra el tronco de un árbol y cayó al suelo con un golpe seco. Escuchó a Tarvo llamándolo en la lejanía.

Alguien apareció junto a él. Jay alzó la vista y parpadeó repetidamente para enfocar su vista,

tosiendo. No era Tarvo, sino la aprendiz, con su silueta recortada por la luz emitida por las llamas que ardían a sus espaldas.

—Quitadme las cadenas —repitió ella, agachándose a su lado.

Jay abrió la boca para responder, molesto, pero escuchó una exclamación de dolor. Alarmado, giró la cabeza y vio con horror cómo el lepitror había clavado su aguijón en el abdomen de Tarvo.

—¡Tarvo! —gritó Jay, con los ojos desorbitados. Su corazón empezó a latir desbocadamente, aterrado por lo que estaba sucediendo. Estaban siendo aplastados como moscas.

Se incorporó todo lo rápido que pudo. Sus músculos protestaron por el movimiento.

Valikia descendió con su lanza envuelta en electricidad sobre la espalda del lepitror. La zeafírea se giró y cercenó las cabezas de todas las serpientes que trataron de interponerse en su camino. Clavó la lanza en la columna del escorpión y este rugió, retorciéndose.

Sacudió la cola con brusquedad. Tarvo fue lanzado por los aires. Jay se movió de inmediato, saltando y atrapándolo en sus brazos. Cayó al suelo con Tarvo encima de él, ignorando el dolor que esto le produjo. Se le clavaron piedras en la espalda.

—¡Tarvo! —lo llamó Jay, alarmado al ver que este se mantenía inmóvil.

Se incorporó hasta quedar sentado, con cuidado de no mover en exceso a su amigo. Todo su abdomen estaba manchado de rojo. No podía apreciar la profundidad de la herida con la oscuridad de la noche, pero no debía de tener buen aspecto. Estaba inconsciente.

Valikia chilló. Jay giró la cabeza con tanta rapidez que su cuello protestó, y su respiración se cortó al comprobar que el lepitror había atrapado a la zeafírea con sus serpientes.

La aprendiz bloqueó el campo de visión de Jay, con la tela de su túnica ondeando al viento. En el suelo, con un malherido Tarvo en sus brazos, y ella de pie frente a él, mirándolo desde arriba con su pelo iluminado por la luna, a Jay le pareció que tenía a un emisario de la muerte delante, listo para acabar con todos ellos.

—Quítame las cadenas, Jay —dijo ella, con voz decidida, mostrando más emoción que en toda la noche. Jay se quedó boquiabierto al oírle pronunciar su nombre. Era la primera vez que lo hacía—. Solo yo puedo ayudaros.

Jay notó que le temblaban las manos. Escuchaba la respiración irregular y forzosa de Tarvo. Valikia cada vez gritaba menos, las serpientes asfixiándola. El calor del fuego provocado por él mismo le estaba empezando a resultar sofocante. El lepitror rugía, taladrando sus oídos. El bosque entero se cerraba en torno a él.

Jadeó. Sacudió la cabeza. No podía quedarse bloqueado. Sus amigos dependían de él. Tenía que actuar.

Miró fijamente a la chica a los ojos.

Y ella extendió las manos hacia él, mostrándole sus grilletes.

# Capítulo 37: Libre

Jay dejó a Tarvo con suavidad en el suelo. Respiró hondo. No había tiempo que perder. Tenía que hacer algo, rápido, o ninguno de ellos saldría de ahí con vida.

Cogió las llaves de los grilletes del cinto de Tarvo. Frunció el ceño. Se giró hacia la chica.

—Espero no estar equivocándome —murmuró Jay para sí. Estaba nervioso, y notó que una gota de sudor se deslizaba por su cuello. La aprendiz era capaz de volverse contra ellos en cuanto la liberara.

—¡Jay!

Valikia lo llamaba, desesperada. Jay no dudó más.

Clac.

Los grilletes de la chica cayeron al suelo. Acto seguido, Jay le quitó las cadenas de las alas.

La aprendiz del oráculo supremo abrió las palmas de las manos. Dos esferas de luz se materializaron en ellas. Alzó el vuelo, provocando una corriente de aire que forzó a Jay a llevarse un brazo a la cara para proteger sus ojos.

La vio ir hacia el lepitror sin vacilar. Extendió los brazos con brusquedad y las esferas luminosas salieron disparadas hacia el escorpión. Impactaron contra su caparazón, haciéndole chillar cuando su armadura empezó a quemarse, con pequeños hilos de humo brotando de la coraza morada. La luz sí que le repelía.

La chica no se detuvo. Aprovechando la distracción, extendió un látigo de agua hacia las serpientes que retenían a Valikia. En el último momento lo convirtió en afilado hielo, cortando limpiamente los cuerpos de los reptiles. Empleó otro tentáculo de agua para agarrar la lanza que seguía clavada en la espalda de la criatura, tirando de ella y recuperándola.

Valikia se precipitó hacia el suelo. Extendió sus alas con rapidez y viró, ganando altura. Fue directa hacia Jay y aterrizó su lado, tosiendo al recuperar el aire del que había sido privada durante varios segundos.

Jay, que se había agachado de nuevo junto a Tarvo, la miró, consternado. El rostro de Valikia estaba rojo.

—¿Estás bien?

—Sí, tranquilo —dijo ella. Bajó la vista y se llevó las manos al pecho, angustiada—. Pero Tarvo…

Jay se había quitado la chaqueta y la estaba usando para presionar la herida en el abdomen de su amigo. La situación no pintaba bien. Estaba perdiendo demasiada sangre, el sudor perlaba su piel y su respiración era cada vez más laboriosa. Jay parpadeaba repetidamente; le escocían los ojos y no solo por el humo. ¿Acaso había algo que pudieran hacer por él? El pánico apenas le permitía pensar…

Escucharon al lepitror aullar de agonía. Valikia y Jay giraron la cabeza en su dirección, siendo

cegados por la luz que empezó a emitir la chica. El escorpión gigante retrocedió, cruzando las tenazas delante de su rostro. Toda su armadura había comenzado a arder.

La aprendiz elevó la lanza de Valikia. Jay tenía la mano frente a sus ojos; apenas lograba distinguir lo que estaba ocurriendo a través de los huecos entre sus dedos. La luz era cada vez más intensa, pero quería ver lo que hacía.

Sucedió en un instante. La chica volaba sobre el lepitror. Al segundo siguiente, se encontraba en el otro extremo, con la cuchilla de la lanza manchada de rojo.

El lepitror emitió un sonido gutural. Su cabeza se separó del resto de su cuerpo y cayó al suelo.

Jay jadeó, irguiéndose ahora que la luz había desaparecido, alumbrados de nuevo únicamente por el fuego que quedaba. Era increíble la velocidad a la que se desplazaba.

—Qué… —balbuceó Valikia, incapaz de articular una frase coherente. Sus piernas temblaron por la intensidad de todo lo sucedido. Se dejó caer sobre sus rodillas junto a Jay y Tarvo.

La aprendiz aterrizó no muy lejos. Jay notó la garganta seca, pero no pudo tragar saliva. Su espalda y sus hombros estaban ya agarrotados del tiempo que llevaba con ellos en tensión, y su corazón no hizo sino acelerarse más.

La chica se acercaba empuñando todavía la lanza de Valikia. El fuego ardía a sus espaldas, con el cadáver del lepitror manchando con rapidez el suelo de sangre. Las llamas recortaban una vez más la silueta de la chica, que esta vez también tenía sus alas oscuras extendidas por completo. El olor a humo y a hierro intoxicaba el aire.

Jay apretó a Tarvo contra sí, temiendo tener que defenderlo de ella. No sabía si era un ángel o un demonio. Había acabado con el lepitror, pero quizás solo lo había hecho para salvarse ella misma, y ahora tenía intención de cumplir la misión encomendada por el oráculo supremo.

—¿Es tu amigo? —preguntó ella a Jay con una sorprendente delicadeza, señalando con el dedo índice a Tarvo.

Jay bajó la vista, comprobando que la respiración de Tarvo era cada vez más lenta y pesada.

Frunció el ceño. ¿A qué venía eso? ¿Acaso no había visto a lo largo de esa semana que Tarvo era, evidentemente, su amigo?

«¿Qué más da?», se dijo, molesto consigo mismo. Se estaba dejando llevar por los nervios.

—Sí —acabó por responder, receloso.

Valikia se puso en pie y se situó detrás de él, con los dedos estirados. No tenía su lanza, pero sí era capaz de disparar un rayo fulminante si era necesario.

La chica soltó el arma que empuñaba y se agachó frente a Jay, cuyo corazón seguía muy alterado por la preocupación y el estrés que estaba sintiendo en esos momentos. Era como si le estuviera recorriendo una marabunta de hormigas, pellizcando cada rincón de su piel.

—Yo puedo ayudarlo —dijo ella, extendiendo la mano hacia Tarvo.

Jay contuvo su instinto de apartarla. Se encontraba en una situación idéntica a la de minutos antes, cuando su única opción había sido arriesgarse a liberar a la aprendiz. Ahora, su única opción era arriesgarse a permitir que se acercara. No había nada que pudiera hacer por Tarvo. La

herida era profunda y perdía mucha sangre. Sabía que a su amigo no le quedaba mucho tiempo, y se le formó un nudo en la garganta.

No fue capaz de articular palabra alguna. Se limitó a observar a la chica en cuclillas, situando su mano sobre el abdomen escarlata de Tarvo. Materializó una esfera de agua luminosa con la que cubrió la herida.

Jay se quedó boquiabierto. ¡La herida se estaba cerrando! Le recordó al agua curativa de Darmacus, el aquitón que había conocido en Titaia, pero mucho más efectiva, porque, en apenas unos segundos, la piel del abdomen de Tarvo estaba lisa por completo. La única evidencia de que había ocurrido algo era la sangre que quedó.

—¿Cómo…? —musitó Jay, alzando la vista para mirar a la chica, maravillado. Se atrevió a liberar la tensión que había acumulado en sus hombros.

Ella resolló y se sentó sobre la hierba chamuscada. Parecía agotada, como si realizar esa acción le hubiera supuesto un tremendo esfuerzo. Plegó las alas.

—Al combinar mi poder sobre la luz y el agua, puedo sanar al instante incluso heridas muy graves —explicó ella en tono bajo. Calló, intentando recuperar el aliento—. Sin embargo, con heridas de esta magnitud he de emplear la mayor parte de mi reserva de energía. No es algo que pueda realizar a menudo.

Valikia la observaba como si se le hubiera aparecido el mismísimo Luvann delante. Jay tampoco ocultaba su asombro.

—Entonces… ¿Tarvo estará bien? —inquirió Jay, recuperando algo de su temor. Tarvo permanecía sin decir nada, con los ojos cerrados, y, aunque ahora tenía mejor aspecto, con la respiración volviendo a su ritmo habitual, había perdido mucha sangre.

—He curado la herida por completo —dijo la chica—. No debería quedar rastro. Pero no está en mi poder devolverle la sangre que haya perdido. —Unas finas líneas se marcaron entre sus cejas. Clavó sus pálidos ojos en Tarvo y lo analizó—. Se recuperará.

—¿Cómo lo sabes? —cuestionó Valikia. Se limpió el sudor de las manos en los pantalones y cruzó los brazos.

—La sangre es un líquido que contiene agua. Puedo comprobar sus niveles en un ser vivo —explicó la chica.

Jay y Valikia intercambiaron miradas, perplejos. Solo Hadriel podría confirmar si esa era una habilidad normal en afines al agua. A ninguno de los dos le sonaba.

Valikia escuchó el ruido del crepitar de las llamas y dibujó una mueca en su rostro, recordando el escenario en el que se encontraban. El calor comenzaba a ser agobiante. Tenía la mayor parte de su corto cabello pegado al cuello.

—Será mejor que nos alejemos de aquí —dijo—. Antes de que alguien indeseado venga a investigar lo sucedido.

—Sí, tienes razón —asintió Jay. Tuvo un escalofrío solo de imaginarse teniendo que enfrentarse a los Shak’ti en esas circunstancias—. Ayúdame a subir a Tarvo a mi espalda.

Entre él y la zeafírea acomodaron con cuidado a su amigo. Jay se puso en pie con algo de

dificultad, pues Tarvo pesaba más, pero cargaría con él el tiempo que hiciera falta.

Se giraron hacia la chica al ver que ella no se levantaba.

—No puedo moverme —les comunicó, bajando la vista—. He usado demasiada energía para cerrar esa herida con rapidez.

Valikia bufó e ignoró la mirada de Jay. No necesitaba que le dijera nada. Se agachó frente a la aprendiz del oráculo supremo y le dio la espalda.

Pasaron los segundos. Valikia echó un vistazo por encima del hombro.

—¿Subes o qué? —le dijo, conteniendo solo a medias su irritación. Les había salvado y había curado la herida de Tarvo, quien no habría sobrevivido sin su ayuda. Lo mínimo que podía hacer era concederle una oportunidad.

La aprendiz reaccionó. Algo reacia al principio, rodeó con sus brazos el cuello de la zeafírea. Valikia agarró las piernas de la chica y se incorporó. Miró a Jay.

—Sígueme.

***

Se ocultaron en una cueva. La encontraron en una grieta en el suelo del páramo que se extendía a continuación del bosque.

Habían recuperado casi todas las provisiones. Jay acomodó a Tarvo sobre una manta y colocó su bolso como almohada. Estaban al fondo de la cueva, con Valikia montando guardia en la entrada. Debían vigilar, pues eran especialmente vulnerables. Acababan de sobrevivir a un encuentro con una criatura monstruosa y Tarvo estaba inconsciente. Si los Shak’ti andaban por la zona, no dudarían en aprovechar el momento para atacar.

La aprendiz estaba sentada junto a Jay, que no se despegaba de Tarvo, comprobando cada pocos minutos que seguía respirando con normalidad.

Permanecían todos en tenso silencio. Estaban alerta, pues sus enemigos podían estar al acecho. Además, necesitaban tiempo para asimilar lo ocurrido.

Jay miraba de vez en cuando a la chica de reojo. Ella a él también, pero ambos giraban la cabeza con rapidez cuando se juntaban sus miradas. La aprendiz seguía sin los grilletes y las cadenas. No había intentado escapar.

Estaba amaneciendo cuando Jay, al fin, vio a Tarvo fruncir el ceño. Poco después, el joven afín a la tierra levantaba los párpados.

Tarvo tardó un par de segundos en ubicarse, dándose cuenta de que ahora estaba en una cueva. Lo último que recordaba era el ataque de aquel monstruoso escorpión.

—¿Qué ha pasado? —fue lo primero que preguntó, confuso. Se incorporó hasta quedar sentado. Jay puso una mano en su espalda por si necesitaba ayuda.

—Pues… —Jay no sabía por dónde empezar. Sentía un profundo alivio al ver a su amigo despierto—. Esa cosa te atacó. Ni Valikia ni yo podíamos hacer nada contra él. Y… —Miró a la chica a su lado—. Ella nos ha salvado. Y curó tu herida.

Era un buen resumen. Tarvo giró la cabeza hacia la aprendiz, arqueando las cejas. Su enemiga… los había ayudado. ¿Por qué?

Sin embargo, las preguntas podían esperar. Tarvo se llevó una mano al abdomen, al lugar donde habría tenido que estar el agujero provocado por el aguijón de la criatura, y sus dedos se posaron sobre piel perfectamente lisa, salvo por una pequeña cicatriz rugosa. Era impresionante, un trabajo digno de los dioses. Recordaba a la perfección el dolor paralizante que había sentido y ahora… no quedaba nada.

—Gracias —le dijo a la chica con una sincera sonrisa.

Ella se mantuvo en silencio. Pero Jay percibió que sus mejillas se coloreaban de rosa por unos instantes.

Cada vez entraba más luz pálida en la cueva. El sol ascendía por la línea del horizonte.

—¿Cómo te encuentras, Tarvo? —le preguntó Jay a su amigo, preocupado. Tenía que asegurarse.

—Bien —contestó él—. Cansado, pero bien.

Jay dejó escapar un suspiro de alivio. Observó a la chica.

—¿Por qué nos has ayudado?

Ahora que Tarvo había despertado, Jay necesitaba preguntar a la aprendiz. Agradecía de corazón su ayuda, pero no entendía qué la había llevado a portarse así.

Ella bajó la vista a su regazo, donde tenía las manos, con los puños apretados.

Pasaron varios segundos. Al fin, ella miró a Jay a los ojos y contestó:

—Quiero… conoceros más. Jay, tú me has tratado de una forma como nadie lo había hecho antes y… siento curiosidad. Y tienes… razón.

—¿Razón en qué? —dijo Jay, instándola a continuar. Era evidente que le estaba costando expresarse.

—En que tengo que pensar por mí misma. No voy a darle la espalda a mi maestro…, pero sí quiero tratar de comprender las cosas y sensaciones que estoy presenciando y viviendo.

Jay sonrió. Después de todo, la chica lo había escuchado. No se había pasado a su bando, pero era un comienzo. No esperaba que abandonara a Leveann tras estar con ellos solo una semana. Había vivido durante años con el oráculo supremo, tiempo más que suficiente para alterar su percepción de la realidad.

—Me alegro… —Hizo una mueca al no poder llamarla de ninguna forma—. ¿Sigues sin querer un nombre?

Ella se mantuvo en silencio. Jay suspiró con tristeza, resignado. Seguiría armándose de paciencia. No podía hacer que cambiara de golpe…

—Ayla.

Alzó la vista con brusquedad, sorprendido al escuchar esa voz tan suave, una brisa sutil y armónica.

—¿Cómo dices? —murmuró Jay. ¿Había oído bien?

—Mi nombre… ¿Puede ser Ayla? —inquirió ella, ladeando la cabeza.

Jay sonrió.

—Por supuesto. Si así lo quieres…, a partir de ahora te llamarás Ayla.

Y el rostro de la chica, de Ayla, se iluminó con una enorme sonrisa. Era la primera vez que Jay la veía sonreír. Era una muestra de emoción muy evidente para alguien que casi no tenía matices en sus expresiones. Jay sintió una reconfortante calidez florecer en su pecho. Era evidente que estaba feliz.

—Me llamo Ayla —murmuró ella para sí. Miró de nuevo a Jay—. ¿Suena bien?
—Claro —le aseguró él; su buen humor crecía por momentos—. Ayla, gracias por ayudarnos.

—Yo… —Ayla borró la sonrisa de su rostro. ¿Cuándo le había agradecido el oráculo supremo algo?—. ¿Cómo se responde a alguien que te da las gracias?

A Jay se le escapó una pequeña carcajada. Pero no era de burla. Era enternecedor verla aprender las emociones que se le habían negado toda su vida. La risa venía sola.

Aunque no dejaba de ser triste que no supiera esas cosas; el oráculo supremo realmente la había mantenido aislada de todo. Pero Jay estaba dispuesto a ayudarla, ahora que ella, al fin, se mostraba receptiva.

—Ayla… ¿Qué decías que significaba exactamente, Jay? —inquirió Valikia desde la entrada, girándose para observarlos con curiosidad.

—Luz de luna.

Valikia asintió con la cabeza.

—Sí, eso me parecía recordar. Pues…, si esta chica tiene realmente el poder de Luvann… —Valikia se encogió de hombros—. Bueno, se supone que Luvann es un fénix de la luna, aparece representado junto a ella. Así que…, el nombre es muy adecuado.

Jay arqueó las cejas. Cierto. Miró de nuevo a Ayla, entusiasmado.

—Al final parece que hemos acertado de lleno con tu nombre, ¿eh?

Ella bajó la mirada, pero tenía una pequeña y tímida sonrisa plasmada en sus labios rosas.

***

Ayla estaba confusa. Alegre, pero confusa.
Estaba libre de sus cadenas. Pero no solo de sus cadenas físicas. También de las cadenas que la habían bloqueado toda su vida, impidiéndole apreciar y experimentar aquel tipo de emociones. Era una sensación increíble…, pero también extraña.

No sabía todavía si estaba haciendo lo correcto. Su intuición le decía que sí, pero nunca había podido guiarse por su intuición. Su guía habían sido siempre las órdenes del Oráculo supremo, nunca lo que ella había querido.

Por primera vez en su vida, eso iba a cambiar.

No había sido capaz de quedarse de brazos cruzados y dejar morir a sus tres enemigos. Aunque ella ya no los consideraba enemigos. Tampoco eran sus amigos. Pero ya no estaba en su contra.

Sentía una curiosidad tremenda por aprender más sobre ese nuevo mundo que había vislumbrado durante la última semana. No iba a dar la espalda al oráculo supremo, al menos, no por completo. Era lo único que había conocido toda su vida y lo que le daba seguridad. Él la había criado y protegido. No podía ser malo…

Pero sí esperaría a ver qué sucedía. Tomaría decisiones más adelante, cuando tuviera más información. Ahora mismo sentía un conflicto en su interior. Las acciones del oráculo supremo no encajaban en lo que Jay y Valikia consideraban tratar bien a una persona. Sin embargo, existía la posibilidad de que ellos estuvieran intentando engañarla. Por tanto, seguiría observando.

Jay era quien la tenía más intrigada. Tal y como le había hecho saber al chico, la impresión que tenía de él distaba de lo que le había contado el oráculo supremo. Era otra de las cosas que la confundían. ¿Por qué había mentido el oráculo supremo? ¿O era Jay el que estaba ocultando su verdadera personalidad?

¿Qué era la realidad? ¿Quién de todos estaba mintiendo?

La tentación de, simplemente, extender sus alas y marcharse permanecía en su mente. La idea de regresar a aquello que había conocido toda su vida, el oráculo supremo, era muy atractiva. Pero ansiaba aprender. No pasaría nada por esperar un poco, observar y luego volver con el oráculo supremo…

Miró a Jay, que estaba charlando con Valikia y Tarvo en la entrada. Podría agudizar el oído y escuchar su conversación, pues no estaban susurrando, pero prefería centrarse en otras cosas.

Como en el hecho de que ya no sabía cómo cumplir la misión que se le había encomendado.

Frunció el ceño al ver a Jay pasando un brazo por los hombros de Tarvo, ambos riendo por algo. Jay había confirmado que Tarvo era su amigo. Así que lo que estaba presenciando era uno de los aspectos de la amistad.

Ella nunca había tenido amigos. El oráculo supremo siempre había insistido en que eran inútiles y que no le aportarían nada. Pero a Ayla le estaba dando la impresión de que los amigos podían ser algo… divertido. Interesante.

¿Querrían ellos ser sus amigos? Habían empezado como enemigos, pero Ayla les había salvado la vida. ¿Serviría eso para que le dieran una oportunidad? Al menos, Jay había estado abierto a ella desde el principio.

El oráculo supremo había sido claro y contundente en sus palabras: debía matar al chico. Ayla nunca había matado a nadie, pero, como su maestro no había indicado que fuera algo malo, supuso que era algo aceptado por la sociedad. Si mataba a alguien, no pasaría nada.

Sin embargo, ellos no la habían matado. La habían capturado porque era su enemiga, y no se iban a arriesgar a dejarla marchar y que los atacara de nuevo. Seguía viva. ¿Sería porque matar a alguien sí que era algo malo?

Ayla se sentiría culpable, sentimiento que pocas veces había experimentado, si acababa con la vida de Jay. No. Matar no podía ser correcto. ¿Por qué le había ordenado el oráculo supremo

aquello?

Y Jay parecía bueno. El oráculo supremo decía que era malo… ¿Y si se había equivocado? A lo mejor podía regresar con él y comentarle que la información que tenía sobre Jay era errónea, y así estarían todos en el mismo bando…

Le dolía la cabeza. Deseó con fuerza recibir una visión en la que vislumbrara un futuro que le aportara algo de claridad sobre su decisión de permanecer una temporada con aquel grupo. Pero no vio nada. Las visiones aparecían cuando querían; Ayla aún no las controlaba.

Se incorporó y sacudió su túnica. La falda estaba sucia de nuevo.

—¿Por qué no te cambias de ropa?

Alzó la vista y se topó con los cálidos ojos marrones de Jay, que se había acercado a ella. Ayla retrocedió un paso, intimidada, llevándose una mano al pecho.

—Yo… siempre he llevado túnica —murmuró, como si eso fuera respuesta suficiente.

Jay soltó una pequeña carcajada.

—¿Estás insinuando que vas cómoda atravesando terrenos tan densos y rocosos con una túnica tan larga? —cuestionó él, con los brazos en jarras.

—Te conseguiremos algo de ropa adecuada para viajar en el próximo pueblo por el que pasemos —decidió Tarvo, apareciendo al lado de Jay. Miró a Ayla—. Porque entiendo que vas a acompañarnos, ¿no? Eres libre de marcharte si así lo deseas.

—¿Qué? —soltó Valikia, volviéndose hacia ellos de golpe. Seguía vigilando la entrada.

Jay la miró por encima del hombro.

—Val, nos ha salvado el culo. Es lo mínimo.

Valikia gruñó y se cruzó de brazos, pero no protestó más. Les dio la espalda de nuevo.

Ayla estaba sorprendida, aunque no supo si reflejar esa emoción en su rostro. Entonces…, no tendría que huir. Si quería, podría marcharse sin más.

Era libre de decidir lo que quería hacer. Por primera vez en su vida.

Jay rio al ver su expresión. O falta de ella.

—Pareces un robot procesando la información —dijo, divertido. Ninguno de sus tres compañeros entendió el comentario.

—¿Qué es un robot? —quiso saber Valikia, sin apartar sus ojos del exterior.

—Es… —Jay se llevó una mano al cuello y espiró aire con brusquedad, frustrado—… muy largo de contar.

—Me quedaré con vosotros.

Ayla se ganó de nuevo la atención de todos con sus palabras. Jay sonrió ampliamente y le dio una palmada en el hombro.

—¡Genial! —exclamó él, animado.

Ayla trastabilló hacia atrás. No se había esperado aquel gesto. Jay soltó una carcajada.

—Me alegro de que te quedes con nosotros, Ayla. ¡Te lo vas a pasar…! —Calló abruptamente, frunciendo el ceño. Iba a repetir «genial», pero no sabía si era el mejor adjetivo para calificar luchar por sus vidas periódicamente cada varios días—. Eh… Bueno, será entretenido —fue por lo que optó al final, encogiéndose de hombros.

Tarvo puso los ojos en blanco. Sí, «entretenido»… Eso como mínimo.

Valikia resopló, mas no se quejó. Jay tenía razón, Ayla se había ganado su hueco en el grupo. Del mismo modo que tenía derecho a marcharse si así lo quería. Le costaría aceptarlo, pues había sido su enemiga, pero podía entenderlo.

***

Leveann observaba a sus nuevos soldados entrenar. Estaban en uno de los patios del palacio, con un suelo de tierra, sin ninguna decoración, pensado para practicar la lucha.

Por el momento, había conseguido reclutar a un miembro de cada raza. Su plan iba sobre ruedas. Si recibía noticias de su aprendiz o de los Shak’ti de que habían conseguido matar al príncipe y a sus compañeros, sería el día redondo.

Su-Nev, la denu, estaba realizando un combate de práctica contra el aquitón del grupo. Su-Nev saltó para esquivar el torrente de agua de su contrincante. Dando una elegante pirueta en el aire a la vez que movía los brazos, hizo que brotaran a una velocidad increíble unas plantas de tallo grueso y espinoso de la tierra, dirigiéndolas con rapidez al aquitón. Este no tuvo tiempo de reaccionar, atrapado por ellas, aunque Su-Nev tuvo la cortesía de hacer que las espinas se retrajeran antes. Al fin y al cabo, no era un combate serio y no convenía herir a quienes serían sus compañeros.

Leveann dio un par de palmadas al concluir el enfrentamiento, verdaderamente impresionado con la denu. Había sido todo un acierto seguir su intuición y tomarse las molestias de capturarla. Sus visiones nunca se equivocaban. Su-Nev era la denu más prometedora que había encontrado en mucho tiempo.

—Gran trabajo, Su-Nev —la felicitó cuando la denu fue hacia él, dejando espacio para el próximo grupo que iba a combatir.

Su-Nev sonrió. Ese era otro de los mejores aspectos de la denu: no le había costado nada ganarse su confianza, convenciéndola de luchar por su causa con solo unas palabras. Leveann tenía años de práctica en esto, y siempre sabía qué decir para manipular a otros. Alabando sus habilidades, la denu cada vez tenía mejor opinión de él.

—Gracias, oráculo supremo —dijo ella, inclinando levemente la cabeza.

No podría ejecutar todos los planes que había maquinado solo con la ayuda de Su-Nev, estaba claro, pero sería una pieza valiosa.

El emperador, siempre tan observador, no había tardado en darse cuenta de los esfuerzos de Leveann en reclutar soldados que no eran humanos. Pero el oráculo supremo lo había tranquilizado sin mucho alboroto, asegurándole que lo hacía para mejorar la imagen del imperio en los pueblos conquistados. Si veían a miembros de todas las razas trabajando juntos en el ejército, proyectarían la ilusión de que trabajaban hacia la armonía y la inclusión de toda la gente de Gaelar, fueran humanos o no.

De cara al emperador, sus nuevos reclutas estaban siendo entrenados para ser un grupo especializado en su protección. Nada más.

Su-Nev lo observaba disimuladamente de reojo, aunque Leveann era consciente de su mirada. Entendía la curiosidad de la denu, conocía su pésima opinión de los humanos, pero él no había tenido problemas en ponerla de su parte con las acciones adecuadas. Sin embargo, era natural que ella todavía se encontrara un tanto recelosa. Nada grave.

Su-Nev dio un respingo al presenciar cómo los ojos férreos de Leveann se iluminaban por un instante.

—Te preguntarás qué acaba de ocurrir.

La denu asintió con la cabeza al escuchar las suaves palabras de Leveann. No parecía molesto por haberla pillado mirando, al contrario. El oráculo supremo sonrió.

—Sucede cuando estoy teniendo una visión. Hay ocasiones en las que es tan solo un segundo, y otras en las que puedo estar varios minutos en trance. Depende de la intensidad de la visión —explicó.

Su-Nev se sentía más confiada sabiendo también cosas sobre él, incluyendo cómo funcionaban sus poderes. Por eso Leveann no tenía problema en contárselo. Nadie podría derrotarlo sin conocer las partes más cruciales, que siempre mantenía ocultas, por lo que no se arriesgaba a nada.

—Tengo que encargarme de unos asuntos. Volveré enseguida —le dijo a Su-Nev. Dio media vuelta, con su túnica ondeando por el movimiento.

Se adentró en el palacio y se dirigió apresuradamente a sus aposentos. Lo que había visto en esa visión… no era tranquilizante. Si se cumplía, debía estar preparado.

# Capítulo 38: Realidades

Caedra extendió el brazo derecho delante de ella, el izquierdo detrás. Tenía un abanico de metal en cada mano. Entornó los ojos, centrada en las rocas que había a unos metros de donde estaba.

—Destruye las rocas alrededor de la roca que está en el medio —le indicó Hadriel, que observaba a una distancia prudente—. Y parte la del medio en dos.

Caedra asintió con la cabeza. Hadriel hacía que sonara sencillo, pero lo que le había indicado era realmente complicado. Sin la ayuda de sus alas, en las que se había apoyado toda la vida, no dirigía con la misma facilidad la dirección y la intensidad del viento; sus brazos no eran suficientes porque no estaba acostumbrada a depender solo de ellos.

Había necesitado varios días para aprender a canalizar correctamente su elemento a través de los abanicos. No le había costado tanto, pues ya sabía cómo hacerlo gracias a su lanza, pero eran tipos de arma diferentes, por lo que, aun así, había tenido que practicar un poco.

Tal y como había prometido Hadriel, los abanicos facilitaban en gran medida el control de inmensas cantidades de viento y se podía apoyar en ellos para dirigirlo. Pero los abanicos también escondían sus secretos, y, según su grado de abertura y su posición, o la manera en que los girara, canalizarían huracanes o finas y letales corrientes de viento afilado. Caedra tenía que aprender a distinguir lo que hacía cada movimiento con ellos.

La zeafírea rotó sobre su propio eje y abrió por completo el abanico que tenía por delante, deslizando su brazo en horizontal mientras mantenía el abanico en vertical. Salió despedida una poderosa ráfaga de viento que impactó en las rocas a la derecha de la que estaba en el medio, haciendo que estallaran en mil pedazos. Hadriel se aseguró de que ninguno de los fragmentos la alcanzaba.

Repitió el movimiento con el abanico que tenía en el brazo que había quedado detrás, llevándolo ahora hacia delante y orientándolo esta vez a la izquierda. Las rocas en esa dirección sufrieron el mismo destino que las primeras.

Cada elemento funcionaba de manera diferente en lo referido a las cantidades que manejaban: viento y tierra tenían mayor facilidad para controlar grandes cantidades, pero era más difícil manejar cantidades pequeñas y precisas; fuego y agua no tenían mucho problema en controlar pequeñas cantidades, pero tenían que entrenar arduamente para ser capaces de manejar cantidades mayores.

Por tanto, una vez había aprendido a canalizar el viento a través de los abanicos y había memorizado el movimiento necesario para crear vientos huracanados, Caedra había dominado esa parte con facilidad.

Lo complicado venía ahora. ¿Sería capaz de partir limpiamente en dos la única roca que quedaba? ¿O haría accidentalmente que saliera volando o que acabara destruida en mil pedazos?

Volvió a extender delante de ella su brazo derecho, el abanico todavía abierto por completo. Caedra respiró hondo.

Hadriel observaba con atención. Caedra había puesto un gran interés y entusiasmo en los

abanicos desde el principio, y esto se notaba en la velocidad con la que aprendía, ayudada por su determinación. Para Hadriel era una sensación agridulce por diversas razones. Por un lado, se alegraba de que Caedra, de nuevo, tuviera un arma que pudiera usar y de que su regalo le hubiera traído esa alegría. Pero por otro, los abanicos habían sido necesarios porque sus alas estaban rotas. Además, a Hadriel, inevitablemente, le recordaban a su padre y a su hermana. Con el primero llevaba décadas sin contacto, y la segunda estaba muerta.

También le hacía ilusión enseñarle a Caedra una de las técnicas de combate de su familia. Vio a la zeafírea fruncir el ceño y supo que estaba recordando su explicación sobre la forma de afilar el viento con un abanico. Hadriel no tenía dudas de que Caedra lo acabaría perfeccionando tarde o temprano. Solo quedaba ver cuándo lo conseguiría, exactamente.

Caedra se movió. Alzó el brazo y giró un poco la muñeca para situar el abanico en diagonal. Empezó a deslizar también en diagonal el brazo hacia su izquierda, el filo del abanico abierto y perfectamente alineado con su movimiento esta vez. Terminó de bajar el brazo con rapidez y salió despedida una afilada corriente de aire…

El viento cortó limpiamente la roca en dos. Sin embargo, una mitad era claramente más grande que la otra.

Aun así, Caedra sonrió, animada. Era la primera vez que creaba de forma correcta un viento cortante y afilado, por lo que no se vino abajo por el hecho de no haber acertado del todo en el blanco, ya que ese sería su próximo paso: aprendido el movimiento, quedaba practicar la puntería.

—Muy bien, Caedra —la felicitó Hadriel, yendo junto a ella—. No te confíes, pues todavía queda mucho por aprender, pero al ritmo al que avanzas, muy pronto todos pensarán que has sido una maestra de los abanicos toda tu vida.

Caedra rio, de buena gana. Plegó los abanicos, que se cerraron con el sonido de sus hojas de metal chocando, y los enganchó a su cinto. Ya llevaban dos horas entrenando, era momento de cenar y descansar.

—Es fácil aprender contigo como maestro, Hadriel —dijo ella mientras los dos daban media vuelta y se encaminaban hacia el lugar en el que habían montado su campamento.

«Estoy de acuerdo, es parte del ínfimo número de mortales competentes que existen», comentó Alastair.

Caedra lo ignoró, resignada a que Alastair no cambiaría de opinión respecto a Jay.

Llevaban ya semana y media de viaje. Alastair había seguido ayudándola a entrenar en el manejo de la electricidad, pero, mientras que su aprendizaje con los abanicos avanzaba rápido, la electricidad…, no tanto. Se trataba de un elemento completamente nuevo que no había empleado nunca antes en su vida.

Mientras Hadriel limpiaba las plumas, Caedra se dedicó a observar sus abanicos, admirando el cuidado con el que habían sido fabricados. El metal era fino y afilado, pero resistente. Volvió a fijarse en el extraño símbolo grabado, que le recordaba a un águila. Supuso que solo era un elemento de decoración.

Se encontraban ya muy cerca del valle Escalpino. Estaban atravesando una llanura inmensa de

alta hierba verde exuberante, con sabinos de troncos altos y gruesos esparcidos por su superficie, y gigantescas copas que proyectaban grandes sombras. Casi parecían edificios. Habían decidido acampar entre las enormes raíces que sobresalían de uno de los sabinos más imponentes. Estaban razonablemente a cubierto.

No habían tenido ninguna complicación importante en su viaje. Solo hacían pausas más a menudo de lo normal por Caedra, que seguía recuperándose, pero avanzaban sin problema. Hadriel se aseguraba de que Caedra no se saltaba ninguna comida para que recuperara el peso que había perdido, algo que a Caedra le parecía muy divertido, aunque lo apreciaba.

Estaban limpiando las alas en una charca que había cerca del sabino que habían escogido. No era lo ideal, pero era mejor que nada.

Al terminar, regresaron. Hadriel encendió la hoguera y Caedra se sentó pegada al fuego, para que sus plumas se secaran más rápido.

—¿Cómo crees que les irá a Jay y a los demás? —inquirió Caedra mientras abrazaba sus rodillas.
—Estoy convencido de que están bien —dijo Hadriel, aunque le habría gustado poder comprobarlo—. Sin embargo, admito que no dejo de pensar en Jay.

Era siempre así cuando se separaba de su hijo, caminaba con una constante cadena de angustia que no había forma de romper. Solo le quedaba aceptarlo, resignado, y confiar en que no le sucedería nada mientras estuvieran separados.

—Ya, es normal que te preocupe —murmuró Caedra. Ajustó levemente su ala izquierda, que no había quedado estirada del todo sobre la tierra.

Suspiró con tristeza. Ya llevaba casi un mes sin volar…

Hadriel adivinó con facilidad lo que estaba pensando. Se sentó a su lado, tendiéndole las raíces que serían su cena. No tenían muy buen aspecto por fuera, pero, una vez se abrían, revelaban su interior blanquecino y jugoso.

—Ya no queda nada para llegar a la curandera —le dijo Hadriel a Caedra, intentando animarla —. Llegaremos en apenas unos días.

Caedra cogió una de las raíces en sus manos, usando las uñas para pelarla.

—Sí… Tan solo espero que pueda ayudarme —musitó.

Hundió los hombros. ¿Y si resultaba que la curandera no podía curar sus alas? Habrían ido hasta el valle para nada, desperdiciando dos semanas de valioso tiempo, y, sobre todo…, no volvería a volar.

—Claro que podrá, Caedra, no lo dudes —dijo Hadriel, posando la mano en la espalda de la zeafírea. Ella giró la cabeza para mirarlo, agradeciendo el cálido contacto—. Valikia comentó que es a quien acuden todos los zeafíreos con lesiones en sus alas.

—Pero a lo mejor no puede curar las dos alas rotas por completo…
—Podrá, Caedra. Confía en ello.

Y si la curandera realmente no podía, Hadriel se encargaría de buscar otra forma. Caedra no iba

a quedarse sin volar, dedicarían todo el tiempo que hiciera falta a buscar una solución.

Según el mapa que estaban siguiendo, al día siguiente llegarían a una ciudad conocida como Jeavolin. Sería su última parada antes del valle, que quedaría a otros dos días de camino.

Hadriel se había informado en otros pueblos por los que habían pasado de que Jeavolin era famosa en la zona por albergar una gran biblioteca. Pararían a comprobar si había algo que les fuera de utilidad en los libros. Más bien, Hadriel iría a la biblioteca mientras Caedra entrenaba por su cuenta, pues seguía siendo conveniente que nadie más viera a la zeafírea.

No sabían muy bien por dónde empezar a buscar información sobre el cuerpo sellado de Alastair. Tenían la esperanza, sobre todo, de que hubiera algo en el Oráculo de Finthad, una de las razones para ir hasta él. Pero Hadriel quería aprovechar cualquier oportunidad y, aunque era muy improbable que hubiera algo nuevo en la biblioteca de Jeavolin, debía comprobarlo.

Caedra se inclinó para coger otra de las raíces. En el movimiento, el pelo que cubría la mitad izquierda de su rostro se deslizó, mostrando el extremo de la cicatriz en la mandíbula.

Hadriel se había quedado impactado la primera vez que había reparado en la cicatriz. Aunque Caedra se había esmerado en taparla con su largo cabello blanco, una corriente de aire la había dejado, inevitablemente, al descubierto en su segundo día de viaje.

Pero había ocultado su sorpresa. Aunque le dolió ver el rostro de Caedra marcado por esa cicatriz, que sería sin duda recuerdo de una terrible experiencia en Titaia, había preferido esperar al momento adecuado para hablar sobre ello. Caedra quería mantenerla cubierta, pero eso no podía seguir así siempre.

No quería aplazarlo más.

Terminaron de cenar. Hadriel, que se había sentado a propósito a la izquierda de Caedra, decidió que era el momento de hablar.

—Caedra —la llamó con suavidad.

Ella ladeó la cabeza.

—¿Hmm?

Hadriel apretó los labios. Iba a ser una conversación complicada, pero no se iba a echar atrás.

—Esa cicatriz en tu rostro… —empezó él. Caedra se llevó una mano automáticamente a la mejilla izquierda, comprobando que estaba tapada por varios mechones de pelo. Hadriel frunció el ceño, apenado—. No te preocupes, ahora no se ve nada. Pero me temo que sí que la he visto ya en varias ocasiones.

Ella bajó la vista a su regazo.

—Ya. Supongo que es una tontería tratar de ocultarla —murmuró—. Siempre se acabará viendo, tarde o temprano.

Caedra subió la mano al pelo, echándolo hacia atrás. Dejó al descubierto la cicatriz que atravesaba la mitad izquierda de su rostro. La línea ya se estaba volviendo blanca, contrastando con la piel oscura de la zeafírea. Hadriel torció el gesto al contemplarla. Era cierto que llamaba la atención.

—¿Qué pasó?

—Sabes que estuve en unas minas… —empezó ella, mirándolo por el rabillo del ojo. Hadriel asintió con la cabeza—. Por romper las reglas, uno de los encargados me hizo esto, entre otras cosas. Pero es gracias a Alastair que sigo viendo perfectamente; él me protegió en gran medida.

—Ya veo —dijo Hadriel. Sí, Caedra le había comentado que Alastair la había ayudado en varias ocasiones durante su encierro en Titaia, y eso hacía que la balanza cada vez se inclinara más a favor de recuperar el cuerpo del ser. Ahora, quedaba la parte más complicada—: ¿Por qué la ocultas?

Lo preguntó con toda la delicadeza que pudo, pero era inevitable que Caedra hundiera los hombros, envuelta en un torbellino de pesar y vergüenza.

—Te vas a reír —musitó ella.

—¿Cómo iba a reírme de algo así? —replicó Hadriel. Puso de nuevo la mano en su espalda, entre las alas, sabiendo que eso siempre hacía que la zeafírea se sintiera mejor—. Puedes contármelo.

Caedra suspiró con tristeza. Evitó mirarlo a los ojos al contestar:

—Es una tontería en comparación con todos nuestros problemas. No debería ni preocuparme por algo así cuando nuestras prioridades son asesinar a un emperador que nos lo ha arrebatado todo, pero… —Caedra calló durante unos instantes. Rozó con los dedos la cicatriz. Las mejillas le ardían. Y le escocían los ojos por la frustración y el dolor; se sentía terriblemente expuesta—. La cicatriz es… horrible. —No se le ocurría ninguna otra forma de describirla—. Sé que choca bastante verla y… yo… me siento muy fea con ella. La cicatriz es todo lo que verá alguien al mirarme.

Caedra parpadeó repetidamente para eliminar las lágrimas de sus ojos. Ya había llorado suficiente por eso. Apretó los puños y se quedó en silencio.

Los nervios torturaban su corazón. Esperaba que Hadriel retirara la mano de su espalda en cualquier momento y que la regañara por sentirse de esa manera. Lo vería como algo infantil y sin sentido, y más en las circunstancias en las que se encontraban. Y sería lógico. Pero él había preguntado, y Caedra necesitaba compartirlo con alguien.

La sorpresa cruzó como una estrella fugaz por sus ojos cuando Hadriel la rodeó con sus brazos y llevó la mano a su cabeza. Caedra alzó la vista, confusa. ¿No estaba enfadado?

—Caedra, no es ninguna tontería que te sientas así —dijo Hadriel. Era lo que él había supuesto, y por eso había buscado el momento para hablar de ello. Tenía que evitar que ese pensamiento se arraigara en su mente—. Pero te aseguro que la cicatriz no cambia nada de ti y no es, ni mucho menos, lo que te va a definir a partir de ahora.

—¿Cómo puedo preocuparme por mi aspecto físico en la situación en la que estamos? —replicó ella. Se le escapó un sollozo y apartó la mirada—. Soy una estúpida.

Ver a Caedra tan abatida le dolía a Hadriel igual que una espina clavada en el pecho. Sin embargo, no había nada que pudiera hacer para borrar esa cicatriz que tanta inseguridad le causaba. Y, por mucho que esa marca no la desmereciera en lo más mínimo a sus ojos, era Caedra quien tenía que aceptarlo.

Hadriel la acercó a él. La zeafírea se apoyó en su costado y dejó caer los párpados. Se sentía de nuevo como una niña pequeña, recordando los momentos en los que se había hecho alguna herida mientras jugaba con Kendrij. Había roto a llorar desconsoladamente, y en todas aquellas ocasiones Hadriel había sido quien la había abrazado y le había acariciado el pelo hasta que se había tranquilizado.

—No lo eres —dijo Hadriel con firmeza—. No podemos controlar nuestros sentimientos, ni cómo nos afectan los acontecimientos. Eres tú, Caedra, quien debe aceptar esa cicatriz y aprender a vivir con ella. Me temo que no seré de mucha ayuda en esta ocasión, pero…

—Me ayudas siempre —lo interrumpió Caedra para protestar.

Hadriel sonrió brevemente antes de continuar:

—… Pero lo que sí he de decirte es que no es cierto lo que piensas. Una cicatriz no altera lo más mínimo la belleza de una persona. No le des importancia, y los demás tampoco lo harán. Tómate el tiempo que necesites para aceptarla y, una vez lo hagas, muéstrala con orgullo. Es parte de ti, parte de una batalla ganada.

Caedra permaneció en silencio durante unos instantes, interiorizando las palabras de Hadriel. En el fondo, sabía que tenía razón. Debía asumirlo, quizás una vez se hubiera acostumbrado a su nuevo reflejo en el agua…

Al final, se aferró a Hadriel con más fuerza y sonrió.

—¿Ves cómo siempre me ayudas?

Hadriel rio con suavidad. Se alegraba de que Caedra estuviera más tranquila, si bien era consciente de que esa herida, la que tenía en el corazón, tardaría en sanar. Él seguiría pendiente de ella mientras tanto, como siempre había hecho.

La zeafírea continuó con los ojos cerrados, relajando los músculos al notar la mano de Hadriel acariciándole el pelo. Se preguntó si él también estaría recordando momentos del pasado, cuando ella era todavía una niña y sus vidas eran mucho más sencillas.

Tras la desaparición de su hermano, Hadriel se había convertido en lo más cercano a una figura paterna para ella. Sin embargo, nunca se había atrevido a decírselo. Luego Hadriel había desaparecido durante casi una década, yéndose a la Tierra a cuidar de Jay. Cuando se había encontrado con él de nuevo, había temido que su relación no volviera a ser la de siempre, pues ella había crecido y llevaban años sin verse. Pero su miedo había sido en vano.

Y aún no estaba preparada para admitirlo en voz alta. No sabía si le molestaría. Y no solo no sabía si incomodaría a Hadriel, tampoco sabía cómo se sentiría Jay al respecto, que sí era hijo suyo.

Algún día se lo comentaría. Pero en ese momento prefirió quedarse en silencio, tranquila en sus reconfortantes brazos, e imaginarse que estaban de nuevo en los jardines del palacio, con Kendrij y su hermano pequeño Althalos esperándola para ir a jugar.

***

*Caedra abrió los ojos y se encontró en aquel mundo de bruma negra con el que ya estaba empezando a familiarizarse. Sonrió al verlo, pues ya habían pasado varios días desde que*

*Alastair había ido a «visitarla».*

*—Al otro grupo no le quedará mucho para llegar a la cordillera Septentrional —dijo Alastair, detrás de ella.*

*Caedra se giró para observarlo. Detectó un tono amargo.*

*—Siento no haber podido llevarte hasta Luvann.*

*Aunque, por otro lado, supuso que era mejor así. No convenía que Alastair atacara a Luvann si querían obtener su ayuda…*

*Alastair bufó al leer sus pensamientos.*

*—Nada me va a privar de mi venganza —advirtió, glacial—. Tarde o temprano, me vengaré de Luvann. Y de Djaka. Por ahora, sin embargo, prefiero centrarme en recuperar mi cuerpo y vengarme de Saekish.*

*Caedra frunció el ceño.*

*—¿Qué pasa si Saekish recupera su cuerpo?*

*—Nada bueno. No me cabe duda de que ella, junto al emperador, también estará investigando el paradero de su cuerpo —contestó Alastair. Entornó los ojos—. Al igual que dónde se encuentra la esfera primaria.*

*Caedra ladeó la cabeza, confusa. Había supuesto que los cuerpos de Alastair y Seakish y la esfera primaria estarían en el mismo sitio.*

*—Nos sellaron en lugares diferentes —explicó Alastair—. Puede que la esfera primaria sí que esté con mi cuerpo, lo desconozco. Ha pasado ya más de un milenio y mi memoria no es la mejor.*

*Caedra no dijo nada. Miró a un lado y a otro. Las brumas se extendían allá donde su vista alcanzaba.*

*—¿Qué pasaría si camináramos sin parar? —inquirió Caedra—. ¿Tiene límite este espacio?*

*Alastair le había comentado tiempo atrás que se encontraban en un lugar donde sus mentes se juntaban, aunque Caedra continuaba sin comprender cómo era posible.*

*Alastair se mantuvo en silencio. Empezó a andar y Caedra lo siguió, intrigada. ¿Se dirigirían a algún punto concreto?*

*—El espacio en el que nos encontramos siempre es abstracto —dijo Alastair—. Esto es debido a que no es más que la frontera entre tu mente y la mía.*

*—¿Qué significa eso?*

*—Significa que si caminamos en esta dirección… —contestó él, observándola de reojo—. Llegaremos a este punto.*

*Caedra se detuvo cuando una barrera plateada brotó del suelo de brumas delante de ellos, como si alguien la hubiera invocado. Sacudió la cabeza, perpleja.*

*—Esto no estaba aquí otras veces. No hemos andado tanto…*

*—La distancia en la mente es relativa y moldeable —dijo Alastair. Desvió su atención al frente —. Si cruzamos esta barrera, accederemos al espacio exclusivo de tu mente. —Miró por encima del hombro—. Si caminamos en la dirección contraria, llegaremos a la barrera que delimita la mía.*

*Caedra arqueó las cejas.*

*—¿Qué pasa si cruzamos alguna de las dos barreras? Quiero decir, ¿realmente estaremos en tu mente o en la mía?*

*—Así es —confirmó Alastair. Se giró hacia ella—. Este espacio, en general, es confuso. Sin embargo, yo he tenido tiempo más que suficiente para ir estudiando cómo funciona. Cómo controlarlo en ocasiones, incluso.*

*Caedra no dijo nada. Se dedicó a observar la barrera plateada, inquieta, a la vez que experimentaba la misma curiosidad que un gato.*

*—¿Podemos cruzar la barrera? —inquirió ella, sin saber qué respuesta deseaba.*

*—Sí, es posible —afirmó Alastair. Tensó los hombros—. Sin embargo…, hay que desplazarse con cuidado.*

*—¿Por qué?*

*¿Qué peligros podía haber en su propia mente?*

*—La mente tiene sus mecanismos de defensa. Aunque un telépata sabe cómo sortear la mayoría de ellos, tú no tienes esa experiencia —respondió él. Se volvió de nuevo hacia la barrera, dando un paso hacia delante. Miró a Caedra por encima del hombro—. Sígueme. Te mostraré a qué me refiero.*

*Caedra supuso que, si Alastair la estaba invitando a ir tras él, no sería peligroso cruzar la barrera. Por lo que asintió y lo siguió.*

*Cruzar la barrera fue una sensación extraña. Sus ojos se cerraron involuntariamente y un escalofrío recorrió su cuerpo.*

*Levantó los párpados con lentitud. ¿Qué se encontraría? De entrada, sentía un inexplicable frío.*

*Lo que la recibió era muy diferente a lo que esperaba. Se había imaginado otro espacio tan abstracto como el de las brumas, o con formas o aspectos de la realidad alterados y confusos.*

*En cambio, lo que se presentaba ante ella era un vasto paisaje otoñal de tonos rojos, naranjas y granates. El suelo a sus pies estaba cubierto casi por completo de hojas que habían caído de las ramas de los árboles. Soplaba una ligera brisa de aire fresco, arrastrando olor a tierra húmeda. El cielo encima de ellos era gris y oscuro, con nubes cargadas de lluvia.*

*—Bienvenida a tu mente, Caedra —dijo Alastair, inexpresivo.*
*Caedra pestañeó, perpleja.*

*—Esto… ¿es todo?*

*—No.*

*Alastair echó a andar de nuevo. Caedra lo siguió por aquel camino de tierra y hojas que*

*atravesaba ese bosque otoñal. Empezó a escuchar el arrullo del agua de una cascada fluyendo en la distancia.*

*—El paisaje que se muestra depende de la mente de cada uno —habló Alastair mientras caminaban. Caedra lo miró, atenta—. La estación, también. Tu mente es un bosque en otoño. El cielo está nublado y amenaza con desencadenar una tormenta.*

*—¿Y eso significa algo?*

*—Por supuesto. Además, la mente no es estática: su paisaje y la estación van cambiando a lo largo de la vida, reflejando el estado de su propietario.*

*—¿Y sabes qué significa cada cosa?*

*Alastair asintió con la cabeza.*

*—He ido aprendiendo a lo largo de estos siglos. Desde que te conozco, el paisaje de tu mente siempre ha sido otoñal. Es algo común en los afines al viento, ya sean humanos o zeafíreos, aunque no siempre es así. El otoño suele aparecer asociado a la nostalgia o melancolía…*

*Caedra se mordió el labio. Sí, ella siempre había estado marcada por su pasado. Recordándolo y anhelándolo, deseando viajar atrás en el tiempo y cambiar todo. Arrepentida por no haber podido salvar a Kendrij…*

*—Sin embargo, cuanto te conocí, brillaba el sol —prosiguió Alastair. Se detuvo y alzó la vista a la bóveda gris—. Tu mente lleva con el cielo nublado desde tu experiencia en Titaia.*

*—Ya veo… —murmuró Caedra, hundiendo los hombros.*
*—Es señal de que tu ánimo es bajo. Las nubes amenazan tormenta, indicador de que podrías romperte. Pero no ha llovido en ningún momento, todavía.*

*—Es un paisaje un poco triste…*

*—Tiene su belleza. Pero he de admitir que es mejor con el cielo despejado —comentó Alastair, observándola por el rabillo del ojo.*

*Alastair retomó la marcha, girando a la izquierda y apartándose del camino de tierra. Caedra fue tras él, pisando los montones de hojas. De pequeña, siempre le había gustado jugar con Kendrij a dar patadas a las pilas de hojas en otoño…*

*—Pero la mente no es simplemente un paisaje por el que uno pueda pasearse —continuó explicando Alastair—. Como es lógico, alberga recuerdos…, que puedes visitar.*

*Salieron a una zona más despejada de árboles, llegando a la cascada que había estado escuchando Caedra. El agua, oscura, casi negra, se acumulaba en un pequeño lago. Era difícil ver lo que había al fondo, pero a Caedra le pareció divisar imágenes que se movían.*

*—Los espacios en los que están representadas esas memorias son también distintos según la mente de cada uno. En tu caso, cualquier recuerdo que asocias a algo negativo se almacena en estos lagos opacos. Esto se debe a que, cuando piensas en ellos, tu sensación es de asfixia y descontrol.*

*Así era. Solo de pensar en el momento en el que se había enterado del asesinato de Kendrij su ritmo cardíaco se alteraba. La ira amenazaba con desbordarla y ahogarla, impidiéndole el*

*correcto control de su elemento, el viento.*

*—Para volver a vivir un recuerdo, bastaría con tocar el agua.*

*Caedra miró a Alastair con las cejas arqueadas, completamente fascinada.*

*—¿Es posible? —preguntó Caedra—. ¿Volver a vivir un recuerdo?*
*—Es uno de los aspectos más útiles de visitar tu mente. Pero, por lo general, cuanto más lejano es ese recuerdo, más borroso lo verás.*

*Caedra frunció el ceño y bajó la vista al lago. Apreció su reflejo junto al de Alastair, él más alto que ella. Sus alas rotas estropeaban la imagen.*

*Se agachó, clavando una rodilla en el suelo. Dejó suspendida su mano sobre el agua, indecisa. Se le puso la piel de gallina…*

*—No te recomiendo que lo hagas.*

*Retiró el brazo con rapidez al escuchar las palabras de Alastair, intimidada. Alzó la vista para mirarlo desde donde estaba. Él la observaba con una emoción indescifrable en sus ojos de hielo.*

*—Es un recuerdo malo. Dudo que sea agradable experimentarlo de nuevo —explicó. Le dio la espalda y echó a andar—. Sígueme.*

*Caedra obedeció, una vez más, aunque echó un último vistazo al lago antes de que se perdiera en la distancia.*

*—Hay que tener cuidado cuando estás visitando un recuerdo —dijo Alastair. Caedra caminaba detrás de él—. Puedes quedarte atrapada en él para siempre.*

*—¿Incluso aunque el recuerdo sea bueno?*

*—Da igual que sea bueno o malo. Puedes olvidarte de que estás en tu propia mente y pensar que esa es la realidad.*

*—¿Y no habría forma de escapar si te quedas atrapado?*

*—No sin la asistencia de alguien más. En cualquier caso, mientras estés solo un breve periodo de tiempo en el recuerdo, estarás a salvo —la tranquilizó Alastair.*

*Llegaron a un espacio que, en contraste, albergaba algo más de luz. Caedra alzó la vista y se fijó en que se filtraban unos tenues rayos de sol a través de las nubes.*
*—En cada uno de esos rayos de luz encontrarás un recuerdo asociado a algo positivo —indicó Alastair, señalando uno de ellos—. Brillan poco desde Titaia, pero no han sido opacados por completo, lo cual es bueno.*

*Caedra se adentró en el claro. Se inclinó hacia uno de estos rayos de sol, acercando su rostro a la luz. Retrocedió y se llevó un puño al pecho, sorprendida, tras vislumbrar el momento en el que había conocido a Kendrij, cuando cayó a los jardines del palacio en su accidente aprendiendo a volar. Su corazón se aceleró.*

*—Si continuáramos caminando por esa senda, llegaríamos a tus recuerdos más preciados, que brillan con más intensidad que el resto —explicó Alastair. Caedra se giró hacia él al escuchar el ruido de sus pasos sobre las hojas, indicando que había echado a andar de nuevo.*

*Corrió para alcanzarlo. Sus alas rotas barrían los montones de hojas allá por donde pasaban.*

*—¿Por qué no nos quedamos a ver algunos de esos recuerdos? —cuestionó Caedra cuando estuvo a su lado. Le temblaban las manos de la emoción solo de pensar en ver de nuevo a Kendrij.*

*—Todavía tengo algo más que mostrarte.*

*Caedra arqueó una ceja. ¿Qué más podía haber?*

*Salieron de entre los árboles. Caedra escrutó los alrededores. Se había temido que ese bosque no tuviera fin.*

*Se encontraron al borde de un precipicio. El viento ahí soplaba con fuerza, revolviendo su cabello. Caedra se llevó una mano a la cara para apartar los mechones que insistían en tapar su rostro.*

*El aire atravesando el precipicio entonaba una tétrica melodía. Caedra tuvo un escalofrío. Sin saber por qué, el vello se le erizó. ¿Desde cuándo la intimidaba su propio elemento?*

*Miró a Alastair al ver que se habían parado, pero él no decía nada. Curiosa, Caedra dio un paso hacia delante y se asomó al precipicio. Era como si un hilo la hubiera envuelto y tirara de ella, animándola a acercarse.*

*No tenía fondo. Todo lo que alcanzaba a distinguir era una masa negra que cada vez estaba más próxima y la llamaba y debía ir hasta ella…*

*Caedra soltó una exclamación cuando Alastair le agarró la muñeca. Advirtió que había estado cayendo hacia delante sin darse cuenta. Se le agrandaron los ojos y un temblor recorrió su cuerpo.*

*Alastair tiró de ella para llevarla de nuevo a su lado. Su semblante era serio, casi sombrío, y sus ojos de hielo brillaban con algo que Caedra no supo reconocer. El tacto de sus dedos era gélido y, aun así, la zeafírea, que tanto aborrecía el frío, lo echó de menos cuando se apartó.*

*—Ese es el peligro de la mente. Espacios como este que te invitan a acercarte a investigarlos, te llaman y te hipnotizan… —dijo él mientras su voz adquiría cierta amargura—. Para cuando te das cuenta, es demasiado tarde. Has caído.*

*—¿Y qué hay en ellos? —quiso saber Caedra.*

*Alastair desvió la vista hacia el abismo y entornó los ojos. El viento echó hacia atrás su largo pelo blanco.*

*—Nada que desees descubrir.*

# Capítulo 39: Emociones

*Ayla juntó las cejas. Respiró hondo. Tenía que concentrarse. Ya había fallado tres veces. No podía fallar una cuarta, o sería castigada.*

*Alzó la palma de la mano y cerró los ojos. Sintió la energía en el ambiente…*

*Vio a través de sus párpados que el brillo aumentaba en intensidad. Abrió los ojos, esperanzada. Había conseguido crear una pequeña bola luminosa; la calidez que emitía acariciaba sus dedos.*

*Primer obstáculo superado. Ahora quedaba la segunda parte.*

*Echó el brazo hacia delante con brusquedad. La esfera de luz salió disparada hacia la diana que había colocada al otro lado del patio y dio en el centro exacto.*

*Liberó la tensión de sus hombros. Lo había conseguido. ¡Sí, lo había conseguido!*

*Se giró hacia su maestro con una amplia sonrisa.*

*—Leveann, ¡mira…!*

*—Silencio —la cortó él. Su voz era de acero. Inclinó la cabeza para observarla con condescendencia—. Que lo hayas conseguido una vez no significa nada. No pararás hasta que no falles en ninguna ocasión.*

*Ayla bajó la vista, y su felicidad se empañó de tristeza. Ella creía que su maestro se alegraría tanto como ella, pero, en vez de celebrarlo, la estaba regañando. ¿Por qué?*

*—No me llames Leveann —le recordó él con frialdad—. Para ti, soy el oráculo supremo. Y no sonrías.*

*—¿Por qué? —musitó ella, cabizbaja. Estaba contenta; la sonrisa se manifestaba sola. Se mordió el carrillo.*

*—No debes mostrar ninguna emoción. Las emociones son traicioneras y serán utilizadas por tu enemigo para manipularte a su favor. Reflejan lo que piensas. Y lo que piensas debe permanecer oculto. Siempre.*

***

Ayla contemplaba las casas que rodeaban la plaza donde estaban. Desde que había llegado a Zarested, le gustaba pararse a analizar los estilos de arquitectura diferentes.

Ahora que Ayla ya no portaba grilletes ni cadenas, se paseaban los cuatro sin problema. No tenían mucho que hacer en aquel pueblo, estaban solo de paso, pero Jay había querido atravesarlo para comprar comida.

Era un lugar diminuto, aunque era de esperar. Valikia les había advertido cuando habían pasado por la última ciudad que solo encontrarían asentamientos pequeños antes de llegar a la cordillera.

A Jay le habían llamado la atención unos dulces. Suplicó y suplicó hasta que Tarvo cedió y compraron una docena de pasteles en aquel puesto, uno de los pocos que había.

Jay sonreía, satisfecho, con un pastelito en la mano. Ladeó la cabeza para mirar a Ayla, que estaba a su lado. Ansiaba ver su reacción.

—¿Qué te parece? —le preguntó.

La chica masticaba lentamente. Al cabo de un par de segundos, respondió:
—Bien.

Sin más. Su expresión facial no varió en absoluto.

Jay enarcó una ceja, ocultando su decepción.

—Cualquiera lo diría…

—Su sabor es deleitoso. La textura es tersa, suave. Es un alimento que consumiría de nuevo —dijo Ayla…, con un tono neutral y su rostro, un lienzo sin pintar.

Jay no aguantó más y rio abiertamente. Hasta Tarvo plasmó una pequeña sonrisa en sus labios. Valikia puso los ojos en blanco.

—Ayla, en serio, tienes que aprender a expresar tus emociones —dijo Jay una vez controló sus carcajadas, con una mano en la tripa. Realmente le recordaba a un robot—. Cuando algo te gusta, lo normal es sonreír, ¿sabes? Y que tu voz sea más… alegre.

Ayla lo miró fijamente. Forzó una sonrisa, mientras sus comisuras se tensaban en exceso.

Valikia se llevó una mano a la cara.

—Así, no —murmuró ella, negando con la cabeza—. ¿Tanto te cuesta mostrar más emoción, Ayla?

—El oráculo supremo me enseñó que mostrar emociones es algo que será aprovechado por el enemigo y le otorgará ventaja —respondió Ayla de inmediato—. Es una debilidad que debe erradicarse.

Jay no se sorprendió. Había supuesto que tendría algo que ver con eso.

—Muy bien, pero nosotros ya no somos tus enemigos —señaló Jay. Terminó su pastelito de un bocado—. Puedes mostrar emociones con nosotros.
—Entonces sabréis lo que estoy pensando.

—Esa es la intención —dijo Jay, divertido.

—Pero… ¿Cómo sé cuándo es apropiado sonreír y cuándo no? —inquirió Ayla, ladeando la cabeza.

—Si te sientes contenta, sonríe —contestó Jay con sencillez.

—Vale —asintió ella. Era lógico. Y, a su vez, era lo contrario de lo que el oráculo supremo le había inculcado.

Les quedaban solo un par de días para llegar a la base de la cordillera Septentrional. Tarvo y Jay se habían acercado temprano esa mañana a comprar algo de ropa para Ayla, decidiendo la talla a ojo. Habían vuelto a donde habían pasado la noche, en el bosque, y se la habían dado. Valikia la había ayudado a cambiarse entre los árboles.

Ayla se sentía rara. Era extraño caminar sin la familiar falda de su túnica cubriendo sus piernas y bailando entre sus pies. También echaba de menos las anchas mangas que le permitían ocultar casi por completo las manos.

Ahora vestía con una camisa azul claro y unos pantalones ajustados negros. Sus zapatos habían sido reemplazados por resistentes botas de piel, y su larga capa con capucha había sido sustituida por una chaqueta marrón. Tarvo y Jay se habían encargado de hacer agujeros en la tela para que acomodara sus alas.

Jay se había fijado en que Ayla no tenía costumbre de volar. Mientras que Valikia ejercitaba las alas todas las mañanas, Ayla no había volado ni tras serle retiradas las cadenas. Solo lo había hecho cuando se había enfrentado a aquel monstruoso escorpión.

Como no había nada más que hacer en el pueblo y no podían permitirse descansar y pasear, retomaron la marcha en cuanto terminaron los pasteles.

Ese sería el último asentamiento humano que encontrarían en su camino a la cordillera. Las inmensas montañas ya se alzaban en la lejanía, con sus siluetas pálidas en la línea del horizonte.

—Hay varias tribus de denu por la zona —los iba informando Valikia mientras caminaban—. Pero mientras no dañemos sus bosques, nos dejarán en paz.

—No habrá más escorpiones de esos, ¿no? —quiso saber Jay, receloso.

Valikia se llevó una mano al cuello y dejó escapar una risita nerviosa.

—No debería…

—Ya… Eso me inspira mucha confianza, Val —dijo Jay, sarcástico.

—Oye, ¡yo no soy una enciclopedia andante como tu padre!

Un par de horas más tarde, se encontraban atravesando un pinar tan espeso, que las copas de sus árboles apenas permitían que se filtrara la luz del sol. Jay estaba en tensión. El corazón le daba un vuelco cada vez que divisaba una serpiente. Esperaba que no estuvieran conectadas a la espalda de ningún escorpión gigante.

Apenas crecían la hierba o los arbustos en el suelo, aunque la tierra estaba húmeda. Había un montón de helechos.

—¿No te resulta mucho más cómodo moverte por este terreno con la ropa nueva? —preguntó Jay a Ayla. Valikia y Tarvo caminaban delante de ellos.

Ayla bajó la vista. Estiró su camisa, deseando que fuera más larga. Como su túnica.

—Prefiero la ropa a la que estoy acostumbrada —murmuró ella—. No obstante, reconozco que esta ropa nueva es más práctica para el propósito de desplazarse.

Jay arqueó una ceja.

—También podrías probar a hablar de una forma no tan robótica… —masculló.

Ayla ladeó la cabeza para mirarlo. No entendía a qué se refería. Jay sacudió la mano.

—Cosas de la Tierra.

—¿Es un mundo tan disímil como asegura el oráculo supremo?

—Sí, bastante. La gente no tiene poderes, pero la tecnología es mucho más avanzada. Solo hay humanos… —enumeró Jay. Se sintió nostálgico, como cada vez que hablaba del mundo que consideraba su hogar—. Aunque sea un poco agobiante a veces, todo es más tranquilo.

—Entiendo. ¿Las emociones son las mismas que en Gea?

Jay rio, sin poder contenerse.

—Claro.

—¿Por qué ríes? ¿He dicho algo gracioso? —quiso saber ella.

—No, no —aseguró él, alzando las palmas de las manos—. Solo haces preguntas… curiosas.

Ayla lo observó detenidamente.

—¿Por qué haces eso con las manos?

—¿El qué?

—Subirlas de esa forma.

Jay se llevó una mano a la cara. Realmente iba a tener que explicar todo; era como tratar con un recién nacido.

—Es un gesto… ¿tranquilizante? Para la otra persona. Como para mostrar que no quieres conflicto —dijo, no muy seguro de haberlo expresado correctamente.

—¿Y por qué pegas la palma de la mano a tu rostro? ¿Quieres hacerte daño?

Jay suspiró profundamente. Se tendría que armar de paciencia.

***

Hadriel llevaba ya un par de horas en la biblioteca de Jeavolin, comprobando qué contenía cada uno de sus libros. Realizaba cada cierto tiempo un escaneo mental de la zona para asegurarse de que Caedra estaba bien, sin moverse del lugar donde la había dejado entrenando. Sabía que la zeafírea era capaz de defenderse, pero sus alas rotas no dejaban de ser una desventaja, y prefería comprobarlo para estar tranquilo.

No albergaba muchas esperanzas de encontrar algo nuevo. Sin embargo, Gea no era como la Tierra, donde las bibliotecas compartían la mayoría de sus volúmenes. En Gea, los libros, aunque abundaban, todavía se escribían a mano. Cualquier libro igual que hubiera en otra biblioteca había sido copiado manualmente, por lo que no solían tener muchos ejemplares idénticos. Esto significaba que en cada biblioteca por la que pasaban existía la posibilidad, por mínima que fuera, de que hubiera algo que no hubiera leído en otro sitio.

Por el momento, no había encontrado nada que fuera útil. Como siempre, el nombre de Alastair era imposible de localizar en los libros. Los humanos se habían olvidado de él tras su castigo por parte de Luvann y Djaka.

Los denu apenas tenían libros; transmitían casi todo de una generación a otra de forma oral. Lo que había documentado sobre ellos eran libros escritos por humanos. Lo mismo sucedía con los aquitones, cuyas ciudades acuáticas no se prestaban a redactar nada en papel.

Hadriel se preguntó si encontraría algo diferente en algún libro que tuvieran los zeafíreos. Por

lo que le había contado Caedra, no existían bibliotecas en sus ciudades, pero el líder de cada zona se encargaba de almacenar los volúmenes que considerara de utilidad.

El acceso a las ciudades de los zeafíreos era complicado, pues solían asentarse en lo alto de las montañas. Además, sus viviendas estaban dispersas, muchas veces esparcidas en las paredes de precipicios o acantilados, por lo que tampoco era fácil desplazarse por ellas. No sería sencillo visitarlas.

De vez en cuando, encontraba alguna palabra desconocida en los libros de Zarested, pero esto era normal. Aunque el auralio se hablaba en casi toda Gea, había zonas con dialectos distintos. Los aquitones, además, habían desarrollado también su lengua propia, el dríneo, más sencilla para comunicarse bajo el agua.

Por lo general, cuanto más antigua fuera una ciudad o un pueblo, mayor sería la probabilidad de encontrar lo que buscaba. El conflicto entre Alastair y Saekish sucedió más de mil años atrás, por lo que asentamientos más recientes no poseerían información alguna al respecto. Sin embargo, Hadriel dudaba de que Valikia supiera qué ciudades llevaban en Zarested ya más de un milenio, si es que había alguna.

Por tanto, no quedaba más remedio que ir probando suerte.

Hadriel reconocía que no se esperaba que Caedra terminara por tener esa relación con la criatura que había invadido su mente. Ahora, Caedra y Alastair eran aliados, amigos. Y más sorprendente todavía había sido que dicha criatura fuera la que les ofreciera la mayor parte de la información que habían ido a buscar a Zarested. Pero era todo mérito de Caedra, que había sabido sacar provecho de su situación, en vez de entregarse a la desesperación. Todo habría sido muy diferente si Alastair hubiera permanecido como su enemigo.

Pasó la página del libro que estaba leyendo mientras pensaba también en cómo estarían Jay y el resto del grupo. Deberían estar llegando ya a la cordillera Septentrional. ¿Habrían tenido algún problema con la aprendiz del oráculo supremo? Esperaba que no.

Le preocupaba también el asunto de los Shak’ti. Si Caedra y él no habían sido atacados, ¿quería eso decir que habían ido tras el grupo de Jay? ¿O simplemente habían optado por retirarse?

Le daría la razón a su hijo en algo: los móviles de la Tierra eran muy útiles y a Hadriel le habría gustado comunicarse con Jay para comprobar que estaban bien.

Cerró el libro, sin encontrar nada de utilidad, y abrió el último que le quedaba del montón de volúmenes que había seleccionado en su última visita a las estanterías. Era uno de varios que relataban la historia de Zarested. Solo quedaba ver si hablaba de eventos de un milenio atrás.

Saltó las primeras páginas en las que, como de costumbre en ese tipo de libros, contaban el supuesto nacimiento de los dioses y cómo habían creado Gea, para luego centrarse en Zarested. Iba a seguir hasta que, antes de girar una hoja, captó una palabra familiar en la mitad del papel.

«Vaya». Arqueó las cejas.

Era la primera vez que veía el nombre de Alastair mencionado en un libro. No era mucho lo que había sobre él. Solo que era el dios de la destrucción y se enzarzaba en disputas territoriales frecuentes con la diosa de la noche, Saekish. El libro relataba que ambos habían tenido un tremendo conflicto final, sin entrar en detalle, que había acabado con Zarested arrasado.

Lo interesante era que aparecía la esfera primaria como posible causa de esta sangrienta pelea. ¿Quién habría escrito aquel libro?

Hadriel miró la portada, la contraportada, y las primeras páginas al principio y al final. No aparecía el nombre del autor, por lo que era anónimo. Una pena, pues habría podido buscar más libros escritos por él para comprobar si tenían lo que quería saber.

Continuó leyendo. El libro contaba que Luvann (no mencionaba a Djaka) había castigado a Alastair y a Saekish por su conducta. Ambos condenados a vagar por los límites del mundo como espectros, privados de sus cuerpos, pudiendo observar cómo Gea avanzaba, pero no intervenir directamente.

Y lo más importante de todo, lo que sí arrojaba, al fin, un rayo de luz en el oscuro misterio de dónde se encontrarían sellados esos cuerpos y la esfera primaria, se encontraba al final de la página: mencionaba que Mhunn, dios del espacio, los había ocultado… en un mundo diferente.

Hadriel parpadeó varias veces. Se aseguró de estar leyendo la información correctamente. Confirmó que así era.

El cuerpo de Alastair, el cuerpo de Saekish, y la esfera primaria, escondidos en un mundo que no era Gea. No especificaba si estaban los tres por separado o si habría alguno junto.

No había forma de saber si lo que estaba escrito era lo que sucedió realmente, pero era el primer libro que hablaba del conflicto de Alastair y Saekish, por lo que Hadriel consideraba que debían tenerlo en cuenta.

Sin embargo, de ser cierto, el asunto se complicaba. ¿A qué mundo se referiría? ¿La Tierra? ¿Titaia? ¿Otro que no conocían? Las posibilidades eran infinitas.

***

Caedra siguió las indicaciones de Alastair. Apuntó a la pared de piedra que había a unos metros de ella con su dedo índice. Se centró en la electricidad estática del ambiente. La atrajo hacia sí…

Hubo una pequeña chispa, pero nada más. Caedra dejó caer el brazo y chasqueó la lengua.

—No hay manera —dijo, frustrada. Aprovechaba para conversar en voz alta con Alastair al estar sola. Cualquiera que la viera pensaría que estaba hablando al aire—. Si no estoy realmente cabreada…, la electricidad no viene a mí.

Cuando Alastair había hecho una demostración de cómo crear electricidad de forma efectiva, tomando el control del cuerpo de Caedra para ello, a la zeafírea le había parecido relativamente sencillo. Al intentar imitarlo por su cuenta, sin embargo…

«No puedes depender de tus emociones para manejar un elemento —replicó Alastair con sequedad—. Te lo repetiré las veces que haga falta: los mortales os limitáis mucho al creer que un elemento está ligado a un tipo de emoción concreta».

—Pero es más sencillo controlar cada elemento tirando de esa emoción que necesita —se defendió Caedra. Era lo que se enseñaba siempre.

«Es posible —concedió él—. Pero no serás realmente fuerte hasta que puedas invocar un rayo en estado de plena calma, y un huracán cuando estés furiosa».

Era cierto. Las ocasiones en las que Caedra se había visto cegada por la ira, el viento no había respondido a su llamada. Ese punto débil podía costarle la vida.

«Prueba otra vez», ordenó Alastair.

Llevaban así ya un par de horas y Caedra empezaba a cansarse. Sin embargo, no estaba dispuesta a rendirse, y, si Alastair quería continuar, ella obedecería.

Se encontraba entre las ruinas de un pueblo abandonado cerca de la ciudad en la que estaba Hadriel. No quedaba más que alguna que otra pared de piedra, un pozo y montones de rocas y ladrillos esparcidos por el suelo. Era imposible adivinar qué había sucedido para que terminara de esa forma, pero, por la escasa cantidad de restos, fuera lo que fuera, había ocurrido mucho tiempo atrás.

El siguiente intento fue algo mejor, con una chispa más grande. Pero no fue suficiente. Caedra torció el gesto.

—Veo que hoy no está siendo muy productivo el entrenamiento.

Caedra giró sobre los talones al escuchar la familiar voz a sus espaldas. Divisó a Hadriel caminando hacia ella. Había estado tan centrada en crear un rayo que se había olvidado de todo lo demás.

El cielo ya estaba coloreado de naranja. Bandadas de pájaros sobrevolaban desde hacía un rato las ruinas para refugiarse en sus nidos. El tiempo pasaba deprisa cuando entrenaba, ya fuera un entrenamiento provechoso… o no tanto.

Caedra suspiró, buscando arrojar la tristeza de su cuerpo. Hundió los hombros. No estaba acostumbrada a no dominar algún aspecto relacionado con el combate.

—Alastair está empeñado en que aprenda a manejar la electricidad sin depender de la ira —explicó.

—Me temo que en eso poco puedo ayudarte —dijo Hadriel. Llegó a su lado y se detuvo—. Lo que he estudiado sobre cómo controlar cada elemento siempre ha incluido aspectos relacionados con el estado de ánimo.

—Ya…

—Pero traigo buenas noticias —añadió Hadriel para animar el ambiente. Caedra alzó la vista para mirarlo, curiosa—. No nos da todas las respuestas que necesitamos, pero es una pista importante: he encontrado un libro en el que mencionan a Alastair y su batalla con Saekish.

—¿En serio? —exclamó Caedra, arqueando las cejas. Hasta entonces, Alastair no había aparecido en ningún libro.

Hadriel asintió con la cabeza.

—Según el libro, Mhunn fue el encargado de esconder los cuerpos y la esfera primaria… en otro mundo.

«¿Mhunn? —bramó Alastair. Caedra se encogió al escuchar la fuerza de su voz en su mente—. ¿Él también participó?».

—Cuestionaría la veracidad de ese libro —comentó Caedra, cruzando los brazos—, pero es el

único hasta ahora que habla de Alastair, por lo que quien lo escribió ya sabe más que el resto de autores.

—Esa es la conclusión a la que llegué yo —dijo Hadriel—. Todavía nos queda mucho por averiguar, como a qué mundo se refiere, pero es la primera pista que tenemos. Ya es algo. Y, si hemos encontrado un libro, existe la posibilidad de encontrar más.

—Espero que en el Oráculo de Finthad tengan algo más concreto —murmuró Caedra. Se llevó el dedo índice al labio—. El hermano de Valikia mencionó que ahí tienen información de hechos que datan de hace mil años.

Denkuro se lo había comentado con la intención de que buscaran información sobre el hombre que viajó a Gaelar mil años atrás y dejó la tierra cubierta de sombras tras su muerte. Pero ya habían averiguado lo que necesitaban sobre ese tema gracias a Alastair: a cambio de poder, el hombre había hecho un pacto con Saekish para viajar al otro continente y poner tierra de por medio entre Saekish y Alastair.

No obstante, el Oráculo de Finthad todavía podía serles útil, si realmente custodiaban información tan antigua.

«Jamás habría imaginado que esconderían los cuerpos y la esfera en otro mundo —dijo Alastair, en tono más bajo—. Pero es lógico. Así será todavía más complicado encontrarlos».

Caedra tenía que darle la razón. El hecho de que no estuvieran en Gea haría que todo fuera más difícil.

—Estoy convencido de que algo encontraremos —dijo Hadriel. Alzó la vista al cielo—. Será mejor que busquemos un lugar para pasar la noche.

***

*Caedra miró a Alastair al hallarse de nuevo en su mundo de bruma negra. Había esperado su visita esa noche, pues lo había notado alterado al enterarse de que Mhunn también había estado involucrado.*

*—Ya era bastante saber que Luvann y Djaka me traicionaron —gruñó Alastair. Estaba de espaldas a ella. Caedra se fijó en lo tensos que tenía los hombros—. Pero ¿también colaboró Mhunn? ¿Acaso intervinieron todos?*

*Caedra no respondió. No sabía qué decir para tranquilizarlo.*

*—Quizás Mhunn lo hizo por otra razón… —murmuró al cabo de unos segundos.*

*Alastair se giró con brusquedad hacia ella, su largo cabello blanco revoloteando alrededor. Caedra calló de golpe cuando vio sus ojos azul hielo brillar con más frialdad que nunca, su rostro endurecido, crispado, reflejando auténtica furia.*

*—No sabes nada —bramó él—. ¿Acaso te atreves a defenderlo? ¿Después de lo que me hicieron?*

*Caedra retrocedió un paso inconscientemente, intimidada. Se estaba enfrentando a un vendaval, quedando completamente expuesta. Respiró hondo.*

*—No lo defiendo —dijo ella con suavidad—. Solo es mejor no sacar conclusiones precipitadas.*

*Alastair continuaba mirándola con frialdad. Caedra reprimió un temblor. La temperatura bajaba por momentos.*

*—Alastair… —lo llamó ella. Extendió la mano hacia él.*

*Pero Alastair la ignoró. Dio media vuelta y se fue. Las brumas se apartaban de su camino con rapidez, aterradas. Estaba demasiado furioso.*

*—¡Alastair! —exclamó Caedra. Ella no podía leerle la mente; no veía lo que estaba pensando.*

*Frunció el ceño, consternada. Sabía lo delicado que era para Alastair todo el tema de la traición de aquellos a quienes había considerado sus amigos. La razón por la que llevaba más de mil años sin su cuerpo.*

*Alastair seguía alejándose. Pronto, se perdería en la distancia.*

*—¡Alastair! —volvió a llamarlo Caedra.*
*No recibió respuesta.*

*Apretó los dientes. No quería que la conversación terminara de esa forma. Y tampoco quería que estuviera solo mientras estaba tan afectado. No podía dejarlo.*

*Tomó la decisión y echó a correr para alcanzarlo, con sus alas rotas removiendo las brumas tras ella.*

*—¡Alastair!*

*Lo divisó en la lejanía; su cabello destacaba como un copo de nieve en la oscuridad de la tormenta. Desconocía si no la había escuchado o si insistía en ignorarla, pero no la miró. Cruzó una barrera de color negro y desapareció.*

*Caedra se detuvo frente a la barrera, jadeando. Dibujó una mueca en su rostro. La barrera era como la que había marcado el lugar donde comenzaba su mente. Pero la suya había sido de color plateado. Esta era de obsidiana, casi opaca…*

*Estaba claro que se trataba del espacio que representaba la mente de Alastair. ¿Se atrevería a cruzar la barrera?*

*No sabía qué hacer. No quería invadir su privacidad, pero estaba preocupada por él. Tenía que ayudarlo a tranquilizarse. Lo mejor siempre era hablar las cosas. Y verlo tan afectado, dolido, era como si alguien le retorciera el corazón y lo estrujara en la mano.*

*Quizás él volvería al espacio que compartían sus mentes, y sería cuestión de esperar…*

*Caedra ahogó una exclamación al percibir que el entorno a su alrededor se estaba distorsionando. Era lo que sucedía cuando estaba a punto de despertarse. Pero prácticamente acababa de aparecer ahí. Sabía que todavía quedaba tiempo hasta el amanecer.*

*Solo había una explicación lógica: Alastair era quien mantenía con su presencia ese espacio estable. Si él se marchaba, desaparecía.*
*Por tanto, no podía esperar.*

*Caedra respiró hondo. Apretó los puños. Endureció la mirada.*

*«Voy a ayudarte, Alastair».*

*Y cruzó la barrera.*

# Capítulo 40: En un pasado oscuro

*Una vasta llanura fría y desolada se extendía ante ella. Allá donde miraba estaba todo cubierto de nieve. Atisbaba en la distancia un lago tapado por una gruesa capa de hielo, con la cascada que lo alimentaba congelada también en su caída... Era un desierto gélido.*

*—¿Alastair? —llamó al propietario de la mente, con la voz cargada de incertidumbre. No sabía si le molestaría que hubiera cruzado la barrera.*

*Pero no obtuvo respuesta.*

*Caedra se mordió el labio. Alzó la vista al cielo de nubes negras que soltaban copos de nieve que revoloteaban con suavidad a su alrededor.*

*Sopló una brisa glacial. Caedra se abrazó a sí misma, deseando poder usar sus alas para darse calor…*

*Miró a un lado y a otro. Realmente estaba sola. ¿Dónde estaba Alastair? Había cruzado la barrera solo unos segundos después de él…*

*Dio un paso hacia delante. Su pie se hundió en la nieve hasta el tobillo. No era muy profundo, por lo que podría caminar.*

*Echó a andar. Todo lo que se escuchaba era la tétrica melodía del viento y el crujido de sus pasos en la nieve. No sabía muy bien a dónde ir, por lo que se dirigió hacia el lago.*

*Parecía que estaba lejos, pero se halló en su orilla tras solo avanzar unos cuantos pasos. Caedra sacudió la cabeza, perpleja. Recordó que Alastair había dicho que las distancias en la mente eran engañosas y alterables.*

*Tampoco había nadie en el lago. Era espeluznante ver el agua de la cascada congelada en agujas. ¿Por qué los copos de nieve y el viento se movían en la zona detrás de ella, pero aquí, no? La imagen frente a ella la llenaba de desasosiego y le erizaba el vello: iba contra las leyes de la naturaleza, un error… Ahí, el tiempo se había detenido.*

*—¿Alastair? —Caedra probó a llamarlo de nuevo, esperanzada. En algún momento contestaría…, ¿no? Estaba en su mente, tendría que cruzarse con él tarde o temprano.*

*Silencio.*

*Caedra suspiró y apretó el puño contra el pecho. Estaba preocupada por él, pero también intranquila. No estaba cómoda paseándose por su mente. Se sentía como si estuviera invadiendo su privacidad, pues él realmente no le había dado permiso.*

*Sin embargo, Alastair conocía todo lo que había en la mente de la zeafírea desde que había invadido su cuerpo. Esa era la justificación con la que se defendía Caedra.*

*Dio media vuelta. Caminó sin rumbo fijo, pues desconocía el mapa de la mente de Alastair.*

*Pronto se encontró en un bosque muerto. Como todo lo demás, estaba sumergido en la nieve. Sus árboles, de corteza negra, seca, carecían de hojas. Las ramas se alzaban en líneas erráticas hacia el cielo gris.*

*«La mente de Alastair es tan triste y solitaria…», pensó Caedra, apenada. ¿Sería un reflejo de cómo se sentía su propietario?*

*Sabía que Alastair llevaba mucho tiempo sufriendo. Cegado por la ira y su sed de venganza, se había dedicado a ir de un huésped a otro, buscando alguien a quien pudiera controlar para cumplir sus objetivos.*

*Y luego se había cruzado con ella. El comienzo juntos había sido nefasto, él tratando de engañarla y controlarla (hasta había hecho que atacara a sus amigos) y ella, como consecuencia, rechazándolo y temiéndolo. Pero Caedra le había mostrado que estaba dispuesta a escucharlo, a comprenderlo y, sobre todo…, a ayudarlo.*

*Alastair había dudado. Pero había terminado por ir revelándole, poco a poco, su pasado. Y, con el tiempo, Caedra lo había convencido de que podían ser amigos. A Alastair también le había costado aceptar esto. Él era inmortal. En cambio, los años de la zeafírea estaban contados.*

*Caedra había creído que, ahora que, al fin, eran amigos, Alastair se sentiría algo mejor. Menos solo. Y estaban buscando su cuerpo. Eso le tendría que haber dado una ligera esperanza.*

*Aunque tampoco podía sacar conclusiones precipitadas, como le había dicho ella a él instantes atrás. Su mente era lúgubre y solitaria, sí, pero quizás antes de conocerla a ella había sido todavía peor. Tendría que preguntarselo, si se presentaba la oportunidad.*

*—Alastair… —Susurró el nombre al viento, que arrastró su voz en la distancia. Caedra frunció el ceño, una vez más sin respuesta.*

*Se acercó a uno de los árboles y lo observó. No había nada vivo en la mente de Alastair… Hasta el pequeño bosque que había encontrado estaba seco.*

*Posó la mano en la corteza negra. Tuvo un escalofrío y cerró los ojos.*

*Solo fue un instante. Sin embargo, cuando levantó los párpados de nuevo, se encontró en un escenario diferente por completo.*

*Caedra se quedó boquiabierta. De repente, estaba en medio de una pradera, rebosante de vivos y llamativos colores, producto del mar de flores que la inundaba.*

*—¿Es para mí?*

*La zeafírea giró la cabeza a su derecha al escuchar la suave y melódica voz. Divisó a una pequeña dragona, que no sería más alta que ella, de escamas azul marino y alas membranosas. Había otro dragón del mismo tamaño a su lado, pero este era de escamas blancas como la nieve y sus alas eran de plumas.*

*—¡Sí! —exclamó el dragón blanco con alegría, pegando un salto en el aire—. Es la única flor azul oscuro que hay en toda la pradera. Como tus escamas, Djaka…*

*Caedra abrió los ojos como platos. ¿Había escuchado bien? ¿Djaka? ¿Aquella que sus antepasados habían conocido como la diosa del tiempo?*

*La dragoncita azul rio con ternura.*

*—Gracias, Alastair. Siempre te esfuerzas en encontrar lo mejor de cada sitio.*

*El corazón de Caedra se aceleró. ¡Alastair! El dragón blanco era Alastair. Alastair de pequeño.*

*Estaba viviendo uno de sus recuerdos.*

*Los recuerdos de Alastair debían de estar representados por aquellos troncos de árboles muertos. Caedra, sin saberlo, lo había tocado, viéndose arrastrada a esa evocación.*

*Se fijó en que no habían hablado en auralio. Era lógico, pues esos recuerdos tendrían más de un milenio. Pero lo había entendido todo.*

*Parpadeó, y al instante siguiente el frío invadió de nuevo todo su ser. Había regresado a la llanura de nieve.*

*Caedra sacudió la cabeza, confusa. Alastair había parecido tan animado y alegre…*

*Había sido una experiencia extraña. Era un recuerdo de Alastair, pero no lo había experimentado a través de sus ojos. Lo había observado a él también ahí, de pequeño. Quizás la mente registraba en el recuerdo el aspecto de su propietario en aquel momento. Pero ¿cómo era capaz de producir otra perspectiva? ¿Sería obra de su propia mente tratando de conectar con la de Alastair?*

*Prefirió no darle más vueltas. La mente era un lugar más allá de su capacidad de comprensión.*

*Bajó la vista y se llevó los dedos a los labios. No había sido más que un recuerdo de unos segundos, pero le había permitido apreciar lo mucho que había cambiado Alastair. Sus experiencias lo habían transformado más de lo que se habría imaginado.*

*Escrutó los alrededores. No se molestó en llamar de nuevo a Alastair. Estaba sola.*

*Caminó hasta el tronco que había al lado. Quería averiguar más sobre la vida de Alastair…*

*Se frenó antes de posar la mano en su superficie. No, no era correcto. Esos recuerdos pertenecían a Alastair. No tenía su permiso para visitarlos.*

*Pero él ya había analizado todos los suyos. Aunque cuando se conocieron se habían considerado mutuamente enemigos.*

*Sin embargo, había sentido una inexplicable calidez en su pecho al ver a Alastair como una cría de dragón radiante y feliz, ajeno todavía a la crueldad del mundo.*

*Solo quería experimentar un recuerdo más. Puso la mano en el tronco…*

*El espacio a su alrededor se distorsionó. Le llegó el olor a sal y se ubicó en unos acantilados junto al mar.*

*No fue difícil localizar a Alastair. Ahora se mostraba como un inmenso dragón blanco de cuello largo, con alas emplumadas mucho más grandes y listas para volar. Dos afilados cuernos habían crecido en la cabeza, adornada también con alguna que otra pluma. Sus ojos eran de ese tono azul hielo al que ya estaba acostumbrada.*

*Lo acompañaba, una vez más, Djaka, también crecida. Su pecho estaba recubierto de escamas plateadas y la membrana de sus alas se había vuelto rojiza. Tenía varias púas afiladas a lo largo de la columna vertebral y su cabeza estaba rematada por cuernos del color de la nieve, con*

*algunas gemas incrustadas. Sus ojos brillaban con un color naranja intenso, el mismo tono que iluminaba, de vez en cuando, unas líneas que recorrían su cuello y sus patas.*

*Ambos dragones eran increíblemente bellos, esculturas talladas a la perfección, con mimo en cada detalle. Caedra jamás se habría imaginado que pudieran existir criaturas tan magníficas.*

*—¿Ves cómo no sería para tanto volver a ver a nuestros amigos? —estaba diciendo Djaka en tono alegre. Movía su esbelta cola de un lado a otro con suavidad—. Ellos también han estado encantados de verte.*

*Alastair suspiró pesadamente. Pasó un ala por los hombros de la dragona… y sonrió. Caedra agrandó los ojos ante aquella sonrisa cargada de felicidad. ¿Por qué nunca lo había visto así?*

*—Sí, tenías razón. Ha sido agradable reencontrarnos todos de nuevo —dijo Alastair. Su voz resonaba con fuerza por todo el lugar, majestuosa, acorde a la criatura a la que pertenecía—. La última vez que estuvimos todos juntos fue…*

*—… Después de crear la esfera primaria y desterrar las sombras de Gea —completó Djaka solemnemente—. Sigue a salvo, ¿verdad?*

*—¿La esfera? Por supuesto —declaró Alastair con confianza—. Sabes que no hay nada que pueda derrotarme.*

*Djaka rio con suavidad. Frotó su mejilla contra la del dragón blanco.*

*—Lo sé, lo sé. Y… entonces, ¿te gusta el mundo así? ¿Sin sombras?*

*Alastair se separó de ella para mirarla con la frente arrugada.*

*—Claro que sí. ¿A qué viene esa pregunta?*
*—No, por nada. Simplemente a Luvann le preocupa en cierta medida que no estés a gusto… —comentó Djaka en voz baja—. Al fin y al cabo, tú eras uno de los que vivía entre las sombras sin verse afectado por ellas.*

*Alastair bufó.*

*—Luvann se preocupa por nada, como de costumbre —refunfuñó. Suavizó su tono—: No tienes nada por lo que preocuparte tú tampoco, Djaka. Gea así, llena de vida, es impresionante.*

*Djaka sonrió.*

*—Todavía guardo la flor que me diste hace un año, en aquella pradera.*

*Caedra arqueó las cejas. ¿Solo había pasado un año entre el anterior recuerdo y este? Sí que habían crecido rápido…*

*Alastair pegó el cuerpo al de su compañera. Su rostro permanecía relajado y sonriente. Djaka ronroneó.*

*—¿Quieres que te enseñe dónde tengo guardada la esfera primaria? —le preguntó Alastair, girando su largo cuello para mirarla.*

*—¿Por qué no? —dijo ella tras encogerse de hombros. Sonrió pícaramente y le dio un toque en el hombro con sus garras—. ¡Te echo una carrera hasta tu cueva!*

*Alastair arqueó una ceja. Flexionó las patas y extendió las alas.*

*—Tú lo has querido…*

*Y ambos dragones alzaron el vuelo, perdiéndose en la distancia con sus risas resonando por todo el lugar…*

*Los acantilados desaparecieron. Fueron reemplazados, una vez más, por el bosque nevado.*

*Caedra frunció el ceño. Lo que había visto pertenecía a tiempos muy remotos, mucho más de mil años atrás. Era poco después de que las sombras fueran retiradas de Gea, cuando la vida estaba empezando a prosperar en el planeta.*

*Seguía sin haber ni rastro de Alastair. Aunque la tentación era grande, Caedra era consciente de que ya había invadido su privacidad lo suficiente. Decidió que, si no lo encontraba, sería mejor marcharse de su mente.*

*Dio media vuelta. No empezó a caminar, sin embargo. No recordaba por dónde había venido… y todo a su alrededor parecía igual. Árboles muertos. Nieve.*

*Su garganta se quedó seca. ¿Estaba perdida?*

*—¿Alastair? ¿Estás ahí? No sé cómo volver… —murmuró ella, por si podía escucharla.*

*Transcurrieron los segundos. Una corriente de viento la hizo tiritar y se abrazó a sí misma con más fuerza.*

*Echó a andar. Pensó en el lago. Si conseguía regresar a su orilla, estaba segura de que desde ahí se orientaría.*

*No había siquiera pasos suyos en la nieve que la guiaran; habían desaparecido todos. Pero estaba convencida de que seguía el camino correcto. No se había adentrado mucho en el bosque.*

*Alastair había parecido realmente feliz junto a Djaka. Le había comentado a Caedra que habían estado enamorados. ¿Qué habría pasado para que decidieran romper su relación?*

*Avanzar por la nieve era más complicado de lo que había imaginado. Era profunda y cada paso requería un gran esfuerzo. El frío se iba filtrando por su piel y asentándose en su cuerpo… Había caminado mucho y se estaba cansando; sus pulmones exigían reposo.*

*Caedra paró para recuperar el aliento, desanimada. Apoyó la espalda en uno de los árboles…*
*… Y se encontró en un bosque, pero este era verde, con pájaros graznando, lleno de vida.*

*Torció el gesto. No era solo poner la mano en el tronco. Cualquier tipo de contacto, por mínimo que fuera, la arrastraría al recuerdo.*

*—Lo siento, Alastair.*

*Caedra alzó la vista al escuchar la melodiosa voz de Djaka. Divisó a los dragones en la orilla de un lago. Caedra se acercó y se mantuvo oculta entre los arbustos. No la verían, no era más que un recuerdo, pero no lo pudo evitar. Era lo que su instinto le pedía.*

*—¿Ignorarás los siglos que llevamos juntos? —preguntó Alastair con voz queda, su cabeza gacha.*

*Djaka suspiró con tristeza. Miró a su compañero de soslayo.*

*—No debo estar con alguien a quien rechazan allá a donde vamos. Todos te temen, Alastair. Si no me separo de ti, pronto empezarán a aborrecerme a mí también.*

*Alastair apretó los dientes, mostrando sus afilados colmillos.*

*—Todo porque me encargo de custodiar la esfera primaria.*

*—La esfera primaria está en tu poder. Creen que eres alguien que puede traer la destrucción a toda Gea si decides romperla. Entiéndelo…*

*—No hay nada que comprender —rugió Alastair, interrumpiéndola. Se giró con brusquedad hacia ella. El hielo en sus ojos relucía salvajemente, acorde a la escarcha que envolvía su corazón—. No me sorprende que los mortales me vean así; no conocen toda la historia y se guían por lo que ven. Pero tú, Djaka…*

*—Alastair, no digas nada… —suplicó ella, afligida.*

*—Djaka, te he amado siempre, desde que nos conocimos —prosiguió él, ignorándola—. Hemos estado siempre juntos, apoyándonos incondicionalmente. Yo… jamás pensé que me darías la espalda.*

*—Alastair, no es tan sencillo. No puedo vivir el resto de mi vida siendo rechazada por aquellos que me rodean —se defendió Djaka, apartando la mirada—. Allá a donde vamos, todos huyen al verte… Yo… no quiero acabar sola.*

*—No quieres acabar sola… como yo, ¿verdad? —completó Alastair con amargura. Entornó los ojos y alzó la barbilla—. Muy bien, Djaka, respetaré tus deseos.*

*Extendió sus majestuosas alas de plumas blancas.*

*—Alastair, espera… —dijo Djaka y fue hacia él, tratando de retenerlo.*

*Pero Alastair alzó el vuelo, provocando una intensa corriente de aire que forzó a Caedra a cerrar los ojos.*

*Cuando los volvió a abrir, estaba de nuevo en la llanura de nieve. El bosque quedaba a sus espaldas.*

*Caedra dibujó una mueca en su rostro. Había atisbado solo un destello de toda la historia, pero había sido más que suficiente para conocer la causa de la ruptura de Alastair y Djaka. Simplemente, Djaka no había soportado el rechazo que sufría Alastair allá a donde iba. Había optado por abandonarlo para no acabar de la misma manera.*

*Comprendía ahora que Alastair no creyera en el amor. Y, tras las acciones de Luvann, también había dado la espalda a la amistad. Aunque todavía no tenía detalles sobre el momento en el que habían condenado a Alastair a vagar sin su cuerpo.*

*Esperaba que no fuera causa del resentimiento de Djaka hacia su ex pareja. Sería ridículo… Tenía que haber alguna otra razón. Djaka había dejado a Alastair, pero no había dado ninguna muestra de odio hacia él. ¿Habría cambiado eso más adelante?*

*Caedra aprovechó que ya no estaba perdida en el bosque para seguir andando. No tardó en llegar al lago helado. Se detuvo en su orilla, aliviada. Por un momento, había temido no hallar el camino.*

*¿Dónde estaba Alastair? ¿Por qué no lo encontraba en ninguna parte?*

*—¡Alastair! —gritó, esta vez con toda la fuerza que pudo. Su voz provocó eco en el lugar—. ¡Alastair, por favor, responde! ¡Estoy aquí!*

*Nuevamente, silencio.*

*Caedra estaba consternada. ¿Era normal que Alastair no la escuchara? ¿Que no se hubieran cruzado? ¿O la estaba evitando a propósito?*

*Al agachar la cabeza se fijó en su reflejo en el hielo. Su imagen estaba lejos de la que a ella le habría gustado: su cicatriz en el rostro se mostraba con claridad en el gélido lienzo, al igual que sus alas rotas.*

*Alzó la vista. Sus ojos se posaron en la cascada congelada. El agua suspendida resultaba, en cierto modo, hipnotizante. Era tan curioso aquel líquido petrificado…*

*La cascada la llamaba, invitándola a ir hacia ella para examinarla de cerca. Caedra no dudó en hacer caso.*

*Puso un pie en el hielo. Y otro más. Caminó hasta llegar al centro del lago.*

*¡Crac!*

*Caedra se paró al escucharlo y pestañeó, como despertando de un sueño. Tuvo un escalofrío. Miró hacia abajo. El hielo se estaba agrietando.*

*Su corazón se aceleró. Recordó que Alastair le había advertido de que la mente tenía sus lugares peligrosos.*

*Trató de retroceder… y el hielo a sus pies se rompió.*

*Caedra gritó al caer. El agua se la tragó con rapidez, congelando cada hebra de su ser. Trató de nadar hacia la superficie, pero la corriente, enfurecida, tiraba de ella, envolviéndose en sus piernas y paralizándolas. Por más que trató de dar patadas, angustiada, su cuerpo no respondió. El fuego se prendía en sus pulmones, rebeldes, luchando por respirar.*
*Sin embargo, todo esfuerzo era en vano. Se hundía. Apretó los ojos…*

*—Estúpidos mortales. Os protejo de la esfera primaria y, a pesar de todo, me teméis.*

*Caedra levantó los párpados, perpleja. Ya no tenía sensación de falta de aire. Sus huesos no estaban hechos de plomo. Y había escuchado la voz de Alastair; pero había sido como si ella misma hubiera hablado…*

*Observaba un mundo de hielo a su alrededor. Pero no era la mente de Alastair. Había una cueva en un muro rocoso un poco más lejos y varios pájaros volaban en el cielo.*

*Caedra se inquietó al verse forzada a girar la cabeza a su izquierda. Divisó a un grupo de humanos que se alejaba corriendo entre pavorosos aullidos. ¿Qué estaba pasando?*

*Al bajar la vista, en contra de su voluntad, reconoció largas patas robustas y cubiertas de escamas blancas, rematadas en afiladas garras.*

*Con eso y la voz de Alastair que había escuchado al principio, lo entendió todo. Estaba, una vez más, en uno de los recuerdos. Pero, por alguna extraña razón, ahora lo experimentaba*

*desde los propios ojos del dragón. Como si ella misma fuera Alastair. ¿Por qué?*

*Alastair caminó hacia la cueva. Caedra notaba los gruñidos por las vibraciones en su pecho. Estaba de un pésimo humor.*

*—Es una pena que te rechacen todos los mortales con los que te cruzas, ¿no crees? Incluso los que venían con intenciones de atacarte han huido de ti nada más verte…*

*Alastair se giró. Caedra vio a través de sus ojos a una gigantesca serpiente deslizándose hacia él. Era de escamas negras como la noche, con el rosa pálido de sus ojos reptilianos destacando en la oscuridad.*

*—Saekish —ladró Alastair—. Piérdete.*
*Saekish fingió estar dolida. Caedra tenía que admitir que, a pesar de ser una serpiente, era de belleza sobrenatural. Poseía un aura hipnótica, lista para envolver a su presa y hechizarla.*

*—Solo he venido a comprobar si has cambiado de opinión.*

*—Sabes que no —replicó Alastair. Le dio la espalda.*

*Saekish se deslizó sobre la nieve hasta quedar delante de él, cortándole el paso. Se irguió para mirarlo fijamente a los ojos.*

*—Alastair… ¿Por qué defiendes a los mortales? No te comprenden y te rechazan —dijo ella—. Estás condenado a una aciaga vida de perpetua soledad… ¿Por qué no aceptas lo que yo te ofrezco? Rompamos la esfera primaria y regresemos a nuestro mundo lleno de sombras, donde seremos los más poderosos.*

*—Será un mundo sin vida.*

*—¿Acaso es vida lo que tienes en una Gea de luz? Mírate, estás solo. Y ya han pasado milenios.*

*—Pero hay vida —dijo Alastair con firmeza—. Las criaturas evolucionan y prosperan. Es un mundo que merece la pena.*

*—¿Merece la pena si no puedes formar parte de él?*

*—Merece la pena, porque los demás son felices. Porque Djaka es feliz —murmuró Alastair con amargura, bajando la vista.*

*—Es increíble cómo te tiene atado esa dragona todavía —siseó Saekish. Alastair la miró de nuevo. La serpiente ladeó la cabeza—. Está claro que no vas a entrar en razón. Una pena, Alastair. Me caes bien, ¿sabes?*

*—Me cuesta creerlo —bufó Alastair—. No haces más que incordiarme, Saekish.*

*La serpiente rio con sorna. Acarició la barbilla del dragón con la punta de su cola.*
*—No aprecias mi humor, Alastair. El paso del tiempo te ha perjudicado. Será un placer hablar de nuevo contigo una vez Gea retorne a las sombras.*

*Dicho esto, Saekish expulsó una densa onda de tinieblas de su cuerpo. Alastair gruñó, viéndose repelido por ella.*

*Sacudió la cabeza. Tardó unos segundos en recuperarse. Cuando alzó la vista, localizó a*

*Saekish en la distancia deslizándose con rapidez hacia la cueva.*

*—¡No! —rugió Alastair. Se lanzó tras ella.*

*Caedra sentía con la claridad del agua más cristalina el pánico del dragón. Sabía que estaba pensando en la esfera primaria.*

*Alastair abrió la boca y disparó un rayo de hielo. Alcanzó la cola de Saekish, que se congeló al instante y la forzó a frenar. La serpiente se giró hacia él y siseó, enseñando sus largos colmillos que chorreaban veneno.*

*Alastair y Saekish se enzarzaron en una brutal pelea de sombras y hielo. Caedra perdió la noción del tiempo, incapaz de calcular la duración de la batalla.*

*Para cuando ambos se separaron, ensangrentados y resollando por el esfuerzo, todo lo que quedaba a su alrededor era un páramo árido y muerto. El cielo estaba completamente tapado, con el sol opacado por las nubes de polvo.*

*Zarested había sido destruido. Pero la cueva en la que se ocultaba la esfera primaria permanecía intacta. Alastair se había asegurado de defenderla.*

*—La esfera nunca será tuya, Saekish —declaró Alastair, desafiante.*

*La risa macabra de la serpiente resonó por todo el lugar.*

*—No podrás detenerme, Alastair.*

*Cuando los dos iban a chocar de nuevo, una luz cegadora los obligó a detenerse. Alastair protegió su rostro con el ala derecha, que había perdido bastantes plumas en el enfrentamiento.*

*El brillo se apagó. Alastair plegó el ala y divisó en el cielo a su amada Djaka, junto a una majestuosa ave fénix de oscuras plumas rematadas en tonos verdes fluorescentes.*

*El fénix clavó sus ojos luminosos en él.*

*—Alastair, ¿qué significa todo esto?*

*Alastair gruñó y enseñó sus colmillos. Miró a Djaka.*

*—¿Qué hace él aquí?*

*—Lo he llamado yo —contestó ella. Evitaba mirarlo, cabizbaja—. No podía permitir que esto continuara, Alastair. Estáis arrasandolo todo.*

*Alastair contempló su entorno, perplejo. Se dio cuenta de la destrucción que había causado su pelea con Saekish.*

*Saekish rio con alegría.*

*—Esa era la intención —ronroneó la serpiente.*

*Luvann, el fénix, frunció el ceño. Batía sus alas para mantenerse en el aire.*

*—Está claro que permitiros vagar libres por Gea fue un error —declaró solemnemente. Alastair clavó las garras en la roca—. Siempre temí que algo así sucediera. No conocéis más que la destrucción propia del mundo de sombras al que nunca habéis dejado de pertenecer.*

*—¡Yo estaba protegiendo la esfera primaria! —rugió Alastair, irguiendo el cuello.*

*—Hay formas de defenderla sin arrasar un continente entero —replicó Luvann, implacable.*

*El fénix descendió sobre ellos.*

*—¡Djaka! —la llamó Alastair, furioso—. ¡Hazle entrar en razón! ¡Sabes que yo no soy así! ¡Siempre he defendido la esfera primaria!*

*Djaka continuó sin mirarlo. Siguió a Luvann.*

*—¿Y qué vais a hacer? —se mofó Saekish, moviendo el extremo de su cola, rematada por una bola plateada, de un lado a otro—. Seguiremos peleando si así lo deseamos.*

*—Nunca más peleareis, Saekish —sentenció Luvann con firmeza—. Ha llegado el momento de sellaros para siempre, por el bien de Gea. Para que vuestra oscuridad no contamine la luz.*

*Alastair arrugó la frente, confuso. ¿Sellar? ¿Qué quería decir?*

*Djaka aulló y las líneas naranjas en su cuerpo se iluminaron. Luvann extendió sus majestuosas alas de la noche. Todas sus plumas empezaron a brillar. De pronto, la luz volvía a ser cegadora.*

*Sin entender lo que estaba sucediendo, Alastair profirió un grito de dolor ensordecedor. Algo frente a lo que era incapaz de defenderse lo estaba desgarrando por dentro.*

*Caedra también lo experimentó. La sangre le ardía, sus músculos temblaban, sus pulmones luchaban por conseguir oxígeno y su mente apenas podía funcionar en medio de un repentino y sofocante calor. Era como si sus células se estuvieran dividiendo una a una, despegándose de la esencia de su alma, rociada por el ácido más letal.*

*Chilló y se retorció, pero no había forma de hacerlo parar. Apretó los ojos.*

*«Caedra...».*

*¿La estaba llamando alguien? Esa agonía que se clavaba en su piel como mil agujas no le permitía pensar con claridad.*

*«Caedra».*

*La luz estaba siendo reemplazada por la oscuridad con rapidez. Una espesa niebla la rodeó, cargada de amargura y odio. Mucho odio.*

*«¡Caedra!».*

*Abrió los ojos. De golpe, le faltaba el aire. Sus huesos eran de hielo. Se estaba hundiendo en el agua, negra como el abismo más profundo. El pánico se apoderó de ella, presionando sin piedad en su pecho.*

*Algo tiró de su muñeca. Tosió al romper la superficie, con sus pulmones protestando por la falta de oxígeno.*

*La arrastraron hasta la orilla. Volvía a estar en el lago congelado, desplomada sobre la nieve. ¿Qué estaba pasando? Su mente no alcanzaba a entender los aterradores acontecimientos, uno tras otro.*

*—¿Caedra?*

*Alastair se inclinó sobre ella, consternado. Ya no era un dragón, sino el hombre de piel oscura y pelo blanco, chorreando agua, que conocía.*

*—Caedra, responde.*

*Ella intentó abrir la boca para decir algo, pero no fue capaz. Sufrió un ataque de tos. La nieve se clavaba como carámbanos en su piel. Tenía mucho frío y no podía parar de tiritar. Un martilleo incesante atormentaba su cabeza.*

*Alastair pasó un brazo por su espalda. La ayudó a sentarse. Caedra se recostó en él, drenada de toda energía. Seguía sin entender qué estaba ocurriendo.*

*—Caedra, tienes que reaccionar. —Alastair estaba hablando. Parecía preocupado. Ella, sin embargo, estaba agotada. Quería descansar…*

*Apoyó la cabeza en el hombro de Alastair y cerró los ojos. Pero él pasó la mano por debajo de su mejilla y la forzó a erguir de nuevo la cabeza con suavidad.*

*—No puedes dormirte —dijo él, muy serio—. Vamos, Caedra, reacciona.*

*—T-te-tengo frío… —logró decir ella a duras penas. Sus dientes castañeteaban.*

*Alastair la rodeó con sus brazos y Caedra se acurrucó en su costado, buscando el calor que, sorprendentemente, halló en aquel ser de hielo. Su presencia la envolvía como una reconfortante manta.*

*—Caedra, ¿estás bien? —le preguntó él, apartando los mechones mojados de la frente de la zeafírea—. Tengo que saber si he logrado sacarte a tiempo de ahí.*

*Caedra continuaba sin comprender a qué se refería. ¿Sacarla de dónde?*

*—Caedra.*

*Ella apretó los ojos. No quería hablar. Deseaba dormir. ¿Por qué no la dejaba en paz?*

*Notó de nuevo la mano áspera, gélida, de Alastair en su mejilla.*

*—No te duermas.*

*Caedra levantó levemente los párpados. Al fin, alzó la visita para mirarlo. Él tenía clavados en ella sus ojos azul hielo.*

*—Alastair… —lo llamó en un susurro. La niebla en su mente se iba despejando—. ¿Dónde estabas? ¿Q-qué ha pasado?*

*Alastair contuvo un suspiro de alivio al escucharla hablar. Era normal que estuviera confusa, pero seguía siendo Caedra. Parecía que había logrado sacarla a tiempo.*

*—Te expliqué que toda mente tiene sus peligros —dijo él—. Hay espacios oscuros que te llaman… En esos espacios se almacenan los recuerdos más dolorosos de la persona. Recuerdos que prefiere olvidar. Si te hundes en ellos, vivirás ese recuerdo con más intensidad que otros…*

*Ahora Caedra entendía por qué había experimentado ese último recuerdo a través de los ojos de Alastair. Y por qué se había visto arrastrada a él al caer en el lago.*

*—Y, si nadie logra sacarte a tiempo, perderás toda tu identidad. Te quedarás atrapada en el dolor de ese recuerdo para siempre, sin recordar quién eres —explicó Alastair con seriedad.*

*—Sabes… ¿Sabes lo que he visto? —murmuró ella, esforzándose para inclinar la cabeza hacia arriba y mirarlo de nuevo. Su cuello estaba rígido.*

*Una llameante agonía atravesó los ojos de hielo de Alastair.*

*—He tenido que adentrarme yo también en ese recuerdo para sacarte de ahí.*

*Por eso había escuchado a alguien llamándola. Había sido Alastair. Se había forzado a revivir ese recuerdo olvidado en los rincones más profundos de su memoria, todo por ella.*

*Caedra notó que sus ojos ardían y parpadeó varias veces. Se sentía fatal. La presión en su pecho esta vez no fue por la falta de oxígeno.*

*—Lo siento, Alastair. No sabía que iba a suceder eso. Estaba intentando encontrarte… —trató de explicar atropelladamente—. Y…*

*—No pasa nada —la cortó él—. Me conformo con que estés bien.*

*Caedra se quedó boquiabierta.*

*—¿No estás enfadado?*

*Al fin y al cabo, la última vez que lo había visto, Alastair estaba furioso. Habérsela encontrado en su mente, obligándolo, además, a experimentar un recuerdo tan doloroso para rescatarla, tendría que haber aumentado su ira.*

*—No.*

*Alastair también estaba confuso. Ni había pensado en enfadarse hasta que Caedra lo había mencionado. La prioridad para él había sido encontrar a Caedra y sacarla de ahí. Luego, asegurarse de que estaba bien. En su mar de consternación, el enfado no había tenido hueco alguno, ahogado por las olas. Era extraño.*

*—¿Cómo sabías dónde estaba? —inquirió Caedra, curiosa. Se le aceleró el corazón al darse cuenta de su posición. Y Alastair no parecía tener prisa alguna por soltarla, manteniendo sus brazos alrededor de ella. Su gélido tacto le provocaba un agradable cosquilleo en la piel.*

*—Te escuché llamándome —respondió él. Dibujó una mueca en su rostro—. ¿Por qué me has seguido a mi mente, Caedra? Ha sido temerario y estúpido por tu parte.*

*Caedra suspiró con pesar. Era consciente de ello.*

*—Me dejaste preocupada. Quise ir detrás de ti para hablar contigo, pero no sospeché que no pudiera encontrarte una vez crucé la barrera —explicó en voz baja.*

*Alastair suavizó la mirada. No se había imaginado que Caedra iría tras él después de que le hubiera gritado de esa manera. Ahora se arrepentía, pero no era capaz de disculparse.*

*Estaba experimentando demasiadas cosas extrañas y confusas, y prefería no pensar en ello. Todo había sido mucho más sencillo cuando estaba solo, sin tener que preocuparse por nadie.*

*Pero también era reconfortante tener a alguien como Caedra a su lado. Había aprendido a apreciarlo y no sabía qué haría si lo perdía. Por eso no había dudado en ir a por ella, aunque significara pasar de nuevo por su peor experiencia.*

*Le hacía sentirse vulnerable. Y no le gustaba… ¿O sí?*

*Se dio cuenta de que Caedra había cerrado los ojos. Se apresuró en sacudirla con suavidad, forzándola a levantar los párpados de nuevo.*

*—Alastair, ¿por qué no me dejas dormir? Estoy agotada —protestó ella.*

*—Estás helada. Si te duermes, es muy posible que no despiertes.*

*Caedra sintió un escalofrío.*

*—Pero… esto no es real.*

*Alastair frunció el ceño.*

*—Para tu mente, sí lo es. Ese es el peligro. Si mueres aquí… el shock que causará a tu mente provocará que mueras también en la realidad.*

*Caedra abrió los ojos como platos. Temblando, se abrazó con más fuerza a Alastair.*

*Y él no la apartó, sino que la atrajo hacia sí, observándola, pensativo. Le recordaba a Djaka de joven en tantos aspectos…*

*Sacudió la cabeza. No. Caedra no era como Djaka. Caedra estaba a su lado y quería ayudarlo. Djaka le había dado la espalda y lo había abandonado.*

*Ahora volvía a recordar con claridad lo que sucedió aquel día, tras verse forzado a revivirlo. Había pensado durante todos esos años que, simplemente, había olvidado las palabras pronunciadas por Djaka; había transcurrido un milenio y su memoria no era perfecta. Ahora se daba cuenta de que ella ni siquiera le había dirigido la mirada, sin decir nada cuando Luvann declaró su sentencia.*

*Caedra y Alastair estuvieron abrazados durante un tiempo, en silencio, los copos de nieve revoloteando a su alrededor. Cuando la sensación de frío disminuyó, Caedra, al fin, se atrevió a separarse de Alastair para mirarlo con una cálida sonrisa.*

*—Gracias por salvarme, Alastair. Y por no enfadarte conmigo.*

*Alastair resopló.*
*—Quisiera estar enfadado, créeme.*

*Pero no era capaz, lo cual, en parte, lo irritaba.*

*Sopló una fría corriente de aire. Caedra tembló y Alastair la ayudó a ponerse en pie, situándose detrás de ella para bloquear un poco el viento.*

*—No vuelvas a entrar en mi mente o en la tuya sin que esté yo a tu lado —le pidió Alastair con semblante sombrío. Tras asegurarse de que Caedra no se iba a caer, la soltó y se cruzó de brazos—. Como has podido ver, es muy peligroso.*

*—Tranquilo, no lo haré —aseguró ella. No tenía ninguna prisa por repetir la experiencia.*

*Sin embargo, también había algo positivo en todo aquello. Sonrió. Alastair arqueó una ceja.*

*—Eras un dragón precioso, Alastair —le dijo sin poder contenerse. Porque era cierto. Se alegraba de haber visto a Alastair en su forma original, y de haber presenciado momentos de su vida en los que todavía era alegre y feliz.*

*Era difícil creer que ese dragón risueño que había visto era la misma persona que el hombre frío y reservado que tenía delante de ella.*

*Unas finas líneas se marcaron entre las cejas blancas de Alastair.*

*—¿Realmente piensas eso?*

*—Claro —asintió ella sin dudarlo.*

*—¿No has sentido miedo?*

*—¿Por qué iba a tener miedo? Eras tú —respondió Caedra con sencillez, ladeando la cabeza.*

*Alastair no dijo nada. Tenía muy reciente la frustración que había vuelto a sentir al revivir cómo todas las criaturas huían despavoridas de él.*

*Siempre había sido así. Temor hacia él. Adoración hacia Djaka, quien, con sus poderes del tiempo, podía hacer crecer en un instante un árbol rebosante de frutas al acelerar el paso del tiempo en la semilla, entre otras muchas cosas. Él era la destrucción. Djaka, la creación.*

*Contempló a Caedra.*

*—Se me ocurre una forma de compensarte esta experiencia.*

*Caedra negó con la cabeza.*

*—No tienes que compensarme nada, Alastair.*

*Pero él la ignoró. Caedra se llevó una mano al rostro para proteger sus ojos del brillo cegador que inundó el lugar.*

*Cuando pudo volver a mirar, delante de ella se alzaba un imponente y majestuoso dragón de escamas y plumas blancas. La observaba con sus ojos de hielo, emanando un aura gélida.*

*Caedra sonrió, maravillada. Era tan magnífico como había aparecido en sus recuerdos. Pero enseguida tensó los hombros.*

*—Alastair, me dijiste que no querías mostrarte en tu forma original.*

*Le hacía recordar que no tenía su cuerpo y sufría por ello. Por tanto, aunque era capaz de adoptar la forma que deseara en su mente, nunca usaba la del dragón.*

*Alastair gruñó. Lo estaba haciendo por ella, así que no quería quejas.*

*—Sube —le dijo. Su voz era ahora más fuerte y su potencia, la de una ventisca.*

*Caedra obedeció, curiosa por ver qué haría Alastair. Él se agachó todo lo que pudo para que ella trepara por su hombro con más facilidad. La zeafírea se acomodó en su lomo.*

*Alastair extendió sus alas y alzó el vuelo. La intensa corriente de aire que provocó hizo que saliera nieve despedida en todas las direcciones.*

*Caedra se aferró a su cuello, notando lo duras y frías que estaban sus escamas. El ritmo de su latido se incrementó cuando ganaron altura. Sus manos temblaron de la emoción.*

*Estaba volando. Después de casi un mes sin volar, por fin estaba volando de nuevo, surcando los cielos, aunque no fuera con sus propias alas.*

*Alastair giró levemente la cabeza para observarla de reojo. Vio el rostro de Caedra iluminado con una sonrisa de oreja a oreja, y sus mejillas rosas.*

*Su propio corazón se aceleró. Pero también sintió una extraña opresión en el pecho. Había*

*encontrado, al fin, a alguien que no lo rechazaba. Alguien que apreciaba su presencia y todo lo que él era, alguien que, a pesar de todo lo que representaba, permanecía a su lado.*

*Eso tendría que hacerlo feliz. Sin embargo, se hallaba oprimido por la melancolía y la amargura. Porque, incluso si algún día lograba recuperar su cuerpo, él era inmortal. Caedra, no. Ella era mortal, y pronto lo abandonaría, aunque no quisiera…*

*Y volvería a estar solo.*

# Capítulo 41: Visiones

—¿Cómo podéis andar tan tranquilos? ¿No os da mal rollo todo este… paisaje espeluznante?

Las palabras de Jay hicieron pararse a sus tres compañeros. Tarvo lideraba el grupo, con Valikia a su lado dando indicaciones del camino a seguir. Ambos se giraron para mirarlo.

—¿Qué pasa, Jay? ¿Prefieres esperarnos fuera? —lo picó Valikia, cruzando los brazos.

—Muy graciosa, Val —refunfuñó Jay.

Ayla, que iba junto a Jay, se mantuvo en silencio, inexpresiva.

—Es cierto que no es muy acogedor —concedió Tarvo. Echaron a andar de nuevo—. Pero no nos queda otra. Toda la cordillera es así.

Habían llegado esa mañana, al fin, a la cordillera Septentrional. Como su nombre indicaba, se encontraba al norte, extendiéndose por prácticamente todo el límite del continente. El pico Drakmur estaba en el centro, por lo que todavía necesitarían otra semana para llegar hasta él.

La cordillera Septentrional estaba desierta, sin asentamiento de población alguno, debido a su paisaje inhóspito, tal y como los había advertido Valikia. El terreno era irregular, con desniveles muy pronunciados, precipicios y grietas abismales. El suelo, árido y seco, de piedra oscura, no permitía que creciera mucha vegetación. Sin embargo, esto no impedía que la mayoría de los rincones estuvieran poblados de extrañas plantas espinosas de tallo morado que alcanzaban alturas impresionantes, enredándose entre ellas y haciendo el paso complicado y, en ocasiones, hasta imposible.

A veces caminaban por pasillos entre esas plantas espinosas, como en ese momento. Estaban pasando por una especie de túnel natural y la luz apenas se filtraba. De por sí, ese día había amanecido nublado. Con plantas espinosas encima de ellos y a cada lado, sumadas a la relativa oscuridad, la atmósfera era un tanto tétrica.

A Jay le daba la sensación de que las plantas estaban al acecho, y que iban a cobrar vida y a atacarlos en cuanto dieran un paso en falso. Las espinas que poseían eran gruesas y afiladas. Hasta podrían ser venenosas, con ese color morado…

Pero Tarvo y Valikia no parecían muy preocupados. Iban cortando los tallos que los estorbaban con su espada y su lanza, y estos no los atacaban, cayendo inofensivamente al suelo.

—En serio, Ayla, ¿a ti no te da mal rollo? —le susurró Jay, buscando a alguien que compartiera su opinión.

Ella lo miró y se encogió de hombros, tal y como le había enseñado el día anterior. Jay esbozó una pequeña sonrisa.

—Vale… A ver si salimos pronto de aquí.

—Si mi memoria es correcta, tu amiga zeafírea nos informó de que el trayecto hasta el pico sería de una semana —dijo Ayla, con la vista al frente.

—Puedes llamarla Valikia. Y gracias por recordármelo… —masculló Jay, encorvado—. ¿Por

qué no creas una bola de luz o algo para que veamos mejor?

Él mismo lo haría materializando una pequeña llama en sus dedos, pero esas plantas lo intimidaban. ¿Y si quemaba alguna por accidente y lo acribillaban con sus espinas?

—La luz podría atraer a potenciales depredadores que se encuentren por la zona —contestó Ayla sin demora.

Jay no protestó ante esto.

—Entonces, ¿no recuerdas si conociste a Luvann? —inquirió Jay, curioso.

—No. Cuando el oráculo supremo me encontró sin memoria, yo ya poseía mi poder de la luz.

Jay frunció el ceño. ¿Cómo había sabido Leveann que Luvann no era un dios? Jay había supuesto que habría hallado algo en los recuerdos de Ayla; pero si había dado con ella ya con ese poder…

Había algo que no encajaba.

—¿Qué es el oráculo supremo para ti, exactamente?

—El oráculo supremo es mi maestro, aquel al que debo obedecer y… —empezó a recitar Ayla.

—No, no —la cortó Jay, alzando la palma de la mano. Puso el dedo índice en el hombro de la chica—. Quiero decir… ¿Qué significa para ti? ¿Lo aprecias? Pero responde con tus propias palabras.

Ayla se quedó callada. Jay se preguntó si la habría ofendido. Era difícil saberlo, pues su rostro permanecía carente de expresión.

—No entiendo cómo tengo que responder —dijo ella al final.

Jay se llevó una mano al cuello.

—Pues… con lo que tú sientes.

—El oráculo supremo es lo único que he conocido en mi vida durante mucho tiempo. Es quien me ha enseñado y me ha entrenado. A él le debo todo.

Jay suspiró pesadamente. Eso último había sonado de nuevo a algo que Leveann se había asegurado de que la chica memorizara.

—¿Y qué es lo que piensas hacer?

Al menos, mientras hablaba con Ayla se distraía un poco y no reparaba tanto en el tétrico paisaje que estaban atravesando. Tarvo y Valikia también conversaban sobre algo, pero Jay no alcanzaba a escucharlos.

—¿A qué te refieres? —cuestionó Ayla, ladeando la cabeza para mirarlo.

—¿Regresarás con el oráculo supremo?

Jay tenía que admitir que, aunque la chica solo llevaba con ellos dos semanas, le había empezado a coger cariño. Se esforzaba en aprender y en poner en práctica lo que le enseñaba, y todavía recordaba su ilusión cuando le había dado un nombre. Jay quería hacer todo lo posible por ayudarla.

Las cejas de Ayla se juntaron de forma casi imperceptible. Clavó la vista en el suelo.

—Tendré que regresar con él, en algún momento. Le debo…

—Para, no sigas —la cortó Jay. Iba a ser complicado conseguir que se olvidara de todo lo que el oráculo supremo le había taladrado en la mente—. Ayla, no hables de lo que le «debes». ¿Tú qué es lo que quieres?

Ayla deseaba seguir con Jay y sus amigos. Desde que estaba con ellos, había aprendido mucho sobre el mundo que la rodeaba. Sobre todo, estaba aprendiendo a interactuar con ellos y otras personas. La única persona con la que se había relacionado hasta entonces había sido Leveann, y, por primera vez, estaba experimentando lo que era convivir con gente de su edad, sin tener que estar pendiente de cumplir lo que su maestro le ordenaba…

—Mi deseo es permanecer con vosotros y continuar instruyéndome en las emociones —respondió ella al cabo de unos instantes.

Jay sonrió, pero fue capaz de detectar la sutil incertidumbre en su voz.

—¿Y qué es lo que te preocupa?

—Mi maestro. He de obedecerlo y…

—No tienes que obedecerlo. Tu vida es tu vida. Tú decides qué hacer con ella —declaró Jay con firmeza.

Ayla ya no habló más. Jay supuso que se había sumido en sus pensamientos, por lo que prefirió no molestarla. Era como si un grueso muro de piedra rodeara la mente de la chica, y él tuviera que ir agrietándolo poco a poco, hasta conseguir derribarlo.

Descendieron con cuidado por una pendiente pronunciada que, al menos, estaba despejada de aquellas plantas espinosas. Al llegar a terreno llano de nuevo, sin embargo, se hallaron rodeados de ellas una vez más.

Jay hundió los hombros.

—Está claro que están por toda la cordillera…

—Piensa que si son molestas para nosotros, también lo son para cualquier otra criatura peligrosa que pudiera haber vivido por aquí —dijo Tarvo para animarlo, poniendo una mano en su espalda—. Por tanto, estaremos relativamente solos hasta llegar al pico.

Jay resopló.

—Lo dudo. Gea no deja de sorprenderme y oculta peligros en los rincones más inesperados.

Valikia abrió la boca para replicar, pero se quedó callada al ver que Ayla había perdido la mirada en la distancia… y sus ojos brillaban como diminutos soles.

—Pero ¿qué…? —balbuceó la zeafírea, estupefacta.

Jay se giró para comprobar qué la tenía tan anonadada. Arqueó las cejas al reparar en Ayla.

—¿Ayla? —probó a llamarla.

La chica no respondió. Jay miró a Tarvo, pero este negó con la cabeza. Él tampoco tenía la más mínima idea de qué estaba experimentando.

Jay pasó la mano por delante del rostro de Ayla. Ella siguió sin reaccionar.

—Ayla, en serio, no tiene gracia… —empezó a decir Jay, consternado.

Y ella, al fin, parpadeó. Clavó sus ojos claros, pero ya no luminosos, en él.

—Hay que tomar otro camino —anunció de inmediato.

Jay, Valikia y Tarvo se miraron entre sí, extrañados.

—¿Por qué? —quiso saber Valikia, cruzada de brazos.

—¿Qué te ha pasado hace un momento, Ayla? —preguntó Jay, inclinándose hacia ella.

—He tenido una visión —los informó—. Si subimos por esa pendiente —Señaló un punto en la distancia— iremos directos a una trampa que nos tenderán en unos días.

—¿Trampa de quién? —cuestionó Valikia.

Tarvo se llevó una mano a la barbilla.

—Ese es el camino más directo, según el mapa —dijo, aunque no había hostilidad en su voz—. Si nos desviamos, tendremos que dar un rodeo.

—Sí, y eso quiere decir que tardaremos más en llegar al pico Drakmur —añadió Valikia.

—Es una trampa de los Shak'ti. Tú —Ayla miró a Tarvo— perecerías en el ataque —sentenció sin titubear.

Tarvo abrió los ojos como platos. Jay se quedó con la mandíbula desencajada.

—¿Qué…? —murmuró Jay, procesando la información. Sacudió la cabeza—. ¿En serio has podido ver algo así en tu visión?

Se le había olvidado que Ayla, además de tener el poder de la luz, era la aprendiz del oráculo supremo precisamente porque ella también recibía visiones del futuro. Acababan de ser testigos de una de ellas.

—Ahora lo entiendo —ladró Valikia, yendo hacia Ayla con los brazos en jarras—. Por eso nos has acompañado todo este tiempo, ¿verdad? Para tratar de engañarnos.

Jay tensó las comisuras de los labios.

—Val, ¿qué estás diciendo?

—Ella —La zeafírea señaló a Ayla con un dedo acusador— no escapó, para permanecer infiltrada entre nosotros. Seguro que ha estado colaborando con los Shak'ti a nuestras espaldas. Quiere que nos desviemos del camino que íbamos a seguir para que vayamos directos a su trampa.

—No, iremos hacia la trampa si seguimos el camino que íbamos a tomar —replicó Jay, situándose junto a Ayla, listo para defenderla.

—¡Se ha inventado lo de la visión! —exclamó Valikia, convencida.

—No me he inventado nada —dijo Ayla, sin emoción en su tono.

—¿Y por qué íbamos a creerte a ti?

—¿Tengo que recordarte que fue Ayla quien nos salvó de ese monstruo en el bosque? —gruñó

Jay, irritado con la zeafírea—. Estaríamos todos muertos de no ser por ella. Si tanto nos quisiera muertos, como mínimo no habría curado la herida de Tarvo.

—Lo hizo para ganarse nuestra confianza.

—Habría sido suficiente con derrotar al monstruo. Hasta ese momento, ninguno de nosotros teníamos idea alguna de sus habilidades curativas.

—¡Pero…!

Tarvo decidió que era momento de intervenir.

—A ver, vamos a calmarnos —dijo. Valikia lo miró con los ojos entrecerrados—. Jay tiene razón: Ayla no tenía por qué habernos salvado y a ella le debo mi vida. Por tanto, me inclino a creerla con la visión.

Valikia apretó los puños.

—¡Es la aprendiz del oráculo supremo! Su misión es acabar con nosotros.

—Ya tuvo su oportunidad y optó por salvarnos —replicó Jay—. Y durante estas semanas se ha esforzado en ir aprendiendo para integrarse en nuestro grupo.

—Antes dijo que tendría que volver con el oráculo supremo —la acusó Valikia, cruzando los brazos.

Jay chasqueó la lengua. No sabía que Valikia había estado escuchando su conversación con Ayla.

—Está decidiendo todavía qué va a hacer, Val. Entiende que ha estado toda su vida con él. La situación es complicada para ella.

—Más complicada es para nosotros. ¡Son nuestras vidas las que están en juego! —declaró Valikia. El enfado se palpaba en su voz—. ¿Acaso vas a fiarte de alguien que hasta hace dos semanas era nuestra enemiga?

Jay se volvió hacia Ayla. Era imposible adivinar lo que estaba pensando, pues se mantenía inexpresiva. Se preguntó si le estarían haciendo daño las palabras de Valikia, o si le daría igual.

Debía resolver la situación cuanto antes. Lo último que quería era que, por culpa de la hostilidad de la zeafírea, Ayla se marchara corriendo con el oráculo supremo. Ella estaba intentando ayudarlos, por lo que Jay tenía la esperanza de que, al final, decidiera quedarse con ellos. Pero si sentía que no era bienvenida…

—Ayla ha demostrado que es alguien en quien puedo confiar —dijo Jay con firmeza, dando un paso hacia delante y alzando la barbilla. Valikia apretó los dientes, sin retroceder—. Por lo que sí, me fío de ella. Si Ayla dice que caeremos en una trampa si seguimos por esa ruta en unos días, tomaremos otro camino.

—¡Eso es justo lo que quiere! —exclamó Valikia, exasperada. Subió los brazos con brusquedad —. Tardaremos más días si hay que dar un rodeo. Nos retrasará. Y dará tiempo más que suficiente a los Shak’ti para atacarnos.

Tarvo se interpuso entre Jay y Valikia.

—Suficiente —dijo con seriedad—. No tiene sentido alguno discutir entre nosotros. Votaremos

el camino a seguir y continuaremos.

Valikia apretó los puños. Estaba claro cuál sería la decisión: tanto Tarvo como Jay habían declarado que creían las palabras de Ayla.

—De acuerdo, pero si nos atacan los Shak'ti yendo por el otro camino, será vuestra culpa —rezongó la zeafírea. Les dio la espalda y se cruzó de brazos, con las plumas de las alas crispadas.

Jay suspiró, con la sensación de que la correa de su bolso se clavaba por un peso más marcado en su hombro. Odiaba discutir con sus amigos y Valikia estaba empeñada en mantener esa opinión negativa sobre Ayla.

Tarvo extrajo el viejo mapa de su mochila. Jay fue junto a él para echar un vistazo.

—Daremos un pequeño rodeo —decidió Tarvo—. No nos llevará más que un par de días y evitaremos atravesar cualquier parte del camino que habíamos marcado.

—Qué alegría —dijo Valikia, el sarcasmo era evidente en su voz.

—Val, para ya —le pidió Jay, frunciendo el ceño. Miró a Ayla, pero ella permanecía en silencio. ¿Qué estaría pensando?

***

Se detuvieron para pasar la noche en el hueco que ofrecía una grieta en una pared rocosa. No tenían mucho espacio, pero estarían bien ocultos.

Sabiendo que los Shak'ti podrían andar por la zona, evitaron encender una hoguera. Esto desanimó a Jay, que siempre se relajaba observando las cálidas llamas de su elemento, pero convenía ser precavidos.

Valikia se había sentado alejada de ellos. No les había dirigido la palabra durante el resto del día. Jay no sabía qué decir para arreglar las cosas con la zeafírea. Era muy testaruda. Y él, también.

Tarvo estaba estudiando el mapa. Jay se preguntó cómo le habrían sentado las palabras de Ayla. Había predicho su muerte, que se habría cumplido de haber continuado por el camino original, al fin y al cabo.

A Jay se le erizó el vello. Observó a la chica de reojo, sentada junto a él con las piernas cruzadas y la mirada fija en el suelo. Si no fuera por ella, habrían seguido directos por la ruta marcada…

Clavó el codo en la rodilla y reposó la frente en su mano. Era consciente del constante peligro, todo porque el emperador estaba decidido a matarlos, de una forma u otra. Pero no concebía que pudiera llegar el día en el que lo consiguiera, con él o con alguno de sus amigos. ¿Qué haría si algo así sucedía?

—Siento que hayas discutido con Valikia por mi culpa.

Jay alzó la vista, sorprendido al escuchar la suave voz de Ayla. Giró la cabeza hacia ella.

—No te disculpes por eso, Ayla. Tu visión ha sido de gran ayuda, así que gracias por compartirla con nosotros. —Porque Ayla habría podido guardarse la información—. Que no te afecte que Valikia se lo haya tomado mal… A veces, le cuesta un poco confiar en las personas.

Solo había que recordar el comienzo de la relación entre Valikia y Caedra. Había costado que se llevaran bien entre ellas. Valikia todavía no le había contado qué le había hecho cambiar de opinión y dar el paso de disculparse con Caedra.

—¿Los amigos discuten? —inquirió Ayla, curiosa.

Jay sonrió con amargura.

—Sí, hay ocasiones en las que discutirás con tus amigos. Pero esto no es algo necesariamente malo, es normal.

—Entonces… ¿Sigues siendo amigo de Valikia aunque hayas discutido con ella?

—Claro —asintió Jay sin dudarlo.

—Entiendo —murmuró Ayla.

Estuvieron varios segundos en silencio. Jay se fijó en que Tarvo había extraído su cuaderno y estaba dibujando algo en una hoja, con un dedo puesto en el mapa que estaba extendido en el suelo.

—¿No estás enfadado conmigo?

Jay se volvió hacia Ayla. Frunció el ceño.

—¿Por qué iba a estarlo?

—Por hacer que discutas con tu amiga.

Jay negó con la cabeza.

—Ayla, ya te he dicho antes que no tienes nada por lo que disculparte. La información que nos has dado ha sido tremendamente útil. —Tanto que, indirectamente, Ayla había salvado la vida de Tarvo una segunda vez—. Sin tu ayuda, habríamos estado en una situación nefasta.

—Así que…, ¿he hecho bien en revelar el contenido de mi visión?

—Sin duda —declaró Jay. Debía asegurarse de que Ayla entendía que los había ayudado y lo apreciaban. La reacción de Valikia podía tener como consecuencia que Ayla optara por quedarse callada la próxima vez que tuviera una visión—. De verdad, Ayla, gracias por decírnoslo. Pero… ¿qué hay de la misión que te encomendó el oráculo supremo?

Ayla se llevó los dedos de una mano a los labios, encorvada.

—No quiero que os pase nada.

Jay sonrió, sintiendo una agradable calidez en el pecho. Se inclinó hacia ella.

—Me alegro. A todo esto, ¿cómo funcionan exactamente tus visiones?

Tenía que admitir que eso era algo que le provocaba una tremenda curiosidad.

—No las controlo. Se muestran sorpresivamente —explicó Ayla—. Hay ocasiones en las que puedo recibir dos visiones seguidas, y otras veces puedo estar una larga temporada sin una.

—Ya veo —murmuró Jay. Por eso Ayla no había tenido ninguna visión esas dos semanas.

—Lo que veo puede estar relacionado con algún aspecto de mi vida en ese momento, o sobre algo totalmente aleatorio —prosiguió ella—. Mi maestro, en cambio, tiene más práctica y es

capaz de condicionar las visiones hasta cierto punto.

Jay arqueó las cejas.

—¿En serio?

Ayla asintió con la cabeza.

—Si toca un objeto relacionado con lo que desea ver y se concentra lo suficiente, invoca una visión.

Jay tensó los hombros. Leveann era realmente peligroso.

—¿Y se cumple siempre lo que veis?

—No siempre —contestó ella. Alzó la vista al cielo—. Sin embargo, la probabilidad es alta. Las visiones también pueden ser más claras, o más borrosas… Hay ocasiones, incluso, en las que solo escucho voces, sin presenciar nada.

—¿Y sabes cuándo vas a tener una visión? —inquirió Jay.

—No. Aparecen sin previo aviso.

Los dos se quedaron en silencio, pues Jay tampoco quería molestarla preguntando demasiado. Se echó hacia atrás y apoyó las palmas de las manos en el duro suelo. Miró también el cielo nocturno. Era un alivio saber que, a pesar de la atmósfera oscura de la cordillera, las estrellas se mostraban con la misma claridad que en el resto de Gea si las nubes se despejaban.

¿Habrían llegado su padre y Caedra ya al valle donde se encontraba la curandera? Necesitaba saber si se curarían las alas de Caedra. Pero tendría que esperar mínimo otras dos semanas para comprobar que estaban bien y si habían conseguido que Caedra volara de nuevo.

Observó a Ayla de reojo. Jay no sería capaz de hacer nada sin su padre y amigos. No concebía un mundo en el que ellos no estuvieran, una realidad en la que él hubiera tenido que hacer todo solo, por su cuenta. ¿Cómo había podido estar Ayla todos esos años con el oráculo supremo como única compañía? Sin familia, ni amigos…

—Ayla —la llamó con suavidad. Ella ladeó la cabeza para mirarlo, expectante, y su largo cabello rubio fluyó como una cascada por encima de su hombro—. ¿Qué edad tienes?

Le había parecido bastante joven cuando la había conocido, por sus facciones aterciopeladas, carentes de la dureza del tiempo, pero las apariencias podían ser engañosas.

—Tengo dieciocho años —contestó Ayla con sencillez—. Tú tienes veintiuno.

Jay irguió la espalda. Una chispa de sorpresa iluminó su rostro.

—¿Cómo lo sabes?

—Tenías diecinueve cuando el oráculo supremo me habló por primera vez del príncipe traidor al imperio —explicó ella.

Jay contuvo un suspiro de alivio, relajando los hombros. Eso tenía sentido. Le había preocupado que, además, Ayla pudiera leerle la mente.

—¿Qué crimen has cometido para que mi maestro te declare un traidor? —quiso saber Ayla,

mirándolo con demasiada intensidad.

—¿No sabes lo que sucedió en realidad? —dijo Jay, extrañado.

—El oráculo supremo no me cuenta mucho. Solo lo que él considera que requiero conocer.
Jay resopló.

«Claro, le cuenta solo lo que él necesita para manipularla», pensó, pero no lo dijo en voz alta.

—El emperador asesinó a mi hermano mayor, Kendrij. Luego intentó hacer lo mismo conmigo —relató él con acidez—. Pero resulta que, como puedes comprobar, sobreviví. Y ahora está tratando de subsanar ese pequeño error —añadió, sarcástico.

Jay vio cómo las cejas de Ayla se arqueaban ligeramente.

—¿Por qué intentó el emperador mataros?

—Una excelente pregunta —ironizó Jay—. Según nos contó el oráculo supremo, tuvo una visión en la que mi hermano o yo matábamos al emperador. Pero es muy extraño… Sospecho que hay algo más.

—Así que mi maestro te considera un traidor por la posibilidad de que, en un futuro, acabaras con la vida del emperador.

—Algo así… Pero… —Jay ladeó la cabeza y dejó caer los párpados—. No sé. Para mí es difícil suponer cómo hubieran sido las cosas porque no recuerdo nada de mi vida en el palacio; mis recuerdos de antes de los once años fueron borrados. Pero… ¿por qué iba yo a tratar de matar al emperador? ¿Realmente sería capaz de hacer algo así?

¿Quizás por la forma en la que los trataba a él y a Kendrij? Caedra le había contado que a él nunca había llegado a hacerle nada, pues Kendrij lo había protegido, pero su hermano sí que había recibido palizas frecuentes.

Aun así, a Jay le resultaba complicado imaginarse matando a alguien.

Ayla dibujó una mueca en su rostro. A pesar del tema de conversación, Jay se alegró de que expresara con ese tipo de reacciones lo que pensaba, en vez de ocultarlo.

—Es el peligro de las visiones —dijo ella. Sonaba triste, y Jay se preguntó por qué. Ayla abrazó sus rodillas y alzó la vista de nuevo al cielo—. La mayor parte de las veces se cumplen, aunque hay otras que no… Lo peor que puede suceder es desconocer exactamente cómo evitar que esa visión se cumpla y, en el intento de evitarla, provocar con tus acciones el mismo futuro que has vislumbrado en la visión y tratado de cambiar…

—Vaya —murmuró Jay, con un escalofrío—. No lo había pensado.

El emperador había asesinado a Kendrij y había intentado hacer lo mismo con Jay para sortear su propia muerte, vaticinada en la visión del oráculo supremo. Quizás, si los hubiera dejado en paz, ni Jay ni su hermano habrían intentado asesinarlo. Sería tan irónico si Jay acababa matándolo como consecuencia de haber querido impedir que se cumpliera la visión…

# Capítulo 42: Alas rotas

El valle Escalpino era un lugar impresionante. La hierba crecía en cada rincón, fresca y verde, exuberante. La mayoría de almendros estaba en flor, con sus ramas oscuras inundadas de manchas rosas y blancas. Una multitud de animales, como aves, ardillas y ciervos de distinto tipo, se paseaban con libertad, llenando la atmósfera de agradables sonidos. Ese día, además, el cielo estaba despejado por completo y los rayos del sol bañando la vaguada completaban la idílica imagen.

El valle era una depresión cóncava protegida entre dos montañas, de donde fluían algunos ríos. El que más destacaba por su anchura bajaba desde la montaña de la derecha y cruzaba toda la vega, dividiéndola en dos.

Según los habían informado en la pequeña aldea por la que habían pasado hacía unas horas, la casa de la curandera estaba en una pendiente al oeste, la que subía hacia la ladera de la montaña a la izquierda. Por tanto, Hadriel y Caedra fueron directos hacia allí.

Caedra estaba nerviosa. No sabía qué era lo que se iban a encontrar. ¿Tendría la curandera algún remedio para sus alas rotas? ¿O las analizaría y las declararía irrecuperables? También estaba impaciente por conocerla.

Las alas le habían estado doliendo más esos últimos días. Desconocía la razón, pero esperaba que la curandera tuviera solución para ello. Na-Dwa, la denu con la que había estado encerrada en las minas de Titaia, siempre había ayudado a mitigar el dolor.

Alastair también estaba raro. Apenas hablaba con ella, y, cuando lo hacía, sus comentarios eran cortos y secos. No había vuelto a visitarla en sueños. Caedra no entendía por qué actuaba de esa manera. Le había asegurado que no estaba enfadado por cruzar la barrera a su mente y por haberlo forzado a revivir aquel recuerdo traumático. Quizás, en el fondo, sí estuviera molesto y por eso ahora la trataba de nuevo con tanta frialdad.

La angustia le retorcía el corazón. Sentía el pánico oprimiendo su pecho ante la idea de que Alastair ahora la rechazara, pero no podía hablar mucho con él si no iniciaba la conversación o acudía a sus sueños. Caedra no sabía cómo acceder a aquel espacio de brumas negras por su cuenta.

Por el momento, sin embargo, se centraría en ver qué sucedía con sus alas rotas. Y, luego, le insistiría a Alastair en que tenían que hablar.

Como no había contado con la asistencia de Alastair, Caedra no había vuelto a practicar el manejo de la electricidad. Había continuado con el entrenamiento de los abanicos, donde sí tenía la ayuda de Hadriel. Seguía memorizando cada movimiento con los abanicos y practicando la puntería. Hadriel le había comentado que lo siguiente que le enseñaría sería a lanzar los abanicos para tratar de cortar con ellos al enemigo y a recogerlos al vuelo. Caedra se sentía un poco intimidada por esto. Tenía miedo de cortarse en sus primeros intentos de recogerlos, pues el metal era realmente afilado, pero Hadriel le había asegurado que él los frenaría con su mente si percibía que los iba a recibir de forma incorrecta.

Con el atardecer ya mostrando sus tonos anaranjados, llegaron a la cabaña en la que vivía la

curandera. Los habitantes de la aldea les habían dicho que su nombre era Elaris.

Hecha totalmente de madera, la cabaña era de un tamaño inmenso. Tendría por lo menos dos pisos y varias habitaciones. Estaba situada en una parte más suave de la pendiente, rodeada por los mismos almendros en flor que poblaban todo el valle. También tenía un pequeño huerto vallado donde crecían varias plantas de colores distintos. El río no quedaba lejos, pues escuchaban el murmullo del agua fluyendo entre las rocas.

Hadriel se acercó y llamó a la puerta. Caedra esperó tras él, con el corazón latiendo con fuerza.

La puerta no tardó en abrirse. Se mostró ante ellos una mujer de mediana edad, con la piel de un tono verde claro, el pelo del color del musgo, unas alas de plumas oscuras en su espalda y un par de cuernos en espiral en la cabeza. La mestiza perfecta de denu y zeafírea, tal y como había indicado Valikia, una mezcla que Hadriel y Caedra no habían visto en sus vidas. Ya era complicado de por sí encontrar mestizos de humanos con cualquiera de las otras razas. Que se mezclaran dos razas distintas a los humanos era casi impensable.

Se trataba, por tanto, de Elaris, la curandera. Vestía con una sencilla túnica marrón y sonrió al verlos.

—Bienvenidos, ¿en qué puedo ayudaros?

Algo de la tensión en los hombros de Caedra se liberó ante su aspecto amigable. Hadriel se aclaró la garganta.

—Buenas tardes. Mi nombre es Hadriel y mi acompañante se llama Caedra. Veníamos buscando a Elaris, la curandera.

Era obvio que era quien tenían delante de ellos. Sin embargo, Hadriel, manteniendo un tono respetuoso en todo momento, sabía que sería descortés asumir su identidad sin más.

—Pues aquí me tenéis —respondió Elaris con sencillez. Se echó a un lado, permitiéndoles el acceso—. ¿Por qué no entráis y me contáis cuál es vuestro problema?

Caedra enarcó una ceja, aunque no protestó y siguió a Hadriel al interior de la cabaña. Elaris parecía excesivamente confiada con desconocidos, por lo que Caedra supuso que no habría tenido conflictos con ninguno de sus pacientes. ¿A qué se debería esto?

El amplio salón en el que fueron recibidos era acogedor. Había una alfombra de lana en el suelo, un sofá de mullidos cojines a cada lado, una chimenea donde crepitaba lentamente un pequeño fuego y varias estanterías de madera, el material de la mayoría de muebles, con distintos libros y frascos de cristal. A la derecha había unas escaleras hacia un piso superior con acceso a varias habitaciones que se abrían a un pasillo rodeado por una simple barandilla.

—Sentaos —los invitó Elaris, señalando el sofá en el extremo izquierdo de la alfombra. Ella se fue al otro.

Hadriel y Caedra se acomodaron y miraron a la curandera. Elaris cruzó una pierna por encima de la otra y reposó las manos en su regazo.

—Os volvería a preguntar cuál es vuestro problema, pero me temo que, ahora que os he visto, es bastante evidente.

Caedra puso recta la espalda, incómoda cuando notó que Elaris la observaba fijamente.

—Mis alas están rotas —dijo Caedra, a lo que Elaris asintió con la cabeza—. Hemos venido por si… por si podías ayudarme.

Estaba claro que no tenía la habilidad de Hadriel para hablar con desconocidos cuando era un manojo de nervios, pero esa era la última de las preocupaciones de Caedra en ese momento. Esperó, conteniendo la respiración, la respuesta de Elaris.

La curandera apretó los labios. Se incorporó y le hizo un gesto con la mano a Caedra para que fuera con ella.

—Acércate —le pidió, y Caedra no dudó en obedecer. Elaris reposó sus manos, de dedos largos y finos, en los hombros de la zeafírea, que se quedó rígida por los nervios—. Relájate, querida, no voy a hacerte nada.

Caedra se mantuvo en silencio. Dejó que Elaris la orientara de tal forma que quedó de espaldas al fuego de la hoguera, de donde provenía la mayor parte de la iluminación en la cabaña, pues la luz del sol que se filtraba por las ventanas ya era escasa en el anochecer.

—¿Qué te ha ocurrido? —inquirió Elaris mientras analizaba sus alas rotas, sin tocarlas todavía.

—Alguien… —Caedra rechinó los dientes. No tenía sentido contar la historia con detalle—. Alguien me partió las alas… hace un mes.

—¿Hace un mes? —repitió Elaris, arqueando las cejas, alarmada.

Que su voz alcanzara el registro más agudo hizo que a Caedra se le cerrara el estómago. El latido de su corazón se aceleró.

—Voy a examinar tus alas, ¿de acuerdo? —avisó la curandera—. No te asustes.

Caedra asintió con la cabeza. Notó las manos de Elaris en sus omoplatos, junto al nacimiento de las alas.

Inspiró aire con brusquedad por el pinchazo de dolor que experimentó cuando Elaris tocó el hueso roto.

—Lo siento, querida, pero tengo que comprobar el estado en el que se encuentran. Un mes es mucho tiempo.

—¿Mucho tiempo para qué? —murmuró Caedra, asustada. Buscó a Hadriel con la mirada. Él, a pesar de estar sufriendo una angustia similar, mantenía la calma. La observaba con semblante relajado, lo que la zeafírea agradeció. Se forzó a respirar hondo.

—Hay ciertos riesgos cuando no curas un hueso roto de inmediato —respondió Elaris, pero no ofreció más explicaciones.

Caedra estuvo los siguientes minutos en tensión, su espalda rígida por completo, a la espera de lo que diría la curandera. Ignoró el dolor mientras Elaris movía sus alas de un lado a otro, explorando y analizando.

—Bien, querida —dijo Elaris. Retrocedió un paso—. Siéntate y os contaré lo que he visto.

Caedra no dudó en ir junto a Hadriel, que puso una mano en su espalda, percibiendo lo nerviosa que estaba. Caedra apreció su contacto, cálido y familiar, a diferencia del impersonal, frío, de Elaris.

—Elaris, ¿hay algo que puedas hacer para curar sus alas? —preguntó Hadriel, directo. Sabía que Caedra necesitaba una respuesta clara. Veía las rodillas de la zeafírea temblar por el rabillo del ojo.

—Sí —declaró Elaris mientras se sentaba en el otro sofá. Caedra no soltó todavía un suspiro de alivio, pero sí relajó significativamente los hombros—. Sin embargo, no será fácil, y será un proceso lento.

—¿Qué hay que hacer? —inquirió Hadriel, atento. Caedra agradeció que fuera él quien estuviera haciendo las preguntas, porque a ella no le salía la voz.

—Las alas muestran signos de infección —empezó Elaris—. Es una infección reciente, por lo que no será difícil de tratar, pero habrá que hacerlo.

Caedra frunció el ceño. Supuso que por eso sus alas habían empezado a doler más los últimos días. Pero intuía que Elaris no había terminado.

—Esta infección ha sido provocada por el hecho de que, al estar un mes sin ser tratado, el hueso ha comenzado a soldarse por su cuenta —prosiguió Elaris. Dibujó una mueca en su rostro—. A soldarse de forma incorrecta. Eso implica que, para tratar las alas y que se cure el hueso correctamente…, tendré que romperlo de nuevo.

Caedra palideció. Le vino a la mente el dolor que había sufrido cuando sus alas habían sido partidas por completo, primero una, y luego otra. La conexión con ellas cercenada de golpe. Se había jurado que jamás se expondría de nuevo a algo así…

No se dio cuenta de que sus manos estaban temblando igual que hojas al viento hasta que Hadriel puso la mano encima de las suyas. Caedra lo miró con los ojos desorbitados, asustada.

—Tranquila, Caedra —susurró él. Entendía el pánico que sentía la zeafírea, pero debía frenarlo antes de que se incrementara. Su respiración se estaba volviendo más corta y acelerada, sus pupilas tan dilatadas que habían engullido casi por completo el amarillo del iris—. Yo estaré contigo en todo momento. Sé que será difícil para ti, pero es la única manera de que tus alas se curen. Piensa que, esta vez, todo el dolor que experimentes será de cara a que el hueso sane y te permita volar de nuevo, ¿de acuerdo?

No podía decirle que no le dolería, porque iba a doler. No podía decirle que no pensara en el dolor, porque Hadriel sabía que Caedra había recordado al instante el momento en el que le habían roto las alas; sería imposible olvidarlo, grabado a fuego en su mente. Pero sí podía intentar que ella lo viviera de forma distinta.

Caedra, sintiéndose como una niña pequeña, asintió lentamente con la cabeza. Respiró hondo, avergonzada por su reacción. Ahora le ardían las orejas.

Desvió su atención hacia la curandera con la decisión reflejada en sus ojos.

—Está bien.

Elaris esbozó una pequeña sonrisa al ver que ahora la zeafírea sí estaba dispuesta a afrontarlo.

—Lo primero que haremos será tratar la infección esta noche —dijo Elaris. Se levantó y se dirigió a la estantería tras ella para coger varios frascos—. Mañana por la mañana veré si ha desaparecido y, de ser así, procederé a romper el hueso. Deberás tener paciencia mientras me

aseguro de dónde está la fractura; he de romperlo en el mismo sitio, sin margen de error.

—De acuerdo —aceptó Caedra. Al menos, tendría esa noche para mentalizarse.

—Una vez roto, lo colocaré esta vez de forma correcta para que sane como debe —completó Elaris, todavía seleccionando frascos—. Tendréis que permanecer aquí una semana.

Caedra arqueó las cejas, alarmada. No tenían tiempo que perder, todavía había que viajar hasta el Oráculo de Finthad y reunirse con sus compañeros.

Hadriel apretó con suavidad las manos de Caedra. Ella lo miró por debajo de las pestañas.

—No te preocupes, Caedra. Le dije a Jay que podíamos tardar hasta dos semanas más en llegar donde nos esperarán por si surgía cualquier imprevisto. Si tenemos que estar una semana para que se curen tus alas, así lo haremos.

Caedra se mordió el carrillo, pero no protestó.

—Curar un hueso roto no es fácil —explicó Elaris. Con todos los frascos que necesitaba en sus brazos, se apartó de la estantería—. Una vez esté colocado, tendré que ir tratándolo con mis poderes todos los días mientras desaparece la fractura, además de ir iniciando el proceso de rehabilitación. En una semana me habré asegurado de que todo marcha como debe. —Se dirigió a las escaleras, pero giró la cabeza hacia ellos antes de subirlas—. Voy a preparar lo que necesitaré para tratar la infección; no tardaré.

Y se marchó, desapareciendo por una de las habitaciones del piso superior.

Caedra liberó el aire que había estado conteniendo. Sería un proceso complicado y doloroso, pero sus alas iban a curarse.

Observó a Hadriel. Él la contemplaba también, pendiente de su reacción.

—Me cuesta creerlo —murmuró Caedra, sonriendo—. Después de tanto tiempo, por fin sé que mis alas tienen arreglo.

—Por eso quería que fueras optimista, Caedra —dijo Hadriel—. Solo habrá que tener un poco de paciencia, pero el hueso roto se curará y volarás de nuevo.

—Pero nos va a retrasar una semana… —empezó ella, frunciendo el ceño.

—No te desanimes por eso. Una semana dedicada a que tus alas se curen es tiempo más que bien aprovechado, ¿no crees?

Caedra sonrió.

—Sí, tienes razón.

Elaris bajó por las escaleras de nuevo. Portaba un cuenco de madera con una pasta verde.

—Siéntate aquí, Caedra —le indicó Elaris, señalando uno de los cojines que había en el suelo junto a la chimenea.

Caedra se acomodó sobre las piernas, de espaldas a Elaris. La curandera untó la pasta en todo el nacimiento de sus alas con cuidado. Dejó el cuenco a un lado y situó las manos encima de la zona rota. Sus dedos brillaron y la pasta que había untado también se iluminó.

La zeafírea experimentó una ligera sensación desagradable, como un insistente hormigueo, pero

la podía soportar perfectamente. Estuvieron así durante unos minutos.

Elaris terminó y se apartó, poniéndose en pie.

—¿Cómo te encuentras, querida?

Caedra inclinó la cabeza. El dolor había disminuido, pero estaba más cansada… Tardó un par de segundos en darse cuenta de que Elaris había puesto la mano en su frente.

—¿Por qué no subes y te tumbas un rato? —propuso la curandera con amabilidad.
—Está bien… —murmuró Caedra. La verdad era que le pesaban los párpados.

Hadriel se acercó a ellas para ayudar a Caedra a incorporarse. Frunció el ceño al notar que la zeafírea estaba ardiendo, pero ante la mirada severa de Elaris, no dijo nada.

Pasando un brazo por la cintura de Caedra, Hadriel siguió a Elaris. Subieron por las escaleras y la curandera los llevó a la última habitación del pasillo.

—Aquí duermen todos mis invitados —los informó ella. Abrió el cajón de la mesita de noche que había entre las dos camas y extrajo un montón de musgo brillante que iluminó el espacio entero—. Podéis quedaros aquí esta semana, ahora mismo no tengo otros pacientes.

—Gracias, Elaris —dijo Hadriel con una ligera sonrisa. Era un problema menos por el que preocuparse.

Mantuvo una mano en la espalda de Caedra mientras esta se tumbaba. Ella no dijo nada, extrañamente aletargada. Se acomodó sobre el costado y cerró los ojos. Elaris se aseguró de que sus alas estaban correctamente extendidas y, tras pasar sus dedos iluminados por la zona de la fractura otra vez, le indicó a Hadriel que la siguiera.

Salieron de la habitación y Elaris cerró con suavidad la puerta de madera.

—¿Es normal que Caedra tenga fiebre? —quiso saber Hadriel de inmediato, cruzándose de brazos. Su voz había cobrado una dureza férrea.

—Sí, tranquilo —respondió Elaris, sin ofenderse—. Es la forma de reaccionar de su cuerpo al tratamiento que he aplicado; he tenido que ser un poco agresiva para combatir la infección. No deseaba asustarla, pero se estaba extendiendo con rapidez.

Esto preocupó a Hadriel, que torció el gesto. Caedra habría estado sufriendo esos días. ¿Por qué no le había dicho nada?
—¿Has podido tratarla?

—Sí, la infección era reciente, por lo que ahora ya está todo controlado. Pero sabía que Caedra estaría cansada. La dejaremos dormir hasta que esté lista la cena —explicó Elaris. Echó a andar por el pasillo y le hizo un gesto con la mano—. Ven conmigo, tengo un par de cosas que comentarte.

—Pagaremos lo que sea necesario —dijo Hadriel sin dudarlo, suponiendo que tendría algo que ver con esto.

Elaris lo miró por encima del hombro y echó la cabeza hacia atrás para reír, divertida.

—No es de eso de lo que quiero hablar. No exijo pago alguno a mis pacientes —aclaró—. Me conformaré con que me ayudéis con las tareas del hogar durante vuestra estancia.

Hadriel arqueó una ceja.

—¿A qué viene esa cara de sorpresa? —dijo Elaris con una carcajada—. Me gusta ayudar a otros con mis habilidades siempre que lo necesiten; no me sentiría cómoda convirtiéndolo en un negocio. Gano todo el dinero que necesito vendiendo mis hierbas e infusiones…, las cuales me ayudaréis a preparar estos días.

Hadriel relajó el ceño.

—Gracias, Elaris. Te ayudaremos en todo lo que haga falta.

Bajaron al salón. Elaris colocó una olla de metal con agua sobre el fuego de la chimenea.

—Déjame que ponga la cena a preparar y te diré lo que te quería comentar —le comunicó.

La curandera fue a otra de las estanterías y sacó varias raíces de una caja de madera. Las echó en la olla y, tras añadir también un puñado de hierbas distintas, se dirigió al sofá. Dio un par de toques con la mano al sitio a su lado para indicarle a Hadriel que se sentara. Él fue junto a ella.

—Habrás de perdonarme por la cena tan pobre; no tenía visita prevista —se disculpó Elaris.

—No será un problema, es más que suficiente —aseguró Hadriel.

Elaris cruzó una pierna sobre la otra y puso las manos en su regazo. Era la postura con la que estaba más cómoda.

—Lo que te quiero comentar es importante —empezó ella. Su rostro volvía a estar serio—. La fractura en los huesos de las alas de Caedra es total. Para que los coloque correctamente, he de romperlos del todo de nuevo.

Hadriel tensó los hombros. Era un método agresivo, pero estaba claro que no encontrarían nada mejor en Gea. Esto no evitó que experimentara desagradables pinchazos en el corazón. Era inevitable que Caedra sufriera.

—Los huesos de los zeafíreos son frágiles —prosiguió Elaris—. Cuando se rompe un ala, ya nunca se vuelve a volar de la misma manera.

Ahora entendía Hadriel por qué Elaris no había querido comentar aquello estando Caedra presente. Sería un duro golpe para ella y tendría que encontrar el momento adecuado para decírselo con todo el tacto posible.

—Al romper los huesos de las dos alas de nuevo, se debilitarán todavía más. Por tanto, Caedra tiene un largo proceso de rehabilitación por delante… y, cuando consiga volar, nunca dejará de tener dificultades.

El semblante de Hadriel se ensombreció. Era algo que se había temido.

—¿Cuánto tardará en volar de nuevo? —quiso saber. Se recostó en el sofá y cruzó los brazos. Sus dedos estaban rígidos, clavándose en su piel.

—Durante esta semana iré cerrando la fractura y sanando el hueso de cada ala —explicó Elaris —. Mientras estéis conmigo, la iré ayudando a mover sus alas, poco a poco, y progresivamente más cada día, pero no volará aún. En una semana debería de haber logrado que el hueso se cure por completo, pero esto no es más que el comienzo —advirtió, muy seria—. Habrás de asegurarte de que Caedra tiene paciencia y no intenta volar hasta dentro de, por lo menos, otra

semana más. A partir de entonces, deberá ir realizando pequeños ejercicios de vuelo… Y, quizás, dentro de un mes podrá volar de nuevo.

Hadriel asintió con la cabeza. Sería un proceso largo, pero era más que aceptable. Una semana era un periodo de tiempo relativamente corto para que un hueso roto se curara; sabía que solo era posible gracias a la ascendencia denu de la curandera, que le otorgaba esos poderes.

Deberían tener mucho cuidado y paciencia, pero él se aseguraría de que Caedra realizaba todo correctamente.

Ahora venía lo que más le preocupaba.

—¿Qué dificultades tendrá a partir de ahora Caedra en su vuelo? —preguntó con suavidad, mirando fijamente a Elaris. No quería alzar la voz, ante la posibilidad de que Caedra los escuchara desde la habitación.

La curandera suspiró con tristeza. Hadriel tensó la espalda sin darse cuenta, consternado. La reacción de Elaris no era buena señal.

—Sus alas no tendrán mucha resistencia —respondió ella en tono bajo—. Por lo que no podrá realizar vuelos muy largos. Desde luego, no podrá cargar con el peso de nadie. Notará las alas más rígidas, por lo que tendrá dificultades para maniobrar en el aire… —Torció el gesto—. Sobre todo, debe entender que la más mínima lesión en sus alas tendría consecuencias desastrosas. Como mencioné antes, el hueso va a quedar severamente debilitado. Esto también quiere decir que será tan frágil que cualquier pequeño golpe bastaría para romperlo del todo. Si esto sucede, no habrá ya remedio posible. No volará nunca más —concluyó con gravedad.

Hadriel se echó hacia delante y apoyó los codos en las rodillas. Espiró aire con brusquedad, reposando la frente sobre sus manos entrelazadas. Por un momento, fue como si la vivienda entera se cerrara sobre él, amenazando con derrumbarse y sepultarlo bajo sus escombros.

La información sería devastadora para Caedra; la iba a limitar mucho en combate. Lo único que evitaría que se hundiera por completo sería el hecho de que sí iba a volar de nuevo. Pero no sería como antes. A Hadriel le habría gustado que Caedra se retirara y no luchara más, pues no quería arriesgarse a que sus alas se rompieran otra vez…

La idea de una Caedra destrozada, desolada ante la perspectiva de no poder volar nunca más, lo aterraba. Quería que estuviera bien… y, mientras continuaran oponiéndose al emperador, el peligro de que sus alas sufrieran un impacto que las partiera para siempre era grande. Sin embargo, sería imposible convencer a Caedra de que se apartara; ella se empeñaría en permanecer a su lado. Y él tampoco deseaba separarse de la zeafírea.

La ayudaría en todo lo que estuviera en sus manos. Caedra tendría dificultades durante todo el proceso de rehabilitación y esto sería frustrante para ella, pero él estaría pendiente. Sin embargo, no había nada que pudiera hacer en cuanto a las consecuencias de su rotura.

—Lo tendremos en cuenta —murmuró Hadriel.

Se sentía derrotado. ¿Por qué le afectaba tanto la situación de Caedra?

Necesitaría un momento para recomponerse y centrarse en lo positivo de todo aquello, la razón por la que habían realizado ese viaje: que Caedra volara de nuevo. Era cierto que no sería como antes. Pero volaría. Y eso era lo realmente importante. Y era lo que conseguiría que Caedra

viera.

Elaris se levantó para comprobar cómo iba el caldo y remover sus ingredientes un poco.

—Esto estará listo en nada —comentó. Se irguió y puso los brazos en jarras, estirando sus alas levemente—. Espero que sea suficiente para los tres…

Hadriel se mantuvo en silencio. No pasaría nada si tenían que comer menos una noche.

La curandera regresó junto a él. Se sentó y se recostó en el sofá, extendiendo los brazos sobre el respaldo. Contempló a Hadriel.

—¿Qué relación tienes con ella?

No era la pregunta que se esperaba Hadriel, por lo que entrecerró los ojos. Elaris rio sin cortarse, divertida.

—Siempre me llama la atención cuando recibo a dos personas viajando —dijo—. Me gusta saber la relación de todos mis visitantes; paso la mayor parte del tiempo sola y me entretiene. Mera curiosidad, ya ves.

—Somos amigos —contestó Hadriel con sencillez.

Elaris hizo un mohín.

—¿Nada más? Descarté que fuerais pareja por vuestra diferencia de edad. Luego pensé que erais padre e hija por cómo os comportáis, pero tú eres humano y ella es una zeafírea. Aunque… ¿Es mestiza? Tiene el pelo blanco, en vez de negro, y los cuernos y las alas distintos… —murmuró ella, llevándose una mano a la barbilla, pensativa.

Hadriel negó con la cabeza.

—No somos de aquí, de Zarested. Venimos de Aruristed.

Elaris arqueó las cejas.

—¡Vaya! Es verdad que me parecía que teníais un acento un tanto extraño. Y los zeafíreos de Aruristed son diferentes en aspecto a los de Zarested, ¿no?

—Así es.

—Entonces, ¿no es tu hija? —quiso asegurarse Elaris, ladeando la cabeza.

Hadriel frunció el ceño.

—No, no lo es.

Pero Elaris captó la incertidumbre, la amargura, en su tono.

—¿Seguro?

Hadriel esbozó una sonrisa cansada.

—¿Tanto cuesta creerlo? —dijo, un tanto incómodo—. Aunque… es cierto que, para mí, es como si lo fuera. La conozco desde que era una cría y pasé muchos años cuidando de ella. Pero… nunca lo hemos hablado.

Cuando conoció a Caedra, además, no sabía todavía que Jay era su hijo, al igual que Kendrij, y no tenía ese tipo de relación con ellos.

«¿Por qué le estoy contando esto a alguien que es prácticamente una desconocida?», pensó, tensando las comisuras de los labios. Supuso que era porque no tenía nadie más con quien compartirlo, y era más fácil con alguien que, en teoría, no volvería a ver.

—¿Por qué? —inquirió Elaris, curiosa.

—Para empezar, desconozco la opinión de Caedra al respecto —respondió Hadriel. Pasó una mano por su revuelto cabello negro, echándolo hacia atrás—. No querría incomodarla. Luego también está mi hijo, Jay. Preferiría no arriesgarme a tener un conflicto si para él esto resulta ser un problema. Por tanto…, es más sencillo que las cosas sigan como están.

Aunque quería pensar que a Jay le daría igual, pues realmente no le afectaría en nada. Él de por sí ya se llevaba muy bien con Caedra; no era una desconocida para él.

—No conozco a tu hijo, por lo que no puedo opinar sobre eso —dijo Elaris, encogiéndose de hombros—. Sin embargo, creo que sí deberías hablarlo con Caedra en algún momento. La he notado bastante apegada a ti.

Hadriel desvió su atención hacia el fuego de la chimenea. Las llamas, que crepitaban con lentitud, se reflejaron en sus ojos grises, teñidos de melancolía.

—Lo tendré en cuenta.

Sin embargo, él creía que las cosas estaban bien tal y como estaban. No era urgente hablar sobre ello y no convenía forzarlo. Si algún día se presentaba la oportunidad, quizás la aprovecharía. Hasta entonces, prefería no arriesgarse.

***

*A Caedra le costó levantar los párpados incluso en aquel espacio de brumas negras. De todos los momentos que podía escoger Alastair para aparecer, tenía que ser aquel en el que estaba más somnolienta.*

*—¿Qué te han hecho?*

*La pregunta de Alastair la pilló desprevenida. Giró la cabeza a su izquierda y lo vio observándola fijamente.*

*—Parece que lo que haya hecho la curandera para tratar la infección de mis alas me ha dejado así de agotada —explicó Caedra. Se llevó una mano al pecho y tragó saliva—. ¿Por qué me has evitado estos días?*

*Tenía que aprovechar ahora que Alastair estaba con ella.*

*Alastair entornó los ojos.*

*—No es asunto tuyo.*

*Caedra se cruzó de brazos, exasperada.*
*—¿Vamos a volver al principio, Alastair?*

*Él apartó la vista.*

*—No deseo hablar sobre ello. Solo quería asegurarme de que tus alas van a curarse.*

*Caedra suspiró, pero se forzó a apartar su decepción por la actitud del hombre.*

*—Sí, parece que sí. Sin embargo, aunque la curandera no haya querido decirme nada, sé que no va a ser tan simple. Imagino que no podré volar como antes.*

*Lo había asumido y lo había aceptado como una posible consecuencia a cambio de volar de nuevo. Ya se había lamentado lo suficiente. Era hora de seguir hacia delante. No se iba a dejar derribar otra vez.*

*Alastair la contempló durante varios segundos. Su mirada era enigmática, indescifrable. Al final, gruñó.*

*—¿Qué pasa? —quiso saber Caedra, preocupada.*

*—Siento haber estado así estos días —dijo él. Caedra arqueó las cejas, sorprendida por su disculpa—. He estado pensando.*

*—¿En qué?*

*—En ti, en mí. En nosotros. En que yo soy inmortal… y tú, no —murmuró él, su tono era apagado. Giró la cabeza para mirar a otro lado.*

*Caedra se mordió el labio, meditando las palabras que diría a continuación. Se acercó a él.*

*—Sé que te cuesta aceptarlo, Alastair. Y no te voy a mentir: llegará un momento en el que yo no esté, y tú seguirás aquí —dijo, con la suavidad de una brisa de otoño—. Pero recuerda lo que te comenté: puedes distanciarte y permanecer solo, sin conocer nada más…, o puedes aprovechar el poco tiempo que tenemos para ser feliz y disfrutar de nuestra amistad. Y luego recordarlo con alegría, no con tristeza, y que eso te dé fuerzas para seguir adelante.*

*Hubo unos instantes de silencio. Alastair la observó de nuevo. El corazón de Caedra se aceleró al ver que estaba sonriendo. Aunque era una sonrisa pequeña, y estaba cargada de amargura, era tan raro verlo sonreír…*

*—Lo sé, Caedra. Tienes razón. Mas no es tan sencillo…*

*Caedra ladeó la cabeza. No entendía a qué se refería, y Alastair le había dado la espalda.*

*—¿Seguimos siendo amigos? —inquirió ella con algo de temor.*

*Alastair la miró por encima del hombro. Sus ojos no brillaban con tanta frialdad como de costumbre.*

*—Seguimos siendo amigos —confirmó él.*

*Caedra dejó escapar un suspiro de alivio. Pero eso hacía todavía más confusas sus palabras anteriores…*

*Y se estaba despertando, por lo que tendrían que continuar la conversación en otro momento.*

# Capítulo 43: El fénix de la luna

Jay alzó la vista, con las manos en las caderas. Decir que la montaña era inmensa era quedarse corto…

—No puedo ni ver el pico desde aquí —comentó con sequedad. La montaña ascendía por encima de las nubes…—. ¿Cómo vamos a escalar todo esto?

Valikia se encogió de hombros.

—Puedo ir volando y vosotros me esperáis aquí —propuso con sencillez.

La zeafírea estaba de mejor humor, tras haber transcurrido aquella semana en la que habían dado un rodeo a la ruta prevista inicialmente. Una vez quedó claro que no había ninguna trampa de los Shak'ti esperándolos en ese nuevo camino, se relajó considerablemente. Sin embargo, no se había disculpado con Ayla.

—No, yo también necesito ver a Luvann —dijo Jay, frunciendo el ceño. Tanto Valikia como él iban buscando el poder de la luz que otorgaba la legendaria ave fénix—. Solo no sé por qué, no me había imaginado que el pico Drakmur estaría tan… arriba.

Valikia resopló.

—Dije que era el más alto de Zarested —les recordó.

—Habrá que ir ascendiendo con cuidado y paciencia —dijo Tarvo. Se llevó una mano a la barbilla—. Lo que no sé es si tendremos oxígeno suficiente por encima de las nubes…

Ayla alzó la vista y entornó los ojos.

—Habrá oxígeno.

Tarvo arqueó una ceja.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó, perplejo. Lo lógico sería que no lo hubiera.

Ayla no varió su expresión.

—Simplemente, lo sé.

Valikia bufó y se cruzó de brazos.

—¡Genial! Lo sabe así porque sí.

—Tendrá algo que ver con que tiene el poder de Luvann —dedujo Jay, listo para defender a Ayla—. Quizás intuya cómo es la atmósfera ahí arriba. O a lo mejor estuvo ahí antes de perder la memoria.

—Sí, tiene sentido —aceptó Tarvo.

—De acuerdo, pero yo no me hago responsable si llegamos y resulta que no hay oxígeno —refunfuñó Valikia.

Jay puso los ojos en blanco, acostumbrado a las amenazas vacías de su amiga.

—Pues en marcha —dijo él. Dibujó una mueca en su rostro—. Que me temo que nos va a llevar

más de un día llegar a la cima…

—Más de un día, y más de dos —añadió Tarvo mientras ajustaba las correas de su mochila.

***

Era duro subir por la falda de la montaña. Los desniveles eran todavía más pronunciados que en el resto de la cordillera, y escalaban paredes de roca gris oscuro prácticamente verticales. Por suerte, Jay contaba con la ayuda de Tarvo, que iba creando salientes de piedra para los pies y las manos. Valikia y Ayla se dedicaban a volar detrás de ellos, acompañándolos y pendientes por si había algún accidente.

El viento soplaba con fuerza, y en más de una ocasión Jay resbaló, aunque no fue necesaria la intervención de sus compañeras zeafíreas, pues siempre se agarraba a tiempo. Pero el ascenso era lento y tedioso. Tarvo, que poseía muchos años de experiencia en todo tipo de terrenos gracias a su época como Shak'ti, no tenía mucho problema.

Seguían encontrando zonas con las dichosas plantas espinosas. Jay había acabado harto de verlas.

Cuando pararon a mediodía para tomarse un pequeño descanso y comer, a Jay le dolían los brazos del esfuerzo.

—Menudas agujetas voy a tener —masculló al sentarse sobre una roca plana. Miró de soslayo a Ayla y Valikia—. Quién pudiera tener alas…

Tarvo rio. Le dio una palmada en la espalda a Jay antes de acomodarse junto a él.

—Si vas a liderar el imperio algún día, Jay, conviene que te vayas curtiendo en situaciones de todo tipo —bromeó Tarvo.

—Muy gracioso… —gruñó Jay.

Ayla estaba luchando con su larga cabellera que, movida por el viento, se metía constantemente en sus ojos. Valikia la observaba divertida; ella no tenía ese problema, con su pelo corto y manejable.

La décima vez (pues las estaba contando) que Jay vio a Ayla apartar el pelo de su rostro, rio con suavidad.

—Ayla, ven aquí, anda —dijo Jay con un gesto de la mano.

Ayla, intrigada, obedeció y se sentó sobre sus piernas delante de él, con los hombros rectos, en silencio. Jay observó divertido su posición tan formal.

—No te pongas así, no voy a regañarte ni nada… Date la vuelta.

La confusión se reflejó brevemente en los ojos de Ayla, pero ella le dio la espalda sin protestar. Jay tomó el cabello rubio de la chica en sus manos, momentáneamente sorprendido por su suavidad, y lo dividió en tres mechones de igual grosor. Empezó a trenzarlo con lentitud y pronto se olvidó de todo lo demás, centrado en su tarea.

Hasta que Valikia lo devolvió a la realidad con su comentario:

—¿Dónde has aprendido a hacer eso?

Tarvo también tenía curiosidad y habría terminado por hacer la misma pregunta si Valikia no se le hubiera adelantado. La zeafírea observaba a Jay con los ojos muy abiertos.

—Mi ex novia… —A Jay se le hacía raro referirse así a Jennifer, la chica que había tenido que dejar en la Tierra, hacía ya más de dos años, al partir hacia Gea—. Ella me enseñó. Le gustaba que peinara su pelo y, al final, acabé aprendiendo algunas cosas… —explicó, incómodo.

Terminó la trenza y se dio cuenta de que no tenía nada con qué atarla. Por suerte, Tarvo, que ya había adivinado lo que sucedería, le tendió un fino trozo de cuerda que había preparado. Jay lo cogió con alivio, tras dedicarle una mirada de agradecimiento a su amigo, y ató la trenza.

—¡Listo! —anunció Jay, apartándose para admirar su trabajo. En su nada humilde opinión, él diría que había quedado espectacular.

—Es muy bonita —comentó Valikia, con las cejas arqueadas. Ahora tenía la tentación de dejar su pelo crecer para trenzarlo.
—Sí, está muy bien —asintió Tarvo, impresionado.

Jay sonrió, orgulloso. Se percató de que Ayla no se había pronunciado todavía. De hecho, la chica llevaba todo ese tiempo en silencio, como una estatua.

—Oye, Ayla, ¿qué te parece…? —empezó a preguntarle, inclinándose para ver su rostro.

Y se dio cuenta de que la cara de Ayla estaba igual de roja que un tomate. Jay no lo pudo evitar y estalló en carcajadas.

—Pero ¿qué te pasa? —dijo Jay, enternecido, aunque no lo admitiría en voz alta. La expresión de la chica era adorable y era la primera vez que estaba así—. ¿Tanto te ha afectado que te haga una trenza?

Ayla estaba cada vez más avergonzada, percibiendo las tres miradas de sus compañeros sobre ella. Había sido muy relajante que alguien acariciara su pelo de esa manera y le había gustado notar cómo Jay iba trenzando el cabello. Cuando se había dado cuenta de lo que estaba pensando, había comenzado a sentir un calor insoportable en el rostro… Y, ahora, su corazón latía tan salvaje como un corcel libre por el campo.

—Y-yo… —balbuceó ella. ¿Qué se suponía que tenía que decir? Se encogió y se giró hacia Jay para que Valikia y Tarvo estuvieran a sus espaldas. Pasó la trenza por encima de su hombro y bajó la vista para observarla. Llegaba casi hasta su cintura.

—¿Te gusta? —le preguntó Jay con suavidad. Ya la había provocado suficiente.

Ayla lo miró por debajo de las pestañas y esbozó una pequeña sonrisa. Su cara ya no estaba incendiada, aunque sus mejillas permanecían rosas.

—Sí, me gusta mucho. Gracias, Jay.

—Muy bien, Ayla, con una sonrisa —la felicitó él. Se alegraba siempre que la chica mostraba alguna expresión positiva—. Espero que así ya no te moleste el pelo.
Ayla se levantó y dio una vuelta sobre su propio eje, lo cual hizo que su trenza danzara en el aire. Su rostro permaneció despejado.

Valikia entrecerró los ojos y se cruzó de brazos.

—Si ya habéis terminado, será mejor que nos demos prisa en comer para continuar. Hay que aprovechar el día.

—Vamos bien de tiempo, Valikia, no te preocupes —habló Tarvo. Rebuscó en su mochila para sacar los trozos de carne seca que guardaba envueltos en tela.

—A ver si decís eso cuando los Shak'ti nos alcancen… —protestó ella. Estiró sus alas antes de sentarse, lista para comer.

—Val, que se supone que el pesimista soy yo —bromeó Jay en un intento de aliviar la tensión del ambiente.

***

La noche en la montaña, ahora que habían ganado altura, resultó ser más fría que en el resto de la cordillera. Se vieron forzados a buscar refugio en una cueva y a encender una pequeña hoguera, pero Tarvo tapó la entrada con un muro de piedra casi por completo, por lo que la luz no se distinguiría a distancia.

El viento soplaba en el exterior con fuerza. Habían cenado y no habían hablado mucho, pues el trayecto hasta ahí los había dejado exhaustos. Las nubes todavía estaban por encima de ellos. Continuarían escalando al amanecer del día siguiente. Era difícil predecir con cierta precisión cuánto les quedaba para llegar a la cima al no poder calcular dónde terminaba la montaña. Pero suponían que llegarían o al caer la noche del segundo día, o a la mañana del tercer día.

Valikia estaba pasando las manos por las plumas de sus alas para asegurarse de que estaban limpias. Tarvo se había tumbado de cara a la pared para intentar dormir. Jay estaba sentado junto a Ayla, ayudándola a deshacer su trenza.

Mientras desenredaba el pelo de la chica, Jay se fijó en que sus finas cejas estaban muy juntas.

—¿Qué te pasa, Ayla? —le preguntó en un susurro. No quería despertar a Tarvo si resultaba que ya se había dormido.

Ella lo miró por encima del hombro.

—Me gustaba la trenza —dijo con cierto pesar.

Jay dejó escapar una suave carcajada. Le resultaba divertido que el momento en el que más triste había visto a Ayla fuera al deshacer su trenza.

—No te preocupes, mañana te hago otra —le prometió de inmediato.

—Gracias. Es práctica y agradable.

Su voz parecía carecer de emoción…, pero Jay detectó un atisbo de satisfacción. Poco a poco, Ayla iba expresándose más.

Jay se sumió en sus pensamientos mientras seguía peinando el cabello de Ayla. Si Luvann los esperaba en la cima, en el pico Drakmur, no quedaba mucho para conocerlo.

¿Cómo sería Luvann? ¿Los recibiría pacíficamente? ¿Se enfadaría por considerar que estaban invadiendo su hogar? Ojalá no fuera hostil, pero con la suerte que solían tener en Gea…

¿Los ayudaría en algo? ¿O habrían realizado aquel viaje para nada?

***

El día siguiente amaneció nublado y con cierta humedad en el ambiente. Valikia arrugó la nariz, disgustada, en cuanto salió al exterior. Sus plumas se crisparon.

—La visibilidad no va a ser la mejor hoy… —comentó.

—Tendremos que avanzar con cuidado —dijo Tarvo. Alzó la vista—. Ahora es imposible determinar dónde comienza esa capa de nubes, pero continuaremos ascendiendo hasta alcanzar la cima.

Se habían abrigado bien con las capas de piel que habían traído. El viento que soplaba era frío e incesante. Jay y Tarvo llevaban, además, guantes para que la piel de sus manos no se resintiera de escalar tanta roca.

Ayla jugueteaba con el extremo de su trenza mientras esperaba a que el grupo iniciara la marcha. Jay la observaba de reojo, ocultando su sonrisa.

El ascenso fue lento y complicado, todavía más que el día anterior. Esto se debía a que las plantas espinosas ahora también crecían, como si de hiedras se trataran, por la pared rocosa. Jay no hacía más que soltar una ristra de maldiciones tras otra.

—¿Cómo narices sigue habiendo plantas de estas a esta altura? —protestó, forzado a desplazarse a su izquierda, donde estaba más despejado. Al menos, no habían notado ningún descenso en los niveles de oxígeno.

—No parecen plantas muy normales, desde luego —comentó Valikia, batiendo las alas con ligereza detrás de él.

Era mediodía cuando a Valikia se le escapó una exclamación y fue directa a un saliente rocoso. Sus compañeros la contemplaron con ojos interrogantes y se detuvieron para esperarla.

—¡Mirad lo que he encontrado! —dijo la zeafírea con alegría. Estaban subiendo por un estrecho camino entre la roca, por lo que aterrizó entre sus compañeros. Extendió la palma de la mano y les mostró lo que había ido a buscar.

Jay arqueó las cejas. Era una pluma negra como la noche, cuyos extremos brillaban con una luz verde pálida.

—¿Es de Luvann? —preguntó él, animado.

—¡Claro! —afirmó Valikia con una sonrisa. Extrajo la pluma que siempre llevaba en su bolso para compararla con la recién encontrada—. ¿Veis? Son idénticas.

—Eso es buena señal —asintió Tarvo—. Espero que eso signifique que estamos cerca.

Ayla no dijo nada. Observó las plumas con el ceño fruncido. Le resultaban familiares, pero estaba segura de que no había visto nunca una. ¿Tendría Jay razón y habría conocido a Luvann antes de perder la memoria?

Continuaron con energías renovadas tras la primera pista que tenían de que Luvann, efectivamente, podría estar por la zona.

Unas horas más tarde, sin embargo, la niebla se había vuelto tan espesa que era imposible adivinar lo que tenían a un metro de distancia. Se mantenían pegados unos a otros por temor a

que alguien se perdiera. Valikia y Ayla habían intentado despejar la densa bruma batiendo las alas, pero ninguna de las dos manejaba el viento, por lo que no había servido de mucho.

Cuando la situación se volvió insostenible, pues ya ni siquiera eran capaces de ver dónde pisaría su siguiente paso, Tarvo extendió el brazo en horizontal y los obligó a frenar. El abdomen de Jay chocó contra el brazo de su amigo.

—Oye —protestó él, retrocediendo con las manos en la tripa—. ¿Por qué te paras?

—No podemos continuar —declaró Tarvo. Se giró hacia sus compañeros. A Jay lo veía mejor, pues estaba frente a él, pero apenas distinguía las siluetas de Ayla y Valikia—. No es seguro.

—Ya, no se ve nada… —dijo Jay, torciendo el gesto—. ¿Qué hacemos?

«Sé que venís buscándome, mortales».

La poderosa voz que retumbó en sus mentes hizo que todos menos Ayla dieran un respingo y miraran a un lado y a otro, confusos.

—¿Qué ha sido eso? —quiso saber Jay. Desenvainó su espada, por si acaso.

Tarvo había flexionado las piernas y apretado los puños delante de él, listo para ejercer su voluntad sobre la tierra. Aunque con la nula visibilidad que había, poco haría contra un hipotético enemigo.

—¿Vosotros también lo habéis escuchado? —murmuró Valikia, intimidada.

«Profanáis mi hogar, mas no sois capaces de reconocerme. Los mortales nunca dejaréis de sorprenderme con vuestra pobre inteligencia».

Jay abrió los ojos como platos. Alzó la vista, como si fuera a ver a alguien ahí.

—¿Luvann? —dijo, esperanzado. Parecía que se comunicaba por telepatía.

«Así es. ¿Por qué habéis venido hasta mí? —quiso saber Luvann. Jay se preguntó dónde estaría, exactamente. Luvann los observaba, pero ellos a él, no—. ¿Cómo habéis sabido que estaría aquí?».

Tarvo y Jay intercambiaron miradas, con la duda en los ojos. ¿Cuánto sería conveniente revelar?

«Mi paciencia tiene un límite, mortales —advirtió Luvann cuando transcurrieron unos segundos —. No os atreváis a mentirme. Detectaré si no me estáis contando la verdad».

Valikia se había quedado muda. Jay se aclaró la garganta y habló:

—Hemos venido porque necesitamos tu ayuda. Y la información… nos la proporcionó… —Jay apretó los ojos. No tenía sentido tratar de engañar a Luvann…—… Alastair.

Hubo unos instantes de silencio sepulcral. Nadie se atrevía a moverse o a decir nada. Valikia y Ayla, que habían estado volando, aterrizaron junto a Jay.

«Alastair —repitió Luvann con lentitud—. Llevaba un milenio sin escuchar su nombre».

Jay hizo una mueca. No sonaba contento… ¿Acababa de firmar su sentencia de muerte?

«¿Cómo habéis contactado con él, mortales? Su cuerpo permanece sellado en otro mundo, junto al de otra traidora».

Jay se llevó una mano al cuello. Les estaba haciendo un interrogatorio completo. ¿Por qué nadie más intervenía en la conversación?

—Una amiga nuestra… puede hablar con él —murmuró Jay. Supuso que Luvann deduciría el resto.

«Hmm… Interesante —fue todo lo que dijo Luvann, con el mismo entusiasmo que un reo a punto de ser juzgado—. ¿Qué os ha contado?».

Jay, resignado a ser el único que se atrevía a hablar con él, respondió:

—Nos contó que tú y… —Paró. ¿Cuál era el otro nombre? Se le daba fatal memorizar esas cosas…

—Djaka —lo ayudó Tarvo.

«Por fin alguien más dice algo», pensó Jay, irritado, aunque no lo expresó en voz alta. Le dedicó una breve mirada de agradecimiento a su amigo, tragándose sus nervios, y continuó:

—Sí. Nos contó que tú y Djaka sellasteis su cuerpo junto con el de Saekish. —Al menos ese nombre sí lo recordaba—. Ella intentó destruir la esfera primaria mientras él intentaba protegerla.

«La incertidumbre en tu tono no denota una gran convicción en tus palabras», señaló Luvann.

Jay gruñó. Él no iba a poner la mano en el fuego por Alastair. Había visto lo que había hecho a Caedra al principio y cómo la había tratado. Jay había sufrido mucho por ella. ¿Y si Alastair los traicionaba? Quizás los había estado engañando todo ese tiempo.

—No podemos saber qué ocurrió en realidad —dijo Jay, al final, con cautela—. Eso es solo lo que nos contó.

«Sabia posición, mortal —comentó Luvann. Jay arqueó las cejas ante aquella especie de cumplido—. El mundo no es blanco o negro, y la verdad suele estar teñida de varios matices… Sin embargo, me temo que lo que os contó Alastair es cierto».

Jay se quedó con la boca abierta. Alastair no los había engañado. ¿Estaba admitiendo Luvann, acaso, que lo habían castigado injustamente?

Como Luvann parecía dispuesto a seguir conversando y no los había atacado, envainó su espada. No pudo contener su curiosidad:

—¿Y por qué lo sellasteis a él también, Luvann?

Escucharon el suspiro pesado de Luvann en sus mentes.

«Alastair y Saekish eran los únicos que vivían entre las sombras sin verse afectados por ellas. Nos preocupaba que, del mismo modo que Saekish se había vuelto en nuestra contra, intentando con frecuencia robar la esfera primaria para destruirla, Alastair también acabara corrompiéndose con el tiempo».

Todos permanecieron en silencio. Hasta que Jay se atrevió a aventurar, con un hilo de voz:

—Lo castigasteis… ¿sin que hubiera hecho nada, realmente?

Si no fuera por cómo había tratado a Caedra al comienzo, Jay habría ido directo a disculparse con Alastair por desconfiar de él. Tras sus acciones con ella, sin embargo, era incapaz de verlo

con buenos ojos. El rencor estaba arraigado en su corazón.

«No es tan sencillo, mortal —replicó Luvann, severo—. Si Alastair decidía traicionarnos, no habría nada que pudiéramos hacer contra él. La esfera primaria solo pudo ser creada con su asistencia. Era un riesgo que no íbamos asumir… y llevaba ya varios siglos cada vez más amargado con la realidad».

Jay frunció el ceño. Seguía sin parecerle correcto. Pero temía desatar la furia de Luvann si lo decía en voz alta.

«Fue por el bien de toda Gea —prosiguió Luvann—. Sin embargo…, un milenio después, soy capaz de mirar hacia atrás y admitir que no fue muy correcto. No obstante, no me arrepiento. Gea está a salvo. Quién sabe qué habría sucedido de haber quedado libre Alastair».

—Pues que sepas que ahora él está bien cabreadito con vosotros y con unas ansias tremendas de venganza —comentó Jay, incapaz de contenerse.

Valikia le dio un codazo. Jay emitió un quejido de protesta y la miró ofendido. Encima de que solo él se atrevía a hablar…

«Lo imagino —dijo Luvann con pesar—. Y no lo culpo. No esperéis que Djaka piense lo mismo que yo, sin embargo. Ella permanece convencida de que Alastair debía ser contenido a toda costa».

Jay se mordió el labio.

—¿Qué harás si Alastair logra recuperar su cuerpo? ¿Sabes tú dónde está?

Jay no había querido presionar a Caedra, pero no era tonto. La había escuchado hablando entre susurros con Hadriel y, por lo poco que había entendido, había deducido con facilidad que iban a intentar averiguar dónde se encontraba el cuerpo de Alastair.

Por tanto, aunque Alastair le cayera mal, decidió que preguntaría. Pero solo por Caedra. Y a pesar de que le hubiera molestado que se lo ocultaran.

«Si Alastair logra recuperarlo, asumiré las consecuencias. Tengo la esperanza de que esté dispuesto a dialogar, aunque no sea optimista al respecto —contestó Luvann—. No albergo especial deseo de sufrir sus ataques, por lo que sería reacio a compartir la ubicación de su cuerpo si la conociera, pero lo haría en un intento de alcanzar un acuerdo con él. Sin embargo…, me temo que no sé dónde se encuentra».

Jay hundió los hombros.

—Vaya —murmuró, desanimado. Le habría hecho ilusión ayudar a Caedra.

«No obstante —dijo Luvann, haciendo que Jay se irguiera de nuevo—, sé quién conoce la ubicación exacta».

—¿Quién? —inquirió Jay, impaciente, al ver que se quedaba callado.

«Mhunn. Él fue el único que se opuso a que selláramos a Alastair —explicó Luvann—. Por tanto, decidió ser él mismo el que escondiera su cuerpo, en una localización desconocida por todos nosotros, para que estuviera protegido si en algún momento decidíamos que sería mejor destruir su cuerpo para siempre».

—Ya… Ahora entiendo por qué no sabes dónde está —dijo Jay. Se llevó una mano a la barbilla, pensativo—. Y… ¿Supongo que no podrás decirnos dónde está Mhunn?

Valikia le dio otro codazo. Esta vez Jay, irritado, se lo devolvió.

«Me temo que Mhunn, desilusionado con nuestras acciones, partió hace tiempo a otro mundo —se lamentó Luvann—. Desconozco a cuál, exactamente. Imagino que el mismo en el que escondió los cuerpos y la esfera primaria, para custodiarlos».

Tarvo entornó los ojos.

—¿Es esa la causa de que los portales a otros mundos desaparecieran en su mayoría hace unos siglos? —inquirió, sospechando. Recordaba que Makus, su líder en los Shak'ti, le había comentado que tiempo atrás habían tenido varios portales a la Tierra. Hoy en día, solo seguía en pie el portal de Mhunn. Ahora veía que el nombre era muy apropiado.

Jay contuvo un suspiro de alivio al escucharlo hablar y se relajó un poco. La atención de Luvann ya no recaería exclusivamente sobre él.

«Sois más avispados de lo que asumí en un principio», dijo Luvann, confirmando las palabras de Tarvo.

Hubo un repentino fogonazo de luz sobre ellos. Tarvo y Jay cruzaron los brazos delante de su rostro para protegerse, mientras que Valikia y Ayla hicieron lo mismo con sus alas.

La niebla se desvaneció al instante. El brillo cesó y comprobaron que, en algún momento, sin que se hubieran dado cuenta, habían aparecido las estrellas. Se encontraban en una explanada de roca oscura, con un precipicio a apenas unos pasos de donde estaban…

Escucharon un potente graznido que retumbó en sus oídos. Un majestuoso fénix negro como la noche descendió sobre ellos con la luna llena a sus espaldas. Tenía una preciosa cresta en la frente y tres largas colas de luminosas plumas esmeralda. Los extremos de sus alas y de su cresta también resplandecían en ese mismo tono.

Aterrizó frente a Jay, que retrocedió un paso, intimidado. Era casi tres veces más alto que él, ayudado por su esbelto cuello.

Luvann ladeó la cabeza para observarlos más de cerca. Poseía un pequeño y afilado pico que se curvaba ligeramente. Sus ojos, grandes e intensos como dos astros celestiales, eran de un verde tan pálido que parecía blanco.

—Luvann —murmuró Valikia, incapaz de cerrar la boca. Sus piernas temblaron, pero logró no caerse al suelo.

Luvann la ignoró. Giró el cuello con brusquedad para mirar a Ayla.

«Eres portadora de mi marca —dijo. Su voz ahora retumbaba en sus mentes con mayor claridad. Era grave y profunda—. Me acuerdo de ti. Te encontré en Aruristed cuando eras una cría».

Las cejas de Ayla se curvaron hacia arriba.

—Yo… —Ayla se llevó un puño al pecho, notando el latido acelerado de su corazón. ¿Qué debía decir?

Jay la vio con dificultades para hablar. Se situó junto a ella y encaró a Luvann.

—Ayla perdió la memoria. No sabemos qué le pasó… ¿Tú sabes algo, Luvann?

Luvann entornó los ojos. Aproximó su rostro al de Ayla, que estaba paralizada en el sitio. Jay también tuvo que forzarse para no retroceder. El fénix emitía un aura tan poderosa que hasta tenía que recordarse que debía respirar.

«Le arrebataron la memoria —dijo Luvann al erguirse de nuevo. Sonaba indignado—. Un mortal se atrevió a manipular a una de las portadoras de mi marca… Es por razones como esta que cada vez me involucro menos en vuestros asuntos».

Jay tensó la mandíbula.

—¿Quién?

«Mi portadora lo tiene identificado en su mente como "oráculo supremo"».

Jay se quedó momentáneamente sin aliento, aunque lo había sospechado en cuanto Luvann lo había mencionado. Giró la cabeza hacia Ayla con rapidez, preocupado por su reacción.

Ella se mantenía en silencio, con los ojos a punto de salirse de sus órbitas. Un violento temblor se apoderó de sus rodillas. Jay adivinó lo que iba a pasar y la atrapó en sus brazos antes de que se derrumbara en el suelo.

—¡Eh, Ayla! —la llamó, alarmado y con los músculos rígidos—. Tranquila, te tengo. Estás… ¿Estás bien?

La chica había agachado la cabeza y permanecía muda. El oráculo supremo, aquel al que había seguido como su guía, como su maestro, todos esos años… Aquel a quien había obedecido sin dudarlo, hasta que se había cruzado con Jay. Aquel que la había cuidado y la había enseñado a usar sus poderes. Aquel que había hecho todo eso solo para manipularla.

Toda su vida, o lo que recordaba de ella, había sido una mentira. Lo que había sido verdad se lo había arrebatado el oráculo supremo…, que también le había mentido en ese aspecto, pues siempre había insistido en que él no tenía ni la más remota idea de cuál era la causa de su amnesia.

«Ayla —la llamó Luvann, su voz suave como la seda—. Portadora de mi marca de luz. Te encontré cuando tenías apenas cuatro años herida de muerte en medio de una llanura abandonada. Al curarte, te otorgué mis poderes».

«Tiene sentido», pensó Jay. Un ave fénix con la capacidad de salvar a alguien de la muerte a la que estaban condenados. Ayla había usado ese mismo poder para salvar la vida de Tarvo en el bosque.

Parecía que Ayla iba recuperando el control de sus piernas, pero su respiración era acelerada y Jay no la soltó, por si acaso. Miró a Luvann.

—¿No puedes devolverle la memoria? —inquirió Jay, esperanzado.

Luvann negó con la cabeza.

«Ha sido borrada por completo».

Jay hundió los hombros. El mismo caso que el suyo, entonces.
Endureció la mirada.

—Luvann, nos preguntaste al principio por qué hemos venido a buscarte —dijo Jay. Luvann clavó en él sus ojos luminosos, escuchándolo con atención—. Queremos acabar con el emperador de Gaelar. No sé si lo sabes, pero Saekish se esconde en su cuerpo. Aquel que le ha hecho esto a Ayla, el oráculo supremo, es su mano derecha. Ahora que hemos averiguado que el emperador ostenta el poder sobre las sombras gracias a Saekish, necesitamos el poder de la luz para derrotarlo.

Luvann irguió la barbilla. Jay, Tarvo y Valikia esperaron su respuesta conteniendo la respiración. Ayla seguía sumida en sus pensamientos, aunque ya había relajado su expresión, por lo que ignoraba la conversación a su alrededor.

«No deseo involucrarme en asuntos de los mortales», sentenció el fénix al fin.

Jay arrugó la frente.

—Pero Saekish es asunto tuyo.

«Soy consciente, mas mientras Saekish permanezca oculta en el cuerpo de un mortal, sin poseer su propio cuerpo, no voy a intervenir —replicó Luvann sin enfado, pero con firmeza. Miró a Ayla—. Estoy convencido de que ella, que porta mi marca, os ayudará en vuestra empresa».

Valikia dio un paso hacia delante y habló:

—¿De qué depende que le des a alguien tus poderes?

Luvann giró la cabeza hacia ella. Valikia tragó saliva al notar la garganta seca, nerviosa.

«Es algo que hago en contadas ocasiones —respondió él—. Ayla es la más reciente, de un total de siete mortales en más de un milenio. Al salvar a alguien de la muerte, otorgo mis poderes automáticamente. Respecto a cómo elijo a quién salvar y a quién no… —Luvann alzó la vista al cielo, a la luna—. Apenas me cruzo con mortales, pues rara vez atravieso sus territorios, pero cuando lo hago…, solo los salvo si son niños, inocentes todavía».

—Ya veo… —murmuró Valikia. Dibujó una mueca en su rostro, decepcionada. Había tenido la esperanza de obtener el poder de la luz por si volvía a cruzarse con la marea de sombras que se tragó su pueblo cuando era pequeña, pero no sería posible.

Luvann se estiró y devolvió su atención a Jay y a Ayla.

«Aunque desconozco la ubicación de Mhunn y dónde escondió los cuerpos, sé que Mhunn dejó documentado en algún lugar de Gea el mundo en el que los ocultó, por si le pasaba algo a él», los informó Luvann.

Jay no se había esperado que Luvann volviera a ese tema para ayudarlos.

—Gracias, Luvann —logró decir cuando se recompuso.

«Sin embargo, he de pediros que tengáis cuidado —advirtió Luvann. Su voz se tornó seria—. Aunque estoy convencido de que los cuerpos de Alastair y Saekish están separados, sed precavidos… Sería nefasto para Gea que, buscando el cuerpo de Alastair, llevarais a Saekish directa al suyo también».

—Lo tendremos en cuenta —asintió Jay de inmediato.

«Respecto a vuestro conflicto con el mortal en el que Saekish se oculta… —prosiguió Luvann. Extendió el ala izquierda y una pluma se desprendió de ella. Flotó con suavidad hasta los pies de Jay—. No intervendré directamente, pero esto os será de ayuda».

Jay se aseguró de que Ayla, ahora inexpresiva, se mantenía en pie por su cuenta antes de soltarla. Se agachó para recoger la pluma y la acercó a su rostro para examinarla.

Era diferente a las otras plumas de Luvann que habían visto. Esta era verde lima por completo y brillaba con la intensidad de la luna.

«Contiene mi esencia —explicó Luvann—. Usadla para salvar a alguien al borde de la muerte. Confío en que seréis prudentes en su uso, pues solo tiene poder para ser empleada en una ocasión».

Sería solo para una ocasión, pero era tremendamente valiosa. Jay comprobó que la había guardado bien en su bolso antes de mirar al fénix con una radiante sonrisa.

—Muchas gracias, Luvann.

«Si Saekish recuperara su cuerpo y se lanzara a destruir Gea… —dijo el fénix. Frunció el ceño —. Si eso sucede, llamadme y acudiré en vuestra ayuda. Por el bien de todos, sin embargo, espero que no ocurra. Habrá acumulado mucho poder en un milenio…».

Con esta última advertencia, Luvann extendió sus alas y alzó el vuelo en dirección a la luna. Hubo un fogonazo de luz y desapareció, como si nunca hubiera estado ahí.

# Capítulo 44: El mensaje de Mhunn

Caedra estiró las alas con lentitud, ignorando el dolor que recorrió la zona de lo agarrotadas que estaban. No logró extenderlas del todo, pero ya había avanzado un poco respecto al día anterior.

El alivio que había sentido al mover sus alas por primera vez en mucho tiempo había sido inmenso; era como salir de una especie de prisión. Tras más de un mes con aquel peso muerto en la espalda, que había llegado a temer que sería permanente, al fin aparecía un pequeño rayo de luz.

A pesar de que la curandera había adormecido el nacimiento de sus alas cuando le había roto de nuevo el hueso, había sido una experiencia nauseabunda. Caedra estaba convencida de que, si hubiera tenido fuerza suficiente, habría destrozado la mano de Hadriel apretándola.

Ese momento, sin embargo, ya quedaba una semana atrás. La curandera se había encargado de sanar el hueso durante esos días con sus poderes. Esa mañana había declarado que estaba lo suficientemente curado para continuar con su viaje.

—Te veo contenta.

Caedra alzó la vista desde donde estaba sentada en el suelo. Sonreía, como cada vez que movía sus alas.

—Es increíble, Hadriel —dijo ella, incorporándose para ir hacia él. Hadriel acababa de volver de dar una vuelta por la zona para recolectar frutos—. ¡En nada volaré de nuevo!

Hadriel rio con suavidad, contagiado por su alegría. Se agachó y dejó el montón de ramas con bayas rojas en la tierra, junto a la hoguera.

Ya había caído la noche. Desde el valle Escalpino habían partido hacia la costa, al Oráculo de Finthad.

Caedra debía realizar ejercicios de estiramiento de sus alas dos veces al día hasta que pudiera extenderlas del todo. Luego continuaría hasta estirarlas y plegarlas sin dificultad. Tras eso, empezaría a alzar el vuelo, poco a poco.

—Me alegra que estés animada —comentó Hadriel, sonriendo también.

Él mismo se sentía muy optimista desde que la curandera había terminado de tratar los huesos de la zeafírea. Caedra volaría de nuevo en breve, se dirigían hacia el oráculo en busca de respuestas, y desde ahí partirían ya hacia el bosque en el que se reunirían con Jay y su grupo. Hadriel estaba impaciente por reencontrarse con su hijo.

Hadriel se había sorprendido cuando, al comentarle a Caedra las consecuencias que tendría para su vuelo el hecho de que el hueso se hubiera partido dos veces, ella había revelado que ya lo había supuesto. No había llorado, no se había venido abajo. Lo tenía asumido y estaba dispuesta a trabajar y a ser precavida. Se conformaría con volar de nuevo, después de haber llegado a temer que sus alas no tendrían remedio alguno.

Hadriel estaba orgulloso de ella. Caedra siempre había sido optimista y alegre, pero, tras su experiencia en Titaia, la había visto apagada, hundiéndose en la tristeza. Aunque había resistido,

a Hadriel le preocupaba que la noticia sobre la limitación de su vuelo fuera un último golpe que derrumbara a la zeafírea.

Ella se había centrado en lo bueno y realmente importante: que podría volar, ya fuera de la misma forma que antes o no. La veía decidida y dispuesta a enfrentarse a todo. Hasta llevaba la cicatriz en su rostro descubierta por completo.

—¿Cómo no iba a estarlo? —dijo Caedra, ensanchando su sonrisa—. Solo estaré todavía más contenta cuando vuele de nuevo por primera vez.

—No te precipites —empezó Hadriel, más serio—. Recuerda que debes ir despacio y con cautela, cualquier movimiento inadecuado….

—Ya lo sé, Hadriel —lo interrumpió Caedra. Puso los brazos en jarras, divertida. Hadriel siempre se preocupaba demasiado—. Tendré cuidado. Además, tú estarás a mi lado si no aguanto en el aire.

Hadriel lo aceptó y no insistió más.

Se sentaron junto a la hoguera para cenar. Caedra giró la cabeza al escuchar un animal relinchando a su derecha. Divisó el caballo, que ahora los acompañaba, atado al tronco de un árbol, reclamando su alimento.

—Tengo que acostumbrarme a cuidar de un animal otra vez —murmuró Hadriel para sí, levantándose con un suspiro pesado. Dejó una bolsa de tela con tallos frente al caballo y este agachó la cabeza para empezar a devorarlos de inmediato.

Como habían permanecido una semana con la curandera sin moverse, lo que supondría un retraso en su viaje, Hadriel había aprovechado esos días para buscar un caballo por los pueblos de la zona hasta que había dado con uno. Esto les permitiría compensar el tiempo que habían perdido. De por sí, iban a llegar una semana más tarde que el otro grupo al bosque en el que habían quedado, por lo que harían todo lo que estuviera en sus manos para no demorarse más.

—Es adorable, no te enfades con él —lo regañó Caedra en broma.

A Hadriel se le escapó una carcajada. Se sentó de nuevo junto a ella.

—Es una boca más que alimentar. Pero, al menos, nos permitirá avanzar más rápido.

—Sí… Jay y los demás ya habrán llegado hasta Luvann, ¿no?
Hadriel frunció el ceño. Alzó la vista al cielo estrellado.

—Si no han tenido problemas, sí. Me pregunto si efectivamente habrán dado con él.

«Estoy convencido de ello —dijo Alastair. Sonaba indignado por la duda—. Luvann se pasó milenios sin cambiar de hogar, no lo habrá hecho ahora».

—Me gustaría saber si han conseguido averiguar algo nuevo —musitó Caedra. Abrazó sus rodillas y apoyó la barbilla en ellas—. O si Jay ha obtenido el poder de la luz.

«Luvann no es conocido por ser muy generoso —masculló Alastair—. A mí me habría gustado visitarlo y arrancarle unas cuantas plumas. O más. Bastante más».

Caedra puso los ojos en blanco.

«¿Qué tal si lo dejas para cuando recuperes tu cuerpo? —ofreció—. Con un poco de suerte,

encontraremos algo en el Oráculo de Finthad».

«No cuentes con ello», dijo él.

«Menos mal que yo soy optimista…».

***

Una semana más tarde, ya casi habían llegado al Oráculo de Finthad. Ir a caballo permitía que se desplazaran más rápido. Esto era posible porque, tal y como había indicado Valikia, el terreno desde el valle Escalpino a la costa era llano y sencillo de atravesar. Los escasos árboles que crecían eran de troncos finos y frágiles.

Caedra se levantó esa mañana muy animada. No solo visitarían ese día el oráculo, donde, quizás, encontraran más información…, sino que también era el momento de empezar sus primeros intentos de vuelo.

Hadriel le había prometido que se despertarían antes del amanecer para dedicarle el tiempo suficiente. La zeafírea extendía y plegaba sus alas con impaciencia mientras esperaba a que Hadriel terminara de desayunar. El cielo permanecía oscuro.

«No deberías precipitarte», dijo Alastair.

Ella arqueó una ceja.

«¿Desde cuándo optas por la prudencia en vez de por obligarme a hacer algo hasta conseguirlo?», replicó ella, divertida.

Y él no habló más.

—De acuerdo, estoy listo —anunció Hadriel. Se puso en pie y se volvió hacia Caedra—. Estaré preparado para atraparte si algo va mal.

—¡Genial! —exclamó Caedra. Se contuvo para no dar un pequeño salto en el aire de la emoción. Se habría parecido demasiado a Valikia.

Estaban tan cerca de la costa que el olor a sal llegaba hasta allí. Se habían situado en una zona donde el suelo era de tierra y arena, con rocas y jóvenes pinos rodeándolos en círculo. El caballo pastaba los pobres tallos que brotaban del suelo. Estaban bastante secos, pero el animal no se quejaba.

—Empieza solo por un vuelo de unos segundos —le recordó Hadriel mientras retrocedía hasta que su espalda quedó contra el tronco de un árbol, para darle el espacio necesario a la zeafírea. Había despejado ya todo su campamento, sin rastro de la hoguera y con el equipaje recogido.

—Sí, lo sé —dijo ella con rapidez.

Caedra extendió las alas. En vez de lanzarse de inmediato al aire, sin embargo, necesitó unos instantes para convencerse de que podía hacerlo. Tenía el irracional miedo de que en el periodo de tiempo de un mes se le hubiera olvidado volar.

Batió las alas y se impulsó con las piernas. Se elevó al instante y jadeó, para, acto seguido, dibujar una enorme sonrisa en su rostro. Le estaba costando, pero lo había conseguido.

Tuvo que aterrizar casi de inmediato. Sus alas temblaron y se vio forzada a plegarlas.

—Bien hecho, Caedra —la felicitó Hadriel, no solo por lo que había logrado, sino también por haber sabido cuándo parar—. ¿Quieres seguir intentándolo?

Caedra asintió con la cabeza, decidida.

Repitieron el sencillo ejercicio unas diez veces más antes de que la zeafírea, con una mezcla de ilusión y frustración, ya no aguantara más. Le ardían las alas y le dolía moverlas.

Pero había volado. Vuelos cortos y muy breves, sí…, pero había volado.

—De acuerdo, suficiente por hoy —decidió Hadriel tras el último intento de Caedra, ya más inestable—. Continuaremos mañana.

—Está bien —aceptó ella. Se irguió, con las plumas crispadas por la emoción.

Pusieron al caballo la silla de cuero y las bridas. Tras engancharle las alforjas, retomaron el camino.

—Tengo ganas de volver a ver el mar —comentó Caedra cuando el sol empezó a asomarse por el horizonte. Iba sentada en el caballo detrás de Hadriel, pues era él el que sabía controlar el animal.

—Yo en la Tierra me acostumbré bastante a él —dijo Hadriel. Recordó las ocasiones en las que se había llevado a Jay de viaje cuando era pequeño. Le había encantado la playa—. Pero no me canso de visitarlo. Siempre me transmite una sensación de calma.

—Eso mismo pensé yo la primera vez que lo vi —asintió Caedra. Era una tontería, pero uno de sus mayores deseos era sentarse en la arena con tranquilidad y observar el vasto cuerpo de agua, libre de todo peligro…

Por desgracia, eso no sería posible hasta que hubieran eliminado al emperador.

Cuando el sol ya estaba en lo alto del cielo comenzaron a escuchar el ruido de las olas del mar. Hadriel espoleó el caballo para que fuera al trote, y ascendieron por una pequeña colina.

Al llegar arriba, el océano se mostró ante ellos en toda su gloria. Azul verdoso e infinito, reflejaba con intensidad los rayos de luz. Soplaba una suave brisa que les removió el pelo, arrastrando el olor a sal. Desde la colina descendía un estrecho camino que llevaba hacia un imponente templo de mármol construido a lo lejos, en lo alto de un acantilado. Las olas rompían con fuerza en la roca marrón, y había alguna que otra ave parecida a una gaviota aterrizando o yéndose de los nidos construidos en la pared del risco.

—Ahí está el Oráculo de Finthad —dijo Hadriel. Movió las riendas para indicarle al caballo que bajara por el otro lado de la colina.

—Parece muy grande —comentó Caedra—. ¿Habrá mucha gente?

—Está algo apartado del resto de la civilización, pero eso no significa que tenga pocos habitantes —contestó Hadriel—. Como imaginarás, en su interior vive un oráculo. He investigado y se trata del líder de la Orden de las Fosas Marinas, o simplemente la Orden de las Fosas. El nombre es debido a que es una orden compuesta por aquitones.

—¿Y es una orden grande o pequeña?

—No parece tener tanta presencia como la Orden de las Estrellas en el Imperio gaelaro, pero el

oráculo es respetado en toda la zona. Muchos acuden a pedir consejo sobre su futuro.

Caedra dibujó una mueca en su rostro.

—¿Acaso un oráculo puede decidir las visiones que recibe?

—No hay mucha información, pues la gente con ese poder escasea, y los que lo poseen nunca suelen compartir sus conocimientos y misterios —respondió Hadriel—. Sin embargo, en el tiempo que serví en el palacio, siempre me dio la impresión de que Leveann, el oráculo supremo, podía tocar un objeto y recibir una visión relacionada con él. Aunque no lo pude comprobar.

—Ya veo —murmuró Caedra—. ¿Nos dirá algo el oráculo a nosotros?

—La verdad es que no sé si deseo saber qué me depara el futuro —dijo Hadriel con mirada sombría.

—Ya… Es un arma de doble filo.

—En cualquier caso, cualquiera que lo solicite puede acceder a los archivos del Oráculo de Finthad —prosiguió Hadriel—. Por tanto, no tendremos problema en ese sentido. Lo que imagino es que estaremos vigilados para que no robemos ningún documento.

—Eso va a ser un poco incómodo… Espero que no sean muy antipáticos —dijo Caedra, torciendo el gesto.

Hadriel rio con suavidad y la miró por encima del hombro.

—Si lo fueran, serían más reacios a permitir el acceso a sus archivos, ¿no crees?

Bajaron del caballo al llegar al edificio. Este resultaba todavía más impresionante de cerca, con unas amplias y finas escaleras que llevaban a la entrada, decorada con múltiples columnas. Poseían bonitos adornos de olas en el capitel.

Se encontraron con una figura familiar apoyada en el muro de mármol. Caedra arqueó las cejas al verlo: robusto, de piel pálida y ojos rojos, con pelo y plumas de tono oscuro…

—¡Denkuro! —exclamó ella. Lo había reconocido de inmediato. Fue junto a él y sonrió—. Qué sorpresa, no esperaba que estuvieras por aquí…

Hadriel también lo recordaba. Era el hermano mayor de Valikia.

—Buenos días, Denkuro —lo saludó él.

Denkuro se apartó de la pared y se giró hacia ellos. Asintió con la cabeza.

—Caedra, Hadriel —dijo, indicando que había memorizado sus nombres también, lo cual era sorprendente. Solo los había visto en una ocasión—. Estoy de paso.

—Nosotros hemos venido al oráculo por lo que nos contaste —explicó Caedra.

—¿No está mi hermana con vosotros? —preguntó Denkuro, mirando primero a Caedra y luego a Hadriel para asegurarse de que no había nadie más.

Caedra negó con la cabeza.

—Nos hemos separado temporalmente del resto para agilizar las cosas —dijo, sin entrar en detalle.

Se marcaron varias líneas entre las cejas de Denkuro, que se quedó en silencio. Caedra supuso que le habría gustado saber que Valikia estaba bien.

—El Oráculo de Finthad no ha estado muy concurrido estos días —comentó Denkuro al fin, contemplando por encima del hombro el templo—. No tendrán problema en atenderos.

Dicho esto, extendió sus alas oscuras y alzó el vuelo, sin despedirse.

—Veo que no ha cambiado en ese aspecto —señaló Caedra con sequedad. Ladeó la cabeza hacia Hadriel—. Al menos, ahora sabemos que no habrá mucha gente.

—Me pregunto qué vendría buscando él —dijo Hadriel, llevándose una mano a la barbilla—. Quizá habríamos podido ayudarlo.

—Sé que está buscando a alguien, pero no quiso decirme a quién la última vez que nos vimos… —murmuró la zeafírea—. Dudo que hubiera aceptado nuestra ayuda.

Hadriel frunció el ceño, pero no dijo nada más. Ató el caballo a una de las columnas y subió las escaleras. Caedra fue tras él.

El techo del templo quedaba muy por encima de sus cabezas. La sala que los recibió era inmensa, entera de color blanco, con varias fuentes en el suelo de agua luminosa que bordeaban las paredes y formaban círculos en las esquinas. El pasillo central, delineado por un par de finas líneas de agua, conducía hacia la parte más profunda del templo, que permanecía oculta desde donde estaban.

—Bienvenidos al Oráculo de Finthad.

Un aquitón más bajo que ellos se aproximó para recibirlos. Poseía la característica piel azul escamosa y brillante, orejas en forma de aleta, y manos y pies palmeados. Caminaba descalzo y vestía con una sencilla túnica blanca, la cual dejaba un hombro al descubierto y estaba atada en el otro extremo, sujeta por un medallón plateado. Portaba un cinto verde con varias runas inscritas en él.

—Que Anatala vele por vuestros mares, sacerdote —dijo Hadriel. Anatala era la diosa de los aquitones y, por tanto, la patrona de la Orden de las Fosas. Se llevó una mano al pecho e hizo una leve reverencia. Era el saludo característico de los aquitones. Caedra se apresuró en imitarlo, y el sacerdote hizo lo propio—. Mi nombre es Hadriel y me acompaña Caedra. Venimos en busca de iluminación.

El aquitón esbozó una sonrisa afable ante el porte tranquilo de sus visitantes. Siempre era un alivio cuando no eran hostiles.

—Yo soy el sacerdote Kebule. Me encargo de guiar a los visitantes por el templo. ¿Qué buscáis, exactamente?

—Necesitamos información sobre eventos que tuvieron lugar hace un milenio —explicó Hadriel sin dudarlo. La pregunta del sacerdote, Kebule, había sido amigable.

—Hace un milenio… —repitió Kebule con lentitud. Asintió con la cabeza—. Os llevaré a los archivos. ¿Habéis traído una ofrenda para nuestra madre Anatala?

Caedra giró la cabeza para mirar a Hadriel con rapidez, alarmada. ¿De qué estaba hablando? En los templos que ella conocía, los que estaban dedicados al dios Zhevin, patrón de los zeafíreos,

no se aceptaban visitantes, por lo que desconocía el protocolo de los templos que sí los recibían.

Hadriel, sin embargo, le devolvió la mirada con una sonrisa y sus ojos en calma. Caedra liberó la tensión en sus hombros. Supuso que él sí se habría informado antes de visitar el oráculo.

«Típico de Hadriel».

—Naturalmente, sacerdote Kebule —le dijo Hadriel al aquitón.

—En ese caso, seguidme.

Kebule los guio hacia el altar que había a la izquierda de la sala. En lo alto de una plataforma semicircular con un par de escalones se erguía una impresionante fuente con la estatua de una mujer aquitón. Tenía los brazos alzados al cielo y una esfera de agua entre sus manos, de la cual fluía el líquido de la fuente y alimentaba, por los canales en el suelo, el resto de fuentes del templo.

Hadriel extrajo una fina moneda de plata de su bolsillo. La dejó caer con suavidad a la fuente, donde se hundió con el sonido de un chapoteo. Kebule sonrió y asintió.

—Anatala agradece vuestra ofrenda.

Kebule dio media vuelta. Hadriel y Caedra fueron tras él. La zeafírea no era capaz de ocultar la fascinación en su rostro. Hadriel pensaba en todo.

Se adentraron por el pasillo que partía del centro de la pared al fondo de la sala. Era estrecho, aunque el techo continuaba siendo igual de alto, y sin ventana alguna que permitiera al sol filtrarse con sus rayos. Estaba iluminado exclusivamente por las líneas de agua que brillaban en el suelo.

—Es realmente hermoso —comentó Hadriel. Y era sincero, no lo decía solo para agradar a su anfitrión—. Me recuerda al fondo del mar.

—Esa es la intención con la que fue diseñado —dijo Kebule, con la alegría brillando en sus ojos—. Nosotros, los aquitones, podemos ver en la oscuridad. Las partes privadas del templo tienen este mismo aspecto. Sin embargo, las partes diseñadas para ser visitadas, como la sala en la que os he recibido, están mejor iluminadas. La biblioteca que contiene nuestros archivos pertenece a este último grupo, no temáis. —Los miró por encima del hombro—. ¿No visitaréis al oráculo para que os ilumine con una visión?

Hadriel negó con la cabeza.

—Solo queremos ver los archivos.

Kebule devolvió su mirada al frente.

—No solemos recibir visitantes en busca del conocimiento almacenado en nuestra biblioteca —admitió—. La mayoría acuden solicitando una audiencia con nuestro sagrado oráculo. Sin embargo, justo poco antes de que llegarais vosotros se marchó un hombre que ha permanecido aquí unos días leyendo en el archivo. La última visita con este propósito antes de él fue hace años… Es sorprendente recibir dos visitas seguidas en tan corto periodo de tiempo.

—Ya veo. Es una interesante coincidencia —dijo Hadriel, pues no había más que aportar a la conversación. Desconocían qué estaba buscando Denkuro.

Se desviaron por un pasillo a la derecha que daba a una cascada del tamaño de una puerta. Kebule hizo un gesto con la mano y la cortina de agua se dividió en dos, permitiéndoles el paso.

Caedra arqueó las cejas al ver el tamaño de la sala ovalada a la que accedieron. Le había parecido grande la sala en la que habían sido recibidos, pero palidecía en comparación con la biblioteca. Había estanterías repletas de libros allá donde mirara, iluminados por un agujero en el techo cubierto con un finísimo cristal. A la derecha había varias mesas de mármol con algunos sacerdotes leyendo. Se levantaron para saludarlos con la mano en el pecho y una reverencia antes de sentarse de nuevo. Kebule, Caedra y Hadriel los imitaron.

—Bienvenidos al archivo del Oráculo de Finthad —dijo Kebule con una sonrisa—. No os dejéis abrumar por la inmensa cantidad de volúmenes que poseemos, esto es debido a que nuestro oráculo es el más antiguo de Zarested y, posiblemente, de Gea entera. Los archivos están ordenados por temática y fecha para ser fáciles de localizar.

—Es increíble… —murmuró Caedra, boquiabierta.

Kebule rio por lo bajo. Recuperó la seriedad antes de preguntar:

—¿Qué es lo que buscáis, exactamente? Puedo llevaros a la sección general de archivos que datan de mil años atrás, pero os sería de mayor ayuda si concretarais un poco más.

—Necesitamos información sobre un conflicto que tuvieron los dioses hace mil años —explicó Hadriel, refiriéndose a ellos como «dioses» al encontrarse en el templo dedicado a uno de ellos —. Cualquier volumen que date de esa fecha y contenga historia sobre los dioses nos será de gran ayuda.

Kabule asintió con la cabeza.

—De acuerdo.

Echó a andar, dirigiéndose a un punto de la biblioteca en concreto. Hadriel y Caedra lo siguieron hasta que llegaron a un lugar al fondo a la izquierda. Kebule señaló la estantería en el extremo antes de echarse a un lado.

—Aquí encontraréis todos los archivos que contienen esa información.

—Muchas gracias, sacerdote Kebule —dijo Hadriel con una sonrisa.

Caedra miró la estantería de arriba abajo. No era nada en comparación a la cantidad total de libros en la biblioteca, pero, aun así, se trataba de un número generoso de volúmenes…

Esperaba que encontraran algo pronto, o se veía ahí encerrada los próximos meses…

«Coge el libro que está en el tercer estante desde arriba, el volumen número cuatro empezando por la derecha», ordenó Alastair.

Caedra enarcó una ceja. Eso sí que había sido específico.

«Tiene la runa de Mhunn —explicó Alastair, percibiendo su confusión—. Puedo verla a través de tus ojos. Tú la verás también gracias a mí».

La zeafírea alzó la vista. Contó con rapidez y divisó el libro al que Alastair se refería. Comprobó con cierta sorpresa que, efectivamente, tenía grabada una diminuta runa luminosa en el borde de la que carecían el resto de volúmenes.

—Empezaremos por… ese —dijo Caedra, y lo señaló con su dedo índice. Esperaba que Hadriel intuyera que su interés por ese libro tenía algo que ver con Alastair, pues prefería no mencionar la presencia en su mente delante del sacerdote.

Unos minutos más tarde, Hadriel y Caedra estaban sentados en una de las mesas de mármol, con el libro entre ellos. Kebule se había quedado un par de mesas más atrás con los otros dos sacerdotes para darles cierta privacidad, pero también pendiente de que no sustrajeran nada.

—Ha sido Alastair el que ha querido que cojamos este libro —le comunicó Caedra a Hadriel en un susurro.

—Lo he deducido, tranquila —dijo Hadriel en el mismo tono—. ¿Por qué este en concreto?

«Mhunn fue quien escribió este libro, por eso está firmado con su runa —dijo Alastair—. Solo podemos verla nosotros…, sus compañeros».

«¿Mhunn puede escribir?», inquirió Caedra, tratando de no mostrar la sorpresa en su rostro.

Alastair resopló.

«Por supuesto. Todos nosotros, salvo Saekish, aprendimos a tomar forma humana».

Caedra le repitió a Hadriel lo dicho por Alastair.

—Ya veo —murmuró Hadriel, entornando los ojos—. En ese caso, es hora de comprobar qué contiene este libro.

Caedra asintió y abrió el volumen por la primera página. Tensó los hombros al comprobar que estaba en blanco. Pasó a la siguiente y… lo mismo.

Todas las hojas estaban vacías.

—Pero ¿qué…? —musitó ella, confusa.

«Paciencia, Caedra —la regañó Alastair. Tomó control de la mano izquierda de la zeafírea, que se alarmó ante esto, e hizo que una fina capa de bruma negra cayera sobre el libro—. Mhunn se aseguró de proteger la información aquí guardada. Espero que sea lo que buscamos».

Al instante, las páginas revelaron que, en realidad, estaban repletas de palabras… que no entendían. El propio alfabeto en el que estaban escritas era distinto al que ellos habían aprendido.

—No reconozco el idioma o el significado de las runas —dijo Hadriel con el ceño fruncido, no sin cierta frustración. A pesar de que se esforzaba en leer, siempre había algo que se le escapaba.

«No es auralio. Es un lenguaje conocido solo por nosotros», informó Alastair. Caedra notó un pinchazo en su mente y, al volver a analizar el papel, se dio cuenta de que ahora era capaz de descifrarlo.

—Tranquilo, puedo leerlo gracias a Alastair —le comunicó Caedra a Hadriel, más relajada.

Hadriel arqueó una ceja, pero no dijo nada. Se limitó a esperar a que ella examinara el contenido del libro, sin poder hacer mucho más. Cruzó los brazos.

Caedra vio que lo único realmente relevante que ponía en la página que estaba abierta era que pasara a la siguiente. Todo lo demás eran palabras sueltas para rellenar cualquier hueco en el papel. Sucedió lo mismo en la hoja que había a continuación. Tuvo que repetir el proceso treinta veces, lo que la impacientó en cierta medida. Hasta que llegó a una página también llena de

caracteres, pero esta vez sí que era lo que buscaban.

—Es un mensaje de Mhunn… ¿para Alastair? —murmuró Caedra, perpleja.

«Ya lo veo —dijo Alastair con frialdad—. Me pregunto por qué para mí».

Caedra se aclaró la garganta y empezó a leer por lo bajo para que Hadriel también supiera lo que estaba escrito:

—«Estimado Alastair… Lamento profundamente no haber podido hacer nada para evitar el destino que has sufrido. Con todos nuestros compañeros en mi contra, mis manos estaban atadas. Sé que mi disculpa carece de importancia para ti en tus circunstancias, mas debía dejar constancia de mi pesar… Lo único que podía hacer para intentar ayudarte era encargarme de ocultar los cuerpos y la esfera primaria yo mismo».

Caedra paró de leer. No pudo evitar que una sonrisa se plasmara en su labios.
«¿Ves, Alastair? Mhunn no lo hizo con mala intención», pensó.

Solo escuchó el gruñido de Alastair. Caedra rio con suavidad, de buen humor (con lo que se ganó una mirada interrogante por parte de Hadriel, que no sabía lo que estaban hablando) y continuó:

—«No está en mi poder predecir si algún día leerás esto. Sin embargo, me encuentro escribiéndolo ante la posibilidad de que así sea. Estoy decepcionado con nuestros compañeros. Me temo que han pecado de exceso de prudencia, condenando a uno de los nuestros injustamente. Es por esto que he decidido marcharme de Gea… a la Tierra, donde ocultaré los cuerpos y la esfera primaria para custodiarlos».

«Me alegro de que no sea en Titaia, al menos», masculló Alastair.

Caedra asintió con la cabeza, compartiendo su opinión. Le sentaría tan bien como un puñetazo en la mandíbula tener que volver a ese mundo maldito.

Miró a Hadriel.

—Parece que tendremos que regresar a la Tierra…

—Dentro de lo que cabe, es el mejor mundo en el que podía haberlos ocultado —dijo Hadriel —. Es el que más conozco.

—Sí, es verdad…

—¿Dice dónde en la Tierra, exactamente? —inquirió Hadriel, inclinándose sobre el libro.

Caedra siguió leyendo:

—«Destruiré todos los portales que llevan a la Tierra salvo uno, el que los mortales conocerán por mi nombre. La zona de la Tierra a la que lleva ese portal es el lugar en el que me encontraré. Estaré esperando.» —concluyó ella. Apretó los labios—. Y… eso es todo.
—Algo es algo —dijo Hadriel, llevándose una mano a la barbilla—. La Tierra es un planeta todavía más inmenso que Gea y así nuestra área de búsqueda se ha reducido considerablemente. Sin embargo, sigue siendo mucho terreno que cubrir.

—¿Por qué no puso Mhunn algo más preciso? —inquirió Caedra, extrañada.

«Porque si yo puedo leer esto, Saekish y cualquiera de los demás, también —explicó Alastair —. Mhunn no desea que esa información caiga en manos de Saekish, nuestra enemiga».

Caedra notaba que Alastair estaba bastante tranquilo. Diría que estaba, incluso, satisfecho. Por tanto, su enfado con Mhunn había desaparecido, aunque no quisiera admitirlo.

—Dice Alastair que Mhunn no podía ofrecer información más concreta para evitar que Saekish lo supiera también —le comunicó Caedra a Hadriel. Se giró hacia él en su asiento tras cerrar el libro—. No me puedo creer que hayamos tardado tan poco en encontrar lo que buscábamos.

Hadriel inclinó la cabeza.

—Compensa el largo viaje hasta el oráculo. Pero hemos tenido la suerte de que Mhunn decidiera dejar una pista para Alastair.

Caedra apoyó el codo en la superficie fría de la mesa y se llevó la mano a la frente.

—Es increíble que esté en la Tierra. En el mismo sitio al que fui a buscaros a ti y a Jay…

—Es curioso, pero, como dije antes, valoro la coincidencia. No solo es la Tierra el mundo que mejor conozco, aparte de Gea, sino que, además, esa zona en concreto es la que tengo más explorada —dijo Hadriel. Tomó el libro en sus manos—. Me gustaría poder llevárnoslo o, incluso, destruirlo, para que no haya riesgo de que Saekish lo encuentre… Pero me temo que en el oráculo no lo permitirían.

Caedra resopló.

—Tratarían de ahogarnos en una de sus fuentes…

# Capítulo 45: Reencuentro

El bosque Franthasia era un lugar curioso. A Jay le recordaba al bosque de Gallia, que tenía árboles con troncos negros y hojas blancas. Aquí, los árboles tenían el tronco de un tono fucsia oscuro y las hojas eran rosas. Jay, al principio, había pensado que eran flores; pero no, eran las propias hojas. ¿Serían sus colores sorprendentes un indicador de que el bosque Franthasia también albergaba un portal a otro mundo?

De vez en cuando divisaba pájaros muy pequeños de plumas rosa pálido moviéndose entre las ramas. No los había visto en ninguna otra parte y eran muy bonitos. Parecía que iban a juego con el bosque.

La hierba, al menos, era verde. Había bastantes arbustos rojos con frutos del mismo color, que Valikia había asegurado que eran comestibles.

Llevaban ahí ya varios días. Solo habían tardado una semana en desplazarse del pico Drakmur al bosque Franthasia, pues este estaba bordeando el extremo oeste de la cordillera Septentrional. Era el lugar en el que habían quedado con Hadriel y Caedra, por lo que ya solo quedaba esperar a que llegaran. Después de un mes separados, Jay estaba impaciente por verlos.

Sabía que llegarían después que ellos, pero Jay no podía evitar estar más preocupado cada día que pasaba y ellos no aparecían.

El bosque era inmenso. Jay lo sabía porque cada noche la pasaban en un lugar diferente, desplazándose mientras brillaba el sol. Era algo en lo que insistía Tarvo como medida de seguridad.

Ayla había recibido otra visión en su trayecto de la cordillera al bosque, y habían conseguido evitar otra trampa de los Shak'ti. Pero ella misma los había advertido de que no siempre tenía visiones, y que no contaran con que fueran a recibir un aviso del próximo ataque. Todos sabían que era cuestión de tiempo que su suerte se agotara y se vieran forzados a enfrentarse a sus enemigos.

Lo evitarían todo lo que pudieran, sin embargo. Esa era la razón por la que Tarvo insistía en que estuvieran en constante movimiento, por si ya los estaban acechando. Jay no quería ni imaginarse qué tipo de trampa habrían preparado para ellos.

Jay estaba preocupado por Ayla. La chica parecía haberse encerrado en sí misma, permanentemente sumida en sus pensamientos. Y, aunque seguía comunicándose con él de vez en cuando y esforzándose por mostrar sus emociones, Jay notaba su confusión y su pesar. Le había afectado darse cuenta de que el oráculo supremo no había hecho más que utilizarla como una marioneta.

Al menos, ya estaba claro que Ayla no regresaría con él. Dadas las circunstancias, Jay se alegraba de que hubieran recibido esa información tan relativamente pronto. Podría haber sido peor: Ayla habría terminado regresando con el oráculo supremo y, cuando se hubiera dado cuenta de todo, ya habría sido demasiado tarde.

Jay había intentado hablar con ella, pero la chica no había accedido. Como siempre, era muy difícil adivinar qué estaba pensando.

Hasta que, esa noche, Ayla fue la que se acercó a él.

No encendían hogueras para reducir el riesgo de ser vistos a distancia, por lo que se habían asentado en un pequeño claro relativamente cubierto por árboles y arbustos a su alrededor, que formaban un círculo bastante cerrado. Tarvo no estaba dibujando, porque no tenía luz suficiente solo con la luna menguante, así que estaba centrado en afilar su espada. Jay sabía que tendría que estar haciendo lo mismo con la suya, pero no le apetecía. Supuso que era una de las razones por las que las espadas de Tarvo duraban más…

Valikia había ido a ejercitar sus alas, y aprovecharía también para asegurarse desde el aire de que no había nadie al acecho. No tardaría mucho en volver.

Jay estaba sentado con las piernas cruzadas, el codo apoyado en la rodilla y su mejilla sobre la palma de la mano. No tenía nada que hacer y se aburría, un tanto irritado con el sonido de la roca que Tarvo deslizaba por la cuchilla del arma. Abrió la boca para decirle algo cuando Ayla se acomodó a su lado.

Jay puso la espalda recta y ladeó la cabeza para mirarla, curioso.

—Jay, quiero hablar contigo —dijo ella sin vacilar, su semblante serio.

—Eh… —Jay necesitó un par de segundos para recomponerse tras la petición tan directa. Le había estado evitando más de una semana, por lo que lo había pillado desprevenido al acercarse ahora. Se aclaró la garganta—. Esto… Claro, Ayla, dime. ¿Qué pasa?

Ella imitó su postura, cruzando las piernas. Su cabello rubio caía suelto por la espalda, entre sus alas. Jay no había vuelto a hacerle una trenza desde que habían salido de la cordillera, pues ya no había viento que llevara el pelo a sus ojos.

—Me siento confusa —murmuró Ayla, con la vista fija en las piedras del suelo, como si en ellas fuera a hallar las respuestas que buscaba.

—Por el oráculo supremo, ¿no? —adivinó Jay.

Ayla asintió con la cabeza.

—Yo… lo he respetado y admirado toda mi vida. O lo que recuerdo de ella… —Ayla suspiró con tristeza—. Al final, la pérdida de mi memoria también ha resultado ser obra suya.

Ayla no solo había seguido esforzándose por mostrar sus emociones, sino que, desde la conversación con Luvann, lo hacía con más libertad y frecuencia todavía. Era como si se hubiera liberado de una atadura invisible impuesta por el oráculo supremo.

—Por lo que he visto, el oráculo supremo es hábil manipulando a la gente —declaró Jay con el ceño fruncido.

—Ojalá me hubiera dado cuenta antes…

—No te tortures innecesariamente, Ayla —dijo Jay, interrumpiéndola con suavidad. Puso una mano en el hombro de la chica, que alzó la vista para mirarlo—. Él era todo lo que tú conocías; se aseguró de ello. Pero ahora estás viviendo y aprendiendo cosas nuevas. Eres libre. Tienes que mirar hacia el futuro.

—Hacia el futuro… —repitió ella por lo bajo. Asintió para sí—. Tienes razón. Si insisto en

pensar en el pasado, no conseguiré realmente ser libre de todo lo que él me ha inculcado.

—Y cuando nos encontremos con él, le podrás dar una buena patada en el culo —bromeó Jay. Prefería mantener su tono ligero, animado, para ayudar a Ayla. Porque lo único que albergaba hacia el oráculo supremo era un odio venenoso y corrosivo; no olvidaba que había intentado atravesar a Caedra con su propia lanza.

Consiguió que Ayla esbozara una pequeña sonrisa. Pero la borró tan rápido como había aparecido y juntó las cejas.

Jay apartó la mano de su hombro y la observó durante unos segundos.

—¿Hay algo más que te preocupe?

—Sí… —admitió ella. Entrelazó los dedos de las manos y empezó a juguetear con ellos. Estaba nerviosa y no lo ocultaba. Miró tímidamente a Jay por debajo de las pestañas—. Yo… ¿podré permanecer con vosotros?

Jay arqueó las cejas. ¿En serio se había temido que fueran a echarla?

—¡Claro! —dijo él con firmeza. Rio y sacudió la cabeza—. Ayla, ¿qué clase de pregunta es esa? Por supuesto que puedes quedarte con nosotros, eres nuestra amiga.

Ayla se quedó boquiabierta al escuchar esta última palabra. Sus pálidas mejillas se colorearon de rosa.

—Somos… ¿Somos amigos? —inquirió ella, titubeando al hablar, como si no se atreviera a creérselo.

—Sí, Ayla, somos amigos —repitió Jay con una sonrisa. Dejó caer la mano sobre las de la chica, que dio un respingo, pero no las apartó—. Eres libre de irte cuando quieras, ya lo sabes, pero a mí me encantaría que te quedaras con nosotros.

El rostro de Ayla estaba cada vez más rojo. Jay ensanchó su sonrisa, divertido, y retiró la mano, temiendo provocarle un cortocircuito.

Ayla logró ir calmando el acelerado latido de su corazón y sonrió también.

—Gracias, Jay.

El oráculo supremo la había manipulado y le había mentido toda su vida. Nunca recuperaría los recuerdos que había perdido. Esto era algo que compartía con Jay. Él había averiguado cómo había sido su vida antes, y Ayla tenía la esperanza de descifrar algún día también el misterio sobre su pasado.

Pero su situación había cambiado. Ya no debía obedecer al oráculo supremo. Era libre de seguir explorando el mundo y aprendiendo las cosas que le habían sido denegadas hasta entonces.

Y, aunque sabía que tardaría todavía un tiempo en superar el pesar que le había causado conocer la verdad, también estaba llena de ilusión por lo que le depararía el futuro.

***

—Jay, despierta.

Jay gruñó y rodó por el suelo para darle la espalda a la persona que le estaba sacudiendo el

hombro. Tenía mucho sueño y estaba convencido de que todavía estaba amaneciendo…

Valikia puso los ojos en blanco. Giró la cabeza hacia Tarvo, quien se encontraba guardando todo en su mochila.

—¿Le doy una patada o algo? —propuso la zeafírea, solo medio en broma.

Tarvo se puso en pie. Rio por lo bajo ante la sugerencia y negó con la cabeza.

—No será necesario, Valikia. Será suficiente con que le digas lo que has visto antes.

Valikia se encogió de hombros. Se inclinó sobre Jay con una sonrisa y anunció:

—Jay, antes, cuando he ido a dar una vuelta, me he cruzado con Hadriel y Caedra. Vienen hacia aquí y…

Jay se sentó tan bruscamente que Valikia no pudo retroceder a tiempo y sus frentes chocaron. Ambos protestaron con un quejido por el dolor y se llevaron las manos al lugar afectado.

—¡Au! ¡Jay, ten más cuidado! —ladró la zeafírea, sacudiendo la cabeza.

—Perdona, Val… —se disculpó Jay, frotando su frente. Menudo golpe más tonto—. Pero ¿en serio has visto a mi padre y a Caedra?

Valikia sonrió de nuevo y asintió.

—Sí, estaba volando cuando los he divisado en la distancia. He bajado a hablar con ellos para decirles dónde estamos, aunque Hadriel ya nos había localizado, y ahora vienen hacia aquí.

Jay se incorporó y sacudió sus pantalones de tierra. Sonrió también, animado. Por fin iban a reunirse todos de nuevo.

Desayunó con rapidez un puñado de frutos rojos mientras esperaban. Ayla se había pegado a Jay en cuanto este se había levantado y el chico percibía que estaba nerviosa, como un cervatillo asustado, pero no entendía por qué.

—Ayla, ¿qué te pasa? —le preguntó Jay en un susurro.

Ayla dudó un momento antes de responder:

—¿No estará tu amiga enfadada conmigo?

Jay arqueó una ceja. Desvió la vista de Ayla hacia Valikia, que estaba pendiente de la dirección en la que se suponía que aparecerían Hadriel y Caedra. Miró a Ayla de nuevo.

—¿Por qué iba a estar enfadada Val?

La zeafírea ya no mostraba hostilidad con la nueva integrante del grupo. Desde que quedó claro que no estaba intentando engañarlos con sus visiones, Valikia no había vuelto a protestar. Aunque tampoco se había disculpado. Pero eso era parte de su carácter arisco.

—No, no me refiero a Valikia… —murmuró Ayla, con sus ojos fijos en el suelo. Había algunas hojas fucsias arrancadas de las ramas por la brisa.

Jay ladeó la cabeza.

—¿Te refieres a Caedra? —preguntó, pues era la única opción. Ayla asintió tímidamente—. A Cai le va a parecer genial que ahora seas parte de nuestro grupo, así que tú tranquila.

—No es eso. —Ayla suspiró pesadamente—. En parte fue mi culpa que cayerais en el portal a Titaia…

La mera mención de aquel nombre fue un latigazo para Jay, que hizo una mueca. Ahora comprendía la consternación de Ayla. Le preocupaba que Caedra le guardara rencor al considerarla la causa indirecta de que sus alas hubieran acabado rotas.

Se llevó una mano al cuello, incómodo.

—No puedo adivinar lo que hará Cai —empezó él, observando a Ayla de reojo—, pero, por lo que la conozco, no saca conclusiones precipitadas ni juzga antes de saber toda la información. —Puso una mano en el hombro de la chica y fue como si hubiera accionado un botón. Ella alzó la vista para mirarlo, esperanzada. Jay sonrió—. Estoy seguro de que tú y Caedra podréis hablar las cosas, Ayla, no te preocupes. Lo entenderá.

Ayla abrió la boca para responder, pero fue interrumpida por la exclamación de alegría de Valikia:

—¡Por fin! ¡Pensaba que os habíais perdido!

Jay giró la cabeza y su corazón se aceleró al divisar a cierto hombre de pelo negro y ojos grises acompañado de una zeafírea de largo cabello blanco, en contraste con su piel oscura. Hadriel y Caedra salían de entre los árboles, directos hacia ellos. Después de más de un mes sin verlos y sin saber cómo estaban, comprobar, al fin, que se encontraban bien era un alivio inmenso. Hasta se sentía más ligero.

Caedra soltó una carcajada ante las palabras de Valikia. Un cosquilleo recorrió los dedos de Jay, que temía que su pecho explotara de la alegría. Había echado de menos el sonido de su risa, y oírla significaba que Caedra estaba contenta. Eso le daba esperanzas de que hubieran logrado su objetivo.

—Me temo que andando íbamos a tardar más en llegar que tú volando, Val —dijo Caedra de buena gana.

Jay se acercó también. El rostro de Hadriel se iluminó al ver a su hijo. No tuvo oportunidad de hablar, sin embargo, pues Jay enseguida se lanzó a abrazarlo con fuerza. Hadriel rio con suavidad ante el entusiasmo de Jay y lo abrazó también.

—Te he echado de menos, Jay —dijo Hadriel cuando se separaron, manteniendo las manos en los hombros del chico durante unos instantes más. Lo miró de arriba abajo para asegurarse de que no tenía ni un rasguño—. ¿Todo bien en vuestro viaje, pues?

—Bueno… —Jay dejó escapar una risita nerviosa—. Puede que hayamos tenido algún que otro incidente, pero estamos bien.

Jay se giró hacia Caedra. Presentaba mejor aspecto que la última vez que la había visto. Aunque seguía estando delgada, como era normal en los zeafíreos, ya no estaba esquelética; había recuperado el peso perdido. Se fijó en que ahora llevaba la cicatriz de su cara al descubierto… y sus alas estaban plegadas contra la espalda. Ya no se arrastraban como un peso muerto por el suelo.

Jay esbozó una sonrisa cargada de ilusión y fue a abrazarla también. Caedra, con expresión de alegría idéntica en su rostro, puso una mano en la cabeza del chico.

—Vaya, Jay, pensaba que te habías olvidado de mí —bromeó ella.

—No seas mala, Cai, no podía abrazaros a los dos a la vez —protestó Jay, estrechándola con fuerza antes de separarse y mirarla. Se atrevió a hacer la pregunta—: ¿Tus alas…?

Caedra asintió con la cabeza.

—Se están curando. Todavía no puedo volar del todo, pero es cuestión de tiempo.

Jay liberó el suspiro de alivio que había estado conteniendo.

—Menos mal. Sé lo importante que es volar para ti…

—¡Sabía que la curandera lo solucionaría! —exclamó Valikia de repente, pegándose a Caedra —. Si necesitas ayuda con cualquier ejercicio de vuelo puedes decírmelo, ya lo sabes.

Caedra sonrió.

—Gracias, Val.

Tarvo, mientras tanto, fue junto a Hadriel.

—¿Habéis encontrado información nueva?

La expresión en el rostro de Hadriel se tornó seria.

—En efecto, hay unos cuantos asuntos que hemos de comentaros. —Suavizó el tono antes de mirar hacia un punto detrás de ellos y añadir, divertido—: Y, por lo que veo, vosotros también.

Jay siguió la dirección de su mirada y localizó a Ayla, que se había quedado en el otro extremo del claro, observando la reunión con los hombros tensos, rígida como un palo.

Caedra enarcó una ceja al percatarse de que la chica estaba libre de cadenas y grilletes. ¿Qué había pasado en ese mes que habían estado separados?

***

Caminaban por el bosque Franthasia mientras ambos grupos se ponían al día, contándole al otro lo que había acontecido en sus viajes y lo que habían averiguado.

Cuando Hadriel les explicó que tendrían que ir a la Tierra, Jay se irguió y miró a su padre con los ojos muy abiertos.

—¿En serio? —dijo, con el corazón acelerado. No sabía si hacerse ilusiones todavía—. ¿Volveremos a la Tierra?

Hadriel asintió con la cabeza, sonriendo al ver el entusiasmo de su hijo. Ni siquiera se había enfadado cuando les contó que la razón del viaje era encontrar el cuerpo de Alastair.

—Tenemos que decidir todavía cómo nos organizaremos —respondió Hadriel—. Pero sí, Jay, regresaremos.

Jay sonrió de oreja a oreja. El día no hacía más que mejorar. Primero, al fin se reunía de nuevo con su padre y con Caedra. Ahora, resultaba que iban a ir de nuevo a la Tierra, al mundo que él consideraba su hogar. Y no se trataría de una estancia de un par de días; la búsqueda les llevaría una buena temporada.

Hadriel había aceptado con naturalidad que Ayla se hubiera unido a ellos. A Jay, sin embargo,

le preocupaba la reacción de Caedra. La zeafírea se había mantenido en silencio con el ceño fruncido, aunque tampoco se había opuesto, al menos.

Ante el peligro de ser atacados por los Shak'ti en cualquier momento, emprendieron la marcha de inmediato. Hadriel había aprovechado su estancia en la costa, en su viaje al Oráculo de Finthad, para hablar con el capitán de un barco. Como tenía que transportar mercancía a Aruristed, habían acordado un precio para que los llevara al otro continente.

Hadriel también había vendido el caballo un par de días antes en un pueblo. Les vendría bien tener más dinero y de poco les iba a servir el animal con el grupo ya completo.

Caedra le estaba contando a Valikia el breve encuentro que habían tenido con Denkuro, su hermano. Hadriel y Tarvo caminaban al frente del grupo, debatiendo posibles planes de acción una vez estuvieran en Aruristed. Y Jay iba atrás del todo, con Ayla, que permanecía cabizbaja.

Jay suspiró con tristeza para sus adentros. Suponía que era demasiado pedir que todos se llevaran de maravilla desde el principio. Tendría que intentar hablar con Caedra más tarde.

***

Al caer la noche, se refugiaron en una cueva que encontraron al pie de un monte. Esto les permitiría encender una hoguera, pues Tarvo taparía la entrada con un muro de tierra. Antes, sin embargo, tendrían que rellenar las cantimploras de agua. Se escuchaba el arrullo de un riachuelo fluyendo por las rocas no muy lejos de donde estaban.

Caedra se ofreció a ir mientras los demás se instalaban en la cueva. Jay aprovechó la oportunidad para acompañarla. Notó la mirada preocupada de Ayla sobre él, pero a Jay no le quedaba más remedio que dejarla con sus compañeros si quería hablar con Caedra a solas.

Caminaron con el ruido de sus pasos atravesando los altos brotes de hierba ya seca. Subieron por una pequeña pendiente. La luna menguante alumbraba débilmente la oscura tierra del suelo.

—¿Así que ahora has empezado a usar abanicos como arma? —inquirió Jay para empezar la conversación, observando a Caedra de reojo. Además, también tenía curiosidad.

Ella asintió con la cabeza.

—Hadriel me está enseñando a usarlos. Ahora que no podré volar como antes, la lanza ya no sería tan efectiva, y cada vez me siento más cómoda con los abanicos —explicó, animada. Optó por no mencionar que Hadriel conocía el manejo de los abanicos por ser su padre afín al viento y experto en su uso. Sería Hadriel el que decidiera el momento en el que Jay se enteraría de que tenía un abuelo al que conocer.

Jay hizo una mueca al escuchar las palabras de Caedra.

—¿Cómo que no podrás volar como antes?

Caedra se llevó una mano al brazo opuesto. Extendió las alas con suavidad.

—Los zeafíreos tenemos los huesos muy frágiles, Jay. Mis alas estaban rotas por completo, lo cual ya de por sí me habría afectado. Al tardar tanto en curarlas, sin embargo, el hueso ya había empezado a soldarse por su cuenta… —Torció el gesto—. La curandera tuvo que romper mis alas de nuevo para alinearlas correctamente. Dos roturas en cada ala… El hueso ha quedado

extremadamente debilitado.

Fue como un jarro de agua fría para Jay. No sabía por qué, había supuesto que las alas se curarían mágicamente y sin consecuencias…

Se sentía un estúpido.

—Lo siento, Cai… —murmuró, parándose para mirarla.

Ella se detuvo y se giró también hacia él.

—No te preocupes, Jay —dijo con una sonrisa. Jay supo ver el toque amargo que tenía, casi imperceptible—. Solo tendré que ser cuidadosa. No voy a mentirte; me ha costado asumir que ya no volaré de la misma forma. La resistencia de mis alas es mucho menor, y su movilidad, igual. Cualquier golpe puede hacer que se rompan y entonces ya sí que no tendrán remedio…

Jay abrió los ojos como platos.

—¿Qué? —soltó, interrumpiéndola. Sacudió la cabeza—. Pero, Cai, ¡así no vas a poder luchar!

—Sí que podré, Jay —replicó ella con firmeza y cruzó los brazos—. Solo tendré que ser más precavida.

Jay endureció su expresión.

—No quiero que te arriesgues a no poder volar nunca más. Por favor, Cai…

—No te vas a librar tan fácilmente de mí, Jay —dijo ella. Sus ojos amarillos brillaban con intensidad—. Seguiré luchando a tu lado, no me convencerás de lo contrario. Solo voy a tener que adaptar mi estilo de combate, pero ya estoy trabajando en ello con la ayuda de Hadriel y de Alastair.

—Ya… —murmuró Jay, hundiendo los hombros. Caedra echó a andar, y él fue tras ella, con paso ahora desganado—. Cai…

—Ni se te ocurra disculparte, Jay —lo cortó ella con seriedad, mirándolo por encima del hombro—. No es tu culpa, ya lo sabes.

Jay no dijo nada. No podía evitar sentirse culpable. Solo de pensar en lo sucedido en Titaia se le revolvía el estómago.

Y ya no sabía si sacar el tema de Ayla. Había tenido esperanzas de que Caedra estuviera dispuesta a aceptarla porque creía que sus alas se habían curado sin problema, pero ahora…

Llegaron al río, que bajaba por las rocas de la ladera del monte. Los robles crecían al otro lado de la orilla, de troncos moteados, pequeños y finos. Los cantos de los búhos en sus ramas resonaban por la zona, y los roedores se mantenían ocultos en sus madrigueras para evitar convertirse en sus presas.

Caedra se agachó y empezó a llenar las cantimploras. Jay la observó fijamente.

—Entonces… ¿Ahora todavía no puedes volar? —dijo, frunciendo el ceño.

Ella terminó y se irguió. Cerró la última cantimplora antes de girarse hacia él.

—No del todo —respondió. Extendió una de sus alas—. Tengo que ir poco a poco. Estuve una semana con la curandera mientras curaba el hueso. Luego otra semana de hacer ejercicios de

estiramiento con las alas para ir recuperando la movilidad. Y hace unos días he empezado a hacer mis primeros ejercicios de vuelo, pero apenas duro unos segundos en el aire, aunque voy mejorando. Espero poder hacer un vuelo más completo pronto.

—Ya veo —murmuró Jay. Sí que era un proceso lento y complicado.

Caedra fue junto a él y se paró, dibujando una mueca en su rostro.

—¿Qué pasa? —quiso saber Jay al ver su expresión.
Ella suspiró pesadamente.

—No he hecho los ejercicios de vuelo de esta noche todavía, pero ya es tarde.

Jay se encogió de hombros. Él no veía el problema.

—¿Por qué no los haces ahora? —propuso con sencillez.

—Pues… —Caedra dudó—. Siempre ha estado Hadriel conmigo. Con sus poderes puede frenarme si voy a aterrizar mal.

—Yo te atraparé si hay cualquier problema —aseguró Jay. Además, le hacía ilusión verla volar de nuevo después de casi dos meses… Aunque tampoco iba a obligarla.

Caedra relajó su expresión.

—Está bien —aceptó. Se agachó y dejó las cantimploras en el suelo antes de erguirse de nuevo —. Serán vuelos muy cortos, por lo que no deberíamos de tener ningún problema.

—Tranquila, estaré atento —dijo Jay, retrocediendo para darle espacio. Se apoyó en el tronco de un roble y cruzó los brazos.

Caedra extendió las alas. Jay se alegró al ver que sus plumas tenían mejor aspecto y volvían a estar limpias y cuidadas.

Observó cómo alzaba el vuelo. No tuvo mucha dificultad, mostrando que, efectivamente, ya llevaba varios días practicando. Sin embargo, no se elevó más que un par de metros y tuvo que aterrizar tras solo unos segundos.

Jay esbozó una sonrisa que trataba de expresar su ilusión, pero acabó teñida de tristeza. Una desagradable opresión retorcía su corazón; el grito de Caedra cuando aquel emperador le había roto el ala todavía retumbaba en su mente. Y cuando también le había partido el hueso de la otra, ella había ocultado todo su dolor por él…
Las uñas se clavaron en sus brazos a través de la tela de la camisa. Su semblante era ahora sombrío. La experiencia en Titaia lo torturaría por siempre, no por lo que le había pasado a él, sino por todo lo que había sufrido Caedra.

Caedra continuaba con sus ejercicios de vuelo. Con cada intento se elevaba más y durante más tiempo que el anterior. Pero no tardó en notar el cansancio invadiendo sus músculos, por lo que decidió que la siguiente vez sería la última de esa noche.

Batió las alas y ganó altura. Esperó unos segundos antes de considerar que ya había sido suficiente.

Al descender, sin embargo, sus alas temblaron. Fue lo suficiente para que perdiera estabilidad. Caedra soltó una exclamación al precipitarse. Sus alas no respondían y el suelo se acercaba con

rapidez...

Jay abrió los ojos como platos. Con el corazón a mil por hora, se lanzó hacia ella, extendiendo los brazos. Caedra chocó contra él.

El impacto de su espalda contra la dura tierra del suelo dejó a Jay sin aliento. Lo ignoró para asegurarse de inmediato de que Caedra estaba encima de él, con sus alas todavía extendidas e intactas.

Dejó caer la cabeza hacia atrás y se le escapó un profundo suspiro de alivio.

Caedra levantó los párpados con lentitud, sorprendida al hallarse ilesa. Asimiló lo que había ocurrido.

—¡Jay! ¿Estás bien?

—De maravilla —dijo él con un ligero quejido. Clavó los codos en la tierra para incorporarse sobre ellos—. Aunque podrías haber… —Calló de golpe, inspirando aire con brusquedad. Con aquel movimiento, su rostro había quedado muy próximo al de Caedra.

Ella también tensó los hombros, dándose cuenta de su postura. Le ardieron las mejillas de la vergüenza y, aun así, no fue capaz de apartarse. Veía los bonitos ojos marrones de Jay, enmarcados por abundantes pestañas, tan de cerca que hasta apreciaba su propio reflejo en ellos. Por un instante fue devuelta al pasado… y se forzó a regresar al presente.

No estaba con Kendrij. Estaba con Jay. Pero ¿por qué seguía latiendo con tanta fuerza su corazón, incluso después de ser consciente de esto? ¿Por qué Jay no hacía más que mirarla, tan embobado como ella?

Jay tampoco entendía por qué Caedra no se movía. Ni entendía por qué él deseaba que no se moviera. Contemplaba el amarillo de su iris, tan familiar y reconfortante. Levantó inconscientemente una mano para acariciar la cicatriz que atravesaba su ojo izquierdo y ella contuvo la respiración.

—¿Te… molesta? —balbuceó Caedra.

Jay no sabía si se refería a la cicatriz o a que ella estuviera encima de él. En cualquier caso, tenía clara la respuesta a ambas:

—No.

Solo le dolía no haber sido capaz de evitar que Caedra recibiera ese corte en el rostro. Pero nunca la desmerecería ante sus ojos.

Ella notaba el cálido aliento de Jay en sus mejillas. ¿Eran imaginaciones suyas, o se estaba acercando más? Los nervios recorrían su piel, pero también sentía mariposas en el estómago. Y, cuando parecía que sus labios se iban a rozar…

«¿Qué estoy haciendo?». Caedra se apartó con brusquedad y se sentó al lado de Jay, plegando las alas y agachando la cabeza, con la respiración acelerada. ¿Qué había estado a punto de pasar? ¿Acaso se había confundido tanto como para…?

No. Había tenido muy claro que se trataba de Jay. Sintió un pinchazo en el corazón, como si hubiera traicionado a Kendrij.

Jay pestañeó, devuelto a la realidad. Sus propias mejillas ardieron. ¿En qué había estado pensando? Observó a Caedra de reojo, muy confuso y con una extraña opresión en el pecho.

Sacudió la cabeza. No había pasado nada. Simplemente se habían acercado demasiado por accidente y, en cuanto Caedra se había recuperado del susto, se había apartado. ¿Por qué, entonces, había experimentado él esas sensaciones?

Caedra, por su parte, temía haberlo molestado. Encima de que la había atrapado para evitar que sufriera daño… ¿Por qué no se había movido antes? Ahora la situación era incómoda…

Sería mejor no darle más vueltas. Aunque todavía estaba el asunto de que había perdido el control en su última maniobra en el aire…

«El mortal ha decidido ser útil —comentó Alastair, con un deje de molestia en su voz—. Y tú te has excedido en esfuerzo».

Caedra optó por permanecer en silencio. Sabía que Alastair tenía razón; no tendría que haber alargado los ejercicios.

Jay se sentó también. Ambos se miraron a los ojos durante un par de segundos, todavía un tanto tensos.

Y, al mismo tiempo, rompieron a reír con una mezcla de alivio y alegría, en un acuerdo mutuo de dejar aquel extraño instante entre ellos a un lado.

—Muy bien, Cai. Precaución ante todo, ¿eh? —dijo Jay, sarcástico, señalando sus alas—. ¿Y tú pretendes luchar?

Caedra apartó la vista. Se le crisparon las plumas al recordar cómo había perdido el control durante el vuelo.

—Lo siento. Me he confiado demasiado. Supongo que es por eso que tiene que estar Hadriel.

—Sí, será mejor que no repitamos esto y que siempre esté mi padre presente —admitió Jay. Sonrió—. Pero me ha alegrado mucho verte volar de nuevo, Cai.

Caedra liberó la tensión en sus hombros. Había echado de menos lo fácil que era reír cuando Jay estaba a su lado. Sabía cómo animarla en cualquier situación, incluso después de aquel último intento fallido. Y de aquel momento tan raro entre ellos.

Jay echó las palmas de las manos hacia atrás, apoyándolas en la tierra, y alzó la vista al cielo estrellado. Era muy sencillo ver de nuevo todo con optimismo ahora que Caedra volvía a estar con él; hasta se sentía más ligero. Pero todavía quedaba un asunto pendiente…

—Cai… —la llamó, girando la cabeza hacia ella.

—Dime, Jay.

Él suspiró pesadamente.

—Sobre Ayla… ¿Qué piensas?

Caedra frunció el ceño. Tardó unos segundos en responder:

—No sé, Jay. Hasta hace poco era nuestra enemiga, nos atacó e hizo que cayéramos por el portal a Titaia…

—Ya, pero… —Jay calló y se llevó una mano al cuello. ¿Cómo explicaba la situación de Ayla a Caedra sin que pareciera que estaba ignorando los sentimientos de la zeafírea?—. Ayla no… Ella no habría hecho eso si no hubiera sido por las órdenes del oráculo supremo y…

—Lo sé, escuché su historia cuando se la contaste a Hadriel —lo interrumpió Caedra. Desvió la vista hacia el río—. Sé lo mucho que os ha ayudado. Yo… —Miró a Jay, que también la observaba, pendiente de lo que diría—. Siento mi reacción inicial. Me ha pillado desprevenida, eso es todo.

—Entonces, ¿no estás enfadada?

—Supongo que no. Puedo llegar a entender su situación y las circunstancias. Y, si Luvann no te ha concedido el poder de la luz, nos vendrá bien tenerla de nuestra parte —concluyó ella.

Jay asintió, más tranquilo. No estaba recibiendo a Ayla con los brazos abiertos y una alegría desbordante, pero tampoco la estaba rechazando; y sí aceptaba su presencia en el grupo.

—Gracias, Cai —dijo, pero todavía tenía algo que pedirle—: ¿Crees que podrías… hablar con Ayla?

Caedra arqueó una ceja.

—¿Sobre qué?

—Ayla estaba muy preocupada por cuál sería tu opinión y quiere llevarse bien contigo. Nunca antes se había relacionado con otras personas y se podría decir que somos sus primeros amigos —explicó Jay—. Así que… supongo que sería de gran ayuda que conversaras un poco con ella y le mostraras que no te molesta su presencia.

Caedra lo meditó durante unos instantes, pero al final respondió:

—Está bien. Si se presenta la oportunidad, me acercaré a hablar con ella.

—Sí, no hace falta que vayas directa a decirle algo ahora cuando volvamos —la tranquilizó él. Se levantó y le tendió la mano a Caedra, que la aceptó para incorporarse. Ambos sintieron un cosquilleo en los dedos y se forzaron a ignorarlo.

Recogieron las cantimploras y emprendieron la marcha de vuelta a paso rápido, pues ya habían tardado demasiado.

En la distancia, unos ojos rapaces los observaban.

# Capítulo 46: La verdad oculta

El ruido de las olas del mar se escuchaba en la distancia. Era relajante, pero Jay se sentía más en tensión que nunca, ya tan cerca de abandonar el continente…

Ayla no había vuelto a tener una visión. Tampoco habían sufrido ningún contratiempo en esa semana de viaje hacia la costa.

Jay no se iba a quejar. Sin embargo, no dejaba de ser sospechoso. ¿Acaso sería posible que los Shak'ti hubieran decidido retirarse?

Se aproximaban al lugar donde estaba el barco que los llevaría de vuelta a Aruristed. Por eso Jay estaba tan nervioso. Si no los habían atacado hasta ese momento, la última posibilidad era antes de que llegaran al puerto.

Su mano estaba permanentemente encima del pomo de la espada. Escrutaba los alrededores de forma casi obsesiva, pero no divisaba nada fuera de lo normal. El cielo estaba azul y despejado, permitiendo que el sol iluminara cada rincón del camino de tierra y árboles. Los pájaros cantaban en las ramas melodías alegres, vio pasar a una liebre con unas flores en la boca…

La naturaleza se mostraba tranquila. No había ni rastro de tensión en el ambiente. Jay casi tuvo la tentación de dejarse llevar y relajarse…

—Parad.

La orden de Hadriel fue clara y directa. Jay chocó contra la espalda de su padre, pues no esperaba que se detuviera con tanta brusquedad.

Sus compañeros también dejaron de andar, extrañados.

—¿Qué pasa, Hadriel? —preguntó Valikia, con los brazos en jarras. Hadriel había alzado la vista y entornado los ojos, pero todavía no les había explicado la causa de su reacción.

Jay no dijo nada; sabía que su padre estaba concentrado en algo. Dio un respingo cuando el espacio a su alrededor empezó a desintegrarse, desvaneciéndose y cayendo al suelo como si de gotas de agua se tratara.

El paisaje fue reemplazado por un cielo nublado, árboles secos y de troncos partidos, graznidos de cuervos… y un precipicio casi a sus pies.

Jay abrió los ojos como platos y retrocedió de un salto. Se le puso la piel de gallina.

—Estábamos atrapados en una ilusión —dijo Hadriel, con semblante serio. Había conseguido darse cuenta en el último momento; unos segundos más y habrían caído todos. Se giró hacia los demás—. Pero ¿quién…?

El sonido de unas palmadas lo interrumpió. El grupo entero se giró, viendo a una esbelta denu aparecer en dirección contraria al precipicio.

—Vaya, enhorabuena. Aunque casi lo consigo —comentó la recién llegada con fastidio. Miró a Hadriel y se cruzó de brazos—. Supuse que teniendo un hábil telépata como tú, sería complicado.

Jay arqueó una ceja. ¿De qué le resultaba familiar?

Hadriel la reconoció de inmediato:

—Eres la líder de los bandidos de Mnemeste.

—¿Qué? —soltó Caedra, tan estupefacta como los demás.

No había duda: las orejas redondeadas como las de un humano, su voz y su poder sobre la psiquis. Era Niren, la denu mestiza a la que habían apresado.

—¿Cómo has escapado? —ladró Valikia, señalándola con un dedo.

—Los guardias no supieron combatir mis ilusiones —contestó su enemiga, Niren, y se encogió de hombros—. Una pena, ¿no?

—¿Dónde está el resto de tus compañeros? —quiso saber Jay, que había desenvainado la espada.

Niren arrugó su rostro en una mueca de furia. Si las miradas mataran, los habría fulminado.

—Ejecutados. Todo por vuestra culpa.

—Así que has venido a vengarte —dijo Valikia, que irguió la barbilla y añadió con sorna—: ¿Y qué esperas hacer tú solita? Ahora que ya no puedes atraparnos en una ilusión, ¿qué vas a hacer tú sola contra seis personas?

Niren mostró una sonrisa cargada de malicia en sus labios.

—¿Quién ha dicho que estoy sola?

Jay tuvo un escalofrío. No le dio tiempo siquiera a buscar dónde estaban los demás enemigos: al instante, fueron rodeados por soldados que aparecieron de entre los árboles.

Portaban el estandarte ígneo del imperio, con las dos llamas entrecruzadas.

Jay palideció.

—¿Cómo…?

Tarvo se situó a su lado, tensando los hombros al divisar tres figuras familiares de uniforme negro y máscaras grises y rojas.

Los Shak’ti dieron un paso al frente, quedando junto a Niren.

—Cuánto tiempo, Tarvo —se mofó uno de ellos. Era el Shak’ti del fuego. Se cruzó de brazos —. Me temo que esta vez no tendrás a los traidores de Makus y Silvary para ayudarte.

—El oráculo supremo recibió una visión y decidió enviarnos refuerzos —explicó el Shak’ti del agua—. La balanza de la fortuna se ha inclinado a nuestro favor.

—Rendíos —ordenó el Shak’ti de la tierra—. No tenéis nada que hacer.

Jay apretó los dientes. Miró por encima del hombro. A sus espaldas, quedaba un precipicio cuya profundidad no alcanzaba a ver. Y no podrían llegar al otro lado, la distancia era demasiada y Caedra no podía cargar con nadie, por lo que Valikia y Ayla no serían de ayuda tampoco.

Hadriel contó con rapidez. Eran veinte soldados, sumados a los tres Shak’ti y a la líder de los bandidos. La situación era complicada.

Giró con disimulo la cabeza hacia Tarvo, que había hecho lo mismo. Tarvo movió el dedo índice de un lado a otro sutilmente. Hadriel miró a Caedra de reojo. Ella imitó el gesto de Tarvo.

Hadriel, Tarvo y Caedra, con sus muchos años de experiencia en el combate, sabían adivinar por la postura de un soldado si este tenía poderes o no. Salvo los Shak'ti y la líder de los bandidos, Niren, solo había dos personas más con poderes.

Se arriesgarían y lo intentarían. Tampoco tenían más remedio: si se entregaban, serían ejecutados igualmente.

El círculo de soldados a su alrededor se cerró. Los apuntaban con lanzas y espadas. Niren echó la cabeza hacia atrás y rio, convencida de su victoria. Estaba ansiosa por saborear el jugo de una venganza cumplida.

Y se desató el caos. Tarvo estampó con fuerza su pie en el suelo, creando un terremoto que desestabilizó a sus enemigos. Caedra extendió ambos abanicos de metal y los movió con rapidez para invocar un viento huracanado que pilló por sorpresa a todos los que habían perdido el equilibrio.

El círculo se había disuelto. Sus contrincantes habían salido volando por los aires y caían dolorosamente al suelo. Era hora de moverse, pues muchos ya se estaban levantando de inmediato para contraatacar.

Jay extendió el puño y disparó un chorro de fuego que forzó a los tres soldados que iban hacia él a dispersarse. Fue a por uno de ellos y no lo pensó dos veces antes de cortar su costado con la espada. Si querían tener la más mínima posibilidad de salir de ahí con vida, no debía dudar en ningún momento.

Valikia voló y empuñó su lanza. Envió una descarga eléctrica contra los Shak'ti, que habían ido directos hacia Tarvo, y los forzó a frenar. Hadriel estiró los brazos y arrancó con la mente las ramas de varios árboles, afilándolas hasta convertirlas en estacas. Las mandó hacia los Shak'ti, pero solo consiguió que se clavara una en el hombro del de fuego, pues se movieron con agilidad.

Varias gruesas raíces brotaron del suelo tratando de enrollarse en sus tobillos. Caedra, que permanecía detrás de Hadriel, creaba con sus abanicos afiladas corrientes de aire para cortarlas según aparecían.

Ayla había materializado unos látigos de agua en cada mano y los usaba para golpear a cualquier soldado que se aproximara por la espalda de Jay. Cuando podía, convertía los extremos de los látigos en hielo y los clavaba en la piel de sus enemigos.

No iban a aguantar indefinidamente, sin embargo. Tarvo pronto se vio obligado a echarse hacia su derecha para evitar la estocada del Shak'ti del fuego, y a saltar todavía más lejos para evitar ser acribillado por los proyectiles rocosos del Shak'ti de la tierra. Al intentar regresar con los demás, varios soldados ya se habían interpuesto entre él y Hadriel, que era el más próximo, para impedírselo.

Querían separarlos.

Hadriel avanzó, agarrando a los soldados que podía con su mente y lanzándolos lejos. Era una unidad de combate bien coordinada, sin embargo, pues no se limitaban a atacarlos ciegamente

por mucho que la mayoría no tuvieran poderes. Los compañeros de los soldados se aseguraban de atrapar a los que salían disparados para que no cayeran y recibieran lesiones fatales. Defendían, además de atacar.

Hadriel gruñó cuando una cuchilla metálica se clavó en su hombro. Eran demasiados y no podía tener ojos en todas partes.

Caedra había tenido que desplazarse a la izquierda para esquivar una lluvia de carámbanos de hielo, pues no le iba a dar tiempo a mover de nuevo sus abanicos con la suficiente rapidez para destruirlos. Había estado centrada en acabar con todas las raíces que brotaban.

Jay se giró con brusquedad al escuchar una exclamación de dolor.

—¡Ayla!

La chica había sido alcanzada por una de las raíces y esta se estaba enrollando en torno a su cuerpo. Jay actuó con rapidez y envolvió su espada en llamas para cortar el tallo limpiamente. Ayla fue liberada y desplegó de inmediato las alas, batiéndolas para agarrar a Jay y apartarlo de la trayectoria de las espadas de varios soldados.

Caedra no reaccionó a tiempo cuando un hilo de agua giró a su alrededor. En su estilo de batalla habitual, habría tenido extendidas las alas, lista para alzar el vuelo en cualquier momento, o habría estado en el aire, directamente. Al verse forzada a ser precavida, sin embargo, las había mantenido plegadas contra su espalda.

Esto le permitió al Shak'ti enemigo cerrar el agua en torno a su pecho y espalda, convirtiéndolo en hielo y aprisionando así también sus alas y brazos. Caedra inclinó la cabeza al darse cuenta y palideció al verlo.

Alzó la vista con brusquedad al escuchar una corriente de agua. Gritó al ser golpeada por la ola… y abrió los ojos como platos al verse cayendo por el precipicio, incapaz de usar sus alas.

Jay sintió que todo se ralentizaba. Y, a la vez, el latido de su corazón se aceleró hasta límites inimaginables.

—¡Cai! —gritó con voz desgarradora. Extendió su brazo hacia ella, aunque sabía que no había nada que él pudiera hacer…

Hadriel trató de atraparla con su mente, pero las raíces se enrollaron en sus brazos y tiraron de ellos hacia abajo. Gruñó y luchó por liberarse. No iba a ser lo suficientemente rápido.

—¡Caedra! —la llamó él también, paralizado por la asfixiante desesperación que se apoderó de él.

Ayla no había visto nada de esto, centrada en levantar un muro de hielo para frenar una lluvia de cuchillas. Tarvo se había alejado con el Shak'ti del fuego tras él.

Una sombra voló por encima de ellos, rápida como un relámpago, y fue tras Caedra, perdiéndose de vista. Jay no fue capaz de reaccionar, con Ayla encargándose de defenderlos a duras penas, hasta que Valikia se alzó en el aire con Caedra en sus brazos, sana y salva.

Las piernas de Jay temblaron. Se dejó caer de rodillas al suelo, recuperando la respiración gracias al alivio que sintió en cada uno de sus poros. Pero su estómago permanecía revuelto por el susto…

Y la lucha no había terminado.

—¡Jay! —exclamó Ayla. Necesitaba su ayuda. Aunque había logrado dejar fuera de combate a un par de soldados con su luz cegadora y sus látigos de agua, eran demasiados. Y ella no tenía tanta experiencia.

Jay envió dos finos hilos de fuego hacia las raíces que retenían los brazos de su padre para liberarlo. Hadriel se soltó y detuvo en el aire a los soldados que iban a saltar sobre él. Jay, con energías renovadas, se giró de nuevo hacia Ayla. Lanzó grandes llamaradas que alejaron a sus contrincantes y alcanzaron a uno de ellos, que rodó por el suelo agonizante.

Caedra todavía tenía los ojos abiertos como platos y la garganta seca. Había estado a punto de no contarlo. Confiaba en que Alastair habría sido capaz de ayudarla de alguna manera, pero aun así…

—Vamos, Cai, alegra esa cara —la regañó Valikia, con una sonrisa—. ¡Estaba claro que no iba a fallar en mi rescate!

Caedra esbozó también una pequeña sonrisa de puro alivio. Pero las sorpresas no habían terminado.

Valikia notó sus plumas crisparse. Conociendo esta sensación a la perfección, fue capaz de echarse a la izquierda justo antes de que un rayo atravesara el espacio en el que habían estado un segundo antes.

—¿Qué…? —empezó a balbucear Valikia, perpleja. Ninguno de sus enemigos había usado la electricidad hasta ese momento.

—¿Qué ha sido eso? —dijo Caedra, igual de sorprendida.

Valikia solo alcanzó a mirar un instante por encima del hombro para comprobar que una figura con alas se dirigía hacia ellas a gran velocidad, ya preparando otro rayo. Apretó los dientes y batió las alas con fuerza para alejarse.

Jay vio cómo Valikia era forzada a huir con Caedra en sus brazos al ser perseguidas por alguien más. Arqueó las cejas al darse cuenta de que se trataba de otro zeafíreo. ¿Desde cuándo había uno de parte del emperador?

No pudo pararse a pensarlo. Pronto perdió de vista a las zeafíreas cuando estas se alejaron por el interior del precipicio y giró sobre los talones para frenar la estocada de un soldado con su propio acero.

***

Valikia tenía dificultad para volar y maniobrar con Caedra en sus brazos, pero no iba a darse por vencida tan fácilmente.

Apretó los dientes cuando un rayo rozó el extremo de su ala derecha. Se desestabilizó y perdió altura, pero, demostrando una gran fuerza y maestría, viró con rapidez y siguió volando.

Caedra no podía hacer mucho. El hielo la tenía aprisionada y era incapaz de mover siquiera los brazos. De vez en cuando intentaba asomarse para analizar quién las perseguía, pero era complicado cuando Valikia tenía que ir de un lado a otro para esquivar sus ataques.

Huían entre las paredes rocosas del precipicio sin detenerse. Sin embargo, Caedra sabía que se habían alejado ya bastante y que sería cuestión de tiempo que Valikia se cansara.

Había un ancho río al fondo, pero era imposible distinguir su profundidad a la altura y velocidad a la que iban. Valikia tampoco podía hacer mucho más que intentar que su perseguidor les perdiera la pista. Con Caedra en sus brazos, estaba privada de la posibilidad de contraatacar. Y con lo cerca que estaba de ellas, si se detenía para dejar a Caedra en algún sitio, serían alcanzadas antes de que Valikia siquiera se girara.

Valikia dejó escapar una exclamación cuando un rayo alcanzó, al fin, toda su ala derecha. Perdió el control y Caedra también gritó al ver que se precipitaban con rapidez hacia el río. Valikia agarró a Caedra con fuerza y se dio la vuelta antes de impactar.

El choque fue suficiente para quebrar el hielo. Caedra extendió sus alas y brazos y se liberó, al fin, nadando de nuevo hacia la superficie. Valikia emergió junto a ella y tomó una gran bocanada de aire, echando su pelo empapado hacia atrás.

—¿Estás bien? —exclamó Valikia, con el corazón a mil por hora. Alcanzó a ver a Caedra asentir con la cabeza.

No había tiempo que perder. Las dos nadaron hacia la orilla y se arrastraron por el barro, resollando. Pero su perseguidor, sorprendentemente, no las atacó más, sino que aterrizó frente a ellas.

Caedra tosió. Lo primero que distinguió fueron las gruesas botas negras de su contrincante. Alzó la vista, comprobando que tenía enormes alas gris oscuro, brazos robustos y hombros anchos, pelo negro y largo, ojos rojos rapaces… y afilados cuernos en espiral.

Palideció al reconocer aquellos rasgos. ¿Le estaría jugando su mente una mala pasada? ¿Se habría golpeado la cabeza al caer?

«Lo que ves es real», dijo Alastair, muy serio.

Por si no fuera suficiente, Valikia, junto a ella, lo confirmó enseguida:

—¡Denkuro!

Era el hermano de Valikia, que las miraba con la cabeza inclinada y expresión impasible.

—Valikia, apártate —habló Denkuro, su tono duro como el acero. Tomó el arco que tenía enganchado en su espalda—. No tengo órdenes de matarte a ti.

Valikia abrió y cerró la boca, confusa. No era capaz de comprender lo que estaba sucediendo. Su pelo corto chorreaba y estaba pegado a su cara, acentuando el hecho de que su tez había perdido todo color.

—¿Qué…? —balbuceó ella.

Caedra, en cambio, se incorporó con la mandíbula tensa.

—¿Qué significa esto, Denkuro?

Habían conocido al hermano de Valikia en Eliean, su ciudad, donde no los había atacado. Luego, ella y Hadriel se habían vuelto a encontrar con él en el Oráculo de Finthad, y tampoco había atacado. ¿Qué era diferente ahora?

Denkuro no respondió. Cargó el arco con una flecha y apuntó a Caedra. Tensó la cuerda…

… Y Valikia se situó delante de ella, con los brazos extendidos. Todavía jadeaba por el esfuerzo de la carrera y la caída al río, además del choque mental de lo que estaba presenciando. Se mantenía en pie, a pesar de que le temblaban las rodillas.

Su hermano se detuvo, pero no bajó el arma.

—Valikia, apártate —repitió con frialdad.

Valikia sacudió la cabeza. Sus ojos ardían.

—¡No! —ladró ella con fuerza—. ¡Explícame qué está pasando! ¿Estás de su parte?

—Creo que la respuesta es obvia, dada la situación en la que nos encontramos —dijo Denkuro. Frunció el ceño—. Apártate.

—¿Por qué? —murmuró Valikia. Su labio inferior temblaba—. Denkuro… Tú… ¿Cuándo…?

—Llevo ya un tiempo siendo el agente del oráculo supremo en Zarested —la cortó Denkuro—. Hasta ahora solo había tenido que dedicarme a investigar, pero he recibido nuevas órdenes.

Valikia se mordió la mejilla hasta que notó el sabor a hierro. La ira empezaba a mezclarse con la angustia y gruñó.

—Pero ¿por qué?

Los ojos de Caedra estaban a punto de salirse de sus órbitas. ¿Investigando…?

«Cuando nos lo encontramos en el oráculo, había estado buscando información sobre la ubicación del cuerpo de Saekish —declaró Alastair, con voz grave y fría como una brisa invernal. No había duda posible—. Lo que desconozco es si habrá leído el libro de Mhunn. No debió de hallarlo».

—Es el único que puede ayudarme a encontrar a los asesinos de Uma —contestó Denkuro. Entornó los ojos. Tensó la cuerda de su arco de nuevo—. Y ahora, Valikia, apártate.

—Uma… —balbuceó Valikia, recordando a la pareja fallecida de su hermano. Bajó la vista y respiró hondo. Tenía que calmar su respiración acelerada, pero no había manera de liberar la terrible presión en su pecho—. ¿Y de qué servirá, Denkuro? Uma… no va a volver. —Tragó saliva y parpadeó varias veces para contener las lágrimas—. ¿Cómo puedes a ayudar a alguien como el oráculo supremo?

Valikia no había conocido al oráculo supremo en persona, y esperaba que la ocasión no llegara nunca, al menos no hasta que ellos se enfrentaran a él por decisión propia. Pero lo que Jay y los demás le habían contado había sido más que suficiente para concluir que era una persona cruel, retorcida, en la que no se debía confiar.

Apretó los dientes ante el silencio de su hermano.

—¿Es que acaso te dan igual las atrocidades que están cometiendo en Aruristed bajo el nombre del imperio?

Denkuro endureció su expresión.

—No descansaré hasta vengar a Uma —sentenció, ignorando la otra pregunta. Tiró de la cuerda hacia atrás—. Aparta, Valikia. Es mi último aviso.

—¿Matarías a tu propia hermana? —susurró Valikia, incrédula. No era capaz de alzar la voz; el nudo en la garganta se lo impedía. Una lágrima se escapó de sus ojos y rodó por su mejilla—. Denkuro…

La flecha silbó en el aire.

***

Tarvo se desplazaba con agilidad por las ramas de los árboles, que se incendiaban a su paso por los proyectiles de fuego que alcanzaban los lugares que él había pisado un segundo atrás.

Su ex compañero Shak'ti lo seguía sin detenerse. Sus años de entrenamiento le permitían saltar en el aire a la vez que materializaba y disparaba bolas ígneas. Varios soldados lo acompañaban, pero, poco a poco, Tarvo había ido deshaciéndose de ellos. Ahora, solo quedaba el Shak'ti del fuego.

—¡Deja de huir como un cobarde y da la cara, Tarvo! —vociferó el Shak'ti. Su máscara ocultaba la expresión de llameante furia en su rostro—. ¡Aunque no me sorprende que un sucio traidor como tú solo sepa correr con el rabo entre las piernas!

Tarvo lo ignoró. Estaba centrado en esquivar sus ataques hasta que llegara a un terreno que le fuera favorable. En medio de un bosque tan cerrado, su enemigo lo superaría en poder en cuanto incendiara todos los árboles a su alrededor. Y él no podría controlar la tierra con libertad.

Se forzó a aumentar la velocidad a pesar de que sus músculos protestaron por el esfuerzo. Divisaba el final del bosque.

Rompió la barrera de árboles con un último gran salto. Desde el aire su corazón se aceleró al ver que habían ido a parar a una explanada rocosa.

¡Perfecto!

Con una elegante pirueta, Tarvo aterrizó ya encarando al Shak'ti, que estaba saliendo del bosque. Estampó el pie en el suelo y una losa de piedra brotó de él. Extendió el brazo derecho y la mandó contra su enemigo, que fue golpeado de lleno.

Al Shak'ti se le escapó un quejido al ser primero golpeado por la roca en el pecho, y luego al caer al suelo con brusquedad sobre su espalda. Sin embargo, rodó con rapidez y se puso en pie de un salto. Esquivó la espada de Tarvo, que se clavó en la tierra.

Tarvo no se detuvo. Mandó una piedra tras otra hacia el Shak'ti, que se movía a una velocidad vertiginosa para esquivar cada uno de los proyectiles.

Al encontrar la oportunidad, el Shak'ti deslizó la pierna en diagonal por el aire y lanzó una onda de fuego. Tarvo cruzó los brazos y un muro de tierra se levantó delante de él. Las llamas se desintegraron.

Pero su enemigo ya saltaba por encima del muro. Cayó sobre él con la espada por delante, y Tarvo apenas logró pararla con su propia arma. Las hojas metálicas chocaron y el sonido se dispersó por toda la explanada.

—No tienes tanta experiencia como yo —siseó el Shak'ti, aplicando presión.

Tarvo apretó los dientes. Se vio forzado a retroceder un paso, pero enseguida consiguió

recuperar el terreno perdido.

—¿Es que no vas a decir nada? —ladró el Shak’ti—. ¡Es por tu culpa que nuestro grupo se está rompiendo uno a uno!

Tarvo siguió manteniendo la calma. Sus ojos se desplazaron por el lugar, ideando un plan, a la vez que se esforzaba por no ceder ante la espada de su contrincante.

—Makus y Silvary nunca se habrían marchado de no ser por ti —prosiguió el Shak’ti. Su voz tembló—. ¿Por qué nos diste la espalda, Tarvo?

—Sabes por qué lo hice —replicó Tarvo con algo de dificultad. Tenía que concentrar toda su fuerza en la espada.

El Shak’ti resopló.

—El príncipe traidor te ha cegado y engañado con sus falsas creencias. ¡El emperador siempre será la luz que protege nuestro glorioso imperio!

Y su espada se envolvió en llamas. Tarvo ahogó una exclamación ante el infierno desatado en sus dedos. Soltó su arma, repelido, con las manos rojas.

Un pequeño bloque de tierra emergió bajo los pies de Tarvo. Lo usó para propulsarse hacia atrás, alejándose y creando una distancia suficiente para agacharse y sumergir sus manos en el barro del suelo. Esto apagó las ascuas que habían alcanzado su piel.

El Shak’ti ya corría hacia él. Antes de llegar, deslizó su espada por el aire y una oleada de llamas se dirigió hacia Tarvo. Él se impulsó a la izquierda y lo esquivó.

Sus manos ardían por las quemaduras. No sabía si sería capaz de empuñar su espada de nuevo aunque la recuperara. Pero el tiempo que habían pasado forcejeando cuando sus armas chocaron había sido más que suficiente para que Tarvo pensara algo.

Corrió hacia el monte. El Shak’ti no dudó en girar y seguirlo.

—¡Eso, huye! ¡Es lo único que sabes hacer!

Tarvo llegó a la pared rocosa y se detuvo. Encaró a su enemigo.

—No me digas que te rindes, rata asquerosa —exclamó el Shak’ti, acercándose con rapidez.

Tarvo se mantuvo en silencio. Ignoró la opresión en su pecho, forzándose a actuar. Se encorvó y flexionó las piernas. Apretó el puño y se escuchó un crujido por arriba.

El Shak’ti llegó hasta él con su espada por delante. Tarvo saltó por encima para evitar la estocada en el último momento… y, antes de caer al suelo, había cerrado su otro puño.

El Shak’ti solo alcanzó a alzar la vista con horror antes de que la avalancha lo aplastara.

Tarvo se encogió cuando su antiguo compañero fue sepultado por las rocas. Los Shak’ti eran hábiles, los guerreros de élite del emperador. Pero sabía que había estado demasiado cegado por la furia y cansado por lo mucho que estaba durando el combate. No había sido capaz de predecir la trampa que, en otras circunstancias, habría detectado sin problema.

Tarvo suspiró con pesar. Bajó la vista y observó la superficie quemada de las palmas de sus manos, roja e hinchada. Estaba acostumbrado a matar; se había tenido que habituar a ello en sus

años como Shak’ti. Pero había algo diferente en acabar con la vida de alguien junto a quien había luchado, por mucho que este hubiera terminado odiándolo.

***

Valikia apretó los ojos. La flecha iba hacia ella. Tardaría un mero instante en alcanzarla…

Soltó una exclamación cuando alguien la empujó. Cayó al suelo sobre sus manos y rodillas, clavándose en la piel afiladas piedrecitas. Escuchó un golpe metálico.

Se giró con urgencia, a punto de gritar, mientras su corazón se salía por la garganta. Solo Caedra podía haberla apartado…

Pero Valikia se quedó con la boca abierta. Caedra había abierto uno de sus abanicos delante del pecho. Por la ligera hendidura que se apreciaba en su superficie, la flecha había impactado en él. La saeta ahora yacía a los pies de la zeafírea, inofensiva.

Caedra contuvo el suspiro de alivio. Se había arriesgado, pero había calculado bien. No le habría gustado ser alcanzada por otra flecha; al final, iba a acabar aborreciéndolas. Sin embargo, tampoco iba a permitir que muriera Valikia.

«No vuelvas a hacer algo así», bramó Alastair. Caedra notó su enfado con tanta claridad que el fuego recorrió sus venas por un momento.

«Lo siento, Alastair, pero sabes que no iba a permitir que matara a Valikia», replicó ella con firmeza.

Clavó sus ojos amarillos en los rojos de Denkuro, que la miraba con una ceja enarcada.

—Eres despreciable —espetó Caedra. Sus palabras tenían la misma acidez que el veneno. Ladeó su cuerpo y cruzó ambos abanicos delante de ella—. ¿Cómo te atreves a atacar a tu propia hermana?

—Creo que le he dado tiempo suficiente para apartarse —replicó Denkuro, impasible—. Ha sido su propia decisión quedarse en la trayectoria de la flecha.

Valikia sacudió la cabeza. Su hermano realmente estaba en el bando enemigo. ¿Cómo debía actuar?

Denkuro disparó otra flecha, esta envuelta en electricidad. Caedra movió uno de sus abanicos con habilidad y creó una corriente de aire que desvió la saeta por completo. Deslizó el otro abanico por el aire y de él se materializó un viento afilado.

Denkuro alzó el vuelo. Las plumas en los extremos de sus alas fueron cortadas limpiamente.

Caedra hizo una mueca. No sabía si atreverse a volar también.

Su enemigo extendió el brazo hacia ella. En un abrir y cerrar de ojos, un rayo impactó el lugar en el que Caedra había estado antes de saltar. La zeafírea protegió su rostro con los abanicos para frenar las esquirlas que salieron disparadas, aunque varias de ellas cortaron la piel de sus brazos.

Caedra apretó los dientes. En el suelo era demasiado vulnerable frente a un enemigo que se desplazaba por el aire. Extendió sus alas y alzó el vuelo.

Denkuro ya iba hacia ella, sus puños envueltos en electricidad. Caedra se giró para esquivarlo,

pero se le olvidó que ya no podía maniobrar de la misma forma que antes. Ese error de cálculo le salió caro, y escupió sangre cuando Denkuro golpeó su abdomen con fuerza. Se le cortó la respiración, por lo que ni siquiera pudo gritar cuando la electricidad recorrió todo su cuerpo.

«¡Caedra!».

Caía del cielo y no era capaz de moverse. Escuchaba la voz de Alastair retumbando con ira en su mente, pero tampoco podía responder.

«¡Reacciona! ¡Caedra!».

Alastair no podía tomar el control y mover las alas; estaban paralizadas. El suelo rocoso se aproximaba y la desesperación de Alastair crecía, aumentando el pánico que recorrió las venas de Caedra…

Ahogó una exclamación cuando Valikia la atrapó en sus brazos. Su cabeza chocó con el pecho de su amiga por la velocidad a la que había pasado.

—Al final vas a acostumbrarte a que te rescate yo, ¿eh, Cai? —dijo Valikia, esbozando una sonrisa temblorosa. Trataba de bromear para olvidarse del hecho de que era su hermano el que las estaba atacando con intención de matarlas.

Caedra no contestó, todavía impactada por lo cerca que había estado de no contarlo una segunda vez. En esa ocasión por haberse olvidado, en medio de la batalla, de que sus alas ya no se movían de la misma forma.

El golpe, además, le había dolido bastante. Si hubiera sido un poco más arriba, le habría destrozado las costillas por completo.

Valikia la dejó con suavidad en el suelo y se irguió delante de ella. Empuñó su lanza y la apuntó hacia su hermano, su mandíbula tensa por el fuego que la recorría por dentro.

—Tú lo has querido, Denkuro —declaró, desafiante—. No esperes que me quede de brazos cruzados mientras atacas a mi amiga. Si vuelves a tocarla…

—No tendré piedad, Valikia —advirtió Denkuro desde el aire. Cargó una flecha en su arco.

Valikia sacudió la cabeza. Extendió sus alas.

—No dejaré que se repita lo de Uma —murmuró, más para sí que para el resto. «Esta vez seré yo quien la defienda».

Denkuro liberó la flecha. Valikia envolvió su lanza en electricidad y se impulsó con sus piernas para salir disparada en el aire, directa hacia el proyectil. Justo antes de que la alcanzara, hizo que el rayo cargado en su lanza desintegrara la saeta, y el rayo continuó su trayectoria en línea recta hacia Denkuro.

Su hermano lo esquivó sin dificultad. No contó, sin embargo, con que Caedra lo atacara con afiladas corrientes de viento desde el suelo. Fue alcanzado y perdió altura, aunque se recuperó con rapidez. Pero Valikia ya caía sobre él con su lanza.

Denkuro abrió los ojos como platos, sorprendido por primera vez en todo el combate. Apenas consiguió ladearse para que la lanza cortara su costado en vez de atravesarlo.

Valikia tenía ácidas lágrimas en sus ojos.

—¡Mira lo que has provocado, Denkuro!

Denkuro se llevó una mano al profundo corte, que sangraba en abundancia. Frunció el ceño. Sabía cuándo estaba en desventaja, y, aunque había supuesto que su hermana no se atrevería a atacarlo, sus suposiciones habían sido incorrectas. Sus deseos de proteger a su amiga eran más fuertes que su respeto y aprecio por él.

No ganaría contra las dos, no sin arriesgarse en exceso.

Denkuro dio media vuelta y batió las alas con fuerza para alejarse con rapidez. Valikia lo dejó marchar, con dos ríos rodando por sus mejillas, nublándole la visión.

Caedra tampoco fue tras él. No quería matar a nadie, y mucho menos al hermano de su amiga. Se alegraba de que hubiera optado por retirarse.

«Si se atreve a aparecer de nuevo, me encargaré yo mismo de él», amenazó Alastair, su voz con el filo cortante de una cuchilla. Caedra tuvo un escalofrío.

Valikia aterrizó junto a ella, sollozando. Caedra suavizó la mirada y extendió los brazos. Valikia no dudó en refugiarse en ellos, abrazándose a la otra zeafírea y hundiendo el rostro en su pecho. Dejó fluir toda su angustia, que la desbordaba hasta el punto de que todo le dio vueltas y le temblaron las rodillas. Caedra la estrechó en sus brazos y Valikia se aferró a ella, permitiendo que se convirtiera en el pilar que necesitaba.

***

Jay jadeaba por el esfuerzo. Estaba agotado; los músculos le ardían y la sangre se deslizaba entre sus ojos, producto de una brecha en la frente. Entre él y Ayla habían logrado repeler a aquellos que se había acercado a ellos, tumbando a la mayoría, incluyendo al Shak'ti de la tierra. Hadriel había derrotado a Niren, la denu mestiza, que yacía inconsciente en el suelo, y a varios soldados más.

Solo quedaba el Shak'ti del agua. Podía no parecer gran cosa, pero era un luchador de élite y, por mucho que fueran tres contra uno, estaban exhaustos tras haberse enfrentado a un número muy superior de contrincantes. Tenían heridas abundantes para demostrarlo.

Jay se había situado delante de Ayla, por si acaso, empuñando su espada. Percibía que la chica estaba terriblemente cansada, aunque había logrado protegerla de la mayoría de ataques.

El Shak'ti se preparó para atacarlos y materializó una esfera de agua concentrada en sus manos. Jay apretó los dientes. Ya había visto antes lo que sucedía cuando impactaba; la bola detonaría con agua a gran presión. Esperó que su padre fuera capaz de desviarla…

Pero no fue necesario. Jay observó, confuso, que el Shak'ti dejaba caer los brazos y la esfera se evaporaba sin más.

Ladeó la cabeza y vio aparecer a Tarvo de entre los árboles. Comprendió lo que estaba sucediendo: el Shak'ti había aceptado su derrota. Había posibilidades mientras el otro Shak'ti estuviera luchando contra Tarvo, pero la llegada de su amigo confirmaba que el Shak'ti del fuego había caído.

El Shak'ti del agua se movió con rapidez y echó a su compañero inconsciente, el Shak'ti de la tierra, a un hombro. Imitó el proceso con Niren y, sin detenerse, saltó a las ramas de los árboles.

Tarvo y Hadriel habrían ido tras él, pero no les quedaba energía alguna. Y todavía no sabían dónde estaban sus otras dos compañeras.

Hadriel se giró.

—Hay que ir a buscar a Caedra y a Valikia —dijo con urgencia. Daba igual lo cansado que se encontrara; no se detendría hasta comprobar que estaban bien.

Jay asintió con la cabeza sin dudarlo. No sabía cuánto más iba a aguantar, pero tenía claro que no las abandonaría si necesitaban su ayuda.

Sin embargo, el alivio lo inundó por dentro al alzar la vista.

—No hará falta, papá—dijo, liberando la tensión en sus hombros.

Hadriel siguió la dirección de su mirada y sonrió al localizar a Caedra y a Valikia, que volaban con suavidad hacia ellos. Las dos zeafíreas aterrizaron y fueron recibidas por sus compañeros.

—¿Estáis bien? —quiso saber Jay de inmediato. Fue junto a Caedra y la abrazó, sin poder contenerse, como si quisiera asegurarse de que era real. Tenía demasiado fresco el terror, el hielo en su corazón, al verla caer y no haber sido capaz de hacer nada para ayudarla.

Ella ahogó el quejido de protesta cuando Jay la apretó contra sí, pues todavía le dolía el lugar en el que había impactado Denkuro con su puño. Pero sonrió y lo abrazó también, aliviada al comprobar que no había nada que lamentar.

—Bueno… —murmuró Valikia, con la vista clavada en el suelo.

Caedra se separó de Jay y puso una mano en el hombro de la zeafírea. Jay ladeó la cabeza y las observó, confuso. No veía ninguna herida grave en ella…

—El que nos atacó fue Denkuro —explicó Caedra con seriedad—. El hermano de Valikia.

Jay abrió los ojos como platos.

—Pero ¿qué…?

Hadriel dio un paso hacia delante.

—Será mejor que comentemos lo sucedido una vez estemos a salvo en el barco hacia Aruristed —dijo, interrumpiendo a Jay. Miró por encima del hombro y entornó los ojos—. No sabemos si intentarán algo más.

Jay asintió con la cabeza.

—Sí, tienes razón.

***

Un par de horas más tarde, Jay se encontraba apoyado en la baranda del barco. Las olas se deslizaban hacia la distante playa. Zarested quedaba ya lejos, una mancha en la lejanía, y ellos iban rumbo a Aruristed.

Hadriel se estaba encargando de curar y vendar las heridas de todos con la ayuda de Ayla. A Jay lo agobiaba bastante el vendaje que tenía en la cabeza y sabía que no tardaría en quitárselo, pero lo soportaría, por el momento. Estaba centrado en otras cosas.

—Una partida dura, ¿eh?

Sonrió cuando Tarvo apareció a su lado. Su amigo se recostó de espaldas contra la baranda, apoyando los codos en ella y observando a Jay de reojo.

—Sí, pero no precisamente por que me dé pena abandonar este continente —replicó Jay de buena gana—. Aunque era de esperar que nos atacaran.

—Sí, estaba claro que no nos dejarían marchar tan fácilmente… —asintió Tarvo.

Jay suspiró con tristeza.

—Tenía la esperanza, aun así, de que no tuviéramos problemas para irnos —murmuró. Alzó la vista al cielo, todavía nublado—. Pero me alegro de que estemos todos bien.

Hubo varios segundos de silencio. Jay cerró los ojos y dejó que la brisa marina acariciara su rostro y revolviera su pelo. Era agradable refrescarse tras aquel combate tan intenso.

Levantó los párpados un poco y contempló lo que hacía su amigo de soslayo. Tarvo miraba fijamente las palmas de sus manos, ahora vendadas.

—¿Te duele mucho? —le preguntó Jay, preocupado. Giró la cabeza para mirarlo bien.

Tarvo esbozó una pequeña sonrisa, pero estaba cargada de una profunda pena.

—No, Jay, no es eso. Estaba pensando en… —Tarvo calló y frunció el ceño. Tragó saliva—. Me enfrenté a uno de mis antiguos compañeros.

—Sí, al Shak’ti del fuego, ¿no? —inquirió Jay para confirmar.

Tarvo asintió con la cabeza. Hizo el ademán de cerrar los puños, pero sus quemaduras se lo impidieron.

—Tuve que matarlo, Jay.

El chico se quedó boquiabierto al escuchar esto. Parpadeó varias veces y tardó un poco en reaccionar, sin saber qué decir.

—Lo siento, Tarvo —murmuró al final, poniendo una mano en el hombro de su amigo—. Sé lo duro que ha tenido que ser para ti.

Había supuesto que lo habría dejado inconsciente. Pero era lógico. Aquello no siempre era posible. A veces… no quedaba más remedio que ir más allá. Por mucho que costara.

—Él me odiaba —dijo Tarvo en tono bajo—. Pero… aun así, fue mi compañero. No será fácil olvidarlo.

Jay apretó los dedos. Tarvo ladeó la cabeza hacia él y sonrió.

—Pero tienes razón —prosiguió—. Me alegro de que al final estemos todos bien.

—Sí… Es más. —Jay se apartó y su rostro se iluminó—. Como nos espera un largo y aburrido viaje, le voy a decir a mi padre que deberíamos preparar una buena cena. Para nosotros, para celebrar que una vez más el emperador no ha podido derrotarnos.

Y Jay se fue, directo hacia Hadriel, que estaba agachado junto a Caedra, con una mano en la espalda de la zeafírea mientras los dos conversaban sobre algo.

Tarvo rio por lo bajo, impresionado por la energía que siempre tenía Jay. Se giró para contemplar el mar.

Jay llegó junto a Hadriel y Caedra.

—¿De qué estáis hablando? —quiso saber, curioso. La zeafírea estaba sentada con las piernas cruzadas y alzó la vista para mirarlo. Hadriel, a su lado, la imitó.

—De que debo tener cuidado con mis alas —resumió Caedra, torciendo el gesto. Sus plumas se crisparon.

—Tendremos que seguir practicando y viendo cuál es el límite de su movilidad hasta que te acostumbres —dijo Hadriel. Retiró la mano de la espalda de la zeafírea y se levantó, volviéndose hacia Jay, expectante.

Jay tardó un par de segundos en darse cuenta de que su padre estaba esperando a que hablara. Había asumido que se había acercado a ellos porque tenía algo que comunicar.

Cruzó los brazos detrás de la cabeza y sonrió.

—Podemos preparar una cena para celebrar nuestra victoria a lo grande aquí o al llegar a la Tierra. Tú eliges, papá —declaró Jay dramáticamente.

Hadriel y Caedra rieron. La zeafírea también se incorporó.

—Imagino que querrás un festín que incluya mucha comida, ¿no? —dijo Caedra, divertida, con las manos en las caderas.

—¿Qué te ha dado esa idea? —replicó Jay en el tono más inocente que pudo.

—¿Por qué no lo hablas con el capitán del barco? —contestó Hadriel, sonriendo—. Seguro que está encantado de que destroces su nave con una cena «a lo grande».

Jay puso los ojos en blanco.

—Papá, no seas aguafiestas.

—¿Qué significa eso?

Jay dio un respingo al escuchar la voz a sus espaldas. Se llevó una mano al pecho y soltó un suspiro de alivio. Tan solo era Ayla, a la que no había oído acercarse.

La chica los miraba con la curiosidad reflejada en sus grandes ojos azules.

—Pues es… alguien como mi padre —contestó Jay con sencillez, encogiéndose de hombros. A Caedra se le escapó una carcajada y le dio un toque en el brazo.

—Ya… veo —murmuró Ayla, pero por sus cejas arqueadas estaba claro que no había llegado a comprenderlo del todo.

Jay sonrió. Al final, todo había salido bien. A pesar de aquel último enfrentamiento, estaban de camino a Aruristed y, desde ahí, regresarían a la Tierra, su hogar…

Zarested había sido un continente no carente de peligros en el que habían pasado por algunas experiencias terribles que los marcarían para siempre. Pero habían obtenido la información que necesitaban y habían ganado dos nuevas amigas, Ayla y Valikia. Jay tenía ganas de enseñarle muchas más cosas a Ayla.

En cuanto a Valikia…

Jay la buscó con la mirada. La encontró en el lateral, sentada en el suelo y abrazada a sus rodillas. Habían intentado hablar con ella, pero Valikia les había pedido que la dejaran en paz. Todavía estaba asimilando lo sucedido y prefería estar a solas.

Jay frunció el ceño. No se había esperado la traición de Denkuro, pero no había nada que pudiera hacer al respecto. Cuando Valikia estuviera lista para compartir sus sentimientos sobre ello, la escucharía todo lo que necesitara. Hasta entonces, solo podía esperar.

El tiempo curaría las heridas…

# Epílogo

La ciudad había amanecido gris, como de costumbre en esa época del año. Las nubes en el cielo no permitían que se filtrara casi nada de luz por la mañana tan temprano y, además, había bajado algo de niebla de las montañas.

Connor caminaba sin prisa por las calles. No tenía que entrar a trabajar hasta dentro de media hora, por lo que iba con tiempo de sobra. Conocía la zona como la palma de su mano. Aunque se había tenido que mudar años atrás a otro lugar, había seguido visitando la ciudad con frecuencia, pues era donde vivía su mejor amigo. Había acabado regresando a vivir allí, esta vez por su cuenta, al trasladarse de universidad. Pero su mejor amigo ya no estaba.

Siempre pasaba por la casa de su amigo de camino al trabajo. Se detuvo al llegar a ella. Alzó la vista para observarla y guardó las manos en los bolsillos de su chaqueta.

—Jay… —murmuró sin darse cuenta. Suspiró pesadamente.

¿Qué habría sido de él? La casa llevaba años abandonada. Nadie más vivía en ella, por lo que no la habían vendido. En teoría, Jay se había mudado a Brasil por asuntos familiares… Sin embargo, Connor había supuesto que mantendrían el contacto e, incluso, que podría ir a visitarlo alguna vez. O que vendría Jay a verlo.

En vez de eso, nada. No había vuelto a tener noticias de Jay o su padre. Era como si hubieran desaparecido.

Connor no podía dejar de pensar en ello. Se acordaba siempre que pasaba por la casa. Era tan extraño…

Jay había sido su mejor amigo desde la infancia. Eran inseparables y no era sencillo olvidarlo sin más. Connor había estado convencido de que su amistad sería para siempre.

Se conformaría con saber qué le había ocurrido, exactamente. Por un lado, Connor tenía la esperanza de que Jay no hubiera cortado todo contacto con él por voluntad propia. Pero eso significaría que le había pasado algo…, cosa que tampoco deseaba Connor.

Habría ido él mismo a Brasil a investigar, pero era un país enorme y Jay no le había dado su dirección, ni el nombre de ninguna ciudad o zona. No tenía pista alguna que seguir.

A veces, Connor soñaba con que Jay regresaba. O con que nunca se había ido. Cuando se despertaba por la mañana, era una gran decepción pasar por la casa de Jay y comprobar que todo seguía igual. Abandonado.

Se giró y continuó con su camino. Las calles estaban empezando a llenarse con rapidez de gente que también iba al trabajo, todos centrados en no chocarse con alguien o escribiendo en sus móviles. Los coches pasaban uno tras otro con las luces encendidas. Se escuchó el ruido de un claxon en la distancia. Connor se puso los cascos para que el sonido de su música bloqueara todo lo demás.

«Han pasado ya casi tres años…», pensó. Sacudió la cabeza.

Estaba claro que Jay nunca volvería.

Lo mejor sería tratar de olvidarse y tomar otra ruta para ir al trabajo a partir del día siguiente. Connor dobló la esquina, resignado…

Al mismo tiempo, las luces en la casa de Jay se encendieron.

***

Leveann observaba al que había sido su primer recluta en esa operación encubierta que estaba llevando a espaldas del emperador. Se trataba de un zeafíreo y era el único al que no permitía relacionarse con los demás, aunque le habría gustado presentárselo a Su-Nev. El zeafíreo y ella eran, con diferencia, los dos que más prometían.

El zeafíreo se dedicaba a materializar afiladas corrientes de viento a través de su lanza una tras otra, cortando en pedazos las rocas dispuestas por el recinto. Estaba practicando.

Su caso era diferente al de los demás. Leveann no lo había reclutado tras ver lo poderoso que era, como había sucedido con el resto, sino que se había encargado él mismo de entrenarlo y asegurarse de que alcanzaba su máximo potencial a lo largo de esos dos años. Aunque había sido tedioso, había merecido la pena.

Salvarlo había sido lo más complicado, pero la pluma de Luvann que su joven aprendiz de oráculo tenía guardada entre sus pertenencias cuando la había encontrado, años atrás, antes de arrebatarle la memoria, le había permitido al oráculo supremo traer a aquel zeafíreo de nuevo a la vida. Apenas había logrado llegar justo después de su muerte; solo había podido coordinar todo a la perfección gracias a sus visiones.

El fruto de sus esfuerzos era un agente letal y fiel por completo a él. Alterar sus recuerdos había sido pan comido, y sabía que, cuando llegara el día de que el zeafíreo se enfrentara al maldito príncipe que insistía en escapar una y otra vez de sus garras, sus enemigos iban a llevarse una muy desagradable sorpresa.

—Bien, Loure —dijo el oráculo supremo con una palmada—. Suficiente por hoy.

El zeafíreo se detuvo y se irguió, bajando la lanza. Le miró con ojos amarillos carentes de brillo.

